

JORGE ABELARDO RAMOS

**HISTORIA DE LA NACION
LATINOAMERICANA**

FUNDACION PARA LA INVESTIGACION Y LA CULTURA
Calle 22 No. 9-N. 63. CALI. COLOMBIA.

FUNDACION PARA LA INVESTIGACION Y LA CULTURA
Calle 22 No. 9-N.63. CALI. COLOMBIA.

Algunos Títulos Publicados.

BOLIVAR, S. Obras Completas 5 Volúmenes.

FRANCK W. Nacimiento de un mundo

FREUD.S. Escritos sobre la Cocaína.

CAICEDO D. Viento Seco.

RAMIREZ Un lugar para el Juglar.

RIVAS La Paz es un Poema.

“Años vendrán con el transcurso de los siglos en que el Océano, abriendo sus barreras, nos dejará ver un país de extensión inmensa, un mundo nuevo que aparecerá dentro de los dominios de Thethis; y no será Tule el límite del Universo.”

Séneca, que era español.
Siglo I, a. de C.

ADVERTENCIA

Hace veinte años me propuse plantear en "AMÉRICA LATINA: UN PAÍS" la cuestión nacional latinoamericana. Era la primera tentativa de concebir en términos marxistas el destino histórico de la gran patria dividida. La Reforma Universitaria de 1918 había engendrado con el aprismo un esfuerzo teórico notable en la misma dirección, que resultó frustrado trágicamente por las limitaciones del nacionalismo pequeño burgués del Perú. Pero el pensamiento político de la clase obrera misma, balcanizado en América Latina por las categorías europeas de un marxismo abstracto de corte cosmopolita, no había sido capaz hasta entonces de elevarse a la comprensión de América Latina concebida como un todo nacional inconcluso.

Mi libro de hace dos décadas pretendía superar ese estancamiento, aunque adolecía de una ambición juvenil totalmente explicable. Se proponía exponer e historiar la cuestión nacional latinoamericana y descifrar al mismo tiempo los enigmas incontables de una historia argentina petrificada. ¡Era algo excesivo! Pero no fue a causa de esa inocente jactancia que los diputados Visca y Decker secuestraron dicha obra en 1949, como Presidentes de la Comisión Bicameral del Congreso Nacional. La lectura no se contaba entre las pasiones privadas de ambos legisladores. Por otra parte, mi modesto libro no merecía esa crítica de las armas, sino más bien las armas de la crítica; pero esto último era pedir demasiado, tanto a los enérgicos

parlamentarios como a los exhaustos partidos de la izquierda cipaya, que lo digirieron en silencio.

Para rendir completa justicia a "AMÉRICA LATINA: UN PAÍS", agregaré que si bien adelantaba en sus páginas el núcleo de la tesis unificadora, el estado de mis conocimientos en esa época me impidió expresar en toda su íntima complejidad los factores histórico-sociales que possibilitaron el proyecto de Bolívar al mismo tiempo que decidieron su ruina. Aunque el libro constituía un paso adelante, no me resultaba totalmente satisfactorio. A medida que estudiaba mejor el problema y que la lucha política por la constitución de la Izquierda Nacional en la Argentina me iluminaba sobre la necesidad de un retorno al concepto bolivariano del espacio nacional, llegaba a la conclusión de que reeditar aquella obra era insuficiente, que había cumplido su tarea y que era mejor dejarla morir en paz, con sus aciertos y extravíos. Se imponía escribir una historia completa de los combates físicos y teóricos librados para unificar América Latina. De esa certidumbre nació el presente trabajo.

Me adelanto a declarar que no ofrezco al lector una historia de América Latina, sino tan sólo la crónica razonada de las luchas que nuestro pueblo libró para reunirse en una Nación. Es una historia de victorias y derrotas; pero es una historia inseparable. Me esforcé por repensar como "americanocéntrico" los episodios capitales de ese proceso y en emplear el método marxista desde aquí, contraponiéndolo a la versión sacro-marxista que tradicionalmente impuso Europa para interpretar América Latina. Es mi convicción profunda que se trata del único medio para desmomificar el pensamiento revolucionario y hacerle rendir su esencia. El lector juzgará por los resultados.

J. A. R.

Córdoba, enero de 1968.

CAPITULO I

LA ESPAÑA CABALLERESCA

“Si Don Quijote atribuye a encantamiento de la realidad la inconciliabilidad del mundo y de sus ideales y no puede comprender la discrepancia de los órdenes subjetivo y objetivo de las cosas, ello significa sólo que se ha dormido mientras que la historia universal cambiaba”.

Arnold Hauser.

“España se encontró en la época de la resurrección europea, con que prevalecían costumbres de los godos y vándalos en el Norte y de los árabes en el Sur”.

Karl Marx.



1. Orígenes del particularismo español.

A fines del siglo XV España se aproxima a su apogeo. La caída de Granada consume la soberanía territorial de las Españas y extermina el poder político de los moros. Nueve meses después el Almirante de la Mar Océano incorpora América a la geografía mundial. Ambos actos se producen bajo el reinado de Isabel y Fernando, monarcas de Castilla y Aragón. La unidad política de España se había alcanzado como guerra de religión.

El catolicismo prestó a la lucha nacional contra los moros una poderosa fuerza. Pero al mismo tiempo, la tarea que terminaban los Reyes Católicos al cabo de siete siglos de enfrentar al "infiel", dejaría huellas profundas en la sociedad española, en sus particularidades regionales, en su idioma y en la psicología nacional. La historia de España nace en dicha cruzada y se impregna hasta la médula de esa agotadora prueba. El matrimonio de Isabel y Fernando constituía, a su vez, un paso más hacia la unidad nacional de España: Castilla y Aragón, por los azares dinásticos, constituían una diarquía. Reunían en la pareja real a reinos hasta entonces separados.¹ Como convenía a la marcha general de la historia europea y a los progresos del capitalismo en Occidente, con los Reyes Católicos la monarquía feudal se prepara a su transformación en monarquía absoluta. En otras palabras, a establecer la preeminencia de

¹ Cfr. Soldevila, *Historia de España*, T. IV, Ed. Ariel, Barcelona, 1959; y Altamira, *Historia de España y de la civilización española*, III tomo, Barcelona, 1913.

la monarquía sobre los particularismos feudales de la nobleza, opuestos a la constitución de la Nación. Estos particularismos y esta nobleza hundían sus raíces en la cruzada contra los moros. De esas luchas España había heredado un encarnizado individualismo y un sistema de fueros que cada ciudad o reino defendía celosamente, tanto frente a la nobleza de espada como ante las tentativas reales de sujetar a los pequeños reinos a un poder centralizado.

Los reinados y baronías que componían la España del siglo XV se habían ido creando en la Reconquista contra los musulmanes sobre cada pedazo de tierra conquistada. Cada una de estas reyecías católicas estaba separada de las demás: se erigían sobre los más diversos accidentes y relieves geográficos. La disgregación del latín medieval, entretanto, y el aislamiento guerrero de los pueblos cristianos facilitó la creación de lenguas y dialectos regionales como el vascuence, el portugués, el catalán y el gallego, que permanecieron individualizados hasta hoy, pese a la lenta y progresiva influencia de la lengua castellana. El triunfo general de esta última reflejaba en la esfera idiomática la hegemonía de la monarquía castellana sobre las restantes, que por lo demás no retrocedían sin lucha. Así se formaron durante siglos leyes y costumbres populares, al tiempo que un estilo militar de existencia, donde la nobleza adquirió privilegios nacidos de su papel en las guerras. Estas prerrogativas marcaron toda la historia posterior de España. El poder real se vio constantemente limitado por la resistencia militar de los dominios señoriales. *“España se encontró, en la época de la resurrección europea, escribe Marx, con que prevalecían costumbres de los godos y vándalos en el norte y de los árabes en el sur”*.¹ Al mosaico racial y cultural de España debía agregarse la presencia de los judíos, que formaban un sector considerable de su población activa en un período en que la ciudad medieval estaba dominada por el capital comercial. Del mismo modo los

¹ Marx, *La revolución española*, p. 8. Ed. en lenguas extranjeras, Moscú.

árabes constituían la porción más laboriosa y técnicamente eficaz de su economía agrícola.

Esa "aglomeración de repúblicas mal administradas con un soberano nominal a la cabeza"¹ encontró la primera posibilidad de marchar hacia una unidad nacional gracias al poder central que comienzan a encarnar los Reyes Católicos. La misma monarquía expresaba claramente el precario carácter de esa unidad: mientras que en la Castilla de Isabel predominan los intereses señoriales, en el Aragón y Cataluña de Fernando prosperaba la burguesía de los puertos marítimos vinculados al comercio con Europa y Oriente. Así, en su propio seno, la monarquía que buscaba la organización de una sola nación asumía simbólicamente un carácter bifronte. Las dos Españas se enlazaban y disputaban con Isabel y Fernando.

2. La oposición de la nobleza a la centralización.

La oposición de la nobleza castellana a la unidad de España se había manifestado al contraer matrimonio los reyes católicos. Debieron hacerlo disfrazados de campesinos, en casa de unos arrieros. En Castilla, Fernando era llamado el "catalanote". Cataluña, con sus judíos, cartógrafos, burgueses y artesanos, era la provincia capitalista por excelencia en la tradición española.² El partido de la nobleza castellana declaró la guerra a la pareja que iría a consolidar la unidad nacional y proclamó reina a la hija adulterina de Enrique IV el Impotente, aliándose al rey de Francia. La "tradicionalista" nobleza española imploraba la protección extranjera cuando estaban en peligro sus privilegios. Así lo haría siempre a lo largo de su miserable historia, hasta el siglo XX. Pero los Reyes Católicos vencieron al principio de la contienda. Todo parecía indicar que los castillos destruidos, las tierras señoriales confis-

¹ Marx, *ob. cit.*, p. 13.

² Pierre Vilar, *La Catalogne dans l'Espagne moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, p. 573, T. I, S.E.V.P.E.N., París, 1962; y Rodolfo Puiggrós, *La España que conquistó al Nuevo Mundo*, p. 40, Ed. Siglo Veinte.

cidas y la creación de un ejército nacional iniciaban triunfalmente el período absolutista y pondría término a la gangrena feudal. Bien pronto se advirtió que la nobleza no estaba derrotada.

Con los Reyes Católicos comienza la era moderna de España. Ante el disgusto de la nobleza militar, Isabel y Fernando practican en 1484 una política de protección a la industria manufacturera. Otorgan facilidades a obreros italianos y flamencos, y los eximen de impuestos durante diez años para que se radiquen en España y apliquen en ella sus artes mecánicas. Tradicionales industrias españolas son revividas: las armas de Toledo, las papelerías y sedas de Jaen, los cueros de Córdoba conocen una época de prosperidad. Durante dos años se prohíbe la importación de paños en el Reino de Murcia y los hilados de seda napolitanos en el reino de Granada. En Barcelona recobran su impulso las industrias, en Zaragoza trabajan 16.000 telares, en Ocaña florecen las jabonerías y sus guantes célebres.¹ La expulsión de 400.000 moros, que asestará un golpe casi mortal a las energías del país y sobre todo a su agricultura, arruinará por siglos la prosperidad industrial y la economía agrícola que los árabes habían elevado a un nivel de eximia perfección técnica. Andalucía era una huerta espléndida, creación exclusiva de los árabes que con su laboriosidad e ingenio habían establecido un notable sistema de riego. La pragmática de 1496 tendiente a unificar en todo el reino las pesas y medidas, en un país donde el odio era dignificado y el trabajo envilecía, muestra bien a las claras la tendencia de los Reyes Católicos a modernizar España y a doblegar a los nobles turbulentos. Bajo esta perspectiva, en que el precario centralismo real preparaba las condiciones de la creación de la nación española y el desarrollo del capitalismo, es que se produce el descubrimiento de América.

Fernando el aragonés, por otra parte, había atacado

¹ Los Reyes Católicos ordenaron que el comercio de extranjeros que se efectuaba por el señorío de Vizcaya sacara su importe en géneros y frutos del reino, prohibiendo la extracción del oro y plata en pasta, vajilla o moneda.

la clásica autonomía de las ciudades españolas para moderar el poder creciente de la burguesía. Entre la Edad Media y la Edad Moderna, la pareja real encarnaba en sí misma la contradicción viva de dos épocas. Tampoco en la Cataluña dependiente de la Corona de Aragón la nobleza putrefacta había sido vencida, ni mucho menos. En la época del descubrimiento de América las obligaciones de los siervos catalanes no dejaban nada que desear a los nobles de Castilla.¹ En la lucha simultánea contra la nobleza y la burguesía de las ciudades, el absolutismo naciente de los Reyes Católicos encontró un aliado poderoso, al que debió pagar, sin embargo, un tributo fatal: la Iglesia Católica. Los monarcas no podían unificar a España en nombre del capitalismo, ni de la Nación, ni del pueblo. Pero la unificación reclamada por la historia de ese siglo y de cuya consumación, en caso de realizarse, sólo podrían beneficiarse ante todo las clases modernas en formación, era también una exigencia íntima de la monarquía. Si quería elevarse por la gracia de Dios hacia el poder genuino, éste debía ser absoluto. En tal carácter, debía chocar contra el particularismo, los derechos personales y territoriales de la nobleza voraz. De este modo, las necesidades de la monarquía, se combinaban con las aspiraciones de la nación que en esa época sólo podía alcanzar su unidad mediante el poder personal. Para lograrlo, sin embargo, Isabel y Fernando debían enfrentar un complejo universo de clases, castas, razas, nacionalidades y religiones que eran la herencia de ocho siglos de sangrienta historia. Sólo cabía en ese momento un método de unificación, la unificación religiosa. La expulsión de musulmanes y judíos demostró que la unidad de España se realizaba externamente, a costa de su desarrollo económico y social interior. Si se expulsaron a moros y judíos, no se eliminó a la nobleza ni se establecieron realmente las condiciones para un desenvol-

¹ Sin embargo, en Cataluña, centro manufacturero moderno de España, a fines del siglo XV la "guerra social" obtiene algunas ventajas para los campesinos, en el orden puramente político. Concluyen los "malos usos", la "remensa" y los malos tratos personales. V. Villar, *ob. cit.*, p. 509, T. I.

vimiento de la propiedad burguesa, único cimiento, en dicho período, de la unidad nacional. Al reducir la unidad española a la pura unidad religiosa, los reyes dejaron en pie los factores internos del particularismo feudal, mucho más peligrosos que los espirituales. Como la historia inminente habría de probar, estos factores empujaron al Imperio español desde su posición excepcional en la historia del mundo hasta una decadencia que aún no ha concluido. La unidad abstracta consumada con la ayuda de la Inquisición y su hoguera, caracteriza el absolutismo real de los Reyes Católicos como un absolutismo místico que multiplicará todos los problemas que pretendía resolver.

3. La Casa de los Austria en el trono español.

Los dos factores que conducirán a la decadencia española se producen simultáneamente y desencadenan efectos devastadores. El primero de ellos es el descubrimiento de América. El segundo, el ascenso al trono de España de Carlos I, hijo de Juana La Loca y de Felipe el Hermoso. La madre demente era hija de Fernando el Católico. El padre imbecil, pertenecía a la dinastía de los Habsburgo. Carlos de Gante, por lo demás, nacido en Flandes, se educó como flamenco. Ignoraba la lengua castellana. Se había formado en la idea del Imperio Católico universal, inspirado por su abuelo el Emperador Maximiliano. Al morir sus abuelos españoles, el joven de 16 años, con su arrogante bello humedo, pisó el suelo español con el nombre de Carlos I, rodeado de una banda rapaz de favoritos flamencos y borgoñeses de uñas largas y afilados dientes. Detrás, mezclados con los soldados alemanes, marchaban confundidos en su séquito prestamistas y usureros germánicos, los banqueros Fugger y Welser de Augsburgo. Quince años más tarde moría su abuelo, el Emperador Maximiliano. Carlos, después de sangrar las rentas de España y de enajenar a los usureros el oro proveniente de América, pudo comprar los votos de los Príncipes Electores de Alemania. De este modo, asumió el título de Emperador de

Alemania y rey de España bajo el nombre de Carlos V.¹

Se postulaba así la tesis de un Imperio católico universal, dentro del cual España era un reino secundario, aunque productivo. Pues del fabuloso descubrimiento de América y de la sangre de sus indígenas provenían los metales preciosos para alimentar las guerras religiosas de Carlos V, fortalecer la estructura feudal europea en disolución y forrar los bolsillos de la banda flamenca. El rey extranjero de España se convertía en un Emperador que gobernaba varios Estados italianos y alemanes, además de Flandes y las Indias. En apariencia, era el mayor poder mundial, un nuevo Carlomagno.² La nobleza castellana veía en Carlos V a su salvador y dispensador de sueldos y prebendas a las

¹ Carlos V "fue espada del Catolicismo contra la Reforma", dice Carlos Pereira, *Breve historia de América*, p. 301, cuarta edición, Ed. Aguilar, México, 1958. En otras palabras, encarnó la contrarreforma feudal contra la secularización religiosa del capitalismo europeo.

² "La cohesión lograda por el Estado Nacional era cualitativamente superior en cuanto se asentaba en un proceso incesante y molecular de relaciones, el de la libre circulación de mercancías dentro de un espacio histórico, lingüístico y territorial aglutinado, vale decir, el mercado nacional. Este régimen supone avances sustanciales en la división del trabajo entre la ciudad y el campo, una diferenciación acentuada de los oficios y las manufacturas, la disolución de las relaciones de dependencia personal, el libre movimiento de los trabajadores y de las mercancías, la acumulación de capitales y el avance técnico industrial que posibiliten y hagan necesaria la producción en gran escala más allá de los estrechos mercados regionales. Supone, en otros términos, el desarrollo de la economía capitalista y de la clase burguesa que es su portadora. La estructura del imperio multinacional, por el contrario, extiende más allá del área nacional y lingüística el poder político de la nacionalidad dominante porque con ello sólo incorpora nuevas regiones tributarias al Estado imperial. A su vez la aristocracia de la nacionalidad dominante, aunque asegure para ella privilegios incluso comerciales, no se interesa en el propio mercado nacional, ni busca protegerlo mediante fronteras político-aduaneras, porque el origen de sus ingresos no está en la reproducción y acumulación de capitales... La unidad imperial asumía así un carácter mecánico, superficial y extenso, una articulación débil, un alto grado de descentralización y delegación prácticas, un acusado despotismo dinástico de las formas políticas, y una elevada fluctuación territorial, resultado de la confrontación de fuerzas con otros imperios o con los nuevos Estados Nacionales": Jorge Enea Spilimbergo, *De los Habsburgo a Hitler*, en revista "*Izquierda Nacional*", p. 36, Nº 4, marzo de 1967, órgano teórico del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Buenos Aires.

que no había sido muy afecto el prudente Fernando. La idea de la "unidad cristiana universal" era mucho más satisfactoria al particularismo feudal que la idea de la "unidad nacional" española. ¡Esto era fácil de comprender! Pero el pueblo recibió al flamenco con una piedra en cada mano. Las Cortes comenzaron por negarle fondos, siguieron por rogarle que aprendiera el castellano "*a fin de que Vuestra Majestad comprenda mejor a sus súbditos y sea mejor comprendido de ellos*", continuaron por que respetase las leyes del reino y concluyeron por pedirle que no otorgase cargos a los extranjeros. Pero el Emperador universal, juguete en manos de los avariciosos flamencos, atropelló los fueros municipales e ignoró las tradiciones españolas. Nombró Arzobispo de Toledo al sobrino de su favorito de Chevres, que ni siquiera se dignó viajar a España para hacerse cargo de su apetitosa diócesis. Los restantes cargos de la Corte fueron distribuidos entre los flamencos importados. Los tributos excesivos concluyeron por desencadenar un vasto movimiento de insurrección popular en 1520, conocido como el levantamiento de los Comuneros de Castilla. Encabezados por un noble, Juan de Padilla, el movimiento se dividió entre los elementos plebeyos y la pequeña nobleza y fue derrotado. Dice Marx que con las cabezas de los conspiradores desaparecieron las viejas libertades de España.¹ Era la postrera rebelión de las ciudades burguesas contra la putrefacción feudal, extranjera para colmo. Simultáneamente se levantaban las Hermandades de Valencia, compuestas por artesanos. Fueron a su vez vencidas y exterminadas sin piedad por el cristiano Emperador del mundo. Pudo así reinar sobre una España desangrada, exprimir a las Indias, guerrear con Francia y presenciar la agonía de la sociedad española, nunca más grande que durante su funesto reinado y nunca más miserable.

4. La influencia de las Indias en España.

Con la caída de Constantinopla en manos musulmanas,

¹ Marx, *ob. cit.*, p. 9.

la burguesía marítima de Cataluña veía cerradas las puertas para el desarrollo del comercio con Oriente. La búsqueda de un camino hacia el Asia era el resultado no sólo de esta necesidad española, sino de la creciente exigencia de metales preciosos y de una expansión del comercio mundial que se evidencia a fines del siglo XV. Las formas capitalistas de producción se abrían paso irresistiblemente. El descubrimiento de América se inserta en ese ciclo de aventuras geográficas de la época. El teatro marítimo de la historia se traslada al Atlántico. En la ciudad medieval europea se había engendrado una sociedad nueva: "*En todos los Estados el orgullo crece cada vez más. Los burgueses de las ciudades quieren vestirse a la manera de los gentilhombres, los gentilhombres tan suntuosamente como los príncipes. El labrador quiere hacer de su hijo un burgués. Todo obrero quiere comer carne, como los ricos*".¹ Una amplitud sin precedentes adquiere la circulación del dinero, el empleo de la letra de cambio, la fundación de bancos, el intercambio de productos industriales diversos, las relaciones comerciales. Es el Renacimiento, que se expresará en todas partes, desde el interior de la sociedad europea, a diferencia de España donde se manifiesta desde el exterior, con el descubrimiento de América.

A la dinámica capitalista de la economía europea, correspondía a fines del siglo XV una exigencia mayor de los medios de pago al mismo tiempo que un relativo agotamiento de los metales preciosos. El oro y la plata se acumulaban en las grandes iglesias y catedrales, en los joyeros de la nobleza, en manos de los prestamistas y sobre todo, en el fondo del Oriente, hacia donde se escurría en cambio de las compras de especias raras o de productos exquisitos.

A comienzos del siglo XVI el oro y la plata del Nuevo Mundo inundan Europa. Es una conmoción que conduce a la *revolución de los precios* y que trastorna la economía europea. España saquea en primer lugar el oro acumulado a

¹ G. Renard y G. Weulersse, *Historia económica de la Europa moderna*, p. 15, Ed. Argos, Buenos Aires, 1950.

lo largo de siglos en los palacios incaicos y aztecas. En los primeros años de la conquista atraviesan el Atlántico 200 toneladas de oro.¹ Luego de la primera rapiña, el descubrimiento hacia 1555 del procedimiento de la amalgama por el mercurio, permite extraer económicamente la plata. Comienza un sistema de remesas a Europa de unas 300 toneladas de plata anuales. De este modo puede evaluarse la plata enviada por las Indias a España entre 1521 y 1660 en unas 18.000 toneladas.

Según cálculos de Humboldt, fueron de las Indias a España 5.445.000.000 de pesos fuertes (plata) en tres siglos. Se omiten de esta cifra, por imposibles de verificar, los caudales de particulares, los que quedaron en poder legal o ilegal de españoles en las Indias y los que emigraron directamente de América a las Filipinas o al Oriente de contrabando. Afirma Colmeiro que *"el Asia y aun el Africa eran el sepulcro de las riquezas de nuestras Indias... [que iban] a esconderse en los reinos de la China y del Japón, en la India oriental, la Persia, Constantinopla, Gran Cairo y Berbería, paradero de la mayor parte de la plata de España, porque apenas corría entre aquellas gentes remotas otra moneda que reales de a ocho y doblones castellanos... Gozábamos los tesoros de las flotas y galeones por tan poco tiempo, que humedecían nuestro suelo sin regarlo"*.²

En 1618 se estimaba en más de 500 millones de ducados el oro y la plata recibido por la corona desde las Indias.³ El tesoro mexicano envía a España en 1587, 1.343.000

¹ Regine Pernoud, *Histoire de la bourgeoisie en France*, p. 378, Tomo I, Ed. du Seuil, París, 1960. Pueden consultarse estadísticas sobre el oro y la plata extraídos de las Indias, en Clarence H. Haring, *El Imperio Hispánico en América*, p. 273, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1966; en J. Vicens Vives, *Historia social y económica de España y América*. T. IV, Ed. Teide, Barcelona, 1957, y en José Larraz, *La época del mercantilismo en Castilla*, Madrid, 1944.

² Manuel Colmeiro, *Historia de la economía política en España*, p. 1027, T. II, Ed. Taurus, Madrid, 1965. Quevedo escribía que el dinero *"nace en las Indias honrado y es en Génova enterrado"*.

³ El ducado valía en España 375 maravedíes y el escudo 350. El peso de plata de las colonias valuábase en 272 maravedíes y el peso de oro en 450.

ducados, la mayor remesa del siglo XVI. El jesuita Pedro de la Gasca, al regresar a la metrópoli, llevó en ocho galeones un millón y medio de ducados. Es un río restallante de metal que inunda a la España estupefacta. ¿Cuáles son sus resultados? Carlos V derrama ese oro en sus interminables guerras religiosas o dinásticas y pasea las legiones españolas por Europa, lo mismo que su hijo, el siniestro Felipe II, que hace de toda España un Escorial. La aristocracia despilfarra el oro importando del extranjero sus tapices, sedas, armas y hasta cereales. La decadencia de la industria española y de su agricultura, reanimados un instante por el descubrimiento de América, se acentúa profundamente y se prolonga durante tres siglos. Los Habsburgos y la estructura arcaica de la sociedad española sobre la que se apoyan, constituirán la maldición histórica de España. La corriente de oro de las Indias pasa por España sin detenerse. Va a parar a los bolsillos de los industriales de Inglaterra, Italia, Francia, Holanda y Hamburgo que venden su quincallería y artesanías a los españoles.¹ Los encajes de Lille y Arraz dominan el mercado español; la loza de Talavera declina con la competencia extranjera. La industria textil está en ruinas. El Emperador extranjero y extranjerizante (y su digno hijo más tarde) aplastan económicamente a la burguesía española. Las Cortes de Castilla sólo piensan en asegurar un precio bajo para los productos que España consume. Mientras triunfa el mercantilismo en toda Europa, los españoles ignoran la economía. Se prohíbe la exportación de paños finos. Con Carlos V se prohíbe asimismo la fabricación de paños, para

¹ "Mientras rebosaban los metales preciosos en Francia y Holanda, faltaban entre nosotros" (Colmeiro). Se decía en la época que España era el paladar de Europa, porque gustaba los metales preciosos, pero los demás reinos el estómago, pues se nutrían con la sustancia. "Si vais a Génova, Roma, Amberes, Nápoles o Venecia, se decía, veréis en la calle de los banqueros y cambiadores sin exageración tantos montones de escudos acuñados en Sevilla, como hay en San Salvador o el Arenal de melones". Un autor de la época, Ceballos, dice: "Y así no se halla ya en España moneda de oro ni de plata, porque con la mercancía que se mete de fuera, las sacan": Colmeiro, p. 1031.

importarlos de Flandes. Los ociosos espadachines del flamenco sólo desean importar telas holandesas, tapices de Bruselas, brocados de Florencia. Esa enorme importación es preciso pagarla con el oro de los galeones rebosantes. Ni siquiera con el martirio de los indios de América logra España retener y acumular su capital, como las potencias capitalistas de la época. La política de pillaje asiático llega a tal grado en la historia de España, que Carlos V y Felipe II confiscan a menudo los envíos de metales preciosos dirigidos desde América a capitalistas particulares; de este modo, en lugar de expropiar a los terratenientes feudales, la monarquía despoja a la burguesía en germen.¹ Castilla exportaba lana en lugar de paños. En el centro de este cuadro, alemanes, genoveses y franceses se apoderaban del monopolio virtual de las ferias españolas y de los asuntos rentísticos. Las remesas de oro de las Indias, tales eran los aprietos de los Austria, eran hipotecadas con anticipación a los banqueros y usureros extranjeros, los Fugger y los Grimaldi.²

Los especuladores y comerciantes metropolitanos enriquecidos con las Indias y la revolución de los precios, compraban tierras para colocar sus capitales. Respondiendo a la putrefacción dominante, los nuevos ricos buscan adquirir un blasón, títulos de nobleza, hábito de alguna orden militar o alguna patente de hidalguía para situarse en el nivel social de las viejas clases. Sólo podían hacerlo

¹ *"España se convirtió en distribuidora en Europa de la riqueza metalizada de América, pues producía poco y fabricaba menos. En la mayor prosperidad y a despecho de todas las leyes, el dinero hula del país. Las manufacturas y aún los cereales, España los recibía de Francia, Inglaterra y Holanda, adonde en cambio iban a parar el oro y la plata": C. H. Haring, El comercio y la navegación entre España y las Indias en época de los Habsburgos, p. 204, Paris-Bruselas, Desclee, De Brouwer, 1939.*

² Bajo los Habsburgo, el comercio exterior de España, en particular el comercio con las Indias, cae en manos de los europeos pertenecientes a las naciones capitalistas. A fines del siglo XVII los franceses controlan el 25 % del comercio con las Indias; los genoveses el 22 %; los holandeses el 20 %; los ingleses el 10 %; los flamencos el 10 %; los alemanes el 8 % y los orgullosos españoles dueños del Imperio, sólo el 5 %. V. *Los siglos XVI y XVII*, Roland Mousnier, p. 308, T. IV, Ed. Destino, Barcelona, 1959.

a condición de inmovilizar su capital en bienes inmuebles y vivir de sus rentas, pues hasta la era de los Borbones, en el siglo XVIII, todo aquel que se dedicase a la actividad industrial perdía automáticamente su carta de hidalguía.¹ De este modo, la riqueza adquirida con la sangre americana robustece la gran propiedad territorial y sustrae esos capitales de toda actividad económicamente productiva. Así se eleva el valor artificial del suelo y se consolida el latifundismo.

5. El régimen servil.

En el período del descubrimiento de América la producción agrícola de España se fundaba básicamente en la condición servil o semiservil de los campesinos. Esto ocurría tanto en Castilla como en Aragón, reino este último del que formaba parte Cataluña, el sector más dinámico de la economía española.

Con sus grandes sublevaciones periódicas los siervos o semisiervos de Castilla habían originado la adopción de una nueva política. Los Reyes Católicos sancionaron una ley en 1480 por la que se concedía a los campesinos de Castilla el derecho de cambiar de residencia con todos sus bienes, ganados y frutos. Este cambio de señorío constituía sin duda un avance, pero no existe todavía documentación fehaciente acerca del carácter generalizado y práctico que obtuvo esta medida. Es bastante dudoso que la liberación de los siervos castellanos y su transformación en campesinos libres se realizara en esa época. Las disposiciones

¹ V. Vicens, *ob. cit.*, p. 35, T. III. Esta norma típicamente feudal encuentra su eco en América. Puiggrós recuerda el caso de un caballero español residente en Buenos Aires a fines del siglo XVIII que inició en la Audiencia de Charcas un juicio por calumnias, pues el demandado había afirmado públicamente que el caballero trabajaba. En su demanda, y con justa indignación, sostenía que tenía recursos e hidalguía suficientes como para vivir sin degradarse trabajando. V. *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, p. 273. Ed. Argumentos, Buenos Aires, 1957. En esa época sin embargo, ya gobernaba España Carlos III, quien declaró que las artes manuales "no envilecían ni perjudicaban las prerrogativas de la hidalguía".

reales, como en su caso la inmensa literatura jurídica de Indias, rara vez tenía comienzos de ejecución, pues la sociedad arcaica española conservaba un poder orgánico cotidiano mucho mayor que la decisión personal de algún rey enérgico. Altamira juzga que la disminución de las sublevaciones campesinas durante los siglos XV y XVI constituiría una prueba indirecta para admitir un proceso de manumisión de los campesinos. Con todas las reservas que inspira este juicio, sin duda que la evidencia de la mayor productividad del trabajo libre sobre el servil debió obrar como factor concurrente para este proceso. En el Reino de Aragón los Reyes Católicos llevaron a cabo una política no menos decisiva en favor de los campesinos, pero la resistencia encarnizada de la nobleza moderó esos ímpetus. Las insurrecciones de payeses en Cataluña y la floración del banditismo, obligó al rey a suprimir parte de los insostenibles tributos que recaían sobre los campesinos y que alimentaban el ocio señorial: estos tributos se conocían con el nombre significativo de *malos usos*. Por añadidura, se permitió a los campesinos emanciparse mediante el pago de una suma de dinero, lo que facilitó la formación en el siglo XVII de una pequeña burguesía agraria.¹ Queda en pie, pese a todo, el carácter general que presentaba el campo español cuando se produce la conquista y colonización americanas, signo incisivo del carácter general de la sociedad colonizadora que se manifestará en las Indias.

6. Extranjerización del reino y ruina de la industria.

En Sevilla había 3.000 telares que daban ocupación a 30.000 obreros. Cien años más tarde, sólo quedaban 60 telares.² De aquella Toledo próspera en la que zumbaban 40.000 telares, nada quedaba en pie: las calles desiertas, las tierras incultas, las casas cerradas y sin habitantes. Los freneros, armeros, vidrieros y otros oficios que ocupaban

¹ V. Vilar, *ob cit.*; Altamira, *Manual de Historia de España*, p. 289. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1946; Puiggrós, *La España que conquistó el Nuevo Mundo*, p. 46.

² Colmeiro, *ob. cit.*, p. 776, T. II.

calles enteras, habían desaparecido. Ni siquiera los artilleros e ingenieros al servicio de la monarquía eran españoles. Quedaban pocos hombres de aquella industriosa Sevilla del siglo XVI. ¡Ciudad de melancólicas mujeres pues los hombres emigraban a las Indias! En 1655 un autor enumera 16 gremios que han desaparecido por completo de España.¹ Mientras que en la Francia del mercantilista Colbert las telas españolas eran perseguidas hasta ser incineradas, de esta tarea se encargaba en la propia España el rey flamenco.²

Felipe II, más tarde, al intentar perseguir las creencias religiosas de los flamencos (*"Preferiría reinar en un desierto antes que en país poblado de herejes"* era su piadoso aforismo)³ provocó la huida de miles de artesanos flamencos que se refugiaron en Inglaterra. Allí multiplicaron la industria inglesa con nuevas manufacturas. Si los monarcas ingleses penaban con la pena de muerte a los artesanos y técnicos ingleses que llevaban sus artes y secretos de fabricación a otro país, los Austria practicaban exactamente el método inverso: más de 600 artífices emigraron de Sevilla y otras ciudades de España y se instalaron en Lisboa, donde el Príncipe de Portugal los protegió. Así fabricaron ricos paños, bayetas y sederías con materia prima que importaban de España, su propia y desventurada patria. A los raros extranjeros que traían su industria a España no les iba mucho mejor que a los industrioses españoles. Sólo se admitían en la España de los Austrias a dos clases de extranjeros: los comerciantes y usureros que traficaban con la riqueza española y los mendigos y pere-

¹ Colmeiro, *ob cit.*, p. 769.

² España se había convertido *"en una especie de colonia económica francesa por el régimen librecambista de la paz de los Pirineos (1659)"*, dice Mousnier, *ob. cit.*, p. 310. El arbitrista Aguirre, en su obra *Abusos de las rentas reales*, sostiene que las demás naciones trataban a España *"como a las Indias de Europa"*.

³ *"Toda herejía debía ser extirpada inmeditamente, pues si era ignorada, el mundo podría imaginarse que se trataba de la verdad, y si una doctrina falsa era verdadera, ¿no podían ser falsas todas las doctrinas verdaderas?"*. Thomas Hope, *Torquemada*, p. 83, Ed. Lozada, Buenos Aires, 1946.

grinos de Europa que habían hecho de España la Meca continental de la limosna.

España importa cristales de Venecia, listonería de Génova, armas de Milán, papel, libros y bujería de Holanda, tejidos, vinos y lienzos de Francia. Por el contrario, en Inglaterra, Enrique VIII prohibía la salida del oro y la plata y monopolizaba las letras de cambio; Isabel impedía la extracción de lana y arrojaba de sus puertos a los hanseáticos.¹

Antes del descubrimiento de América era más importante el comercio interior que el exterior. Después, desaparecieron las ricas ferias de Castilla. Los comerciantes se trasladaron a la proximidad de los puertos. No era para menos. Felipe II quitó los negocios a los castellanos y los puso en manos de los genoveses: "*Génova se edificaba de nuevo y con el dinero de los españoles se fundaban obras pías y mayorazgos*".²

En los pueblos de España no podía comerciarse libremente, pues los señores mantenían estancos a cargo de sus protegidos. Nadie podía abrir un mesón, comercio, hospedar a los caminantes o vender cualquier tipo de artículos por ese privilegio. Los Reyes Católicos abolieron los estancos, que dificultaban la libre circulación de las mercancías por el mercado interno español; pero sus disposiciones no prosperaron. La perduración de los gremios y corporaciones medievales también dificultaban la creación de la libre competencia y el desarrollo de una gran industria. Reuníanse en España en la época del descubrimiento un feudalismo putrefacto que no se resignaba a morir, abrazado a un capitalismo enclenque que sólo aspiraba a sobrevivir. Pero el absolutismo era tan impotente para concluir con el primero, como para infundirle oxígeno al segundo.

¹ Las Repúblicas italianas medioevales protegían su comercio exterior y su industria, estableciendo aranceles, prohibiendo a los artifices expatriarse bajo pena de muerte y concediendo grandes privilegios a la navegación. Cfr. Colmeiro, *ob. cit.*, p. 783 y Federico List, *Sistema nacional de la economía política*, p. 23, Ed. Aguilar, Madrid, 1955.

² Colmeiro, *ob. cit.*, p. 843.

De ahí el carácter de rapacidad oriental que distingue a la monarquía española, fiel reflejo de la nación en ruinas.¹ Salvo en raros períodos (los Reyes Católicos, Carlos III), ese estigma rebrotará en la historia de España con su rostro más repulsivo: un Felipe II o un Fernando VII. Cerriase de este modo sobre el comercio interior de España una red mohosa de prohibiciones, aduanas interiores, tasas y gabelas, pesos y medidas diferentes, escasez de caminos y medios de comunicación, una moneda envilecida y frecuentemente adulterada por los monarcas. Este sistema constituía en su conjunto la base de sustentación de la nobleza terrateniente y la palanca de su resistencia a la unidad nacional.²

7. Auge de los arbitristas.

Felipe II escribía a su hermana que estaba dispuesto a quemar 60.000 ó 70.000 hombres "*si fuera necesario para*

¹ "A partir de 1580, las pocas fábricas de paños que existían en el país desaparecieron, y los españoles se convirtieron en un pueblo rentista, una nación de caballeros, que vivían en parasitaria dependencia del oro y la plata que les llegaba de las Indias y de la industria de los Países Bajos", Gerald Brennan, *El laberinto español*, p. 11, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962.

² España se vio arrastrada por la política europea de los Habsburgos al borde de su destrucción nacional. Lejos de lograr un nuevo Imperio carolingio, los Austria, después de cada derrota, entregaban por los tratados girones del imperio y aún de la propia España. La debilidad estructural de la nación española se pone de relieve con la pérdida de Portugal y la tendencia separatista de Cataluña, que sólo logra ser vencida por una sangrienta guerra civil. Portugal, en cambio, pide ayuda a Inglaterra y queda destruida así la unidad ibérica. España reconoce esa independencia en 1668. "Apenas rota la unidad ibérica, Portugal entró en la órbita anglo-holandesa", dice José Larraz.

Con el Tratado de Methuen firmado en 1703 Portugal renunciaba a industrializarse, prometía "*admitir para siempre jamás los paños y demás manufacturas de lana de fábrica de la Gran Bretaña*", mientras que el Rey de Gran Bretaña "*quedaba obligado por siempre jamás*" a admitir los vinos de Portugal. Con el oro del Brasil y sus vinos pagaba Portugal a su sórdido aliado las manufacturas inglesas. Adam Smith dijo que ese tratado leonino era "*ventajoso en favor de Portugal y contra Gran Bretaña*". ¡Como para confiar en ciertos clásicos!

extirpar de Flandes la herejía".¹ Pues las absorbentes preocupaciones del monarca se repartían entre herejes y arbitristas.

La crisis crónica de la economía y las finanzas españolas engendraron un género o profesión curiosas, la del "arbitrista", o sujeto fecundo en "arbitrios" y fórmulas que ofrecía al rey como solución radical para curar tantas desgracias nacionales. En su inmensa mayoría, se trataba de maniáticos dominados por una idea, o tontos mesiánicos o desesperados por su propia situación que pretendían mejorarla mediante el sistema de mejorar los asuntos generales. Se produjo así durante tres siglos una ingente literatura por así decir económica, que agobiaba las cámaras reales, el tiempo de los monarcas y de los ministros. Algunos reyes, como Felipe II, recibían con placer e interés los memoriales de los arbitristas. Al parecer, la moda de los arbitristas provino de Flandes y de Italia, pero fue en España donde hicieron escuela. Surgieron a mediados del siglo XVI y prosperaron a lo largo de los reinados de los Austria, como cabía esperar. Un arbitrista, por ejemplo, proponía remediar la decadencia del erario español mediante la sustitución en la labranza de las mulas por bueyes. Otro sostenía la necesidad de establecer en toda España montes de piedad. Ofrecía otro engrosar las arcas reales mediante el establecimiento de una armada española en el Peñón de Gibraltar que cobrara un impuesto a todas las naves que atravesaran esas aguas. Otro imaginó remediar la escasez de numerario mediante el reemplazo de la moneda metálica por un grano de cacao; otro, en fin, sugería la idea de reemplazar la moneda de plata por moneda de hierro. Cuando los ministros y consejeros de Felipe II le rogaban, respondiendo al clamor público, que no perdiera su tiempo atendiendo los consejos de la legión de arbitristas, y fuesen arrojados de la corte, el burócrata místico se excusaba con la necesidad que tenía de los arbitrios. Tales eran los curanderos que la monarquía extranjera imponía a la mortal enfermedad de la postrada España. Los mejo-

¹ Altamira, *ob. cit.*, p. 384.

res ingenios de la nación no dejaron de afilar su sátira ante los arbitristas. En su *"Coloquio de los perros"* Cervantes pone en boca de un personaje: *"Yo, señores, soy arbitrista, y he dado a S. M. en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino; ahora tengo hecho un memorial donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauración de sus empeños... Hase pedir en Cortes que todos los vasallos de S. M. desde edad de catorce a sesenta años sean obligados a ayunar una vez en el mes a pan y agua, y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres que se han de gastar en aquel día, se reduzca a dinero y se dé a S. M. sin defraudalle un ardite so cargo de juramento; y con esto en veinte años queda libre de socañías y desemeñado"*. Bien sabía Cervantes que gran parte de los españoles no necesitaban de ese arbitrio para ayunar. Tampoco escaparon los arbitristas a la mirada de Quevedo. Así, relata que un príncipe de Dinamarca, aquejado de males de dinero, pidió consejo a los arbitristas. Cuando platicaban, estalló un incendio en el palacio. Los arbitristas pidieron al príncipe no inquietarse, que ellos tenían la fórmula para sofocar el fuego. Comenzaron por arrojar los muebles por las ventanas, luego demolieron las paredes y terminaron por aniquilar el palacio hasta sus cimientos. El príncipe, dice Quevedo, en *"La fortuna con seso"* los increpó así: *"¡Infames! Vosotros sois el fuego; todos vuestros arbitrios son de esta manera; más quisiera, y me fuera más barato, haberme quemado que haberos creído; todos vuestros remedios son de esta suerte, derribar una casa, porque no se caiga un rincón. Llamais defender la hacienda echarla en la calle y socorrer el rematar. Dais de comer al príncipe sus pies y sus manos, y decís que le sustentais, cuando haceis que se coma a bocados a sí propio. Si la cabeza se come todo su cuerpo, quedará cáncer de sí misma, y no persona... El Antecristo ha de ser arbitrista: a todos os he de quemar vivos y guardar vuestra ceniza para hacer de ella cernada y*

colar las manchas de todas las repúblicas. Los príncipes pueden ser pobres; mas entrando con arbitristas, para dejar de ser pobres, dejan de ser príncipes”.

8. Las clases improductivas.

Gozando del espectáculo vivía la nobleza de España. “Los Grandes son altaneros para con los extraños y menospreciadores de los que poseen un rango inferior al suyo; pero rastreros y aduladores de los Reyes y sus favoritos... sueñan con laureles guerreros, pero particularmente con los laureles de general, pues creen que ellos no han nacido para obedecer sino solamente para mandar. Pero lo que es más de admirar en todos ellos es el despilfarro y valentonería con que disipan sus haciendas”, decía un embajador veneciano.¹ El famoso Imperio engendra la picaresca, el hambre secular y místicos devorados por sus iluminaciones. Mientras Europa crea una economía burguesa moderna la España austríaca espiritualiza su miseria en un Quijote sarcástico y sueña con novelas de caballería. Nobleza e Iglesia dominan a sus tristes reyes: uno, enfermo de grandeza, sumido por alguna tara orgánica en un misticismo guerrero; su hijo, víctima de una hipocondría criminal. Por abajo vaga una muchedumbre de campesinos sin tierra, artesanos sin artesanías, letrados sin pan y vagabundos sin destino.

La sociedad española refuerza sus rasgos más parasitarios con el descubrimiento del Nuevo Mundo. La preeminencia de los señores había inducido a los Reyes Católicos a reducir el poder de aquellos. Así se limitaron a 20 familias el número de Grandes de España y se estableció una jerarquía nobiliaria. Pero con los Habsburgos sucesivos la venta de hidalguías prosiguió sin cesar. Las necesidades militares de los Habsburgos eran inagotables. El destino “misional” de España hacía la desesperación de los Tesoreros Reales. Jamás faltaron arbitristas en la Corte del rey para sugerir nuevos medios de abastecer el Tesoro.

¹ Soldevila, *ob. cit.*, Tomo V, p. 11.

Así, la venta de patentes de nobleza se reveló uno de los recursos reales y el factor que recreaba sin cesar las clases ociosas, a las que ingresaban los comerciantes o especuladores enriquecidos. Como la patente de nobleza eximía a su beneficiado de impuestos y diversas gabelas, el peso de la tributación fiscal recaía invariablemente sobre las clases más humildes y productivas de la nación. Con una mano Carlos V aplastaba la rebelión de los Comunes; con la otra, establecía una distinción entre Grandes y Títulos que llegaban a 63 en 1525 aunque alcanzaron el centenar en 1581.¹ En ese año los señores más prominentes de Castilla se clasificaban en 10 duques, 11 marqueses y 42 barones que sumaban entre todos 1.100.000 ducados de rentas anuales.² En 1581, 22 duques, 47 condes y 36 marqueses gozaban de 3 millones de ducados de renta; entre ellos, tan sólo el duque de Medina Sidonia embolsaba 150.000 ducados.

Este ejército de zánganos con títulos nobiliarios gozaba a su vez de un séquito oriental de sirvientes y acólitos, que en su conjunto suponía la sustracción a la vida económica de centenares de miles de brazos. Para ofrecer un solo ejemplo demostrativo, diremos que en el siglo XVII figuraban adscriptos en el Palacio de Oropesa 74 criados. El duque de Alburquerque, por su parte, sólo disfrutaba de 31, entre los que figuraban cocineros, lacayos, cocheros, enana, criada de la enana y otros parásitos del parásito magno. Más todavía, personas sin título nobiliario figuraban con nómina de 5 ó 10 criados. Por la mera pitanza, o semi pitanza, en la España imperial se reclutaban ejércitos de sirvientes más numerosos que los tercios de Flandes. Recuérdense a la literatura picaresca, cuando el misérrimo Buscón de Quevedo viaja acompañado por su criado, tan hambriento como su amo. Esta inmensa servidumbre dependía de la nobleza, a lo que servía como una verdadera clientela romana; sus amos dependían a su vez, de las tributaciones de los campesinos agobiados, o de los

¹ Vicens, *ob. cit.*, p. 23, T. III.

² *Ibid.*

favores del rey, que a su vez, vivía de las tributaciones de toda la España productiva y del martirio de las Indias. El sistema de pillaje era tan perfecto que las clases ricas, precisamente por privilegio de linaje, no pagaban impuesto.¹

A lo largo del siglo XVI se eleva el número de religiosos. Entre franciscanos y dominicos sumaban 32.000 individuos. Los clérigos de las diócesis de Calahorra y Pamplona eran 24.000; en la de Sevilla revistaban 12.000. De acuerdo a las Cortes de 1626 el número de conventos de religiosos se elevaba a 9.088. Entre el monarca, el clero y la nobleza poseían el 95 % del suelo hispánico.² Cuando finaliza el siglo XVII pesaban sobre esta desventurada tierra 625.000 nobles, cuatro veces el número de parásitos análogos a los que contaba Francia, que sumaba mayor población que España. Si Felipe II había multiplicado las aduanas interiores, Felipe III falsificaba moneda para procurarse recursos. Resulta curioso pensar que los Habsburgos buscaran demonios y herejes por toda Europa. Si algún demonio perverso debía buscarse en aquella España "donde no se ponía el sol", seguramente lo habrían encontrado en el más profundo rincón del Escorial, en ese cretino coronado que estrujaba las entrañas de la Nación o en esos 600.000 duelistas de espada a la cintura que tan sólo servían para hundirse gloriosamente en todos los Trafalgar de su historia.

Serían estos espantables monarcas, reivindicados por algunos nacionalismos reaccionarios de allende y aquende el Atlántico, los que entregarían a los ávidos Fugger el monopolio de la exportación de las lanas, de las maderas y

¹ "A fines del reinado de Felipe II no se hallaba el dinero en España a un 30 % mientras en el resto de Europa no se pagaba ni el 3 %": Alvaro Florez Estrada, *Examen imparcial de las disensiones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones*, p. 87, 2ª edición, Cádiz, 1812.

² Vicens, *ob. cit.*, V. T. III. A mediados del siglo XVI se compraron en España 1.500 vasallos por 150.000 ducados, o sea a razón de 100 ducados por cabeza. Por lo demás en Sevilla y Lisboa había mercados de esclavos blancos: rusos, servios y otros esclavos.

el hierro españoles.¹ Aún en 1700 la municipalidad de Santander firma acuerdos particulares con armadores británicos, nación que ya poseía, con los alemanes y flamencos, tribunales especiales de comercio en Sevilla, canonjías de que no había podido disfrutar la burguesía catalana. Al iniciarse el siglo XVII, 160.000 extranjeros acaparaban el comercio exterior.

¹ Tal es el caso del español José María Pemán en su *Breve historia de España*, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1950: "Frente a los Comuneros, tenía toda la razón Carlos V. Con su acento extranjero, con su visión europea de las cosas, el Rey sentía mejor que los comuneros el verdadero destino de España, que no había de ser cosa pueblerina y estrecha, sino cosa ancha e imperial", p. 210. Los argentinos Rómulo D. Carbia (*Historia de la leyenda negra hispanoamericana*, Ed. del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1944) y Vicente D. Sierra (*El sentido misional de la conquista de América*, Ed. del Consejo de la Hispanidad, Madrid, 1944), no sólo idealizan la naturaleza de la Conquista, sino que exaltan a los Habsburgos, los más antiespañoles de todos los reyes de España, tanto por sus designios, como por las consecuencias ruinosas de su política. Considerados como "nacionalistas", cabe preguntarse a qué género pertenece éste que se solaza con la bancarrota de la Nación española. Del misticismo reaccionario de Sierra puede dar una idea este hermoso concepto: "España, con su vieja moral católica fortalecida por la Contrarreforma, no manifiesta nunca, a pesar de tener en sus manos el mayor poderío marítimo de Europa y el dominio sobre los nuevos mercados de América, es decir, a pesar de poseer mayores elementos técnicos que país alguno, interés por abandonar las rutas de la Teología para seguir las de la Economía... Para salvar su alma expulsa de su seno a los industrioses moriscos y judíos que eran el sostén de sus manufacturas. Inglaterra, en cambio, pierde el alma, pero se gana a esos y otros judíos. Las luchas de los siglos XVI y XVII arruinan a la madre patria tanto como las mismas guerras crean la preponderancia de la Gran Bretaña; y cuando ambas naciones entran a tratar, durante el siglo XVII, siempre es España la que concede Tratados comercialmente beneficiosos para la isla, y en los que muestra la amplitud de concepto con que consideraba los problemas de la economía... Con ese Tratado, ya en 1604 consiguió Inglaterra poder colocar artículos de sus manufacturas en América a través de la península... Es el oro y la plata de América la que creó el poderío económico de la Gran Bretaña. La manufactura fue el medio para captar toda esa riqueza que se escapaba de las manos de España por no tener industrias que le permitieran prescindir de las extranjeras y por creer que la colonización no era cuestión de "intereses" sino tarea misional impuesta por la conciencia de una obligación y por los imperativos de una fe irrenunciable", p. 468. ¡Singular nacionalismo el de estos beatos colonizados por la hereje Inglaterra!

9. El privilegio de la Mesta.

Si la nobleza apenas se interesa en explotar sus tierras, pues es ocupación de villanos y aún la menor productividad le asegura sus rentas, la Iglesia no explota de manera alguna sus inmensas propiedades territoriales. Ese patrimonio eclesiástico no hace sino aumentar con los legados. Así se acumula en "manos muertas" una gigantesca renta potencial que paraliza el desarrollo agrícola de España. Sobre la base de los dominios señoriales y eclesiásticos, de la indiferencia general hacia la legislación hidráulica y de la indefensión del pequeño campesino, otro flagelo castiga a España. Se llama la Mesta. Desde los tiempos de la cruzada contra los moros regía en España una disposición que prohibía cercar las tierras, ni siquiera las tierras cultivadas. Era preciso preservar los rebaños de carneros de todo peligro militar y permitir rápidamente desplazarlos ante la menor alarma. Posteriormente, los campos áridos y la incuria de los terratenientes, así como el atraso agrícola permitió la perduración de dicha disposición. Desde el siglo XIV los grandes ganaderos propietarios de rebaños se organizaron en una todopoderosa e implacable entidad llamada la Mesta, que impuso su ley en los campos españoles. Obtuvieron inauditos privilegios reales. Consistían esencialmente en el derecho de sus rebaños de atravesar el reino "*bebiendo el agua, pisando la hierba*"; sin sujetarse a limitaciones de tierra cultivada alguna. La legislación protegía a los ganaderos contra las represalias de los campesinos, que vieron durante siglos arruinados sus cultivos por el paso del ganado trashumante. La Mesta poseía poderosas protecciones oficiales, y sus propios tribunales, jueces y personal judicial. En la producción de lana y la protección de la Mesta se resumió toda la ciencia económica de la España Imperial. Los ganaderos dominaban en las Cortes y las Cortes los eximían de todo impuesto. La Mesta se elevó como un formidable obstáculo para el desarrollo de la agricultura española, a la que destruyó con las patas de sus carneros y la benevolencia real hasta el

siglo XVIII. "Los pastores de la Mesta tenían el derecho de talar los bosques para sus necesidades y la construcción de puentes".¹ Según Colmeiro, la Mesta considera una usurpación manifiesta todo intento de extender y mejorar la labranza. "La máxima de la hermandad era: sálvense nuestros ganados y perezcan todos los labradores del reino. Nunca las algaras de los moros hicieron tanto daño a la agricultura como el honrado Concejo de la Mesta".² La Mesta tenía el derecho de "formar una milicia disciplinada compuesta de alcaldes de cuadrilla, alzadas y mayores entregadores, contadores, procuradores fiscales, fiscal general, relatores comisarios, agentes, escribanos, alguaciles y otros oficios instituidos para velar sobre la custodia del sagrado depósito que llamaban cuaderno de la Mesta".³

10. La España que no viajó a las Indias.

El clima se vuelve más seco y árido. España está más desolada que nunca. No puede asombrar que la población descienda verticalmente en tres siglos de unos 10 millones de habitantes a 5 millones.⁴ Los que no emigran por hambre, se incorporan a los ejércitos que luchan en toda Europa, se lanzan a las Indias, mueren en tierra extraña o se radican para trabajar allí donde pueden. En cierto período, la emigración anual llega hasta 40.000 hombres jóvenes. Los españoles que se quedaban, tenían, sin embargo, un recurso final: refugiarse en la penumbra de un convento o entregarse a la mendicidad. Es el gran tema de la historia de España. Ya las Cortes de 1518 y 1523 suplicaban al bondadoso Carlos V que "no anduviesen pobres por el reino, sino que cada uno pidiese limosna en el pueblo de su naturaleza".⁵ Los ricos, dice Colmeiro, go-

¹ Renard, *ob. cit.*, p. 44.

² Colmeiro, *ob. cit.*, p. 749.

³ *Ibíd.*

⁴ Inglaterra, por el contrario, había doblado su población en el mismo período: de 2 ½ millones a 5 millones en 1700.

⁵ Los mendigos "reconocidos" estaban provistos de una "licencia" otorgada por el cura de su lugar de origen y que le permitía

zaban el ocio *"de las rentas de las casas y tierras"* y los hidalgos pobres *"remediaban su necesidad acogiéndose a la Iglesia con la esperanza de la prebenda o de la mitra o seguían la profesión de las armas y tal vez alcanzaban una modesta pensión en premio de sus buenos servicios en las campañas de Italia o de Flandes"*.¹ En España había tantos hidalgos, que provincias enteras *"blasonaban de hidalguía"*. Un autor cuenta que los mendigos de oficio celebraban sus juntas a manera de cofradías, donde hacían *"sus conciertos y repartimientos"*. En la villa de Mallen se reunieron en cierta oportunidad 3.000 mendigos, hombres y mujeres, donde celebraron una especie de congreso, con grandes gastos y fiestas. No quedaba en Francia, Alemania, Italia y Flandes cojo, manco, tullido o ciego que no fuese a Castilla a mendigar *"por ser grande la caridad y gruesa la moneda"*. Alrededor de 70.000 pordioseros pasaban cada año por España. En el siglo XVII se calculaba que había en España 60.000 pobres legítimos, 200.000 vagamundos que vivían de limosna y *"2 millones que no ganaban nada por falta de empleo o por su inclinación a la ociosidad"*.

Ante esta situación el Estado puso orden y estableció una policía de mendigos. La agonía española había puesto a prueba la voluntad de sobrevivir a cualquier costo. Había mendigos que fingían un sinnúmero de enfermedades o inmundas llagas. Otros argüían ser soldados y mostraban sus cicatrices. Otros, en fin *"se torcían los pies, se hinchaban las piernas, se desconjuntaban los brazos y con hier-*

pedir limosnas a seis leguas a la redonda. Los limosneros privilegiados eran los ciegos, agrupados en cofradías. Si alguno de ellos caía enfermo, la cofradía pedía limosna en su nombre a los protectores habituales *"porque tal devoción de los dichos parroquianos no se haya de perder"*. V. *La vida cotidiana en la España en el siglo de Oro*, Marcelín Defourneaux, p. 262, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1966.

¹ Colmeiro, *ob. cit.*, p. 605. En un manuscrito anónimo del siglo VIII, vale decir en la época de la lucha contra el moro, se lee lo siguiente: *"El holgar es cosa mui usada en España, y el usar oficio mui desestimada, y muchos quieren mas mantenerse de tener tablero de juego en su casa o de cosa semejante, que usar un oficio mecánico, porque dicen que por esto pierden el privilegio de la hidalguía, y no por lo otro"*.

bas se abrían llagas asquerosas para ablandar los corazones más empedernidos y si alguna persona de lástima se ofrecía a recogerlos y curarlos, respondían: ¡No quiera Dios que tal consienta, que la llaga del brazo es una India y la de la pierna es un Perú!"¹

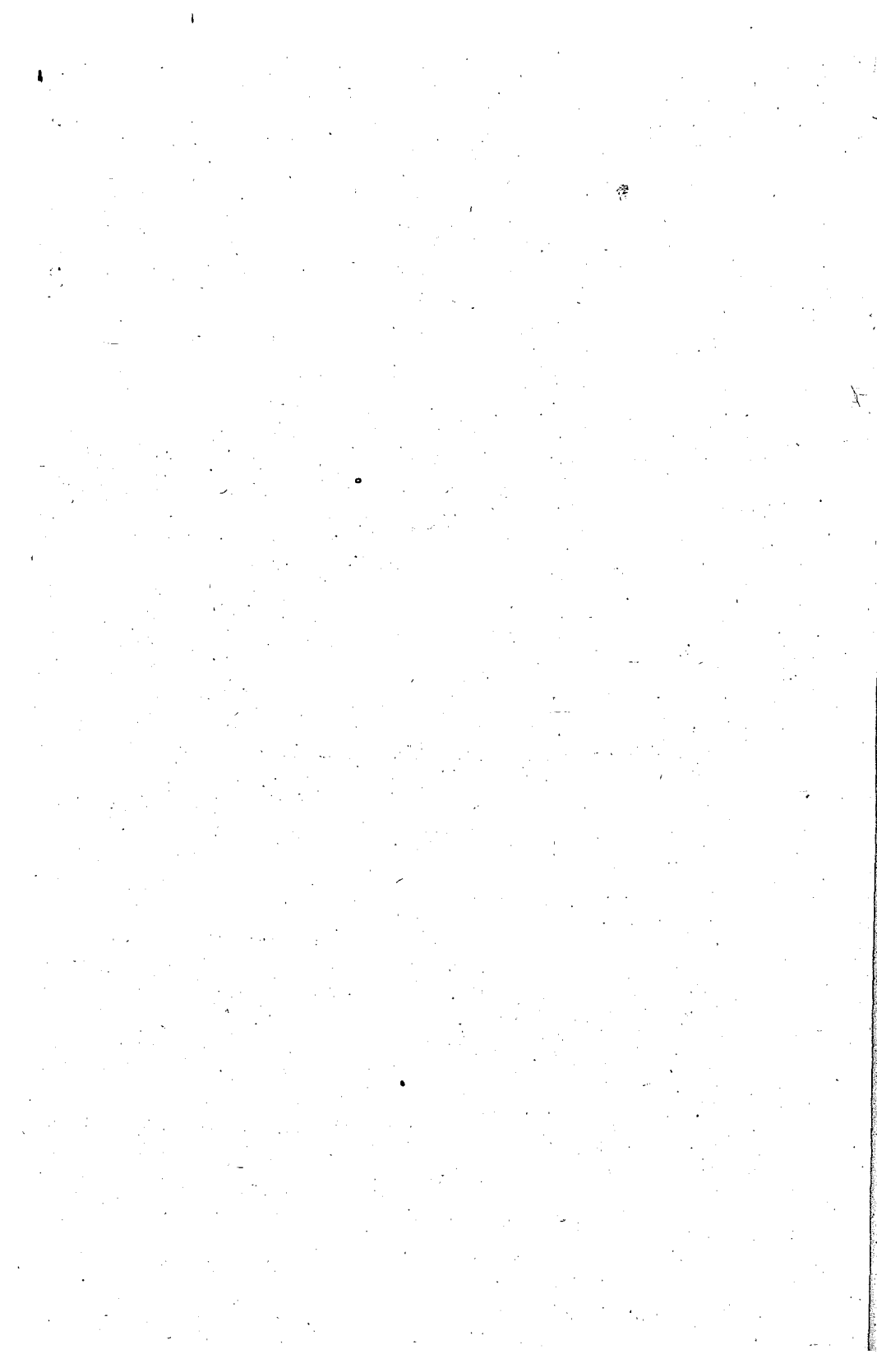
Algunos padres cuidadosos del porvenir de sus hijos cegaban o tullían a los niños recién nacidos "para que los ayudasen a juntar dinero o quedasen con aquella... granjería, después de su muerte, bien heredados".²

Entre los vagamundos y pordioseros de la altiva España caballeresca podían distinguirse, en algún rincón de una taberna, a covachuelistas o leguleyos, "oidores de ropa luenga y mangas arroçadas",³ junto a estudiantes sucios, sarnosos y hambrientos y filósofos cubiertos de harapos. De aquella España que descubrió América y recibió este premio, sólo diremos que el más ilustré de sus hijos concibió su obra maestra en la cárcel, mientras purgaba el crimen de una deuda. En 1590 habían rechazado su pedido de uno de los cuatro cargos vacantes en las Indias. En ese cubil de presidio nació Don Quijote y su triste risa es la sátira feroz del hijodalgo que no pudo viajar a América, y se quedó en España para retratarla.

¹ Colmeiro, *ob. cit.*, p. 597.

² *Ibid.*

³ Soldevila, *ob. cit.*, p. 61. "En Sevilla, especialmente, era pícaro o apicarado cuando menos hasta el aire que se respiraba".



CAPITULO II

EL BUEN SALVAJE

“Todos aquellos que difieren de los demás tanto como el cuerpo del alma o el animal del hombre (y tienen esta disposición todos aquellos cuyo rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar) son esclavos por naturaleza”.

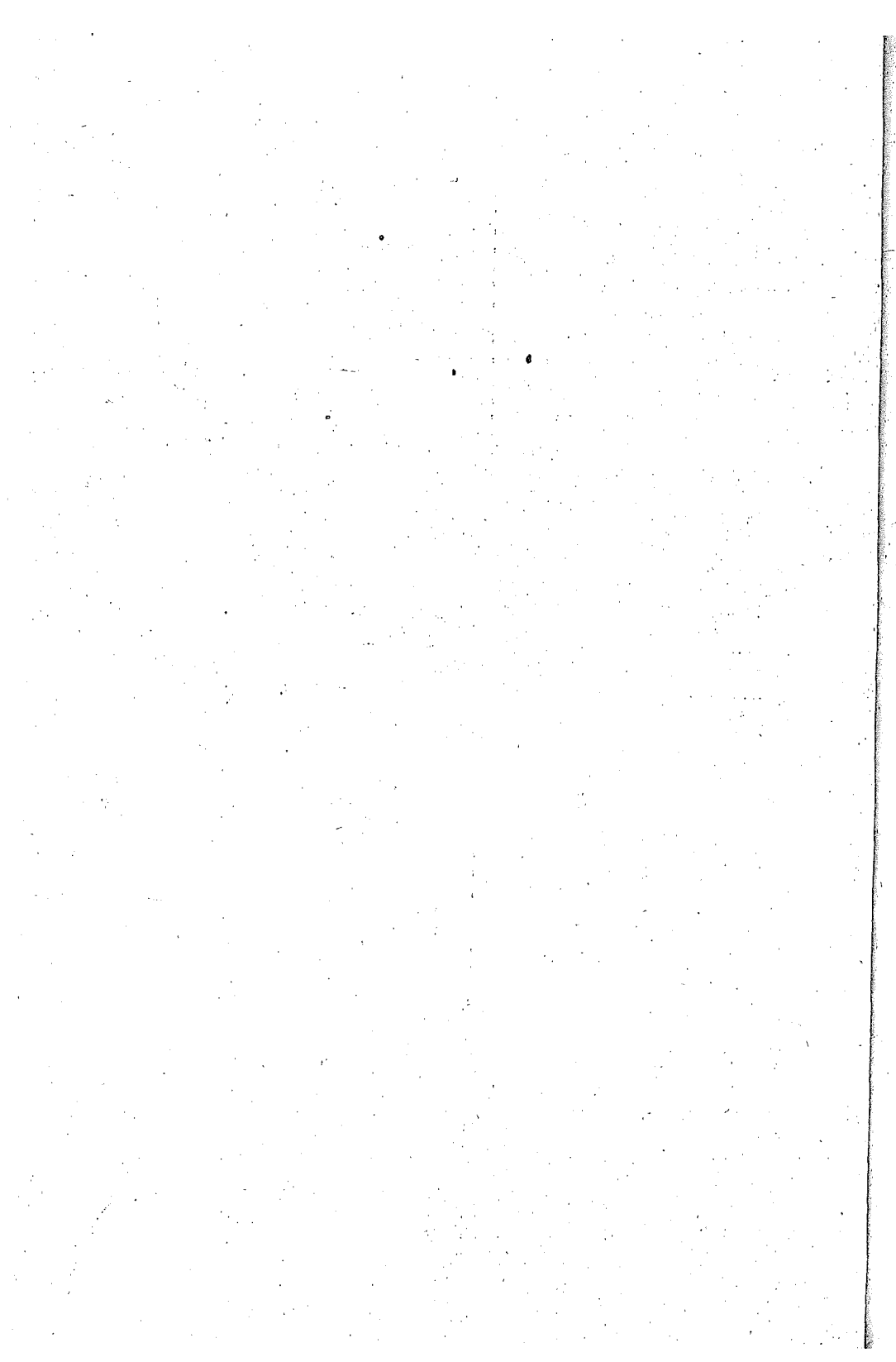
Aristóteles.

“El hombre ha nacido libre, y sin embargo vive en todas partes encadenado”.

Roussseau.

“En cuanto a que se destierre la esclavitud, lo apruebo como amante de la humanidad; pero como amante del orden político, lo repruebo”.

Diputado Palacios,
en las Cortes de Cádiz, 1811.



1. ¿Geografía o historia?

Los españoles no descubren en el continente nuevo una "nación" constituida, sino un conjunto de sociedades y grupos étnicos en muy diversos estadios de evolución. Esto no justificaba la observación desdeñosa de Hegel de que América era un puro hecho geográfico, y que en consecuencia no podía incluirse en la historia universal.¹ América tenía su propia historia, aunque los europeos la desconocieran todavía, y aunque los "americanos" carecieran de una autoconciencia integral de su existencia común. El Imperio español y portugués unifican política y administrativamente al continente desconocido, lo incorporan a la historia de Occidente y a la geografía mundial. En la nueva forma que crea Europa, América se transfigura de objeto en sí en objeto para sí, pues si es cierto que la orgullosa *Ecumene* europea extiende su poder, también se universaliza y se mundializa la tierra y los hombres recién descubiertos. Se efectúa un reconocimiento recíproco y se opera una fusión; de ella brotará la historia iberoamericana y el iberoameri-

¹ "En la época moderna, las tierras del Atlántico, que tenían una cultura cuando fueron descubiertas por los europeos, la perdieron al entrar en contacto con éstos. La conquista del país señaló la ruina de su cultura, de la cual conservamos noticias; pero se reducen a hacernos saber que se trataba de una cultura natural, que había de perecer tan pronto como el espíritu se acercara a ella. América se ha revelado siempre y sigue revelándose impotente en lo físico como en lo espiritual. Los indígenas, desde el desembarco de los europeos, han ido pereciendo al soplo de la actividad europea": Hegel, *Lecciones de filosofía de la historia universal*, p. 176, Ed. Anaconda, Buenos Aires, 1946. Sólo en el lenguaje hegeliano es posible admitir la identificación del arcabuz de Pizarro, el cuidador de puercos, con el "espíritu".

cano mismo. Cuando el mestizaje no se opera y el aborigen permanece puro, su forma cultural y su existencia social serán influidas por las condiciones europeas, por la lengua europea, por la universalización europea. En el gigantesco encuentro América Hispánica surgirá como un producto nuevo de la historia, ni americano ni europeo.

Sería entablar una discusión académica disertar sobre la posibilidad de que los diversos Imperios y confederaciones tribales precolombinas habrían llegado con el tiempo a constituir una "unidad nacional". La noción misma de "nación" era una categoría europea, fruto de una evolución secular de las fuerzas productivas del capitalismo y de la consolidación de un pueblo sobre la base de una lengua, una economía y un territorio común. Ni siquiera poseían estas organizaciones precolombinas un mismo nivel cultural: del estadio medio de la barbarie a los estadios inferiores del salvajismo, para emplear la clasificación de Morgan-Engels, o formas peculiares del despotismo asiático, el continente descubierto por España era un conjunto incoherente de sociedades, tribus y grupos étnicos, alejados entre sí por distancias inmensas, separados por siglos de cultura, antagónicos e incomunicados por centenares de lenguas y dialectos. En el interior de este caos, sin embargo, se dibujaba cierto orden.

Incas y aztecas no eran individuos "en estado de naturaleza". Constituían, por el contrario, sociedades organizadas, aunque en decadencia, cuya complejidad sólo fue advertida por la codicia española al destruirlas, luego de despojarlas de su plata y su oro. Al margen de ambos Imperios, sólo quedaban ruinas memorables de civilizaciones más antiguas o varios miles de grupos étnicos que vagaban por las llanuras patagónicas, por el Gran Chaco, las Antillas o el Alto Amazonas, cazando o pescando, temerosos del rayo o adoradores del Sol y cuyo pasado oscuro pertenece al campo de la etnología más que al de la historia. *"No hay mejor gente ni mejor tierra, dirá Colón deslumbrado, ellos aman a sus prójimos como a sí mismos y tienen su habla la más dulce del mundo, y mansa, y siempre con*

risa".¹ A la mirada ansiosa de los conquistadores se presentaba un mundo asombroso donde convivían, frecuentemente sin conocerse, el hijo del Sol y el buen salvaje, las matemáticas y el canibalismo.

Los teólogos españoles primero y los naturalistas de la Ilustración después, preferirán estudiar al buen salvaje y dejar en la sombra a los Imperios agonizantes.

2. La hegemonía castellana en la conquista.

América había sido fruto de un error: Colón murió persuadido que había tocado en su proeza la tierra del Asia. La lectura de Marco Polo encendió su imaginación: en la Española creyó ver las costas del fabuloso Cipango. Pero su hazaña sólo podía lograrse a través de errores semejantes. El capitalismo europeo en crecimiento, envuelto en la bruma medioeval, buscaba el camino de las especierías asiáticas. El descubrimiento confirmó las predicciones de los antiguos y trastornó la ciencia geográfica. Cuando resultó evidente que el Orbe Novo, según denominó Pedro Mártir de Anglería a la tierra nueva, no era el Asia y se advirtieron las consecuencias inmensas del descubrimiento, las promesas ilimitadas otorgadas en las capitulaciones reales al Almirante de la Mar Océano se olvidaron rápidamente con indiferencia regia. América resultaba ser un premio excesivo para su descubridor. Los reyes limitaron enseguida los derechos otorgados. La conquista comenzó en gran escala y con ella la política de centralización política de la monarquía en el Nuevo Mundo. La Corona rehusaba comprometer el Tesoro real en las expediciones y al mismo tiempo exigía preservar sus derechos en los mares y tierras por descubrirse y colonizarse. Toda la conquista asumió por ese motivo un carácter privado, costeada por particulares, aunque regido por múltiples disposiciones administrativas que aseguraban los privilegios de la monarquía castellana.

¹ Del *Diario del descubrimiento*, cit. por Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, p. 12, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

Las capitulaciones otorgadas a los Adelantados les cedían privilegios de índole señorial, entre los que se establecía la facultad de distribuir tierras y solares, repartir indios, erigir fortalezas y proveer oficios públicos. *"Fue así como la vieja Edad Media castellana, ya superada o en trance de superación en la Metrópoli, se proyectó y se continuó en estos territorios de las Indias"*¹ La tradición de las guerras religiosas infundió a la Conquista, por lo demás, un marcado carácter de evangelización. Se estableció la obligación en las capitulaciones de incluir a clérigos en las flotas para el *"mejor cumplimiento de los fines espirituales"*. Así fue como se planteó por los teólogos, burócratas y juristas el problema del "justo título" que la Corona tenía para conquistar las Indias.

La conquista fue obra de la Corona de Castilla, aunque hubiera sido impulsada por los intereses de la burguesía española de los puertos mediterráneos. No obstante, los castellanos se reservaron para sí durante largos años el usufructo de las Indias, excluyendo a los "extranjeros" de toda autorización para pasar a las Indias. Entre los "extranjeros" se incluían a todos los españoles no pertenecientes a la Corona de Castilla. Pero la nobleza castellana, formada en la lucha contra el moro y que parasitaba en la metrópoli, cuando no guerreaba por Europa, no recibió la noticia del descubrimiento con ardor. Por el contrario, temió que sus tierras quedasen sin labradores, atraídos por el vellocinio de oro de las Indias. Los grandes de España, los terratenientes y nobles, en consecuencia, no participaron del esfuerzo de la conquista y colonización.²

¹ J. M. Ots Capdequi, *El Estado español en las Indias*, p. 17. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

² *"Los individuos que vivían en la Península, desheredados y desesperados, sin otra hacienda que una capa andrajosa, sin tener seguridad ni de un bocado de pan ni de un trago de vino, se resolvían con frecuencia a exponerse a los golpes de los indios bárbaros, o a los rigores de una naturaleza exuberante e ignorada, a trueque de remediar la insostenible miseria que los afligía. Estos de quienes hablo habían inventado una frase muy expresiva para indicar el objeto de su viaje. —Vamos a las Indias, decían, para hallar qué comer"*: Miguel Luis Amunátegui, *La Crónica de 1810*, p. 8, San-

3. Los segregados de España en América.

La institución del mayorazgo en España dejaba en la mayor miseria a los hijos no primogénitos de la nobleza. La contradicción entre su rango social y sus medios económicos proporcionará a la literatura de la época sus tipos más grotescos y trágicos. Los hijosdalgos (hijos de algo) formaban una clase numerosa y desdichada en la España de principios del siglo XVI. El noble hambriento de "capa raída", seguido de cerca por su escudero más hambriento aún, será el soldado endurecido de la gran infantería española en las guerras por sobrevenir: esos soldados de Flandes que cuando desfilaban parecían todos capitanes y hacían soñar a las mujeres de Europa. El hijodalgo más empobrecido integra la tripulación de las expediciones que se lanzan a la conquista del Nuevo Mundo. Con él marchan los frailes evangelizadores o dispuestos a la apostasía, los frailes no menos famélicos o prevaricadores, los funcionarios del Rey, los marineros de las grandes aventuras y la clientela de los presidios. Por Reales Cédulas de 1492 y 1497 (derogadas en 1505) se autorizó el reclutamiento de delincuentes y condenados para integrar las expediciones descubridoras. Pero ni labradores, ni artesanos pasan al Nuevo Mundo, a pesar de los esfuerzos reales. También se prohibía viajar a las Indias a los descendientes de moros o judíos, a los gitanos, negros ladinos y herejes en general. Como ocurrirá durante tres siglos en la legislación indiana, la ley escrita poco tenía que ver con la vida social. Al Nuevo Mundo pasaron judíos, herejes, negros y hasta aquellos que al principio rehusaron hacerlo: artesanos y menestrales acorralados por la ruina de la industria española después de Carlos V, llegarán a las tierras nuevas.¹ Al desarrollarse la colonización y establecer la monarquía española un aparato político más arraigado, los más altos cargos serán

tiago de Chile, 1911. Después empezó la emigración de la "gente llana o vulgar": durante el siglo XVIII pasaban a las Indias 14.000 españoles por año. V. Colmeiro, *ob. cit.*, p. 968.

¹ En 1681 emigraban 6.000 españoles en un solo viaje, por "no poder vivir en España": Renard, *ob. cit.*, p. 44.

ocupados por aquellos individuos de la aristocracia peninsular que no habían participado en la etapa riesgosa de la conquista.

El poblamiento de América hispánica se produce, en definitiva, por un desdoblamiento de la población española: el sector más desesperado y marginado de la sociedad peninsular emigra a América para enriquecerse y permanecer en ella. En pocas generaciones el cruzamiento del español con las indígenas origina la aparición del tipo criollo, el aumento de la población y la formación de una sociedad colonial estable. Esto significa que los modos de producción, las instituciones sociales y las ideas dominantes de España van a fusionarse en el Nuevo Mundo con las particularidades económicas, naturales y políticas de la tierra desconocida: de ese hecho brota la originalidad americana

Si los naturales de Aragón a casi cien años del descubrimiento de América logran pasar a las Indias, los catalanes, es decir el sector más burgués y moderno de España, se ven excluidos por la hegemonía castellana de toda intervención en América. Recién en 1702, Felipe V les concedió facultad para enviar cada año a las Indias dos bajeles con sus productos con retorno a Barcelona, a condición de "*no ofender los derechos y prerrogativas del comercio de Sevilla*".¹ Aragoneses, catalanes, valencianos, eran extranjeros para la nobleza castellana, que se había opuesto a la formidable empresa y que la usufructuó luego para hacer del Nuevo Mundo un Mundo Viejo, a su imagen y semejanza, un espejo de esa España que la nobleza había petrificado. Si todo el pensamiento renacentista, los conocimientos geográficos, la ambición del mercado mundial, el crecimiento económico estaban detrás del Almirante, los usurpadores dejarán a un lado con mano de hierro a aquellos españoles que pretendían crear una nación burguesa en América, ya que no podían hacerlo en España.² De este modo, la conquista y colonización lleva el sello indeleble de

¹ Colmeiro, *ob. cit.*, p. 987.

² Cfr. Puiggròs, Ots Capdequi, Vilar, *ob. cit.*

la sociedad castellana durante los tres siglos de su decadencia; y si logra crear algunos focos industriales, será justamente a causa de la insuficiencia productiva de la metrópoli. Únicamente cuando España intenta débilmente reubicarse en la corriente de la historia universal, con el advenimiento de los Borbones, el Nuevo Mundo experimenta cierto progreso. Ya era demasiado tarde.

4. El Imperio de los Incas.

Quando el porquero trujillano Francisco Pizarro desembarca en las costas peruanas al frente de 179 hombres y 37 caballos, el Imperio de los Incas estaba trabajado por graves disensiones internas. El conflicto entre los dos hermanos, Atahualpa y Huáscar, facilitó el audaz golpe de los soldados de fortuna. Francisco Pizarro y sus camaradas conquistaron un imperio inmenso en descomposición e hicieron todo lo posible para dificultar con su pillaje el conocimiento posterior de la civilización que destruían. Cuando los soldados españoles ingresaron al Templo del Sol, en el Cuzco, les pareció haber llegado a la Ciudad de los Césares, tales eran las maravillas allí reunidas. Pero el deslumbramiento sólo duró un minuto: *“Sin piedad los preciados símbolos fueron arrancados de sus sitios, derribadas las momias reales. . . deshechos en pedazos y arrancados de cuajo sus ornamentos. Las vasijas sagradas fueron golpeadas y destrozadas; indignamente rasgadas en pedazos las inapreciables tapicerías. Las magníficas alfombras y los más hermosos tejidos jamás vistos, fueron cortados en tiras con espadas y dagas para envolver la carga del áureo botín. Forcejeando, luchando entre ellos, cada cual procurando llevarse del tesoro la parte del león, los soldados, con cota de malla, pisoteaban joyas e imágenes, golpeaban los utensilios de oro o les daban martillazos para reducirlos a un formato más fácil y manuable. Desnudaban así al templo y las maravillas del jardín, de toda pieza preciosa y metales. Ajenos a la belleza, al arte, al incalculable valor del botín, arrojaban al crisol para convertir el metal en barras, todo el tesoro del templo: las*

placas que habían cubierto los muros, los asombrosos árboles forjados, pájaros y otros objetos del jardín".¹ Así procedieron los hombres de Pizarro en todo el Imperio. Todo lo que podían destruir, lo destruyeron. Pero el genio civilizador del Incario había elevado muestras de su energía que no pudieron arrasar ni siquiera los viejos saqueadores de Flandes o de Roma. El propio Templo del Sol, indemne al hacha española, fue convenientemente arreglado para servir al culto cristiano. El pillaje continuó durante los últimos cuatro siglos.² Por otra parte, el núcleo de los conquistadores del Perú constituía una gavilla de bandidos que se acuchillaban mutuamente, traicionaban a su rey y hubieran hecho buena figura como condenados a galera en cualquier lugar del mundo. En este sentido un Francisco Pizarro, muerto por sus acólitos en Lima, Diego de Almagro, asesinado por los pizarristas, Carvajal, un criminal de alma helada o Lope de Aguirre, poseído de demencia homicida, resisten victoriosamente cualquier comparación con los conquistadores ingleses, holandeses y franceses de su época.³ Por el con-

¹ A. Hyatt Verrill, *Viejas civilizaciones en el Nuevo Mundo*, p. 249, Ed. Argonauta, Buenos Aires, 1947.

² "Cuando los españoles quitaron las llaves de metal que sostenían las losas de piedra de Tiahuanaco, las construcciones que hasta entonces se habían mantenido intactas durante mil años, se desmoronaron para convertirse en ruinas. Incontables millares de toneladas de antiguos edificios, monumentos e ídolos de piedra fueron destruidos para servir de balastro al ferrocarril, para elaborar concreto, para pavimentar caminos y para construir edificios modernos": *Ibid.*, p. 55.

³ "¿A qué asombrarnos de que esa masa de pecheros, de pequeños hidalgos empobrecidos, de bastardos sin herencia que formaban el aluvión conquistador, anhelan forjarse sus ínsulas de metales preciosos? El sueño de Sancho Panza, que Cervantes incorporó en el más representativo libro español, sueño de buena comida, de eterna boda de Camacho en que se voltea sin cesar el asador y se derraman las botas de vino, representa uno de los temas y los sueños del pueblo español, cuando desde Carlos V sobre la vieja y pequeña economía agrícola prevalece en Castilla el latifundio ganadero de la "mesta" y el país hispano se vierte en empresas exteriores que arruinan su economía interna": Mariano Picón-Salas, *De la conquista a la Independencia*, p. 58, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

trario, y dejando de lado el nivel de civilización técnica que consagró su inverosímil victoria sobre los Incas, este pueblo americano difería en sus métodos de conquista. Cuando el Inca se proponía expandir su Imperio “*se informaba primero de la situación general de la tribu que ocupaba ese territorio y de sus alianzas; se esforzaba en aislar al adversario obrando sobre los jefes de los pueblos vecinos mediante dones o amenazas; después encargaba a sus espías el estudiar las vías de acceso y los centros de resistencia. Al mismo tiempo, enviaba mensajeros en distintas ocasiones, para pedir obediencia y ofrecer ricos presentes. Si los indios se sometían, el inca no les hacía ningún daño; si resistían, el ejército penetraba en el territorio enemigo, pero sin entregarse al pillaje ni devastar un país que el monarca pensaba anexionar*”.¹ Naturalmente, la clasificación de Morgan-Engels acerca del nivel de evolución histórica alcanzado por los Incas, al que califica de estadio medio de la barbarie² no nos permite sumirnos en reflexiones éticas sobre el destino de las civilizaciones que ponía caviloso a Valery. Pero si se considera que el descubrimiento de América acarreó la ruina de la modernización histórica de España y acentuó más todavía la hegemonía de su feudalismo putrefacto, conduciendo a la extenuación a la sociedad española, la conquista debe insertarse en una necesidad histórica mucho más general, vinculada al triunfo mundial del capitalismo, del que fueron agentes los excluidos hijosdalgo de la desdichada España.

5. La propiedad colectiva de la tierra.

El Imperio incaico ejercía su influencia en el actual Perú, en la actual Bolivia, en Ecuador, parte de Chile, parte del norte argentino, cierto sector de la selva brasileña, y

¹ Louis Baudín, *El Imperio Socialista de los Incas*, p. 341, Ed. Zig-zag, Santiago de Chile, 1945.

² Federico Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, p. 196, Ed. en lenguas extranjeras, Moscú, 1955.

hasta parte de Colombia, donde se manifiestan numerosos testimonios en la toponimia y la cultura sobrevivientes. El pillaje de los conquistadores ha contribuido a dificultar un estudio completo de la sociedad incaica y de sus orígenes. Los incas no habían llegado todavía a la escritura. Desconocían la rueda, el manipuleo de metales (hierro), el vidrio, el trigo y el caballo. La civilización incaica se fundaba en la propiedad colectiva de la tierra, en el cultivo del maíz y en la domesticación de la llama. El desarrollo y apogeo del Imperio duró cuatro siglos. Constituía por lo demás una confederación altamente centralizada de tribus. Se consolidó en ella una sociedad estratificada, cuya población agrícola, con sus caciques locales, producía la alimentación fundamental de la comunidad, que era vegetal, pues la carne era prácticamente desconocida como alimento. Las clases sociales se erigían a partir de las comunidades nucleadas alrededor del "ayllu"; la aristocracia, rodeada por los jefes militares, los sabios o "amautas" y los artesanos reales culminaba en la persona divina del Inca, hijo del Sol. La reglamentación estricta y planificada de la vida económica y social estaba determinada por la escasez de los recursos naturales y el grado de la técnica alcanzada por los Incas. Para sobrevivir en medio de una naturaleza que todavía no podía dominar, esta sociedad original había creado un ingenioso sistema de irrigación agrícola, superior en muchos aspectos al romano, y un conjunto de carreteras digno de comparar al concebido por la civilización clásica, que aún se emplea parcialmente. Nos encontramos aquí con un tipo de civilización americana que podría ser considerada como un ejemplo del modo de "producción asiática" descripto por Marx,¹ cuyo régimen hidráulico en cierto

¹ La aparición y desaparición del concepto marxista sobre el modo de producción asiático posee una curiosa historia que no corresponde examinar aquí. Constituyen uno de los aspectos menos conocidos de la decadencia del pensamiento marxista durante el ciclo stalinista las curiosas vicisitudes sufridas por la categoría del modo de producción asiático. El ex comunista Karl A. Wittfogel ha estudiado el problema desde un ángulo reaccionario. Con las debidas reservas pueden consultarse algunos elementos de juicio acerca de la discusión en la Internacional Comunista en 1931 en dicho autor:

sentido análogo a las viejas civilizaciones del Nilo y sus grandes obras públicas, exigían una disciplina impuesta y un régimen político vertical que deja poco lugar a las ilusiones socialistas de algunos autores como Mariátegui,¹ a la poesía nostálgica de Haya de la Torre o a las libertades terminológicas de ciertos profesores europeos.² La palabra "socialista" o "comunista" poco tienen que hacer aquí en su sentido moderno, frente a este notable ejemplo de propiedad colectiva de la tierra y de subordinación ciega al hijo del Sol y su burocrático despotismo.

Las lenguas incaicas, sobre todo el quechua y el aymara, puesto que el uru estaba en completa decadencia al llegar

Despotismo Oriental, p. 454, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964. Además, el marxista inglés Eric J. Hobsbawn, en su introducción a *Formaciones económicas precapitalistas*, de Marx, Ed. Platina, Buenos Aires, 1965 y el marxista francés Maurice Godelier en su estudio preliminar a la antología de textos de Marx y Engels (*El Modo de producción asiático*, Ed. Eudecor, Córdoba, 1966) han reactualizado vigorosamente la importante cuestión.

El eurocentrismo capitalista había supuesto tradicionalmente que la historia de la humanidad debía reproducir naturalmente todas las fases por que había atravesado la evolución de Europa, el continente modelo. Gran parte de la historiografía marxista se inclinó ante esa tradición, pero no el mismo Marx. La posibilidad de desarrollos históricos originales en los países excéntricos aparece en la categoría del "modo de producción asiático". Del mismo modo, la discusión de este problema señala la posibilidad de una evolución de la comunidad primitiva hacia el feudalismo sin pasar por la fase del esclavismo y la viabilidad contemporánea de una transformación de dichas comunidades en organizaciones próximas al socialismo sin la necesidad rigurosa de "suicidarse para renovarse", como lo señala Marx a Vera Zasulich acerca de la comuna rusa. Bajo este mismo aspecto es recomendable la lectura de las opiniones de León Trotsky sobre la probable evolución de las comunidades indígenas de Bolivia dentro de un régimen socialista, que figuran en el libro de Alfredo Sanjinés, *La Reforma Agraria en Bolivia*, págs. 21 a 35, 2ª edición, La Paz, 1945.

¹ "Sobre las ruinas y los residuos de una economía socialista, echaron las bases de una economía feudal": José Carlos Mariátegui, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, p. 10, Volumen II, de Obras Completas, Ed. Amauta, Lima, 1959. Por lo demás, esta obra es una de las raras contribuciones originales del marxismo latinoamericano.

² El profesor Louis Baudin es un obstinado antimarxista; con el objeto de desacreditar al socialismo, califica como tal al régimen incaico. Su libro es mejor que las intenciones de su autor.

los españoles, poseen una estructura simple y lógica y su evolución, en caso de que esa civilización hubiese conquistado la expresión escrita, habría consolidado una "unidad nacional" más efectiva que la lograda en el momento en que el Imperio se derrumbó. En cuanto a la historia, los Incas sumieron en el olvido deliberado más absoluto a las antiguas civilizaciones de las que sin duda procedían y de las que, obviamente, habían heredado parte considerable de sus métodos económicos y políticos. Frente a su propio pasado, el Imperio adoptaba el criterio de fijar en sus "quipos" o inscripciones en planchas de oro, los acontecimientos más memorables o meritorios de los monarcas anteriores. En caso de que alguno de ellos hubiera cometido lo que se juzgaba de algún modo un crimen o faltas graves, eran silenciados por completo, borrados de la historia incaica e ignorados en consecuencia por las generaciones posteriores. Este método de crítica histórica revela que los Incas, si no eran fundadores de la ciencia histórica burguesa, podían al menos pretender figurar en ella.¹ Esta sociedad geometrizada, apasionada por la estadística, y que sometía a sus miembros a una existencia pasiva y ordenada, junto a la cual los jesuitas de las Misiones parecerán bohemios incorregibles, exhalaba un aire faraónico por todos sus poros. Su célebre frase cotidiana: "*No robes, no mientas, no haraganees*" era la cifra de una comunidad militar donde la falta más leve era penada con la muerte y en la que una disciplina de hierro se imponía para arrancar a la tierra apenas abierta por el arado de mano el sustento de la comunidad.²

¹ Con mayor razón podrían ser considerados "recursos" de la historiografía stalinista de la Unión Soviética, que prefiere suprimir de sus anales a sus adversarios cuando teme polemizar con sus libros después de haberlos fusilado. Como se ve, no hay nada nuevo bajo el sol, se trate del Sol incaico o de aquel "Sol padre de los pueblos", como se llamaba en sus días a Stalin, hoy también borrado del "quipu" burocrático.

² Baudin, *ob. cit.*, p. 15, y Salvador Canals Frau, *Las civilizaciones prehispánicas de América*, p. 326, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1959.

El conjunto del Imperio era imponente. Sus ejércitos llevaron la zozobra al puñado de españoles que se atrevió a desafiarlo. Pero la comunidad estática y doblegada se disipó como el humo ante el primer golpe. Luego, las rebeliones sucesivas fueron aplastadas sin piedad y sin esfuerzo por el escudo de hierro, el arcabuz y el caballo, que, piénsese lo que se quiera, fueron no sólo la primera muestra que la cultura de Europa ofreció al "buen salvaje" sino también, en definitiva, la expresión cruel, pero expresión al fin, de la superior técnica de Occidente.

6. Toltecas, aztecas y mayas.

Los dos grupos sociales que poseían cierto grado de evolución cultural cuando llegaron los españoles eran los incas y los aztecas. Estos últimos, por lo demás, cuando el conquistador Hernán Cortés arribó a México, sólo dominaban una confederación inorgánica de tribus, mal avenidas al poder central y cuyas disputas interiores amenazaban gravemente la débil unidad de un régimen mucho menos evolucionado que el Incaico. Los aztecas sólo controlaban y habían impuesto su sello cultural a una reducida parte del actual territorio de México, sobre todo en las altas planicies y en los valles, donde residía su capital. Florecían también otras culturas, como la de los zapotecas, hostiles a los aztecas y que colaboraron con Hernán Cortés contra aquéllos, así como la de los tlascalanes, que procedieron puerilmente del mismo modo. Las decenas de tribus y razas de México no constituían en modo alguno nada que pudiera asimilarse a una "unidad nacional". El número de dialectos en México era incontable, lo mismo que sus creencias religiosas, sus estilos artísticos y sus hábitos.¹

Los aztecas tenían tras de sí un gran pasado histórico. La vieja civilización tolteca, de la cual eran su expresión más decadente, forma parte de esa tradición que los inves-

¹ Walter Krickeberg, *Las antiguas culturas mexicanas*, p. 16 y ss. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

tigadores aún no han terminado de estudiar y que dejó su rastro notable no sólo en la cultura azteca, sino también sobre los restos de la cultura maya, en la actual Guatemala y parte de Yucatán. La conquista española no enfrentó a un gran imperio, sino tan sólo a 38 provincias esparcidas, tributarias de los aztecas, que ubicados en el valle de México ejercían una suerte de satrapía oriental sobre todas ellas. La palabra "imperio" resulta, a diferencia de los incas, un tanto excesiva para designarlos. Los aztecas, a su vez, desde el punto de vista cultural, dependían del pasado tolteca o mixteca. Pero aunque sobre los aztecas se dispone de información más abundante que con respecto a las viejas culturas mexicanas, puede considerarse que la conquista española, como en el caso del Imperio inca, ejerció una devastación de tal magnitud sobre los monumentos, templos, archivos y manuscritos que gran parte del pasado prehispánico resulta en gran parte indescifrable a la moderna investigación. Juan de Zumárraga, primer arzobispo de México, en 1547, se envanecía en una carta que sus sacerdotes habían destruido hasta ese momento más de 500 templos mexicanos y quemado más de 20.000 ídolos. Con sus propias manos, el ardoroso prelado ayudó a incinerar los archivos de Texcoco; imitó su celoso ejemplo el Obispo de Yucatán, Diego de Landa, que en 1562 entregó al fuego purificador los manuscritos mayas, el único pueblo de América precolombina que había logrado crear una escritura y cuyos principales testimonios históricos y literarios se han perdido por estos diligentes pastores.¹ Numerosos clérigos y hasta conquistadores como Hernán Cortés y sobre todo Bernal Díaz del Castillo remediaron en parte la devastación, recogiendo en sus crónicas y recuerdos los testimonios vivientes de la civilización que agonizaba bajo sus ojos.² No en vano Hernán Cortés, muy superior en todos los respectos a Pizarro, dirá luego para justificar en cierto modo el vandalismo conquistador: "Porque es notorio que

¹ Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, p. 202, en "Cronistas de las culturas precolombinas", Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

² Verrill, *ob. cit.*, y Krickeberg, *ob. cit.*

la más de la gente española que acá pasa, son de baja manera, fuertes y viciosos de diversos vicios y pecados".¹ Si se tiene en cuenta que Cortés y sus soldados, inmediatamente después de su victoria sobre Moctezuma, Cuitlahuac y Cuauhtemoc destruyó por completo Tenochtitlán, la capital azteca, sobre la cual edificó la actual ciudad de México, puede comprenderse que su reflexión sea al mismo tiempo una confesión. Mientras que los habitantes de Atenas y Roma, dice Krickeberg, descienden de los griegos y romanos que vivieron hace tres mil años, pues las dos grandes capitales se fueron construyendo sobre sus antecesoras sin destruirlas, la actual México está edificada sobre las ruinas de la ciudad azteca: de un solo tajo se destruyó la vieja cultura y se escindió la historia de lo que los europeos llamarían el Nuevo Mundo, aunque era más antiguo que muchas de las grandes naciones de Occidente.

En lo que hoy conocemos como México se hablaban 82 lenguas, que formaban 11 ó 12 grupos y que se agrupaban en 4 ó 5 familias lingüísticas.² La lengua azteca era en el siglo XVI, con la maya y la quechua, una de las tres lenguas literarias de la vieja América. En ella se habían compuesto himnos a los dioses, poemas épicos y obras históricas. Observemos desde ya que pese a todas las analogías que los filólogos puedan encontrar entre las lenguas mexicanas o mesoamericanas estamos en presencia de mundos culturales e idiomáticos prácticamente incomunicables: basta señalar las distancias, las lenguas y las culturas que separaban a los dos grandes imperios americanos para comprender el papel histórico unificador que desempeñarán los españoles desde el punto de vista de la creación de una nacionalidad.

Análogamente a los incas, los aztecas carecían de cereales panificables. Su cultivo fundamental era el maíz. Pero la inexistencia de grandes cuadrúpedos les vedaba una alimentación completa, con la leche y la carne. Por añadidura, la carencia de transporte mecánico y animal, esto es, de la

¹ Picon-Salas, *ob. cit.*, p. 57.

² Krickeberg, *ob. cit.*, p. 35.

rueda, el buey y el arado, obstaculizaba el aumento de la productividad agrícola. Estos factores técnicos crearon su déficit alimentario y limitaron el nivel cultural.¹ Los incas utilizaban la llama como animal domesticado (que soporta a lo sumo un peso de 55 kilos). Ni siquiera contaban los aztecas o los mayas antiguos con un animal doméstico semejante. El transporte, en consecuencia, se hace a lomo de indio. El fundamento de la organización social y económica azteca era el *calpulli*, equivalente al *ayllu* incaico y que distinguía a la propiedad colectiva de la tierra. Una casta de guerreros, sacerdotes y ricos comerciantes que traficaban productos con la costa sirven de base al Jefe o Emperador, cabeza de una sociedad más o menos militar. Las clases aztecas privilegiadas vivían en suntuosos palacios. Los ritos religiosos, que incluían sacrificios humanos, estaban íntimamente vinculados al bajo nivel productivo de su agricultura y a la ferocidad del régimen tributario y esclavista que asolaba más allá del valle de México.² Las carreteras, el sistema veloz de comunicaciones, la dureza extrema de la vida, el saqueo de las tribus sometidas, aproximaban más literalmente a los aztecas al tipo de despotismo oriental, combinado con el modo de producción de las sociedades agrícolas primitivas. Contaban con una escritura jeroglífica, un calendario y nociones de aritmética y astronomía. No trabajaban los metales industriales pero descollaban en la orfebrería, el dibujo, el delicado arte del trabajo en plumas y la arquitectura monumental. Eran excelentes cartógrafos. Cuando Cortés destruyó la capital azteca, Tenochtitlán contaba con 60.000 casas y 300.000 habitantes. Sus ferias comerciales deslumbraron a Bernal Díaz del Castillo, el cronista. Le parecía encontrarse, por su animación, variedad de artículos e intensidad del intercambio, en una feria europea. Los oficios y artesanías aztecas han perdurado hasta hoy.

¹ Carlos Malpica, *Crónica del hambre en el Perú*, p. 38, Francisco Moncloa, Editores, S.A., Lima, 1966.

² Canals Frau, *ob. cit.*, p. 417.

7. Fin y comienzo.

En cuanto a los mayas, habían desaparecido cuando se produjo la conquista. A lo largo de una historia prolongada y misteriosa, habían llegado a crear una escritura perfecta y el calendario más preciso que se había conocido hasta la adopción del calendario gregoriano en Occidente. Sus cálculos astronómicos eran rigurosos, no menos que la maravilla de su arquitectura y sus artes monumentales.¹ Si se considera en su conjunto, la escritura maya, la arquitectura preincaica chimu, los indios nascas como ceramistas, los calendarios aztecas o toltecas y las carreteras y tejidos incaicos, resulta evidente que la vieja América ofrecía un rico cuadro cultural, que no ha podido ser exterminado por completo. Algunos de sus elementos sobreviven y forman parte del grandioso proceso de fusión entre los europeos y autóctonos en los últimos siglos.²

Fuera de estos centros de cultura, algunos a punto de disolución, otros al cabo de su apogeo o próximos a su crisis, había en el Nuevo Mundo cuando aparecen los españoles en su horizonte, la más variada gama de tribus y grupos étnicos. Desde el nomadismo, con la pesca y la caza como forma elemental de sustento, hasta formas primitivas de agricultura, nada digno de mención, histórica y culturalmente viviente puede recogerse en esta síntesis. Indios desnudos, o nativos cubiertos con piel de venado, alfareros o tejedores de mimbre, pescadores o cazadores de bisontes, sedentarios cultivadores de mandioca en las Antillas o el área amazónica, eran fenómenos prehistóricos, hechos puramente étnicos, capítulos de las ciencias naturales.

¹ Wittfogel establece una estrecha correlación entre los conocimientos matemáticos y astronómicos y las necesidades de las primitivas comunidades agrarias de vigilar exactamente la redistribución de los campos inundados, medir las estaciones, controlar los ciclos anuales y contar con un calendario exacto para prevenir catástrofes naturales. Herodoto atribuye los comienzos de la geometría en Egipto a la necesidad de medir cada año la tierra inundada.

V. Wittfogel, *ob. cit.*, p. 49.

² V. Edmundo O'Gorman, *La invención de América*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1958.

Continente tan inmenso como lo había soñado Séneca, rodeado de dos océanos, sostenido por los Andes, cruzado por los ríos más extensos del mundo, poblado de todas las razas y culturas; la estupefacción de los conquistadores al encontrar un universo habitado por astrónomos y caníbales fue breve. La colonización comenzaba, el oro relucía allí y el Reino de los Cielos estaba en este Mundo.

CAPITULO III

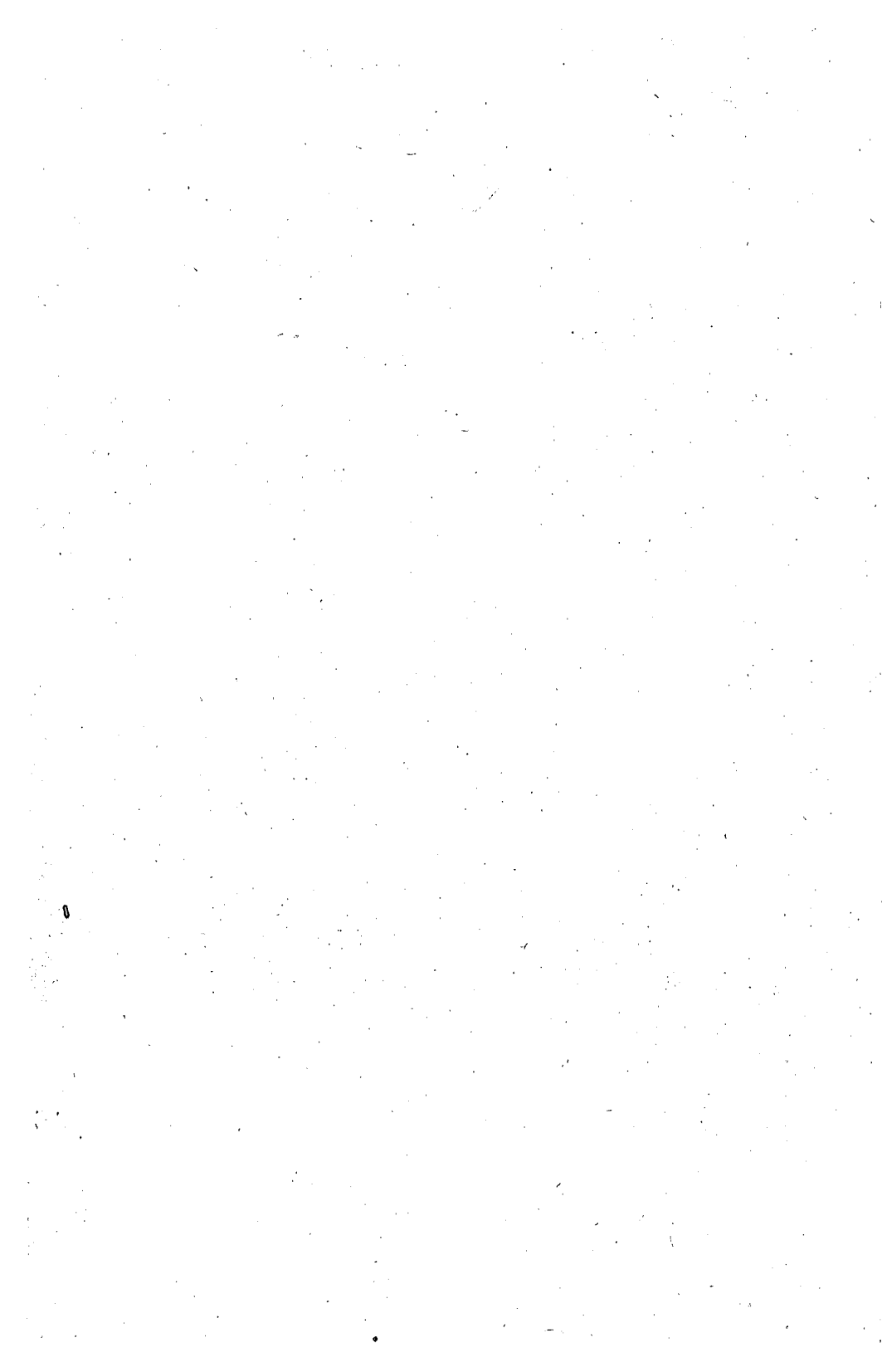
COLONIZACION Y NACIONALIZACION DE LAS INDIAS

“Hay tantos mestizos en estos reinos, y nacen cada hora, que es menester que Vuestra Majestad mande enviar cédula que ningún mestizo ni mulato pueda traer arma alguna ni tener arcabuz en su poder, so pena de muerte, porque esta es una gente que andando el tiempo ha de ser muy peligrosa y muy perniciosa en esta tierra”.

Licenciado Castro, al Rey, siglo XVI.

“¿Quiénes son los que nos sustentan en estas tierras y los que nos dan de comer? ¿Acaso los españoles cavan, cogen y siembran en todas estas islas? No, por cierto; porque en llegando a Manila, todos son caballeros”.

Juan de Delgado, siglo XVIII.



1. La fusión racial.

Durante trescientos años se producirá un lento proceso de fusión entre los españoles en América y los sobrevivientes de la población autóctona. La fusión engendrará al mestizo, que será a su vez discriminado de los puestos fundamentales de la vida política colonial, constituyéndose en ciudadano de tercera categoría. La oleada inmigratoria posterior a la conquista, pasado el período de hierro, gozará de los frutos del asalto. Serán encomenderos, propietarios de gigantescas haciendas, funcionarios reales, oidores, cabildantes, jefes militares. Hacia abajo, más allá de la sociedad española virreynal que se enriquece lejos de España y de los criollos o americanos españoles insertados profundamente en la estructura económica, vegeta un mundo petrificado de indios mansos, razas vencidas, transformados en mineros-siervos, en jornaleros, en labradores inamovibles del dominio señorial, en capataces de plantaciones o cómplices de los amos en el tráfico de esclavos; en el mejor de los casos, en artesanos, personal de los servicios domésticos, trabajadores de los servicios y transportes, domadores, reseros, acarreadores de hacienda. La importación generalizada de mano de obra esclava procedente de Africa mezclará más aún las razas originales de América: aparecerán así el mulato, el zambo, el tercerón, el cuarterón, el quinterón. El español venía de su patria generalmente sin mujer. Su vaga hidalguía, su total pobreza, su hambre devoradora, la exaltada ambición, hacía de cada uno de ellos un Cortés que encallaba sus naves. Era un español sin regreso. Así, con la india y la prodigiosa naturaleza echó linaje nuevo. El fenómeno ya alarmaba en 1567, cuando el Licenciado Castro se dirige al Rey, desde Lima,

alertando al monarca sobre los peligros del mestizo en América: *"Hay tantos mestizos en estos reinos, y nacen cada hora, que es menester que Vuestra Majestad mande enviar cédula que ningún mestizo ni mulato pueda traer arma alguna ni tener arcabuz en su poder, so pena de muerte, porque esta es una gente que andando el tiempo ha de ser muy peligrosa y muy perniciosa en esta tierra"*.¹

Por lo demás, el mestizo será llamado criollo con el tiempo, y según sean sus caudales y legitimidad de filiación estará integrado a clases económicamente privilegiadas, aunque persista para él la segregación de la vida política. El criollo ilegítimo o desprotegido será "mestizo" y vegetará en las capas profundas y expoliadas de la sociedad colonial.

2. La política colonizadora.

Con esa particular mezcla de misticismo y codicia que distinguía a los conquistadores, bien provistos de los formulismos jurídicos redactados por los ceremoniosos letrados de Castilla, se confeccionó un complejo discurso que los soldados españoles leían a los indios antes de someterlos por la fuerza. Este discurso llamábase "requerimiento". En caso de que su lectura no moviese a los indios absortos a prestar su aprobación al vasallaje que se les pedía y a adoptar la fe ofrecida, quedaban notificados por una lengua que no comprendían y por unos extranjeros a los que no habían visto nunca, que serían obligados a ceder a golpes de espada. El requerimiento se hacía a la buena de Dios, al pie de un árbol tropical, con el lector leyendo rápidamente, rodeado de indios curiosos y de acólitos con las armas desenfundadas. Así procedían los soldados del Rey y devotos del Señor, en los primeros años de la conquista. Recuérdate la respuesta de unos indios de Colombia al entender, por la traducción que tuvieron a bien hacerles unos frailes, que el Papa había hecho merced de aquella tierra

¹ Alejandro Lipschutz, *El problema racial en la conquista de América y el mestizaje*, p. 266, Ed. Austral, Santiago de Chile, 1963.

al Rey de España y que todos le debían obediencia: "*Dixeron que el Papa debiera estar borracho cuando lo hizo, pues daba lo que no era suyo. Y que el Rey que pedía y tomaba tal merced debía ser algún loco, pues pedía lo que era de otros. Y que fuese allá a tomarla, que ellos le ponían la cabeza en un palo como tenían otras que me mostraron de enemigos suyos puestas encima de sendos palos*".¹

Como había que respetar las formas y observar al mismo tiempo las leyes de la táctica, muchos "requerimientos" eran leídos a los indios una vez que ya estaban encadenados, sin intérprete y abrumados a palos. Estos métodos expeditivos complacían a Pedro de Valdivia, conquistador de Chile: "*Matáronse hasta mil e quinientos o dos mil indios y alanceáronse otros muchos, y prendiéronse alguno, de los cuales mandé cortar hasta doscientos las manos y narices, en rebeldía de que muchas veces les había enviado mensajeros y hécholes los requerimientos que V. M. manda*".² Iniciada la colonización, medio siglo después, hacia 1550, la población indígena de las Antillas dejaba de pagar tributos en su totalidad porque había sido exterminada en los lavaderos de oro.

La ruina acarreada a la industria española por la política de los Habsburgos y el escaso poder de contralor real en el inmenso mundo colonial, facilitaron la formación de diversas industrias y cultivos formalmente prohibidos por la Corona. Muchas de estas industrias serán destruidas por el libre comercio que impondrán los regímenes políticos de la revolución hispanoamericana. También había artesanías y pequeños talleres en las ciudades principales organizados bajo la forma de "corporaciones". De ellas estaban excluidos los indios, mulatos y negros, en la categoría de "maestros", sobre todo por que los indios eran hábiles artesanos y habían heredado por generaciones su destreza, lo que los volvía competidores peligrosos. Esto no impedía que fueran los artesanos indios los principales oficiales de dichos talleres.

¹ Picon-Salas, *ob. cit.*, p. 44.

² Lewis Hanke, *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo*, p. 71, Ed. Universitaria, Santiago de Chile, 1958.

Las corporaciones de artesanos carecían de toda analogía con las corporaciones de oficios de Europa, sino que más bien ejercían las funciones de una "policía del trabajo" con el fin de controlar la vida económica colonial.¹ Sin embargo, la gran maquinaria del capitalismo colonial exportador (cacao, azúcar, minerales, algodón, etc.), que alimenta la formación del capitalismo europeo, facilita la introducción del mestizo artesano de los centros urbanos a un "mundo monetario y racional" que constituye una introducción al capitalismo, aún bajo su forma mercantil.² Pero se trataba en todo caso de una minoría. Los millones de indígenas, negros y "castas" que producían en las Indias, se distribuían entre los encomenderos de México, Perú o el Alto Perú, trabajaban para los grandes ganaderos mejicanos o venezolanos, jadeaban en el fondo de las minas, plantaban azúcar, algodón y cacao o agonizaban bajo el látigo en los ingenios del Brasil. En cuanto al "proletariado", Humboldt describía, en la primera década del siglo XIX las fábricas textiles: *"Los hombres libres, indios y gente de color, se confunden con los delincuentes distribuidos por la justicia entre las fábricas para obligarlos a trabajar. Todos aparecían semidesnudos, cubiertos por harapos, magros y deformados. Cada taller parece una oscura prisión. Las puertas, que son dobles, permanecen constantemente cerradas y no se permite a los obreros dejar la casa. A los casados sólo se les permite ver a sus familias los domingos. Todos son azotados sin piedad, si cometen el menor desliz respecto del orden imperante en la fábrica"*.³

3. La "destrucción de las Indias".

Los tres siglos de dominación colonial española, salvo las alteraciones de la política borbónica a fines del siglo XVIII, se fundan en la encomienda y en la mita, esto es, en la esclavización virtual del indio americano, allí donde

¹ José María Ots Capdequi, *Historia de América y de los pueblos americanos*, p. 131, T. XIV, Ed. Salvat, Barcelona.

² *Ibid.*

³ Citado por Haring, *ob. cit.*, p. 267.

podía ser sometido, y los negros africanos. En la realidad social, ya que no en la legislación formalista, el régimen de las encomiendas concebido originalmente como forma de "proteger" al indio y su familia, recién decae a fines del siglo XVIII. Este régimen parecía esencial "*para la perpetuación en América de una sociedad aristocrática organizada en la misma forma que la del Viejo Mundo*".¹ Quien no tenía encomiendas, no tenía recursos y quien no contaba con éstos, no podía "desarrollar comercio". En aquellos lugares de América en que no hubo indios domesticables, como el Río de la Plata, estalló un escándalo recogido por los cronistas. Los ediles de Buenos Aires se quejaron al Rey "*que la situación era tan mala que los españoles tenían que cavar la tierra y sembrarla para poder comer*".² En 1536 algunos hidalgos se morían de hambre en Honduras. Un testigo estupefacto declara haber visto con sus propios ojos a caballeros españoles echar la simiente "*con sus propias manos*" para no morir de inanición. A mediados del siglo XVIII, Juan de Delgado escribía: "*¿Quiénes son los que nos sustentan en estas tierras y los que nos dan de comer? ¿Acaso los españoles cavan, cogen y siembran en todas estas islas? No, por cierto: porque en llegando a Manila, todos son caballeros*".³ El palurdo de España ascendía de situación social al llegar a América: se ennoblecía dejando de trabajar. A lo largo de trescientos años, con el desarrollo de la minería, la agricultura y las industrias, la situación de los indios no había cambiado. En el Perú, los caciques indios se convertían en cómplices de la explotación española. En las tejedurías, una ordenanza de 1601 prohíbe expresamente la mano de obra indígena que debe ser reemplazada por negros, pues los nativos estaban en vía de extinción.

Los productos exportados al mercado mundial, como el azúcar y otros y que ciertos autores consideran expresión característica de la producción capitalista, eran manifesta-

¹ Haring, *ob. cit.*, p. 69.

² Hanke, *ob. cit.*, p. 27.

³ *Ibid.*

ción directa del régimen esclavista-servil instaurado por los españoles durante la era feliz del capital mercantil, que operaba exportando al mercado mundial. La condición de "obrero" en la América Española sólo tenía existencia real en las ordenanzas, lo mismo que el cobro de salarios y la libertad personal. Al desenvolverse la economía española y comenzar el siglo XVIII, la situación en América Hispánica tiende a reflejar el cambio. Junto a la mano de obra servil o semi-esclava aparece una clase de trabajadores asalariados libres, que se ocupan de sus oficios en las ciudades, y que como es natural, constituyen una parte ínfima de la población trabajadora. Lentamente, a medida que aumentaba el mestizaje, aparece en Chile, por ejemplo, el "inquilino" de los grandes establecimientos rurales.¹ Cuando Ulloa viaja por América a principios del siglo XVIII observa que las leyes de Indias no se cumplen. Se cobraba tributo a indios menores de 18 años y mayores de 50, y aún a los inválidos y deformes.

Durante el primer período de la conquista y colonización, se procedió a la "destrucción de las Indias", según la expresión célebre del Padre Bartolomé de las Casas. La pasión áurea largo tiempo contenida, por un lado, y la torpeza de un sector de los frailes evangelizadores por el otro, equivalen al arrasamiento virtual de las religiones autóctonas, con sus templos e imágenes y al despojo de todos los metales preciosos elaborados con fines de culto o lujo de las aristocracias nativas. Posteriormente se impuso la necesidad de organizar la explotación de las minas, allí donde las hubiera. La exigencia de una mano de obra servil o esclava se impuso, a pesar de todas las disposiciones legales previstas por los Reyes de España. De este modo apareció el servicio personal forzoso llamado en el Perú *mita* y en México *quatequil*.² Las condiciones monstruosas del trabajo en las minas y los cambios climáticos (en el Perú se transportaba a los indios de la sierra a la costa o viceversa, provocando su tuberculización), redu-

¹ Haring, *ob. cit.*, p. 80.

² Vicens Vives, *ob. cit.*, p. 131, T. IV.

jeron la población a cifras de mortalidad trágicas.¹ Por lo demás, al arrancar a la población nativa de sus seculares labores agrícolas y sumergirla en el horror minero, destruían sus vínculos familiares. Así la "familia cristiana" de los evangelizadores era sustituida por la mano de obra esclava para alimentar el Tesoro español y las arcas de los grandes mineros españoles. La primera manifestación de la política de servidumbre fue dada por los "repartimientos de indios". En México se llamaron "congregas". La Corona autorizó a los encomenderos a emplear en el trabajo agrícola o minero a los nativos: "*Podrán valerse de negros, mestizos y mulatos, de que tanta canalla hay ociosa... así como de los españoles de condición servil que hubiere*".² No podría decirse que España exportó a las Indias su feudalismo putrefacto, puesto que el feudalismo español era un régimen social filantrópico comparado al capitalismo mercantil-colonial con fuertes rasgos de parritismo señorial que implantó el Imperio hispánico en el Nuevo Mundo.

Si el encomendero se comprometía a "proteger" al indio y su familia, a cambio del trabajo prestado por éste y si el régimen del salario figura en la Legislación de Indias para consuelo de todos los juristas, y aún de algunos historiadores, el régimen de encomiendas otorgado por el Rey a sus fieles vasallos que organizaban el Imperio de las Indias fue la designación de la explotación y sujeción más brutal y cínica. "*Las obligaciones del encomendero como patrón y protector se convirtieron en mera fórmula. Los salarios eran nominales y la instrucción se limitaba a las formalidades del bautismo*".³ La avidez española por el oro era tan intensa que los indios de Cuba y de México llegaron a creer al principio que el Dios adorado por los extranjeros barbudos era el oro. Los españoles hacían transportar sus caballos en hamacas a hombro de

¹ En México había en 1532, 16.871.408 habitantes; en 1568, 2.649.573; en 1608, 1.069.255. Cfr. Enrique Dussett, *Historia de la iglesia latinoamericana*, 1967.

² Vicens Vives, *ob. cit.*, p. 350, T. IV,

³ Haring, *ob. cit.*, p. 55.

indio, dice Miguel Luis Amunátegui: "*Marcaban a estos en la cara y contramarcaban para registrar su donación, venta, etc. Generalmente morían abandonados, agotados, en el campo. Cerca de las minas había un fétido olor de muerte, con aves de rapiña revoloteando. Muchos se mutilaban o suicidaban*".¹

Considerado "vasallo libre" por las burlescas ordenanzas del Rey en España, y bestia de trabajo por los españoles en América, humillado, exprimido, vejado y castigado hasta la desesperación, muchos hijos de Moctezuma o Atahualpa bebían al fin unos sorbos de yuca amarga para liberarse por la muerte del yugo español.² Doscientos años después del descubrimiento, América parecía un desierto.³ En el siglo XVIII escribe Ulloa: "*Es constante que en América no existe la octava parte de población que había cuando se descubrió*".⁴ A todo lo dicho, la mortandad indígena tenía otro agravante: las enfermedades, viruela entre ellas, traídas a América por los españoles y que diezmaron la población.

El pago de los salarios era una ficción, los horarios horriblemente extensos. En las fábricas se obligaba a trabajar contra las reglamentaciones vigentes a niños de 6 a 8 años de edad. Como los indios se fugaban, eran frecuentes las prácticas de organizar pequeñas expediciones para cazarlos. Baste señalar que tres siglos más tarde del descubrimiento, cuando la sociedad colonial parecía definitivamente arraigada y estructurada y las razas americanas irremediablemente vencidas, una formidable sublevación encabezada por Tupac Amaru en 1780, sólo 30 años antes de la emancipación americana, puso de pie a decenas de miles de indios peruanos.

4. La ruina de la industria española.

Los españoles importaron de la metrópoli los animales

¹ Amunátegui, *ob. cit.*, p. 17.

² Picón-Salas, *ob. cit.*, p. 46.

³ Colmeiro, *ob. cit.*, p. 975.

⁴ *Ibid.*

domésticos que faltaban en América: caballos, vacas, ovejas, cerdos y cabras, que se multiplicaron prodigiosamente. Medio siglo después enormes rebaños vagaban por las llanuras del Orinoco, del Río de la Plata o de las sabanas de las Antillas. Los cereales, hortalizas y legumbres, el olivo, las naranjas y la caña de azúcar aclimataron en América, modificaron su régimen alimenticio y su vida social. España variaba continuamente su política económica ante América. A veces prohibía establecer nuevas plantaciones, por temor a la competencia con productos de la metrópoli, o vedaba exportar vinos americanos a otras regiones americanas que podían ser provistas por Europa. En el siglo XVII se prohibía la plantación de olivares y la exportación de aceite. Pero estas prohibiciones, así como las que restringían la implantación de industrias manufactureras en las colonias, pocas veces se verificaban en la práctica, como ocurría con el resto de la legislación indiana. De ahí que la recopilación de la jurisprudencia española tenga un valor abstracto, delicia para juristas. Todo era ilegal en América. Llega a ser práctica generalizada el aforismo: *"las órdenes del Rey se acatan y no se cumplen"*.

La industria española había sido abandonada o arruinada por el descubrimiento de América. El oro era empleado por los Habsburgo para importar artículos de consumo de otros países europeos y hacer guerras. América, en consecuencia, no podía ser proveída por la metrópoli de los artículos manufacturados que España ya no producía ni siquiera para abastecer su propio consumo interno. De este modo, el monopolio de Cádiz, que impedía el comercio de las colonias entre sí y con otros países extranjeros, sólo superficialmente era españolista, puesto que el comercio exterior de ese monopolio estaba en manos de los proveedores europeos de España. Los monopolistas españoles tan sólo remarcaban esas mercaderías europeas y las revendían a las colonias. La violación de las disposiciones que prohibían montar fábricas en América, a su vez, venía a constituirse en una verdadera política nacional, puesto que reducía el mercado interno de las mercaderías extranjeras que entraban a las Indias. Los monopolistas de Cádiz

eran, en realidad, un sector de la burguesía importadora de España y virtuales agentes comerciales de la industria inglesa, holandesa, francesa o italiana. América incorpora al consumo de Occidente productos desconocidos hasta ese momento: papa, tomate, maíz, maní, tabaco, coca, quina, ananá, caucho, maderas tintóreas, cacao, y, como derivado de éste, el chocolate. Por lo demás, la industria textil, la más importante de América Hispánica, se extiende a pesar de todas las restricciones. Deberá entenderse que las telas rústicas que producía eran vestidas por las clases inferiores de la población, pues en general la "*gente decente*" o de "*limpieza de linaje*", como en Lima, sólo usaban trajes de seda.¹ Esta gente decente, por lo demás, era de reciente data. Los apuros financieros de los reyes obligaban con frecuencia a vender hidalguías a bajo costo. Felipe II ordenó la venta de 1.000 hidalguías sin mirar quienes las compraban. Así, en la Lima del siglo XVIII, ya había cuarenta familias de condes y marqueses, entre ellos muchos mestizos enriquecidos.²

Las clases privilegiadas de la colonia tenían su base económica en la propiedad de la tierra. El concepto señorial de las haciendas, dice Haring, pasó de España a América, robustecido por el derecho de la herencia al hijo mayor o pariente más cercano, para impedir la desintegración de la propiedad. Otras familias explotaban la gran minería. Pero en general el rasgo distintivo de las clases dominantes en la Colonia era la propiedad lisa y llana. Esta inepta política que trasladaba a América el retardo español, se complementaba con la suicida destrucción de la propia industria española, aún en una fecha tan próxima como el siglo XVIII. Por el Tratado de Utrecht (1713) el pomposo reino español concedía al detestado protestante inglés el derecho de asiento y el navío de permiso por treinta años, lo que situaba a los ingleses legalmente en el Río de la Plata para la trata de negros, máscara de su organización continental de contrabando. Ward se pre-

¹ Haring, *ob. cit.*, p. 219.

² *Ibid.*

guntaba como todavía existía actividad económica alguna en España.¹ Mientras deformaba el desarrollo económico de sus colonias, impidiéndoles la creación de industrias, España, golpeada por la inutilidad de su política de unidad católica y la torpeza de sus almirantes, capitulaba ante su más poderoso enemigo europeo. Es suficiente decir que anualmente llegaban a los puertos españoles entre 800 y 1.000 naves de Inglaterra, Holanda y Hamburgo cargadas de productos industriales, las que recogían el fruto y la plata americanas. La exportación de la lana española, a su vez era estimulada por los Austria, y se dirigía a Inglaterra para ser manufacturada y retornar a España bajo la forma de productos textiles. Los mercaderes españoles embarcaban las lanas *"en bajeles extranjeros y las dirigían a Londres o Amsterdam, tomando sobre sí los riesgos de la mar. Llegaban a su destino, las vendían y cobraban su importe, no en dinero, sino en telas y bujerías, corriendo otra vez de su cuenta los siniestros de la navegación y el gasto de los fletes"*.² ¡Indias de Europa! Este sistema lo veremos reproducido en nuestra América Latina por los mismos imperios que en su tiempo saquearon a España, sucedidos hoy por los Estados Unidos.

5. ¿Capitalismo o feudalismo?

La disputa sobre el carácter de la colonización española en América ha cobrado actualidad en una reciente polémica.³ Por supuesto, el tema en discusión no reviste un carácter académico ni de "pura doctrina". Se trata de saber, en esencia, las consecuencias políticas que se inferirían si en efecto el pasado colonial de Hispano América ha dejado tareas nacionales y democráticas por resolver en nuestro tiempo o si, por el contrario, el avanzado carác-

¹ Colmeiro, *ob. cit.*, p. 1008, T. II.

² *Ibid.*

³ V. "Los modos de producción en Iberoamérica", p. 38, revista "Izquierda Nacional", nº 3, octubre de 1966, órgano teórico del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Buenos Aires. Contiene artículos polémicos de Rodolfo Puiggrós y Andrew Frank.

ter de la colonización de tipo capitalista, los ha resuelto todos y en consecuencia, en el presente, América Latina enfrenta una lucha de clases de acuerdo al modelo clásico de Europa: burguesía y proletariado. Si en efecto, la colonización hispano-portuguesa revistió un carácter feudal, cabría discutir cuando América Latina perdió ese carácter, pues es obvio que actualmente carece de él. Por otra parte, si esa colonización poseía rasgos capitalistas en el siglo XVI, XVII y XVIII, podría desprenderse lógicamente que el capitalismo como modo de producción ha terminado en el siglo y medio siguiente de imponerse en la sociedad latinoamericana. Los problemas políticos y las soluciones emergentes están vinculados, como es natural, a la realidad de tales enjuiciamientos históricos-económicos. El profesor Andrew Frank sostiene este último punto de vista. Nuestra conclusión difiere de la suya, no porque consideremos que hubo feudalismo en América, sino porque a nuestro juicio aún hoy el capitalismo nacional no ha triunfado plenamente en esta parte del mundo. En ese hecho reside justamente su carácter semi-colonial, subrayado trágicamente por su balcanización nacional. Los españoles no podían traer al Nuevo Mundo sino las instituciones y los modos de producción que conocían y en cuyo seno se habían formado. Naturalmente que ya en el siglo XVI el "feudo" no existía en España, sino que sobrevivían en proceso de desintegración bajo el absolutismo de los Austria caracteres del feudalismo heredado de la guerra secular contra los moros. El descubrimiento de América prorrogó esa decadencia y lejos de robustecer la influencia burguesa en la sociedad española, la redujo a su mínima expresión. La historia de España es explícita a este respecto.

Pero América española ya no era un asunto puro y simple de España. Para usar una expresión grata al Profesor Frank, se elevaba en el mundo a partir del siglo XVI un "sistema mundial", esto es, el capitalismo. En el centro de este sistema estaba Inglaterra. España se convierte a partir del siglo XVII en el intermediario ruinoso entre el Nuevo Mundo y el capitalismo pujante de Gran Bretaña,

que absorbe, industrializa y distribuye gran parte de las riquezas latinoamericanas, lo mismo que Holanda y Francia secundariamente.¹ Los terratenientes, ganaderos, fazendeiros, mineros o dueños de plantaciones con productos exportables destinados al mercado mundial, eran españoles o americanos enriquecidos que con mano de obra esclava o servil se insertaban en el sistema mundial controlado por Inglaterra. El azúcar, los minerales diversos, el tasajo, el sebo, las astas, los cueros, el tabaco, el trigo, el cacao o el café o el algodón de Perú, Chile, Río de la Plata, México, Colombia, Brasil, Antillas o Venezuela, eran extraídos con la sangre y el sudor de trabajo forzado y se transformaban en capital comercial.² ¿Cómo se distribuía ese capital comercial? Parte de él quedaba en manos de estos productores españoles o americanos; en su mayor parte se volcaba en el proceso de acumulación primitiva del capitalismo europeo, en particular del capitalismo inglés. ¿Qué destino tenía el capital mercantil que permanecía entre las uñas de los plantadores o propietarios negreros de América?

¹ Haring, *ob. cit.*, p. 320: "Los mercaderes españoles se convirtieron a menudo en simples intermediarios —agentes o factores a porcentaje— de casas comerciales extranjeras, a las que con frecuencia prestaban sus nombres españoles para burlar la ley. Las mercaderías seguían siendo propiedad del comerciante extranjero y eran embarcadas a su riesgo. A cambio de las manufacturas de Flandes, Francia, Italia, Inglaterra y Alemania, España daba sus propios productos —lanas, vino, fruta seca— y los de las Indias".

² En el Río de la Plata no había trabajo esclavo sino en el servicio doméstico. La producción ganadera no empleaba tampoco mano de obra servil, pero el destino de ese capital revestía idéntico carácter parasitario y no productivo que en las otras regiones de América. "La «conquista» fue hecha por los castellanos como antes la «reconquista». Obteniendo tierras, tesoros y el servicio de los hombres. ¿Podía este tipo de imperialismo lanzar una economía moderna? Los hombres que habían propulsado el descubrimiento por razones económicas eran genoveses, flamencos, judíos, aragoneses del séquito de Fernando. Pero el monopolio —y las condiciones demográficas— hicieron de la «conquista» un asunto de los hidalgos de Extremadura, de los ganaderos de la Mesta, de los administradores sevillanos. Los beneficios no fueron «invertidos» en el sentido capitalista del término. Los emigrantes favorecidos por la fortuna soñaban con compras de terrenos, construcción de castillos, con tesoros": Pierre Vilar, *Historia de España*, p. 65, Ed. Librairie Espagnole, París, 1963.

¿Generaba un proceso análogo de acumulación primitiva, al que se verificaba en Europa? Por el contrario, ese capital no se reinvertía sino en los gastos suntuarios propios de clases parasitarias o improductivas. La inmovilidad de la tierra en "manos muertas", como en España y la indivisibilidad de las grandes propiedades por la institución del mayorazgo creaba un freno para las transacciones, del mismo modo que las prohibiciones y limitaciones, por lo menos formales de la Corona, quitaban a los grandes plantadores o hacendados toda veleidad de una reinversión productiva en la industria. Ese mismo capital comercial permanecía en "manos muertas" y se derivaba a las construcciones de grandes palacios, casas de campo, adquisición de joyas, mantenimiento de una numerosa servidumbre y todo género de boato muy poco "burgués".¹

6. Las clases rentistas.

En el siglo XVIII las colonias hispanoamericanas habían alcanzado un desarrollo relativamente importante. El hecho de que México, Lima o Potosí disfrutaran de un lujo esplendoroso, de grandes iglesias y residencias imperiales en el siglo XVIII, en comparación con Nueva York y Filadelfia en la misma época, debe buscarse en el carácter señorial e improductivo de la sociedad española en Amé-

¹ Uno de los rasgos característicos del feudalismo era la prohibición del campesino, obrero rural en condición servil, de desplazarse de trabajo o de dominio. Esa atadura personal no impedía la producción para el mercado y la transformación de su producción en mercancía. "La organización del dominio feudal, economía natural por sus bases, puede hasta cierto punto adaptarse a las exigencias del mercado. Pero una producción mercantil no es aún una producción capitalista. Para que ella devenga capitalista es necesario que la fuerza del trabajo devenga también una mercancía: dicho de otro modo, es preciso que la producción esté fundada sobre la explotación no del campesino colocado bajo la dependencia feudal, sino del obrero asalariado privado de sus medios de producción y obligado a vender su fuerza de trabajo", V. E. Kosminsky, *L'évolution des formes de la rente feudale en Angleterre du XIe. au XVe. siècle*, p. 67 y ss., en "Recherches internationales", mai-juin 1963, N° 37, París.

rica.¹ Es "una sociedad aristocrática que mira con desdén el trabajo manual y lo confía a su abundante servidumbre negra, india o mestiza".² Pero en América del Norte no hay mano de obra abundante y además aquellos puritanos proceden de una sociedad capitalista, con sus propios hábitos y relaciones de producción. Aún en nuestro siglo, cuando la esclavitud y las condiciones de trabajo servil o forzado han desaparecido casi por completo, sustituida por el "trabajador libre" y asalariado, los mismos plantadores, gamonales, hacendados, ganaderos o productores de azúcar, algodón o productos tropicales de América Latina, cuando no se trata de empresas imperialistas extranjeras, conservan una conducta de consumo oligárquica y una psicología rentística no burguesa. Si en nuestros días podemos calificar a esta clase social en América no como "feudal" sino como "capitalista agraria", sin duda que no podríamos incurrir en el error de juzgarla como "clase burguesa".³

En definitiva, el rasgo diferencial de los diversos núcleos de clases dominantes en la América de la colonización hispánica no era feudal, sin duda, pero aunque conservaba toda la psicología de una clase ya en lenta disolución en España, y muchos de sus hábitos, normas jurídicas e instituciones, debe ser considerada como parte de un capitalismo mercantil fundado en la esclavitud y el trabajo servil y natural agente hispanoamericano del verdadero capitalismo en formación, el capitalismo europeo. Nos permitiremos recordar al Profesor Frank que si bien es cierto que la creación del capitalismo industrial europeo se nutrió en gran parte de las riquezas de América Latina, ese crecimiento capitalista del Viejo Mundo frustró el desarrollo autónomo del capitalismo en el mundo nuevo. La

¹ "En 1790 México y Lima eran ciudades más grandes que Filadelfia y Nueva York. Cuando estalló la Revolución Norteamericana, la población de las trece colonias era aún completamente rural y se hallaba casi por entero dedicada a la agricultura. Había sólo 5 ciudades de más de cinco mil habitantes"; Haring, *ob. cit.*, p. 350.

² Picón-Salas, *ob. cit.*, p. 108.

³ V. "Clase obrera y poder", Buenos Aires, 1964, Ed. de la Izquierda Nacional, Tesis centrales del PSIN.

relación interna de América Latina con Europa en el "sistema mundial" reside en esa distribución desigual de funciones. De otra manera no existiría el antagonismo señalado por Lenin entre naciones oprimidas y naciones opresoras, la ley del desarrollo desigual sería una licencia poética y América Latina la metrópoli de la tecnología.

7. La leyenda negra y la leyenda rosa.

La violencia de la conquista y colonización españolas en América originó dos tesis antagónicas: aquella que condena esa conquista en nombre de los principios humanitarios y la que elogia su misión evangelizadora. En cuanto a la primera, fundada sobre todo en la denuncia del Padre Las Casas y su famoso debate con Juan Ginés de Sepúlveda, fue utilizada por los competidores políticos y comerciales de España para desacreditarla, en particular por Inglaterra. Parecería redundante explicar las razones británicas para asumir la defensa de los indios americanos. De las 66 factorías de esclavos establecidas en las costas de Africa en esa época, 40 eran propiedad de los ingleses, cuya venalidad y salvajismo en las colonias sólo admiten un paralelo con la demostrada por los holandeses. Ni Las Casas ni los indios necesitaban ese tipo de defensores. El juicio objetivo que merecen los métodos de colonización española en América incluye todo el proceso sangriento de expansión del capitalismo moderno en el mundo colonial, cuyo centro fue justamente Inglaterra. Sólo así es posible considerar el problema. La leyenda rosa pretende, por el contrario, envolver la colonización en una niebla mística. Sus sostenedores son los mismos apologistas de la funesta dinastía de los Habsburgo, cuando no los refinados admiradores de la Legislación de Indias, cuya realidad no pasó nunca del papel apergaminado de la época. Esta versión curialesca de la colonización abstrae todo el proceso social de España, su estructura económica, las causas de su decadencia interna y la particularidad de su penetración y arraigo en América. Así, Sierra justifica la expoliación y defiende a los conquistadores contra el rey, "frente a la

legislación defensora del indio, poco menos que despojados de riquezas que habían conquistado con su esfuerzo, con su sangre y sin apoyo alguno de la Corona".¹ Este ultramontanismo feudalizante es característico de ciertos "nacionalistas" argentinos y españoles. Pero está sepultado por la historia.

8. Aristóteles justifica a los encomenderos.

Un gran debate se desenvuelve desde el descubrimiento de América hasta la Ilustración. Este debate sirve de prólogo, por decir así, al sistema de valores que Europa y Estados Unidos opondrán luego desde su altura imperial al pueblo de América Latina. Es revelador recordarlo. Al día siguiente del descubrimiento, el Padre Bartolomé de Las Casas asombra a Europa con su denuncia elocuente de la conquista española. Ya sabemos el empleo que de su protesta harán los habilidosos británicos seguidos de cerca por holandeses y franceses.² La acusación de Las Casas

¹ Sierra, *ob. cit.*, p. 251.

² En su "*Brevísima relación de la destrucción de las Indias*", y luego de su "*Historia General de las Indias*", el Padre Las Casas ofreció una versión, exagerada por su pasión y frecuentemente plagada de inexactitudes dictadas por los peores recursos polémicos, de la crueldad española en la Conquista. La destrucción crítica de su "*Brevísima*" es sencilla y los hispanófilos ya la han realizado. Pero la esencia de su acusación es indesmentible. Importa reiterar aquí que los rivales europeos de España, famosos genocidas y vampiros de pueblos enteros, como los ingleses y holandeses, se lanzaron sobre el folleto de Las Casas como moscas sobre la miel. En las prensas de Alemania, Holanda y Gran Bretaña se difundieron enseguida las traducciones. Al parecer, España en sus conquistas empleaba métodos sangrientos. Sus rivales, en cambio, eran bondadosos filántropos. La refinada perversidad inglesa en Irlanda, la India o los mercados de esclavos, para no hablar de los esquiladores holandeses en las Indias Orientales, vuelven inútil hoy toda digresión sobre el tema. En cuanto a la "intolerancia católica" de los españoles y la "tolerancia protestante" de sus rivales, es justo señalar que toda Europa pasaba por un período de caza de brujas, inmolaciones, persecuciones religiosas y hogueras que envuelven en sus llamas siniestras a unos y a otros. Un apologista de la España Imperial ofreció interesantes testimonios de la persecución religiosa anticatólica en la democrática Inglaterra, para no mencionar el suplicio de Miguel Servet en manos de los pulcros calvinistas de Suiza. V. Julián Juderías: "*La leyenda negra*", p. 383 y ss., Ed. Editora Nacional, Madrid, 1960.

ponía en tela de juicio en la metrópoli la naturaleza y los fines de la conquista. Esta tormenta doctrinaria divide a los mejores espíritus españoles y esconde, en realidad, el mismo antagonismo que enfrentará históricamente a las dos Españas.

El propio clero se divide ante el problema. Juan Ginés de Sepúlveda, teórico de los encomenderos, sale al encuentro de la denuncia de Las Casas. Sepúlveda eleva a las alturas del pensamiento aristotélico el dilema de si los españoles en América debían o no considerar a los indios como seres humanos. Con su recia mano puesta sobre los textos del Estagirita, reformula la teoría aristotélica de la "esclavitud natural". El griego había sostenido la existencia de esclavos por naturaleza: *"Todos aquellos que difieren de los demás tanto como el cuerpo del alma o el animal del hombre (y tienen esta disposición todos aquellos cuyo rendimiento es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que pueden aportar) son esclavos por naturaleza"*.¹

A pesar de ser casi una herejía, Las Casas se atrevió a cuestionar la autoridad inmaculada de Aristóteles que *"no era sino un pagano que se estaba asando en el infierno"*. El Padre Oviedo, historiador de las Indias y adversario de Las Casas, argüía despreciativamente que los españoles debían cuidarse en sus escaramuzas con los indios, pues éstos tenían una cabeza tan dura que podían mellárseles las espadas. Sepúlveda sentenciaba: *"Los que sobresalen por su prudencia y por su ingenio, pero no por sus fuerzas corporales, éstos son señores por naturaleza; al contrario, los tardos y torpes de entendimiento, pero corporalmente robustos para llevar a cabo las tareas necesarias, éstos son siervos por naturaleza"*.²

¡Peligrosa distinción, si se considera el hato de soldados sus puertos atlánticos hacia el continente de los escultores cerriles y hercúleos delincuentes que vomitó España por

¹ *Política*, p. 8, Madrid, 1951.

² Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, p. 64, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

mayas y de los ingenieros incaicos! Sea como fuere, la polémica discurrió sobre un mar de equívocos. Las Casas, para rebatir a Sepúlveda y sus tesis aristotélicas, contribuyó a crear en Europa la idea del indio débil, apocado y digno de protección, lo que por una vía humanitaria conducía a la generalizada convicción de su inferioridad.¹

La marcha de la colonización y la integración parcial de los indios al sistema económico-social que crean los españoles, si debilita el ardor inicial de la polémica, no la concluye. La supuesta inferioridad de América y del indio americano habrá de rebrotar en el siglo XVIII. Pero el debate ya no se entablará entre teólogos e invocando la autoridad de los antiguos, sino entre los filósofos de la Ilustración amparados por las Ciencias Naturales.

9. La época de la calúpnia científica.

De siglo en siglo, en realidad, la cuestión tiende a formularse de diversas maneras. De un modo u otro, los argumentos se modifican y modernizan, pero no cambian su íntima esencia. La España que recién abandona el Medioevo, la Francia, Alemania o Inglaterra de la Ilustración, la Europa burguesa del siglo XIX y los Estados Unidos del siglo XX, manejarán la idea de la inferioridad de América Latina con análogo designio político al que persiguían los caballeros del viejo Sur cuando juzgaban inferiores a los negros de Virginia. Esclavo de plantación, jornalero del tabaco o guarda de tren, ese negro del Norte significará para quienes lo explotan la prueba de la idea aristotélica.

La tradición del "buen salvaje" americano permanecía para Europa fijada en aquel Sur desdeñado por Hegel y que carecía de historia. Buffon abrirá el fuego contra los

¹ Sepúlveda, el famoso defensor de los encomenderos y de la esclavitud indígena fundada en Aristóteles, no sólo tenía preocupaciones filosóficas, como podría suponerse. Según su biógrafo, Sepúlveda era "*un hombre entregado con alma y vida a los negocios*". De acuerdo a las constancias que obran en el Archivo de Protocolos de Córdoba, los esclavistas tenían el mejor abogado posible: "*no hizo otra cosa en su vida que comprar, vender, arrendar y acumular sobre sí beneficios eclesiásticos*". V. Hanke, *ob. cit.*, p. 81.

naturales de América: *"El salvaje es dócil y pequeño por los órganos de la generación; no tiene pelo ni barba, y ningún ardor para con su hembra... quitadle el hambre y la sed, y habreis destruido al mismo tiempo el principio activo de todos sus movimientos; se quedará estúpidamente descansando en sus piernas o echado durante días enteros"*.¹ Por lo demás, todo en América es monstruoso. Los grandes animales feroces son de pequeña talla; en cambio, los reptiles son enormes, los insectos descomunales, lo mismo que gigantescas las ranas y los sapos. Los pantanos y la humedad cubren todo el continente; así, esa tierra lúgubre no puede sino engendrar *"hombres fríos y animales endebles"*.

América es un mundo de aguas putrescentes, donde las especies europeas degeneran y se corrompen. Con toda razón dice Gerbi, *"con Buffon se afirma el europeocentrismo en la nueva ciencia de la naturaleza viva. Y no es ciertamente mera casualidad que esto haya ocurrido en los momentos mismos en que la idea de Europa se estaba haciendo más plena, más concreta y orgullosa"*.²

10. El continente de los leones calvos.

Pero detrás de Buffon avanza el abate De Paw, un ambiguo alsaciano de lengua ácida y de soberbia ingenua. Va mucho más allá que Buffon. Afirma sin cautela que en el clima americano muchos animales pierden la cola, que los perros ya no saben ladrar, que la carne de vaca es incomible y, sobre todo, que el camello se vuelve impotente. Este ejemplo lo transporta de júbilo analógico, pues le permite indicar que lo mismo ocurre con los peruanos, que son impúberes, *"muestra de su degeneración, como ocurre con los eunucos"*. El tema de los incas lo muestra igualmente certero. Rechaza las aserciones del Inca Garcilaso sobre el papel desempeñado por los *amautas*. Dice que en Cuzco había una casucha *"donde ciertas ignorantes titula-*

¹ Gerbi, *ob. cit.*, p. 6.

² *Ibid.*, p. 29.

dos, que no sabían leer ni escribir, enseñaban filosofía a otros ignorantes que no sabían hablar”.

Este abate divagador era célebre en Europa, es preciso decirlo y sus obras aún se comentan. Voltaire, por su parte, es tributario de la teoría climática de Hume (“*Hay alguna razón para pensar que todas naciones que viven más allá de los círculos polares o entre los trópicos son inferiores al resto de la especie*”), cuando afirma que “*los pueblos alejados de los trópicos han sido siempre invencibles, y que los pueblos más cercanos a los trópicos han estado sometidos a monarcas*”.¹ También para Voltaire, con su volubilidad característica, en América hay pocos habitantes en virtud de los pantanos que hacen malsano el aire y porque sus naturales son perezosos y estúpidos. No le asombraría, dice, enterarse que en América hay más monos que hombres. Su indignación es patente cuando informa al mundo que en América no se ha encontrado sino un solo pueblo dotado de barba.

Su ciencia aún sorprende: en México los puercos tenían el ombligo en el espinazo. Aunque cuenta con corderos grandes y robustos, los leones de América en cambio son enclenques, cobardes y pelados. De este modo, Voltaire presenta una América fantástica, pero cuyo mínimo común múltiplo será la regla de oro de la ignorante fatuidad europea en los dos siglos próximos. Al escéptico Voltaire, sucede el piadoso abate Raynal: “*La ruina de este mundo está grabada todavía en la frente de sus habitantes. Es una especie de hombres degradada y degenerada en su constitución física, en su estatura, en su género de vida, en su ingenio poco avanzado para todas las artes de la civilización*”.² La lista es interminable: Bacon, De Mais- tre, Montesquieu, Hume, Bodin, también se “*negaron a reconocer como semejantes a los hombres degradados que poblaron el Nuevo Mundo*”.³

¹ Gerbi, *ob. cit.*, p. 39.

² *Ibid.*

³ El Abate De Paw no sólo disertaba sobre los americanos. También gustaba desplegar su poder profético, al compadecerse sobre el porvenir de “*naciones condenadas a una eterna mediocridad, como los egipcios y los chinos*”. *Ob. cit.*, p. 92.

Para resumir este debate con una frase concluyente, que sólo podía provenir de un abate como el abate Galiani, he aquí lo que en sustancia se discutía, según Galiani se lo hace saber a su amante, Madame D'Epinay: "*Mi opinión es que prosigamos nuestros estragos en las Indias mientras esto nos resulte bien, a reserva de retirarnos cuando nos peguen*".¹

Los teólogos católicos del siglo XVI o los naturalistas escépticos del siglo XVIII, todos ellos veían en el hijo de América un útil objeto de dominio. Esa gran tradición intelectual en los países opresores ha dejado hondas huellas. Los marxistas llaman a esas huellas, que no pueden registrarse en la estadística, una "superestructura", una conducta espontánea del pensamiento, un estereotipo psicológico, o, si se prefiere, un "reflejo" pavloviano. En definitiva, la cuestión se resolverá como decía el abate Galiani. Todos los conquistadores de la historia desaparecieron cuando los pueblos sometidos se decidieron a terminar con ellos.

11. El pálido despertar borbónico.

Cuando a principios del siglo XIX Alejandro de Humboldt recorre México, descubre una asombrosa analogía entre el Virreynato de la Nueva España y el Imperio zarista. Humboldt comparará a los grandes terratenientes mexicanos con los señores boyardos de la estepa bárbara: la opulencia de las clases privilegiadas de México ofrecía un claro contraste con el atraso y la miseria del pueblo rural descendiente de los Moctezuma. Pues al concluir el fatídico ciclo de la Casa de los Austria, podía hacerse un balance de la obra de España en América, aunque esta obra sólo pudiera explicarse por la lentitud del progreso histórico de la metrópoli.

Recién con el advenimiento de los Borbones España consuma su unificación jurídico-política, crea una moneda y un territorio aduanero único.² A dos siglos del descubri-

¹ *Ibíd.*

² Larraz, *ob. cit.*, p. 17.

miento, el comercio español con América era inferior al tonelaje de 1506-15. En 1700 Cádiz estaba mucho más sojuzgado por los extranjeros que la Sevilla del siglo XVI. La población de España había descendido en varios millones de habitantes. América está despoblada; pueblos indígenas se han extinguido por completo, como los de algunas islas antillanas.¹ El poderío marítimo español es una sombra. Toda la legislación era una farsa completa en cuyo cumplimiento nadie creía, ni aún sus graves redactores.

La vanidad y el orgullo de la aristocracia española y colonial no conocían límites: el duque de Osuna, para humillar al zar de Rusia, hacía vestir a sus lacayos con los mismos tapados de pieles que el autócrata. A esto reducía su vida una nobleza cuyo parasitismo corría en leyenda. Desde hacía tres siglos que el desarrollo capitalista exigía una política mercantilista; el proteccionismo de Colbert era el modelo económico de la época y los Austria parecían reyes dementes, cuyo proclamado monopolio hacia América era incapaz de enfrentar el contrabando y disimular su franco librecambismo hacia las restantes potencias europeas, que succionaban a España. En tanto, la Corte vivía agitada por una vociferante legión de charlatanes, magos y arbitristas que sugerían a los Austria mil remedios para la enfermedad que mantenía postrado al coloso ibérico.

12. El clero americano.

En las colonias habíanse construido 70.000 iglesias y 500 conventos con más de 3.000 religiosos. España había fundado más de 200 ciudades a sólo cien años del descubrimiento. A pesar de su monstruoso atraso, la metrópoli era o había sido la más alta expresión política y militar del Occidente cristiano. Por medio de sus hombres más enérgicos y desesperados había construido una sociedad más o menos equivalente a la que conocían en la vieja metrópoli. La lengua española, el precioso vínculo de unión

¹ Haring, *ob. cit.*, p. 280.

nacional, encontraba el más vasto espacio geográfico, humano e histórico de la época para su expansión.

No todos los clérigos eran viciosos y holgazanes, como indican las crónicas. Por el contrario, fueron más numerosos los sacerdotes de diversas órdenes que llevaron al continente desconocido no sólo la doctrina católica, sino el latín y con él las resonancias de la cultura clásica que el latín contenía. A diferencia de las otras potencias colonizadoras, España había desdoblado su sociedad; una de sus partes se asentó en América, dibujando así el rasgo positivo de la europeización. A medida que la fusión racial se verificaba, la lengua española alcanzaba mayor amplitud. Las nuevas clases artesanas, sobre todo en las ciudades, compuestas en general por indios o mestizos (declaremos desde ya que el mestizo era el criollo pobre, mientras que el mestizo rico será el criollo en la era colonial), ingresaban al orbe de la lengua a medida que eran integrados a la economía mercantil, ensanchando así la estructura de la sociedad ibero-americana.

13. Un renacimiento español.

Con la llegada de los Borbones al trono se producen importantes cambios en España y en las colonias. El espíritu burgués del siglo XVIII y las necesidades de una sociedad capitalista en crecimiento dominan las ideas de la Corte. La cien veces vencida burguesía española encuentra en la dinastía francesa en el poder español la posibilidad de manifestarse e influir en la política económica del Imperio. Las poderosas corrientes de la Ilustración impregnan la opinión pública española, entumecida por una dinastía gangrenada que parecía tan inextinguible como su imbecilidad hereditaria. España parece renacer. En todas partes se fundan Sociedades Económicas y se alientan las invenciones mecánicas.

La pequeña nobleza aburguesada posee "*libros y gabinetes de historia natural*". Los campesinos comienzan a sembrar las tierras estériles con nuevos métodos, pues los Borbones, por la vigorosa iniciativa de Jovellanos, que dio

el golpe de gracia a la Mesta con su Ley agraria, concluyeron para siempre con la fatídica corporación que había inhibido durante tres o cuatro siglos el progreso de la agricultura española. Las aduanas interiores son suprimidas y alentada la industria.¹ A la propia nobleza se pone en cuestión, aunque sin aniquilarla. Las burlas son públicas, las viejas costumbres puestas en tela de juicio. Desde la cumbre del poder, con Carlos III, se alienta esta modernización de España. Por lo demás este "despotismo ilustrado" sólo roza la superficie de la sociedad española.

Jovellanos justifica en su Ley Agraria la institución del mayorazgo (él mismo era un noble de arraigo en Asturias), pero señala que la riqueza y la pompa de la nobleza antigua eran la recompensa del mérito personal en hechos de armas, no "*la casualidad del nacimiento*". La aristocracia "*ha de ser ejemplar o, sino, debe desaparecer*". Se conceden premios a los obreros que perfeccionan su oficio, a los industriales que construyen máquinas "*como los mejores fabricantes de Inglaterra*"²; a un artesano que fabrica tipos de imprenta, aun siendo analfabeto, se lo incorpora a la Academia de Ciencias de Barcelona. Las ciencias exactas reciben aliento.

Los puertos de Cádiz y Sevilla pierden su monopolio con el comercio con las colonias americanas. Castilla es despojada de su privilegio trisecular. Comienza un libre intercambio comercial con los diversos puertos y ciudades de España y las colonias. Finalmente, en 1790, la Casa de Contratación de Sevilla es abolida después de 287 años de monopolio. Los efectos en el desarrollo comercial interno del Imperio americano-español fueron sorprendentes. Entre 1778 y 1788 el valor total del comercio con las Indias aumentó en un 700 %. Al abolirse el sistema de flotas que partían de España en espaciadas frecuencias, el comercio se articuló sobre nuevas bases. Desde el siglo XVI había desaparecido del vocabulario español la palabra prosperidad, como no fuera para ironizar sobre ella.

¹ Jean Sarrailh, *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, p. 125, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

² Sarrailh, *ob. cit.*, p. 519.

14. El humanismo colonial.

Las condiciones generales del trabajo indígena en los últimos días coloniales tendía a mejorar, sin desaparecer la explotación indígena ni la condición servil. Las manifestaciones culturales, a cargo del clero más esclarecido, contribuyen a iluminar este período y a preparar las condiciones revolucionarias. El encuentro del antiguo arte indígena con el culto católico produce la pintura cuzqueña con sus vírgenes vestidas de cholos, la escultura en Ecuador, la arquitectura en México, Perú o Guatemala, donde el barroco español se transfigura por la mano y la imaginación nativas produciendo así un arte americano que brota del grandioso diálogo histórico del descubrimiento.¹

El Padre Acosta y los jesuitas del Paraguay son los primeros historiadores y humanistas en suelo americano, al mismo tiempo que inventores estos últimos de una original organización social cuyas huellas perdurarán más allá de su expulsión. El arraigo de los jesuitas en el orden económico los vincula estrechamente a la vida propia de las Indias. Su expulsión no será la única razón de la simpatía de muchos de ellos hacia las luchas de emancipación que se preparan. Algunos jesuitas como Vizcardo y Guzmán y Pozo y Sucre actuarán en la etapa precursora iniciada por Francisco de Miranda.

El humanismo jesuítico es esencialmente criollo y contribuye a conformar la atmósfera intelectual de los futuros levantamientos. Picón-Salas ha estudiado magistralmente la influencia intelectual de este humanismo de inflexión vernácula en su obra².

15. Los jesuitas en Europa y las Indias.

La Compañía de Jesús había sido fundada en 1540 por un antiguo soldado vasco, Ignacio de Loyola. Había devorado en su juventud disipada los libros de caballería y entregado su corazón al imposible amor de la reina francesa

¹ Picón-Salas, *ob. cit.*, p. 132.

² *Ibid.*, ps. 175 y ss.

de España; según se ve, constituía el tipo perfecto del hidalgo español en el siglo XVI. Una pierna paralizada por heridas recibidas en el sitio de Pamplona, lo sumergió en la literatura hagiográfica de la época. Esa conversión lo llevó a abjurar de su antigua existencia. Practicó en sí mismo las normas que volverían célebre a la Compañía. Sometió su espíritu y su cuerpo a un ascetismo completo, viajó a París para consagrarse al estudio y decidió entregar su vida a la Iglesia y al Papa. Seguido de siete discípulos, entre ellos Francisco Javier, otro mundano convertido por la palabra inflamada del terrible vasco, juró en la iglesia de Montmartre su devoción a Roma.¹

El pensamiento de Loyola aparecía en un momento trágico de la historia de la Iglesia: el catolicismo presenciaba la más peligrosa herejía y el cisma más profundo que había conocido jamás. Los peligros no provenían de afuera sino de adentro. El Renacimiento europeo, su vehemente carnalidad, la propagación del capitalismo y el apogeo de las ciudades ponían en tela de juicio no sólo la autoridad papal y el mundo medioeval declinante, sino que contaminaba a la vieja iglesia, donde desfallecían el rigor y las costumbres antiguas. La Reforma protestante se levantaba como una réplica a la sensualidad y burocratismo eclesiásticos. Pero también era una manifestación religiosa de una tendencia secularizante en el corazón de las iglesias nacionales. Era la religión puritana de los nuevos burgueses prácticos. Reflejaba teológicamente el cisma abierto entre el mundo feudal y la nueva época capitalista.

Loyola encabeza la Contrarreforma católica y funda una orden militar, cuyo primer General, con carácter vitalicio, será él mismo. Se trataba de salvar el Papado, la unidad de la Iglesia y el poder espiritual del catolicismo en el orden temporal. Tal es el programa de la Compañía. Estos sacerdotes-soldados advierten que en la disolución del estratificado universo de la Edad Media la Iglesia corre hacia

¹ Carl Grimberg y Ragnar Svanström, *Les grandes decouvertes et les reformes*, Histoire universelle, T. VI, p. 238, Ed. Gerard, Verviers, 1964, y Alain Guillermou, *Les Jésuites*, p. 13, Presses Universitaires de France, París, 1963.

su pérdida si no extrae energías de sí misma y se remodela para contraatacar al mundo hostil. La primera regla de la Orden será la obediencia total. La burocracia vaticana y las restantes órdenes verán con sospecha desde el comienzo a esta Compañía fanática que selecciona rigurosamente a sus miembros y reúne en sus filas implacables a los mejores talentos y organizadores de su tiempo.

Pues lo curioso de este ejército de la fe es que para enfrentar al protestantismo y al espíritu moderno, Loyola crea una formación militar cuyas reglas, personal y métodos están impregnados hasta la médula del espíritu moderno, aunque para cumplir fines antihistóricos. Los "ejercicios espirituales" concebidos por Loyola someten a una estricta disciplina y a una entrega total del yo a los jesuitas. La penetración psicológica del fundador no deja lugar a dudas: los "ejercicios" remueven hasta el fondo del alma todas las resistencias y cumplen un papel de "autoanálisis místico". El poder del general sobre los jesuitas será absoluto. La exclusión de la orden, inapelable. Se convierte así en la "guardia negra del Papa", según la califican sus enemigos.¹

16. Los jesuitas y el Estado Nacional.

La Orden gana adeptos rápidamente y se extiende por el mundo, donde obtiene éxitos notables: el contramovimiento iniciado por el guerrero español contra el cisma protestante retoma la influencia católica hasta en Alemania y el Austria protestantes, se prolonga hacia Oriente, en el Japón, y la India y llega finalmente a las Indias españolas. Estos antiguos soldados, hombres de mundo, matemáticos, músicos, técnicos y humanistas están agrupados bajo una omnipotente jefatura con sede en Roma. Su fe es una fe bélica y administradora. Se enfrentará enérgicamente al proceso de transformación de las monarquías feudales a monarquías absolutas en que se anuncia el poder naciente de los Estados Nacionales.

¹ *Ibid.*, p. 242.

El poder temporal del Papado declina. Los jesuitas luchan en las cortes europeas por conservar ese poder sin mengua. Su organización secreta, su habilidad política y su total falta de escrúpulos terrenos convierten a la Orden en una fuerza tan célebre como temible. No es difícil comprender que el absolutismo real encuentre en los discípulos de Loyola a un enemigo encarnizado: la ética ignaciana no se funda en las convenciones humanas. De su lógica de hierro nacen las doctrinas políticas de los padres jesuitas. Juan de Mariana y Francisco Suárez, ambos españoles, formulan las tesis del poder papal indirecto y la teoría del "regicidio". Adversarios de las monarquías nacionales absolutas, que tienden a vulnerar las prerrogativas de la Iglesia; los jesuitas retoman la defensa de las viejas libertades medioevales españolas bajo la forma de un poder papal superior a la monarquía en todas las cuestiones temporales de índole religiosa o moral.

Esta peligrosa teoría se fundía con otra en que afirmaban que el poder monárquico es secular y en modo alguno derivado de Dios; por el contrario, la monarquía es fruto de un contrato y proviene del pueblo. Si el monarca no cumple los fines justos de la monarquía, el pueblo tiene derecho a derrocarlo. Se crea así una doctrina jesuítica sobre la legitimidad de la rebelión contra un poder tiránico, donde el "pueblo", naturalmente, tiene un agente ejecutor, que es la Orden. La Iglesia tenía un derecho divino a controlar a los monarcas seculares para fines espirituales.¹ Como es obvio, estas doctrinas se oponían directamente a las necesidades políticas del absolutismo, que se dirigía hacia la mayor concentración posible del poder dentro de las fronteras nacionales. Por el contrario, toda limitación a este poder sólo podía favorecer al particularismo de la nobleza.

La lucha entre los jesuitas, el mejor instrumento político del Papado romano y los monarcas absolutos, se desenvolvió ásperamente. El asesinato de Enrique III de Francia por un sacerdote (defendido por el padre Mariana) no

¹ Cfr. George H. Sabine, *Historia de la teoría política*, ps. 287 y ss. Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

contribuyó a reforzar la reputación de los tiranicidas entre las cabezas coronadas de Europa.

17. El absolutismo y la Compañía de Jesús.

Por lo demás, los hábiles hermanos habíanse iniciado en las finanzas y los negocios. Pero sus especulaciones habían terminado con una catástrofe. La bancarrota del Padre jesuita La Vallette arrastró consigo a las fortunas y ahorros de miles de inversores de la clase media francesa, que habían depositado sus capitales en manos de La Vallette, fundados en la creencia general que se trataba de la Compañía de Jesús. Ante la quiebra, la Compañía negó todo vínculo y su prestigio sufrió un rudo golpe. El Parlamento de París condenó a la Compañía; del mismo modo, la puñalada recibida por Luis XV fue atribuida a los jesuitas.

A mediados del siglo XVIII el conflicto se hizo brusca-mente agudo; la universalización del capitalismo y de la nación burguesa abrazaba ya hasta las principales naciones católicas. Se trataba en definitiva de consolidar los derechos de la monarquía absoluta con la centralización del poder nacional, contra la tentativa arcaica de los jesuitas de conservar los poderes papales con la ayuda de la nobleza. El dilema no ofrecía dudas.

La Compañía se había propuesto derribar a Carlos III pues el monarca gobernaba con un núcleo de hombres de la Ilustración burguesa, todos católicos, pero nacionalistas, a la inversa de los jesuitas, que reunían en su torno al ultramontanismo feudalizante, mucho más interesado en la unidad católica de Europa capaz de mantener intactos los intereses de la nobleza dentro de España, que dispuesto a aceptar la unidad nacional del Estado español, lo que significaba el comienzo de su ruina. La actividad jesuítica descollaba también en Portugal, en Francia, Nápoles y Parma, en suma, en los países más católicos de Europa.

El padre Maladriga y otros jesuitas habían sido ejecutados en Portugal por una tentativa de asesinato que se les atribuyó contra el rey José I. Finalmente, se descubrió

una carta del General de la Orden, padre Lorenzo Ricci, en la que intentaba probar la ilegitimidad de Carlos III por ser hijo adulterino¹. Las convulsiones azuzadas por los jesuitas entre la canalla desclasada de mendigos, ladrones y prostitutas de los bajos fondos madrileños contra Carlos III, además de la célebre carta aludida, culminaron con un decreto de expulsión, que fue seguido por las principales cortes europeas y que se extendió también a las misiones jesuíticas en las Indias.

18. Las misiones jesuíticas en América.

La creación de las Misiones jesuíticas en América Hispánica debe juzgarse en el marco de las relaciones entre la monarquía europea, la situación del clero americano y la Compañía de Jesús. Durante los Habsburgos, el estado disoluto del clero en las Indias había llegado a su nivel más bajo. En "*Noticias secretas de América*" Jorge Juan y Antonio Ulloa describen la corrupción completa de las órdenes religiosas en las Indias. "*Los conventos están reducidos a públicos burdeles... los religiosos "viven en ellos con sus concubinas dentro de las celdas"*.

La concupiscencia, el ocio y la simonía eran normas tan generales que el Arzobispo Lobo Guerrero del Nuevo Reino de Granada pide urgentemente al rey el envío de "*la mayor cantidad de padres de la Compañía de Jesús que se pudiere*".² Es así que durante los dos primeros siglos de su fundación la Compañía aparecía como el brazo militante de la Iglesia, y sus hombres, como los sacerdotes inflexibles de una Fe que el Renacimiento había quebrantado en Europa y las delicias tropicales desintegrado en América. La acción de los jesuitas en las Indias adquirirá un carácter profundamente diferente que la llevada a cabo en el Viejo Mundo.

Aterrados por la Reforma protestante y con una pro-

¹ Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, p. 378. T. I, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1913.

² Indalecio Lievano Aguirre, *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, p. 90. Tomo II, Ed. Nueva Prensa, Bogotá.

funda repugnancia por la vanalidad y parasitismo de sus colegas en Europa, entregados ellos mismos a una política de intrigas dinásticas y conspiraciones políticas, los jesuitas enviados a las Indias descubren un mundo nuevo de millones de almas para convertir y la posibilidad de adquirir un poder espiritual y temporal que en Europa comenzaban a perder. El largo brazo de la monarquía perdía vigor al extenderse sobre el Atlántico; en América vivían dispersos y en eternas luchas jurisdiccionales los Virreyes, los corregidores, las Audiencias, los funcionarios menores de la rama militar, los encomenderos voraces y los terratenientes sumidos en el ocio. El concentrado poder de actividad práctica que despliega la Compañía en América obtiene prodigiosos resultados en ese continente despoblado y con enemigos directos tan débiles. La energía evangelizadora de los jesuitas suscita también inmediatamente desconfianza y recelo por parte de las clases dominantes de las colonias americanas. Los padres de la Compañía, sin dudar un instante, abrazan la causa de los indígenas y se atraen en consecuencia el odio de los encomenderos y terratenientes. La vieja idea medioeval de reunir en un solo haz el poder temporal y el poder espiritual, dualizado por la marcha general de la historia europea y la formación de los absolutismos nacionales, rebrota en América por la acción jesuita.

19. Encomenderos contra jesuitas.

A la independencia de este nuevo poder contribuye la hostilidad de los encomenderos, que presionan sistemáticamente para alejar a los jesuitas de su incómoda prédica en las encomiendas: *"Tanto en el Nuevo Reino, como en México, el Perú y Buenos Aires, escribe Lievano Aguirre, los jesuitas se vieron obligados a retirarse gradualmente hacia las fronteras geográficas de la civilización colonial, hacia los territorios que, por sus características salvajes y la belicosidad de los indios —como California, Mainas, el Amazonas y el Paraguay—, no habían despertado todavía*

el interés de los pobladores españoles y criollos".¹ Entre los siglos XVII y XVIII los jesuitas se internaron en las profundidades de la América Hispánica, hasta allí donde ningún español o portugués había llegado todavía, y constituyeron las célebres Misiones. En el Paraguay, las Misiones alcanzaron su forma más evolucionada, después de medio siglo de experiencia en Nueva Granada. Estas Misiones han sido juzgadas de muy diverso modo. Autores católicos han pretendido ver en ellas "formas socialistas" o "comunistas" de convivencia y de sistema económico.² Otros autores, como Oliveira Martins y López, las condenan como la manifestación de un Estado teocrático obscurantista: "*Convertir el mundo en un Paraguay: he aquí el pensamiento de los padres*".³

Los brutales métodos de los colonizadores y la indomable energía de los naturales del Paraguay había dejado al margen de la civilización más elemental a los guaraníes. Los jesuitas comenzaron por tratarlos como seres humanos; mediante el encantamiento de la música lograron que los indios guaraníes se acercaran a ellos. La organización de las Misiones, luego, proporcionó a los guaraníes "en estado de naturaleza" inmediatas ventajas materiales y técnicas. Se constituyó un tipo especial de sociedad que po-

¹ *Ibid.*, p. 100.

² El jesuita Jerez dice de las Misiones: "*Lo que los socialistas siguen soñando siempre en sus modernos falansterios, se ha realizado allí, como un milagro de amor y sin necesidad de palabras utópicas...*", cit. por Lievano Aguirre, p. 108.

El escritor marxista José Carlos Mariátegui dice lo siguiente: "*Sólo los jesuitas, con su orgánico positivismo, mostraron acaso en el Perú como en otras tierras de América, aptitud de creación económica. Los latifundios que les fueron asignados prosperaron... Quien recuerde el vasto experimento de los jesuitas en el Paraguay, donde tan hábilmente aprovecharon la tendencia natural de los indígenas al comunismo, no puede sorprenderse absolutamente de que esta Congregación de Hijos de San Ignacio de Loyola, como los llama Unamuno, fuese capaz de crear en el suelo peruano los centros de trabajo y producción que los nobles, doctores y clérigos, entregados en Lima a una vida muelle y sensual, no se ocuparon nunca de formar*". *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, p. 11, Volumen II, Obras Completas, Ed. Amauta, Lima, 1959.

³ J. P. Oliveira Martins, *Historia de la Civilización Ibérica*, p. 337, Ed. El Ateneo, Bs. As., 1951.

dría, en resumen, ser descripto de la manera siguiente: la tierra estaba dividida en dos partes: una, era el "Campo de Dios" y la otra "el Campo del Hombre": separado en lotes, este último era explotado individualmente por los indígenas para satisfacer sus necesidades.

El capital acumulado en el "Campo de Dios" era invertido en las obras de interés general, instrumentos mecánicos, edificios, semillas, vestidos, etc. Los instrumentos de producción, bestias de carga, arados, etc., eran de propiedad pública. No existía, naturalmente, el latifundio. La transformación de las costumbres y hábitos indígenas en una actitud productiva fue estudiada magistralmente por los jesuitas y estimulada con los más diversos métodos. Se multiplicaron los oficios y técnicas más diversas, las escuelas y talleres, el funcionamiento de fraguas, sierras, tornos, telares, carpintería, escultura y sastrerías. Los excedentes eran vendidos por los jesuitas en el mercado iberoamericano o europeo y traducidos dichos recursos en nuevas inversiones productivas. Los indios se hicieron músicos, artesanos, agricultores, relojeros, textiles, fundidores, pintores y orfebres, artistas de teatro y cantores.¹

20. El régimen social de las Misiones.

Estaba abolida la pena de muerte y graduados suavemente los diversos castigos para aquellos que incurrían

¹ Cfr. Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*; Leopoldo Lugones, *El Imperio Jesuítico*; Lievano Aguirre, *ob. cit.* Las misiones jesuíticas no se reducían al Paraguay. También prosperaron en el Alto Perú, con la famosa "república de Chiquitos y Moxos" y las reducciones indígenas del Ecuador y del Amazonas que demostraron el genio económico organizador de los jesuitas, al mismo tiempo que la irremediable utopía medioeval de estos fanatismos angélicos. V. Dusset, *ob. cit.*, p. 67.

También Clovis Lugon emplea el vocablo comunismo al designar el régimen misionero en su obra *La République Communiste Chrétienne des Guaranis (1616-1768)*, Edition Economie et Humanisme, París. Por su parte, el brasileño Gilberto Freyre, en *Casa-Grande y Senzala*, T. I, p. 203 no experimenta simpatía alguna por los jesuitas, a los que atribuye la culpa de la tristeza que debieron sentir los indígenas obligados a aprender latín en las escuelas de los padres. Es la más asombrosa y sutil defensa de la plantación esclavista que habíamos conocido.

en delitos. No se conocía el dinero en las Misiones, que empleaba un sistema de trueque con los comerciantes extranjeros, a los que compraban de ese modo los útiles y máquinas necesarios para la vida económica de la comunidad. Tampoco los comerciantes tenían acceso a las Misiones, sino que debían realizar sus transacciones desde algunos hoteles especialmente dispuestos a cierta distancia de los establecimientos.

En consecuencia las Misiones vivían aisladas del mundo, aislamiento tanto más singular si se considera que todos los conocimientos gramaticales, musicales, técnicos y humanísticos que los jesuitas impartían a los guaraníes no se ofrecían en lengua española, sino en guaraní. Los padres habían aprendido la lengua indígena, creado su gramática, escrito y editado en la imprenta de las Misiones los diversos libros de misa y de texto necesarios para la enseñanza. Este enclaustramiento cultural definía bien claramente el designio jesuítico de conservar para sí el control de las Misiones persiguiendo la quimera de una perfecta Ciudad de Dios, pacífica y laboriosa. Pero las llaves de ese seráfico Reino Guaraní estaban en manos de la Orden.¹

Las continuas incursiones de los "mamelucos", mestizos del próximo Brasil, que invadían el área de las Misiones para "cazar indios" y venderlos en los mercados de esclavos brasileños, obligaron a los jesuitas a adoptar disposiciones de carácter militar. Formaron así un verdadero ejército, con oficiales guaraníes, a los que impartieron lecciones de táctica y estrategia y sometieron a un intenso entrenamiento militar. Contaron asimismo con armas de artillería. Al principio, los cañones eran tubos de guadua, forrados de cuero y que podían disparar una sola vez. Almacenaron una gran cantidad de estos cañones, hasta que pudieron importar de Europa piezas de bronce. Finalmente,

¹ "La Compañía se mostró insigne en sus obras pero nunca logró integrarse a la totalidad de la Iglesia concreta, episcopal, a las otras órdenes religiosas. Ese fue su mejor aporte y quizá su debilidad. Los jesuitas, por su cuarto voto y por la visión universalista de Ignacio de Loyola, entendían, por consiguiente, que la dirección suprema de las misiones debía corresponder al Papa y no a los reyes": Dusset, *Historia de la Iglesia latinoamericana*, ob. cit., p. 65.

fabricaron cañones en sus propias fundiciones. Estas fuerzas gastaban elegantes uniformes españoles y estaban en condiciones de poner en pie de guerra a 30.000 soldados.¹

21. La destrucción de las Misiones.

Resulta difícil imaginar cuál habría sido el desarrollo ulterior de este original experimento social. Pero la conjetura no pertenece al campo de la historia. La expulsión de los jesuitas aniquiló por completo su obra. El significado de esa expulsión es básicamente diferente en Europa que en América. En Europa, Pombal y Carlós III pretendían desembarazarse de los jesuitas para obtener el pleno dominio político del Estado, emancipar a Portugal y España de la succión británica y estimular por la política del "despotismo ilustrado" las instituciones económicas y sociales de la burguesía.² Pero en América, sometida al dominio español, la población nativa estaba sumida en la abyección esclavista y servil. La política del absolutismo europeo sólo estaba en condiciones de mejorar la productividad económica de las colonias para su propio beneficio sobre la base de la consunción de la población nativa.

Es inaceptable ese laxo determinismo histórico que legitima el aniquilamiento de millones de hombres para que se inaugure una etapa superior en la vida de la humanidad. En este caso específico era completamente ilusorio, pues la explotación de las Indias no había conducido sino a la ruina del capitalismo español. Tampoco nadie ha demostrado —ni podría hacerlo— que la agonía y muerte de los indios y negros americanos podía preparar el tránsito de la miserable economía colonial a las formas más elevadas de la sociedad burguesa y del capitalismo en América. Por el contrario, la realidad histórica ha probado categóricamente que el genocidio practicado

¹ Lievano Aguirre, *ob. cit.*, p. 128.

² Según Oliveira Martins, la expulsión de los jesuitas de Portugal permitió limitar los abusos judiciales del clero, controlar el origen y aplicación de los diezmos, cumplir las leyes desamortizadas, prohibir que se instituyese al alma como heredera, en suma, establecer una legislación civil predominante.

por los españoles y portugueses sólo consumó en definitiva la bancarrota de la propia burguesía española y la consolidación en América de las oligarquías terratenientes más estériles y retardatarias.

22. El retorno del latifundio.

Los jesuitas, persiguiendo sus propios fines de poder temporal y espiritual único, habían sustraído de las garras de la canalla encomendera y de los terratenientes improductivos a 200.000 guaraníes, los habían elevado en la escala de la civilización e impedido el latifundio. Que la obra de los jesuitas en el Paraguay, después de su dramático derribo, había dejado una huella muy honda lo demuestran dos hechos significativos: durante los cien años posteriores a su expulsión no logró imponerse en el Paraguay el latifundio. Sólo la guerra de la Triple Alianza, con la civilizada burguesía porteña y los esclavistas brasileños de 1870, después de aniquilar a toda la población activa del Paraguay, logró instalar la gran propiedad en tierra guaraní. El segundo hecho, es que la base social y militar fundamental de Artigas serán los indios de las antiguas misiones, que lo acompañaron fielmente hasta su último día, porque habían encontrado en el gran caudillo a su postrero defensor.

Si los jesuitas no hubieran abrazado el anacrónico propósito de volver hacia atrás la rueda de la historia y erigir una sociedad cerrada de abnegados pastores y dóciles ovejas, reclusos en una lengua que carecía de viabilidad histórica, y de crear una economía fundada en la propiedad colectiva de la tierra, en las circunstancias mundiales del desarrollo capitalista y de la propiedad privada, sus admirables esfuerzos habrían sido probablemente invencibles. Si la obra de evangelización se hubiera fundado en la españolización lingüística y en la creación de una clase de pequeños campesinos propietarios y de una clase de artesanos, industriales y comerciantes cuya existencia social fuese compatible con la organización económica de la época, las Misiones no hubieran desaparecido con la ex-

pulsión de sus fundadores. Naturalmente que esta hipótesis nos lleva demasiado lejos y sólo es lícito formularla desde el punto de vista de la comprensión histórico-económica concreta de la obra jesuítica, en otras palabras, de la creación de una comunidad religiosa de tipo autárquico, apátrida y universal en el marco de hierro del proceso histórico del siglo XVIII. En tales condiciones estaba condenada.

Cuando las tropas portuguesas y españolas, después de ser vencidas por las aguerridas fuerzas misioneras, lograron destruir su resistencia y expulsar a los jesuitas de las Indias, las misiones se hundieron. Con la partida de los 2.200 jesuitas no habían triunfado en América los partidarios de una Nación burguesa centralizada, lo que justificaba la expulsión en Europa, sino los infames encomenderos criollos y los dueños de esclavos brasileños, que se lanzaron a cazar artesanos y músicos. Centenares de cadáveres colgaron en los árboles de las Misiones. Pueblos enteros fueron vendidos en los mercados de esclavos del Brasil. Los guaraníes que pudieron salvarse de la muerte o la esclavitud, huyeron a los bosques impenetrables y se sumergieron en la barbarie de la que habían sido arrebatados por la acción de las misiones, mientras los rebaños domesticados de bueyes y caballos se dispersaban para volverse a su vez "cimarrones". El desierto reapareció en los mismos lugares donde había brotado la singular civilización. Las ricas bibliotecas de los jesuitas fueron utilizadas para hacer cartuchos de pólvora, o cocinar bizcochos. Esa fue la victoria que obtuvieron los negreros españoles y portugueses, pues no era en América donde sonaba la hora de la revolución burguesa: sólo como latinoamericanos debemos juzgar los resultados de las Misiones, independientemente del significado europeo de la Compañía.

23. Sublevación en las Indias.

La revolución hispano-americana del siglo XIX está precedida por un ciclo de levantamientos sangrientos, indí-

genas y criollos. En la revolución de Antequera,¹ conocida como la de los "comuneros del Paraguay", la sublevación de los pequeños plantadores de cacao contra el gran monopolio español encabezada por Juan Francisco León en Venezuela en 1749, las insurrecciones de La Rioja y Catamarca en 1752, el alzamiento en Yucatán de Jacinto Canek, proclamado rey de los mayas en 1765, la gigantesca sublevación de Tupac Amaru en 1780 y la de los comuneros de Nueva Granada, se combinan las aspiraciones indígenas reprimidas por trescientos años de oprobio, con las reivindicaciones regionales de oligarquías criollas.² Después de la revolución francesa en 1789, la inteligencia criolla comenzará a conspirar. Son los primeros estremecimientos que recorren la enorme vértebra de los Andes hasta México y que anuncian la tormenta del siglo XIX.

24. Las limitaciones del despotismo ilustrado.

Entre la nobleza sobrevivida, pero incapaz ya de imponerle condiciones, y el pueblo (incluida la burguesía, el campesinado y la plebe urbana), Carlos III prefería humillar a la nobleza sin tocar sus privilegios de clase y sobrevalorar el papel de las ideas, en lo que demostraba ser un perfecto hijo de su siglo. El racionalismo francés domina la vida intelectual española. Los proyectos suceden a los proyectos. España entraba a los tiempos modernos por las nociones abstractas, mientras la poderosa Iglesia española conservaba junto a la nobleza, el 80 % de la propiedad territorial. Para realizar su plan, Carlos III reunió en su torno a los hombres más ilustres de su tiempo: Florida-Blanca, el conde de Aranda, Jovellanos, Campomanes, Roda, Gálvez. Son los arquitectos de la reforma administra-

¹ La famosa revolución de los "comuneros" del Paraguay, dirigida por Antequera, como muchas de las "revoluciones sudamericanas", fue promovida por los ricos encomenderos, que odiaban a los jesuitas porque los padres les arrebataban los indios "encomendados" por el Rey a su protección.

² V. Boleslao Lewin: *Tupac Amaru, el rebelde*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943. Hay edición reciente de esta obra notable,

tiva en la metrópoli y en América.¹ La idea central era modernizar el Estado dejando intacto el fundamento del atraso nacional. ¡Eran desarrollistas *avant la lettre*!

Que las reformas de Carlos III no pasaron de un blanqueo de la superficie social lo evidencia el hecho de que el mayor obstáculo para la remodelación moderna de España —la institución del mayorazgo y el latifundio improductivo— permanecieron intactos bajo el Borbón más progresivo de la historia española. No se atrevió, como no había de atreverse en España gobernante alguno, a destruir de raíz el particularismo heredado de las guerras moras, fundado en el privilegio agrario ni tampoco resolvió adoptar la política industrializadora de Cataluña como doctrina oficial para toda España. En 1787, cuando faltaban solamente 24 meses para la gran Revolución Francesa, subsistían en España más de 10.000 pueblos y ciudades “*sujetos a la jurisdicción señorial de la nobleza y, por lo tanto, fuera del control real directo*”.² A esto se reducía, en definitiva, el proclamado absolutismo del monarca más absoluto que había conocido la península.

Si en España no se tocaba la cuestión agraria, era una quimera predicar una industria, establecer un mercado interno, romper las relaciones de dependencia con Inglaterra y retornar al poder marítimo. Así, la España de Carlos III tuvo sus Enciclopedistas, pero le faltó coraje para forjar sus Robespierre y sus Marat. Se llamó “despotismo ilustrado” a este fracaso.

25. La organización política de América Hispánica.

Con el reinado de Carlos III se introducen reformas también en el gobierno político de las colonias. Al estallar

¹ El Conde de Aranda percibió los signos revolucionarios posibles en las Indias. Presentó a Carlos III un proyecto para conjurar esos peligros, mediante la creación de tres reinos: México, Costa Firme y Perú, cuyos tronos serían ocupados por tres infantes de España. El rey de España sería Emperador supremo. Un tratado de comercio uniría esos tres reinos a España. Este plan atrevido fue rechazado por Carlos III. V. Soldevila, *ob. cit.*, p. 40, T. VI.

² John Lynch, *Administración colonial española*, p. 12, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1962.

el movimiento emancipador, América Hispánica estaba gobernada por el Rey por medio de cuatro grandes Virreynatos: Nueva España (México), Perú, Nueva Granada (Colombia) y Río de la Plata. Con otras cuatro capitanías generales se formaron unidades políticas secundarias denominadas Guatemala, Chile, Venezuela y Cuba y Florida. La Presidencia de Quito era independiente, la de Charcas dependía del Virreynato del Río de la Plata, que incluía a la actual República Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y las misiones guaraníicas.

Como el viejo Consejo de Indias que había manejado los asuntos coloniales durante tres siglos fue despojado de sus atribuciones por el monarca y reducido a funciones de archivo, el gabinete de Madrid asumió directamente el gobierno de los cuatro Virreynatos, es decir, de la porción ultramarina del Imperio. Al cabo de tres siglos de colonización, de creación de instituciones y de expansión de la lengua castellana en América, España concluye la organización y centralización de aquel continente colombiano que carecía en la época del descubrimiento de unidad lingüística, cultural, económica y política. Estamos en presencia de un sistema político unitario cuya cabeza europea es el Rey de España.

En resumidas cuentas, España se había desdoblado en otra nación iberoamericana. Esta nación colonial carecía de derechos políticos, soberanía popular y progreso técnico. Pero de todas maneras era una nación integrada por el tejido conjuntivo de la lengua, el territorio, la psicología y la religión, asentado sobre una economía mixta, con escasa articulación e interrelación internas, con ramas de productos agrícolas destinados al mercado mundial, comunidades indígenas autosuficientes, débiles industrias ilegales que abastecían el mercado interno y núcleos semi-bárbaros y semi-salvajes marginados de toda civilización. La producción destinada al mercado mundial o local se fundaba en la esclavitud y el trabajo servil, o en menor escala sobre un trabajo retribuido en un sentido puramente formal, pues en realidad se trataba de un trabajo forzado. En la superestructura social se descubría una sociedad burocrática y

caballeresca, ociosa y formalista, que monopolizaba las prerrogativas del poder político, eclesiástico y militar en nombre de la Corona.

26. Las tendencias centrífugas en América Hispánica.

Tampoco España poseía los atributos de una verdadera nación moderna. Imperio en decadencia, la península había trasladado su propio atraso a las Indias, acentuándolo por añadidura, pues creaba un sistema colonial fundado en la esclavización general de la población nativa. En la sociedad americana, España reforzaba más todavía sus propias desigualdades internas y multiplicaba por el saqueo global las tendencias centrífugas que habían distinguido toda su historia metropolitana. Si unificaba América Hispánica a través de la lengua, el régimen jurídico y el poder real, creaba las premisas de su disolución por la presencia de focos de capital comercial conectados a la exportación de los productos americanos. Dichos productos eran consumidos por el mercado mundial, y si pasaban por manos españolas en verdad concluían bajo el control de las potencias europeas rivales de la península. El único vínculo que mantenían las Indias con el progreso de Occidente consistía en su dependencia de España. Pero si la península había resistido todas las tentativas de aburguesamiento en su propia sociedad, mucho menos debía tolerarla en las colonias. Por esta estructura fatal resultó que las únicas formas "modernas" que introduce España en las Indias son justamente las del capital mercantil exportador que funciona hacia el exterior por canales múltiples no relacionados entre sí y que vincularán a las colonias no con la misma España, sino con las grandes potencias europeas que realizan su proceso de acumulación primitiva. La balcanización posterior reposa sobre ese hecho.

La creación en América de esta sociedad original incubó en su seno los ingredientes de una poderosa explosión revolucionaria. El pensamiento de Rousseau se difundía en un inmenso territorio poblado por "esclavos aristotélicos", y si los indios, negros y castas detestaban profun-

damente a sus explotadores inmediatos, los terratenientes criollos de la culta "grey mantuana", éstos a su vez eran hostiles a los españoles peninsulares, que reservaban para sí todo el poder político y militar. Las ásperas relaciones entre los tres grandes grupos de las colonias modelarán el carácter contradictorio de la primera etapa en el próximo torrente revolucionario.

27. Clases y razas en la revolución.

De los 170 Virreyes nombrados en las Indias durante tres siglos sólo cuatro habían nacido en América. De los 602 capitanes generales, presidente y gobernadores, tan sólo 14 eran criollos. Análogamente, sobre 706 obispos, sólo 105 criollos obtuvieron la mitra.¹ "El más miserable europeo, escribía Humboldt, sin educación y sin cultivo de su entendimiento, se cree superior a los blancos nacidos en el nuevo continente".² Dos años antes de la Revolución Francesa, el Obispo de Córdoba, José Antonio de San Alberto, escribía al Marqués de la Sonora: "Siempre seré de dictamen no convenir ni a la Religión, ni al Estado, que para Obispados ni Arzobispados se elijan sujetos nacidos y criados en estas tierras".³

En la milicia las distinciones no eran menores. Un coronel español ganaba 250 pesos y un coronel chileno, 50. Un teniente coronel español, 185 pesos; un oficial chileno del mismo grado, 46 pesos.⁴ Esos blancos criollos, terratenientes iluministas, oficiales postergados, leguleyos de Nueva Granada o Charcas, tenderos y bachilleres de los puertos coloniales, van a encabezar la lucha contra España. Chocarán al principio con las "castas infames" y luego lograrán incorporarlas a una lucha que en cierto sentido no era la suya. Llaneros con Páez, criollos y negros con San Mar-

¹ Alcides Arguedas, *Historia general de Bolivia*, p. 27, T. 1.

² Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre la Nueva España*, p. 146, Ed. Ercilla, 1942.

³ Roberto I. Peña, *El pensamiento político del Deán Funes*, p. 6, Universidad Nacional de Córdoba, 1953.

⁴ Alberto Edwards Vives, *La organización política de Chile*, p. 20. Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1955.

tín, gauchos con Güemes, indios y mestizos con Artigas, campesinos aztecas o mayas con Hidalgo y Morelos o cholos y mestizos con Muñecas en el Alto Perú, todos se lanzarán a la corriente de la historia universal como *americanos*.

Pero al conflicto de clases sociales y de razas que lleva en su entraña la lucha por la independencia, se añadirá otro dilema: godos y liberales, ya que habrá americanos absolutistas y españoles liberales enfrentados en América. También en las Indias se librará un episodio del duelo español: ser de una vez por todas una Nación, o retornar a la petrificación austro-borbónica del Imperio negro, con el pillastre de Fernando VII a la cabeza.

28. El resorte balcanizador.

Los rasgos esenciales impresos al Imperio de las Indias por la colonización española se profundizarán en la era de la independencia. De aquellas regiones iberoamericanas débilmente vinculadas entre sí y explotadas genéricamente por España, único centro aglutinante, surgirán las "naciones" particulares, atraídas por el imán de otros centros mundiales más poderosos y estables que España. Estas potencias controlarán a través de las economías exportadoras creadas por el viejo capital mercantil la endeble nación colonial, disgregándola en Estados "soberanos" con independencia política. Las 20 "naciones" latinoamericanas nacen de dicho estallido.

CAPITULO IV

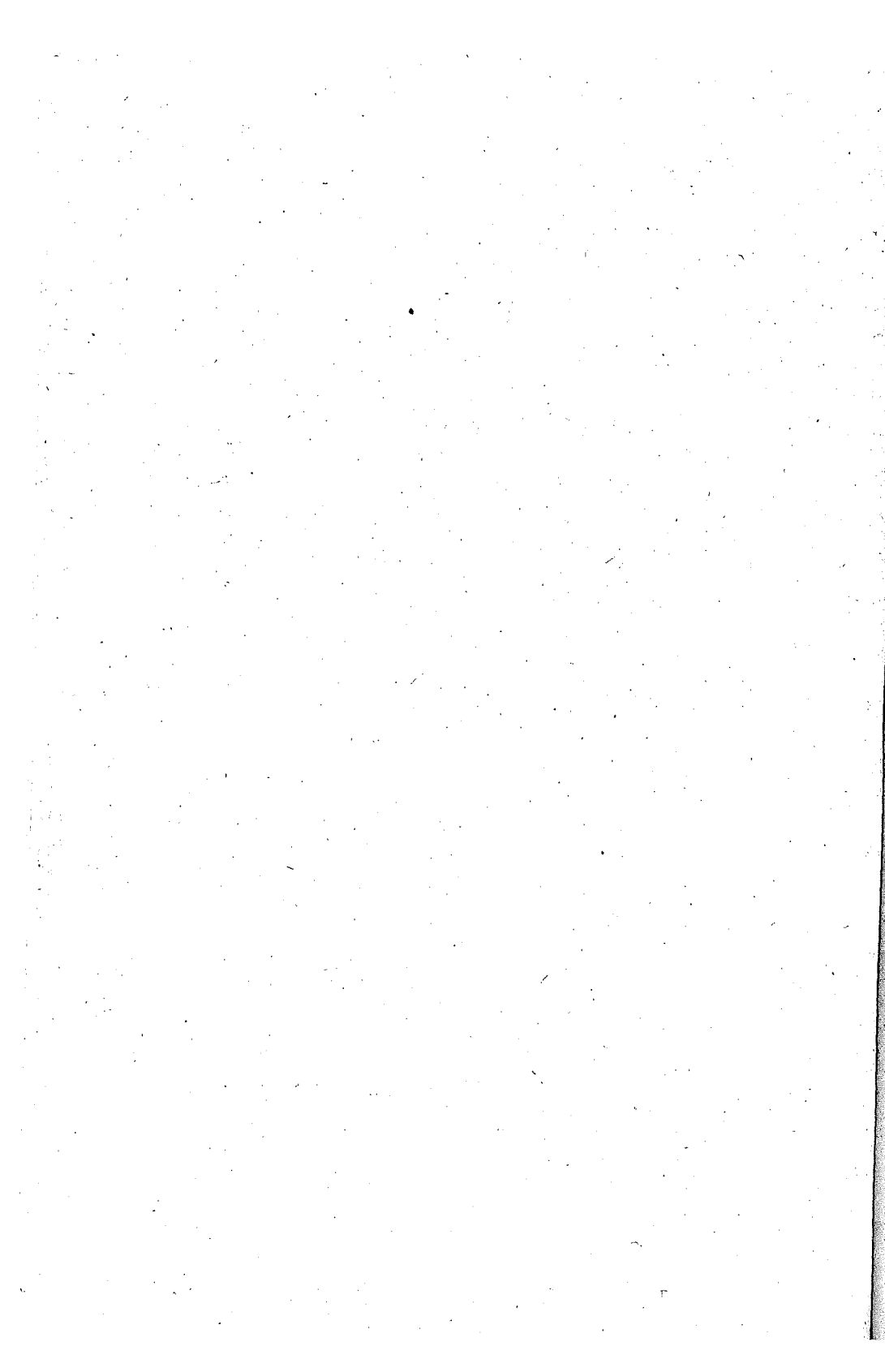
LA CRISIS DEL IMPERIO HISPANO-CRIOLLO

"Aquí no hay más cómplices que tú y yo; tú por opresor, y yo, por libertador, merecemos la muerte".

Tupac Amará, al Visitador Areche, que le exigía el nombre de sus cómplices.

"Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre".

Inca Yupanqui, en las Cortes de Cádiz, 1811.



1. La España del Valido Godoy.

En las últimas horas del siglo XVIII, la crisis interna del Imperio español era incontenible. La inutilidad de los esfuerzos borbónicos por rejuvenecer España desde la cúspide sin tocar su estructura profunda, se puso de relieve con la muerte de Carlos III en 1788. Tan solo un año más tarde, el triunfo de la Revolución Francesa indicaba el ocaso del absolutismo. Nada podía esperarse ya de él cuando la burguesía y los clases populares entraban en la historia. La era borbónica había llegado muy tarde a la vida española y se agotaba rápidamente. Sus mejores medidas en América hispánica sólo crearon la posibilidad de acelerar la destrucción del viejo Imperio.

Mientras Francia libra las grandes batallas revolucionarias, se sienta en el trono el hijo de Carlos, que llevará el nombre de Carlos IV. María Luisa, esa Mesalina aquejada de furor erótico y que enviará a sus favoritos de sus alcobas a los ministerios del reino, será la digna mujer de este monarca, tan obeso y tolerante como su desdichado colega Luis XVI.

Napoleón, que no tenía pelos en la lengua, solía decir: *"María Luisa tiene su pasado y su carácter escrito en la cara, lo cual es todo lo que yo necesito decir. Sobrepasa a cualquier cosa que uno se atreva a imaginar"*. A tal pareja debía tocarle como vástago el famoso felón Fernando VII, el rey de peor ralea que debió sufrir la heroica España. María Antonia de Nápoles, su primera esposa, resumía más tarde la impresión que le produjo el conocimiento de Fernando con estas palabras: *"Creí que había perdido mis sentidos"*.

Al morir Carlos III en 1788 holgazaneaban en España 500.000 hidalgos, según el censo del año anterior.¹ En otras palabras, un noble por cada 20 españoles. El "despotismo ilustrado" nada había podido hacer contra esa lacra social que mantenía a España en la parálisis. Aunque el mayorazgo condenaba a la miseria a la mayor parte de los segundones, éstos se negaban a consagrarse a algún trabajo manual, que los hubiera despojado de su hidalguía. Cuando alguno se resolvía a hacerlo, le ocurría como a aquel hidalgo que Casanova conoció bajo Carlos III, y que aunque trabajaba de zapatero remendón, se negaba altivamente a tomar las medidas de los pies de sus clientes.² En 1787 había en España 280.000 sirvientes, sugestiva cifra si se la compara con la de los 310.000 obreros y artesanos y los 200.000 miembros del clero. El gran pasado histórico arrojaba su sombra y sus maneras sobre la Nación debilitada. El hidalgo y el mendigo se califican mutuamente de "Su Gracia" al hablarse. El campesino español, según lo describe Unamuno es de una *"raza toda sarmiento, tostada por el sol y curtida por los hielos; raza sobria, producto de una larga selección por el frío de los más crudos inviernos y por hambres periódicas; raza acostumbrada a las inclemencias del cielo y a las penurias de la vida. El campesino español es tranquilo en sus movimientos, su conversación es reposada y grave. Se asemeja a un Rey destronado"*.³

Cuando Carlos IV asciende al trono, ya el hermoso y sanguíneo oficial de la guardia Manuel Godoy era el amante de María Luisa. Sin embargo, sea dicho sin ironía, lo mejor de la casa real era este mediocre y cobarde plebeyo arrebatado por el vértigo del poder. Desde el punto de vista puramente biológico su sangre sin nobleza había proporcionado a la pareja real los dos infantes más sanos y bellos, lo que no dejaba de ser un mérito, sino para la historia de España, por lo menos para la historia familiar de los Borbones. Si se atiende a la decisiva influencia que Godoy

¹ Jacques Chastenet, *Godoy*, p. 36, Ed. Argos, Buenos Aires, 1946.

² *Ibid.*

³ Cit. por Chastenet, *Ibid.*

adquiere casi inmediatamente después del entronizamiento de su real amiga, sus merecimientos son mayores aún.

Pues si el valido Godoy había entrado a la política española por la puerta del dormitorio de la reina, acreditó, a pesar de la mediocridad fatal de ese reinado, una desmayada tentativa de continuar la política de "despotismo ilustrado" heredada de los grandes ministros de Carlos III. Aunque algunos de ellos todavía continuaban en sus ministerios —como Floridablanca y Jovellanos—, al fin y al cabo ya todo estaba perdido.

2. Los adelantados de la Independencia.

En Europa resonaban las marchas del ejército del Rin. Aparecían en América los precursores de la independencia. Los Derechos del Hombre y la revolución de las colonias británicas en América del Norte hacían crujir el viejo orden. Los clérigos de las Indias meditaban a Rousseau. En una rica biblioteca de 3.000 volúmenes en la Córdoba americana de fines de siglo, un sacerdote, el Deán Funes, repasaba amorosa, aunque cautelosamente, sus volúmenes de la Enciclopedia.¹ Las envejecidas ordenanzas españolas ya no servían para prohibir la introducción de los tejidos de algodón británico ni los libros inflamables. Un propietario bogotano, Antonio de Nariño, después de recorrer sus haciendas en la sabana, se encerraba en su biblioteca de seis mil volúmenes para leer con pasión las sesiones de la Asamblea Constituyente de Francia. Para su regocijo de rico erudito, posee una imprenta en miniatura. Allí imprime en pequeñas cantidades ciertos textos que le placen y los obsequia a sus amigos. Caen en sus manos por azar los 17 artículos de la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" y los imprime. Esos 17 artículos, dirá muy luego, "*me costaron más años de cárceles y persecuciones*". Confiscados sus bienes, es conducido prisionero a España y condenado a 10 años de prisión en Africa, además del extrañamiento perpetuo de América."

¹ *Archivo del Dr. Gregorio Funes*, p. 55, T. III, Ed. Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 1944.

Así inicia su carrera de revolucionario uno de los grandes personajes de la "grey mantuana", es decir de las clases criollas opulentas. El régimen español sofocaba en particular los intereses de aquellos "marqueses del cacao y del tabaco" a cuyo núcleo social pertenecía el joven Bolívar. Más abajo, entre los mestizos y las "castas infames" se acumulaba un odio doble, hacia los criollos y los engreidos españoles a la vez. Tal fue el carácter de lucha de clases que asumiría en su primera etapa el incipiente movimiento de independencia¹. Chirino, el mulato de Coro, proyecta en las Antillas organizar una insurrección de las castas contra los poderosos blancos, españoles o criollos. Otros conspiradores venezolanos, Manuel Gual y José María España, amigos de Francisco de Miranda, marchan hacia el cadalso.

3. El plan de Miranda.

Es Miranda, no obstante, el más importante de los adelantados de la revolución. Había abandonado la entumecida América Hispana para desplegar una prodigiosa carrera de soldado, aventurero y Casanova revolucionario, que admite pocos paralelos. Conversador en los salones de Europa, General de los ejércitos de la Revolución Francesa, protegido de Catalina de Rusia, amante de camareras de postá y de princesas de sangre real, este hombre singular vivió sin embargo una obsesión: la emancipación de la América Hispánica, dentro de una fórmula: independiente, pero unida.

Así, este venezolano de perfil romano ofrecía un programa que sería el de América Latina durante décadas, que desfallecería durante un siglo y que sin embargo es la clave de los pueblos latinoamericanos en el siglo XX². A la

¹ Cfr. Picón-Salas, *ob. cit.*, y Juan Bosch, *Bolívar y la guerra social*. Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1966.

² V. Manuel Gálvez, *Don Francisco de Miranda*, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1947 y William S. Robertson, *La vida de Miranda*, Buenos Aires, 1938.

exposición de esta idea, Miranda la enriqueció con planes políticos no menos osados. Era un hecho admitido para los latinoamericanos de la época que el absolutismo español cerraba toda posibilidad de acuerdo con la metrópoli. Para contribuir a la emancipación de las colonias americanas se imponía la alianza con Inglaterra, con Estados Unidos o con ambas potencias a la vez. Esto ha valido a Miranda (también a San Martín y a Bolívar) la acusación de actuar al servicio del poder británico.

Sin embargo, si se tiene en cuenta la situación internacional de la época, no se puede poner en duda el patriotismo de los tres personajes aludidos. El interés de Inglaterra por la independencia americana se fundaba en razones económicas que más adelante se explicarán; pero el primer enemigo de América Hispánica era el absolutismo español. De este hecho irrefutable se derivaba una conclusión política elemental. El adversario de España era visto como nuestro amigo. Miranda había concebido una vasta Confederación, llamada Colombia, que abrazaba los pueblos hispanoamericanos desde Tierra del Fuego hasta el Mississippi. Esta organización política estaría coronada por un Inca como Emperador hereditario. Contaría con dos cámaras, un poder judicial, un sistema de ediles y cuestores. En esta caprichosa combinación de Roma y Cuzco, la constitución americana completaría la amalgama.

El gabinete británico, que mantuvo durante muchos años una constante vinculación con Miranda (éste recibió largo tiempo una pensión del gobierno inglés, que lo consideraba un conspirador utilizable), leía con atención sus planes y memoriales, meditaba y dejaba correr el tiempo. Pues para la Inglaterra de fines del siglo XVIII la tentación de esos vastos mercados que la atraían al otro lado del Atlántico no era menor que el aborrecimiento de todas las revoluciones: sus propias colonias americanas y los extravíos de la Revolución Francesa le habían infligido una severa lección. Para colmo, la Revolución Francesa había degenerado en un Thermidor. Cuando las cabezas de los revolucionarios cayeron en la misma cesta que había recibido las de la familia real de Francia y los ingleses creían

ser dichosos, de ese Thermidor emergió un monstruo peor todavía, el usurpador Bonaparte. El curso se proponía hacer más daño que guillotinar reyes: amenazaba la hegemonía industrial inglesa en Europa.¹

4. La política británica en las colonias españolas.

Durante varios siglos el comercio inglés se había enfrentado con el monopolio español en las Indias. Pero las debilidades de los Austria permitieron a Inglaterra horadar el muro desde la propia Cádiz. Luego, el contrabando y los intereses regionales de los exportadores hispano-criollos lograron vencer ilegalmente las trabas impuestas al comercio. Pero esto estaba lejos de ser satisfactorio cuando a mediados del siglo XVIII la revolución industrial amplió enormemente la capacidad productiva de la manufactura británica. Inglaterra no estaba dispuesta a escuchar el clamor de su burguesía industrial, sin embargo, si una aventura en América ponía en peligro la paciente tela de araña en que consistía el equilibrio europeo.

Desde los tiempos de Cromwell, en que el dictador concibió un "Proyecto Occidental" en 1654 para organizar un emporio británico en las Indias, sólo habían aparecido aisladas tentativas inglesas, generalmente libradas a la piratería real, para dominar territorialmente algunas porciones del gigante de las Indias. Tal había sido el destino de la isla de Jamaica y la Florida. El contrabando había calmado algo las inquietudes de los exportadores británicos, hasta el punto que a principios del siglo XVIII se consi-

¹ "Los artículos de algodón, lana, hierro y cuero, cerveza y papel, porcelana y carbón, eran producidos en cantidades crecientes en Yorkshire y Lancashire, en los Cheviots y Gales. Mientras que el progreso productivo crecía en eficiencia, la expansión de la influencia de Francia hacía cada vez más inaccesible el mercado continental. Económicamente, para la Gran Bretaña el panorama era desolador y desalentador, a menos de tomar en consideración, como lo hacían muchos, las inexploradas y elusivas potencialidades de la América Latina"; William W. Kauffmann, *La política británica y la independencia de la América Latina, 1804-1828*, p. 15, Ed. de la Biblioteca de la Universidad Central de Caracas, 1963.

deraba una participación en esa empresa dolosa como "*conseguir un gran premio en una lotería*".¹

Al despuntar el siglo XIX, Inglaterra se enfrentaba con una Francia industrializada que reducía las perspectivas del mercado europeo. La cuestión de los mercados latinoamericanos se imponía cada vez con mayor fuerza a las cavilaciones del Foreign Office. Ya en 1805 el valor de las exportaciones inglesas a América Latina ascendía a 7.771.418 libras esterlinas. Se consideraba en Londres que ese fabuloso contingente de habla española podía absorber más mercancías inglesas que la India y los Estados Unidos. En efecto, en 1809 el valor de las exportaciones ascendía a 18.014.219 libras esterlinas. Era pues imposible para Inglaterra ignorar ese continente. Pero tampoco podía permitirse la iniciación de ninguna acción alentadora de los proyectos de Miranda, si subsistía una situación de paz con España. Solamente en caso de conflicto militar europeo, los ingleses estarían en condiciones políticas de impulsar la emancipación de las colonias españolas. Semejante estrategia detuvo los planes de Miranda durante años.

Al fin, en 1804, estalló una guerra entre España e Inglaterra, que concluyó sin mayor bulla al año siguiente, pues la presión del Zar de Rusia, que preparaba una gran coalición contra Napoleón, persuadió a Inglaterra para firmar la paz. Desde ese momento, el general venezolano quedó a disposición del Foreign Office, que lo mostraba ante España "*como un mero instrumento para ser usado en caso de faltar ésta en su buena conducta*".²

5. El error de la invasión militar.

Naturalmente, la cobarde corte de Madrid ofreció ciertas compensaciones comerciales en Hispanoamérica. Pitt parecía satisfecho en ese aspecto, pues todas sus energías eran absorbidas por la coalición europea contra Bonaparte. La batalla de Austerlitz tronchó sus esperanzas y quizá hasta su vida, pues falleció en 1806. Mientras tanto, des-

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 15.

² *Ibid.* p. 20.

alentado por las vacilaciones británicas, Miranda se había hecho a la mar desde Estados Unidos para desembarcar en las costas de su patria. Después de publicar un manifiesto abandonó la partida bajo la custodia de los barcos de Lord Cochrane, el rapaz aventurero inglés. Al mismo tiempo, el inescrupuloso Sir Home Popham, cuya pasión por el dinero lo había distinguido siempre en su carrera militar, aburrido de vagar por Africa del Sur, había embarcado en El Cabo al 71 Regimiento dirigido por el coronel Beresford y se había lanzado a la conquista del Río de la Plata.

No estaba autorizado por el gabinete para esta aventura, pero sabía que si triunfaba sería respaldado para mayor gloria del Imperio. El desastre de las invasiones inglesas en Buenos Aires coincidió con el desembarco de Miranda en Venezuela y aunque ambas expediciones no estaban oficialmente organizadas y autorizadas por el gobierno inglés, toda la comunidad industrial y comercial de Gran Bretaña vivía en pleno delirio. Al llegar a Buenos Aires, ebrio de victoria, Popham escribía a un director de la compañía cafetera inglesa Lloyd's: "*La conquista de este lugar abre un extenso canal para las manufacturas de la Gran Bretaña*".¹ La captura del botín porteño (\$ 1.086.208 pesos fuertes) le llegó al corazón a Popham: este es "*el más bello país del mundo... me gustan prodigiosamente los sudamericanos*".²

Una excitada muchedumbre, dice un autor, escoltó el tesoro de Buenos Aires a través de las calles de Londres hasta el Banco de Inglaterra. Pero el desastre posterior no reunió a muchedumbres semejantes en la capital del Imperio. Popham fue obligado a regresar a Inglaterra pagándose el pasaje de su propio peculio, curiosa situación para un conquistador de tierras lejanas. En materia de piratería fallida, los ingleses no admitían bromas.

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 31.

² *Ibid.*

6. Los comienzos de Canning.

Las siguientes tentativas corrieron la misma suerte. El Río de la Plata proporcionó al Imperio respuestas análogas a las napoleónicas. El dios Mercurio será más propicio a estos mercaderes que los dones de Marte. Luego se vengarían a la inglesa, cobrando con mayores intereses usurarios estos reveses militares. El problema de las colonias españolas, pese a todo, los siguió preocupando. ¿Y si se enviaran regimientos de católicos irlandeses para la América del Sur? El fuego del incendio europeo fue más poderoso que los mercados sudamericanos. El nuevo gabinete británico, elegido por un rey cuya demencia ya era notoria, no reflejaba naturalmente la locura del monarca, sino la sensatez de la clase dominante.

Como Secretario de Relaciones Exteriores apareció la joven figura de George Canning, de 35 años, poeta y orador agudo, demasiado brillante para ser soportable por la aburrida nobleza británica; para colmo, carecía de fortuna y era hijo de una actriz, con sangre irlandesa en sus venas. Tantos defectos sólo podían ser compensados por una dosis de formidable talento político y por la íntima convicción de la nobleza de que este inquietante diputado por Liverpool (centro de los fabricantes y exportadores), les resultaba absolutamente indispensable.

Para Canning, y con razón, los problemas europeos eran demasiado arduos como para tomar en cuenta la emancipación de las colonias españolas. Esto resultó más evidente cuando Napoleón invadió España, capturó a Carlos IV y pretendió establecer a su hermano José como rey de España. Impedir la modernización de España bajo la mano de Napoleón era mucho más importante en ese momento que emancipar a los mercados sudamericanos. Inglaterra se alió con España rápidamente y envió sus tropas a la península. Esto no impidió a Inglaterra seguir con su contrabando en las colonias. De este modo, la etapa de los precursores como Miranda llegaba a su fin y comenzaba la historia moderna de América Latina.

7. De Carlos IV a "Pepe Botellas"

Los últimos días del reinado de Carlos IV revisten el carácter de una canallesca ópera bufa. La familia real había transformado la monarquía en un foco de corrupción e intrigas palaciegas al que resulta difícil encontrarle una analogía, excepto en las cortes de la decadencia bizantina.

Cuando la amenaza napoleónica se cernía sobre España, Fernando organiza una conspiración para envenenar a sus progenitores y acomodarse la corona sobre su cabeza contrahechâ. Descubierto por su padre, se arrepiente arrojándose a sus pies. Carlos IV, aturdido por los acontecimientos, abdica a favor de Fernando, que llevará el número siete. Este cretino adquiere popularidad, pues la opinión pública le atribuye una actitud antifrancesa. Así será llamado el "deseado". Napoleón aprovecha la intriga dinástica para arrebatarse la corona simultáneamente a Fernando VII y a Carlos IV en una tempestuosa escena en Bayona, donde el feroz corso impone a los aterrorizados Borbones un ultimátum que es aceptado inmediatamente. Los reyes de España parecían cultivar uno de los defectos jamás imputados al temperamento español: la cobardía más despreciable. El último mendigo de España tenía, sin duda, mayor entereza que estos miserables vástagos de la dinastía borbónica, Reyes de España y las Indias.

Los 100.000 soldados de Murat ocuparon gran parte del territorio peninsular. Napoleón designó a su hermano José, Rey de España. Ironía de la historia, este Bonaparte será uno de los mejores reyes de España en su breve reinado, pero por su condición de impuesto monarca extranjero, el pueblo le impondrá el nombre de "*el tuerto Pepe Botellas*". Era un error, pues este rey plebeyo ni era tuerto ni aficionado al vino.¹ "*Al no ver nada vivo en la*

¹ Napoleón decía a los españoles: "*Vuestros nietos me bendecirán como vuestro regenerador*". El rey José abolió los derechos feudales y la justicia señorial. V. André Fugier, *La era napoleónica y la guerra de independencia española*, p. 64, T. V, en "Historia de la Nación Argentina", Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.

monarquía española, escribe Marx, salvo la miserable dinastía que había puesto bajo llave [Napoleón], se sintió completamente seguro de que había confiscado España. Pero pocos días después de su golpe de mano, recibió la noticia de una insurrección en Madrid. Ciertamente es que Murat aplastó el levantamiento matando cerca de mil personas; pero cuando se conoció esta matanza, estalló una insurrección en Asturias que muy pronto englobó todo el reino. Debe subrayarse que este primer levantamiento espontáneo surgió del pueblo, mientras las clases "bien" se habían sometido tranquilamente al yugo extranjero".¹

La nobleza de España capituló inmediatamente ante el corso. El rey José recibió en Bayona a una diputación de los Grandes de España, en cuyo nombre habló el Duque del Infantado (amigo íntimo del prisionero Fernando VII), quien dijo al francés: "Señor, los Grandes de España fueron siempre conocidos por su lealtad hacia sus soberanos, y V. M. hallará en ellos la misma fidelidad y afectación". Mientras las tropas napoleónicas exterminaban a miles de españoles, Fernando VII, en cuyo nombre se combatía, adulaba rastreramente al sátrapa ensoberbecido. Tal era el patriotismo de la realeza y de la aristocracia en la España que dominaba las Indias. Cerca de 40.000 aristócratas, clérigos y burgueses catalanes emigraron a Mallorca, dice Altamira, para escapar a los sacrificios de la guerra.² Todo el alto clero acató el nuevo orden extranjero. Lo mismo hizo el partido de los liberales "afrancesados", que habiendo perdido toda fe en el despotismo ilustrado español para regenerar a España, depositaban ahora sus esperanzas en el absolutismo bonapartista. De este modo se encontraron reunidas las clases más poderosas de España, la putrefacta aristocracia, la dinastía, la jerarquía eclesiástica y hasta el ala liberal.

¹ Marx, *ob. cit.*, p. 14.

² Altamira, *Manual de Historia de España*, p. 469, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1946.

8. La revolución nacional española.

Del otro lado se lanzó a la lucha el pueblo inmenso: los campesinos, artesanos, maestros, soldados y oficiales del ejército, los hombres más esclarecidos del bajo clero, todas las clases populares de España. La paradoja que se estableció era puramente formal: pues si el pueblo español combatía contra los franceses haciendo esa guerra de independencia nacional en nombre del fatídico Fernando, en realidad reasumía su soberanía, usaba sus derechos, organizaba la lucha y creaba las Juntas populares en cada municipio, que tenía hondas raíces en las viejas libertades y fueros de España. Así, si el pueblo español libraba su guerra contra el invasor, sólo podía hacerlo realizando su revolución nacional. Los símbolos eran viejos, el contenido de la lucha muy moderno.

En Francia la revolución se había formulado de otra manera; pero cuando son genuinas y profundas, cuando brotan de la raíz misma de una historia, todas las revoluciones son originales e irrepetibles. En toda España surgieron las partidas de guerrilleros, que según decía el Abate de Pradt, martirizaban al ejército francés como el mosquito al león de la fábula. Era inútil que José Bonaparte ofreciese a la nación española una excelente constitución en Bayona, o que aboliese la Inquisición, suprimiese las aduanas interiores, pusiese término a la corrupción financiera del Estado e impulsase la modernización jurídica de la península. Esto debían hacerlo los españoles mismos, pues las revoluciones no pueden importarse, ni en el siglo XIX ni el XX. Justamente la lucha contra los franceses, en cuyas mochilas venían los nuevos códigos, llevada a cabo bajo la bandera de la reacción borbónica, suponía verificar las tareas democráticas incumplidas por la España burguesa.

Mientras el pueblo español combatía en toda la extensión de su territorio ocupado por las tropas francesas (en Bailén se batía un joven indiano, José de San Martín, capitán del Regimiento de Murcia), en Sevilla primero y luego en Cádiz, ejercía sus funciones la Junta Central, que

era de hecho el único gobierno representativo de la nación española. Marx ha trazado un análisis magistral de su composición cuya síntesis libre daremos aquí.

9. La parálisis de la Junta Central.

Las dos cabezas de la Junta Central eran dos sobrevivientes del siglo XVIII: el conde de Floridablanca y Gaspar de Jovellanos. Uno era un "*burócrata plebeyo*", el otro un "*filántropo aristocrático*". Pero ambos habían sido educados en la escuela de Carlos III. El despotismo ilustrado los había preparado para impedir una revolución modernizando España, en modo alguno para presidir una revolución que limpiase a España de sus antiguallas. La incómoda situación en que los había colocado el destino, debía encontrar en estas dos notables personalidades un eco perplejo. Floridablanca había desconfiado del pueblo; Jovellanos había intentado educarlo, pero los dos personajes carecían de toda voluntad para empujar a la revolución hasta su plenitud.

La anglomanía de Jovellanos, por lo demás, que era un mal de su siglo y causaría estragos en las jóvenes repúblicas sudamericanas, lo volvía muy poco propicio a una vasta acción revolucionaria e independiente frente a las intrigas británicas que ya empezaban a manifestarse. Las proclamas de la Junta, inspiradas por Jovellanos, que era sobre todo un escritor, llamaban a grandes fines: tocábale al octogenario Floridablanca impedir realizarlos. De este modo se repartían las tareas en esa Junta Central, afectada de la misma parálisis que la vieja España, los dos grandes hombres de la Ilustración. Cuando las Juntas municipales disponían como recurso de guerra vender bienes de "manos muertas" pertenecientes a la Iglesia, la Junta Central disponía suspender dichas ventas.

Los pesados tributos a capitalistas y propietarios ordenados por las Juntas provinciales, las reducciones de sueldos a los empleados públicos, el reclutamiento militar para todas las clases sin excepción en defensa de la patria, indicaban que en las Juntas de provincias palpitaba la revolución y que Fernando VII era, mucho más que en América,

solo una máscara, aunque fuera una máscara repugnante. Pero la Junta Central navegaba por el turbulento río revolucionario como una carabela arcaica en el Mar Océano. Por todas partes veía monstruos y grifos marinos con sus fauces abiertas: sólo atinaba a recomendar moderación. ¡Penoso espectáculo el de los sabios de Carlos III llevados y traídos por el tormentoso nuevo siglo!

Desde los gabinetes del difunto rey habían soñado con una España rejuvenecida y libre de la barbarie feudal: ahora retrocedían aterrorizados al verla erguirse entre los dolores del parto. Aún entre la respiración entrecortada de sus proclamas se advertía claramente el significado general de la situación: *“La Providencia ha decidido que en la terrible crisis que atravesamos, no pudierais dar un solo paso hacia la independencia sin que al mismo tiempo no os acercara hacia la libertad”*. Esto es, la lucha por la independencia nacional contra los franceses era indisociable del derrocamiento del absolutismo español, la conquista de las libertades populares. Independencia nacional y soberanía popular, tal era el contenido esencial de esos grandes días de España.

Algunos historiadores reaccionarios, argentinos y españoles de corte nacionalista, niegan ese carácter revolucionario del liberalismo español, identificándolo con el liberalismo caduco del siglo XX. En el fondo alimentan la nostalgia del “viejo régimen” feudal, cuyo retrato hemos hecho hasta aquí. Como era previsible, la política vacilante de la Junta y su temor al pueblo en armas no logró sino fracaso tras fracaso. Poco a poco los franceses fueron apoderándose de toda España, a pesar de las pruebas de heroísmo de los patriotas. Ese fracaso histórico de la Junta Central ha sido juzgado por Marx del siguiente modo: *“Sólo bajo el poder de la Junta Central era posible unir las realidades y las exigencias de la defensa nacional con la transformación de la sociedad española y la emancipación del espíritu nacional, sin lo cual toda constitución política tiene que desvanecerse como un fantasma al menor contacto con la vida real”*.¹

¹ Marx, ob. cit., p. 37.

10. Ni guerra, ni revolución.

Al separar la guerra de independencia de la revolución española, la Junta Central anticipaba en un siglo la tragedia de la guerra civil española de 1936, en que el gobierno del Frente Popular, dominado por el stalinismo, plantea el falso dilema, "*primero ganar la guerra, después hacer la revolución*", con lo que perdieron ambas. Pues en 1809, como en 1936, el pueblo hace la guerra con ciertos fines, que son revolucionarios; si el gobierno que lo conduce posterga esos fines, el pueblo declina su energía, apaga su genial iniciativa y la guerra se transforma en un problema técnico, que ganan los técnicos de las clases hostiles y no los pueblos. Así ocurrió con la Junta Central. En el ejército y los guerrilleros se habían concentrado los elementos más revolucionarios de la sociedad española. Pero fueron destruidos por las intrigas caciquiles y los temores de la Junta Central. De ese ejército saldrían un día San Martín y Riego: uno, para luchar por la independencia de América de un absolutismo que no había logrado vencer en España; el otro, negándose a combatir en América contra los patriotas, dirigirá su ejército contra Fernando VII.

Al perder casi todo el territorio español, la Junta Central recibía el premio a su ineptitud. Refugiada en la Isla de León, delegó su poder en un Consejo de Regencia, más torpe que ella misma y se disolvió. El Consejo de Regencia convocó a las Cortes de España y las Indias, que asumieron el poder constituyente en el suelo que pisaban.

11. Las Cortes de Cádiz.

El 22 de enero de 1809 la Junta Central, cuyo secretario, el ardoroso poeta Quintana había elevado la técnica de las proclamas al nivel del arte literario, dictó un decreto en el cual decía que "*los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias o factorías como las de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española*".¹ Esta idea

¹ Amunátegui, *ob. cit.*, p. 327. En dicha resolución se convocaba para enviar diputados a Cortes a los Virreinos de Nueva España,

inaudita resonó en toda la América Hispánica. ¿Cómo, provincias ultramarinas y no factorías? ¿Había llegado la hora del Nuevo Mundo? ¿El imperio hispanoamericano lograría a la vez conservar su unidad y desembarazarse del absolutismo?

El Consejo de Regencia se instaló en la Villa de la Real Isla de León próxima a Cádiz, bajo la protección de los barcos de guerra británicos. Pues Inglaterra ya ha intervenido con sus fuerzas en suelo español y enfrenta a los franceses aliada a España. ¿A qué España? Difícil era saberlo, pero los ingleses carecían de formalismo jurídico. Sabían qué buscaban. El Consejo de Regencia está en sus manos y el representante inglés en España, John Hooklam Frere, elige sin incomodidad alguna a sus miembros. Sin embargo, dicho Consejo no puede entrar en Cádiz, donde se ha formado una Junta Revolucionaria Suprema que los acusa de traidores. La presión británica logra persuadir a los gaditanos para que reconozcan al Consejo de Regencia y le permitan instalarse en Cádiz. La intervención de los ingleses en los asuntos españoles estaba lejos de ser desinteresada. No se cifraba tan sólo en la necesidad de abatir el poderío napoleónico.

El gabinete británico atravesaba difíciles momentos. La economía inglesa se resentía del bloqueo continental decretado por Napoleón. Estados Unidos elevaba al mismo tiempo una dura barrera proteccionista contra su antigua metrópoli. La tentación de los mercados sudamericanos se volvía demasiado fuerte por momentos. Las exportaciones británicas, que alcanzaron en 1810 a 34.061.901 libras esterlinas, bajaron al año siguiente a sólo 22.681.400. Esto parecía algo semejante al pánico. *“El gobierno se convenció a sí mismo de que sólo el acceso ininterrumpido al mercado latinoamericano podía respaldar su crédito y pagar la guerra peninsular”*.¹ En tales circunstancias, todos los

Perú, Nueva Granada, Río de la Plata y las capitanías generales independientes de Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas. Es curioso que nadie recuerde ya a las Islas Filipinas, donde el idioma popular continúa siendo el español y la lengua indígena el tagalo.

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 55.

manejos para instrumentar al Consejo de Regencia, que parecía estar bajo la influencia inglesa, resultaron inútiles. Lord Wellesley sugirió que el Consejo debía autorizar a Inglaterra a comerciar libremente con América del Sur y que los ingleses protegiesen a Cádiz. Pero el Consejo de Regencia era totalmente impotente para otorgar a nadie concesión alguna. Su respuesta a la sugerencia inglesa fue decepcionante. Afirmó que la única autoridad de España había révertido a las Cortes de Cádiz. Estas "*devolvieron la propuesta con un brusco rechazo*",¹ pues la soberanía popular española allí simbolizada no estaba dispuesta a liquidar los intereses españoles en favor de sus equívocos aliados británicos.

12. Los diputados americanos en las Cortes.

En la populosa e hirviente ciudad de Cádiz, se habían reunido al fin las Cortes de España. El detestado Napoleón había sido el providencial agente histórico que retenía entre sus manazas de hierro a la dinastía absolutista. ¡Podían invocar la lealtad a Fernando prisionero y podían decir al mundo que el pueblo español reasumía su soberanía! Los diputados a las Cortes tenían así en sus manos la bandera del legitimismo jurídico y la llave para hacer la revolución burguesa bajo un respetable pabellón.

Para comprender el sentido profundo de las sesiones de las Cortes bastará que el lector evoque el trágico pasado de la España Imperial. Ahora estaban allí los hijos del pueblo español, con un partido reaccionario en minoría, pues toda la nobleza de sangre se había arrodillado ante invasor. Cádiz era la capital de la España revolucionaria. ¡Pero faltaban los jacobinos!

Pues la feroz paradoja de la situación consistía en que las Cortes de Cádiz se reunían en el momento más débil de la acción militar del pueblo español; no cuando desmoralizaba a los franceses, sino cuando había pasado a la defensiva, no en la etapa más alta del proceso de libera-

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 55.

ción, sino en la más baja. En Cádiz, donde se iba a legislar para una España dominada por el enemigo, se había refugiado todo el espíritu revolucionario de la península, todas las aspiraciones y frustraciones de tres siglos. Pero era un debate fundado en el vacío geográfico. *"En la época de las Cortes, España se encontró dividida en dos partes. En la Isla de León, ideas sin acción; en el resto de España, acción sin ideas"*, dice Marx.¹ Después de haber derramado su sangre en vano, el pueblo español había querido lanzar sobre el absolutismo el peso de una Constitución. Pues con las bayonetas francesas había entrado tumultuosamente en la España petrificada el siglo revolucionario.

El principal puerto marítimo de España estaba poblado, al reunirse las Cortes, de una multitud de aventureros y emigrados, hispanoamericanos que el azar de la guerra había llevado a la península, soldados, marineros, comerciantes, rioplatenses como el joven oficial Tomás de Iriarte, guatemaltecos como los hermanos Llano, peruanos como el teniente coronel de caballería Dionisio Inca Yupanqui. *"Así se dio el caso de que estas provincias estuvieran representadas por hombres más aficionados a la novedad y más impregnados de las ideas del siglo XVIII que lo hubieran sido de haberlos podido elegir ellas mismas. Finalmente, la circunstancia de que las Cortes se reunieran en Cádiz ejerció una influencia decisiva, ya que esta ciudad era conocida entonces como la más radical del reino y parecía más americana que española. Sus habitantes llenaban las galerías de la sala de las Cortes y dominaban a los reaccionarios, cuando la oposición de éstos se tornaba demasiado enojosa, mediante la intimidación y las presiones desde el exterior"*.²

Muchas provincias españolas, ocupadas por las tropas francesas no pudieron enviar inmediatamente sus diputados: lograron hacerlo en cambio las provincias más demócratas, Cataluña y Galicia.

¹ Marx, *ob. cit.*, p. 37.

² *Ibid.*, p. 57; Tomás de Iriarte, *Memorias*, p. 74, T. I, Ed. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962.

"Hablábase de candidatos para diputados, escribe el Conde de Toreno, y poníanse los ojos no precisamente en dignidades, no en hombres envejecidos en la antigua corte o en los rancieros hábitos de los consejos y otras corporaciones, sino en los que se miraban como más ilustrados, más briosos y más capaces de limpiar la España de la herrumbre que llevaba comida casi toda su fortaleza".¹ Los turbulentos espectadores en las galerías del Coliseo de Cádiz, soldados y ciudadanos de ambos sexos, saludaban con ardorosas vivas a los diputados liberales a medida que entraban al recinto, "con desánimo de la Regencia".²

13. "Serviles" y liberales.

Las Cortes decidieron nombrar diputados suplentes por América y por Asia a diversos americanos y súbditos asiáticos residente en ese momento en Cádiz. El canónigo criollo de Guatemala, Don Antonio Larrazábal, fue uno de ellos, entre tantos hombres del bajo clero que tuvieron una participación decisiva en la revolución de España y América, a punto tal que sería imposible escribir la historia de América Latina omitiendo ese hecho y la circunstancia de que la Ilustración americana tiene su eje en el sector revolucionario de la Iglesia criolla, lo mismo que en España.

Larrazábal planteó ante las Cortes estupefactas lo siguiente: Guatemala se oponía a que se dictasen leyes sin su concurso; los diputados de América no debían ser españoles europeos, sino criollos; para ser ciudadano y ejercer sus derechos, no se opone el defecto de nacimiento adulterino, sacrílego, incestuoso, ni el de dañado y punible ayuntamiento. Esto significaba no sólo un paso gigante hacia la modernización de la legislación civil, sino también incluir a millones de americanos indios, de matrimonio irregular, en la decisión política de la soberanía.³ Desde el

¹ Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, p. 285, M. Rivadaneyra, Editor, Madrid, 1872.

² *Ibid.*

³ V. Ricardo Gallardo, *Las constituciones de la República Federal de Centroamérica*, p. 119, Ed. del Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958.

día mismo de su instalación, el 24 de setiembre de 1810, las Cortes se habían dividido entre "liberales" y "serviles".

La democracia burguesa y la nobleza clerical eran los dos partidos que se enfrentaban en las Cortes y de cuya unión brotó la célebre Constitución de 1812. La palabra "liberal" adquiere en Cádiz su cuño popular en el siglo XIX, así como en las Cortes, por primera vez en trescientos años, deja de emplearse en los documentos oficiales el vocablo "*Indias*" para ser reemplazado por la palabra "*América*". Las mutaciones semánticas reflejaban dócilmente los grandes acontecimientos históricos que le imprimían su sello.

Otro guatemalteco, Manuel Llano, bregó por la igualdad de la representación de los americanos, que resistían los diputados españoles, tanto los liberales como los serviles. En su discurso Llano señalaba la unidad del imperio hispanoamericano: "*Las provincias de América, aunque agitadas, están en el caso que las provincias libres de la Península; y esta providencia podría calmar los ánimos y restablecer la unión; porque los movimientos de insurrección en aquellos países no son por quererse separar, sino por el deseo de recobrar sus derechos. Citaré en prueba un solo hecho. En la Gaceta de Caracas, de 27 de julio, tratando de la instalación de la Junta de Barinas, en la Provincia de Venezuela, se lee: «Que los individuos de ella se encargaban de aquel modo, sin perjuicio de que los diputados concurren a las Cortes generales de la Nación entera, siempre y cuando la convocación se forme con la equidad y justicia que merece la América, y siempre que formen una parte de España»*".¹

14. Las Juntas en América.

En los momentos que sesionaban las Cortes de Cádiz el movimiento revolucionario de América Hispánica se propagaba con enorme fuerza. De acuerdo a la vieja tradición española, las "Juntas" brotaron en Hispanoamérica en todas las ciudades principales de los cuatro Virreynatos y

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 111.

Capitanías Generales. En todas partes se reasumía la soberanía, en virtud de la prisión de Fernando VII y en su nombre. Mucho se ha discutido si Fernando era un símbolo verdadero de la unidad hispanoamericana o una simple máscara jurídica de la voluntad de independencia de los americanos. Era ambas cosas, a nuestro juicio. La historia del absolutismo, la debilidad del liberalismo, el poder de la nobleza feudal y la política tradicional de España en América, no daban lugar a muchas esperanzas.

Pero también resulta indiscutible que, salvo los intereses británicos, que eran los únicos consecuentes partidarios de la ruptura con España, los americanos de la época seguían con intenso interés el desarrollo de la lucha en la península. De su resultado militar y de la política que adoptara la España revolucionaria dependía la unidad o la separación. Las palabras del diputado guatemalteco reflejaban con bastante aproximación el estado de espíritu de los americanos ante los cambiantes acontecimientos de España. Cuando llegó a América la noticia de la disolución de la Junta Central de Sevilla, caída por su propio conservatismo, ese fue un paso más hacia la separación.

Los debates de las Cortes, donde se mostraron las resistencias de la mayoría española a otorgar a la América solo una igualdad retaceada, persuadió a los americanos de que ni siquiera un triunfo del liberalismo español sobre el absolutismo daría la plena igualdad a América dentro del marco de la Nación común. Si las Cortes de Cádiz constituían un vigoroso avance en cuanto al absolutismo y renovaba, por lo menos en el papel, el anquilosado cuerpo jurídico de España, en relación con los americanos no satisfacía en ningún modo sus aspiraciones. La inmensa mayoría de los indios y nativos quedaba al margen, por lo demás, de todo derecho político. Así, las "castas", como se las llamaba y que constituirían en los próximos años el factor decisivo en la lucha por la independencia, no existían sino como masas "ingenuas", que sólo la educación y los siglos elevarían paulatinamente al nivel del español europeo. Sarmiento encontraba en los diputados españoles de Cádiz su más ilustre antecedente.

Con la patria ocupada por las tropas del imperio francés, los mejores elementos liberales de España se resistían todavía a otorgar a los americanos la libertad y la igualdad plenas. Una voz salida de las profundidades de la historia americana se elevó en ese momento para definir con una frase histórica la mezquindad del liberalismo español y su incurable limitación. Era el Inca Yupanqui, *"vástago de la antigua y real familia de los Incas, pintándose todavía en su rostro el origen indiano de donde procedía"*.¹

15. El discurso del Inca Yupanqui.

Dionisio Inca Yupanqui asumió la defensa de la igualdad de indios americanos y españoles. Su discurso produjo honda impresión en las Cortes, y sería memorable en la historia de las ideas, según señalaremos más adelante. Es una pieza casi desconocida y fue pronunciado en la sesión del 16 de diciembre de 1810. He aquí su texto completo:

"Señor: Diputado suplente por el Virreynato del Perú, no he venido a ser uno de los individuos que componen este cuerpo moral de V. M. para lisonjearle; para consumir la ruina de la gloriosa y atribulada España, ni para sancionar la esclavitud de la virtuosa América. He venido, sí, a decir a V. M. con el respeto que debo y con el decoro que profeso, verdades amarguísimas y terribles, si V. M. las desestima; consoladoras y llenas de salud, si las aprecia y ejercita en beneficio del pueblo. No haré, señor, alarde ni ostentación de mi conciencia; pero si diré que reprobando esos principios arbitrarios de alta y baja política empleados por el despotismo, sólo sigo los recomendados por el evangelio que V. M. y yo profesamos.

Me prometo, fundado en los principios de equidad que

¹ Toreno, *ob. cit.*, p. 308. Dionisio Inca Yupanqui era descendiente de los Incas y tenía derecho por tal razón a una pensión del Estado. En 1810 era Teniente Coronel de Caballería del Ejército español en el Virreynato del Perú. V. José Belda y Rafael M. de Labra, *Las Cortes de Cádiz en el oratorio de San Felipe*, p. 103, Madrid, 1912.

V. M. tiene adoptados, que no querrá hacer propio suyo este pecado gravísimo de notoria y antigua injusticia, en que han caído todos los gobiernos anteriores: pecado que en mi juicio es la primera o quizá la única causa por que la mano poderosa de un Dios irritado pesa tan gravemente sobre este pueblo nobilísimo, digno de mejor fortuna. Señor, la justicia divina protege a los humildes, y me atrevo a asegurar a V. M., sin hallarme ilustrado por el espíritu de Dios, que no acertará a dar un paso seguro en la libertad de la patria, mientras no se ocupe con todo esmero y diligencia en llenar sus obligaciones con las Américas: V. M. no las conoce. La mayor parte de sus diputados y de la Nación apenas tienen noticia de este dilatado continente. Los gobiernos anteriores le han considerado poco, y sólo han procurado asegurar las remesas de este precioso metal, origen de tanta inhumanidad, del que no han sabido aprovecharse. Le han abandonado al cuidado de hombres codiciosos e inmorales; y la indiferencia absoluta con que han mirado sus más sagradas relaciones con este país de delicias ha llenado la medida de la paciencia del padre de las misericordias, y forzádole a que derrame parte de la amargura con que se alimentan aquellos naturales sobre nuestras provincias europeas.

Apenas queda tiempo ya para despertar del letargo, y para abandonar los errores y preocupaciones hijas del orgullo y vanidad. Sacuda V. M. apresuradamente las envejecidas y odiosas rutinas, y bien penetrado de que nuestras presentes calamidades son el resultado de tan larga época de delitos y prostituciones, no arroje de su seno la antorcha luminosa de la sabiduría ni se prive del ejercicio de las virtudes. Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre. V. M. toca con las manos esta terrible verdad.

Napoleón, tirano de la Europa su esclava, apetece marcar con este sello a la generosa España. Esta, que lo resiste valerosamente no advierte el dedo del Altísimo, ni conoce que se castiga con la misma pena al que por espacio de tres siglos hace sufrir a sus inocentes hermanos. Como Inca, Indio y Americano, ofrezco a la consideración de V. M. un cuadro sumamente instructivo. Díguese hacer de él una

comparada aplicación, y sacará consecuencias muy sabias e importantes. Señor: ¿Resistirá V. M. tan imperiosas verdades? ¿Será insensible a las ansiedades de sus súbditos europeos y americanos? ¿Cerrará V. M. los ojos para no ver con tan brillantes lucés el camino que aun le manifiesta el cielo para su salvación? No, no sucederá así, yo lo espero lleno de consuelo en los principios religiosos de V. M. y en la ilustrada política con que procura señalar y asegurar sus soberanas deliberaciones".¹

16. La respuesta española.

El discurso del Inca Yupanqui abrió una discusión sobre la situación general de América, que fue postergada por varias sesiones, en virtud de "cuestiones más urgentes". Pero los diputados liberales y serviles, rehusaban conceder una igualdad plena de derechos a los americanos, salvo en las pomposas enunciaciones generales.² En una sesión posterior, la del 9 de enero de 1811, el diputado español Palacios decía con peculiar realismo: "*En cuanto a que se destierre la esclavitud, lo apruebo como amante de la humanidad; pero como amante del orden político, lo repruebo*".³ Este amor dúplice o adulterino era compartido por todo el partido servil y gran parte del liberal. La agitación revolucionaria en Venezuela perfeccionaba las ideas del diputado Valiente: "*En Caracas hay novedades que atemorizan y es imposible que V. M. deje de tratar de la conservación de aquellos dominios... Señor, primero es cortar el vicio: por ahora está afianzada la confraternidad que debe haber entre ellos y nosotros; de lo demás se tratará más adelante, y entonces se acordará lo que deba ser. Há-*

¹ *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, p. 15, Tomo II, sesión del 16 de diciembre de 1810, Imprenta Real, Cádiz, 1811. La colección total alcanza a 28 tomos. En la Biblioteca del Congreso Nacional argentino, donde hemos consultado dichas Actas, sólo se encuentran 22 tomos.

² Las Cortes otorgaron 2 diputados por provincia española y sólo 1 por cada provincia americana. V. Amunátegui, *ob. cit.*, p. 327.

³ *Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, p. 316, T. II, sesión del 9 de enero de 1811.

blese de los indios, pero sólo sea para conservar las Indias: esto es lo que nos interesa, lo que nos importa".¹

17. La revolución en América Hispánica.

A las costas de Hispanoamérica llegaban las alternativas de la guerra nacional española y las discusiones reveladoras de las Cortes de Cádiz. Al mismo tiempo, las tropas españolas en el Nuevo Mundo, divididas interiormente entre serviles y liberales, exteriormente eran la expresión del Imperio español y reprimían donde podían hacerlo las tentativas criollas de reasumir la soberanía.

Por lo demás, brotaban en América los intereses regionales privilegiados de las clases criollas, exportadoras y terratenientes, que generalmente en relación con el Imperio británico, sólo pensaban en romper con España para enriquecerse sin trabas. Un puñado de patriotas encabezaba en todas partes, sin embargo, la idea nacional hispanoamericana, comenzaba a levantar ejércitos y a propagar la revolución. Casi concluida con la derrota completa la lucha militar en la península, regresaban a América algunos oficiales criollos del ejército español, como San Martín, Alvear, Iriarte. En el ejército español en América se reflejaban, por añadidura, no sólo las contradicciones básicas en que se dividía la sociedad española, sino los propios antagonismos americanos. Así, oficiales españoles eran indios como Santa Cruz, que lucha contra los americanos varios años antes de plegarse a la lucha por la independencia.

Del mismo modo, en los llanos venezolanos, o en Colombia, los españoles contaban con el apoyo de los criollos más humildes, llamados "castas", hombres de color, y que eran jinetes y combatientes de primera categoría. Entre los partidarios de la independencia americana, aparecen numerosos españoles liberales. Así, el drama de la ruptura del imperio hispano-criollo se revelará como una guerra civil, tanto como una guerra nacional.

¹ *Ibid.*, p. 317.

18. La última defensa del liberalismo español.

Para concluir, nadie mejor que el Procurador General del Principado de Asturias, don Alvaro Florez Estrada, expuso en 1812, en plena crisis, los mejores y peores aspectos del liberalismo español en relación con América. Afirmaba Florez Estrada que la maldición española fue el oro y la plata. La posesión de dinero era el objeto último de España. Las otras naciones decían en cambio: *"Es necesario conquistar a la España toda la parte posible de las Américas, o en su defecto debemos tratar de hacerlas independientes para entablar un comercio directo con ellas"*.¹

Este autor consideraba a España y América como partes de un solo Imperio, y proponía establecer en su interior un mercado libre, despojado de todas sus trabas y privilegios, o sea un mercado capitalista para una producción capitalista. Pero padecía del utopismo característico del liberalismo español, que pretendía resolver por reformas jurídicas abstractas lo que sólo podía crear la energía revolucionaria. Al responder a las intrigas británicas que acusaban a España de todos los crímenes imaginables, Florez Estrada hundía su escalpelo sobre la hipocresía inglesa² y le recordaba su negativa a otorgar a las colonias de Norteamérica los mismos derechos que ahora pretendían para las colonias ajenas.

Cuando los ingleses hablaban de la intolerancia religiosa de España, Florez Estrada les recordaba que las leyes británicas excluían de toda representación a casi un cuarto de su población, porque era católica. Dirigiéndose a los

¹ Alvaro Florez Estrada, *Examen imparcial de las disenciones de la América con la España, de los medios de su reconciliación, y de la prosperidad de todas las naciones*, p. 74, 2ª edición, Cádiz, 1812.

² Sobre los ingleses decía Florez Estrada: *"¡Será posible que echen en cara al gobierno español un defecto aquellos mismos ingleses que observan el más profundo silencio acerca de su monstruosa representación apoyada únicamente en las ideas del feudalismo! ¡Y será creíble que tanto se incomoden por un defecto de esta naturaleza aquellos escritores ingleses, en cuya sociedad hay población de más de ciento y veinte mil almas privadas de elegir representante alguno, al mismo tiempo que otra población de cincuenta vecinos o menos nombra un Representante!"*, ob. cit., p. 55.

americanos que amenazaban romper su unidad con España, les decía: "*Americanos: ¡seréis tan poco generosos que después de haber sufrido por espacio de trescientos años todos los males con que os quiso abrumar el absolutismo, sin resultarnos de nuestra tranquilidad otra ventaja que hacer mayor el orgullo de nuestros Reyes, y más implacable para con nosotros la enemistad de las demás naciones, trateis de separaros de nosotros en la única ocasión en que todos debíamos trabajar unidos para conseguir nuestra libertad? ¡En el momento en que íbais a ser Nación con nosotros; en el momento en que el Gobierno espontáneamente os había concedido ya derechos, que ninguna nación recibió jamás sin derramar mucha sangre; en el momento que habíais ofrecido permanecer reunidos para llevar a cabo la empresa más gloriosa que los hombres vieron; en el momento en que todos íbamos a gozar por primera vez del privilegio de hombres libres, y a formar el Imperio más poderoso del globo; en el momento en que para lograr todos estos grandes objetos nada más necesitábamos que trabajar de concierto; en ese mismo momento os separaréis de nosotros, para que divididos, y sin fuerzas seamos todos presa de uno o de muchos tiranos!*"¹

Cómo traducía Florez Estrada y todo el liberalismo español su elocuente llamado a la unidad con América al lenguaje de los hechos bastará para concluir citar la imagen concebida por el mismo autor: "*América es un niño cargado de joyas, a quien no se le puede abandonar sin riesgo de ser robado*".²

Porque ese liberalismo era tan endeble como feroz el absolutismo de la España sobrevivida, es que se quebró la unidad de la nación hispano-criolla. El niño que cargado de joyas y plumas se hizo hombre en la batalla inminente, perdió algo más importante que sus tropicales alhajas: lo despedazaron en veinte repúblicas. Al no poder hacer la unidad nacional con España, debió lograr la independencia contra ella. Tan débil como era, con la independencia se quebró la unidad. En lugar de una sola y fuerte sobe-

¹ Florez Estrada, *ob. cit.*, p. 69.

² *Ibíd.*

ranía obtuvo el grotesco triunfo de elevar dos docenas de provincias a la categoría de "naciones".

19. Del Inca Yupanqui a Carlos Marx.

El cortante aforismo lanzado en su discurso ante las Cortes de Cádiz por el Inca Yupanqui —"Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre"—, ha corrido un raro destino. Observemos ante todo que la propia personalidad del Inca es virtualmente ignorada por los historiadores y cronistas de la época. Poco se sabe de su actividad preliminar a su incorporación como diputado suplente a las Cortes, y nada de su vida posterior. Pero creemos que algo puede decirse de la historia de un concepto formulado por el Inca en 1810: *un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*.

Exactamente la misma idea, expresada con las mismas palabras, expone Marx sesenta años más tarde en sus artículos y cartas sobre la cuestión nacional irlandesa. Esta concepción constituirá la base del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en general y será centenares de veces repetida y explicada por Lenin y Trotsky después de la muerte de Marx. Más aún, toda la política revolucionaria en el mundo contemporáneo es inimaginable sin la clara noción de que las colonias y semicolonias oprimidas por un grupo de grandes potencias imperialistas, lograrán con su revolución nacional no sólo emanciparse a sí mismas, sino crear las condiciones económico sociales para despertar al proletariado privilegiado de los países metropolitanos y favorecer su propia emancipación. Ahora bien, ¿de dónde había extraído Marx esa frase y esa idea? ¿Era el fruto de su genial intelecto o había encontrado en su larga lucha algún valioso antecedente? "*Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa... Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario*", escribía Marx a Engels.¹

¹ Marx, *Correspondencia*, p. 297, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947.

En 1854 Marx escribía regularmente en el "New York Daily Tribune" artículos en los que examinaba los principales problemas de la política internacional. Al estallar una revolución militar en España, dirigida por el general O'Donnell, Marx escribió una serie de estudios en los que pasaba revista a toda la historia española, desde el Imperio de Carlos V y su régimen social, hasta los acontecimientos políticos de 1854. Llamaron la atención los conocimientos de Marx de la historia de España, dejando a un lado su característica sagacidad para interpretarlos. En particular sorprende su detallada descripción de las sesiones de las Cortes de Cádiz en el período 1810-1813 que ni siquiera se encuentran por lo común en las historias generales de España.

Alude repetidas veces a los discursos de los diputados españoles, cita textualmente fragmentos de esas intervenciones y examina con minuciosidad el texto de la Constitución aprobada en 1812. Cuando se disponía a trabajar sobre España, Marx escribía a Engels: *"En este momento me ocupo sobre todo de España. Hasta hoy me he nutrido fundamentalmente en fuentes españolas, de la época de 1808 a 1814 y de 1820 a 1823. Atacaré ahora el período 1834-1843. Esta historia no carece de complicaciones. Lo más difícil es comprender su desarrollo. En todo caso he hecho bien en comenzar por Don Quijote"*.¹

20. Marx estudia a España.

Procediendo con su clásica probidad, Marx había iniciado su comprensión de la historia de España leyendo la versión trágico-cómica de la edad caballerescas. Su trabajo intelectual se realizaba generalmente en la Biblioteca del Museo Británico, en cuya sala de lectura no sólo se encontraba la prensa europea al día, sino también la prensa española y los principales documentos políticos y jurídicos de la historia europea. No es difícil concebir que los 28 volúmenes conteniendo las Actas de las Cortes de Cádiz,

¹ Marx, *Ouvres politiques*, p. 240, Tomo VIII, Alfred Costes, Editeur, París, 1930.

editadas por la Imprenta Real de Cádiz en 1811, encontrasen su sitio en el Museo Británico. Tampoco resulta inverosímil que el detallado conocimiento que evidencia Marx de las posiciones del partido americano, del partido servil y del partido liberal sólo hayan podido adquirirse en la lectura de dichas Actas, repositorio mucho más fiel que las febriles reseñas redactadas por la efímera prensa gaditana de ese momento.¹ Se tendrá presente que no había prensa independiente bajo la dominación francesa de casi todo el territorio español. Por lo demás, la frase "*Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*", aplicada por Marx a la situación de Inglaterra con respecto a Irlanda, no retrataba específicamente la situación de dependencia irlandesa y sus relaciones con el proletariado británico.

La clase obrera de Inglaterra, como lo observan repetidas veces Marx y Engels, se beneficiaba de la explotación que de Irlanda hacía la aristocracia terrateniente inglesa, lo mismo que del botín colonial extraído del mundo entero por el Imperio. Más aún, los obreros ingleses abrumaban con su desprecio a los obreros irlandeses que vivían en Inglaterra; y los detestaban porque éstos tendían a disminuir su nivel de vida aceptando menores salarios que los trabajadores británicos. También los obreros del Imperio se hacían eco de los prejuicios imperialistas que les inoculaba la sociedad burguesa contra los desventurados proletarios de Irlanda que venían a Londres a mitigar su hambre. Se producía un fenómeno de corrupción política análogo al del proletariado norteamericano frente a los portorriqueños y mexicanos del siglo XX. ¿"*Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*"? En todo caso, la

¹ En Cádiz aparecían periódicos de combate del partido liberal, entre otros "*El Robespierre Español*" (que redactaba una mujer), "*El Duende de los Cafés*", "*El Amigo de las Leyes*" y "*La Abeja Española*". Por el partido servil (o absolutista) aparecían "*El Procurador General de la Nación y del Rey*", "*El Censor General*" y "*La Gaceta del Comercio*". Al parecer, el más ardiente y feroz periódico liberal en esas jornadas de Cádiz era "*El Conciso*" (cuyo suplemento se titulaba "*El Concisín*") y cuyo programa era: "*Exterminio de las preocupaciones del fanatismo y del error*". V. Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, p. 52, Tomo VII, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1945.

“libertad” o “bienestar” del obrero inglés en el siglo XIX se fundaba justamente en la explotación de Irlanda y otras colonias realizada por el Imperio inglés. Y el proletariado de la metrópoli no podía esperar mejores condiciones de vida ayudando a Irlanda a emanciparse; antes por el contrario, esa liberación, en lo inmediato, podía acarrear al obrero británico una mayor explotación en sus propias islas.

De este modo, *“un pueblo que oprime a otro no puede ser libre”* adquiría en las condiciones del conflicto Inglaterra-Irlanda, una inflexión ética. Desde el punto de vista del triunfo del socialismo en Inglaterra, la frase se despojaba de toda intención moral y expresaba, acertadamente el hecho de que el proletariado inglés sólo podría crear las premisas de su emancipación social si la burguesía inglesa no perdía antes la posibilidad de “exportar su crisis” hacia otros pueblos. Pero esto último, hoy podemos comprobarlo sin lugar a dudas, era imposible, pues toda la materialidad de su existencia práctica empujaba a la conciencia del proletariado inglés a *no desear* el quebrantamiento del poder colonial de su burguesía, poder externo que le permitía condiciones de vida internas más satisfactorias que las de un “coolí” chino, un campesino hindú o un proletario irlandés. Bajo el conservadorismo político de la clase obrera inglesa, observada por Engels, se escondía un aforismo que Marx no se atrevió a acuñar: *“Un pueblo que oprime a otro puede ser libre”*. ¡Pero era una “terrible verdad”!

No haberlo creído así, era el tributo que Marx, Lenín, Trotski y los grandes maestros del socialismo pagaron a las ilusiones del siglo XIX con respecto al proletariado europeo, y que han sido desmentidas por toda la experiencia histórica y por la realidad del mundo contemporáneo.

Consideremos ahora el contenido de la frase desde el punto de vista del contexto histórico y político en que la pronunció en su discurso de 1810 ante las Cortes de Cádiz el Inca Yupanqui. Hablaba como *“Inca, Indio y Americano”*, según dice, ante sus colegas de unas Cortes populares, reunidas en el único sitio de España libre de la ocupación

extranjera. Su tesis era predicar la igualdad de los americanos, los indios y los españoles, puesto que las circunstancias habían querido que España estuviese a las puertas de su libertad civil y en lucha por su independencia nacional.

Como los diputados españoles, con su patria invadida, rehusaban otorgar a los americanos esclavizados por ellos las mismas libertades que los españoles exigían con las armas en la mano a los franceses, el Inca Yupanqui estaba en condiciones de resumir el trágico dilema del pueblo español, oprimido y opresor a la vez. Si se atrevía a dar libertad a sus oprimidos, llegaría a ser libre, pues América toda volcaría entonces su esfuerzo hacia España, pero corría peligro de continuar esclavizado, si rehusaba liberar a los americanos. Así, el concepto del Inca Yupanqui, mucho más que el de Marx, respondía agudamente a una situación específica: "*Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*".¹

Marx se deslumbró por la magnífica síntesis estudiando en 1854 las Cortes de Cádiz, la idea germinó lentamente en su espíritu y cuando llegó el momento de ocuparse de Irlanda, en 1869, su espíritu le devolvió un eco de aquellas ardorosas jornadas de Cádiz que habían despertado años antes su admiración. Los marxistas de América del Sur aprendimos en Marx su concepción de la cuestión nacional. Pero Marx la había escuchado de boca de aquel Inca, Indio y Americano que trajo a la España revolucionaria la voz de las Indias. Responde a una lógica profunda que un siglo y medio después, para comprender la clave de la revolución latinoamericana, marchen enlazados ambos nombres ilustres, el del diputado americano que defendió a los indios y el del profeta europeo que anunció la victoria del proletariado.

¹ El célebre aforismo es retomado por Engels en varios de sus trabajos y citado incesantemente por Lenin en todos sus escritos sobre la cuestión nacional. En sus *Obras Completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960. Véanse unos pocos ejemplos: Tomo XXI, p. 99; p. 295; p. 319; Tomo XXII, p. 357; p. 359,

CAPITULO V

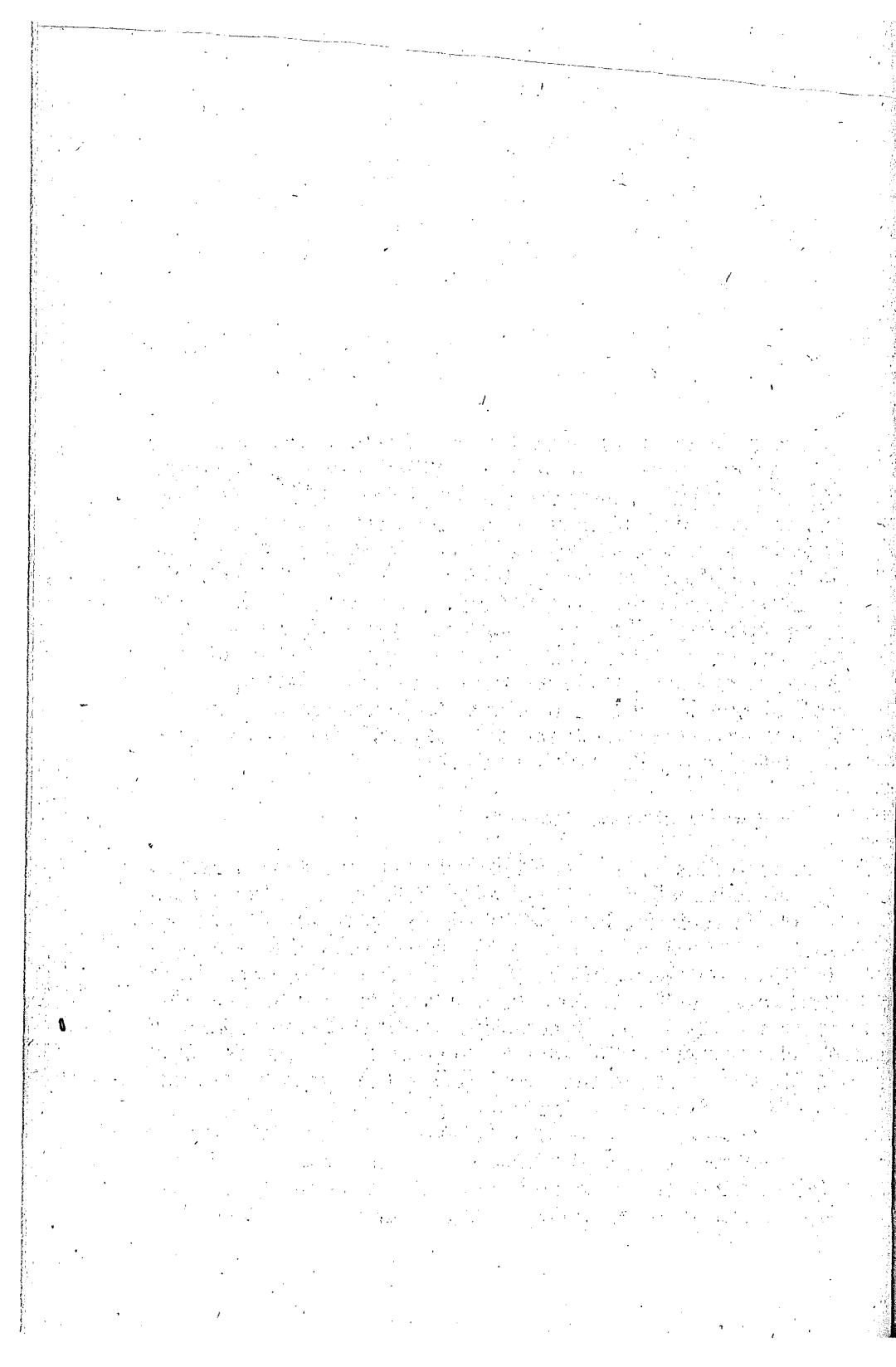
LA LUCHA DE CLASES EN LA INDEPENDENCIA

“La guerra se convirtió en guerra de castas; no se trató ya de los empleados europeos abusivos; los entonces llamados criollos, que son la mayoría de los americanos... se vieron amenazados de exterminio”.

Francisco Gavidia.

“Los funcionarios españoles dijeron: «Los franceses antes que la emancipación» y los criollos respondieron: «La emancipación antes que los franceses»”.

Indalecio Lievano Aguirre.



La revolución hispanoamericana estalla como consecuencia directa de la invasión napoleónica. Pero una larga gestación la había precedido en la historia de España y las Indias. La ruina irresistible del Imperio español se fundaba en la impotencia de su burguesía para barrer a fondo las instituciones de la arcaica sociedad española, conjurar los particularismos feudales y regionales, establecer el régimen capitalista en la península y sus dominios ultramarinos e incorporar a España al nivel de los tiempos modernos. Bonaparte abrió inesperadamente una vía de salvación al pueblo español mediante la forma de una guerra de independencia nacional que adquiere inmediatamente una perspectiva de reforma interior.

1. La guerra civil en América.

Las Indias habían sufrido el mismo proceso de atraso que la metrópoli, aunque agravado por su carácter dependiente, la esclavitud de los indios y el yugo absolutista redoblado. Las Juntas que se forman en España se reproducen en todo el territorio de la América Hispánica. Si la "máscara de Fernando" llega a ser realmente una fórmula, se debe a que la cobardía del liberalismo español y el retorno del absolutismo de Fernando VII por la caída de Napoleón, cierra toda posibilidad de mantener el imperio hispanoamericano con bases igualitarias.

El fracaso de la revolución española abre la etapa de las guerras de la Independencia en América; la guerra civil se traslada a este continente, donde combaten en bandos enfrentados españoles contra españoles y criollos con-

tra criollos. La profundización y democratización de la lucha incorpora luego a la guerra a las masas indígenas, gauchas, negras o mestizas, con lo que la independencia adquiere un carácter verdaderamente popular. Esta guerra perseguía al principio un doble objetivo: impedir que América Hispánica recayera bajo el yugo absolutista y conservar la unidad política del sistema virreynal bajo la forma de una Confederación de los nuevos grandes Estados. Quien ofrece la formulación más categórica, razonada y resuelta de esta última posición es Simón Bolívar. Su formidable programa parece en un momento próximo a realizarse; pero se hunde rápidamente y la muerte del Libertador simboliza ese fracaso de mantener la unidad en la independencia.

2. La revolución de los Marqueses.

Los centros disociadores de la unidad latinoamericana son básicamente Buenos Aires, Caracas, Bogotá y Lima.¹ A esa disolución contribuyen las ciudades menores, centros de intereses regionales de campanario que habrían podido doblarse por las armas. Tal es el caso del patriado rural de la Banda Oriental, del comercio altoperuano vinculado al Pacífico, de los terratenientes y mineros chilenos.

En el antiguo Reino de Quito la revolución de 1809, a título de ejemplo, la encabezan cuatro marqueses criollos: el Marqués de Sélva Alegre, el Marqués de Solanda, el Marqués de Villa Orellana y el Marqués de Miraflores. Rompían con la autoridad local española para *"la conservación de la verdadera religión, la defensa de nuestro legítimo monarca y la propiedad de la patria"*.² Como en otras regiones de la América Hispánica, la revolución chocó con la indiferencia u hostilidad de las masas populares. *"Fue tan evidente el espíritu de casta que inspiró el movimiento y tan notorio el menosprecio que profesaban al pueblo los aristócratas quiteños, que no tardaron los autores de la con-*

¹ Se formaron juntas en toda América, menos en Lima.

² Oscar Efrén Reyes, *Breve historia del Ecuador*, p. 292, 3ª ed., Quito, 1949.

jura en enfrentarse a la hostilidad de las clases populares y hasta les fue imposible reclutar unos cuantos soldados, para defender su causa contra las fuerzas militares despachadas desde Lima, Pasto y Popayán".¹

El Rey era un poder lejano para los mestizos y negros, pero los aristócratas criollos estaban demasiado cerca; así pudo verse el rechazo popular de criollos pobres o mestizos "en sorprendente armonía con los peninsulares".² Reprimida la revolución de los marqueses por la barbarie sangrienta de las fuerzas españolas, que sembraron el terror en Quito, la segunda oleada revolucionaria lanzará a la lucha esta vez a las fuerzas populares: la causa de la Independencia ahora será invencible.

3. Lima y Buenos Aires.

Entre los grandes Virreynatos se destacan los de Lima y Buenos Aires. En Lima sobrevive el poderío de la aristocracia colonial hispano-criolla: es la Lima frívola y mundana de la Perricholi y del Marqués de Amat, viejo verde y rigurosamente dieciochesco, cliente de palio y jarana, paradigma de la Lima churrigueresca que goza alegremente de la servidumbre indígena, la Lima de los Marqueses de Torre-Tagle, serviles de la Revolución que pronto traicionarán.³ Porque en realidad en Lima toda, o casi toda la clase "decente", es goda o agodada.

En cuanto a Buenos Aires, en ese puerto ínfimo, tan gris como las aguas servidas del Río de la Plata, juzgado en los siglos coloniales como lugar de destierro para los funcionarios del Rey, se ha constituido una clase terrateniente y comercial de reciente alcurnia. No desciende de conquistadores. Su grupo influyente se compone de peninsulares ávidos y prestos, prácticos en el contrabando y en todo comercio ilícito, llegados después de 1750 y que for-

¹ Lievano Aguirre, *ob. cit.*, p. 114, Tomo III.

² Efrén Reyes, *ob. cit.*, p. 299.

³ La descripción más viva y desenfadada de la sociedad limeña colonial se encuentra en las "Tradiciones peruanas" de Ricardo Palma, Ed. Aguilar, Madrid, 1964.

man la clase principal de "solar conocido". Se han enriquecido más o menos rápidamente, pues de la pampa inmensa ha brotado un yacimiento mejor que el Potosí. La ganadería es inextinguible y aunque carece de dueño, pronto aparece quién la reclame. Inglaterra encuentra al producirse la Revolución su más seguro aliado en estas dos clases sociales: ganaderos y comerciantes.

Las peculiaridades del puerto, su poder aduanero y rentístico, su indiferencia por las provincias y América Latina, su condición de productor, exportador e importador convertirá a los intereses de Buenos Aires en uno de los factores motrices de la balcanización.¹ De la voluntad porteña nace la "Nación" uruguaya, la "Nación" boliviana, la "Nación" paraguaya. Buenos Aires hostiga la convocatoria del Congreso de Panamá y el esfuerzo de San Martín por liberar el Perú, gestiona un Príncipe europeo para coronar en el Plata, combate a Artigas aliada a los portugueses y concluye por exterminar al Paraguay en 1865 con los mismos aliados.

4. Factores de la balcanización.

La clase "mantuana" traiciona a Bolívar y deshace la Gran Colombia, los estancieros de la Banda Oriental apuñalan al artiguismo, los hombres de pro barren a Carrera y asesinan a Manuel Rodríguez en Chile, Artigas se hunde en la selva paraguaya, Paraguay se enclaustra defensivamente bajo el puño de hierro del Dr. Francia, San Martín emigra, Morazán es asesinado y la República de Centroamérica estalla en cinco pedazos, México se aísla y agoniza un siglo bajo los terratenientes.

Las potencias extranjeras, Estados Unidos y Gran Bretaña, se disputan el territorio y la economía de las veinte Repúblicas que Bolívar había soñado unidas. Después de la independencia, sobreviene la balcanización. América Latina se convierte en una nación inconclusa.

¹ V. Juan Agustín García, *La ciudad indiana*, Ed. Claridad, Buenos Aires; y Jorge Abelardo Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, Tomo I, Historia de la Argentina en el siglo XIX, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 3ª edición, 1965.

5. La idea nacional hispanoamericana.

Al iniciarse la revolución todos los grandes jefes llevan en su cabeza el proyecto nacional. Egaña en Chile, Bolívar en la Gran Colombia, Artigas, Monteagudo, San Martín y el Dean Funes en las Provincias Unidas, Morazán en Centroamérica. Los iniciadores por lo demás son hijos del siglo que presencia el movimiento de las nacionalidades. Nada más natural que ellos encarnen ese movimiento en Latinoamérica. Las dificultades, sin embargo, superaron todo lo previsible.

La extensión inmensa, las débiles comunicaciones terrestres o marítimas, el bajo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la carencia de un centro económico y político capaz de arrastrar a todos los restantes hacia un foco centralizador conspiraron contra el proyecto. Parecía que la única solución era puramente militar y que sólo la espada podía asegurar la unidad nacional en el proceso de la independencia. La forma política, para muchos de ellos, como San Martín y Belgrano, destinada a mantener por un largo período la continuidad de la unión, era el régimen monárquico. La obsesión de todos los jefes era la anarquía, el caos y la servidumbre consiguiente.

Belgrano sugiere coronar un Inca peruano, para asegurar la adhesión de los millones de indios de los Viejos Virreynatos al nuevo orden de cosas. El proyecto es rechazado, no por un particular democratismo como el expuesto por muchos "próceres" del género de Tomás de Anchorena, el estanciero cerril, sino por su desdén hacia los "cuicos", como los diputados blancos porteños llaman a los representantes de indios o mestizos del Alto Perú. El contenido social de este "desprecio" se alimentaba en los intereses de los estancieros de origen español de la pampa húmeda del Plata, a los que sólo importaba el comercio exterior.

6. San Martín como político.

San Martín, que ha combatido en el ejército liberal español en Bailén y que ha sido políticamente formado en las Logias americanas fundadas por Miranda en Inglaterra, persigue exclusivamente la victoria militar sobre el absolutismo. Es un revolucionario liberal pragmático: advierte que sólo Buenos Aires puede ofrecerle los recursos financieros necesarios para hacer su campaña de Chile y del Perú y guarda sus opiniones políticas. De ese hecho proceden sus crecientes reservas sobre la posibilidad de una Nación Latinoamericana o una Confederación de Estados. Cuando la burguesía porteña le niega los recursos para concluir su campaña contra los españoles del Perú, se retira de la vida pública y emigra a Europa. Deja así el paso a Bolívar.

Los problemas de la unidad de las antiguas Intendencias del Virreynato, planteados por Artigas, son considerados por San Martín simples opiniones políticas y después de manifestar su voluntad de llegar a un acuerdo con los caudillos provinciales y con Artigas mismo, deja que Buenos Aires imponga sus decisiones. No se pliega a ellas en los hechos y desobedece la orden del gobierno porteño de retroceder con sus tropas y aplastar con ellas la insurrección de las provincias. Difamado y aislado durante años, San Martín logra el reconocimiento histórico de la oligarquía justamente por haberse delimitado de las luchas civiles. Pero es Bolívar, sin duda alguna, el jefe latinoamericano más claro y tenaz en la lucha por la unidad nacional de las viejas colonias españolas.

7. La juventud de Bolívar.

Bolívar era el vástago de una familia de largo arraigo en Venezuela. Un año antes de nacer el futuro Libertador, Miranda recibía una carta de tres aristócratas venezolanos ofreciendo sus servicios para la emancipación de América. Uno de ellos era Juan Vicente de Bolívar, hombre

principal de la clase de los "mantuanos"¹ criollos en las horas febriles que preceden a la declinación española. Por su cuna, pues, Bolívar era un mantuano. Por su maestro, Simón Rodríguez, un perfecto roussoniano, un hijo del siglo. Don Simón será toda su Universidad, su tutor y guía en el teatro del mundo que era entonces Europa.

Maestro y discípulo contemplan absortos la coronación del Emperador Napoleón y ven desfilar a las tropas francesas ante su jefe por las calles de Montechiaro, en Italia. Bolívar, de la mano de Rodríguez, ingresa a las logias masónicas de Europa. Ya tiene un Julián Sorel en el corazón: el espectáculo de Bonaparte y el movimiento de las nacionalidades que despiertan ante la vieja Santa Alianza, inflaman el espíritu del joven heredero. Simón Rodríguez ha guardado celosamente, por lo demás, la inmensa fortuna de los Bolívar. A los 21 años el futuro Libertador se entera que su maestro bohemio custodió los 4 millones de pesos, herencia del discípulo.²

Bolívar se lanza en Europa a una vida alegre y disipada. "*Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna, escribía Bolívar a una prima, le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos químicos; así es que no cesa de vituperar los gastos, que él llama necesidades frívolas. Desde entonces, sus reconvencciones me molestaban, y me obligaron a abandonar Viena para libertarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa; en fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres*".³

Hastiado al fin, el joven mantuano reinicia sus paseos y discusiones con el maestro Don Simón, el viejo conspirador de 1797. Un día, en 1805, suben a una colina romana,

¹ Derivado de los finos mantos usados por las mujeres de la aristocracia criolla.

² J. A. Cova, *Don Simón Rodríguez*, p. 39, 2ª edición, Ed. Venezuela, Buenos Aires, 1947.

³ Cova, *ob. cit.*, p. 41.

el Monte Sacro y allí jura Bolívar libertar al Nuevo Mundo, en una invocación donde abundan los Rómulos y los Gracos, los Césares y Brutos y Tiberios, Trajanos y Augustos, como ordenaba la simbología romana heredada de la Revolución Francesa.¹ Muchos años más tarde, Don Simón Rodríguez recordaba el episodio y comentaba a un joven interlocutor: "*Tú sabes, hijo, que el muchacho cumplió su palabra*".²

8. Don Simón Rodríguez.

Este Don Simón Rodríguez era un genial y extravagante personaje que ejercerá gran influencia moral e intelectual sobre Bolívar. Como es de práctica en América Latina, Don Simón yace olvidado y ni Caracas lo recuerda con una estatua.³ Había abierto su biblioteca al discípulo: Rousseau, Voltaire, Plutarco, Montesquieu, Cervantes. Era una especie de socialista ("primer socialista americano" lo llama un biógrafo), cuya originalidad consistió en percibir agudamente la peculiaridad social de América Latina.

Su acción en América fracasa al mismo tiempo que la de Bolívar y por las mismas razones que se explicarán. Despreciaba sin énfasis la vieja estructura social y las convenciones coloniales que subsistirán después de la Independencia. Cuando Bolívar decide regresar al Nuevo Mundo para luchar por la emancipación, Don Simón permanece en Europa, frecuenta a Humboldt y viaja a Rusia, donde funda una escuela. Pasarán más de quince años sin verse maestro y discípulo.

Ya en 1810 Bolívar entabla en Londres relaciones con Francisco de Miranda. El anciano revolucionario otorgará al joven mantuano su primer grado militar. Allí nace el Bolívar histórico. Se recordará que Miranda no era pura y simplemente "un agente británico", sino el creador de la idea de una América Hispánica unida.

¹ Fabio Lozano y Lozano, *El Maestro del Libertador*, p. 69. Ed. Librería Paul Ollendorff, París.

² Cova, *ob. cit.*, p. 52.

³ *Ibíd.*, p. 106.

Su aventurera existencia, su epílogo infortunado y su fatal disidencia con Bolívar pertenecen a otra historia. Lo que importa a este libro es que al desaparecer Miranda de la escena, Bolívar lo sucede y recoge de su jefe el proyecto de un gran Estado hispanoamericano y de su viejo maestro Don Simón el sentido moderno de la revolución nacional que avanza orgullosamente en Europa.

9. Las clases sociales en la revolución.

Pero esa revolución nacional que había triunfado en Francia con los jacobinos y que había sido derrotada en España por la tenaza de hierro de franceses y de Fernando VII, no podía reproducirse en la América rebelde sin afectar profundamente la estructura social establecida por la España absolutista: en primer lugar, por la abolición de la esclavitud y por la igualdad social de las razas.

Si en la España revolucionaria se trataba de elevar al pueblo a depositario de la soberanía política, en América Hispánica, después de tres siglos, se imponía emancipar socialmente a los oprimidos y humillados, es decir a los negros, indios, zambos y mulatos que constituían la mayoría de la población, sea como esclavos, como siervos o campesinos sin tierras. El contenido social de la revolución era la condición preliminar para impulsar las reivindicaciones nacionales contra los españoles.

La debilidad profunda de Bolívar en la primera etapa consistió, como en el caso de su antiguo jefe Miranda, en sostener la quimera de una República Abstracta, cara a los mantuanos, puesto que mantenían su hegemonía social en Venezuela y liquidaban la hegemonía política de España, e indiferente a las "castas infames", como llama Pereira a las clases de color.¹ La crisis española se transforma en Venezuela en guerra civil, antes que en revolución de la Independencia.

¹ Pereira. *ob. cit.*, p. 390.

Durante siete años, desde 1810 hasta 1817, los patriotas mantuanos representan las clases criollas privilegiadas, opuestas a las masas de llaneros, esclavos y plebe de color que, al mando de jefes españoles que les han prometido la "libertad de clase", desdennan la "libertad nacional". Los primeros años de la Independencia, presencian así una sangrienta lucha de clases enmascarada de lucha de razas. La ferocidad distingue a los dos bandos. Los hombres de los llanos, gauchos de Venezuela, constituyen una fuerza irresistible. Es la mejor caballería a lanza que cuenta América: los aristócratas criollos son arrollados. Su jefe es Boves, un asturiano rubio e implacable, antiguo contrabandista y ex prisiario, traficante de ganado en los llanos, elevado rápidamente en el caos de los jinetes nómades al rango de caudillo.²

Lucha a la par de sus hombres y su fuerza inmensa en los Llanos de Venezuela resultará totalmente lógica si se considera que al levantar el pabellón español contra los aristócratas criollos, no sólo declaraba la guerra a muerte contra los blancos, sino que abolía la esclavitud y la servidumbre, entregaba las propiedades y bienes de los blancos ejecutados a sus combatientes zambos, pardos, negros y mestizos "*dándoles papeletas de propiedad*" y repetía en todas sus campañas la divisa: "*¡Las tierras de los blancos para los pardos!*"² Al mismo tiempo, ascendía a las altas jerarquías militares a los más rudos soldados zambos o mulatos de su ejército, al que llamaba "*la legión infernal*". Este curioso caudillo de los llanos, era al mismo tiempo notoriamente desinteresado y no guardaba para sí ni un alfiler en los saqueos; de ilimitada osadía en los combates, era luego el más sencillo soldado entre sus hombres, con quienes compartía la carne cruda y sin sal de la sabana.³

¹ Jules Mancini, *Bolívar y la emancipación de las colonias españolas desde los orígenes hasta 1815*, p. 499, Ed. Vda. de Ch. Bouret, París, 1930.

² Lievano Aguirre, *ob cit.*, p. 135 y ss., T. IV.

³ *Ibid.*, p. 135.

10. Esclavos, libertos y mantuanos.

En el ejército llanero de Boves, compuesto de 7.500 hombres, sólo podían contarse de 60 a 80 soldados blancos y unos 40 ó 45 oficiales entre españoles y criollos. Por el contrario, en las fuerzas de Bolívar, la mayoría aplastante estaba compuesta por criollos blancos.¹ En cuanto al número, en la guerra civil de la primera etapa los llaneros oponían generalmente el doble de combatientes a las fuerzas de la Independencia. Los propios testimonios españoles son perfectamente claros.

El Regente de la Real Audiencia, Don José Francisco Heredia informa que "*niños delicados, mujeres hermosísimas y matronas respetables*" solicitaban protección "*al zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres*"; en el bando patriota, agrega, se "*oye nombrar los apellidos más ilustres de la Provincia, como que contra ellos se ha encarnizado la persecución de la gente soez que forma la mayoría del otro partido*".²

Bolívar escribía significativamente en 1813, desde un punto de vista mantuano, que abandonará después de ese período terrible: "*Viéronse los hombres más condecorados del tiempo de la República arrancados del seno de sus mujeres, hijos y familias en el silencio de la noche; atados a las colas de los caballos de los tenderos, bodegueros y gente de la más soez...*".³

Los factores sociales de la guerra no podían ser más claros. Pero como los españoles son pocos en Venezuela, y en su mayor parte están con los terratenientes criollos,

¹ Refiere Páez en su "*Autobiografía*" que en 1821, al librarse la batalla de Carabobo, en las fuerzas que guarnecían a Caracas había 700 negros, mulatos y zambos de infantería. Cuando Bolívar concedió la capitulación, sólo 6 de ellos se pasaron al ejército patriota. Las fuerzas de caballería realista, en cambio, formada en su mayor parte por europeos, abandonaron en masa las filas para sumarse a las tropas bolivarianas. Cfr. José Antonio Páez, *Autobiografía*, Tomo I. 3ª ed., Nueva York, 1878.

² Augusto Mijares, *La evolución política*, p. 33; *Venezuela Independiente*, Ed. Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1962.

³ Bosch, *ob. cit.*, p. 112.

que constituyen la clase dominante, la lucha entre Boves y Bolívar en los primeros años no es la expresión del enfrentamiento entre la España absolutista y la América Libre sino el combate entre los ejércitos llaneros de peones y esclavos y los cultos terratenientes exportadores cuyo jefe supremo es Bolívar. Esta lucha se prolonga hasta 1817 y concluye con la derrota total de Bolívar y su fuga a Jamaica y Haití. Gran parte de la "grey mantuana" es exterminada.¹

Las grandes ciudades de Venezuela son saqueadas por los esclavos y peones en armas. *"Los defensores de la Corona, escribe Pereira, ya no eran jefes regulares, sino caudillos que se alzaban con los elementos más bajos, desde los negros esclavos de las fincas rústicas, los zambos y los mulatos de las ciudades y los llanos, para aniquilar a la grey mantuana de los criollos aristocráticos que representaban la causa independiente."*²

Los ejércitos republicanos apenas podían sostenerse *"contra el inagotable flujo de los masas rurales semi bárbaras que capitaneaban los jefes realistas"* dice un autor moderno.³

11. El conflicto íntimo del patriciado.

El patriciado criollo está horrorizado por las consecuencias de su atrevimiento: *"veían el porvenir cargado de sangrientas nubes y retrocedían; habían querido regenerar conservando. Todos anhelaban llegar a la tierra prometida sin pasar por el Mar Rojo"*, escribía Juan Vicente González.⁴ Esa oligarquía americana satisfecha de sí misma, libresca y orgullosa, ociosa y voluble, deseaba una revolución

¹ En México *"desgraciadamente la guerra se convirtió en guerra de castas; no se trató ya de los empleados europeos abusivos; los entonces llamados criollos, que son la mayoría de los americanos... se vieron amenazados de exterminio"*: Francisco Gavidia, *Historia moderna de El Salvador*, p. 72. T. I. Ed. Ministerio de Cultura, El Salvador, 1958.

² Pereira, *ob. cit.*, p. 389.

³ Mijares, *ob. cit.*, p. 42.

⁴ Lievano Aguirre, *ob. cit.*, p. 137, T. IV.

a la girondina, como Miranda y mientras leía a los hombres de la Enciclopedia y declamaba los Derechos del Hombre, sus esclavos trabajaban en las ricas plantaciones pues "el sudor del esclavo daba para todo".¹

En Cartagena los blancos eran los únicos *caballeros* y sus mujeres las únicas *señoras*. En esa sociedad provinciana y opulenta anterior a la Revolución, las mujeres se dividían en tres clases, recuerda el General Posada Gutiérrez: las señoras blancas, llamadas "blancas de Castilla"; las pardas, comprendidas las mezclas acaneladas de las razas primitivas y las negras libres. Cuando se realizaba un baile, la concurrencia se dividía en tres salones, para las tres clases y razas señaladas. Los caballeros blancos tenían el privilegio de danzar en los tres salones; los pardos, en el suyo y en el salón de las negras; y los negros, sólo podían bailar con sus negras. No es extraño que cuando Fernando VII es privado de su trono, muchos sectores del patriciado criollo exigieran de España la igualdad de españoles y americanos blancos: pero esta igualdad no conmovía a las negras del tercer salón. Hasta allí llegaba solamente la rebeldía criolla. Pero cuando el rey José Bonaparte se encaramó al trono español, ese mismo patriciado criollo se plegó a la lucha por la Independencia de España, no por antiespañol, sino por antifrancés, es decir por su odio contra la revolución francesa, cuyos rasgos, aún desfigurados, veían asomar detrás de los oropeles napoleónicos. Don Indalecio Lievano Aguirre describe el estado de espíritu de estos patricios criollos y la incertidumbre del partido realista español con dos fórmulas significativas: "*Los funcionarios españoles dijeron: «Los franceses antes que la emancipación» y los criollos respondieron: «La emancipación antes que los franceses»*".²

La guerra de Independencia contra una España cuyos jefes como Boves otorgaban la libertad a los esclavos mientras los mantuanos criollos se la negaban, estaba condena-

¹ Joaquín Posada Gutiérrez, *Memorias histórico-políticas*, p. 196, T. I, Imprenta Nacional, Bogotá, 1929.

² Lievano Aguirre, *ob. cit.*, p. 113, T. III.

da, a menos que Bolívar cambiara radicalmente su estrategia social. Su residencia en Haití y su amistad con el presidente mulato Alejandro Petión aparece como decisiva para la transformación del brillante mantuano en jefe revolucionario.

12. La revolución nace en Haití.

La Revolución Francesa despertó a la vida a los esclavos haitianos y difundió en el mundo entero las ilusiones de sus retóricos. La esclavitud fue abolida, ante el furor de los plantadores franceses que rehusaban leer la Declaración de los Derechos del Hombre bajo el cielo ardiente de Haití. Toussaint Louverture, el antiguo esclavo negro, funda la independencia haitiana. Cuando se inicia el Thermidor y aparece Bonaparte, la Gran Revolución de París era sólo una burla para los esclavos haitianos. El Artículo 1º del Decreto de 30 Floreal del año XI (20 de Mayo de 1802) decía lo siguiente: "*En las colonias restituidas a la Francia en ejecución del Tratado de Amiens del 6 Germinal, año X, la esclavitud será mantenida conforme a las leyes y reglamentos anteriores a 1789*".¹ Para los hijos de Haití, de la Revolución Francesa sólo quedaba el pomposo calendario, más artificial que nunca.

A fin de restablecer la esclavitud, un cuñado de Napoleón, el general Leclerc, ocupó Haití con 25.000 veteranos. La resistencia de los antiguos esclavos y su intrepidez militar desconcertó a los franceses, acostumbrados a vencer en Europa. La mujer de Leclerc era Paulina Bonaparte, la hermana del Emperador, que combatía el hastío tropical organizando grandes fiestas. Su propensión escandalosa a conceder sus favores a los negros, muchos de ellos jefes rebeldes, era explicada por Paulina con el plausible argumento de que era preciso "*mantenerlos sometidos a Francia*".²

¹ *Documentos para la Historia de Haití en el Archivo Nacional*, p. 49, Publicación del Archivo Nacional de Cuba, La Habana, 1954.

² *Ibid.*

Toussaint Louverture se rinde, es enviado a Francia y muere misteriosamente en prisión.¹ Ya han surgido nuevos jefes: los negros Dessalines y Christopher y el mulato Petion, que conducen con energía inquebrantable la lucha nacional contra las tropas esclavistas. La fiebre amarilla se añade a las desventuras militares de las fuerzas napoleónicas. Las derrotas francesas irritan al General Rochambeau. En el oficio que envía al comandante Ramel el 6 de mayo de 1803 escribe: "*Le envío, mi querido comandante, un destacamento de 50 hombres de la Guardia Nacional del Cabo, comandada por M. Bari; lleva 28 perros dogos. Esos refuerzos le permitirán asimismo terminar enteramente vuestras operaciones. No le dejaré ignorar que no le será abonada ninguna ración ni gasto para la alimentación de esos perros. Usted debe darles negros para comer*".²

Era previsible que los jefes haitianos sacaran las consecuencias políticas y militares más extremas ante la ferocidad de los civilizadores franceses. "*Dessalines, el antiguo esclavo, estableció la doctrina de que el mal de Haití estaba en el color blanco y en consecuencia degolló a todos los blancos y como sucedía que en Haití no había haitianos blancos, blanco y francés quería decir lo mismo. En Haití, pues, la guerra de razas fue al mismo tiempo la guerra contra la metrópoli; y eso no sucedió en Venezuela, donde los ricos blancos criollos se habían declarado en lucha contra España*".³ El exterminio de los blancos franceses, que eran los propietarios de la tierra, dejó en poder de Haití la totalidad de su suelo. Dos nuevos jefes, Christopher y Petión, se dividieron el poder haitiano. La República del Norte, con Christopher (que luego se coronó rey con una corte orgiástica), restableció el latifundio del tiempo de los franceses, usufructuado ahora por una nueva nobleza negra por él creada; la esclavitud resucitó esta vez en una perfecta igual.

¹ T. C. Brutus, *Rançon du genie ou la leçon de Toussaint Louverture*, Tomo I, N. A. Theodore, Editeur, Port-au-Prince, Haití, 1945.

² *Documentos para la historia de Haití*, ob. cit., p. 47.

³ Bosch, ob. cit., p. 121.

dad racial, puesto que amos y esclavos eran negros. En la República del Sur, Alejandro Petión dividió las tierras entre la población campesina y estableció un Estado agrario democrático: "*La República de Petión vivió de manera sencilla y pacífica en una especie de democracia patriarcal, a la vez nacionalista y sosegada*".¹ Christopher tenía por los mulatos un "odio profundo e implacable",² nacido quizás de la superioridad cultural de éstos; aspiraba a exterminarlos a todos, así como Dessalines había degollado a todos los blancos. La atroz monarquía establecida por Christopher en el Norte era un remedo militar-feudal del antiguo régimen y duró tanto como la vida de su creador, que concluyó suicidándose en 1820. El verdadero fundador de la República haitiana es Alexandre Petión, factor decisivo a su vez en la emancipación del Nuevo Mundo.

Con Petión la revolución de los esclavos se incorpora a los tiempos modernos. Por primera vez en la historia de Haití los obreros rurales reciben el pago de su salario en dinero y la Constitución establece la enseñanza pública y gratuita. Petion entrega tierras a los campesinos e introduce el concepto de la democracia agraria en la Constitución, exactamente después que la tierra ya estaba en manos de los haitianos. Con razón se dirá de él "que no hizo derramar lágrimas sino a su muerte".³

En efecto, se debe al apoyo exclusivo brindado por Petión a sus proyectos, que el fracasado Bolívar de Jamaica pueda regresar a Venezuela al frente de una nueva expedición militar. Pero en el Tratado firmado entre el Presidente Petión y Simón Bolívar en febrero de 1816, se establecía claramente que a cambio de esta ayuda en hombres, víveres, naves y armas, Bolívar se comprometía solemnemente a abolir la esclavitud en el mismo momento de pisar Tierra Firme.⁴ El ex esclavo no sólo brindaba al fu-

¹ *Ibid.*, p. 122.

² Ricardo Pattee, *Haití, pueblo afroantillano*, p. 134, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1956.

³ François Dalencour, *La fondation de la République d'Haiti par Alexandre Pétion*, p. 313, Port-au-Prince, Haiti, 1944.

⁴ Pattee, *ob cit.*, p. 141.

turo Libertador los elementos materiales de la lucha, sino hasta el punto capital de su programa. Mucho debió reflexionar el jefe mantuano, en sus amargas horas de solitario, sobre las funestas experiencias vividas y que tanta analogía revestían con las primeras aventuras de su jefe Miranda.

Cuando el precursor de la Independencia, Francisco de Miranda, tocó con sus naves procedentes de Estados Unidos los puertos de Haití en 1804, antes de desembarcar en las costas venezolanas, el Emperador negro Dessalines le ofreció su ayuda y le preguntó con qué medios pensaba emancipar Sudamérica. Miranda le respondió que ante todo reuniría los personajes más notables del país en una Asamblea y que *"proclamaría la Independencia por un Acta, un manifiesto que reuniera a todos los habitantes en un mismo espíritu. A estas palabras, Dessalines agitó e hizo girar la tabaquera entre sus manos, tomó tabaco y dijo a Miranda en criollo: "Y bien, señor, yo os veo ya fusilado y colgado: no escaparéis a esta suerte. ¡Cómo! Os dirigís a hacer una revolución contra un gobierno establecido desde hace siglos en vuestro país; vais a transformar la situación de los grandes propietarios, de una multitud de personas y habláis de emplear en vuestra tarea a los notables, al papel y a la tinta. Sabed, señor, que para hacer una revolución triunfante no hay sino dos recursos: cortar cabezas e incendiarlo todo!"*. Miranda se despidió del terrible emperador de Haití y fue a Cartagena, donde fracasó en su empresa".²

Bolívar había incurrido en el mismo error que su maestro. Pero ahora el ex esclavo impartía al ex aristócrata su primera lección de política revolucionaria. Al desembarcar en tierra venezolana, cumplía su promesa.

El 2 de junio de 1816 declaraba en Carúpano la liberación de los esclavos y su incorporación al ejército libertador. En 1819 ratificaba la abolición de la esclavitud:

¹ Criollo: dialecto nativo derivado del francés.

² St. Victor Jean-Baptiste, *Le fondateur devant l'histoire*, p. 246, Port-au-Prince, Haití, 1954.

"Todos los hombres que antes eran esclavos se presentarán al servicio para defender su libertad".¹

13. Bolívar liberta a los esclavos.

En el mismo Congreso de Angostura afirmaba dramáticamente ante los legisladores la necesidad de satisfacer su pedido abolicionista del mismo modo *"como imploraría mi vida y la vida de la República"*.² Bolívar había dado el ejemplo al libertar a sus propios esclavos, heredados del patrimonio paterno. Pero los ardientes roussonianos y benthamianos del Congreso rehusaron escuchar al Libertador, optando por la extinción paulatina de la esclavitud. El insinuante argumento expuesto en el decreto del 11 de enero de 1820 consistió en que *"en el estado de ignorancia y degradación moral a que esta porción desgraciada de la humanidad ha sido reducida"* era preciso *"hacer de los esclavos hombres antes de convertirlos en ciudadanos"*.³ Esta hipocresía pedagógica se vería luego en la Argentina, cuando Sarmiento enviaba libros a gauchos analfabetos o, más frecuentemente, los mandaba degollar.⁴ Los diputados esclavistas de la Independencia pretendían educar a los esclavos a ser hombres libres, para libertarlos después, en lugar de libertarlos para hacerlos hombres libres. Esta devoción educativa les permitía a los legisladores liberales exponer

¹ Ramón Díaz Sánchez, *Evolución social de Venezuela*, p. 240, Venezuela Independiente, *ob. cit.*

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

⁴ Ramos, *ob. cit.* Cuando fue Presidente de la República, Sarmiento envió al indio Guarumba, que tenía el grado de coronel en la provincia de Entre Ríos, unos libros de que era autor. Algún tiempo después Sarmiento visitó esa provincia y al preguntarle a Guarumba si los había leído, el indio le respondió que no, pero que guardaba los libros con cuidado, aunque como eran de tamaño irregular los había cortado con un cuchillo a todos, para que se conservaran parejitos. Sarmiento trató al coronel Guarumba con su palabra favorita de maestro, que era "bárbaro". Guarumba era analfabeto, pero prolijo. Más bárbaro era Sarmiento que en vez de enviarle libros al General Peñaloza, el Chacho, caudillo popular de La Rioja, lo mandó degollar e hizo clavar su cabeza en una pica en la Plaza de Olta. ¡Y es la fama de próceres semejantes que la oligarquía porteña ha echado a rodar por América! V. *ob. cit.*, p. 254, T. I.

ante el mundo sus luces y continuar explotando indefinidamente carne humana. También los sarmientinos en la Argentina deseaban "educar al soberano" antes de otorgarle sus derechos, afectando ignorar que el pueblo no se educa sin su real ejercicio. Al parecer, el mecanismo lógico de las oligarquías latinoamericanas no ha cambiado ni con el tiempo ni con el clima. Parcial como fue, la abolición de la esclavitud operó milagros en el orden militar, aunque menos que el profundo carácter reaccionario de la política puesta en práctica por las tropas procedentes de la península.

14. El regreso de Fernando VII.

Porque al regresar Bolívar de Haití mediante la ayuda del presidente negro Petión, en la situación española se había operado un vuelco decisivo. Se había restablecido en España el absolutismo de Fernando VII con la caída de Napoleón. El miserable Borbón, que vivió su destierro arrastrándose por las antecámaras de Bonaparte, sumido en la adulación más abyecta, había recobrado su trono por la victoria de la Santa Alianza. Desconoció entonces la Constitución de 1812, fusiló a los mejores generales y oficiales de la guerra nacional contra Francia y declaró "*el principio de que los años transcurridos desde 1808 a 1813 debían darse como no existentes*".¹

Su actitud hacia las colonias americanas fue la que correspondía a esa política absolutista. Envioó 10.000 soldados al mando del general Morillo a Venezuela.² Ahí lo esperaba Morales, el sucesor de Boves, que había muerto en combate poco antes, al frente de 5.000 llaneros. Morillo incurrió en el error fatal de despreciar a esa caballería andrajosa que había reconquistado para el Rey una rica provincia. ¿En qué podían ayudarlo esos miles de guerrilleros irre-

¹ Altamira, *ob. cit.*, p. 474.

² El Zar Alejandro I pretendió ayudar a Fernando VII en su expedición punitiva a las Indias facilitándole barcos tan putrefactos y deteriorados como el régimen social de sus propietarios. De ahí que el ejército absolutista corriera graves peligros en su travesía. V. Ortega y Medina, *ob. cit.*, p. 23.

gulares, equipados a la buena de Dios, unos con botas y otros descalzos, donde era imposible contar su variado armamento, fuese cuchillo, sable o machete, salvo en la lanza genérica de tres metros de largo, vestidos con harapos, tan indisciplinados como orgullosos?¹ Resolvió licenciarlos a todos, pese a las advertencias de Morales: se corría el peligro de que se pasasen a los patriotas. Pero la relación íntima y recíproca de la revolución en España con América debía manifestarse una vez más y ahora de una manera decisiva. Las tropas del absolutismo habían llegado al Nuevo Mundo y evidenciaban, como en la represión de los marqueses criollos de Quito, el verdadero rostro del poder español.

*“España había vencido en América porque contra la fronda de las clases pudientes, había encendido la revolución. Esto había sido posible porque la metrópoli misma, como tal, no había hablado oficialmente. Mas ahora que hacía acto de presencia el representante del auténtico y legítimo don Fernando VII, la revolución era licenciada. Lo inevitable tenía que ocurrir. La fronda estaba muerta. Y era la misma revolución lo que cabalmente revivía”.*²

Los antiguos llaneros y esclavos, muerto Boves, se desplazaron poco a poco hacia los ejércitos de Bolívar, puesto que el ejército absolutista no estaba dispuesto en modo alguno a conceder el autogobierno de la plebe montada ni a tolerar sus radicales expropiaciones. Por el contrario, Bolívar otorga a los llaneros la posibilidad de elevarse militar y socialmente en la lucha contra los absolutistas. De este modo, el Libertador encuentra por primera vez la base social y política para su lucha contra España de que antes había carecido. El propio Bolívar lo reconoce en una carta: *“Por un suceso bien singular se ha visto que los mismos soldados libertos y esclavos que tanto contribuyeron, aunque por fuerza, al triunfo de los realistas, se han vuelto al partido de los independientes, que no habían ofrecido libertad absoluta, como lo hicieron las guerrillas*

¹ Ernst Samhaber, *Sudamérica, biografía de un continente*, p. 420, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1961.

² *Ibid.*

españolas. Los actuales defensores de la independencia son los mismos partidarios de Boves, unidos ya con los blancos criollos".¹ Entre 1817 y 1824 se abre el período de los grandes triunfos militares y políticos de Bolívar.

Por primera vez en la guerra de la Independencia se sella una alianza entre terratenientes criollos y pueblo de color en armas que infunde un sentido a esa lucha contra España. Ese frente de clases se desmoronará tan pronto América Hispánica sea libre de España y los propios jefes llaneros de color —Páez, Padilla y otros— se conviertan luego en terratenientes. Quedará así frustrada la revolución en el orden económico, así como el plan de unidad hispano-criolla de Bolívar conocerá un irremediable fracaso.

15. De la Patria Boba a la Gran Colombia.

Al día siguiente de la formación de las Juntas en América Hispánica se manifiestan las tendencias centrífugas en todo el continente. Las aristocracias criollas asumen el control en todas las regiones. La fragmentación política hace su aparición bajo el manto del "federalismo" o de las satrapías locales. Durante cinco años, el antiguo Reino de Nueva Granada (actual Colombia), vive una era que la historia conoce con el nombre de la "Patria Boba". Cada provincia proclama sus autoridades, cada aldea tiene su Junta independiente y soberana, la palabra federalismo se convierte en una soberbia doctrina de la impotencia. Las derrotas iniciales de Bolívar, el conservatismo oligárquico del Perú virreynal y la política centralista de Buenos Aires en el Sur que engendra la segregación y el separatismo de las provincias del Río de la Plata, ofrecen un mismo espectáculo de división y caos. La segunda etapa de la guerra de independencia conduce a Bolívar de victoria en victoria. Desde el comienzo el Libertador expresa en sus proclamas y en su correspondencia una idea central: la unidad latinoamericana. Su edecán, el general O'Leary, recordará luego la frase que repite mil veces: "*Unión, unión, o la anarquía*

¹ Bosch, *ob. cit.*, p. 104.

os devorará". A medida que sus fulgurantes triunfos militares se sucedían, Bolívar comienza a llevar a la práctica sus grandiosos proyectos unificadores. Era una doctrina común en América Hispánica, desde los precursores. A fines del siglo XVIII el jesuíta D. Juan Pablo Viscardo y Guzmán, natural de Arequipa, y que como muchos otros miembros de la Orden de Loyola expulsados por los Borbones, adoptaron el partido americano contra la Metrópoli, escribía una carta célebre "a los españoles americanos", en la que decía: "*El Nuevo Mundo es nuestra patria, su historia es la nuestra*".¹ La Junta de Chile se dirigía en 1810 al gobierno de Buenos Aires planteando la necesidad de establecer un Plan o Congreso para "*la defensa general*".²

En Caracas, en abril de 1810, la Primera Junta, bajo la máscara de Fernando, reclamaba la "*obra magna de la confederación de todos los pueblos españoles de América*".³ El chileno Juan Egaña componía en la primera década revolucionaria un Plan cuyo capítulo 1º establecía la formación de "*el Gran Estado de la América Meridional de los Reinos de Buenos Aires, Chile y Perú y su nombre será el de Dieta Soberana de Sud América*".⁴ Desde el Perú, Monteagudo escribirá su "*Ensayo sobre la necesidad de una Federación general entre los Estados Hispanoamericanos y plan de su organización*".⁵

En el Alto Perú, Castelli, uno de los raros revolucionarios porteños, lanza un manifiesto: "*Toda América del Sur no formará en adelante sino una numerosa familia que por medio de la fraternidad pueda igualar a las respetadas Naciones del mundo antiguo*".⁶

La primera Junta, encabezada en 1811 por Fulgencio Yegros proponía la Confederación del Paraguay con las

¹ Pereira, *ob. cit.*, p. 345.

² Juan Egaña, *Escritos inéditos y dispersos*, p. 52; Imprenta Universitaria, Sgo. de Chile, 1949.

³ Pereira, *ob. cit.*, p. 388.

⁴ Egaña, *ob. cit.*

⁵ Bernardo Monteagudo, *Obras políticas*, p. 76, Librería La Facultad, 1916, Buenos Aires.

⁶ Julio César Chaves, *Castelli*, p. 253, Ed. Leviatán, Buenos Aires, 1957.

demás provincias de América de un mismo origen “y principalmente con las que comprendían la demarcación del antiguo Virreynato”.¹

Todos los jefes revolucionarios, de un extremo a otro de la Nación latinoamericana, proclamarán su condición de “americanos”, sean caraqueños, neogranadinos, argentinos, altoperuanos, orientales o chilenos. Para todos, la ciudad o región natal será, por todo un período, “la patria chica”. De todos ellos, es Bolívar quién expresa más categóricamente la conciencia nacional común. En una arenga a la División de Urdaneta, Bolívar dice en 1814: “Para nosotros la patria es América”.² Bolívar tenía la convicción de que la independencia había sido prematura, precipitada por la invasión napoleónica. Era obvio que la Independencia de las colonias americanas, con su debilidad económica y social podía y debía ser presa de la disolución interior y la dependencia económica de algún gran poder mundial, en este caso, Gran Bretaña.

16. Ideología y realidad social.

Un desenvolvimiento del Imperio español-americano, mediante el progreso del capitalismo en la metrópoli, podría haber proporcionado a las colonias un nacimiento histórico más sano. “América no estaba preparada para desprenderse de la metrópoli, como súbitamente sucedió, por el efecto de las ilegítimas cesiones de Bayona”, escribe en su famosa carta de Jamaica en 1815. Cuando las águilas francesas “sólo respetaron los muros de la ciudad de Cádiz” y desaparecieron los gobiernos de la Península, “quedamos en la orfandad”.³ Pero era imposible históricamente volver atrás. “Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo”. Desconfía de los gobiernos representativos, aunque rechaza la monarquía, pues advierte que las formas democráticas tomadas en

¹ Efraim Cardozo, *El Imperio del Brasil y el Río de la Plata*, p. 43, Ed. Librería del Plata, Buenos Aires, 1961.

² Bolívar, *Documentos*, p. 29, Ed. Casa de las Américas, la Habana.

³ *Ibid.*

préstamo de Europa carecían del fundamento social que había en Europa y que no existía en América, esto es, del desenvolvimiento de las fuerzas productivas y de la "*democracia económica*" de la América del Norte. En tales condiciones, para Bolívar se imponía formar gobiernos centralizados, que acelerarían el progreso económico y social de los nuevos Estados. "*Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería Méjico, que es única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli*".¹ Se advierte aquí el ideologismo fatal de Bolívar, la irremediable limitación que sus propias fuerzas de sustentación le imponían y que, salvo en el caso de Artigas, reduce la visión realista de casi todos los jefes americanos de la época. La disputa en torno de los regímenes políticos sustituía a la disputa en torno a la estructura económica y social, que empíricamente sin embargo San Martín y Bolívar se vieron forzados a considerar en sus guerras revolucionarias. Monarquía y república en la América Hispánica de la época eran perfectamente compatibles con el latifundismo agrario, el sistema servil del indio, la esclavitud o la dependencia del capital extranjero. Justifica a Bolívar, sin embargo, el objetivo supremo que se asignó y que estaba determinado por el conjunto de las circunstancias mundiales: en primer lugar la independencia, luego todo lo demás. ¿Podía crearse una nación latinoamericana sin la interrelación económica de un mercado nacional común? ¿Podía la espada sustituirse a una economía nacional que la respaldase? Bolívar se proponía fundar una Nación americana llamada *Colombia*, palabra creada por él en homenaje al descubridor de América y cuya capital sería una ciudad a fundarse llamada Las Casas, como tributo al defensor de los indios.

¹ *Ibid.*

17. La carta de Jamaica.

Por lo demás, en su carta de Jamaica "contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla", es preciso observar que el "caballero de esta isla" era un caballero inglés, y que bajo la retórica ampulosa del Libertador y sus visiones literarias se escondía un político práctico descarnado, con un sentido crítico muy alerta. Bolívar supo siempre como tratar a los extranjeros, en particular a los británicos, en quienes veía aliados de importancia decisiva. En la misma carta afirma que "es una idea grandiosa pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; más no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y la guerra!"¹

Cuando escribía esas líneas, Bolívar era un "general retirado", un puro soñador solitario, recluido en una isla inglesa, que mataba sus ocios con una hermosa mulata y que parecía repetir sombríamente el mismo ciclo que su amado y detestado Miranda: escribir memoriales a los ingleses soñando con un utópico retorno a tierra firme. Era en 1815 y estaba derrotado, negado por sus amigos, sin dinero, sin soldados y sin futuro.² Cuatro años más tarde

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 61.

² "Ya no tengo un duro, escribe Bolívar a un amigo, ya he vendido la poca plata [objetos de ese metal] que traje. No me lisonjea otra esperanza que la que me inspira el favor de Vd. Sin él, la desesperación me forzará a terminar mis días de un modo violento, a fin de evitar la cruel humillación de implorar de hombres más insensibles que su oro mismo. Si Vd. no me concede la protección que necesito para conservar mi triste vida estoy resuelto a no solicitar la beneficencia de nadie, pues es preferible la muerte a una existencia tan poco honrosa": Lievano Aguirre, *ob. cit.*, p. 245, Tomo IV.

es un triunfador, Libertador y Fundador de Colombia. Pero sus ideas no han cambiado. Al preparar el Congreso de Panamá, envía a Chile a su embajador Mosquera y dice en una carta al Director Supremo de Chile que las provincias americanas *"han recobrado su libertad, dándose una existencia nacional. Pero el gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto la tabla de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas; mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de repúblicas"*.¹

La irresistible tendencia posterior a la independencia a fragmentar en "republicuetas", como Bolívar las llamaba irónicamente, los grandes Estados, le arranca esta observación sobre la *"manía de federación provincial"*: *"Se quiere imitar a los Estados Unidos sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas... Nosotros no podemos vivir sino de la unión"*.² A Santander, su Vicepresidente en Colombia, le repetía su frase a Páez: *"Yo le he dicho a usted que el único pensamiento que tengo es la gran federación de Perú, Bolivia y Colombia"*.³

18. La fundación de Colombia.

La actual República de Colombia se denominaba durante el período colonial Virreynato de Nueva Granada. Su jurisdicción incluía la Audiencia de Santa Fe de Bogotá, las provincias de Panamá y San Francisco de Quito y la Comandancia de Caracas. En 1773, durante los Borbones, se otorgó autonomía a la Capitanía General de Venezuela, así como a la de Guatemala. Esta última, aunque dependía del Virreynato de Nueva España (México), tenía en la práctica vida propia. Al día siguiente de la batalla de Boyacá en el Congreso de Angostura de 1819, Bolívar propone reunir las provincias liberadas de Nueva Granada

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 106.

² *Ibid.*, p. 315.

³ *Ibid.*, p. 325.

a las provincias de Venezuela: "*La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur*". El antiguo diputado a las cortes napoleónicas de Bayona, Francisco Antonio de Zea, precursor de la Independencia, le respondió extasiado en nombre del Congreso: "*Si Quito, Santa Fe y Venezuela se reúnen en una sola república, ¿quién podrá calcular el poder y prosperidad correspondiente a tan inmensa masa*"?¹

De este modo, Bolívar rebautiza al antiguo Reino y Capitanía con el nombre de Colombia.² Se trataba de rendir justicia histórica a dos hombres. Bolívar decía a sus amigos íntimos, refiere O'Leary: "*El plan en sí mismo es grande y magnífico; pero además de su utilidad deseo verlo realizado, porque nos da la oportunidad de remediar en parte la injusticia que se ha hecho a un grande hombre, a quien de este modo erigiremos un monumento que justifique nuestra gratitud; llamando a nuestra República Colombia y denominando su capital Las Casas, probaremos al mundo que no sólo tenemos derecho a ser libres, sino a ser considerados bastantemente justos para saber honrar a los amigos y bienhechores de la humanidad; Colón y Las Casas pertenecen a la América*".³ La ciudad de Las Casas no se fundó nunca; en cambio, la ciudad Bolívar y la República de Bolivia fueron el eco sarcástico del fracaso de Bolívar.

¹ *Bolívar y la emancipación de Sur-América*, Memorias del general O'Leary, traducidas del inglés por su hijo Simón O'Leary (1819-1826), p. 22, Tomo II y último, Madrid, Sociedad española de Librería.

² Anteriormente esa región se había denominado Nuevo Reino de Granada, Presidencia de Santa Fe, Virreynato de Santa Fe, Provincias Unidas de Nueva Granada y Virreynato de Nueva Granada (1816-1819). Aunque después de la muerte de Bolívar volverá a cambiar de nombre, en definitiva conservará el bautismo del Libertador.

³ O'Leary, *ob. cit.*, p. 22,

19. El lugarteniente de la patria chica.

La nueva y gigantesca república (unos 2.600.000 kilómetros cuadrados), incluía las actuales repúblicas de Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador. Se dividía en tres departamentos, Venezuela, Quito y Cundimarca, con tres vicepresidentes y un presidente general, que era el mismo Libertador. El vicepresidente por Cundimarca (actual Colombia) era el General Santander, un bachiller en leyes, que encarnará al poco tiempo las aspiraciones puramente regionalistas del partido liberal, aquellos heroicos exportadores de cacao, café, añil, tabaco, algodón, quina y oro interesados en la supresión de los derechos de exportación y de las tasas de importación. Exportadores y burguesía comercial, fueran bogotanos, caraqueños o guayaquileños, tales eran los factores del separatismo regionalista que harán estallar en mil pedazos la Gran Colombia. Santander veía con sospecha y sorda irritación los grandiosos proyectos del Libertador. El soldado poeta deliraba con su *Antifictionía* americana; la ralea santanderina ajustaría las cuentas en el momento oportuno. Como todos los abogados lanzados al ciclón de la guerra civil, Santander adoraba los galones, que sólo ganó en sus batallas de bufete, gracias a la protección del Libertador. "*Santander nunca sintió con exaltación el patriotismo colombiano*", dice Blanco Fombona. "*Quería a Cundinamarca, su patria chica, como Páez quería al Apure, como Mariño quería al Oriente. Estos mediocres localistas fueron, andando el tiempo, los nacionalicidas de la gran patria que nos legó Bolívar. Ellos querían patrias del tamaño de su ambición: patrias microscópicas*".¹

Fue Santander quien aprobó y firmó el Tratado de comercio con Gran Bretaña, por el cual los ingleses reconocían a Colombia y se cobraban largamente el reconocimiento diplomático, como de costumbre. Los efectos del tratado y del empréstito británico del 30 de junio de 1824 pasaron desapercibidos en medio de la intranquilidad ge-

¹ O'Leary, *ob. cit.*, p. 683.

neral reinantes en América por las maquinaciones de Francia y otras potencias aliadas de España que acababan de enviar a la península los 100.000 hijos de San Luis, al mando del Duque de Angulema, para sentar en el trono, depurado de liberales, al fétido Fernando VII.

20. Los ingleses y la emancipación.

En tales circunstancias, toda la estrategia de Bolívar consistía en alentar a los ingleses, adversarios de la Santa Alianza europea, a estrechar lazos con la América revolucionaria, tentando la codicia de Albión con los apetitosos mercados sudamericanos. Lo que en Bolívar era puro cálculo político-militar, para Santander, ese Mitre bogotano, era su verdadero programa. Al escribirle a Santander sobre el Tratado, dice Bolívar: *"No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que, según usted dice, es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas"*.¹ Una semana más tarde, el 27 de octubre de 1825, Bolívar ya lo había leído: *"El tratado de amistad y comercio entre la Inglaterra y Colombia tiene la igualdad de un peso que tuviera una parte oro y de la otra plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil. Este es el caso; y caso que no podemos evitar"*.² Baste decir que la amenaza de una intervención europea en América no había desaparecido por completo y que Gran Bretaña era una pieza clave en la estrategia bolivariana. Fernando VII, preparaba una conferencia en París con la participación de Francia, Austria, Rusia y Prusia, las principales potencias legitimistas de Europa, para estrangular a la América en lucha. Sólo Gran Bretaña rehusó concurrir a dicha conferencia, guiada por el interés de su comercio. Canning debió vencer la repug-

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 226.

² *Ibid.*, p. 239.

nancia de Jorge IV por los rebeldes coloniales, imponerse al monarca y agitar ante sus ojos avariciosos el vellocino de oro de los nuevos mercados.¹ Los documentos del Foreign Office muestran un siglo y medio más tarde que los cálculos de Bolívar no eran infundados. El peligro de una intervención europea después de la batalla de Ayacucho no era una mera hipótesis. Frenar las exigencias comerciales de Inglaterra en tales circunstancias, habría resultado fatal para la independencia política de las colonias sudamericanas. Por esa razón, Bolívar aceptó los tratados sin observarlos.

21. Un coronel británico en Bogotá.

Los agentes diplomáticos de Gran Bretaña en Colombia, por añadidura, eran dignos del Imperio. El coronel Hamilton paseaba sus miradas por las calles de Bogotá, esa aldea española de 14.000 habitantes, nutrida de iglesias y salones, cuya "*vida se desliza entre los placeres y las prácticas religiosas*."² Había una sola librería; las artes manuales se reducían a las zapaterías y sastrerías. El único herrero de Bogotá era un inglés. Las industrias tradicionales del Oriente colombiano agonizaban con las mercaderías importadas por el interesado amigo que le había salido a la América en armas. En las ferias se encontraban zarzas de India e Inglaterra, sedas de Asia, Italia y Francia, paños delicados de Yorkshire, Rouen, Filadelfia y Baltimore. El agente británico se paseaba por las callejuelas bogotanas: asistía a los toros, esa sangrienta herencia española, a los reñideros de gallos y carreras de caballos, la quema del diablo y los cohetes de los días festivos, pues eran muchas las fiestas de guardar. Las se-

¹ Cfr. C. K. Webster, *Gran Bretaña y la Independencia de América Latina*, Documentos escogidos de los Archivos del Foreign Office (1812-1830), Tomo II, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1944.

² Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador*, p. 222, 2ª edición, Almendros y Nieto, Editores, Buenos Aires, 1945.

ñoras con sus mantillas y sombreros de fieltro se distinguían de las sensuales negras y coquetas mulatas por sus zapatos de seda y raso, pues aquéllas caminaban descalzas. El coronel Hamilton lo veía todo y lo contaba todo. *“Los criollos, en general, son mezquinos y extremadamente aficionados al dinero. Tanto los hombres como las mujeres gastan mucho en el vestir”*, escribía a su jefe Joseph Planta.¹ Se quejaba del Ministro de Hacienda colombiano Castillo por *“sus métodos comerciales ociosos y dilatorios”* lo que induce a pensar en el patriotismo de Castillo, ya que de acuerdo a nuestra tradición, todo ministro dilatorio ante un inglés merece esa calificación provisional. En ese momento se firmaba el Tratado, condición previa para el reconocimiento diplomático de Gran Bretaña. El coronel Hamilton, a pesar de sus críticas a los criollos, no parecía lerdito en cosas de dinero: *“¿Puedo hacer algo por usted en lo que respecta a la compra de perlas o esmeraldas? Estas últimas, provenientes de la mina de Meussa, son en ocasiones notablemente hermosas”*. El virtuoso coronel sabía apreciar asimismo las ventajas terrenas de la religión: *“Hace mucha falta un clérigo aquí”*, urgía. *“Me complace saber que pronto llegarán aquí muchísimas Biblias traducidas al español; tengo el convencimiento de que la moral de las clases media y baja del pueblo mejorará notablemente con la lectura de la Biblia”*.² La sed metafísica del coronel no se saciaba sólo con esmeraldas y Biblias. Había costado bastante persuadir al ministro Gual para que firmara el tratado anglo-colombiano. Acorralado por las difíciles circunstancias internacionales, el gobierno bolivariano había en definitiva aceptado sus términos. El general O’Leary sostiene en sus *“Memorias”* que Santander y los negociadores metieron la mano en la bolsa hasta el codo; los rumores de corrupción corrían por toda Colombia.³ Los términos del convenio sometían a Colombia

¹ Webster, *ob. cit.*, p. 533, T. I.

² *Ibíd.*, p. 536.

³ O’Leary, *ob. cit.*, p. 676.

al monopolio marítimo británico y a su industria, a una extinción radical. El coronel Hamilton escribía al Foreign Office el 19 de abril de 1825: "*Tengo la seguridad de que será muy beneficioso para este Estado al suministrar al pueblo artículos de consumo a un precio más bajo en virtud de la escala de derechos inferior, y fomentará necesariamente un espíritu de consumo y producción. Esta sabia medida de Mr. Canning implicará una economía considerable para el comercio británico, y mantendrá el espíritu de los comerciantes de las Antillas, especialmente los de Jamaica, que está decayendo.*"¹ Es instructivo conocer el pensamiento de Bolívar sobre los políticos del Imperio más en detalle para comprender en su complejidad a este hombre notable.

22. Terratenientes y burgueses en el gabinete de Londres.

La crisis española brindó al gobierno británico la posibilidad de acercarse a su objeto central: la conquista de los mercados latinoamericanos. Pero a la política cautelosa de Castlereagh, que se había suicidado en 1822 degollándose con su navaja de afeitar (la liviandad de su mujer era notoria), había sucedido la acción audaz de George Canning, que era demasiado plebeyo para adquirir una neurosis.² Sospechoso por su talento y elocuencia, reunía contra él la opinión adversa del rey y de la mayoría del gabinete aristocrático. Canning era diputado por Liverpool. Sus electores, los fabricantes y exportado-

¹ Webster, *ob. cit.*, p. 540, I.

² El puritanismo británico soportó estoicamente este nuevo escándalo, propio de la libertad de costumbres de la nobleza. Pues los ingleses moralizaban para la exportación; la enviaban a los mercados junto a su quincallería. Byron, ante el suicidio de Castlereagh, esculpió estos versos poco románticos:

*La posteridad no verá nunca
una tumba que más noble sea;
aquí yacen los huesos de Castlereagh
detente, viajero, y...*

Cit. por Kauffmann, p. 139.

res de la gran industria inglesa, esperaban de él una política realista hacia las antiguas colonias españolas. Los aristócratas del gabinete eran veteranos de las guerras napoleónicas, viejos cortesanos penetrados de un odio profundo hacia todas las revoluciones. Aunque tampoco Canning simpatizaba con la subversión, su ojo estaba abierto sobre el nuevo mundo de los negocios: cuando las tropas del Duque de Angulema invadieron España para reponer en el trono a Fernando VII, Canning escribía a su enviado en Francia con ironía: "*Vuestra sea la gloria del triunfo, seguida por el desastre y la ruina; nuestro sea el tráfico sin gloria de la industria y de la prosperidad siempre creciente*". Como observa Kauffman, este hombre podía legítimamente recoger la sentencia de Burke: "*La edad de la caballería ha pasado; y le ha sucedido una edad de economistas y calculadores*".¹ De modo que este burgués demasiado brillante para los duques, pero que les era insustituible, se dirigió rectamente hacia el reconocimiento de los Estados latinoamericanos y barrió a su paso, con los métodos más variados, todos los obstáculos. Como un verdadero político, sólo él eligió el momento. Rechazaba así las presiones de la industria de Liverpool tanto como la intrusión de la Banca Baring, que urgían por el reconocimiento: "*No creo que la opinión de los señores Baring, o de cualesquiera otros comerciantes, tenga que guiar nuestra política*"; dice rudamente al Duque de Wellington.² Cuando lo juzgó oportuno, de acuerdo a la relación de fuerzas en la Europa legitimista, lanzó el reconocimiento casi simultáneo de México, Colombia y Buenos Aires. Mucho tiempo antes había redactado en el Foreign Office una lista con los cónsules británicos para América Latina. Disponía, por lo demás, de agentes no oficiales que le tenían continuamente informado de los asuntos de las antiguas Indias. La decisión de Canning levantó una verdadera tempestad en el Gabinete y la Corona misma. El Rey se opo-

¹ *Ibid.*, p. 153.

² Kauffmann, *ob. cit.*, p. 181.

nía de modo inflexible. Canning y Lord Liverpool, el primer ministro, amenazaron con dimitir; así doblegaron al Rey y al gabinete. Como venganza, Jorge IV, que debía leer el discurso anunciando la medida el 7 de febrero de 1825, se negó a hacerlo, pretextando los sufrimientos que le ocasionaba su célebre gota. Acorralado, llegó hasta decir que había extraviado sus dientes postizos. Todo parecía postizo en este individuo. Como en cada acto histórico se introduce la ironía, le correspondió a Lord Eldon, encarnizado enemigo del reconocimiento, formular en lugar del Rey el anuncio que incorporaba a varios Estados rebeldes al rango de "naciones civilizadas".¹ Dos hombres veían todo este confuso proceso desde lo alto, uno en Europa y el otro, a caballo, desde el Nuevo Mundo: Bolívar y Canning. No eran, ni podían ser, exactamente amigos. Eran más bien adversarios que coincidían en un solo punto, que era en esa época, como lo es todo en la política concreta, el punto decisivo: la independencia política de América Hispánica.

¹ Canning reprochó agriamente al Duque de Wellington las intrigas que se tejían en los aposentos del Rey y le declaró de modo tajante "que de no aceptarse inmediatamente sus miras en cuanto a la América del Sur, se retiraba desde luego del gabinete". El burgués de Liverpool hacía pesar así su amenaza ante los legitimistas abstractos del gabinete. El Rey "prorrumpió en un violento enojo; pero acabó por someterse y por consentir que la medida se consignase en un párrafo del mensaje. Sin embargo, cuando vio lo que tenía que leer en el Parlamento se echó atrás... Entretanto la cosa no tenía remedio: ¡había que leer el párrafo terrible! Afortunadamente para Jorge IV, «tuvo que sacarse una muela», dice un grave historiador. El Canciller Lord Eldon tuvo que suplirlo; de tan mala gana también que al terminar dijo en voz perceptible: «Lo he leído mal porque me indigna»".

Al defender su política ante la Cámara de los Comunes, Canning expresó con toda claridad la situación con estas palabras: "La Gran Bretaña no reconoce el derecho de los sudamericanos a ser independientes, sino el hecho de que lo son en este momento; y que este hecho está fuera de la jurisdicción y de la buena o mala voluntad de las potencias extranjeras". V. Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, ps. 154 y ss., Tomo IX, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1913.

23. La política bolivariana ante Inglaterra.

Por lo demás, el testimonio inequívoco de la resolución británica de terminar con el poder español en América no debía leerse tan sólo en la indescifrable trama de los papeles diplomáticos. Para Bolívar contaba otro hecho, previo al reconocimiento diplomático formal. Cuando el Libertador lanza su guerra revolucionaria en 1816 y comienza su gran marcha triunfal hacia Ayacucho, que durará ocho años, a los ingleses les resulta evidente que sólo él era capaz de llevar la empresa a su término. Comienza a desplazarse desde Londres una marea de aventureros y soldados disponibles que la conclusión de las guerras napoleónicas había dejado fuera de servicio. El comercio del Imperio tenía sus ojos puestos en esa remota y fascinante Sudamérica. Se abren en Londres "oficinas privadas" de enrolamiento y solícitos empresarios vuelcan generosamente sus recursos en la adquisición de armas. Los ingleses trasladan el armamento hasta la isla de Trinidad, bajo su control. Desde allí se abastecía el ejército del Orinoco. Un ex compañero de armas de Wellington, el general English, comanda la Legión Británica de 1.200 hombres; Uslar, la Legión Alemana. Una caballería, al mando de los ingleses Heppisley y Wilson, lucha en las guerras bolivarianas. A su lado marchaba una Legión Irlandesa. En total, los soldados europeos llegan a unos 6.000 hombres.¹ A la puerta de la tienda del Libertador servían de centinelas dos soldados británicos.² Tales fueron las claras razones para que Bolívar aceptara los tratados de comercio leoninos que le imponían los mercaderes de Gran Bretaña.³

¹ Samhaber, *ob. cit.*, p. 425.

² Blanco Fombona, en *Discursos y Proclamas de Bolívar*, p. XXXVII, Ed. Garnier, París, 1930.

³ Los ingleses enviaron a Bolívar 12 navíos abarrotados de abastecimientos. También es cierto que los voluntarios británicos, empezando por sus jefes, comenzaron a cobrarse inmediatamente su desinteresada colaboración. Saquearon el oro escondido en la Catedral de Barcelona los generales Blosset y English. Es preciso reconocer que el General Úrdaneta llenó asimismo sus alforjas. V. Salvador de Madariaga, *Bolívar*, p. 48, Tomo II.

En un artículo escrito en la "Gaceta" de Caracas en 1814, Bolívar explicaba la situación internacional: "*Los derechos de los Borbones, de que tanto han hablado los ingleses, de algún tiempo a esta parte, no han sido más que el objeto ostensible de su política. El fin es asegurar su preponderancia marítima, destruyendo el poder colosal que tarde o temprano podía arruinarlo... Si convenimos que... los intereses de la Gran Bretaña son enteramente opuestos a los de las Potencias Continentales, ¿cómo incurrir en la demencia de creer que siendo hoy Inglaterra la única nación marítima del Universo, vaya a prestarse a que la España vuelva a afianzar aquí su dominación?... Es por esta razón que la emancipación de América ha estado siempre en los cálculos del Gabinete Inglés*".¹ En esta penetración política residía la amplitud estratégica del pensamiento bolivariano. Naturalmente, el intercambio de una independencia política formal por la dependencia económica del nuevo Imperio implicaba graves peligros. Pero eran los peligros del día siguiente, que Bolívar no estaba en condiciones prácticas de considerar: "*Nosotros por mucho tiempo no podemos ser otra cosa que un pueblo agricultor, y un pueblo agricultor capaz de suministrar las materias más preciosas a los mercados de Europa, es el más calculado para fomentar conexiones amigables con el negociante y el manufacturero*".²

No juzguemos las ideas del pasado con el metro del presente. Es el jefe militar y político quien habla. Lo hace en 1814, cuando el teórico del proteccionismo industrial europeo, Federico List aún no ha iniciado su prédica, Alemania está dividida en una treintena de principados y reina sobre Europa el liberalismo económico de Adam Smith. El propósito de Bolívar era alentar por todos los medios a su alcance la codicia inglesa y contar con ella para un respaldo político capaz de cubrir sus operaciones militares. A otro inglés de Jamaica le hacía brillar el oro

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 25.

² *Ibid.*, p. 27.

ante los ojos en 1815, cuando residía como emigrado en la isla: *"La pérdida incalculable que va a hacer la Gran Bretaña consiste en todo el continente meridional de la América, que, protegido por sus armas y comercio, extraería de su seno, en el corto espacio de sólo diez años, más metales preciosos que los que circulan en el universo. Los montes de la Nueva Granada son de oro y plata; un corto número de mineralogistas explotarían más minas que las del Perú y Nueva España; ¡qué inmensas esperanzas presenta esta pequeña parte del Nuevo Mundo a la industria británica!... Ventajas tan excesivas pueden ser obtenidas por los más débiles medios: veinte o treinta mil fusiles; un millón de libras esterlinas; quince o veinte buques de guerra; municiones, algunos agentes y los voluntarios militares que quieran seguir las banderas americanas; he aquí cuanto se necesita para dar la libertad a la mitad del mundo y poner al universo en equilibrio".*¹

24. Europa y América.

Todo parecía poco al exilado para despertar el interés británico en ese reluciente Potosí que describía en sus cartas. Pero una cosa era el gran tentador como vencido y ciudadano privado, sin soldados ni poder, y muy otro el lenguaje que adopta el Libertador muy poco después, cuando está al frente de los ejércitos colombianos y ha fundado repúblicas de la nada. Gran Bretaña *"tiene razones más eficaces: ella teme la revolución de Europa y desea la revolución de América; una le da cuidados infinitos, y la otra le proporciona recursos inagotables"*.² Cuando preparaba el Congreso de Panamá, del que esperaba ver surgir una liga defensiva de Repúblicas latinoamericanas, alertaba al argentino Bernardo Monteagudo sobre un plan de Buenos Aires, preparado en Lisboa, para reunir en Washington otro extraño congreso hispanoamericano donde intervenían desde Estados Unidos hasta Grecia. Bolívar veía

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 34.

² *Ibid.*, p. 90.

en ese proyecto porteño una maniobra inglesa que nos costaría "algunas mortificaciones nacionales. Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga, decía, seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos... Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglaterra, la cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades; convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas, y ahí entrará el León a comerse a los convivios".¹

Bolívar no sólo había vivido en Europa y presenciado la política inglesa en relación con España y con Bonaparte. Las intrigas británicas y norteamericanas dirigidas a ejercer su influencia en los nuevos Estados le resultaban muy claras. En una carta a Santander define a los anglo-sajones: "Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales, y muy egoistas... los españoles, para nosotros, ya no son peligrosos, en tanto que los ingleses lo son mucho, porque son omnipotentes; y, por lo mismo, terribles".² Su opinión con respecto a los Estados Unidos no era mucho mejor y su correspondencia es muy franca en la materia. Critica a su Vicepresidente Santander uno de los mensajes al Congreso Colombiano: "No me gustan porque se parecen a los del presidente de los regatones americanos. Aborrezco a esa canalla de tal modo, que no quisiera que se dijera que un colombiano hacía nada como ellos".³ En otra carta a Santander, que procuraba siempre adular a los poderosos, Bolívar reitera su juicio sobre Inglaterra y el Imperio del Brasil: "Cada día que pasa [el gobierno inglés] lo considero más en estado de decidirse a todo. El no estaba preparado para nada, en tanto que cada

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 133.

² *Ibíd.*, p. 227.

³ *Ibíd.*, p. 228.

día se prepara más y más a tomar su posición natural en el mundo: dominarlo. Ya he dicho a usted que el Brasil va a ser protegido de la Inglaterra, para poner en dependencia al Portugal... El Brasil nos ha insultado, y no ha querido todavía darnos reparación alguna; por tanto he creído político quejarme amargamente de su conducta, porque si nosotros nos dejamos insultar hasta de los más débiles, no seremos respetados de nadie, y no merecemos ser naciones"¹ Estas palabras del Libertador conservan todavía todo su valor. El peligro de que Gran Bretaña pudiese alcanzar una excesiva influencia en el Congreso de Panamá lo estimaba Bolívar del siguiente modo: "La alianza de Gran Bretaña nos dará una grande importancia y respetabilidad. A su sombra creceremos y nos presentaremos después entre las naciones civilizadas y fuertes... nacer y robustecerse es lo primero; lo demás viene después. En la infancia necesitamos apoyo, que en la virilidad sabremos defendernos. Ahora nos es muy útil, y en lo futuro ya seremos otra cosa"²

El juicio preciso sobre el aliado inmediato y el enemigo remoto definían al Jefe de Estado y al revolucionario.

¹ *Ibíd.*, p. 230.

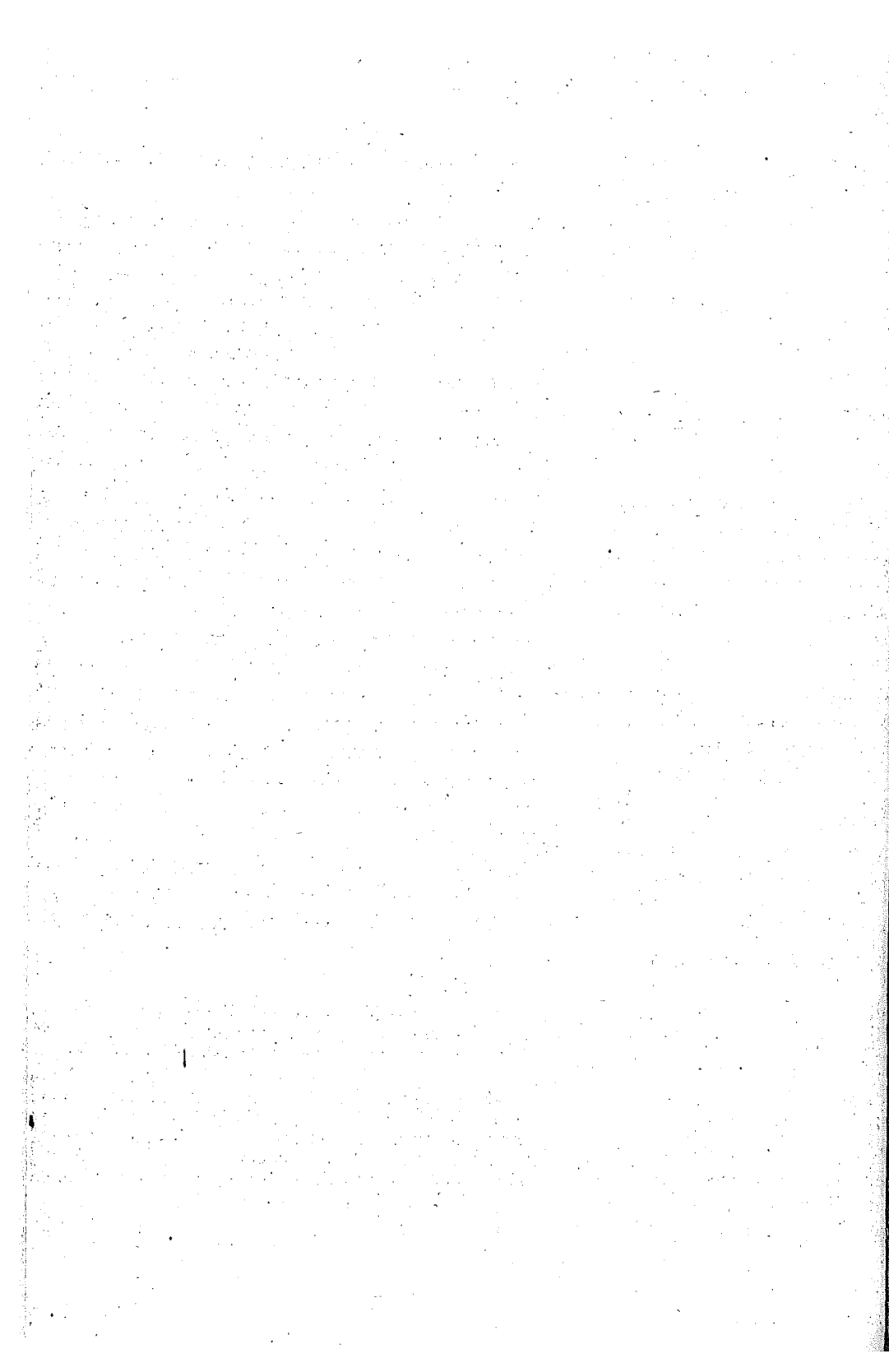
² Bolívar, *Documentos*, p. 246. Una relación de este tipo con Inglaterra "sería una ventaja inmensa, pues tendríamos un garante contra la España, contra la Santa Alianza y contra la anarquía. Las ventajas comerciales para los ingleses valdrían mucho menos que los provechos reales y positivos que nos procurasen con sus relaciones", p. 287.

CAPITULO VI

AYACUCHO, A PASO DE VENCEDORES

"Temo más a la paz que a la guerra".

Bolívar.



El primer lustro de la revolución hispanoamericana en el norte de la América del Sur había sido consumido por las tentativas de las clases "mantuanas" de librar una guerra de independencia sin el pueblo. Ni la "guerra a muerte" decretada por Bolívar había logrado otros efectos que multiplicar el horror de la lucha. Pero la derrota de Napoleón y el retorno de Fernando VII reagrupa a las clases sociales en España tanto como en América. Los ejércitos godos suplantán en Venezuela a los llaneros y negros armados, que se desplazan hacia las fuerzas libertadoras y le infunden así su contenido popular y social. La guerra se hace nacional; el empuje genial de Bolívar resulta irresistible. La derrota del liberalismo español infunde nuevo aliento al liberalismo revolucionario de América. El siniestro absolutismo de Fernando VII obliga tanto a los mantuanos como a los negros y llaneros a unirse contra él.

1. El teatro geográfico de la guerra.

Bolívar ha comprendido que es imposible obtener la independencia de España sin libertar a los esclavos y poner al frente de los ejércitos a mestizos como Páez, Padilla o Piar. De este modo, la transformación social de la guerra crea la base política de los triunfos militares del Libertador. En 1815 es un emigrado, condenado por sus propios conmlitones y medita el regreso en Haití. Al año siguiente, con la ayuda del presidente mulato Petión, desembarca en las costas venezolanas con 250 hombres. Desconocida

su autoridad por sus antiguos oficiales, vuelve a Haití. La guerra contra los españoles sigue un curso incierto. El absolutismo es dueño de Venezuela, "Nueva Granada, Quito, el Perú, el Alto Perú y Chile.

En esos momentos, San Martín, en el extremo sur, forma su Ejército de los Andes en Mendoza, Artigas lucha contra la invasión portuguesa en la Banda Oriental, la Santa Alianza acaba de vencer a Bonaparte, y Fernando VII se instala en el trono español. Pero Bolívar comienza a recibir la ayuda de los voluntarios ingleses y alemanes, soldados desmovilizados después de Waterloo, que buscan fortuna y gloria en las exóticas tierras de América. Los jefes militares de la independencia, Mariño y Piar, convocan un Congreso en Venezuela ignorando a Bolívar. La lucha contra los españoles se desenvuelve en tierras venezolanas sin una conducción central, en los más diversos escenarios y amenazada por irritantes rivalidades. La voluntad inquebrantable de Bolívar y su flexibilidad política se imponen finalmente sobre todos. En 1818 se siente lo bastante fuerte para convocar un Congreso en Angostura, sanciona una Constitución, triunfa en Boyacá, liberta Venezuela y Nueva Granada y entra triunfalmente en Bogota. Lleva para siempre el título de Libertador y fundador de Repúblicas.

Algunos folletinistas se apresuran a compararlo con Napoleón; pero es de todo punto evidente que en la analogía descuella Bolívar. Bonaparte era un militar profesional que escala los mandos sobre la cresta de la gran Revolución Francesa y cuya carrera está sostenida por una transformación social que él no ha creado y de la cual se aprovecha para dar su golpe de Estado. Gana la totalidad del poder cuando ya participaba de él sin haber luchado por constituirlo. En Bolívar, por el contrario, sus triunfos forman parte de una revolución que él mismo encabeza, de un poder que contribuye como ninguno a crear; si es presidente de la Gran Colombia es porque él la ha fundado reuniendo desde la profundidad de la derrota y la impotencia los fragmentos dispersos de los viejos Virreynatos en una gran unidad política. Mientras Napoleón

se apodera del poder generado por la Revolución, Bolívar llega al gobierno al frente de la revolución misma. No es un militar de oficio, pero conduce ejércitos y libra batallas en un teatro geográfico inmensamente superior a las campañas napoleónicas y con recursos muy inferiores a los proporcionados por Francia, potencia capitalista entre las primeras y más ricas de Europa. No es la artillería el arma fundamental de las batallas bolivarianas, sino la lanza. El predominio cultural e histórico europeo ha evitado un análisis comparativo de ambos personajes; pues el europeo-centrismo del meteco sudamericano lo considera ridículo.

El centro del poder español residía en Perú y las condiciones sociales de la aristocracia criolla peruana, heredera de encomenderos y explotadores de la mita, la vinculaban estrechamente con los intereses absolutistas. De este modo, mientras la América Hispánica está conmovida hasta sus cimientos, desde México hasta Buenos Aires, el Virreynato del Perú permanece tan inmóvil como el régimen servil petrificado en la persona del Borbón.

Mientras tanto, San Martín realiza la proeza de cruzar los Andes con su Ejército y batir a los españoles en Chacabuco y Maipú. Chile queda libre de godos y la fuerza sanmartiniana se dispone a invadir Perú por mar.

2. La sociedad chilena.

En Chile, Bernardo O'Higgins, hijo natural del antiguo Virrey español en el Perú, se ha aliado a San Martín en la organización militar contra los godos. A diferencia de la sociedad venezolana, en Chile no hay negros ni "guerra de colores".¹ Es una sociedad de hacendados, agricultores y mineros, fundamentalmente conservadora. "*La lucha constante entre los mineros-industriales con las capas latifundistas significó las luchas por el dominio del poder del Estado*", escribe Segall.² Al sobrevenir la revolución, los intereses terratenientes vinculados con el sistema ex-

¹ Amunategui, *ob. cit.*, p. 170.

² Marcelo Segall, *El desarrollo del capitalismo en Chile*, p. 23, Santiago de Chile, 1953.

portador impuesto por los españoles y que subordinaba la venta del trigo chileno a los comerciantes godos del Perú, rompen esa maquinaria declarando abiertos los puertos de Valdivia, Talcahuano, Valparaíso y Coquimbo al comercio libre con las naciones extranjeras.¹ Pero los terratenientes, en general, fuera de tales exigencias, carecían de fervor revolucionario. Será un hijo de la mejor sociedad santiaguina, José Miguel Carrera, brillante oficial en la guerra nacional española, quien encabeza la revolución en Chile.² Los Carrera pertenecían a lo que Segall llama la "*fracción burguesa más progresista*" de la época, pues curiosamente, en Chile existía una burguesía minera de importancia, interesada en el comercio con el Pacífico y cuyas relaciones con el pujante capitalismo norteamericano constituyen el telón de fondo de la política chilena en la primera década revolucionaria. La lucha entre Carrera y O'Higgins, vinculado este último a la Logía Lautaro de San Martín, respaldada a su vez por los intereses británicos, se explica a la luz de las íntimas relaciones mantenidas entre José Miguel Carrera y el agente diplomático norteamericano Joel Roberts Poinsett. Este último contribuye a la redacción de la Constitución de la Patria Vieja y resulta un pilar del partido carrerista.³ O'Higgins, por su parte, que ante la amenaza española disputa el poder con Carrera, formaba parte del sistema terrateniente-liberal interesado en la relación con el Imperio Británico y en su apoyo al movimiento de la Independencia.

¹ Amunátegui, *ob. cit.*, p. 182.

² Carrera había sido Sargento Mayor en España y luchado en trece batallas contra los franceses.

³ El agente británico W. G. Worthington, para no ser menos que el agente norteamericano Poinsett, entregó a O'Higgins un proyecto de Constitución que había elaborado y de puro comedido le agregó el texto del manifiesto que había redactado para acompañar la promulgación de aquella. Este diligente Worthington le dijo a O'Higgins: "*El mundo lo conoce a Vd. como el jefe militar de Chile, pero si usted sigue mis consejos, será conocido como el padre de este país. No le hago oficialmente estas indicaciones, sino en mi papel de gran amigo de la libertad y me ofrezco para tener con usted entrevistas familiares para tratar estos asuntos*". V. Hernán Ramírez Necochea, *Historia del imperialismo en Chile*, p. 43, Ed. Austral, Santiago de Chile, 1960.

En una carta que O'Higgins dirige al Príncipe Regente de Inglaterra, le solicita su apoyo para realizar la "*felicidad del Nuevo Mundo*", y le ofrece a los ingleses la debida compensación: "*Cuando al alto influjo de V.A.R. debiese Chile la recuperación de sus derechos, cuando los buques de los súbditos de Inglaterra visiten libremente nuestros puertos, y cuando al abrigo de una Constitución liberal pueda ofrecer el oro desentrañado de las montañas de este país en cambio de la industria de sus laboriosos vasallos, entonces me lisongeo. Se abrirían canales que indemnizasen en parte las quiebras de la Europa, los conocimientos útiles se propagarían en estas deliciosas comarcas y los pueblos en Chile cederían en sus transacciones políticas y comerciales lo que debiese la gratitud a los mediadores por la independencia de la América*".¹ En efecto, Su Graciosa Majestad prestó a los patriotas chilenos 1 millón de libras esterlinas, según anotó escrupulosamente en sus papeles personales Lord Palmerston² y aunque ignoramos el mecanismo del préstamo suponemos que los ingleses no habrán sido más generosos con Chile que con Buenos Aires, donde una operación semejante y en la misma época permaneció en la historia de las finanzas argentinas como una obra maestra de la estafa.³ Los Carrera eran propietarios del yacimiento Tamaya así como de laboreos en Atacama y Coquimbo, en el Norte chico de Chile. Su caída no sólo supondrá la hegemonía terrateniente y conservadora en la política chilena del siglo XIX, sino también la pérdida de la influencia norteamericana en ese Estado en el mismo período.

Resulta sugerente anotar que Fray Antonio Orihuela, franciscano partidario de los Carrera, exigirá en el Congreso de 1811 la entrega de la tierra a los inquilinos, o campesinos pobres, con el manifiesto propósito de romper la espina dorsal del latifundismo y crear las bases de una

¹ Webster, *ob. cit.*, p. 767, T. I.

² *Ibid.*, p. 772.

³ V. Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, 4ª edición, p. 83, Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1965.

economía agraria burguesa como fundamento de la revolución.¹ Se tendrá presente que los latifundistas, peninsulares o criollos, vacilaron largo tiempo en declararse patriotas pues salvo las regulaciones del comercio, eran leales vasallos del Rey. Cuando los ingleses manifestaron inequívocamente su apoyo y la espada de San Martín zanjó toda duda, los terratenientes se hicieron ardientes patriotas, sin abandonar su condición de campeones de la inmovilidad social.²

Por su parte, Carrera encontró en la Secretaría de Marina de Estados Unidos el apoyo necesario para fletar la Expedición Libertadora de Chile. Pero esta fuerza será desarmada y puesta fuera de la ley, junto con su jefe, por los logistas probritánicos de Buenos Aires.³

A partir de 1820 los ingleses controlan todo el comercio de exportación e importación chileno, así como también la minería del país. El trágico destino de los Carrera, los más notables jefes políticos y militares de la revolución, se une al asesinato del guerrillero Manuel Rodríguez, caudillo de los sectores más populares del país y enemigo asimismo de O'Higgins y la aristocracia. Manuel Rodríguez sobrevive en las coplas del genio musical de Chile, único reducto que la oligarquía chilena ha tolerado al héroe.

3. Buenos Aires y el Paraguay.

Cuando la burguesía porteña pro-británica, enemiga de los montoneros y caudillos de las provincias, advierte que el Ejército de los Andes ha liberado a Chile, se desinteresa de la revolución americana. La emancipación chilena suprimía el peligro godo sobre la frontera del oeste; nada

¹ Segall, *ob. cit.*, p. 17.

² En 1819 ya estaban radicados en Valparaíso, Santiago y otras ciudades alrededor de 40 comerciantes ingleses. Proveían material bélico, acaparaban las exportaciones a Europa, eran los únicos importadores de manufacturas, manejaban el comercio de cabotaje y se vinculaban a la minería.

³ Segall, *ob. cit.*, p. 19.

importaban a los exportadores y hacendados de Buenos Aires las provincias del Alto Perú ocupadas por los absolutistas. Por lo demás, el caudillo Martín Güemes sostenía con sus gauchos en Salta la frontera norte de acuerdo con San Martín. Todas las preocupaciones de Buenos Aires consistían en aplastar a Artigas, el más grande caudillo popular de las Provincias Unidas, "Protector de los Pueblos Libres", quien exigía la lucha contra el portugués y la organización de la Nación. Por añadidura, las provincias argentinas del interior resistían con las armas en la mano al monopolio portuario. Se imponía exterminar estas resistencias y abrir el mercado interior de las provincias a la invasión industrial inglesa. Como los intereses porteños se fundaban en la posesión exclusivista del Puerto y la Aduana, que regulaba el comercio por el interior del Río de la Plata y el Paraná, la antigua Provincia del Paraguay, ahogada por Buenos Aires, se resistía a su vez a la dictadura comercial y política del puerto. Quedó enclaustrada a su turno durante medio siglo, hasta la Guerra del Paraguay, donde el Paraguay sin latifundistas del Dr. Francia y los López, fue arrasado con el hierro y el fuego. El célebre aislamiento paraguayo encontraba en el monopolio portuario y fluvial de Buenos Aires su verdadero fundamento.

4. San Martín en el Perú.

En tales circunstancias, San Martín ocupó Lima, fue proclamado Protector del Perú y se encontró acto seguido sin fuerza militar suficiente para enfrentar a los ejércitos españoles. Estos eran los más poderosos del continente y el último reducto absolutista en América después de los triunfos bolivarianos en el Norte. La nobleza peruana era la más importante latifundista del Perú y estaba íntimamente unida a la alta jerarquía de la Iglesia, que, como en México, era también poseedora de importantes bienes inmuebles. En la soberbia Lima del siglo XIX, sobre 3.941 edificios, 1.135 eran propiedad de la Iglesia.¹ Abundaban

¹ Samhaber, *ob. cit.*, p. 430.

en la aristocracia peruana los grandes títulos nobiliarios, ausentes en general en el resto de la América criolla: marqueses de Torre-Tagle, Casa-Dávila, Villafuerte, Casa-Rosa, los condes de Saavedra, Vistaflorida, San Isidro.¹ Por lo demás, como en el resto de América, la propia Iglesia estaba dividida entre el alto y el bajo clero, este último generalmente mestizo o criollo y despojado de los bienes terrenales de la burocracia eclesiástica.

El profundo conservatismo de la sociedad peruana impidió que el bajo clero desempeñara la misma función revolucionaria que en México o el Alto Perú. En las provincias de esta última región los curas populares encabezaron la lucha contra los españoles. Los caudillos revolucionarios son sacerdotes de aldea, como Muñecas. El historiador boliviano Luis Peñaloza escribe lo siguiente: *"Muñecas representa al bajo clero nacional, empobrecido y postergado. Relativamente ilustrada, tiene esta clase de caudillos algunos puntos de contacto con los líderes de la revolución agrarista mexicana: Morelos, Hidalgo. Su situación con respecto al indio les da gran ascendiente con respecto a éste y poseen un concepto más amplio de las luchas revolucionarias. Pretenden unir en un solo movimiento a los indígenas y a los criollos mestizos, como pretendiera hacerlo en 1781 Sebastián Pagador. Pinelo demuestra la mayor capacidad militar evidenciada por cualquier otro caudillo revolucionario del Alto Perú: tiene concepciones de*

¹ La aristocracia limeña "era gente habituada a la opulencia y reatada al sistema del orden por los grandes intereses de su fortuna, que les dolía, por instinto natural, ponerlos en riesgo de perderlos para siempre; como que eran empleados del gobierno, unos tenían mayorazgos, y los restantes hacienda y demás industria de donde emanaban los recursos para su presente felicidad, que la tenían de veras... era así una clase conservadora por excelencia, temerosa de los trastornos y de la ruina consiguientes...". Reinaba en aquella capital "una indolencia, una miseria, una flojedad, una insustancialidad, una falta absoluta de heroísmo, de virtudes republicanas tan general, que nadie se atrevía a respirar con aire de protesta, ni aun viendo subir al cadalso un centenar y dos de patriotas...", Bernardo Frías, *Historia del General Güemes y de la Provincia de Salta o sea de la independencia argentina*, p. 340, Tomo IV, Salta, 1955.

lucha en escala continental, como único medio de ganar la guerra, y es posible que si su carrera no hubiese sido cortada tan bruscamente por las muy próximas y ya organizadas tropas españolas del Bajo Perú, habría podido organizar un gran ejército".¹ El temor de la oligarquía alto-peruana a la intervención de las masas indígenas en la independencia, pudo advertirse en la campaña de Belgrano en Vilcapugio, donde los terratenientes se negaron a prestar su apoyo para el armamento de los indios. El comercio del Alto Perú, vinculado estrechamente a los intereses de la oligarquía de Lima, jugará después de la batalla de Ayacucho un importante papel en la idea separatista y en la creación de la "nacionalidad" boliviana.

5. 1820: la revolución de Riego en España.

La situación de San Martín en el Perú era singular. Había incorporado a su ejército a los negros de los ingenios azucareros e intentado movilizar, sin éxito, a los indios. Pero Buenos Aires no respondía a sus llamados de ayuda. Un acontecimiento europeo pareció inclinar un momento la balanza militar y política a su favor.

Después de fusilar a los liberales que habían sostenido la guerra nacional contra el invasor francés, salvándole el trono, el pérfido Fernando VII decidió equipar una expedición punitiva para recobrar el control de las colonias sublevadas. La expedición debía partir hacia América en enero de 1820. Pero el Ejército de Andalucía se sublevó con el general Riego en las Cabezas de San Juan. La espada amenazante que el absolutismo esgrimía sobre la revolución americana se volvió contra el verdugo de las libertades españolas. Así comienza un nuevo período constitucional en España que durará sólo tres años. Aterrado, Fernando jura nuevamente la Constitución y se constituye un gabinete liberal en Madrid. No podía llegar mejor no-

¹ Cfr. Luis Peñaloza, *Historia Económica de Bolivia*, Tomo I, La Paz, 1947.

ticia a los patriotas de América.¹ Al fin y al cabo los oficiales del Rey eran en su mayoría liberales, veteranos de las guerras napoleónicas, que defendían al Rey en América después de la restauración del absolutismo en la metrópoli. El gobierno liberal impartió a los ejércitos reales en las "provincias ultramarinas" la orden de negociar con los rebeldes. En Perú el General Pezuela entabló conversaciones con San Martín. ¿Era por fin cierto que "el gobierno de Madrid quería asentar sobre fundamentos liberales el gran imperio universal hispánico"?² Es imposible sostenerlo, según hemos visto por el ejemplo de las Cortes de Cádiz. El liberalismo español era tan débil como la burguesía española sobre la cual reposaba. Incapaz de llevar la revolución nacional hasta el fin, tampoco tenía energía suficiente para establecer con los americanos una igualdad que no estaba en condiciones de imponer en la propia metrópoli. Para liberar a los indios y esclavos en América, destruyendo el latifundismo criollo, los liberales en el poder debían primero exterminar a la nobleza semi-feudal española, que sostenía a Fernando. Era impotente para ambas cosas.

6. San Martín negocia con los militares españoles liberales.

San Martín recibió del Virrey La Serna una invitación para conferenciar a raíz del juramento real de la Constitución española. .

¹ Al informarse que Fernando VII había firmado la Constitución de 1812, Bolívar instruye a José Rafael Revenga, Secretario de Estado y Relaciones Exteriores de Colombia para iniciar gestiones de paz con España. La revolución encabezada por Riego y el Coronel Antonio Quiroga en España conmueve al Libertador. Escribe a Guillermo White en Trinidad: "*De los negocios de España estoy muy contento porque nuestra causa se ha decidido en el tribunal de Quiroga*". El optimismo de Bolívar resultó tan infundado como el de San Martín. Envío a Revenga y a Tiburcio Echeverría en 1821 a Madrid. Pero el gobierno español no les dio la menor importancia a los ministros americanos y poco después los expulsaba de España. ¡Estaban los liberales en el poder! V. Héctor Modesto García, *La Gran Colombia, causas que produjeron su hegemonía en la emancipación de América*, p. 33, Tipografía Universal, Caracas, 1925.

² Samhaber, *ob. cit.*, p. 434.

Pero las negociaciones estaban destinadas a fracasar. El general argentino procedió con extrema habilidad política en las conferencias. La mayoría de los jefes del ejército español era constitucionalista o liberal y la esperanza de una regeneración de la vida política española los predisponía a dialogar con los militares americanos que habían combatido junto a ellos en España contra Napoleón, como San Martín. En la conferencia de Pinchauca, San Martín dijo a los jefes españoles: *"Considero éste como uno de los días más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli ha hecho alarde al proclamar la Constitución del año 12, que V.E. y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes"*.

Al comenzar de este modo la conferencia, San Martín tocaba una fibra sensible de los militares españoles: la generalización de la masonería en el Ejército de ambos contendientes reflejaba la revolución liberal y el empleo de la palabra "hermanos" en su exposición tenía ese origen. San Martín agregó que había pasado *"el tiempo en que el sistema colonial pudo ser sostenido por España... la independencia del Perú no es inconciliable con los intereses de España"*. Concluyó diciendo que si *"V.E. se presta a la cesación de la lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, los dos Ejércitos se abrazarán sobre el campo"*.¹ San Martín propuso, en esencia, designar una junta gubernativa elegida en común por el Virrey y San Martín, para encargarse del gobierno del Perú independiente y enviar dos comisiones a España para pedir al Rey que designase un infante de su dinastía para reinar sobre el Perú, jurando previamente una Constitución. Pero la oficialidad del Ejército español rechazó tan atrevida proposición, que ante todo rompía con el dominio español y colocaba a Fernando ante un hecho

¹ Ricardo Rojas, *El Santo de la Espada*, p. 206, Ed. Losada, Buenos Aires, 1950.

consumado, la independencia del Perú. Un imperio liberal hispánico era ya imposible, había llegado tarde y sólo cabía la independencia absoluta por medio de las armas.¹

Pero la revolución de Riego en España había originado un fenómeno bien singular. *"Todos los elementos de tendencia conservadora, la Iglesia, los grandes terratenientes, que hasta ese momento se habían mantenido leales a España, se unieron a los defensores de la independencia americana. Preferían vivir en una República nobiliaria sudamericana, que soportar una Monarquía liberal"*.² Por su parte, los elementos absolutistas del Ejército español, como Olañeta, rehusaban admitir la Monarquía liberal, así como detestaban el partido americano, y buscaban una *Vandée* indígena, encendiendo el odio nativo contra la aristocracia blanca, bajo el pendón del Rey. Así, San Martín sólo dominaba en Lima, el poderoso ejército liberal del Virrey La Serna en el interior y la fracción militar goda de Olañeta en el Alto Perú.

7. La burguesía porteña traiciona a América Latina.

En ese momento San Martín volvió su mirada hacia el Sur. Envió al comandante Antonio Gutiérrez de la Fuente a Buenos Aires para pedir una urgente ayuda militar. Se trataba de consumir la emancipación de América del Sur destruyendo el principal bastión peruano de los realistas. El triunfo de San Martín en el Perú haría caer en sus manos como un fruto maduro las provincias del Alto Perú. El comandante de la Fuente encontró en el transcurso de su viaje el más cálido apoyo de las provincias interiores. Había soldados dispuestos a pelear, pero faltaban los recursos financieros para equiparlos y mantenerlos. Estos

¹ Un autor español absolutista escribe: *"Nos atrevemos a sentar como principio fijo de verdad, que el liberal más exaltado, trasladado a cualquiera de los puntos de América, dejaría de serlo si tenía un regular entendimiento y deseos de sostener el dominio español"*: Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, p. 453, Tomo III, Madrid, 1830.

² Samhaber, *ob. cit.*, p. 434.

recursos sólo podían provenir del puerto de Buenos Aires, principal recurso rentístico del antiguo Virreynato. Pero la voraz oligarquía porteña rehusó esos recursos. ¡Rivadavia tenía necesidades más urgentes!¹

Siete provincias apoyaban el pedido de San Martín, menos la de Buenos Aires. Rivadavia rehusó reconocer el carácter oficial del enviado de San Martín. Fue reexpedido de Buenos Aires como un simple mensajero, con un pliego cerrado, sin que le fuera posible discutir con el fatuo Señor Rivadavia la gravedad de la situación militar en el Perú. La respuesta era negativa.² El cínico agente

¹ Los dineros del puerto, confiscados a la Nación por la usurpación de Buenos Aires, eran empleados por Rivadavia en la fundación de la Escuela de Declamación y Acción Dramática. Asimismo, según los conceptos del sublime visionario, socio de Hullet Brothers de Londres, la Academia de Medicina y Ciencias Exactas debería formar una colección de "*geología y aves del país*" y describía con sabiduría omnisciente las funciones de la Escuela de Partos que debería estudiar "*las partes huesosas que constituyen la pelvis; el estudio del útero, el feto y sus dependencias; la vejiga, la orina y el recto*". También fundaba la Casa de Partos Públicos y Ocultos y la Sociedad Lancasteriana. V. José María Rosa, *Historia Argentina*, p. 365, Tomo III, Ed. J. C. Granda, Buenos Aires, 1964.

² José Luis Busaniche, *Historia Argentina*, p. 436, Ed. Hachette, Buenos Aires, 1965; y Mariano Paz Soldán, *Historia del Perú Independiente*, Madrid, 1919.

En su discurso ante la Sala de Representantes, Rivadavia expresó del modo más claro permitido por su difuso y enmarañado estilo la posición porteña ante la emancipación americana y el pedido de San Martín. "El gobierno de Lima, dijo, *presidido por el Supremo Protector de la libertad del Perú, entre los objetos que había recomendado... era de que Buenos Aires, coadyuvara con sus esfuerzos a libertar las Provincias aún ocupadas por el enemigo común, pero [Rivadavia sostuvo que] aquellos fragmentos de un poder vacilante caerían a menor costo que con cualquier clase de esfuerzos por parte de Buenos Aires; que serían insuficientes para superar las dificultades que oponía el espíritu de vértigo que dominaba los pueblos intermedios [o sea las provincias rebeldes a Buenos Aires] sin lo que todo sería aventurado; que entretanto se sentían males que ahora eran irremediables, lo único que convenía a Buenos Aires era plegarse sobre sí misma... tanto más cuanto que Buenos Aires ya había hecho todo lo que podía hacer; ... y que era llegado el caso de que por la experiencia, y sus propios sacrificios, se hicieran estos pueblos dignos de la libertad*", *Los Mensajes*, de H. Mabragaña, Tomo I, p. 188, cit. por Arturo Jauretche, *Ejército y Política*, Capítulo IV, Ed. Qué, n.º. 6-7, Febrero de 1958.

británico y Ministro de Hacienda "argentino" Manuel José García, personaje mucho más siniestro que el fanfarrón Rivadavia, declaraba en esos momentos ante la Junta de Representantes que *"al país le era útil que permaneciesen los españoles en el Perú"*.¹ Este mismo sujeto también haría todo lo posible para que los portugueses conservasen la Banda Oriental. Con esa estrategia, la burguesía porteña dejaba caer a San Martín en el Perú así como había apuñalado por la espalda a Artigas. Destruíase con ella la unidad sudamericana, pues la consecuencia de esta política fatídica sería la segregación de la Banda Oriental y del Alto Perú. ¿Habría pesado San Martín en su melancólico destierro el profundo error de su juicio sobre Artigas?

8. ¿Un Imperio hispano-criollo?

Colocado San Martín en una situación sin salida, negado su pedido de auxilio por la burguesía porteña, cerrado el camino para una conciliación con el Ejército liberal, que se disponía a combatirle con fuerzas inmensamente superiores, jaqueado por Olañeta que le había declarado la guerra sin cuartel, no tenía otro recurso que dirigirse hacia el Norte y buscar el apoyo del invicto Bolívar. Justamente Bolívar se disponía a acometer el más audaz proyecto político de su carrera. Producida la revolución militar de los liberales españoles en 1820, en la metrópoli se abría una nueva instancia modernizante. ¿Sería posible esta vez? La burguesía, ¿se atrevería por fin a reedificar el país y el exangüe Imperio? ¿Se lanzaría España a for-

¹ Busaniche, *ob. cit.*, p. 486.

² En una carta a Guido, San Martín dirá estas palabras irreparables: *"Yo opino que los portugueses avanzan con pies de plomo esperando a su escuadra para bloquear a Montevideo por mar y tierra y en mi opinión se la meriendan. A la verdad, no es la mejor vecindad, pero hablando a usted con franqueza, la prefiero a la de Artigas"*. V. Busaniche, *ob. cit.*, p. 382. Por no querer hacer política, San Martín incurrió en la peor de todas: dejar las manos libres a los bandidos porteños. Si la vecindad de Artigas sería la selva, a San Martín la gente decente de Buenos Aires le reservaba en Europa su sepulcro en vida.

jar su siglo XVIII treinta años después que los franceses?

Bolívar se formulaba en Colombia las mismas preguntas que San Martín en Lima. Concibió entonces un plan que hizo llegar al gobierno de Fernando VII por intermedio de su ministro en Londres, el viejo patriota don Francisco Antonio de Zea. De Zea redactó el escrito y se lo entregó al embajador de España en Londres, el Duque de Frías, en nombre de Bolívar, Presidente de la Gran Colombia. De Zea acompañó el plan con un proyecto de decreto que debía firmar Fernando VII, bloqueado en ese momento por un gabinete liberal y en presencia de las Cortes, reunidas en Cádiz, como diez años antes. La esencia del plan consistía en una Confederación entre América y España. La base de la Confederación era el reconocimiento explícito por parte de la Monarquía de la independencia de los Estados americanos. Esta asociación política o *"Imperio compuesto de Repúblicas perfectamente independientes, reunidas para su felicidad bajo la Presidencia, no bajo el dominio, de una Monarquía constitucional"*¹, convocaría a una Dieta confederal, supremo parlamento del Imperio hispano-criollo. Existiría libertad de comercio dentro de los marcos del Imperio, creándose un *Zollverein* aduanero para construir un mercado nacional único. Todo español que se radicase en América adquiriría automáticamente los derechos de ciudadano americano, y viceversa. En caso de guerra se prestarían auxilio recíproco todas las partes de la Confederación. Cada una de las partes confederadas miraría *"cada una como amigos o enemigos suyos a los amigos o enemigos de la otra"*.² Este "Plan de reconciliación entre la España y la América", llevaba por título *"Proyecto de Decreto sobre la emancipación de la América y su confederación con España, formando un grande Imperio federal"*, y fue descubierto en 1966 en el Archivo Nacional de España por el Embajador ecuatoriano Miguel Azpiazu Carbo.³

¹ V. Boletín de la Integración, N° 17, abril de 1967, del Banco Interamericano de Desarrollo, Buenos Aires, p. 167.

² *Ibid.*

³ *Ibid.*

Ignoramos la reacción del fétido Fernando ante el grandioso plan que habría salvado simultáneamente a España de su decadencia y a la América Latina de su balcanización. Pero las Cortes de Cádiz, más amedrentadas que sus antecesoras de 1812, rechazaron el Proyecto. El mismo destino había corrido otro proyecto análogo de don Lucas Alamán, el político e historiador mexicano, diputado a Cortes.¹ Le temían al espantajo de Fernando, que a su vez estaba acobardado por ellos: ni los liberales se atrevieron a liquidar la nobleza y a Fernando, ni este último a disolver las Cortes de la burguesía española.

9. El fracaso de las Cortes liberales de 1820.

Las Cortes de 1820 evidenciaron el utopismo de un acuerdo real y profundo con América. No sólo se oponían a la independencia política, sino asimismo a otorgar facilidades comerciales a las "provincias ultramarinas". Era una versión incurable de liberalismo borbónico que todavía en 1820 rehusaba a los americanos una representación parlamentaria genuina. El diplomático venezolano Torres informaba al Secretario de Estado Adams en Washington "que al excluir de la representación a todas las personas de origen africano, incluso en el grado más remoto, las Cortes habían quitado los derechos civiles a una gran parte de la población de América española, incluso a los ejércitos de liberación de Chile, La Plata, Nueva Granada y Venezuela y levantado un obstáculo insuperable para la reconciliación".²

Por el contrario, las medidas auténticamente liberales de las Cortes, por ejemplo la limitación de los privilegios eclesiásticos en América, ocasionaron el efecto inverso al buscado: alejar de la metrópoli liberal a las clases conservadoras de las colonias, sin acercar al partido patriota. El

¹ Moisés González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, p. 133, El Colegio de México, México, 1952.

² Arthur Preston Whitaker, *Estados Unidos y la Independencia de América Latina*, p. 242, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964.

liberalismo español era tan débil e irresoluto, que se mostraba orgánicamente incapaz de suscitar el apoyo revolucionario ni de conquistarse por ello la simpatía de la reacción. Era demasiado conservador para los revolucionarios y demasiado revolucionario para los conservadores. Por eso estaba condenado y nada podría resucitar el partido del Imperio español en América.

La transacción entre la burguesía y la aristocracia constituye toda la historia de la España del siglo XIX y la clave de su estancamiento. El dilema en esa oportunidad vino a zanjarlo el Duque de Angulema en 1823 con sus 100.000 soldados franceses. De Francia ya no venía la revolución, sino la contrarrevolución. San Martín y Bolívar renunciaron a esperar nada de la trágica madre patria arrodillada ante semejante Rey.

10. Guayaquil y el separatismo.

Ya la tierra hervía bajo los pies del Protector del Perú. Era pública la soledad en que había dejado su gobierno al vencedor de Maipo. Los terratenientes ennoblecidos conspiraban contra San Martín, las intrigas se propagaban en su propio ejército, en la misma oficialidad argentina desintegrada por la molicie, la falta de pago y las delicias de la Capua limeña. El mote puesto a San Martín era el "Rey José"; su "ministro Bernardo Monteagudo," compañero de Moreno en la Revolución de Mayo, era acusado de "mulato", "sibarita", "ladrón", por la infatuada canalla del marquésado criollo. *"El ejército combinado de chilenos y argentinos se desmoralizó en aquella tierra lo bastante para que no se debiese esperar de él cosa de provecho: la insubordinación se hizo general en él: todos los jefes querían ser deliberantes y nadie obedecer... ponían a San Martín en el caso de contemporizar con todos y de no mandar a nadie"*.¹ Para colaborar con Bolívar en la lucha común y

¹ Antonio José de Irisarri, *Historia crítica del asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 81, Ed. Casa de las Américas, La Habana, 1964.

arrancar de la inercia corruptiva a sus fuerzas, San Martín envió al Ecuador una división de auxilio para combatir junto a Sucre, mandada por el coronel altoperuano Andrés Santa Cruz, un criollo resuelto que había militado antes en las filas realistas. No les aguardaban las dulzuras del trópico ni las "tapadas" limeñas. Triunfaron en las batallas de Río Bamba y Pichincha al mando de Sucre: allí mezclaron su sangre argentinos, peruanos, altoperuanos, quiteños, colombianos y venezolanos. Llevando a la práctica su designio de crear la Gran Colombia, Bolívar decide incorporar a ella a Guayaquil, del antiguo reino de Quito. San Martín, influido por los intereses peruanos de la costa se oponía a esta anexión en una nota escrita desde Lima. Bolívar responde al Protector del siguiente modo: "*V.E. expresa el sentimiento que ha tenido al ver la intimación que hice a la provincia de Guayaquil para que entrase en su deber. Yo no pienso como V.E. que el voto de una provincia debe ser consultado para consultar la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las asambleas generales reunidas libre y legalmente*".¹ San Martín había desaprobado asimismo una tentativa de "independencia" de Guayaquil y Bolívar lo felicitaba por ello, para agregar: "*Yo no creo que Guayaquil tenga derecho a exigir de Colombia el permiso para expresar su voluntad, para incorporarse a la república, pero sí consultaré al pueblo de Guayaquil porque este pueblo es digno de una ilimitada consideración de Colombia... No es el interés de una pequeña provincia lo que puede turbar la marcha majestuosa de América meridional*".²

Adviértase en esta puntualización de Bolívar su exacto concepto de la nación latinoamericana y el juicio que le merecían las pequeñas soberanías separatistas disfrazadas de "autonomías" o seudo nacionalidades en que será luego tan pródiga la América balcanizada. El puerto y ciudad de Guayaquil, como es común en América Latina (hasta

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 108.

² *Ibid.*, p. 110.

nuestros días) era el centro de un mundillo de comerciantes, exportadores e importadores que traficaban con el producto del trabajo esclavo y servil y cuyos intereses tendían, ya sea a vínculos con Perú o con el comercio internacional. Separado por una extensa distancia de Quito, Guayaquil se distinguía como Valparaíso o Buenos Aires por una particular dependencia del extranjero. Estos rasgos de la ciudad-puerto no se han modificado en el siglo XX. Bastará decir que ni siquiera esa ciudad ha conservado intacta la casa de la célebre entrevista entre San Martín y Bolívar. En ese mismo lugar se erige la mole de un banco extranjero; como irónico recuerdo, luce en su frente una placa de bronce.

En esos días la sociedad guayaquileña estaba dividida en tres partidos. Uno era peruanófilo, el otro colombianista y el tercero se denominaba el independiente, que era minoritario. *"El peruanismo había hecho prosélitos entre comerciantes, chapetones y godos recientemente convertidos"*, dice el historiador Reyes.¹ Entre los colombianistas figuraban numerosos apellidos patricios, y patriotas reconocidos, además del clero y de numerosos artesanos y gentes del pueblo. La lucha de los partidos al llegar Bolívar a Guayaquil se manifestaba públicamente. Pocos días después de declararse la incorporación de Quito a la Gran Colombia, aparecieron fijados en las paredes de esa ciudad carteles que decían:

*"Ultimo día del despotismo
y el primero de lo mismo".²*

Bolívar juzgaba a los "independientes" así: *"El hecho es que esta docena de bochincheros ha empezado a moverse... mas no pueden hacer nada porque aquí la democracia hace poco papel, porque los indios son vasallos de los blancos, y la igualdad destruye la fortuna de los grandes".³* Aludía de este modo a aquellos partidarios de la "libertad" guayaquileña, que no podían ir muy lejos pues toda

¹ Reyes, *ob. cit.*, p. 359.

² *Ibid.*, p. 358.

³ *Ibid.*

revolución debía movilizar a los indios, que ellos mismos explotaban y a los que temían sobre todo. Bolívar lo sabía muy bien, por su propia experiencia. Al entrar Bolívar en Guayaquil los vítores se mezclaban: "*¡Viva Colombia! ¡Viva Simón Bolívar! ¡Viva el Perú! ¡Viva Guayaquil independiente!*"¹

11. Eclipse de San Martín y Monteagudo.

Pero San Martín no objetó la incorporación de Guayaquil cuando llegó a la ciudad a entrevistarse con el Libertador. Ya era un hecho cumplido y desestimó tanto a los peruanófilos como a los "independientes". Era fácil advertir que detrás de ese frenético anticolombianismo aparecían los intereses del puerto. En la entrevista, San Martín no tenía mucho que ofrecer. Sólo habría podido solicitar un auxilio de Bolívar si él mismo hubiera estado en condiciones de contar con el grueso de un ejército para enfrentar a los realistas. Pero los recursos militares de San Martín sólo le permitían servir de auxilio al ejército de Bolívar. Esa era la relación de las fuerzas en presencia y ese hecho elemental lo decidió todo. La fragilidad del edificio político del Perú sanmartiniano quedaba al desnudo mientras se desarrollaba la entrevista en Guayaquil: Torre-Tagle, delegado de San Martín en el gobierno de Lima, que pronto se pasará a los españoles, asiste con indiferencia a un motín que obliga al ministro Monteagudo, blanco de todos los odios lugareños, a renunciar y emigrar. Era Monteagudo una de las grandes figuras de nuestra revolución. Orador del partido morenista de Buenos Aires, ministro de San Martín en Lima, compañero de Bolívar luego, era un hijo genuino de Chuquisaca, formado en las disciplinas del siglo revolucionario. Había concebido un Plan de Federación general de los Estados hispanoamericanos, que era la idea central de los patriotas del continente. Difamado y perseguido por Pueyrredón, el logista pro inglés enemigo de Artigas, Monteagudo llevará consigo todo el

¹ *Ibid.*

fuego de aquellas jornadas y suscitará en los localistas de todas partes una aversión semejante a la que había despertado en Buenos Aires, cuna clásica del localismo exportador. Desde Quito, en su emigración del Perú, había escrito: "*Yo no renuncio a la esperanza de servir a mi país, que es toda la extensión de América*". Injuriado por hijo ilegítimo, sometido a la miseria por la oligarquía porteña, Monteagudo encontrará después de la renuncia de San Martín en el Perú un poderoso apoyo en Bolívar, que lo aprecia en todo su valor. Será asesinado en 1823, en la oscuridad de la noche, por la fracción antibolivariana del Perú.¹

12. Crisis de la oligarquía peruana.

San Martín deja la escena peruana a Bolívar. Se despoja de las insignias del mando, reúne al Congreso peruano y renuncia al poder ante la asamblea. Ya había caído Artigas, ahora le tocaba el turno a San Martín. En el Perú estalla una furiosa lucha de fracciones, mientras los ejércitos españoles derrotan al general argentino Rudecindo Alvarado en Toarata y Moquegua. Al frente de 9.000 soldados entra en Lima el general Canterac, triunfo que no se atreve a sostener, pues se retira a la sierra para reagrupar sus fuerzas. Al mismo tiempo, la oligarquía peruana se dividía en dos alas: una de ellas nombra Presidente a Riva-Agüero, que se instala en Trujillo, al norte

¹ Monteagudo fue proscripto del Perú por resolución del Congreso a proposición de Sánchez Carrión, el 3 de diciembre de 1822. De acuerdo a esa resolución, en caso de tocar el proscripto algún punto del territorio peruano, quedaría privado de la protección de la ley. En la historia de América Latina se podría hacer una sugestiva lista de "apestados" y "proscriptos" por la canalla oligárquica de todas las épocas. Los señoritos de la sociedad peruana y del partido monárquico (que luego serán republicanos ardientes), se reclutaban entre aquellos que poseían "*títulos de Castilla*". Pero como habían sido adquiridos con dinero, dice Paz Soldán, los que se consideraban nobles en el Perú, eran "*ignorantes, botarates, desprovistos de mérito y por su ninguna o viciosa educación eran en su mayor parte mentecatos; hasta hoy se dice que un individuo tonto, necio o presumido parece un marqués o conde*", Paz Soldán, *ob. cit.*, p. 74.

de Lima, y la otra elige el nombre del Marqués de Torre-Tagle como titular del gobierno faccioso. En semejante caos llega el general Sucre con sus colombianos, preparando la llegada de Bolívar. El Libertador entra en Lima el 1º de setiembre de 1823. En tales momentos los 100.000 "hijos de San Luis" franceses invaden España para aplastar el gobierno constitucional y restituir a Fernando VII la plenitud de sus poderes absolutos. Con la caída del gobierno liberal de Madrid, el ejército encabezado por La Serna, y compuesto por "constitucionalistas" y absolutistas, pierde todas sus esperanzas políticas y a su vez se divide entre las tropas liberales de La Serna en el Perú y el ejército "servil" de Olañeta en el Alto Perú.

El Mariscal Pedro de Olañeta, vizcaíno ultra godó, dueño de minas y mulas, había hecho una fortuna manteniendo "*un úcito comercio con los intereses mismos del ejército a quien servía*". Su crueldad, su avaricia y la belleza de su joven mujer, doña Pepa Marquiegui, eran los tres pilares de su fama.¹ Consideraba a la monarquía como su religión; era, por lo demás, un diestro soldado.

El Virrey La Serna es a su vez destituido del mando por Fernando VII.² Bolívar advierte las ventajas políticas ante el cambio de la situación europea y entrega el mando de los ejércitos a Sucre. Una vez más la interrelación entre la historia española y la historia hispanoamericana, el flujo y reflujo de la revolución en el seno del declinante Imperio se ponían en evidencia: la política ganaba o perdía batallas con el desplazamiento de los partidos y las clases.

¹ Frias, *ob. cit.*, p. 261, V.

² Los negociados de Olañeta con el ejército eran tolerados por las autoridades españolas con la esperanza de que por medio de sus agentes comerciales se obtendrían informaciones útiles a la guerra. Pero el Virrey La Serna observó con disgusto esa actividad bélico-mercantil e intentó trabarla, lo que agrió la relación entre ambos: V. Torrente, *ob. cit.*, p. 450.

13. Hacia la batalla de Ayacucho.

El partido realista, que influía en toda la alta sociedad peruana, debía crearle graves problemas a Bolívar. El Presidente del Perú, Torre-Tagle, encarnaba la indiferencia general hacia la causa de la independencia, tan comprometida en el Perú por la presencia de los grandes ejércitos españoles. La guarnición de la fortaleza del Callao, compuesta por tropas argentinas, y en la que permanecían prisioneros numerosos soldados españoles, se sublevó por el atraso de sus sueldos y por el hambre a que había sido reducida por los gobiernos porteño y peruano, que habían ignorado repetidas veces las súplicas de los oficiales a este respecto. El sargento Moyano, del regimiento "Río de la Plata", acaudilló una sublevación, libertó a los prisioneros españoles y ondeó enseguida la bandera de Fernando VII en la fortaleza. Las tropas españolas avanzaron rápidamente hacia Lima. En tales circunstancias desesperadas, el Congreso peruano se reunió y llamó a Bolívar, que se encontraba en Pativilca, designándolo dictador y suspendiendo la vigencia de la Constitución. En esos momentos críticos, el Presidente peruano Torre-Tagle, el Vicepresidente conde de Surrigancha, el general Berindoaga, ministro de Guerra, acompañados de 337 generales, oficiales superiores y jefes subalternos del ejército peruano se pasaron al bando de los españoles. Al mismo tiempo, el honrado Marqués (a quien dominaba notoriamente su voluble mujer) publicaba un "Manifiesto" cubriendo de insultos al Libertador.¹

¹ El Marqués de Torre-Tagle pertenecía a los "mentecatos" de que hablaba Paz Soldán. Criado en medio del lujo, amaba el poder "no porque fuese ambicioso, sino por ostentación... bajo los virreyes fue pródigo y disoluto; bajo San Martín, patriota; con Monteagudo, oligarca; intrigante con Guido y con San Donás, traidor... hasta en su hogar, la debilidad, que fue la maldición de su vida pública, le persiguió. Sometido ciegamente a su esposa, era en la casa esclavo y no señor", dice O'Leary. Un día reunió el marqués en su casa a varios oficiales de la guarnición para buscar una solución a la situación del Perú. Las tropas clamaban por el pago de sus sueldos. El coronel J. Gabriel Pérez propuso levantar un empréstito para soco-

Bolívar asumió el gobierno del Perú y adoptó inmediatas medidas para reorganizar el ejército. Nombró a Sucre general en jefe del ejército colombiano-peruano. "*Persuadió a las autoridades eclesiásticas a que diesen la plata labrada del culto; adjudicó al Estado el producto de las propiedades de los que, por haber desertado para servir al enemigo, habían perdido el derecho a la protección del gobierno; estableció impuestos y los hizo cobrar*".¹ Al mismo tiempo, Bolívar suprimía la mita y los repartimientos de indios. Anuló la obligatoriedad del trabajo indígena en las obras públicas, estableciendo que los otros ciudadanos peruanos también debían realizar dichas tareas. "*El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran sus opresores, obligándole a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos*".² Asimismo suprimió el derecho de curas y corregidores para el trabajo gratuito de los indios en el servicio doméstico, declarando vigentes las antiguas leyes españolas que los favorecían. Ordenó la entrega de una porción de tierra a cada indio, anulando la autoridad hereditaria de los caciques. Otorgó pensiones a los descendientes de la nobleza incaica y protegió a los hijos de Pumacaua. El sentido general de tales medidas es muy claro; sin embargo, todas ellas debían regir en la sociedad peruana lo que habían regido las leyes de India en la materia. Para extirpar la servidumbre o semiesclavitud indígena, era preciso aniquilar el régimen de tenencia de la tierra existente aún hoy. Otorgar jurídicamente derechos a los indios sin eliminar la estructura social (cura, terrateniente, minero y corregidor, como de-

rer a los soldados. "¿Con cuánto contribuirá usted. —preguntó la marquesa interrumpiéndole—, pues si hemos de creer lo que dice la voz pública, usted gasta querida y coche. —Señora —replicó Pérez—, la voz pública suele equivocarse y aun ser maliciosa; y en prueba de que no debemos darle crédito, baste decir que, según los diceres, usted comparte sus favores entre el marqués y un oficial subalterno del ejército". Tanto valía el Marqués como marido que como patriota. Era el hombre más indicado para agraviar al Libertador. V. O'Leary, *Junín y Ayacucho*, p. 102, Ed. América, Madrid, 1919.

¹ O'Leary, *Memorias*, p. 107, II.

² *Ibid.*, p. 419.

talla O'Leary) era arar sobre el mar, como en efecto ocurrió. A ciento cincuenta años de aquellas medidas de Bolívar, en el campo peruano subsisten condiciones análogas. Había que empezar por revolucionar las relaciones de propiedad y terminar por su ornamento jurídico, para que este último reflejase la realidad social y no fuese, como en efecto fue, una máscara burlesca de las intenciones del reformador.¹

Es en tal situación política y militar que un general de 29 años de edad, José Antonio de Sucre, enfrenta al ejército español en las montañas de Ayacucho. Lo acompaña el intrépido general José María Córdoba, que alzando su sombrero blanco de jipijapa en la punta de su espada electriza a sus hombres lanzándose al combate con el grito: "¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores!"² Al frente de sus tropas, Córdoba trepó "la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al Virrey La Serna". Tenía 25 años. El general Miller contaba 29, Isidoro Suárez 34, el venezolano Silva 32. Las fuerzas patriotas sumaban 5.780 hombres y los realistas del Virrey La Serna, 9.310 soldados. La victoria americana fue completa. Cayeron prisioneros el Virrey La Serna

¹ "Federico el Grande odiaba a los juristas porque aplicaban conforme a su criterio formal los decretos inspirados en un sentido material, y con ello servían finalidades perfectamente opuestas a las que él se proponía". Max Weber, *Historia económica general*, p. 228, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1961.

² Menos de cien años más tarde, la tradición histórica se había perdido de tal modo en Perú, como en el resto de América Latina, que los niños peruanos aprendían historia en textos traducidos del francés. Así pudo ocurrir que muchos peruanos adultos conservaran de la escuela la idea de que el General Córdoba había dicho el día de la célebre batalla: "No haya vencedores", gracias a la deficiente traducción de la frase "Pas de vainqueur", en lugar de "Paso de vencedores". La versión no es tan increíble si se considera que en nuestros países se consideró durante mucho tiempo mayor signo de cultura conocer una lengua europea, aunque fuera tan mal aprendida como la de ese traductor infiel, que dominar bien la propia. Así hemos soportado literatos europeizantes e historias simiescas.

Ni siquiera cuando la batalla de Ayacucho era un hecho de importancia histórica mundial los traductores de la inteligencia colonial podían concebir que los latinoamericanos marchamos un día a paso de vencedores.

con todos sus generales; empezando por Canterac y Valdés con más de 600 oficiales y dos mil hombres de tropa.¹ Casi dos mil muertos quedaron sobre el campo de Ayacucho donde concluía el poder español en América. Los factores políticos de la derrota española habían resultado esenciales. La reacción absolutista en España les cerraba a los militares constitucionalistas toda esperanza: su triunfo habría sido una ofrenda rendida por los liberales españoles en América a los absolutistas que los habían vencido en España. Por lo demás, el ejército de La Serna concurría a la batalla desmoralizado hasta la médula: la guerra que les había declarado el mercachifle Mariscal Olaneta desde el Alto Perú los amenazaba con el pelotón de fusilamiento. La guerra civil enfrentaba a los españoles en el propio territorio de sus antiguas colonias. Su capitulación y las condiciones generosas ofrecidas por Sucre cerraron el drama. Pero las consecuencias políticas de Ayacucho irían a profundizar el proceso de fragmentación de los antiguos Virreynatos. La independencia de las provincias del Alto Perú sería su expresión inmediata.

¹ Parte militar de Sucre, en O'Leary, *Junín y Ayacucho*, p. 196. La divisa lanzada por el General Lara y que recoge en sus tradiciones Ricardo Palma es menos homérica pero más criolla. Los hombres de Lara eran hijos de los llanos y "gente cruda". Su general les dirigió antes de la batalla la siguiente arenga: "¡Zambos del carajo! ¡Al frente están los godos puñeteros! El que manda la batalla es Antonio José de Sucre, que como ustedes saben, no es ningún cabrón. Conque así, apretarse los cojones y... ¡a ellos!". La versión adecuada está en Palma, *ob. cit.*, p. 997. En la misma batalla combatió a lanza, vestida de capitán de caballería con uniforme escarlata, Manuelita Sáenz, la magnífica compañera del Libertador. V. Rumazo González, *ob. cit.*, p. 187.

CAPITULO VII

DE BOLIVAR A BOLIVIA

"S.E. (Bolívar) me manda decir a V.S. que el asunto de las cuatro provincias del Alto Perú debe quedar *in statu quo*, sin hacer innovación alguna que, directa o indirectamente pueda perjudicar los derechos de las Provincias Unidas del Río de la Plata".

General Tomás Heres a Sucre.

"Ni Vd., ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreinos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile".

Bolívar a Sucre.

"Aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad".

Ley de 1825 del Congreso rivadaviano porteño.

La gran victoria de Sucre resonó en todo el continente con inigualado eco. Terminaba allí, por obra de cinco mil jóvenes criollos, la historia de trescientos años de poder español. Lo que parecía imposible y fantástico, era ya una realidad. La emoción que despertó la victoria de Ayacucho corre en las crónicas. Al recibir el pliego con la noticia, Bolívar sufrió un ataque de verdadera enajenación: se arrancó la chaqueta militar, juró ante sus oficiales, ignorantes de lo ocurrido, que jamás volvería a vestir el uniforme militar y se lanzó a bailar solo, como un verdadero poseído. Después, en voz entrecortada, informó a todos del triunfo de Ayacucho y ordenó inmediatamente a sus acompañantes tomar champaña hasta embriagarse, lo que comenzó por hacer él mismo, habitualmente sobrio.

1. El pueblo de Buenos Aires festeja a Bolívar.

La noticia llegó a Buenos Aires a las ocho de la noche del 2 de enero de 1825. Alberdi recordará su niñez: "*Mi primera impresión de Buenos Aires son los repiques de campanas y las fiestas en honor de Bolívar por el triunfo de Ayacucho*".¹ Muchos años más tarde, en su vejez, el general Gregorio Las Heras, que se desempeñaba como gobernador de Buenos Aires al llegar la gran noticia, evocaba sus impresiones con su verba de viejo soldado: "*Sacaron en procesión el retrato de Bolívar por las calles con*

¹ Blanco Fombona, en *Discursos y proclamas de Bolívar*, ob. cit., p. XVIII.

hachas encendidas en noche de pampero. Volcán de fiestas y alegría en la ciudad un mes. Tuve que tirar un decreto para reglamentar el delirio".¹

El pueblo de Buenos Aires y las provincias festejó la victoria de Ayacucho como el triunfo de la Patria Grande. Los amigos porteños de Gran Bretaña, también se hacían eco del regocijo: el intercambio comercial estaba de parabienes. Un grupo de comerciantes ofreció un banquete en el Hotel de Faunch. Las paredes del comedor estaban cubiertas con las banderas de todas las naciones importantes, al lado de retratos de Bolívar y de Sucre. Como correspondía, la banda tocó "*God save the King*" al brindarse por el Rey de Inglaterra. En otro banquete los mercaderes porteños elevaron un brindis en homenaje a Canning: "*¡Primer estadista del mundo, honorable George Canning, fiel amigo de la libertad!*".²

Los festejos populares, en otros lugares, eran menos anglófilos. El coronel Ramírez, de pie en un palco del Teatro Argentino, leyó el "Boletín Oficial" que informaba de la batalla de Ayacucho, mientras la concurrencia, presa de frenesí, vivaba a Bolívar y Sucre. El pueblo porteño se volcó a las calles, a los cafés, a las plazas. Los cohetes que surcaban el cielo, y los pardos que danzaban con sus pifanos y cajas, así como los desfiles, se sucedieron durante tres noches. Los brindis por la patria embriagaron a la ciudad en éxtasis. El nombre de Bolívar era públicamente aclamado. El célebre Deán de la Catedral de Córdoba, don Gregorio Funes, era desde hacía un tiempo agente diplomático de Colombia ante el gobierno argentino en Buenos Aires. Ante su casa, en la calle Florida, una multitud reunida pidió su palabra. El Deán la arengó exaltando el nombre de Bolívar y Sucre e invitó a la muchedumbre a desfilar hasta la pirámide de Mayo.

¹ Gabriel Pené-Moreno, *Ayacucho en Buenos Aires*, p. 31, Ed. América, Madrid.

² José Antonio Wilde, *Buenos Aires desde setenta años atrás*, p. 131, Ed. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948.

2. El partido rivadaviano.

Pero no todo Buenos Aires participaba del júbilo popular. El partido rivadaviano, hechura misma del interés portuario y europeizante, observaba con reserva el espléndido triunfo de las armas americanas. La estructura geoeconómica de la región del Plata encierra uno de los secretos de su historia política. La fertilidad pampeana que había reproducido las siete vacas de la Conquista en millones de cabezas de ganado, la proximidad del puerto y la ciudad de Buenos Aires, habían impreso a sus clases dominantes un acusado sello regionalista.

El poder de hacendados y comerciantes estaba concentrado en "una pradera, una ciudad y un puerto"¹ contiguos y fabulosamente ricos. El resto de la heredad política hispánica era un pesado lastre, más bien orientado hacia el "hinterland" latinoamericano que hacia el Plata, salvo las provincias litorales con parecidas producciones a la de Buenos Aires, aunque sin su puerto y aduana: Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, recostadas sobre el río Paraná, cuya llave exterior estaba en manos de los portefíos. Este núcleo de ganaderos y mercachifles controlaba la situación, aunque con divergencias interiores.

El gobierno del general Las Heras estaba dominado por el partido rivadaviano y este partido buscaba obtener la paz con España mediante negociaciones, aunque fuese preciso pagar con dinero la independencia. No en vano Gabriel René-Moreno llama a Buenos Aires "*la ciudad mercante*".² Ese es, por otra parte, el rasgo más constante de toda su historia. Buenos Aires observaba con desconfianza todo lo americano. Por lo demás, los militares argentinos que habían militado en Perú con San Martín, eran antibolivarianos o "bolivárfagos" y se aliaban en este odio

¹ Síntesis de vigor demostrativo empleada por Reyes Abadie, Bruschera y Melogno en su excelente estudio sobre la Banda Oriental citado, y que se aplica análogamente a la Provincia de Buenos Aires.

² Cfr. Moreno, *ob. cit.*

a los rivadavianos del puerto. La noticia del triunfo de Ayacucho alarmó a las clases conservadoras de Buenos Aires. En su vecindario vivían varios miles de godos y "agodados", notoriamente protegidos por el gobierno de Rivadavia. Este don Bernardino había realizado en 1816, mientras San Martín y los americanos revolucionarios luchaban denodadamente por la independencia, una gestión humillante ante el pérfido Fernando VII en Madrid,¹ que lo retrata por completo.

3. Rivadavia se pone a los pies de Fernando VII.

En esencia, la gestión del "bolivárfago" de 1825 realizada ante la Corte absolutista de Fernando VII en 1816 es la siguiente. Rivadavia emprendió a espaldas de su gobierno, aunque en estrecha relación con los hombres de su partido, una insensata intriga destinada a coronar sobre las pampas del Río de la Plata a un vástago de Carlos IV, el infante Francisco de Paula, hermano menor de Fernando VII. Las negociaciones comenzaron cuando la familia real vivía en su exilio de Roma.

El socio de Rivadavia en la extravagante aventura era el hijo del conde Cabarrús, aquel colega de los ministros ilustrados del gabinete de Carlos III. El hijo de Cabarrús era un aventurero inescrupuloso, "pillete aristocrático", según la palabra de López, merodeador de las alcobas reales en media docena de cortes europeas, amigo de la franquachela y del dinero fácil, cuya hermosa hermana había sido amante de Barrás y amiga de Tayllerand en los días convulsos de la Revolución y del que no se sabía en verdad si era francés o español. Cabarrús pertenecía al círculo íntimo de Carlos IV y Godoy y se había comprometido,

¹ V. los detalles de este episodio tragicómico de Rivadavia en López, *ob. cit.*, Tomo V; Busaniche, *Historia argentina, ob. cit.*; Documentos inéditos acerca de la Misión del doctor don Manuel José García, Diputado de las Provincias Unidas en la corte del Janeiro. Epoca de Pueyrredón, Buenos Aires, Imprenta de Juan A. Alsina, 1883; Moreno, *ob. cit.*

mediante importantes sumas, a llevar a Buenos Aires a Francisco de Paula.

De ese modo Rivadavia lograría neutralizar con esta intriga la hostilidad de la reacción europea hacia las colonias en rebelión y obtener el libre comercio con Inglaterra. La maniobra había sido sugerida por Lord Strangford, ya que la política inglesa de ese momento era establecer una monarquía en Buenos Aires, cesar la guerra con España y obtener del legitimismo español por esa mediación británica las concesiones comerciales requeridas, objetivo supremo de Gran Bretaña. Toda la negociación fracasó con la derrota de Napoleón. Fernando se instaló de nuevo en el trono de Madrid. Rivadavia entonces obtuvo en Londres un salvoconducto para viajar a Madrid y arrojarle a los pies de Fernando VII.

4. Cortesanos y toreros.

El rey absoluto vivía rodeado de una crápula de toreros y chulos que alborotaban los despachos y aposentos reales: allí, todo *"era grosero y temible... Los Calomardes, los Chamorros y los toreros constituían la baja entidad del gobierno en la alcoba del nuevo rey... de índole astuta y feroz"*.¹ En sus memoriales escritos en Madrid al ministro de Fernando, Cevallos, dice Rivadavia: *"La misión de los pueblos que me han diputado se reduce a cumplir con la sagrada obligación de presentar a los pies de S.M. las más sinceras protestas de reconocimiento de su vasallaje...² felicitándolo por su venturosa y deseada restitución al Trono y suplicarle humildemente el que se digne, como padre de sus pueblos, darles a entender los términos que han de reglar su gobierno y administración"*.

El intercambio de notas entre Rivadavia y Cevallos, la insolencia y desprecio del ministro absolutista por el americano lacayuno y las reiteradas muestras de acatamiento de Rivadavia ante los Reales calzados de Fernando están

¹ López, *ob. cit.*, Tomo VI, p. 23.

² Moreno, *ob. cit.*, p. 273.

fuera de toda imaginación, sobre todo en la Argentina, donde este individuo ha sido elevado por la oligarquía al pedestal de los fundadores de la patria. La respuesta final del ministro Cevallos era previsible: ordenó la expulsión de Rivadavia del territorio español, ahorrándole, en gracia a su servilismo, el envío a los presidios españoles del Africa.

El hundimiento de la intriga obligó a Rivadavia, al informar a Manuel José García del fracaso de su misión, a decirle lo siguiente: "*Usted me dispensará el que le suplique que de toda esta exposición haga el uso más prudente y reservado posible, pues a Buenos Aires no escribo más claro: creo que debo omitir cuanto pueda exasperar y me sea lícito sigilar; así, doy el parte oficial más circunspecto*".¹ Tal era el Señor Rivadavia, "*personaje de tono clásico y de maneras teatrales... que convencido de su importancia vivía en profundas meditaciones*"², dios de los importadores ingleses, enemigo de San Martín y de Bolívar, personaje al que pronto veremos entregar la Banda Oriental a la "independencia inglesa" y que recibió la victoria de Ayacucho como un acontecimiento perturbador.

¹ *Ibíd.*, p. 289.

² Era tan feo que sus adversarios aldeanos le llamaban el "sano del diluvio". Vestía casaca redonda y espadín de traje de etiqueta cuando ejercía algún cargo público. Su figura tornábase ridícula cuando aparecía con su calzón tomado con hebillas y las medias de seda negra que ponían de relieve el vientre enorme y las flacas piernas. El espectáculo adquiría un tono patético por el aire presuntuoso y distante de Don Bernardino. Era la mejor encarnación de la "nobleza de toga" formada en las Universidades coloniales. Lejos de representar el espíritu revolucionario del "jacobinismo", como lo creerán cándidamente los liberales del tipo de José Ingenieros y los nacionalistas oligárquicos como Federico Ibagüen; Rivadavia expresaba en el Río de la Plata la contrarrevolución. "*Había visto en Francia que la reforma y las libertades constitucionales eran allí una consecuencia inmediata de la política de reducción contra los atentados de la licencia democrática y del régimen militar provocados por la Revolución Francesa, Y él, que por genio, por educación y por propósitos había mirado siempre con aversión los espantosos escándalos de la demagogia, sintió retempladas con eso sus viejas tradiciones españolas y el temperamento aristocrático de su espíritu*", López, *ob. cit.*, Tomo IX, p. 64.

5. Rivadavia frente a San Martín y Bolívar.

El cónsul norteamericano en Buenos Aires, John Murray Forbes, escribía a su Secretario de Estado, Adams: *"Esta ciudad recibió loca de alegría la más importante noticia del Perú que jamás haya conmovido el corazón de este pueblo. . . salvas de artillería en el Fuerte, fuegos de artificio por todos lados y acordes musicales por todas las bandas militares, acompañados por aplausos y cantos patrióticos de centenares de ciudadanos, por todos los ámbitos de la ciudad"*. Añadía significativamente: *"Hay personas de alto rango que han recibido la gloriosa noticia con reacciones equívocas, consternados por el anuncio de los patriotas de una próxima visita del gran regenerador, único que sería capaz de cambiar aquí la opinión pública"*.¹

Mientras el pueblo de Buenos Aires celebraba conmovido la victoria de Ayacucho, los ingleses se ocupaban de cosas prácticas. Se firmaba el Tratado de amistad y comercio con Gran Bretaña: ésta reconocía diplomáticamente, en cambio, a las Provincias del Río de la Plata. El tratado era del mismo género que el firmado poco antes en Colombia y que mereció el conocido juicio de Bolívar. Pero

¹ John Murray Forbes, *Once años en Buenos Aires*, p. 340, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1956.

Gabriel René-Moreno recuerda en su obra la campaña sistemática de la prensa porteña contra Bolívar en "El Argos" y "El Nacional", papeles oficiales del ministerio rivadaviano. *"El grupo de intelectuales de "El Nacional" era, sin disputa, la nata del unitarismo trascendente. Así califico al porteñismo, autor de los dos desasistimientos de Norte y de Oriente en las Provincias Unidas, para los fines de una hacedera hegemonía concéntrica; así califico al porteñismo del apartamiento del Plata en América para la más peculiar y expedita europeización de brazos, capitales y comercio. Los contrarios, es decir, los amantes de la gran Patria argentina, promotores en Buenos Aires de la reconstrucción nacional en forma federativa dentro de los límites y con los vínculos del virreynato, mirando hoy más que nunca en menos aquellas ideas y miras bonaerenses, sentíanse firmes, alentando unidos con la muchedumbre que celebraba en calles y plazas la victoria de América. Pero es la verdad que social y políticamente nunca pasaron de ser una porteña minoría. . . bien pronto, junto con la propia muchedumbre, fué esa minoría arrollada en la provincia por el particularismo positivista del otro bando"*: Moreno, *ob. cit.*, p. 65.

en Buenos Aires no se libraba ninguna batalla por la independencia y tampoco había en la "ciudad hanseática" ningún Bolívar. El general San Martín había abandonado el país con riesgo de su vida, vencido por Buenos Aires, y era un proscrito en Europa.

Poco antes el Deán Funes escribía al ministro Mosquera: "*El General San Martín se halla aquí: es muy menuada la acogida que se le ha hecho. Parece que el 15 de este se embarca para Londres llevando consigo a su hija*".¹ El odio rivadaviano a San Martín no era inferior al profesado a Bolívar.

6. La tutela marítima inglesa.

Las rivalidades anglo-yanquis de la época permiten conocer en la correspondencia oficial de Mr. Forbes una opinión sobre el tratado anglo-porteño: "*Su ostensible reciprocidad, escribe a Adams en una carta particular, es una burla cruel de la absoluta falta de recursos de estas provincias y un golpe de muerte a sus futuras esperanzas de cualquier tonelaje marítimo. Gran Bretaña empieza por estipular que sus dos y medio millones de tonelaje, ya en plena existencia, gozarán de todos los privilegios en materia de importación, exportación o cualquier otra actividad comercial de que disfruten los barcos de construcción nacional y a renglón seguido acuerda que los barcos de estas provincias (que no tienen ninguno) serán admitidos en iguales condiciones en los puertos británicos, y que sólo se considerarán barcos de estas provincias a aquellos que se hayan construido en el país y cuyo propietario, capitán y tres cuartas partes de la tripulación sean ciudadanos de estas provincias. ¿Cómo podrá esta pobre gente del Río de la Plata encontrar un motivo para construir barcos a un costo que sería el triple o el cuádruple de su precio en Europa para entrar en estéril competencia con tan gigantesco rival?*"²

¹ Archivo de Funes, ob. cit., Tomo III, p. 163.

² Forbes, ob. cit., p. 346. El comercio libre inaugurado por la revolución de Mayo y confirmado por este tratado, permitiría la lle-

Esta sencilla argumentación todavía despierta el lógico furor de las oligarquías latinoamericanas, a un siglo y medio de la independencia política. Los propios norteamericanos, desaparecido su rival británico, ocupan el mismo lugar y practican la misma política que los Canning del siglo XIX.

7. Los intereses porteños y el Alto Perú.

La sombra de Bolívar se agigantaba. En los periódicos gubernamentales se comenzaba a criticar cada vez con más aspereza al Libertador. Se le atribuían miras "imperialistas", que es el único antiimperialismo que se permiten los cipayos de todas partes y en todo tiempo.¹ Se advierte al mismo tiempo que el gobierno de Rivadavia nada disponía para actuar contra el Mariscal Olañeta que guardaba después de Ayacucho su dominio sobre las provincias alto-peruanas. A título simbólico, proveyó dinero y recursos para 600¹ hombres de infantería y caballería que con las milicias salteñas al mando del general Arenales vigilaban la frontera del Norte argentino.

De este modo, la estrategia porteña buscaba garantizar esa frontera y que Sucre y Bolívar terminasen a su costo la independencia. Pero el Congreso reunido en Buenos Aires contaba con algunos diputados que no eran porteños: el diputado Castro afirmó: "*Yo no me propuse solamente que nos pusiéramos a la defensiva; me propuse algo más. Me proponía, como necesidad del momento, no solamente la defensa de nuestro territorio libre, sino la restitución de nuestro territorio ocupado... en todos los casos en que han podido pronunciarse esas provincias, hoy ocupadas*

gada a Buenos Aires, como al Brasil, de los artículos más inverosímiles de origen británico, entre ellos patines para hielo y braseros de hierro. V. Kauffmann, *ob. cit.*, p. 141.

¹ La prensa chilena juzgaba a Bolívar con idéntica desconfianza que sus colegas del Río de la Plata. En el diario "El Liberal", octubre de 1824, advertían a Bolívar: "*El día que Bolívar quisiese adoptar el sistema monárquico sería el último de su poder y de su gloria*". Cit. por Carlos A. Villanueva, *El Imperio de los Andes*, p. 99, Ed. Paul Ollendorf, París, 1913.

por el enemigo, se han pronunciado como parte integrante del territorio nuestro, por lo que en esta suposición nuestros congresos y asambleas han nombrado por ellas suplentes, y a su nombre también ha sido declarada la independencia del país".¹

Tal era la posición nacional, la que asimismo sostendrá Bolívar pero que rechazaba la mayoría rivadaviana del Congreso Nacional y el propio Poder Ejecutivo, aunque parezca inverosímil. Pues en efecto, muerto Olañeta por sus propios partidarios, Sucre ocupa con sus fuerzas, después de Ayacucho, todo el territorio del Alto Perú. La presencia triunfante de Bolívar en todo el continente no podía sino obstaculizar los planes monárquicos europeos de la camarilla de Rivadavia. ¡Y esas provincias del Alto Perú, con sus "cuicos" e indios!

8. Europa y la Independencia.

El Deán Funes, agente diplomático de Colombia en Buenos Aires, le escribe a Mosquera, ministro de Relaciones Exteriores de Bolívar: "*En una de las conferencias que he tenido con el Ministro [me ha dicho] que la causa de nuestra independencia ha de venir terminada de la Europa. Esta expresión me hizo estremecer*". Y agregaba: "*La opinión más general es que se trata de coronar aquí al Infante D. Francisco de Paula. No estoy ajeno de creerlo, pero me inclino más a que nuestra causa se ha puesto en manos del gabinete inglés. Hacen pocos días que partió para aquella Corte el Coronel Alvear en calidad de Plenipotenciario. Amigo, yo veo esto de muy mala data y no encuentro dónde fijar el pie, sino es en el consuelo de nuestro Libertador. Nada me fio de los ingleses*".²

El General O'Leary, edecán del Libertador, comentando las presiones extranjeras sobre la política americana

¹ Moreno, *ob. cit.*, p. 44. A raíz de la llegada de una falsa noticia informando de un triunfo realista en Ayacucho, los godos de Buenos Aires andaban esos días "muy gallos y tiesa la cresta", según la expresión popular de la época.

² *Archivo Funes*, Tomo III, p. 226.

respondía al Deán: "*Convengo con usted que las repúblicas nuevas deben desconfiar enteramente de la mezquina y siniestra política de los gabinetes europeos. Estos no consultan sino sus propios intereses*".¹

La tendencia invariable de la burguesía porteña era reducir en todo lo posible el área territorial, conservar el puerto y la Aduana en sus manos, que proveían la mayor parte de los recursos fiscales y librar a su suerte a las provincias mediterráneas, que carecían de productos exportables. El Alto Perú se volvía así una carga irritante para los porteños.

9. El Alto Perú en el antiguo Virreynato.

Hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, el Alto Perú estuvo políticamente subordinado al Virreinato con sede en Lima. La economía altoperuana hasta esa fecha estaba interrelacionada tanto con el Bajo Perú como con las provincias del Litoral que llamaríase luego argentino, y naturalmente con Córdoba, Salta, Tucumán y Jujuy. El comercio de mulas destinadas a las necesidades de la minería altoperuana adquirió una notable importancia económica. Nacidas en Buenos Aires, Santa Fe y Corrientes, las mulas invernaban en los potreros de Córdoba y pasaban por otros seis meses a Salta. En esta última provincia se verificaba anualmente una feria gigantesca donde se vendían hasta 60.000 mulas.²

Este comercio vitalizaba los vecindarios de las numerosas poblaciones que intervenían en su tránsito, fueran abastecedores de troperos, postas o intermediarios. Jujuy abastecía al Alto Perú con su ganado vacuno, destinado a los trabajadores de las minas de plata del Potosí. Además de la minería, las provincias alto peruanas contaban con una importante industria textil en Cochabamba, que abas-

¹ *Ibid.*, p. 167.

² Concolorcorvo, *El Lazarillo de ciegos caminantes*. Desde Buenos Aires a Lima, 1773, p. 96. Ed. Ministerio de Instrucción Pública, Montevideo, 1963.

tecía con sus telas bastas a la población indígena, vendiendo sus tucuyos, bayetas y sombreros.

Pero la minería era sin duda la principal fuente de recursos del Alto Perú. Con la plata del cerro de Potosí adquiriría los artículos industriales o alimenticios que necesitaba. La rutinaria explotación técnica de las minas a lo largo de tres siglos, no obstante, determinó una decadencia en la prosperidad del Alto Perú.¹ Al crearse el Virreinato del Río de la Plata, el empobrecimiento era notorio. El nuevo Virreinato que dará al puerto de Buenos Aires una importancia económica y política decisiva, acentuará la declinación altoperuana, así como pondrá de relieve el comienzo de la crisis en las provincias industriales de la era colonial. A través de Buenos Aires ingresan artículos de origen europeo y se derraman por el Litoral. Las provincias del Norte compiten ventajosamente con las industrias de provincias que se mantenían abasteciendo el Litoral y el Alto Perú. De este modo, si Buenos Aires y el Litoral antes de la creación del Virreinato del Río de la Plata eran mercados consumidores de los productos industriales del Tucumán, a partir de la apertura del comercio español europeo por el Río de la Plata, Tucumán y las restantes provincias del Centro y el Norte se convertirán en mercados consumidores de los productos europeos entrados por Buenos Aires. Tan sólo la debilidad constitutiva de la industria española para proveer en gran escala a las colonias americanas, pudo proteger indirectamente a las industrias criollas. La revolución de Mayo de 1810, con la aparición del comercio inglés, asestará a esas industrias un golpe de muerte.

10. Los indios mitayos.

En las minas altoperuanas trabajaban más de 15.000 indios mitayos, que eran reemplazados a medida que morían en el fondo de las minas. Los antiguos súbditos del

¹ Horacio William Bliss, *Del Virreynato a Rosas*, p. 69, Ed. Richardet, Tucumán, 1959.

Imperio incaico estaban obligados a prestar servicio forzoso en la extracción de mineral. Fueron inútiles todas las tentativas jurídicas de la Corona para reducir la crueldad de ese gigantesco proceso de genocidio.¹ Tanto los españoles como los criollos de las clases propietarias de minas en el Alto Perú frustraron por su peso social toda tentativa de reforma. Aquellos indios que no morían en las minas, eran retenidos con diversos pretextos, cuando habían cumplido ya su turno, hasta que morían trabajando.

Al anunciarse los llamados a una mita, parte de los indios abandonaban a sus mujeres e hijos y se escondían en la cordillera. Eran buscados con milicias armadas y tropas de reserva, con la ayuda de caciques de indios (verdaderos cipayos quechuas) hasta que se reducía por la fuerza a los alzados. *“Así, los mitayos eran conducidos a la muerte con seguridad, sin dejar de oír misa los domingos”*.² Cuando llegaba el momento de concurrir a la mita, los indios que no habían huído salían a la plaza acompañados de sus padres, parientes y amigos. Se abrazaban mutuamente entre lágrimas y sollozos, después de recibir la bendición del cura ante la puerta de la Iglesia: *“aumenta lo funesto y lúgubre de esta escena el son de los tamborillos y de las campanas que empiezan a hacer la señal de rogativas”*.³

La mayor parte no regresaba jamás. Se llegó a temer la extinción de la población indígena.⁴ Los propietarios mineros se disputaban con los propietarios de tierras la mano de obra indígena, lo que origina muchos conflictos en la política lugareña altoperuana.

¹ Ricardo Levene, *Investigaciones acerca de la Historia Económica del Virreynato del Plata*, Volumen II, p. 164, Ed. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, 1928.

² Cfr. Gabriel René-Moreno, *Bolivia y Perú, Notas históricas y bibliográficas*, 2ª ed., Santiago de Chile, 1905.

³ Lynch, *ob. cit.*, p. 170.

⁴ Tres siglos después del célebre debate de Valladolid entre Bartolomé de las Casas y Juan de Sepúlveda sobre los indios, se planteaba la cuestión. El fiscal en la Audiencia de Charcas y defensor de indios Victoriano de Villalba sostenía que la mita había logrado prevalecer porque *“la causa de los ricos siempre tiene mu-*

11. Antagonismos económicos en el Alto Perú.

La decadencia económica de esta región era irremediable.¹ Faltaban capitales para modernizar la explotación de las minas y la agricultura era primitiva. La expoliación de los indígenas no podía suplir la impericia, la abulia y el estilo rentístico de existencia de las clases altas del Alto Perú. Por otra parte, el librecambismo porteño y su desdén por las provincias de "arriba" chocaban con los intereses textiles de Cochabamba. Los mineros altoperuanos, debe añadirse, preferían adquirir el azogue para extraer la plata mediante el método de la amalgama, producido por las minas peruanas de Huancavélica, en lugar de comprar ese mismo mineral procedente de Europa a través de Buenos Aires, distante de Potosí más de 400 leguas. Así apareció en esa oportunidad una tendencia separatista, reforzada por la perspectiva de adquirir una salida sobre el Pacífico para su comercio. Del mismo modo que Buenos Aires no ofrecía ninguna ventaja económica a las provincias del Norte, las clases dominantes altoperuanas tampoco veían con interés una vinculación subordinada a Buenos Aires. Era notorio que una relación dependiente de Buenos Aires en 1825 había resultado funesta para las provincias llamadas ahora argentinas; y el Alto Perú sacó todas las conclusiones de este hecho.

chos abogados y la de los infelices apenas halla procuradores". En el Intendente de Potosí se encarna otro Ginés de Sepúlveda: Francisco de Paula Sanz ataca al Fiscal afirmando que los indios "realmente no habían progresado desde los días de la conquista y no eran menos ociosos y estúpidos que antes. Admitida esa holgazanería, el servicio de la mita era útil y conveniente para los indios, pues los ponía en contacto con la sociedad civilizada y los hacía trabajar por un salario", Lynch, ob. cit., p. 172.

¹ El Capitán Joaquín Artachu era considerado el hombre más rico de Chuquisaca: tenía 200.000 pesos. Con 400 pesos anuales vivía en esa ciudad una familia de la clase "decente". V. Alcides Arguedas, *Historia de Bolivia. La Fundación de la República*, p. 28, Ed. América, Madrid.

12. El separatismo altoperuano.

Si Buenos Aires no lograba dominar militarmente a las provincias del interior alzadas contra su usurpación, mucho menos estaba interesada en ampliar la órbita de sus problemas. La burguesía porteña carecía de todo concepto territorial de la Nación, ya que todos sus intereses la proyectaban hacia Europa. En tales circunstancias, el general Arenales escribe al gobierno pidiendo órdenes, pues "hombres sediciosos" promueven en el Alto Perú su separación de las Provincias Unidas.¹

Sucre escribe, por su parte, a Bolívar: "Parece que la provincia de Buenos Aires ha calculado que no está en sus intereses la reunión de estas provincias a la República".² Las clases privilegiadas altoperuanas, por su parte, de antiguo agodadas y enemigas de la liberación de los indios, contemplan con temor la reincorporación a las Provincias Unidas. Allí existe un gobierno porteño que no controla la mayor parte de las provincias, dirigidas por caudillos militares armados y democráticos que podrían triunfar un día u otro y arrasar con la condición semi-servil de la mayoría de la población del Alto Perú. Sus intereses, por lo demás, se radican en el comercio con el Pacífico y advierten en el separatismo indudables ventajas para conservar sin intrusiones peligrosas de ningún poder central sus privilegios de comercio, de casta y de clase. El intérprete de estos intereses ante el general Sucre será el joven abogado Olañeta, sobrino del Mariscal.

Olañeta era un sinvergüenza locuaz, un maniático de la intriga. Había ocupado puestos públicos secundarios durante el gobierno español, pero cuando la suerte militar de su amado tío se volvió incierta, lo traicionó, pasándose al bando patriota. Se hizo confidente de Sucre y "le dio al

¹ Moreno, *Ayacucho en Buenos Aires*, p. 104. Se tendrá presente que el general Arenales operaba sobre Salta, donde los intereses regionales presionaban para mantener unidas al territorio nacional las provincias del Alto Perú.

² *Ibid.*, p. 127.

gran mariscal extensas y exactas noticias del estado en que se hallaban las tropas realistas".¹

Este Olañeta era el característico abogaducho colonial que describe Gonzalo Bulnes, "sofístico, intrigante, subterráneo" producido por la ciudad universitaria y aristocrática de Chuquisaca. Allí vivían los opulentos mineros de Potosí, atraídos por su clima más suave y por la fama de la Atenas del Plata, como se la llamaba. Chuquisaca contaba con 20.000 habitantes, "con sola la mitad presentables, porque la otra mitad se componía de indios, de negros y de castas".² Olañeta pertenecía a la "mitad presentable" del Alto Perú y en tal carácter asumió la voz de los mineros y terratenientes que abogaron ante Sucre por declarar la independencia con respecto al Río de la Plata. Bolívar en el Perú, absorbido por los numerosos problemas de la Gran Colombia, había dejado a Sucre la tarea de ocupar militarmente las provincias altoperuanas. El vencedor de Ayacucho decidió, ante las presiones que lo agobiaban y en las que él creía ver la opinión de "los pueblos", convocar a un Congreso a las provincias altoperuanas, para "decidir de su suerte" y "sancionar un régimen de gobierno provisorio".³

13. El nacionalismo latinoamericano de Bolívar.

Inmediatamente el ministro de Guerra de Bolívar, general Tomás Heres, escribió a Sucre por orden del Libertador reprobando la idea "de que fuese el pueblo de las cuatro provincias del Río de la Plata al que se debía dejar la libertad de constituirse, porque esto habría sido dar un terrible ataque a los derechos de la nación argentina e infringir el de gentes, reconocido hasta hoy en la América antes española; V.S., dando el decreto de que habla para reunir una Asamblea de las provincias del Alto Perú, co-

¹ Sabino Pinilla, *La creación de Bolivia*, p. 102, Ed. América, Madrid.

² Gonzalo Bulnes, *1810, Nacimiento de las Repúblicas americanas*, Tomo I, p. 244, Librería La Facultad, Buenos Aires, 1927.

³ Pinilla, *ob. cit.*, p. 107.

mete un acto de formal reconocimiento de su soberanía... Si se reuniese esta Asamblea se daría a los pueblos todos un funesto ejemplo, que vendría a debilitar la asociación y a fomentar la anarquía... S.E. (Bolívar) me manda decir a V.S. que el asunto de las cuatro provincias del Alto Perú debe quedar in statu quo, sin hacer innovación alguna que, directa o indirectamente pueda perjudicar los derechos de las Provincias Unidas del Río de la Plata".¹

Sucre quedó alelado ante esta actitud del Libertador. Era muy cierto que desde el momento en que el Gran Mariscal de Ayacucho asumió el gobierno militar del Alto Perú había insistido ante Bolívar pidiendo instrucciones sobre las medidas políticas que debía adoptar. Bolívar se había mantenido en silencio. Pero cuando Sucre resolvió actuar por sí mismo y convocar el Congreso Altooperuano, Bolívar descargó un rayo sobre él. Al responderle a su fiel lugarteniente, que poco entendía de política, Bolívar evoca sus viejas lecturas francesas: *"Yo mismo no sabía lo que debía decir a usted... Rousseau aconseja que cuando se ignore lo que se debe hacer, la prudencia dicta la inacción para no alejarse uno del objeto a que se dirige; porque puede uno adoptar mil caminos inciertos en lugar del único que es recto".²*

Pero la clara exposición de la política bolivariana frente a las provincias altooperuanas la formulará el Libertador en una carta del 2 de febrero de 1825 a Sucre: *"Ni usted, ni yo, ni el Congreso mismo del Perú, ni de Colombia, podemos romper y violar la base del derecho público que tenemos reconocido en América. Esta base es, que los gobiernos republicanos se fundan entre los límites de los antiguos virreynatos, capitanías generales, o presidencias como la de Chile. El Alto-Perú es una dependencia del Virreynato de Buenos Aires: dependencia inmediata como la de Quito de Santa Fe. Chile, aunque era dependencia del Perú, no estaba separada de él algunos años antes de la revolución, como Guatemala de la Nueva España. Así*

¹ Pinilla, ob. cit., p. 125.

² O'Leary, ob. cit., p. 444.

es que ambas a dos de estas presidencias han podido ser independientes de sus antiguos virreynatos; pero ni Quito ni Charcas pueden serlo en justicia, a menos que por un convenio entre partes, por resultado de una guerra o de un congreso se logre entablar y concluir un tratado. Según dice usted, piensa convocar una asamblea de dichas provincias. Desde luego, la convocación misma es un acto de soberanía. Además, llamando usted estas provincias a ejercer su soberanía, las separa de hecho de las demás provincias del Río de la Plata. Desde luego, usted logrará con dicha medida, la desaprobación del Río de la Plata, del Perú y de Colombia misma, que no puede ver ni con indiferencia siquiera, que usted rompa los derechos que tenemos a la presidencia de Quito por los antiguos límites del antiguo virreynato. . . Yo he dicho a usted de oficio lo que usted debe hacer, y ahora lo repito. Sencillamente se reduce a ocupar el país militarmente y esperar órdenes del gobierno".¹

14. La oligarquía de Buenos Aires renuncia al Alto Perú.

Pero Bolívar estaba equivocado, no en su concepción de la cuestión nacional en América Hispánica, sino en la actitud que iría a adoptar la burguesía porteña. Nadie, ni siquiera el Libertador, podía concebir, a pesar de lo bien que conocía Bolívar el carácter político y social de la oligarquía en el Plata, que ésta renunciara espontáneamente a la reincorporación del Alto Perú a la soberanía argentina. Pero así ocurrió, en efecto. Al informarse el Congreso rivadaviano de los acontecimientos de Ayacucho, resolvió enviar una delegación formada por el general Alvear y Alvarez Thomas a cumplimentar a Bolívar sobre sus triunfos.

Al mismo tiempo, debía solicitar al Libertador su apoyo para concluir la guerra con el Imperio del Brasil, que ocupaba la Banda Oriental. En el mismo acto, el Congreso

¹ O'Leary, *ob. cit.*, p. 439.

rivadaviano declaraba el 9 de mayo de 1825. *“que aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a la Argentina, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte, según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad”*.¹

Esta resolución ratifica la posición separatista asumida por Sucre, que recusaba la política bolivariana de conformar grandes Estados en la América Meridional y confederarlos a todos ellos. El gobierno rivadaviano, que no era representativo de las provincias por lo demás, envió a Sucre una nota felicitándolo *“por la habilidad y buen juicio con que ha sabido garantizar los derechos de los pueblos que ha libertado”*.²

La rica factoría porteña se encogía de hombros, estrechaba los cordones de su bolsa y dejaba a los “cuicos” que se las arreglasen solos.³

Alborozado, Sucre se dirigió a su jefe, subrayando con ingenua satisfacción su acierto: *“Los documentos oficiales que hoy remito manifestarán a usted que mis pasos, en lugar de ser falsos, como antes se creyó, han marchado sobre conocimientos del estado del país, y que el Congreso y el Gobierno argentinos, no sólo han confirmado, sino que han aplaudido mi conducta”*.⁴

¹ Pinilla, ob. cit., p. 139.

² *Ibid.*

³ El general Juan Bautista Bustos, Gobernador de Córdoba, escribió al Deán Funes: *“Soy de opinión que los pueblos del Perú no se unen a nosotros y las razones que pesan en mi juicio son las siguientes: 1º Haber sido libertados por las tropas de Colombia, sin sufrir estragos y saqueos, una oposición cuasi natural hacia estos pueblos de abajo y principalmente a esa Provincia (Buenos Aires). 2º Que los ejércitos nuestros que han subido, no han servido para otra cosa que para dar más fuerzas al enemigo y hacer bastantes estragos en los hijos de aquel país, tanto en sus intereses, cuanto en sus personas y familias. 3º La inmoralidad que han acostumbrado, en aquellos destinos que es lo que más separó a los peruanos de nuestras tropas y hasta hoy en el día cuando ven alguno de estos pueblos preguntan si es Porteño Judío y así otras mil razones que me confirman en mi opinión”*. V. Archivo de Funes, T. III, p. 379.

⁴ Pinilla, ob. cit., p. 140.

La provincia de Tarija, por exigencias de Bolívar, no quedaba incluida en la maniobra separatista. Pero se perdió al año siguiente de la soberanía argentina, casi al mismo tiempo que la Banda Oriental. ¡Bolívar no podía creer en la resolución porteña!¹ No repuesto aún de su sorpresa, al festejar la llegada de la misión argentina encabezada por Alvear en Potosí, el Libertador brindó por "el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata cuya liberalidad de principios es superior a toda alabanza y cuyo desprendimiento con respecto a las provincias del Alto Perú es inaudito".² ¡Inaudito! Tal era en efecto el desprendimiento de la oligarquía porteña, que si carecía de concepto territorial de la Nación era justamente porque no era una clase nacional, ya que la noción del espacio geográfico soberano aparece cuando se han generado las condiciones de producción capitalista requeridas para ese espacio o cuando el interés dinástico anticipa las condiciones políticas de esa soberanía.

El regionalismo-exportador en América Latina demostraría que sólo era apto para formar Estados, en modo alguno Naciones.³

15. Las provincias altoperuanas constituyen la República Bolívar.

Convocada por Sucre, la Asamblea de diputados del Alto Perú postergó su reunión durante una semana, a la espera de las noticias que se aguardaban de Buenos Aires. El 17 de julio se supo oficialmente que el Puerto se desentendía del destino de las provincias altoperuanas. Ebrios

¹ "Bolívar miró la noticia de esta ley como una patraña que habían forjado en Córdoba o Salta. ¡No lo podía creer! Tuvo Sucre que enviarle en copia auténtica los documentos. Se rindió entonces a la evidencia": Moreno, *ob. cit.*, p. 17.

² Busaniche, *ob. cit.*, p. 209.

³ El diario rivadaviano "El Nacional" se preguntaba el 16 de marzo de 1826 si el Dean Funes podía y debía ser diplomático de un "gobierno extranjero". Funes respondió en "El Ciudadano": "Sí,

de alegría, los diputados separatistas se dispusieron a crear una nueva "Nación". A pesar de las simpatías de Sucre por esta solución, la Asamblea de encomendados y abogados abrigaba el temor de que Bolívar se resistiese a aprobar el proyecto. Comenzó entonces la "deificación" de Bolívar. La Nación soberana cae de rodillas ante el Libertador, "*padre común del Perú*", dice la Asamblea en una resolución, *del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar. Con Vuestro favor lo mandaremos todo, todo lo somos con su ayuda...*"¹

Concluyeron solicitando del Libertador un proyecto de Constitución. Pretendían así ganarse la buena voluntad de Bolívar. Entre los diputados serviles no figuraba Murrillo, aquel soldado mestizo que se había hecho matar por los absolutistas por la libertad de América, ni el cura Muñecas. Eran los mineros, terratenientes, hacendados y verdugos de indios los que clamaban por la protección del Libertador victorioso. Asistía una "*selecta concurrencia y en que las damas de la alta sociedad no eran las menos recatadas para expresar con grandes aclamaciones su entusiasmo patriótico*".²

Presidía la Asamblea el Dr. José María Serrano, antiguo diputado por Charcas al Congreso de Tucumán, que en 1816 había declarado la independencia de las Provincias de Sudamérica, convertido ahora junto al traidorzuelo Olafieta en furioso separatista. Antes que Bolívar recibiese los plácemes aduladores, la Asamblea discutió la cuestión de crear un nuevo Estado. Resultaron mayoría los diputados que apoyaban la independencia del Alto Perú, seguidos por una minoría que sostenía la incorporación al Perú y por otra, menos numerosa todavía, que apoyaba

debe serlo, porque la causa de Colombia es la causa de las Provincias Unidas". Recuérdese a este respecto que Monteagudo había declarado que su patria era toda América y que San Martín estipuló en la Constitución del Perú que eran ciudadanos del Perú todos los nacidos en América: Mariano de Vedia y Mitre, *El Dean Funes*, p. 625, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1954.

¹ Arguedas, *ob. cit.*, p. 256.

² *Ibid.*

la reincorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata.

La Asamblea resolvió en definitiva fundar la República Bolívar, ofreciendo así su mayor tributo al Libertador. De acuerdo a tal resolución, Bolívar ejercería el supremo poder de la República por todo el tiempo que deseara residir en ella; fuera de su territorio, gozaría de los honores de Protector y Presidente.¹

16. Medallas y estatuas al vencedor.

Por añadidura, los cautelosos diputados resolvieron que el 6 de agosto, día del triunfo de Junín, sería declarado fiesta cívica, que el nacimiento del Libertador, también sería fiesta cívica después de muerto Bolívar (lo que revelaba gran altivez). Los retratos de Bolívar serían colocados en todos los edificios públicos; en cada capital de Departamento de la nueva República sería erigida una estatua ecuestre de Bolívar. Además, se le entregaría al Libertador una medalla de oro guarnecida de brillantes (del tamaño que fijase Sucre).

Para Sucre, los honores eran también considerables, aunque ligeramente menores. Por ejemplo, Sucre tendría también su estatua en cada Capital de Departamento, pero en vez de ser ecuestre, como la de Bolívar, sería sobriamente pedestre. La adulonería en el Alto Perú conocía todos los matices del arte. A Sucre también se le entregaría una medalla de oro; la capital de la nueva República llevaría su nombre y su aniversario de nacimiento sería fiesta cívica (después de su muerte). Al ejército vencedor de Ayacucho se le haría entrega de un millón de pesos; para conseguir esa suma los diputados solicitaban a Bolívar la gestión de un préstamo. Y para que nada quedase en el olvido, los diputados se asignaron enseguida dietas a sí mismos.

¹ Arguedas, *ob. cit.*, p. 263.

De este modo, el hombre que se proponía crear una gran nación latinoamericana era convertido en el fundador de una provincia erigida en Nación.

17. La actitud de Bolívar.

Bolívar concluyó aceptando la decisión de la Asamblea. Inició una gira triunfal por las ciudades de Bolivia, como finalmente llamóse a la nueva República. Repitió en la nueva Bolivia las medidas que había adoptado en Perú sobre la situación de los indios. Fue una ofensiva revolucionaria de leyes y decretos, que sucedía a la oleada jurídica de la Revolución de Mayo, la que a su vez prolongaba la legislación justiciera, aunque abstracta, de las Leyes de Indias. En esta materia, la Revolución hispanoamericana fue obra de abogados dispuestos a barrer con todo lo antiguo, menos con las relaciones de propiedad.

En 1811 y en 1813 el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata abolía los tributos indígenas, y declaraba extinguida la mita, la encomienda, el yaconazgo y el servicio personal de los indios "*bajo todo respecto, y sin esepuar aún el que prestan a las Iglesias*".¹

Pero, como dice Reyerros, "*a los encomenderos españoles, sucedieron los hacendados criollos*".² Bolívar prosiguió esta triunfal revolución sobre el papel, declarando extinguida en Bolivia la autoridad de los Caciques indígenas y declarando a todos los indios, ciudadanos. Vuelve a abolir el servicio personal, o pongo. La ley bolivariana "*se obedece pero no se cumple*", como en tiempos del Rey.

O se destruía de raíz la propiedad latifundista o la superestructura jurídica que pretendía elevar el Libertador serviría para solaz de los juristas. Así ocurrió en efecto. El mismo destino corrieron las peligrosas innovaciones

¹ Rafael Reyerros, *El pongueaje. La servidumbre personal de los indios bolivianos*, p. 139, La Paz, 1949. Este autor estima que durante tres siglos de régimen de la mita en Potosí murieron 8 millones de indios.

² *Ibíd.*, p. 140.

pedagógicas del extraordinario maestro de Bolívar, don Simón Rodríguez, venido a la América liberada para realizar bajo la protección de su antiguo discípulo sus proyectos educacionales.

18. Don Simón Rodríguez en el Alto Perú.

Organizador de la enseñanza en Bolivia, durante la presidencia de Sucre, que veía con temor sus atrevidas iniciativas, don Simón levanta el escándalo en la sociedad alto-peruana. Si Bolívar pretendía confederar a los Estados americanos, don Simón no abrigaba pretensiones menores. Se propuso en Bolivia *“educar a todo el mundo, sin distinción de razas ni colores... Sucre temía la confusión de las escuelas, porque ello equivalía a herir de lleno los prejuicios que imperaban en Bolivia. A don Simón poco importaban las protestas impertinentes contra todo lo que hacía y deshacía”*.¹

El pedagogo revolucionario, aquel ante quien Bolívar hacía veinte años había jurado en el Monte Sacro la libertad del Nuevo Mundo, tomaba al pie de la letra el juramento de su discípulo y sus propias ideas. Estableció en las escuelas bolivianas que fundó, la enseñanza de los oficios manuales, albañilería, carpintería y herrería junto a la instrucción primaria, *“lo que escandalizó a los padres de familia, que no querían ver a sus hijos convertidos en humildes artesanos, sino en literatos, doctores, escritores y tribunos”*.² Don Simón era llamado “loco” por las familias de la buena sociedad, indignadas al advertir a sus niños mezclados con indiecitos y cholos.

Pero don Simón tenía un concepto claro de su tarea: *“La intención no era, como se pensó, dirá luego, llenar el país de artesanos, sino instruir y acostumar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento. Era colonizar el país con sus pro-*

¹ Coya, ob. cit., p. 72,

² *Ibíd.*, 72.

pios habitantes". Como también alarmaba que incluyera niñas en las escuelas, agregaba: "*Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia*".¹ J. A. Cova lo llama "primer socialista americano". Educación de los sexos, oficios y artes para indios y cholos; tierras para siervos, este programa revolucionario superaba en la petrificada sociedad altoperuana todo cuanto pudiera imaginarse.

La pérfida aristocracia de esa aldea, que absorbía la sangre indígena desde hacía generaciones, no estaba dispuesta a tolerar al maestro, como no toleraría un minuto más de lo necesario al discípulo, según se verá luego. Para llevar a cabo la escuela reformadora del gran don Simón, era preciso que Bolívar hiciese la revolución agraria en el país que lleva su nombre, lo que el Libertador no hizo. ¡Una revolución disertante! De esas revoluciones América independiente sufrirá hasta el hartazgo en los próximos cien años. Y bien lo sabía don Simón cuando le decía en una carta a Bolívar: "*Sólo usted sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas es menester gente nueva; y que de la que se llama decente, lo que más se puede conseguir es el que no ofenda*".²

19. La Constitución Bolivariana.

Pero el hecho decisivo que pondrá en movimiento los múltiples factores de disolución de la Gran Colombia, es la Constitución que el Libertador ha redactado para la República de su nombre y que se propone hacer adoptar en Perú y Colombia. La célebre Constitución bolivariana dice en su parte esencial: "*Título V. Del Poder Ejecutivo. Art. 76: El ejercicio del Poder Ejecutivo reside en un presidente vitalicio, un vicepresidente y tres secretarios de Estado. Art. 77: El Presidente de la República será nombrado la primera vez por la pluralidad absoluta del cuerpo legis-*

¹ Cova, *ob. cit.*, p. 127.

² *Ibid.*, p. 87.

lativo. Art. 82: *Las atribuciones del Presidente son: Proponer a las Cámaras el vicepresidente. 3: Separar por sí solo al vicepresidente. Art. 80: Por renuncia, muerte o ausencia del Presidente, el vicepresidente le sucederá en el mismo acto*".¹

El texto de la Constitución cayó como un rayo sobre las diversas fracciones de las políticas lugareñas. Gil Fortoul escribirá que "*el autoritarismo paternal de Bolívar se hubiera sustituido al régimen español... era en realidad la única transición razonable entre la Colonia y la República*".² La estructura social de la América independiente requería o la existencia de un poder económico centralizador, para recrear en su torno un Estado unificado o un poder político-militar que cumplierse un papel análogo. Pero se carecía de ambos factores por la debilidad constitutiva de la herencia legada por España. Bolívar pretendió sustituir aquellos factores por un monumento jurídico que no resistió la menor presión de los intereses reales. Su Presidencia vitalicia, que era una forma simulada de monarquía, fue resistida hasta por las armas por aquellos mismos terratenientes y comerciantes del partido santanderino que pocas décadas después serían la base del despotismo iletrado del Bisoñe Gómez, dictador de Venezuela durante más de treinta años.

Pero enfermo de la enfermedad jurídica del siglo y asediado por legiones de abogados chuquisaqueños y limeños (¿quién hubiera podido resistirlo?), Bolívar disfrutó raras horas de felicidad intelectual redactando una Constitución para su "amada" Bolivia".³ Embriagado por el honor bautismal que le conferían los astutos doctorcitos altoperuanos antes de traicionarlo, ya le falta muy poco al Libertador para medir la magnitud de su tragedia.

¹ Busaniche, *ob. cit.*, p. 224.

² *Ibid.*

³ El 14 de setiembre de 1830, en vísperas de morir, Bolívar escribía una carta a Santa Cruz donde concluía diciendo: "*Mil cariños de mi parte a mi Bolivia*". A fundador de provincias había quedado reducido el gran unificador.

CAPITULO VIII

BALCANIZACION EN EL PLATA

“Comparado aos demais Estados hispânicos, todos divididos, o Brasil, metade da América do Sul, era uma unidade singular e característica... Sempre aprendi que nossa política exterior se baseou em dos dogmas: o equilíbrio no Rio da Prata, indispensável à nossa segurança, e a aproximação com os Estados Unidos para que não ficássemos isolados no meio de uma América Espanhola unida. Não creio, hoje, que tenha havido tais diretrizes e que elas tenham sido sistematicamente seguidas. Creio mais numa admirável capacidade de improvisação e na extraordinária inteligência de alguns dos construtores desta política... Na defesa de nossa supremacia territorial ameaçada pela reconstituição do antigo Vice-Reinado do Prata, a política exterior brasileira não se guiou pela solução pacifista e jurídica, mas pela político-militar”.

José Honorio Rodrigues.

“La ciudad y territorio de Montevideo debería independizarse definitivamente de cada país, en situación algo similar a la de las ciudades Hanseáticas en Europa”.

Canning a Ponsonby.

Castlereagh, el verdadero político del gabinete británico, frío, reflexivo y poco inclinado a las aventuras marítimas, tenía muy presente que el interés británico en relación a las colonias españolas era puramente comercial. Eran necesarias como mercados, en modo alguno como territorios a conquistar. No podía descubrirse en este altivo legitimista la menor dosis de irracionalidad romántica. Ya la burguesía industrial había encontrado en la vieja aristocracia el mejor agente de sus intereses. Podía dedicarse tranquilamente a fabricar artículos de ferretería y acumular capital.

La guerra latinoamericana de independencia puso en movimiento al gabinete británico, que hasta ese momento reducía su política ante las colonias a cierta forma de inmovilidad. Allí donde los criollos tomaban el poder y controlaban el territorio, se abrían las puertas al comercio inglés y al cónsul del Imperio. Dos razones había al principio para esta política: la primera eran las necesidades fiscales de los nuevos Estados, que el comercio libre de las trabas españolas satisfacía con cierta abundancia. La segunda, y no última, se fundaba en que Gran Bretaña, en virtud de sus intereses comerciales, aparecía como el principal obstáculo a la concertación de una Santa Alianza de la Europa reaccionaria contra las colonias españolas.

La "anglomanía" latinoamericana de la época es preciso buscarla en esas dos razones estrechamente vinculadas a la situación de la política europea. De distintos orígenes se han escuchado voces que señalaban a San Martín y Bolívar como "pro ingleses", en virtud de sus iniciales vincu-

laciones con las logias masónicas españolas o británicas.¹ Ya hemos considerado el problema de la masonería y del liberalismo del siglo XIX en otra parte.² Los revolucionarios hispanoamericanos buscaban ayuda allí donde podían encontrarla, fueran cuales fueran las causas que motivaban esa ayuda. Para Bolívar y San Martín la primera condición de la lucha era la emancipación del absolutismo español y ser independientes, unidos, si era posible, desunidos si esto era por el momento inevitable.

1. La rivalidad anglo-yanqui en América Hispánica.

La rivalidad anglo-española se manifiesta agudamente durante todo el siglo XVIII en la disputa por el control de las Indias. Además, las contradicciones entre Estados Unidos e Inglaterra, cuando ya España era considerada "el enfermo de Europa" y equiparada a los turcos, asume un abierto carácter al comenzar las guerras de la independencia. Pues la política británica no sólo logra insinuarse comercialmente en las colonias españolas en el mismo momento en que los ingleses eran aliados de España durante la guerra contra Napoleón —lo que constituía en sí mismo un prodigio de certera ambigüedad— sino que logra desplazar a los norteamericanos del comercio con América del Sur.

Los documentos diplomáticos y consulares del siglo XIX encierran gran parte de la ira norteamericana ante la voracidad de sus primos ingleses. Se tendrá en cuenta que Estados Unidos, aprovechando su condición de neutral

¹ También en la Alemania de 1820 estaba de moda la anglofilia. "Los alemanes contemporáneos estaban aún llenos de admiración por Inglaterra". Unos elogiaban el régimen constitucional; otros, su poder marítimo; otros, la patria de Adam Smith y de Locke. Federico List la consideraba la "nación predominante" y Marx estudiaría la economía inglesa como su modelo de análisis del capitalismo. V. Karl Mannheim, *Ensayos sobre sociología y psicología social*, p. 151, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.

² Jorge Abelardo Ramos, *Historia política del Ejército Argentino*, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

ante las guerras europeas, en las que estaban frecuentemente envueltas tanto España como Inglaterra, gozaba de las ventajas que a los neutrales acordaba España para comerciar con las Indias. De este modo, la marina mercante norteamericana estableció estrechas relaciones mercantiles con los puertos del Pacífico, en especial con Chile, comerció intensamente con el Caribe, Venezuela, México y el Río de la Plata. Este comercio constituía hacia 1806 el 12 % del valor total de sus exportaciones.

La industria y el comercio norteamericano alimentaban grandes esperanzas en ese gigantesco mercado que se ofrecía sin esfuerzo en el Sur.¹ Pero el proceso revolucionario latinoamericano abre las puertas al comercio libre en todas las antiguas colonias españolas. Los agentes británicos obtienen franquicias exclusivas para sus manufacturas, que inundan el continente. Indignaba a los yanquis los privilegios obtenidos por Inglaterra, en detrimento de todo otro competidor. El gobierno de Buenos Aires otorgaba en 1811 trato preferencial a los navíos británicos, y en el mismo año el agente norteamericano informaba a su gobierno que lo mismo ocurría en La Guaira, Venezuela: en este puerto los ingleses obtenían una reducción del 25 % sobre todos los impuestos de importación y exportación. Idéntica franquicia gozaban en Brasil, al que se había transferido la vieja influencia inglesa sobre Portugal, desde los felices tiempos del monstruoso Tratado de Methuen.² En el Caribe, el comercio libre ejercía los mismos efectos.

¹ Whitaker, *ob. cit.*, p. 28.

² Dicho Tratado transformó al Portugal en una colonia económica de Inglaterra. Su negociador, John Methuen, redactó un acuerdo de sólo una página que conservaría la historia. Era hermano de un fabricante de paños, lo que no dejó de atraer críticas sugestivas. Según su rendición de cuentas en el Parlamento, Methuen había llevado a Portugal fuertes sumas de dinero para soborno. Gastó 44.000 monedas de oro, fuera de un lote de exquisitas joyas. Sobornó, al parecer, al confesor del Rey, el jesuita Sebastião de Magalhães, quien pudo dotar así a dos sobrinas; al Secretario de Estado, Roque Monteiro Paim, y al firmante del Tratado, el marqués de Alegrete, dichoso comprador y ocupante, al día siguiente, de

2. El fundamento de la política británica.

El poder de penetración británica en América del Sur era tan irresistible como la fuerza marítima e industrial sobre la que se apoyaba. La gran potencia europea era formalmente indiferente a la suerte de las recién liberadas colonias españolas; pero extraoficialmente les vendía armas (de fuentes particulares), obtenía mercados para sus manufacturas, aumentaba los ingresos fiscales de los jóvenes puertos sudamericanos y contenía con diversas maniobras las tentativas reaccionarias de Europa para ayudar a España a recobrar sus colonias.¹

Esta espectacular posición económica y diplomática de Gran Bretaña permite explicar el papel que jugó durante todo el siglo XIX en la vida de América Latina y por qué los libertadores aceptaron o buscaron su ayuda. Artigas había desaparecido de la escena, San Martín había emigrado y Bolívar estaba próximo a morir cuando Gran Bretaña consuma su proeza diplomática de separar la Banda Oriental de las viejas provincias unidas del Río de la Plata.

La clásica política balcanizadora del Imperio Británico, ya practicada en la península ibérica, encontró en las debilitadas colonias americanas una ocasión óptima. Los in-

un suntuoso palacio. Fuera del escándalo, una historia detallada del Tratado puede encontrarse en Nelson Werneck Sodré, *As razões da independéncia*, p. 15, Ed. Civilização Brasileira S.A., Río, 1965.

¹ "Hispanoamérica vino a depender virtualmente casi por completo de las importaciones británicas durante las guerras napoleónicas, y después de su ruptura con España y Portugal se convirtió en una casi total dependencia económica de Inglaterra, aislada de cualquier interferencia política de los posibles competidores de este último país. En 1820, el empobrecido continente ya adquiriría más de una cuarta parte de telas de algodón inglés que Europa; en 1840 adquiriría la mitad que Europa... La expansión de la industria inglesa pudo financiarse fácilmente al margen de las ganancias corrientes, por la combinación de las conquistas de sus vastos mercados y una continua inflación de precios productora de fantásticos beneficios. No fueron el cinco o el diez por ciento, sino centenares y millares por ciento los que hicieron las fortunas de Lancashire"; Eric J. Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas*, p. 57, Ed. Guadarrama, Madrid, 1964.

gleses no hicieron sino moverse sutilmente en el gran drama y sostener la política de las oligarquías disociadoras, cuando no les sugerían al oído la fórmula, como ocurrió con el desgarramiento de la Banda Oriental.

Al abandonar, desde Castlereagh toda política de conquista territorial en América Latina, el gobierno británico funda su acción en la libertad comercial irrestricta. Todos sus actos giran alrededor de esta perspectiva. Rechazará en defensa de esa política hasta pedidos de protectorado que le dirigieran personajes tan despreciables de la política rioplatense como el funesto Manuel José García o el general Carlos de Alvear.¹ Su criterio era empírico y ya había probado el acero criollo en 1806. Nada hará modificar al gabinete británico su orientación fundamentalmente económica. Su marina mercante le interesaba más que su marina de guerra, aunque mantenía siempre la pólvora seca: el bloqueo anglo-francés contra Rosas demostrará que los gerentes dejaban su lugar a los almirantes si era preciso. La experiencia histórica demostró que tenía razón.

3. La estructura política del Virreinato.

El Virreynato del Río de la Plata estaba dividido en ocho Intendencias, según el modelo francés adoptado por los Borbones españoles. Fuera de la Intendencia de Bue-

¹ Manuel José García, el lacrimoso lacayo, escribía a Lord Strangford en 1815 que si el Gobierno inglés no escuchaba las súplicas de la oligarquía porteña para otorgarle un protectorado en el Río de la Plata, tales circunstancias "conducirán al pueblo de las Colonias al último extremo y convertirán esos hermosos países en espantosos desiertos si Inglaterra lo abandona a sus propios esfuerzos y se niega inexorablemente a escuchar sus humildes pedidos... cualquier gobierno es mejor que la anarquía, y hasta el más opresor ofrecerá más esperanzas de prosperidad que la voluntad incontrolada del populacho". Le urgía a Strangford sobre una decisión de ayuda, Protectorado, auxilio o lo que fuese. Desde 1810, según este sujeto, los gobiernos contaban con el Imperio Británico. "Los Gobiernos Provisionales de Buenos Ayres han abrigado esta creencia hasta ese momento, en la esperanza de que Su Majestad Británica accedería a los pedidos de sus infortunados pueblos y les haría conocer cuál sería su suerte". V. Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 137.

nos Aires (incluyendo la Banda Oriental) estaban incluidas en la jurisdicción virreynal las Intendencias del Paraguay (incluyendo trece de los treinta pueblos de las Misiones); la de La Plata, o sea Charcas, luego Chuquisaca, la actual Sucre; la de Cochabamba, incluyendo Santa Cruz de la Sierra; la de La Paz; la de Potosí, con el resto del territorio altoperuano. También eran Intendencias Córdoba y Salta. La primera incluía los territorios de San Miguel de Tucumán, Jujuy, Santiago del Estero y Catamarca.

La Intendencia de Córdoba incluía La Rioja, Mendoza, San Luis y San Juan. Había territorios, como el de Mojos y Chiquitos, que estaban bajo el mando directo del Virrey, como Montevideo y las Misiones, bajo la forma de gobernaciones militares, por tratarse de territorios de fronteras en las peligrosas relaciones con el portugués que se remontaban a siglos de rivalidades ibéricas.

La importancia de Buenos Aires, como capital del Virreynato, creció con las disposiciones administrativas de los Borbones, que la juzgaron la mejor dotada para desempeñarse como cabeza política, militar y rentística del Virreynato: campo fértil, ciudad, puerto y aduana única. De hecho, Buenos Aires era la única ciudad marítima, por así decir, de un vasto territorio embotellado entre Lima y el Río de la Plata. De todas las juntas revolucionarias establecidas al estallar la revolución hispano-criolla, la de Buenos Aires era una de las pocas que contaba con recursos suficientes para afrontar los gastos de la guerra en forma inmediata. El establecimiento del comercio libre inundó de mercaderías inglesas su aduana y los ingresos obraron maravillas para justificar la separación de los controles españoles.

4. Burguesía comercial y oligarquía ganadera.

Pero la burguesía porteña y los hacendados de los campos colindantes, las dos clases sociales fundamentales de la Provincia-Metrópoli, asumieron ejecutivamente un pa-

pel que las restantes Intendencias, divididas ahora en Provincias, no le habían conferido. Buenos Aires rompió con España y pretendió sustituir al Rey por ella misma en la hegemonía con respecto a las provincias restantes.

Toda la historia de la Argentina posterior es la historia por imponer esa hegemonía y el relato de la lucha de las provincias para rechazarla. Las guerras civiles argentinas se fundan en esa pretensión y en la negativa de los intereses porteños, sea con Rivadavia y Mitre, como hombres de la burguesía comercial pro-británica, o de Rosas, como representante de los hacendados, para aceptar la igualdad de Buenos Aires con las provincias interiores, organizar la Nación en los límites virreynales y dividir las rentas aduaneras entre todas sus partes. Es cierto que la "Nación" había sido expresada hasta ese momento por un poder externo a América Hispánica misma, vale decir, por la monarquía española. Al desligarse de ese vínculo, Buenos Aires está obsesionada por el disfrute exclusivo de sus rentas y pierde de vista al conjunto de la unidad hispano-criolla.

Su codicia será célebre y desde los primeros años de la revolución acariciaba la idea, pocas veces manifestada claramente, de su independencia completa con respecto al resto del territorio hispanoamericano del que formaba parte. Mr. Forbes, un diplomático norteamericano acreditado en Buenos Aires, al recoger ese espíritu reinante en la capital, exponía el pensamiento de las potencias extranjeras a ese respecto: *"He insinuado la conveniencia y ventaja que representaría para esta ciudad tratar de obtener, bajo la garantía de las principales potencias comerciales, los privilegios de una ciudad libre, como aquellas de la Liga Hanseática. La posición geográfica de Buenos Aires, mitad de camino entre Europa y el Pacífico, con la rica campaña adyacente, podría significar a ese establecimiento un comercio ventajoso e inmenso, completamente desligado de ataduras políticas o de empresas dispendiosas, lo que le asegurará una moderada renta que a semejanza de Hamburgo, llenaría las arcas públicas, mantendría un gobierno*

*respetable y aseguraría la felicidad y tranquilidad general."*¹

5. Las Misiones Orientales y el artiguismo.

Buenos Aires no estuvo lejos, hacia 1854, de convertirse en ese puerto franco, grato a los intereses extranjeros y porteños. Pero sería la Banda Oriental del Río de la Plata la que correría ese destino, empujada con todas sus fuerzas por Buenos Aires. Cuando la revolución hispanoamericana se propaga en todo el inmenso territorio, brota desde el fondo de las regiones fronterizas con el Brasil un hombre singular que durante una década ejercerá la suprema influencia sobre casi todo el actual territorio argentino, excluida Buenos Aires. Ese hombre era José Artigas.

La historia del artiguismo se enlaza estrechamente con la desintegración de las Misiones Jesuíticas, que había comenzado con la expulsión de los Padres de la Compañía de Jesús en 1767. Durante los treinta años siguientes, los indios civilizados en el Paraguay fueron secuestrados por los portugueses y vendidos como esclavos para las plantaciones, donde murieron casi en su totalidad; otros huieron hacia la selva y perdieron hasta la memoria de sus oficios y artesanías.

En las Misiones Orientales la decadencia se produjo paulatinamente, bajo la ineptitud de las autoridades administrativas españolas que se lanzaron inmediatamente a saquear los bienes abandonados por los jesuitas. Bauzá afirma que muchos indios de las Misiones bajarán hacia el Sur para arraigar en la Banda Oriental como modestos labradores.² Parte de los ganados cuidados por los jesuitas irán a poblar las praderas de Río Grande del Sur, estableciendo así la base de su economía ganadera. De este modo.

¹ Forbes, *ob cit.*, p. 516.

² Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, T. I, p. 298, 3ª edición, Montevideo, 1929.

las Misiones jesuíticas estallan en mil pedazos; quedan testimonios de sus ruinas en Argentina, Uruguay, Brasil y Paraguay. En la Banda Oriental "la mayor parte de los usos y costumbres rurales provienen de la ganadería jesuítica", dice Campal.¹

De la importancia de las Misiones Orientales puede dar una idea el hecho de que cubrían el territorio del actual Uruguay hasta el Río Negro y constituían un gigantesco enclave junto a la imprecisa frontera brasileña. Cuando se ordena la expulsión de los jesuitas, el conjunto de los treinta pueblos de las Misiones (17 pertenecientes al Río de la Plata y 13 a la provincia del Paraguay) contaba con una población indígena cristianizada de 141.000 personas.²

Al conquistar las Misiones Orientales los portugueses en 1801 quedaban en ellas 21.000 indios. Cinco años después de la caída de Artigas, sólo permanecían entre las ruinas 1.897 indios, entre hombres y mujeres.³ En 1834, en fin, en las Misiones Orientales quedaban 372 indígenas.

6. La familia de Artigas.

Artigas pertenecía a una de las 7 familias que fundan la ciudad de Montevideo. Su abuelo, el aragonés Juan Antonio Artigas, había sido Alcalde de la Santa Hermandad por nombramiento del primer Cabildo de Montevideo.⁴ El futuro caudillo era la tercera generación de militares y hacendados orientales que combatía en la frontera contra el vecino portugués: éste invadía regularmente la Banda Oriental y fomentaba el contrabando de ganado. Su padre, Martín José Artigas, fue capitán de milicias. el

¹ Esteban F. Campal, *Los Tapes Misioneros*, en "Marcha", 29 de abril de 1966, Montevideo.

² Oscar Schmieder, *Geografía de América*, p. 400, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1965.

³ Eduardo Acevedo, *José Artigas, Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres*, p. 740, 2ª ed., Casa Barreiro y Ramos, Montevideo, 1933.

⁴ Acevedo, *ob. cit.*, p. 75.

más alto cargo militar a que podía aspirar un criollo de la época.

La juventud de Artigas transcurre justamente en la frontera con el portugués. Su carácter se forja enfrentando las correrías de los contrabandistas en el cuerpo de Blandengues al servicio de España. La particular psicología del hombre de frontera, con su agudo sentido de la soberanía territorial, encuentra su más demostrativo ejemplo en la personalidad de Artigas. A este oscuro oficial del Rey la historia le reserva una relación con otro hombre excepcional. A fines del siglo XVIII residía en la Banda Oriental desde hacía veinte años una de las grandes personalidades de la Ilustración española, Don Félix de Azara. Era un militar y un hombre de ciencia, naturalista, geógrafo, ingeniero y civilizador.¹ El propósito de Azara, con quien colabora Artigas, consiste en arraigar población en la frontera para imprimir solidez demográfica y económica a la demarcación. Por esa razón recomienda al Rey "*dar libertad y tierras a los indios cristianos*" y "*repartir las tierras en moderadas estancias de balde... a los que quieran establecerse cinco años personalmente, y no a los ausentes*". Estos últimos, habían llegado a ser grandes propietarios, sea por mercedes reales o por favoritismos locales, aunque no eran en realidad estancieros, sino comerciantes del puerto.² El reformismo agrario de los Jovellanos parecía asumir mayor fuerza en América que en España.

Artigas fue designado por Azara para "*la tarea de repartir las mercedes de tierra entre los pobladores... peninsulares, criollos, indios y negros de varia condición so-*

¹ Cfr. Félix de Azara, *Memoria sobre el Estado rural del Río de la Plata y otros informes*, Buenos Aires, 1943, y Sarrailh, *ob. cit.*, para estudiar su época y el papel de su hermano, el Embajador José Nicolás de Azara.

² Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, *La Banda Oriental, Pradera, Frontera, Puerto*, p. 68, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1966.

cial y económica, fueron los pobladores".¹ Entre los beneficiarios abundan los apellidos guaranícos.

7. Artigas, "caudillo de las Misiones".

Cabe imaginar las estrechas relaciones entre el militar gaucho que distribuye tierras y los indios cristianos de las destruidas misiones que por primera vez en décadas reciben apoyo del orden vigente. Pero si los indios guaraníes fijan su atención en Artigas, también Artigas aprenderá junto a Azara la esencia de una política agraria democrática, y percibirá que los guaraníes son mucho más civilizados y dignos de confianza que los sórdidos consignatarios de cueros y astas de Montevideo enriquecidos a costa de la sangre y del esfuerzo de los pioneros fundadores de la ciudad.²

En los indios que se disponen a vivir riesgosamente en la gran frontera, a defenderla y a trabajar la tierra, Artigas advierte a los civilizadores; en la burocracia española que desdeña los informes de Azara, un carácter obtuso y formalista que resultará fatal a la integridad territorial; en los grandes comerciantes montevideanos, propietarios de inmensas rinconadas, un parasitismo venal que le repugna. Cuando los portugueses se apoderan en 1801 de las Misiones Orientales, la colonización iniciada por Azara y Artigas es destruida por los esclavistas, sin que los militares españoles reaccionen.³ Al levantar en 1811 la bandera de la revolución, detrás de Artigas se alistarán los indios misioneros.⁴ El caudillo indígena de las Misiones, An-

¹ Vivian Trías, *La revolución agraria de los comandantes*, p. 3, Suplemento del diario "Epoca", 10 de setiembre de 1965, Montevideo.

² La familia Artigas, como todos los fundadores, concluyó sin bienes. Artigas vivía ya de su sueldo de oficial del Rey.

³ Trías, artículo citado.

⁴ El dirigente del Partido Socialista de la Izquierda Nacional, Dr. Carlos Díaz, del Chaco, y el intelectual católico uruguayo Alberto Methol Ferré, han señalado el carácter de Artigas como caudillo de los indios misioneros. V. Alberto Methol Ferré, *Artigas, último caudillo de las Misiones jesuíticas*, en "Epoca", Montevideo, 10 de setiembre de 1965, y en "Izquierda Nacional", Nº 1, Buenos Aires.

drés Guacurará, será el hijo adoptivo de Artigas. Desde entonces el célebre e indomable Andresito firmará como Andrés Artigas. Los indios de las Misiones llaman al caudillo *Carai-Guazú*.

8. La revolución agraria.

Al ponerse en marcha la revolución artiguista, al odio concentrado de godos, porteños y portugueses se añadirá la alarma de los grandes comerciantes y estancieros de Montevideo que rechazan sus repartos de tierra. Artigas faculta a sus oficiales, como Fernando Otorgués, Encarnación Benítez, el mulato Gay y otros, a entregar campos de españoles o enemigos de la patria.¹ Ninguna política podía ser peor para la gran burguesía del Puerto.

En ese hecho decisivo se funda la defección de la clase estanciera y de sus principales lugartenientes como Fructuoso Rivera, que capitula ante el portugués. Toda la burguesía comercial de Montevideo y todos los estancieros que no deseaban vivir en la campaña, traicionan a Artigas y a la Banda Oriental. Es la misma "gente decente" que recibirá al General Lecor bajo palio y se arrodillará ante el Emperador del Brasil. Con Artigas, nieto del fundador de Montevideo, quedarán tan sólo los paisanos pobres y los indios guaraníes.

Esto explica la razón por la cual durante casi todo el siglo XIX se impondrá en el Uruguay la locución "*más malo que Artigas*" y por qué una marea de difamación cubrirá su nombre. Mitre, López y la historiografía del separatismo porteño lapidará como "bárbaro" al caudillo que consideró hermanos a los indios y se propuso hacer de la Banda Oriental una provincia en el seno de la Nación sudamericana.

¹ ¿Quiénes eran los oficiales de Artigas? Fernando Otorgués se había desempeñado como capataz de las Estancias del Rey, empleo que obtuvo por influencia de Artigas; Encarnación Benítez era peón y matrero; el mulato Gay, matrero a secas; el capitán Pedro Amigo era de análoga condición social, V. Trías, *artíc. cit.*

9. La década artiguista.

Su acción militar y política se prolonga sólo diez años. Inicia la lucha contra los absolutistas españoles en la Banda Oriental y los gauchos, hacendados e indios que lo siguen lo prociaman "Jefe de los Orientales". Al mismo tiempo, los portugueses, con la sombra británica que los había seguido hasta América, aprovechando las dificultades del reino de España, invaden la Banda Oriental.

Artigas se vuelve contra ellos, después de vencer a los españoles. Esta titánica lucha se complica por la resistencia de los gobiernos de Buenos Aires a prestarle su ayuda. Por el contrario, facilitan la acción portuguesa ante la ira de Artigas y de todas las provincias. Los diputados orientales artiguistas a los Congresos convocados por Buenos Aires son rechazados, su caudillo infamado en la prensa porteña, su cabeza puesta a precio. Los propios estancieros orientales, que en el primer período artiguista lo habían acompañado, lo abandonan. Sólo compone su ejército una muchedumbre de paisanos andrajosos e indios indómitos descendientes de aquellos guaraníes de las Misiones jesuíticas. Uno o dos letrados, y secretarios que escriben al dictado en campamentos móviles, difunden las proclamas, bandos, manifiestos y correspondencia que sostiene con los jefes revolucionarios del Nuevo Mundo el jefe oriental.

Su prestigio se expande fuera de su provincia natal. Las nuevas provincias que surgen después del dominio español —Santa Fe, Corrientes, Entre Ríos, las Misiones, Córdoba— le otorgan el título de "*Protector de los Pueblos Libres*". ¿Por qué este amor y por qué aquel odio? Artigas es el único caudillo de las guerras de la Independencia que combina en su lucha la unidad de la Nación, con la revolución agraria y el proteccionismo industrial de los territorios bajo su mando.

Todo era elemental, pero nítido, en este movimiento popular revolucionario nacido en la Banda Oriental y que buscaba crear la Nación dentro de los límites del viejo

Virreynato. Al no aceptar la hegemonía de Buenos Aires, y al esgrimir semejante programa, Artigas debía sufrir la agresión de los intereses porteños y extranjeros, que eran poco más o menos lo mismo, según se verá luego. Buenos Aires adula y corrompe a uno de sus lugartenientes de Entre Ríos, como antes sus estancieros y lugartenientes de la Banda Oriental habían accedido a las insinuaciones de los portugueses.

Derrotado en Tacuarembó por los veteranos portugueses de las guerras napoleónicas, perfectamente armados y con una abrumadora superioridad material, Artigas se repliega hacia Entre Ríos. Allí lo espera para traicionarlo uno de sus oficiales, Francisco Ramírez, que sobornado por el dinero de Buenos Aires, le asesta el golpe final.¹ Sin darle tiempo a rehacerse, pues toda la campaña del interior argentino engendraba en pocos días ejércitos artiguistas, Ramírez emprende la persecución del gran caudillo, que, perdido ya, se interna en las selvas paraguayas y se acoge a la protección del Dr. José Gaspar de Francia, Supremo Dictador.

Es en 1820. En el Paraguay permanece Artigas durante 30 años, donde muere después de ver desvanecida la esperanza de una Nación unificada. Pues en su solar nativo, en la Banda Oriental, justamente, la perfidia anglo-porteña fundará en esa provincia, otra "Nación". Vencido e indomable, Artigas responderá con una frase tajante a la invitación de algunos amigos para regresar a la Banda Oriental después que esa tierra habíase transformado en "Estado Independiente" bajo la forma de República Oriental del Uruguay: "*Ya no tengo patria*". Había fracasado

¹ La ocupación portuguesa de la Banda Oriental y la pérdida del puerto de Montevideo, descalabra el sistema federal de los pueblos asociados a Artigas en la lucha contra la hegemonía de Buenos Aires. Los pueblos del Litoral se veían obligados a buscar un acuerdo con Buenos Aires, dueño del único puerto en condiciones de comerciar. En este hecho, señala Reyes Abadie, se encuentra la base material de la traición de Ramírez al Protector de los Pueblos Libres. V. Reyes Abadie, Bruschera y Melogno, *Artigas. Su significación en la revolución y en el proceso institucional iberoamericano*. p. 297, Ministerio de Instrucción Pública, Montevideo, 1966.

en unir a la patria que tenía, y no deseaba volver a la provincia convertida en "patria".¹

Al caer derrotado Artigas por las intrigas de Buenos Aires, las tropas portuguesas ocupan la Banda Oriental y la incorporan al Imperio pro-británico bajo el nombre de "Provincia Cisplatina". La sumisión de la Corte Imperial de Río a Gran Bretaña no necesita ser demostrada, pues está expuesta en toda la historia europea y americana de las relaciones de la Casa de Braganza con el Imperio Británico. Traídos a América por la flota británica poco menos que a la fuerza, frente a la invasión napoleónica, los Braganza no habían cambiado su servilismo con el nuevo clima.

10. De la fragmentación ibérica al misterioso Brasil.

Los gallegos habían colonizado la *terra portucalis*, nombre que se extendió luego por todo el reino. Allí nace la sólida comunidad lingüística y literaria de la región galai-co-portuguesa. En el siglo IX el conde Vimara Pérez conquistó Oporto; posteriormente la ciudad se repobló con gallegos. "*Esa colonización, escribe Sánchez Albornoz, agrupó en una comunidad histórica, a horcajadas sobre el Duero, antigua divisoria entre lusitanos y gallegos, tierras situadas entre el Ave y el Vouga*".²

Luego, la cuña que Inglaterra introdujo entre España

¹ La admisión de Artigas como "héroe nacional" fue muy lenta en el Uruguay. La oligarquía se resistió largo tiempo a beatificar al caudillo que había repartido tierras a gauchos e indios. Finalmente, cuando se resolvió a hacerlo, amputó a Artigas de las Provincias Unidas del Río de la Plata y lo convirtió en prócer de una de ellas. Los ingleses fueron más categóricos. En "*The Cambridge Modern History*", de 1949, que estudian los alumnos de la célebre universidad, se definía a Artigas como "*jefe de contrabandistas, bandido y degollador*", que introducía a sus enemigos en sacos de cuero cosidos y los arrojaba desde lo alto de la meseta del Hervidero. Esto ya lo habían descubierto hacía mucho tiempo los historiadores porteños de la Argentina, Mitre y Vicente Fidel López. V. "*El Diario*", 13 de setiembre de 1949, Montevideo, y "*Resumen*", 30 de setiembre de 1949, Madrid.

² Claudio Sánchez-Albornoz, *España, un enigma histórico*, p. 234, Tomo II, Ed. Sudamericana, Buenos Aires.

y Portugal, utilizando las inevitables intrigas dinásticas, perpetuaron la división entre los dos reinos. La unidad nacional ibérica quedó destruida durante siglos. El antagonismo se trasladó al Nuevo Mundo, mediante los buenos oficios británicos. El Tratado de Tordesillas trazó la línea jurídica del abismo que habría de separar al futuro Brasil de sus vecinos hispanoamericanos. El propio Brasil se convirtió en una punta de lanza británica contra el resto de la nación latinoamericana, mientras ésta era empujada por el mismo amo imperial contra el Brasil. Los latinoamericanos fueron excluidos de la intensa vida histórica brasileña; ignoraron sus héroes y conflictos, sus pensadores y sus revoluciones, que permanecieron enclaustrados detrás de las inmensas fronteras.

La balcanización adquiriría con respecto al Brasil un carácter particularmente acusado, facilitada por la lengua portuguesa, mucho menos leída en América Latina que el francés, el inglés o el alemán. Este mismo hecho indica la profundidad del aislamiento y las claras razones históricas que lo han forjado. Hasta nuestros días, el conjunto de la historia brasileña aparece obscurecido por una idea tan falsa como difundida: el Brasil Imperial y esclavista constituía todo el Brasil, pues las luchas populares, las sublevaciones de esclavos, los motines militares, las tendencias separatistas y las ideas revolucionarias permanecían ocultas bajo la imponente fachada de los Braganza. El imperialismo y las oligarquías indígenas habían enseñado a los latinoamericanos exclusivamente las tropelías portuguesas, el servilismo imperial hacia Inglaterra y la inmutabilidad de Itamaraty. De esta manera, el Brasil se convertía en el Estado más misterioso y exótico de una América Latina balcanizada que se desconocía a sí misma.

11. El Brasil insurreccional.

Al comenzar el siglo XIX el Imperio portugués había quedado reducido a su gran colonia americana y a sus enclaves africanos, simples proveedores de carne humana para las plantaciones. Económicamente, de la simple re-

colección del Palo Brasil se había pasado al cultivo de la caña de azúcar, al algodón, al tabaco y finalmente al café, que llegará a dominar la vida brasileña.¹ Pero la base de esa economía, que no se modifica con la creación del Imperio brasileño y la ruptura con Portugal, será la esclavitud.

La separación entre la pequeña sociedad brasileña más o menos blanca, con sus reaccionarios y liberales, sus plantadores y escritores, sus marqueses y librepensadores y la masa productiva del país, era radical. Los esclavos negros no tenían voz, ni prensa, pero la República de los Palmares, en los confines de la selva, organizada por los negros fugados de las plantaciones, probaba que no eran esclavos resignados.²

En 1789 estallaba la Inconfidencia Baiana, que postulaba una aleación singular de libertad política e igualitarismo económico. En 1817, la Inconfidencia Insurreccional de Pernambuco reunía a *"igualitarios roussonianos, Robespierre o Marat nativos, como el Padre Joao Ribeiro, y no solamente anglófilos como Domingos José Martins, americanófilos como Cabugá"*.³ Los temas fundamentales de nuestro tiempo, la independencia nacional, la justicia social, la autoconciencia crítica de los pueblos coloniales, estaban presentes en uno de los inspiradores de la Confederación del Ecuador, creada en 1824. Decía Fray Joaquín do Amor Divino Caneca: *"Solo hay un partido, que es el de la libertad civil y de la felicidad del pueblo, y todo lo que se aparte de esto debe ser rechazado enérgicamente... Brasil no es Europa, su clima, su posición geográfica, la extensión de su territorio, el carácter moral de su pueblo, sus costumbres y todas las demás circunstancias deben influir en el futuro de su constitución... nuestra constitución ha de ser brasileña en cuerpo y espíritu... no quere-*

¹ Caio Prado Junior, *Historia Económica del Brasil*, p. 89, Ed. Futuro, Buenos Aires, 1960.

² Arthur Ramos, *Las poblaciones del Brasil*, p. 150, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1948.

³ Vamireh Chacón, *Historia das ideias socialistas no Brasil*, p. 13, Ed. Civilização Brasileira, S.A., Río de Janeiro, 1965.

mos para el Brasil una constitución adaptada al espíritu político de Europa".¹

El tambaleante Imperio generaba separatismo: así estalla otra revolución en 1838-40, la Balaiada, que adopta el nombre de su jefe el indio Balaio y proclama en la provincia de Maraón un programa republicano y antiportugués. Cinco mil muertos quedaron como saldo de este movimiento. Para la misma época estallaba en Pará la revolución de los Cabanos: fue también sangrientamente aplastada. La revolución de los Farrapos, que establece la República de Piratiní durante diez años (1835) al mando de Benito Gonçalves en Río Grande del Sur, mantiene en jaque a los ejércitos imperiales. Hacia el Norte, en Bahía, se levanta en armas la Sabinada, así llamada por su caudillo Sabino, que es ahogada en sangre al precio de 1.200 muertos.

En el mismo año del Manifiesto Comunista, en 1848, se realiza en Pernambuco la revolución Praiera, que plantea la nacionalización del comercio minorista en manos de los portugueses. En fin, hacia fines del siglo XIX la represión contra la comunidad mística inspirada por un notable poseído llamado Antonio Conselheiro, conocida como la rebelión de Canudos, está ya incorporada a la literatura épica de América Latina: las letras brasileñas han recogido esos episodios donde la ingenua fe de los campesinos espontáneamente revolucionarios enfrentó a las tropas regulares de la República positivista fundada en el latifundio.²

12. El Brasil británico.

Pero desde Río de Janeiro, donde se instala la despavorida Corte de Lisboa, el Brasil no presenta espectáculos tan desagradables. La cautivante bahía y el despilfarro

¹ José Honório Rodrigues, *Conciliação e reforma no Brasil*, p. 33, Editora Civilização Brasileira S.A., Río de Janeiro, 1965.

² V. Euclides da Cunha, *Los sertones*, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1943.

de los señores portugueses en su dorado exilio del trópico, alejan todos los malos pensamientos. Por lo demás, hasta Río ha llegado la flota y el apoyo del gran amigo inglés. Ahora comienza el siglo británico en el estilo de vida de la ruda sociedad brasileña: la Corte portuguesa y los importadores ingleses educarán a los dueños de plantación. Los sombreros redondos reemplazan a los sombreros de tres picos. Las costumbres británicas se aclimatan al trópico. Hace su aparición la gobernanta inglesa; los parlamentarios adoptarán el estilo oratorio de Westminster. La porcelana, el carruaje y la magnesia británicas hacen furor. En 1808 se cuentan en Brasil más de 100 firmas inglesas.

En pago del apoyo brindado por el gobierno británico a la salvación de la familia real portuguesa, los Braganza firman en 1810, desde Río, un tratado con Gran Bretaña. Según Canning, por ese acuerdo los ingleses "*recibían importantes concesiones comerciales a expensas del Brasil*" en cambio "*de los beneficios políticos importantes conferidos a la Madre Patria*".¹

El más desenfrenado librecambio queda instaurado. La invasión de mercaderías inglesas no estará exenta de sorpresas para el público. El importador inglés Luccock recibe en su recalentada oficina de Río de Janeiro patines para hielo, de que estaban abarrotadas las fábricas inglesas por el bloqueo continental de Napoleón. Junto a esa pacotilla invendible, que ocasiona en los primeros años del Tratado la ruina de algunos comerciantes británicos, llegan asimismo instrumentos de matemáticas en cantidad capaz de "*abastecer a la nación europea más esclarecida durante años*".² Asimismo, Luccock recibe desde Inglaterra billeteras para hombres, en un país donde no existía el papel moneda y donde los caballeros no llevaban dinero consigo debido a su peso, dejando el cuidado de su carga a los esclavos que lo acompañaban.

¹ Olga Pantaleão, *A presença inglesa, em O Brasil Monárquico*, p. 65, T. II, vol. 1, de la *História Geral da Civilização Brasileira*, 2ª ed., Difusão Européia do Livro, São Paulo, 1965.

² Pantaleão, *ob. cit.*, p. 76.

Pero la anglofilia general de la Corte Imperial no significaba en modo alguno que los Braganza no persiguiesen sus propios fines políticos en América. Cuando estos fines chocaban con la política inglesa, eran generalmente desechados; en caso contrario, la Corte de Río despedía de sus salones un raro espíritu bélico. Tal era el caso de la Banda Oriental y de la lucha contra Artigas.

13. La Provincia Cisplatina y los Braganza.

Ya en la época de las invasiones inglesas y cuando España era impotente, la Corte de Río creyó llegado el momento de apoderarse de la Banda Oriental, sueño largamente acariciado por los hacendados de Río Grande que buscaban los pastos tiernos y el clima templado de la próxima frontera.¹ Dieron el primer paso con un enviado a Buenos Aires, Don Francisco Javier Curado, quien ofreció en nombre de Portugal tomar a las provincias del Río de la Plata, en especial a la margen oriental, bajo su protección, *"guardándoles sus fueros, garantiendo su comercio y un olvido de lo pasado por parte de sus aliados los ingleses; que estas proposiciones tenían por objeto el evitar la efusión de sangre, y que de no ser aceptadas haría causa común con su poderoso aliado contra el pueblo de Buenos Aires y todo el Virreynato"*.²

Estas bravuconadas que emitió el Príncipe Regente del Brasil, Don Juan, mirando de reojo a su "poderoso aliado", no prosperaron en ese momento. Luego, al abrirse el comercio libre en Brasil para las manufacturas británicas, el Príncipe cumplía diligentemente con las instrucciones que Canning había ordenado a su embajador en Río, Lord Strangford, las de *"hacer del Brasil un emporio para*

¹ El ganado de la Banda Oriental daba de 16 a 20 arrobas de carne, mientras que el de Río Grande no pasaba de las 8 a 10 arrobas: Prado Junior, *ob. cit.*, p. 110.

² Adolfo Saldías, *Historia de la Confederación Argentina*, T. I, p. 156, Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1951, y J. A. Soares de Souza, *O Brasil e o Prata até 1828*, p. 301, en *Historia Geral da Civilização Brasileira*, T. II, São Paulo, 1965.

las manufacturas británicas destinadas al consumo de toda la América del Sur".

La obsequiosidad del Braganza no era puramente lírica. El Príncipe no era ajeno a las duras realidades de la vida. También le agradaba hurgar los bolsillos de su "poderoso aliado".² Después de recibir para sus gastos 600.000 libras esterlinas procedentes de Londres, el Príncipe accedió a firmar un Tratado con Inglaterra que otorgaba una preferencia especial del 15 % a las mercaderías británicas ingresadas al Brasil. El tratado tenía una duración de 15 años, pero de la ambigüedad inglesa de su texto podía inferirse un carácter permanente. Era un nuevo Tratado de Methuen para uso brasileño. La docilidad del Príncipe era admirable. En todo problema importante quería conocer el pensamiento de Gran Bretaña a fin de adaptarse a él, decía al Vizconde Strangford, embajador de Inglaterra. "*Agregó Su Alteza —informaba confidencialmente Strangford a su jefe el Vizconde Castlereagh—, que al hacer esta manifestación no abrigaba ningún temor de dar la impresión de menoscabar su dignidad como soberano independiente, ya que la experiencia le había enseñado que compartir enteramente el punto de vista de Gran Bretaña era no sólo la más segura, sino la más honorable política que podría seguir...*"³

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 63.

² El Príncipe Juan era un monarca obeso y tímido, que gozaba puerilmente con la pompa y que contribuyó a hacer de Río algo parecido a una Corte europea. Era dispensioso en su mesa; sólo en dar de comer y beber a los parásitos que lo rodeaban Juan gastaba anualmente 275.000 francos, lo que era un verdadero despilfarro. Para dejarnos de rodeos, el Príncipe Regente era de tal voracidad burguesa, que cuando se aburría en la Opera de Río, lo que ocurría cada vez que asistía a ella, extraía de una canastilla un pollo asado y ahuyentaba el sueño que le producía la música devorando con sentimiento el pollito desde el palco regio. En materia de pollos "siempre tenía uno a mano", dice Renato de Mendonça, en *Breve historia del Brasil*, p. 53, Ed. Cultura Hispánica, Madrid, 1950. Se comprenderá fácilmente que con semejante Príncipe, Lord Strangford careciera de preocupaciones.

³ Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 237.

Era, pues, este Imperio inspirado por Inglaterra el que ocupaba la tierra artiguista. Un puñado de orientales emigrados en Buenos Aires invadió la Banda Oriental y levantó al pueblo de la campaña contra el ocupante brasileño. Encabezaba la lucha Juan Antonio Lavalleja y sus 32 camaradas. Los viejos soldados artiguistas montaron a caballo y batieron a las tropas del Emperador.

14. El Congreso de la Florida.

Reunidos los pueblos orientales en el Congreso de la Florida, proclaman su reincorporación a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Esta declaración vuelve inevitable la guerra con el Brasil, ¿Y Buenos Aires? En la ciudad porteña pugnan por el poder todas las fracciones políticas. Domina la escena el partido de Bernardino Rivadavia, nuestro conocido personaje, untuoso y quimérico, servil con las potencias extranjeras y despótico con los *bre del porvenir*" o como individuo "*que se adelantó a su tiempo*", en realidad es un "*hombre del pasado*", un puro sobrevivido. Habíase educado en las tradiciones dieciochescas de la nobleza borbónica. Pertenece a la escuela del conde Floridablanca y de los hombres del "despotismo ilustrado" que habían hecho su hora. Reducido a su parroquia portuaria, todo en él era ridículo, menos los resultados de su política.

En Rivadavia se reconocían los tenderos y comerciantes del Puerto: su política tendía a la creación de una factoría próspera, indiferente a las provincias interiores y absorto ante el espectáculo de Europa. Hubiera sido el perfecto Intendente de la ciudad hanseática por la que suspiraban los agentes extranjeros. Pero la presión de las provincias y de las tendencias nacionales de la campaña bonaerense se había vuelto irresistible y el Gobernador Las Heras debió declarar la guerra. Las tropas argentinas a cuya formación habían concurrido esta vez todas las provincias, dejando a un lado las diferencias con Buenos Ai-

res, derrotan de manera aplastante a las fuerzas imperiales en la batalla de Ituzaingó.

La Banda Oriental, ¿quedaba salvada para las Provincias Unidas? Había que verlo. El gobierno británico desde hacía mucho tiempo que se oponía tanto a la exigencia legítima de los orientales de integrarse en las viejas Provincias Unidas, como a la desmesurada ambición del Imperio del Brasil de extender su dominio a la Banda Oriental. Por lo demás, coincidiendo con la victoria en la guerra contra el Brasil, había embolsado la Presidencia mediante un golpe de Estado (parlamentario) Don Bernardino Rivadavia. Naturalmente su investidura fue desconocida por todos los gobernadores de las provincias. Su base política y económica residía tan sólo en la ciudad de Buenos Aires. En cuanto a su nacionalismo argentino bastará recordar que designó a un banquero inglés y socio personal, Mr. Hullet, cónsul argentino en Londres, lo que desagradó hasta a Canning, que no veía decoroso mezclar la política con los negocios. El método británico consistía en usar a personas distintas para cada tarea y todas ellas ser útiles al Imperio.

Los ingleses habían visto con simpatía la declaración de la guerra, que obligaba a Brasil a negociar la posesión de la Banda Oriental. Pero no deseaban en modo alguno una decisión en favor de brasileños o argentinos. Buscaban con su habilidad característica un equilibrio de fuerzas que permitiese a Inglaterra intervenir en el momento oportuno y obtener elegantemente la parte del león, y nunca mejor empleado el animal de la metáfora.

15. Canning y Ponsonby.

Dos hombres condujeron magistralmente la operación. Uno de ellos era Canning, en la plenitud de sus facultades, odiado y temido en las Cámaras y cuyo genio verbal brillaba como nunca. El otro era John Ponsonby, un vizconde de la nobleza irlandesa considerado "*el hombre más hermoso de los tres reinos*" y que había disfrutado de los fa-

vores de Lady Conyngham, amante del rey Jorge IV. El poder de fascinación del vizconde parecía demasiado grande para no alarmar al monarca, quien pidió a Canning un destino remoto para que Ponsonby pudiera servir al Imperio de manera, menos agradable aunque más útil que a Lady Conyngham. Canning suscitó la gratitud real enviando a Ponsonby lo más lejos posible, esto es, a Buenos Aires.

La reacción del vizconde fue explicable: "*Es el lugar más horrible que haya visto y por cierto que me ahorcaría si encontrara un árbol lo bastante alto para sostenerme... Es un lugar detestable*", escribía al Subsecretario del Foreign Office.¹ Como los árboles no abundaban en la pampa, consoló su destierro sumergiéndose hasta el cuello en un océano de intrigas, del cual emergió con la independencia de la Banda Oriental en la mano. Ponsonby despreciaba profundamente a los sudamericanos y apenas podía ocultarlo. Juzgaba a Dorrego un hombre corrompido y a la raza latina una forma degenerada de la especie humana. No tenía mucho que mostrar en cambio, ni de sí mismo, ni de la razón por la cual estaba en Buenos Aires, ni de la grandeza de sus jefes. Su amo y rival, Jorge IV, no era un destacado ejemplar de la nación inglesa. Hijo del rey demente,² su primera inspiración al subir al trono, fue despedir a su última amante, Lady Hertford, y presentar a la Cámara de los Lores una acusación de adulterio contra su mujer, la Reina de Inglaterra. Las muchedumbres desfilaban por las calles de Londres aullando contra el monarca, y tomando el partido de la Reina. Jorge IV, el amo del Ponsonby que miraba desde lo alto a la América del Sur, absorbido por el juicio de divorcio, recibía a sus fa-

¹ H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, p. 176, Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1966.

² En 1810 el Rey de Gran Bretaña, Jorge III, se había hundido en una demencia completa. "*Había algo poético en la figura de este viejo rey ciego, errante por su castillo entre fantasmas, hablando con las sombras; pues él vivía su vida entre los muertos, tocando su órgano y sin perder jamás su serenidad y sus ilusiones*", escribe la condesa Lieven, V. Kauffmann, *ob. cit.*, p. 130.

voritos, e intrigaba contra la Reina "*yacente cuan largo era en una bata de seda lila, la cabeza cubierta con un birrete de noche, de terciopelo, sus grandes pies desnudos [sufría de gota] tapados con un trozo de red de pura seda*".¹

Se descubrió un complot para asesinar a todo el gabinete. Lord Liverpool, que sufría de epilepsia, de ordinario hombre de gran moderación, perdió el control de sus nervios en medio de los escándalos públicos desatados por los conflictos privados del Rey y saltaba sobre las mesas después de los banquetes.² Circulaban versos mordaces contra la Reina casquivana:

*"Graciosa Reina,
Te imploramos
Que te vayas y no peques más;
Pero si ese esfuerzo es excesivo
Lárgate - de todos modos".³*

16. Los lacayos de Su Majestad.

Pero Londres estaba muy lejos: al Río de la Plata llegaban tan sólo apagados ecos de los escándalos. Es preciso convenir que Ponsonby sirvió a sus amos a conciencia. De acuerdo a su tradición, la política británica comenzó por sugerir a terceros que plantearan las iniciativas británicas. A la inexperiencia política de los nuevos Estados, se añadía con mayor razón la propensión de los agentes de las oligarquías regionales interesados en los mercados europeos de aceptar de buen grado una política hecha, así como preferían los artículos importados a los propios.

La identificación de estos agentes, con frecuencia políticos de influencia decisiva en sus respectivos países, con los intereses británicos, terminó por transformarlos en simples agentes imperiales, matices más o menos. Tal era el caso de quien sería el principal instigador de la derrota política argentina, después que las Provincias Unidas ha-

¹ *Ibíd.*

² *Ibíd.*

³ *Ibíd.*

bían logrado triunfar militarmente sobre el Brasil. Manuel José García era el personaje colonial más repugnante de la época; fue hombre de confianza de todos los gobiernos portuarios: de Rodríguez, Rivadavia, Dorrego y Rosas. Este último le ofreció la embajada en el Perú. ¿Y cuál era la fuerza que respaldaba a este García? Carecía de un partido político; ni tampoco estaba dotado de un talento exímio. Pero había logrado afinar sorprendentes facultades para servir simultáneamente los intereses porteños y la política británica. Fue el creador de una escuela que engendró numerosos discípulos en Buenos Aires. Usaba complacido una caja de rapé guarnecida de diamantes y una plancha de oro con el retrato del insigne cornudo Jorge IV.¹

Estas cajitas de rapé se contaban entre las preocupaciones del representante británico en Buenos Aires, Mr. Parish, que sabía cómo endulzar el espíritu de ciertos círculos aldeanos: *"Tengo el honor de manifestarle, decía Parish en una comunicación a su jefe de Londres, para conocimiento de Mr. Canning, que obsequié una de estas Cajas a M. Rivadavia en ocasión del cumpleaños de Su Majestad. . . No me queda ahora ninguna Caja de suficiente valor y como obsequio adecuado para tener el placer de regalarla, cuando se presente la oportunidad, al Ministro actual, M. García. . . Por lo tanto, tengo el honor de pedirle que tenga el bien de transmitir a Mr. Canning mi deseo que se me envíen para tal fin dos o tres Cajas más"*.² Al parecer la efigie del Real Cornudo ejercía una enigmática influencia sobre los Ministros cipayos del Plata. Pero abandonemos la psicología a los especialistas.

17. Intimididades no épicas de la batalla de Ituzaingó.

La ineptitud del alto mando brasileño en la guerra con las Provincias Unidas sólo fue comparable a la torpeza y corrupción del alto mando argentino. El General Alvear era una verdadera nulidad militar, un botarate dichara-

¹ Raúl Scalabrini Ortiz, *Política británica en el Río de la Plata*, p. 103. 3ª edición. Fernández Blanco, Buenos Aires, 1957.

² Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 160.

chero del más puro estilo porteño; pero en fanfarronería e incapacidad militar los generales del Ejército Imperial lo sobrepasaron. En esta curiosa batalla obtuvo el triunfo el ejército argentino, gracias al Coronel Paz, al frente de la caballería, al coronel Iriarte que había aprendido a manejar la artillería en España, a la carga de Brandzen, que murió en el sitio, y al valor de Lavalle. Los jefes subalternos pelearon de acuerdo a su propia iniciativa, mientras el generalísimo Alvear y Soler no sabían qué hacer en el campo.

Tampoco el resultado de la batalla de Ituzáingó adquirió un valor políticamente decisivo, pues Alvear pensaba solamente en los despojos de los imperiales; dejaba huir a los brasileños con su artillería y la fuerza militar intacta. En lugar de perseguir y aniquilar al exhausto ejército del Emperador, el porteño Alvear adoptó la estrategia dictada por Buenos Aires: dejar al Imperio de pie y en condiciones de negociar el destino de la Banda Oriental. "*La paz se habría firmado dictando el vencedor las condiciones: la evacuación de Montevideo y de todo el territorio oriental ocupado por las tropas del Imperio, su incorporación a la República Argentina*", dice Iriarte en sus *Memorias*.¹

Pero los intereses porteños buscaban desprenderse de la Banda Oriental y concentrarse en la explotación de su propia pradera y su propio puerto. Esto coincidía con la voluntad inglesa, que había proyectado la creación de una "ciudad hanseática" en el margen oriental del río. Por esa razón el desenfadado Alvear, antes pensaba en el botín del campo de batalla que en aniquilar al ejército imperial.² El generalísimo se apoderó de la vajilla de plata del Marqués de Barbacena, abandonada en la precipitada huida, mientras el compadrito General Soler "*alijera los baúles del marqués*". Hasta el nombre de la batalla es una

¹ *Memorias del General Iriarte*, T. II, p. 20.

² La descarnada biografía de Thomas B. Davis (*Carlos de Alvear, hombre de revolución*, Ed. Emecé, Buenos Aires, 1964) es incomprensiva de la historia argentina, aunque rica de hechos sobre el personaje.

invención de Alvear: "*Estuvo dos días buscando en la carta un nombre bien sonante, y el de Ituzaingó fue el que más satisfizo su oído. Con más propiedad los enemigos la llaman batalla del Paso del Rosario*".¹ Después de distribuir varios miles de cabezas de ganado entre los principales jefes militares, Alvear declaró cerrada la campaña.

18. Un diplomático colonial.

A tal generalísimo, correspondía un diplomático de la misma escuela. Manuel José García fue el hombre para la tarea. En lugar de conminar al Emperador a enviar un agente a Buenos Aires para discutir los detalles de la paz y del reintegro de la Banda Oriental a las Provincias Unidas, Rivadavia envió a su Ministro García a Río de Janeiro. Las instrucciones de Rivadavia a su ministro estipulaban en su artículo 2º que García estaba autorizado a firmar una convención preliminar o tratado "*que tenga por base la devolución de la provincia oriental, o la erección y reconocimiento de dicho territorio en un Estado separado, libre e independiente, bajo las formas y reglas que sus propios habitantes eligiesen*".²

Es evidente que la política de Canning-Ponsonby se había impuesto categóricamente en ese vital artículo 2º de las instrucciones, que otorgaba al enviado "argentino" el derecho de firmar la amputación de una parte del territorio histórico del antiguo Virreinato del Río de la Plata, por la decisión de una sola de sus provincias, la de Buenos Aires. Entonces ocurrió lo más inesperado. El Emperador Caballero, Pedro I, que había lanzado aquel grito de Ipiranga, "*Fico*",³ no se sabe todavía demasiado bien si por la independencia del Brasil con respecto a Lisboa o si para seguir el llamado de la pasión que lo consumía por la Mar-

¹ Iriarte, ob. cit., p. 24.

² Vicente G. Quesada, *Historia diplomática latino-americana*, T. II. *La política del Brasil con las Repúblicas del Río de la Plata*, p. 111, Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1919.

³ "*Quédome*".

quesa de Santos, se daba humos de gran estadista. Pedro I se negó a llegar a cualquier acuerdo con García que despojase al Imperio de la posesión de la provincia Cisplatina o Banda Oriental.

La Corte de Río se encontraba "em plena explosão de patriotismo guerreiro".¹ En cambio, el representante de los intereses anglo-porteños, agente del "país triunfante" en el campo de batalla, resultaba ser el pacifista de la negociación. Contra todo lo previsible, García cedió ante el Marqués de Queluz, el Vizconde de S. Leopoldo y el Marqués de Maceió, plenipotenciarios brasileños, y firmó un Tratado que "ultrapasaba" las instrucciones de su gobierno, por cuyo texto la Banda Oriental continuaba siendo Provincia Cisplatina del Imperio.²

19. La caída de Rivadavia.

¿Por qué causa García se había atrevido a otorgar tales concesiones al Brasil derrotado en Ituzaingó? El mismo individuo lo confesará al ministro británico en Río, Mr. Gordon. Ante todo, "la razón que urgía con más fuerza para acelerar un acuerdo, a saber, el riesgo inminente que corría la república, de desaparecer en la más completa disolución, y que el tiempo revelase, con mayor claridad, al gobierno del Brasil, nuestra deplorable situación interior; en cuyo caso difícilmente accedería a la paz sin nuevas condiciones".³

En otras palabras, había que entregar al Brasil el suelo natal de Artigas para meter en caja a las provincias rebeldes con mayor facilidad. La hegemonía porteña se impondría a la fuerza y en este caso el Imperio prestaría su ayuda absorbiendo a la Banda Oriental. Ni los ingleses,

¹ J. A. Soares de Souza, *O Brasil e o Prata até 1828*, T. II, vol. I, p. 327, de la *História Geral da Civilização Brasileira*, 2ª ed., Difusão Europeia do Livro, São Paulo, 1965.

² Quesada, *ob. cit.*, p. 110.

³ *Ibid.*, p. 112.

ni siquiera Rivadavia podían admitir ese arreglo que alteraba el "equilibrio en el Plata".

El país entero se levantó contra el Tratado y contra el pequeño bandido de García, con su caja de rapé y su orgánico servilismo.¹ Ante la ola de furor en ascenso, Rivadavia desvió la cólera popular hacia García para salvarse él mismo y mantener a flote su gobierno. Debió ocultarse, pues temía por su vida. Ponsonby no las tenía todas consigo: el desatinado Presidente había hecho correr el rumor de que el enviado inglés era el responsable del desastre. Prudentemente, Ponsonby ordenó a la fragata británica "*Forte*" que se aproximara al puerto y que custodiaran la legación algunos marinos.²

20. Buenos Aires y Manuel José García.

El General San Martín, que conocía bien a los rivadavianos, opinaba lo siguiente del blando García: "*El no tiene la culpa sino los que emplean a un hombre cuyo patriotismo no sólo es dudoso, sino que la opinión pública lo ha acusado de enemigo declarado de su patria, lo que confirmo, pues a no ser así, no se hubiera atrevido a degradarla con arbitrario y humillante tratado. Confieso que el pueblo de Buenos Aires está lleno de moderación; en cualquier otro lo hubieran descuartizado y lo merecía este bribón*".³ San Martín se hacía demasiadas ilusiones sobre la moderación de Buenos Aires. Esta templanza nacía de

¹ El Deán Funes escribía a Sucre sobre García: "*Aunque este Ministro siempre ha sido sospechoso en punto a patriotismo, nadie esperaba de él una traición tan soez y descarada. Se sospecha con mucho fundamento que esto ha sido de acuerdo con Lord Ponsonby, Plenipotenciario de Inglaterra, quien se sabe de positivo ha aprobado lo hecho por el señor García. También se nota que todos los ingleses trabajan por que se admita el tratado*", en Peña, *ob. cit.*, p. 167.

² Ferns, *ob. cit.*, p. 192. Rivadavia hizo imprimir en la imprenta oficial carteles en los que se leía: "*¡Buenos Aires y Banda Oriental! ¡García os ha traicionado! ¡Los ingleses quieren tener una parte del botín! ¡Si no abrimos los ojos, volveremos a los tiempos de Beresford!*". Ya era tarde para volverse antiimperialista.

³ Peña, *ob. cit.*, p. 167.

su esencial asentimiento al carácter antinacional de García. García era el producto más genuino de la ciudad contrabandista.

Nadie en Buenos Aires pensó en hacer pedazos al famoso villano. El mismo General Iriarte refiere en sus *Memorias* que "en Buenos Aires toda la pena que sufrió por su delito consistió en las recriminaciones de los periódicos y en el clamor público, que García despreció altamente con su impavidez acostumbrada. Tan cierto es esto que, pocos días después de su llegada, reciente todavía la impresión de su deslealtad e inicua traición, lo encontré en una de las calles más públicas de la capital y me hizo un saludo risueño que denotaba bien a las claras la más profunda indiferencia y hasta la burla por cuanto de él pudiera decirse".¹

21. El proyecto inglés de una ciudad hanseática en el Plata.

La última maniobra de Rivadavia resultó inútil. Debíó renunciar en medio del oprobio, detestado por los argentinos, y despreciado por los ingleses, para los que se había vuelto inservible. Su voluntario exilio en el Brasil imperial era un símbolo de su pontifica.

La obstinación del Emperador y la obsequiosidad de García habían conducido a una nueva etapa favorable para el designio británico, que consistía en rechazar tanto una Provincia Cisplatina como una Banda Oriental incorporada a las Provincias Unidas. En un arranque de insolencia característica, el ex amante de la querida del Rey Jorge IV, dijo a José María Roxas y Patrón: "La Europa no consentirá jamás que sólo dos Estados, el Brasil y la Argentina, sean dueños exclusivos de las costas orientales de la América del Sud, desde más allá del Ecuador hasta el Cabo de Hornos".² El gabinete británico desde hacía mucho tiempo que acariciaba el proyecto de crear un Gibraltar

¹ Iriarte, *ob. cit.*, p. 30.

² Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 107.

en la Banda Oriental, un Estado Independiente que sirviese de cuña entre Brasil y la Argentina y que permitiese a Gran Bretaña debilitarlos a ambos y disponer del mejor puerto rioplatense para su comercio. En una carta dirigida por Canning a Ponsonby, aquél definía la política inglesa en los siguientes términos: "*La ciudad y territorio de Montevideo debería independizarse definitivamente de cada país, en situación algo similar a la de las ciudades Hanseáticas en Europa*".¹ Al mes siguiente, el mismo Canning repetía a Ponsonby la misma idea: "*Como V.E. sabe, se ha sugerido que Montevideo mismo, o toda la Banda Oriental, con Montevideo por capital, sea erigida en Estado separado e independiente*".²

Si el manejo de esta intriga complacía en extremo a Ponsonby, su estadía en Buenos Aires lo sacaba de quicio: "*Ningún paraje me disgustó tanto, escribía a un amigo, y suspiro cuando pienso que podré quedar aquí. Siempre tengo a Italia en la memoria para aumentar mi mortificación en esta localidad de barro y osamentas pútridas. No hay carreras, ni caminos, ni casas... ni libros ni teatro soportable... Nada bueno no siendo carne*". En otra carta a Lord Warden se quejaba del clima y, naturalmente, de "*la jactancia republicana en todo su vigor. Intolerable sitio*".³ Pero sus éxitos políticos le hicieron olvidar pronto el polvo de Buenos Aires y las alcobas de Londres.

Pues efectivamente, la situación ofrecía contrastes que estimulaban su vocación de intrigante nato. Como el emperador del Brasil se empecinaba en conservar la Banda Oriental, Ponsonby armó con todas sus piezas un complot para derribarlo, complot que sólo existía en su imaginación, al sólo efecto de alarmar al monarca brasileño. Además le hizo saber con toda claridad que corría el peligro de quedarse sin su armada, formada por desertores británicos, que era su principal instrumento bélico, ya que su

¹ Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 196.

² *Ibid.*

³ Luis Alberto de Herrera, *La Misión Ponsonby*, T. I, p. 348, Montevideo, 1930.

ejército había sido deshecho por las tropas argentinas. Ponsonby le recordó al Emperador lo que era notorio: tanto la armada argentina como la brasileña estaban integradas y dirigidas por marinos ingleses.

Guillermo Brown, jefe de la escuadra argentina, y Lord Cochrane, el pillastre ladrón de San Martín, eran súbditos del Rey, lo mismo que la mayor parte de sus marinerías. Había 1.200 marineros ingleses en los buques brasileños. Las tripulaciones cambiaban de bando durante las operaciones bélicas, pero no de nacionalidad. El gobierno inglés, que oficiaba de "mediador" entre ambos beligerantes, poseía, como se ve, poderosos instrumentos de presión.¹

22. El coronel Dorrego y el cortesano Ponsonby.

Un nuevo problema había surgido para Ponsonby en la persona del reemplazante de Rivadavia. Al Coronel Manuel Dorrego, gobernador de la Provincia de Buenos Aires, no le agradaba el rapé, ni los diamantes, ni Ponsonby ni el Imperio Británico en general. Era un patriota educado en la escuela de las guerras de la independencia, con San Martín y Bolívar. Un hombre de esta raza pareció sorprender desagradablemente a Ponsonby, formado entre cortesanos, cortesano él mismo, acostumbrado a besar la mano de su Rey, a servir y alternar entre serviles. Dorrego había manifestado que no iría a terminar la guerra sin la reincorporación de la Banda Oriental a las Provincias Unidas.

Esta digna actitud enfureció al cortesano Ponsonby, que juzgó el hecho como una clara demostración de la barbarie nativa. La nueva tarea de Ponsonby consistió en doblegar a Dorrego y al Emperador. Ya lo había instruido en ese sentido Canning, sugiriendo una espera prudente hasta que "*los acontecimientos de la guerra hayan enfermado y agotado a ambas partes*".² El mayor obstáculo era el patriotismo de Dorrego. Ponsonby decidió des-

¹ Herrera, *ob. cit.*, T. II, p. 196.

² Kauffmann, *ob. cit.*, p. 201.

truir a Dorrego, ya que no podía corromperlo, dice aforísticamente Scalabrini Ortiz.¹ Los recursos del gobierno de Buenos Aires para proseguir la guerra y coronarla victoriosamente provenían del Banco Nacional, creado por Rivadavia y que a pesar de su nombre estaba en manos del comercio británico de la ciudad.

Lord Dudley recibió una carta de Ponsonby en la que le informaba que Dorrego ya está vacilando en su decisión "por falta de fondos". Ponsonby agrega maliciosamente: "Yo creo que ahora el coronel Dorrego y su gobierno están obrando sinceramente en favor de la paz. Bastaría una sola razón para justificar mi opinión: que a eso están forzados... por la negativa de la junta, de facilitarles recursos, salvo para pagos mensuales de pequeñas sumas".² Poco antes, el enviado de la depravada Corte se permitía decir lo siguiente: "Es necesario que yo proceda sin un instante de demora y obligue a Dorrego a despecho de sí mismo a obrar en abierta contradicción con sus compromisos secretos con los conspiradores y que consienta en hacer la paz con el emperador... La mayor diligencia es necesaria... no sea que esta república democrática en la cual por su verdadera esencia no puede existir cosa semejante al honor, suponga que puede hallar en las nefastas intrigas de Dorrego medios de servir su avaricia y su ambición".³

La ambición de Dorrego era mantener la integridad territorial de su patria, su avaricia, la orfandad en que dejaría a su familia después de su muerte. En cuanto al honor monárquico de Ponsonby, ya sabemos que se fundaba en los cuernos del Rey de Inglaterra.

¹ Scalabrini Ortiz, *ob. cit.*, p. 114.

² Herrera, *ob. cit.*, T. II, p. 261. El bloque financiero a que alude Ponsonby estaba organizado por el Banco Nacional, bajo el control de comerciantes británicos; los escasos "argentinos" del Banco, pertenecían al partido unitario y desechaban todos los pedidos del Gobernador Dorrego. V. *Memorias del General Iriarte*, T. II, p. 36, Ed. Fabril Editora, Buenos Aires, 1962.

³ Herrera, *ob. cit.*, p. 248.

23. La sospecha de los servicios gratuitos.

En una carta de Ponsonby dirigida a Canning, y que se encuentra en los archivos del Foreign Office,¹ decía el galanteador a su jefe: "*Parecería que el único remedio para los presentes males es colocar una barrera entre las partes en conflicto, y la idea sugerida en mis Instrucciones, a saber, la Independencia de la Banda Oriental, parece ofrecer la mejor (creo que la única) que pueda interponerse*".² La resistencia de los argentinos a estos buenos oficios irrita a Canning y le arrancan una reflexión notable: "*Es una gran contrariedad que el gobierno de Buenos Aires se haya pronunciado en forma tan decidida... contra la solución media que V.E. tenía instrucciones de sugerir, consistente en erigir a Montevideo y su territorio en un Estado separado e independiente... Los habitantes de los establecimientos coloniales de España tienen mucho del carácter español, y nada hay más notable en el carácter español que su intolerancia para el consejo extranjero y las sospechas que le inspiran los servicios gratuitos*".³

Es perfectamente posible que varios siglos de relaciones con Inglaterra hayan infundido tal sospecha en el espíritu español. Este humor de extravagante cinismo era muy típico de Canning.⁴ En definitiva, el Emperador del Brasil, jaqueado por las inacabables intrigas de Ponson-

¹ Los archivos del Foreign Office pueden ser consultados por el investigador medio siglo después de transcurridos los acontecimientos a que aluden los documentos respectivos. Hay una sola excepción: la documentación relativa a las relaciones entre Inglaterra e Irlanda es secreta, sea cual fuere el período a estudiar.

² Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 219.

³ *Ibid.*

⁴ El agente de Estados Unidos en Buenos Aires, Mr. Forbes, observa: "*Mi firme opinión ha sido siempre que los ingleses codician ejercer una influencia sobre la Banda Oriental que en sus efectos sería igual a un gobierno directo colonial*"; *Once años en Buenos Aires*, p. 494. A su vez, Ponsonby escribía a Aberdeen al concluir su exitosa gestión balcanizadora: "*Yo creo que el gobierno de S.M.B. podrá orientar los asuntos de esa parte de Sud América, casi como le plazca*". V. Herrera, T. II, p. 333.

by, que estimulaba las discordias internas y lo amenazaba con dejarlo sin flota, vencieron al fin su resistencia. Dorrego fue acorralado y aceptó la paz, lo que equivalía a la pérdida de la provincia oriental y a su propia pérdida.¹ Pues las tropas que retornaban del Brasil, al mando del porteño y rivadaviano General Juan Lavalle dieron un golpe de Estado y fusilaron al Coronel Dorrego. Todo esto era muy lamentable, pero la Banda Oriental se transformó en la República Oriental del Uruguay con la garantía británica.

Más de un siglo después, habrá uruguayos que hablen de una "psicología nacional uruguaya" o de la "vocación artiguista por la autonomía". ¡Es preciso olvidar la historia para negar la evidencia, y sepultar por segunda vez a Artigas para afirmar semejante impostura! La Banda Oriental quería unirse a la Nación como provincia, pero no subordinarse a la provincia de Buenos Aires. En este dilema, los ingleses crearon la "soberanía" de un nuevo Estado, y controlaron así durante cien años a la Argentina, al Uruguay y al Brasil.

¹ Abrumado por la tenaza británica y el boycott del Banco Nacional, Dorrego se vio obligado a firmar la paz y a consentir la creación de un Estado Oriental Independiente. Al consultarlo a Rosas sobre esta solución, éste le comentó: "*Usted ha contribuido a formar una grande estancia con el nombre de Estado del Uruguay. Y eso no se lo perdonarán a usted. Quiera Dios que no sea el pato de la boda en estas cosas*". Por su parte, Julián Segundo de Agüero, hombre de Rivadavia y que pocos días más tarde instará a Lavalle a ejecutar a Dorrego, dijo: "*Nuestro hombre está perdido; él mismo se ha labrado su ruina*". V. Saldías, T. I, p. 233. Era evidente que todo gobernante que firmara la aceptación de la segregación de la Banda Oriental debía arruinar su reputación. Así había ocurrido con Rivadavia y así ocurriría con Dorrego. Pero una vez establecida, la "independencia" de la Banda Oriental sería intangible. No habría peor orimen que ponerla en discusión. Ponsonby intervino directamente en la redacción de los tratados de paz con el Brasil. Su interés central era crear una barrera jurídica para impedir la reunificación de la Banda Oriental con las restantes provincias del Plata. Así, escribe a Gordon: "*Usted observará que he hecho en mi nota al ministro una leve alteración en el segundo artículo. Su segundo artículo dice: «El (el emperador) consiente que el nuevo estado no tenga libertad de unirse, por incorporación, a ningún otro». Yo digo: «El nuevo estado no tendrá libertad para unirse, etc., etc.»*". En Herrera, T. II, p. 248. No cabe duda que el intrigante conocía su oficio.

24. Al día siguiente de la segregación de la Banda Oriental.

El partido unitario porteño, desalojado del poder con Rivadavia a raíz del tratado de paz firmado por García, volvía ahora al gobierno en la persona del General Juan Lavalle. Irreflexivo y fanfarrón, en sus arranques ingeniosos Lavalle era capaz de reducir a sus aspectos esenciales la verdadera naturaleza de la política unitaria porteña, lo que aterraba, por su carácter despojado de toda retórica, a sus verdaderos inspiradores políticos.

Recibió Lavalle en esos días, en el Fuerte, la visita del Señor Rivadavia y de Don Julián Segundo de Agüero, aquel cura ateo y ambiguo togado que le aconsejara sibilínicamente el fusilamiento de Dorrego.¹ Este Lavalle era un bárbaro: sus maestros venían a sondearlo. *"Preguntóle Rivadavia qué género de relaciones entablaría con las provincias. «Las provincias, exclamó Lavalle, dando fuertemente con el pie en el suelo: a las provincias las voy a meter dentro de un zapato con 500 coraceros». «Vámonos, señor Don Julián, dijo por lo bajo Rivadavia: este hombre está loco»".*²

En cuanto a Ponsonby, el Imperio lo destinó poco después a Bélgica. Se había revelado como un especialista en fragmentar naciones, un balcanizador nato. Así fue cómo, designado embajador ante el aliado holandés del Imperio Británico, maniobró para obtener la separación de Bélgica como Estado Independiente. Lo hizo con tanta fortuna como en el Río de la Plata: claro está que fue apedreado en Bruselas, y considerado por el abate Van Geel como *"viejo diplomático de las revoluciones, iniciado, por tantos años, en su obscuro arte"*.³ El mismo abate holandés consideraba al gabinete inglés *"como pronto siempre a sacrificar gente y reyes en beneficio de sus intereses comerciales y ambiciosas vistas"*. El Uruguay y Bélgica brotan de la

¹ Ramos, *ob. cit.*, T. I, p. 107.

² Saldías, *ob. cit.*, T. I, p. 247.

³ Herrera, *ob. cit.*, T. II, p. 352.

galera de Lord Ponsonby: "No en vano se la llama al Uruguay la Bélgica de la América del Sur".¹

La sorprendente gratitud del gobierno de Buenos Aires por la segregación de la Banda Oriental se expresó mediante el ofrecimiento al inglés de 12 leguas de campo (unas 30.000 hectáreas) en la campaña bonaerense.² Para Dorrego habían bastado los dos metros de tumba; para Artigas, una chacra en el Paraguay. En las viejas Provincias Unidas proseguía la disolución nacional.

¹ Herrera, *ob. cit.*

² Saldías, *ob. cit.*, T. I, p. 503. Veinte años después, el viejo Lord todavía reclamaba ante el Gobernador Rosas, por medio del Dr. Lepper, dicha donación de tierras. Se regalaba tierra a quien había hecho perder territorio.

CAPITULO IX

EL CONGRESO DE PANAMA

“Tenho orgulho de chamar-me um dos libertadores de Venezuela e dos da Nova Granada, e sem usar das minhas veneras. Faço garbo des minhas cruces de Boyacá e de Pôrto Cabello, e no meu nobre escudo de Carabobo. Tenho e conservo o busto de ouro do Libertador, que êle mesmo me deu como um diploma muito honroso”.

*General José Inácio de Abreu e Lima
al General Páez.*

“¡Bolívar, que ya se había llevado un girón del territorio argentino! ¡Bolívar, que creando y libertando a Bolivia, la había sometido a su mando! ¡Bolívar, que libertando al Perú, se había investido del mando supremo! ¡Bolívar, libertador de Colombia, unificada por él, pero gobernada por él! ¡Bolívar, el soñador de la Confederación Continental; el convocador de los Anfitriones del Istmo de Panamá, entre los cuales se había deslizado como un augurio la idea de crear una autoridad “sublime” (es la palabra), para presidir, sin duda, al continente confederado! ¡Bolívar, cuya ambición era más grande que su gloria, que era muy grande, y que no había recatado en las conversaciones de Chuquisaca ni sus malquerencias argentinas, ni su voluntad de hacer y de deshacer desde los Andes hasta el Plata, desde el Plata hasta el Amazonas!”.

Andrés Lamas.

“Mi sentir respecto de él [Bolívar] es que si la libertad hubiera de bajar y personificarse, no buscaría otro templo que el corazón de él”.

Coronel Manuel Dorrego.

Al día siguiente de fundar Colombia, Bolívar puso en práctica su propósito de iniciar la Confederación de los nuevos Estados hispanoamericanos. La idea de reunirlos en un Congreso en el Istmo de Panamá cobró forma. Designó a don Joaquín Mosquera Ministro plenipotenciario y encargado de negocios ante los gobiernos del Sur para gestionar el envío de representantes al Istmo. Las dificultades de transporte de la época y la suerte varia de la guerra arrastraron el proyecto desde 1821 hasta 1826, en que logró al fin realizarse la reunión. Bolívar se había despojado para esa época de toda ilusión de construir un gran Imperio hispano-criollo, esa idea tenaz que frecuenta el espíritu de los diputados americanos en las Cortes de Cádiz de 1811.

1. La política de Chile y Perú.

Si América no podía confederarse con España, la historia le imponía confederar todos sus Estados. Mosquera salió de viaje. Bolívar le confió una carta para el Director Supremo de Chile: "*La asociación de los cinco Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa*".¹ Con O'Higgins se entendieron perfectamente. Se firmó un tratado del mismo tenor que con el Perú, comprometiéndose ambos países a que los nacidos en dichas repúblicas serían considerados

¹ Bolívar, *ob cit.*, p. 107.

como ciudadanos en ambas y podrían ejercer todos los cargos, excepto la primera magistratura. Las mercancías y buques de los Estados firmantes tendrían tarifas preferenciales; los puertos de ambos territorios se abrirían a los corsarios de los países contratantes. En cuanto a la jurisdicción de los tribunales marítimos, se haría extensiva a ambos países. En caso de invasión extranjera sería permitido a los aliados auxiliar al país invadido, sin previo aviso.

En el Perú, tal tratado con Colombia se debía a la inmensa influencia bolivariana. En cuanto a Chile, muchos de sus hombres más notables, como Juan Egaña, sostenían tales puntos de vista desde el año 10. En un Proyecto alusivo de 1825 Egaña argumentaba: "*Es forzoso repeler la fuerza por la fuerza, es forzoso que a la denominada Santa Alianza de los príncipes agresores se oponga la sagrada confederación de los pueblos ofendidos*".¹ Sin embargo, Egaña, a diferencia de Bolívar, se proponía incluir en la Confederación hispanoamericana a EE.UU., Grecia y Portugal, intimidado por el peligro de la Santa Alianza en el momento que daba forma a su proyecto.

2. Cómo reciben los porteños la invitación al Congreso de Panamá.

El embajador colombiano Mosquera pasó de Chile a Buenos Aires. Aunque el general Rodríguez desempeñaba la gobernación de esa provincia, el político influyente en su gobierno era el célebre protoporteño Rivadavia.

Mosquera fue acogido por Rivadavia con una indiferencia glacial. "Lo americano" no era buena música para los oídos del que en esos momentos abandonaba a San Martín en el Perú sin prestarle el menor auxilio.

Si el gobierno rivadaviano consideraba a los agentes de las provincias argentinas en Buenos Aires como per-

¹ Egaña, *ob. cit.*, p. 59.

tenecientes al cuerpo diplomático extranjero,¹ es fácil imaginar su juicio sobre los hijos de Colombia que venían, como el embajador Mosquera, a incomodar a los porteños con sus utopías hispanoamericanas. Nada bueno podía esperar en Buenos Aires el enviado del fabuloso y absorbente Bolívar cuando "La Gaceta", órgano oficial del gobierno, aplaudía la muerte del caudillo salteño Güemes, baluarte del frente patriota ante el ejército del Rey, aunque simultáneamente adversario de la oligarquía agodada de Salta.²

Cuatro meses después de despedir como un intruso al Comandante Gutiérrez de la Fuente, Rivadavia se veía obligado a recibir a don Joaquín Mosquera. Llegó a Buenos Aires el 21 de enero de 1823. En su informe a Adams, el agente diplomático norteamericano Forbes profetizaba: "*Tengo pocas esperanzas de que logre éxito y convenza a este Gobierno de que debe participar en una gran confederación*".³ Mosquera se mantuvo reservado con Forbes en relación a los fines de su misión. Esto obedecía al propósito de Bolívar de mantener al margen del Congreso de Panamá a Estados Unidos.

Por otra parte, Mosquera designó representante diplomático de Colombia ante el gobierno de Buenos Aires al Deán Funes, hombre de Córdoba, vinculado con el caudi-

¹ El cuerpo diplomático acreditado en Buenos Aires estaba formado por 7 agentes en total: sólo uno era extranjero, en el sentido que la palabra tenía en América Latina en 1810-30. Era el representante de Estados Unidos. Después venían los agentes de Chile, Perú y Brasil.

El cerril localismo porteño incluía entre los agentes extranjeros a los representantes de las provincias de Mendoza, Córdoba y Entre Ríos. Con involuntaria penetración Mr. Forbes dice al comentar la composición del "cuerpo diplomático" del que se envanece Rivadavia: "*Total, siete, de los cuales, el mejor y probablemente el único amigo sincero del Gobierno, es el agente de los Estados Unidos*", Forbes, *ob. cit.*, p. 187.

² En el periódico oficial de Rivadavia, "*La Gaceta de Buenos Aires*" se escribía: "*Llegó el cirujano Cartellanos con la noticia de la muerte del abominable Güemes... Ya tenemos un caudillo menos que atormenta el país y parece que a su turno van a caer los demás*". Cit. en Busaniche, *ob. cit.*, p. 181.

³ Forbes, *ob. cit.*, p. 217.

llo Bustos, y políticamente inclinado a defender la causa de las provincias pobres en la rica ciudad separatista. Adversario natural de Rivadavia, el Deán Funes fue cuestionado por su "doble" condición de ciudadano de las Provincias Unidas del Río de la Plata y agente diplomático de Colombia. Ante esta argucia porteña, el Deán, que consideraba a Hispanoamérica "*la patria común*"¹ escribía: "*Yo estoy resuelto a renunciarlo todo, y a pedir al gobierno de Colombia mi carta de ciudadanía, siempre que me halle digno de ella, y se me pongan estas trabas*".²

3. Rivadavia niega apoyo al Congreso.

Mosquera entregó a Rivadavia la carta invitación al Congreso de Panamá. El ridículo borbónico hizo esperar durante un mes por su respuesta al enviado de Bolívar. Forbes comenta: "[Mosquera] *tiene buenos motivos para no estar muy satisfecho con su recepción personal y oficial. Nadie, que yo sepa, le ha brindado su hospitalidad*".³ Finalmente, Mosquera firmó con el gobierno porteño, el 10 de marzo, un Tratado innocuo, que Mosquera calificó de "preliminar", pues Rivadavia le había argumentado que las relaciones de Buenos Aires con las restantes provincias no le permitían otra cosa que un acuerdo general sobre los objetivos de los Estados americanos: independencia y cesación de la guerra. Mosquera se fue con las manos vacías.

Eso fue todo. Cuando Bolívar, desde Pativilca, envió una circular a los gobiernos ratificando su invitación para el Congreso de Panamá, el gobernador de Buenos Aires era el General Las Heras y su ministro, Manuel José García, aquel que "*tenía el alma fría para las cosas de la patria*".⁴ Ambos se dirigieron al Congreso General Constituyente reunido en Buenos Aires para solicitarle una ley

¹ Peña, *ob. cit.*, p. 164.

² *Archivo Funes*, p. 191.

³ Forbes, *ob. cit.*, p. 223.

⁴ Busaniche, *Historia Argentina*, p. 376.

que autorizara al Poder Ejecutivo a designar dos representantes de Buenos Aires ante el Congreso. El pedido del gobierno se fundaba, explícitamente, en limitar el alcance de los poderes confederales que el Congreso de Panamá podía asumir en el orden económico y político. Se aludía expresamente a la necesidad de garantizar la *"libre concurrencia de la industria y la inviolabilidad de la propiedad"* en las decisiones de Panamá.

Pero la Asamblea Constituyente de Buenos Aires rechazó la sanción de una ley y autorizó al gobierno a enviar dos representantes a la reunión hispanoamericana.¹ En definitiva, todo cayó en el vacío más absoluto. Después del golpe de Estado parlamentario que permitió a Rivadavia proclamarse Presidente de una República ilusoria en 1826 sin el consentimiento de las provincias, el curioso Presidente fue informado por el agente británico que Gran Bretaña se disponía a enviar un observador a Panamá.

Parish informaba a Canning que Rivadavia le había dicho: *"La presencia de un agente británico sería la mejor garantía para todos los nuevos Estados que concurrieran al mismo y no vacilaba en afirmar que inmediatamente determinarí a este Gobierno a enviar a un Plenipotenciario a Panamá, lo que en forma alguna habían podido resolver anteriormente: que las anteriores ideas del Gobierno de Buenos Aires eran bien conocidas... pero que la decisión de Gran Bretaña y de los Estados Unidos... alteraba materialmente las miras y sentimientos de este Gobierno acerca de esa asamblea"*.² Representante porteño fue de-

¹ Rosa, *Historia Argentina*, T. III, p. 448.

² Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 208. Un mes antes, sin embargo, el 19 de marzo de 1826, el Señor Rivadavia visitaba en su pomposa carroza oficial tirada con cuatro caballos y acompañado de escolta, a Mr. Forbes. Este le informó que los Estados Unidos no enviarían delegados a Panamá, sino sólo un observador con fines comerciales. Rivadavia *"expresó satisfacción por la decisión del Presidente de los Estados Unidos, agregando que él no enviaría Ministro alguno al contemplado Congreso; "porque", dijo, "he decidido no apartarme un ápice de la senda de los Estados Unidos, quienes, por la sabiduría y experiencia de su Gabinete, como por su gran fuerza y carácter nacional, deberían tomar la dirección de la política americana"*; Forbes, *ob. cit.*, p. 420.

signado José Miguel Díaz Vélez, residente en el Alto Perú y que finalmente no concurrió a Panamá.¹ Rivadavia estaba muy ocupado con su Presidencia haciendo negocios particulares con las minas de Famatina, asociado a Hullet Brothers de Londres.²

El agente yanqui Forbes, que todo lo miraba con una triste envidia, escribía desconsolado a sus superiores: "*Entre tanto, los capitalistas ingleses en Londres y en esta ciudad hacen rápidos progresos para convertirse en los verdaderos amos de ese país... El Banco, que ellos controlan, tiene créditos hipotecarios sobre muchas casas de esta ciudad. Son los ingleses tenedores también de gran parte de los títulos nacionales... Todo indica que esta Provincia, se convertirá pronto en una verdadera colonia británica, exenta de los gastos y responsabilidad del Gobierno, pero sujeta a influencias políticas y morales equivalentes*".³

¡Como para pensar Rivadavia en el Congreso de Panamá! El propio Forbes estaba preso de la gran red inglesa: sus sueldos diplomáticos pagados por la Secretaría de Estado norteamericana le eran liquidados por medio de la Banca Baring Brothers de Londres.

4. Un juicio de Sucre sobre Buenos Aires.

Estas actitudes merecían a Sucre, tan moderado por lo demás, un juicio tajante sobre los porteños: "*No en balde los aborrecen en estas provincias tanto como a los españoles*".⁴ En una carta dirigida a Monteagudo, Bolívar comentaba la actitud de Rivadavia: "*Vd. debe saber que el gobierno de su patria de Vd. ha rehusado entrar en fe-*

¹ Los detalles de la indiferencia y resistencia de Díaz Vélez y el Gobierno porteño en relación al Congreso de Panamá, pueden leerse en Davis, *ob. cit.*, ps. 83-91.

² El negociado de Rivadavia con los Hullet Brothers ha sido tratado por el propio apologista de Rivadavia, Ricardo Piccirilli, *ob. cit.*, por López, *ob. cit.*, y por Rosa, *Rivadavia y el imperialismo financiero*, Ed. Huemul, Buenos Aires.

³ Forbes, *ob. cit.*, p. 368.

⁴ Gabriel René-Moreno, *Ayacucño en Buenos Aires*, p. 251.

deración con pretextos de debilidad con respecto al poder federal y de imperfección con respecto a la organización. ... De suerte que, como las uvas están altas, están agrias; y nosotros somos ineptos porque ellos son anárquicos: esta lógica es admirable, y más admirable aún el viento pampero que ocupa el cerebro de aquel ministro".¹

Es justamente a este Rivadavia que el general Bartolomé Mitre, presidente e historiador cuasi mítico de la oligarquía argentina y de sus aliados de izquierda y derecha² considerará como el digno oponente de Bolívar. Toda la burguesía comercial del puerto, desde Rivadavia a Mitre, hasta nuestros días, expondrá en cada momento su profunda aversión a la unión latinoamericana.

5. El separatista Mitre juzga al unificador Bolívar.

El clásico historiador de la oligarquía porteña dirá: *"Bolívar con su ejército triunfante acampaba en la frontera norte de la República Argentina, lleno de gloria, de ambición y de soberbia. Fundaba allí, dándole su nombre, una república oligárquica con una presidencia vitalicia, un sistema de elección hereditario para la transmisión del poder, y una constitución casi monárquica, la cual debía servir de modelo a las tres repúblicas a la sazón sometidas a su espada.*

Soñando ser el gran protector o regulador supremo de una hegemonía continental, había convocado su Congreso de anfictiones en Panamá para formar una Confederación americana... meditando subordinar a su poderío las Provincias Unidas, conquistar el Paraguay y derribar el único trono levantado en América... Estas amenazas y estos proyectos encontraban eco simpático en el partido de oposición a Rivadavia, así en Buenos Aires como en las pro-

¹ Bolívar, *Documentos*, p. 131.

² Se recordará a este respecto el pensamiento inmortal del dirigente del Partido Comunista de la Argentina, Rodolfo Ghioldi: *"Mitre no ha sido superado todavía"*. (*"Orientación"*, 9 de julio de 1947, p. 5, Buenos Aires). Esta frase, por lo menos, no ha sido superada.

vincias, cuyos jefes iban a pedir a Bolívar sus inspiraciones en Chuquisaca, mientras su nombre resonaba en los disturbios de Tarija y Córdoba; y la prensa opositora propiciaba su intervención armada, declarando que la República Argentina era incapaz de ser libre y triunfar por sí sola del emperador del Brasil ni organizarse sin el genio de América como por antonomasia se le llamaba.

Fue entonces que Rivadavia, poniéndose al frente del gobierno supremo de las Provincias Unidas, aceptó el reto y dijo con resolución: "¡Ha llegado el momento de oponer los principios a la espada!". Esta actitud salvó en aquella ocasión el porvenir de las instituciones verdaderamente republicanas en la América Meridional".¹

Envueltos en el énfasis oratorio de esta prosa detestable, pueden distinguirse los "principios" de Rivadavia: el separatismo de los intereses porteños, su conservatismo borbónico, sus negocios privados con los ingleses protegidos por su cargo oficial, su traición a la revolución americana. Es de estricta justicia decir que Mitre pertenecía a esa escuela y aplicó esos principios a sangre y fuego en el exterminio del Paraguay en 1865.

6. La reacción de México.

El Ministro de Relaciones Exteriores de México era en esa época Don Lucas Alamán, antiguo Diputado a las Cortes de Cádiz. Españolizante y proteccionista, partidario de la unidad hispanoamericana (si era posible, aún con España) y socialmente conservador, Alamán aparecía como uno de los personajes más notables de la primera época revolucionaria. En cierto sentido era un sobrevi-

¹ Y agrega Mitre: "El gobierno argentino, fuerte en sus principios, reaccionó contra el plan absorbente del Congreso de Panamá, compuesto de cinco repúblicas sometidas a la influencia de Bolívar, y el proyecto quedó desautorizado... Hasta Colombia, base militar de su gloriosa hegemonía, protestó contra sus planes de engrandecimiento personal, con su congreso civilmente acaudillado por el vicepresidente Santander, segundo de Bolívar, que era y fue hasta sus últimos días un admirador de Rivadavia", Centenario de Rivadavia, en Vedia y Mitre, ob. cit., p. 578.

viente del mercantilismo español, adherido al viejo orden, aunque envuelto en el huracán revolucionario a pesar suyo. Deseaba para México, ante la alarmante proximidad de Estados Unidos, una política exterior flexible que le permitiese respaldarse en el poder europeo de Gran Bretaña, y no aproximarse demasiado a la órbita del poderoso vecino. Si sus relaciones económicas con los intereses mineros británicos eran estrechas, ésta no es la razón suficiente de su política, como sugiere malignamente el historiador yanqui Whitaker, al que no parecen agrádarle los intereses imperialistas que no sean norteamericanos.¹

Estaba tan lejos Alamán de ser un anglófilo, como insinúa Whitaker, que su acción política lo define como al verdadero creador de la industria mexicana. Era profundamente católico y antiliberal; políticamente un conservador, tan desconfiado como Bolívar del sufragio universal y de la democracia. Pero en las condiciones sociales de la época, heredadas de la Colonia, Alamán se revela como uno de los más excepcionales promotores del progreso económico de México. Había un impedimento esencial en su política, sin embargo: era imposible crear un vasto mercado interno para la industria mexicana protegida por Alamán; si no se eliminaba la sobrevivencia de la estructura latifundista. Alamán ni soñó con la revolución agraria.

Las industrias que alentó y fundó debían necesariamente chocar con los estrechos límites de un mercado interno reducido a las pequeñas ciudades de México. Cabe decir que si Alamán no se planteaba la resolución de la cuestión agraria, pues erigía el concepto de la propiedad en algo sacro, y a la Iglesia mexicana, poderosa terrateniente, como un cuerpo intocable, México tardaría un siglo en afrontar el problema. Ni el verboso liberalismo mexicano posterior a Alamán lograría nada en materia agraria; por el contrario, sería librecambista, estableciendo así una contradicción viva entre su proclamado "progresis-

¹ Whitaker, *ob. cit.*, p. 422.

mo" ideológico y las fuerzas motrices reales del crecimiento mexicano.¹

7. Ingleses y yanquis en la política mexicana.

La convocatoria del Congreso de Panamá inquietó tanto a los ingleses como a los norteamericanos. En México, el representante diplomático de Estados Unidos era nuestro viejo conocido Joel Robert Poinsett, antiguo consejero y amigo de José Miguel Carrera, el infortunado caudillo chileno. Poinsett era el típico diplomático yanqui de la era anterior al poder mundial de los Estados Unidos. Todos sus quebraderos de cabeza se originaban en sus sistemáticas derrotas ante la diplomacia inglesa en la América del Sur. El cruel destino de Poinsett lo persiguió de Chile a México, adonde llegó tan sólo para caer en la trampa de las intrigas británicas.

Inglaterra ya estaba sólidamente instalada en la economía y la política de ese país. Poinsett, como le había ocurrido en Chile, se estrelló una y otra vez contra esa fuerza sutil. El propósito de México era contribuir al Congreso de Panamá y establecer una unión aduanera latinoamericana sin la admisión de los Estados Unidos. Poinsett se debatió inútilmente por quebrar esta política. Esa fue su primera tarea. La segunda consistía en reemplazar a Gran Bretaña en la influencia que ésta ejercía en México. Fracasó en las dos. Los ingleses, como lo demuestra la documentación del Foreign Office, no sabían exactamente qué actitud adoptar ni qué ventaja obtener con el Congreso, esa sorprendente invención de Bolívar.

El primero y más funesto error de Poinsett, en el que incurriría temerariamente toda la diplomacia yanqui en adelante, fue inmiscuirse directamente en las luchas políticas internas de México. Así, tomó partido contra el Presidente Victoria, apoyándose en algunos diputados del Con-

¹ V. María del Carmen Velázquez, Lucas Alamán, historiador de México, p. 391, en *Estudios de Historiografía Americana*, El Co-

greso.¹ Como por lo demás, Poinsett tenía un criterio ambiguo en la distinción entre los negocios de Estado y los intereses mercantiles personales, toda su actividad asumía un carácter sospechoso ante la opinión pública. Al advertir que los ingleses habían usado de las Logias masónicas para extender su influencia sobre los patriotas en el primer período de la Independencia, Poinsett se propuso imitarlos, aunque con mala fortuna.²

Creó Logias masónicas dirigidas contra las potencias europeas "*pero muy especialmente contra Gran Bretaña*", decía el agente británico al Foreign Office. Y añadía: "*No creo, sin embargo, que el plan tenga éxito fuera de la capital, pues tal es la execración que se ha infundido al pueblo por el nombre de Francmasón en el interior, que debe ser un hombre audaz quien primero intente introducirlo en cualquiera de los Estados*".³ Las imprudencias de Poinsett no tenían término: se atrevió a declarar a su adversario, el agente británico, que "*era absurdo suponer que el Presidente de los Estados Unidos llegara a firmar un Tratado [el que iría a firmarse en Panamá] por el cual ese país quedaría excluido de una federación de la cual él debería ser el jefe*".⁴ Naturalmente, el interlocutor se encargó de difundir en los medios mexicanos las palabras de Poinsett. Para culminar su hábil política, Poinsett fue sorprendido en una tentativa de soborno a un empleado del Ministerio de Relaciones Exteriores de México con el fin de obtener documentación secreta.

En definitiva, Alamán firmó en nombre de su gobierno el 3 de octubre de 1823 un "Tratado de Amistad, Liga

¹ Webster, *ob. cit.*, p. 677.

² Organizó en México el rito masónico de York, destinado a enfrentar la masonería escocesa pro-británica y utilizarse como club político. El gobierno mexicano terminó por obligar a Poinsett a liquidar esas actividades. V. Whitaker, *ob. cit.*, p. 440.

³ Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 678.

⁴ *Ibíd.*, p. 671.

y Confederación Perpetua" con Colombia,¹ y resolvió la concurrencia a Panamá.²

8. Centro América y Chile ante el Congreso.

El hondureño José Cecilio del Valle proponía el 6 de noviembre de 1823 a la Asamblea Nacional Constituyente de Centroamérica reunida en Guatemala una resolución por la que se invitaba a formar una Confederación Federal a los pueblos hispanoamericanos. Sostenía así la invitación de Bolívar. Los representantes de Centroamérica concurren a la reunión del Istmo.³ Lo mismo hicieron el Perú, Colombia y México. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, cuyas relaciones exteriores, en virtud de las guerras civiles, estaban de hecho en manos de los porteños, no asistieron.⁴

En Chile había perdido el poder O'Higgins, abandonado por la aristocracia terrateniente, a causa de sus medidas anticlericales. Su reemplazante, el General Freire, adhirió al proyecto bolivariano y designó dos delegados, ante las protestas de los agentes yanquis que tenían la influencia inglesa en el Congreso de Panamá. Pero en definitiva esos delegados no viajaron. Bolívar ya estaba descontento con Chile por su renuncia a apoyar la guerra de emancipación americana: "*Los chilenos prometen mucho y no hacen nada... Hasta ahora Chile no ha hecho más que engañarnos sin servirnos con un clavo; su conducta es digna de Guinea.*"⁴ Los prejuicios raciales del antiguo mantuanos estaban siempre a flor de labio.

¹ González Navarro, *ob. cit.*, p. 133.

² Ya en 1815 México había llamado a Bolívar, por medio del general Vicente Guerrero, para que asumiera el mando de las tropas independientes. Al responder a la convocatoria de Panamá, México estaba dispuesto a proponer el nombramiento del Libertador como generalísimo de los Ejércitos hispanoamericanos. (V. Blanco Fombona, *ob. cit.*, p. XVI).

³ V. Ricardo Gallardo, *Las Constituciones de la República Federal de Centro-América*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1958.

⁴ Bolívar, *Documentos*, p. 139.

9. Un revolucionario brasileño en los ejércitos bolivarianos.

En cuanto al Imperio del Brasil, aceptó la invitación, pero se abstuvo de concurrir al Congreso. El imponente y frágil coloso estaba empeñado siempre en tareas superiores a sus fuerzas. Ocupaba la Banda Oriental y guerreaba con las Provincias Unidas, mientras en el inmenso "hinterland" social y racialmente heterogéneo el Emperador enfrentaba conspiraciones, revoluciones y motines con indiferencia verdaderamente regia, su mirada puesta siempre en la próxima costa y en la armada británica. Aunque el Brasil oficial no concurre al Congreso de Panamá, el Brasil revolucionario estaba presente en los ejércitos de Bolívar en la persona de José Ignacio de Abreu e Lima, "*o General das Massas*". Se trataba de un personaje realmente único. Su padre, José Ignacio Ribeiro de Abreu e Lima, era un ex sacerdote y héroe de la Insurrección de 1817, donde fue fusilado.

Al fracasar esa revolución, Abreu y su hermano Luis emigraron a Estados Unidos; desde allí Abreu viajó a Venezuela, donde militó junto al Libertador, combatió contra Morillo, peleó en la batalla de Cúcuta, donde salvó una división que se había embriagado con aguardiente; llegó a General, se peleó con Santander y tuvo tiempo para presenciar la caída y muerte de Bolívar. ¡Todo esto antes de los 35 años! Abreu de Lima vivió su otra vida intensa en el Brasil, pero esa historia no corresponde a este libro.¹

Por lo demás, la historia brasileña estaba tan escindida de la historia de América Española como la de Portu-

¹ Vamireh Chacón, *Historia das ideias socialistas no Brasil*, p. 145, Editora Civilização Brasileira S.A., Rio de Janeiro, 1965, y Paulo R. Schilling, *Brasil para extranjeros*, p. 62, Ed. Diálogo, Montevideo, 1967. "Abreu estuvo entre Bolívar, Santander, Páez; en una fase de su vida pensó más en Hispano-América que en su propio país; fueron suyas las mismas preocupaciones de Artigas, San Martín, Sucre", dice Chacón. Naturalmente que este autor no advierte que "su país" era Hispanoamérica. Chacón cita un juicio de Abreu sobre Santander: "Nunca conocí un intrigante y un perverso tan sutil, tan fino y tan astuto".

gal con respecto a España. El Imperio británico había de realizar en América la tarea magistral de crear un antagonismo básico entre Portugal y España, las que disputaron siempre absurdas diferencias territoriales mientras Inglaterra dominaba ambos mercados, sometía a las dos dinastías gobernantes e impedía la unidad nacional de las dos metrópolis ibéricas. Ese es el motivo de que resulte imperioso para la inteligencia revolucionaria de América Latina rehacer y reunificar de abajo arriba toda la historia latinoamericana, tan balcanizada como nuestros Estados, para examinar desde un nuevo ángulo el pasado común.

10. Bolívar y el doctor Francia.

La recién creada República de Bolivia, con sus mineros y terratenientes ebrios de adulación, designó dos delegados, que finalmente no concurrieron. En cuanto al Paraguay, bajo el puño de hierro del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, permaneció silencioso como un sepulcro. Francia rara vez respondía las cartas provenientes del exterior. Poco antes, Bolívar le había enviado un oficial con un pliego, invitando al Supremo Dictador a establecer relaciones con los restantes pueblos latinoamericanos. Francia respondió con otro pliego en el que trataba a Bolívar de "Patricio", y le decía: *"Los portugueses, porteños, ingleses, chilenos, brasileros y peruanos han manifestado a este gobierno iguales deseos a los de Colombia, sin otro resultado que la confirmación del principio sobre que gira el feliz régimen que ha libertado de la rapiña y de otros males a esta provincia, y que seguirá constante hasta que se restituya al Nuevo Mundo la tranquilidad que disfrutaba antes que en él apareciesen apóstoles revolucionarios, cubriendo con el ramo de olivo el pérfido puñal para regar con sangre la libertad que los ambiciosos pregonan. Pero el Paraguay los conoce, y en cuanto pueda no abandonará su sistema, al menos mientras yo me halle al fren-*

te de su Gobierno, aunque sea preciso empuñar la espada de la justicia para hacer respetar tan santos fines".¹

Como Bolívar jamás entendió a fondo el problema económico y político del Río de la Plata y el papel desintegrador esencial jugado por la burguesía porteña, tampoco estuvo en condiciones de descifrar a la víctima suprema de esa política, que era el Paraguay del Dr. Francia.

11. El aislamiento del Paraguay.

La gran provincia paraguaya había heredado de las Misiones Jesuíticas una estructura agraria sin latifundio, lo que permitió a sus gobiernos posteriores fundar su estabilidad sobre una especie de democracia agraria sólidamente arraigada. La fuerza militar del Paraguay en el siglo XIX se asienta socialmente en el nivel de vida de sus campesinos, que no conocían la pobreza, ni el servilismo, ni la esclavitud, ni el "pongo", ni la "mita". El doctor Francia era un jesuita laico, un fanático del poder secular y un jacobino sin burguesía. Había resumido en su persona al único siglo XVIII y a la única Ilustración que el aislado Paraguay pudo permitirse en la reclusión mediterránea a que estaba condenado por la pérfida burguesía porteña, dueña de la boca de los ríos.

Francia advirtió que Artigas corría hacia su pérdida; que toda la fuerza reposaba en Buenos Aires, y en el capital extranjero solidario con Buenos Aires; que hasta mejor proveer, la única respuesta que podía elegir el Paraguay para no ser arrastrado hacia la guerra civil como las restantes provincias del extinto Virreinato, era transformar en algo voluntario aquello que le había sido impuesto, hacer del aislamiento forzoso una fuente de poder, y puesto que no lo dejaban comerciar igualmente,

¹ Cuando Bolívar recibió en Lima esta respuesta, refiere Palma, pasó la carta del Dr. Francia a su secretario y murmuró: "*¡La pím... pinela! ¡Haga usted patria con esta gente!*". Bolívar no llegó a comprender que si Buenos Aires impedía construir una Patria Grande, las patrias chicas resultantes no podían parecerse a Suizas ideales. V. Palma, *ob cit.*, p. 1026.

negarse a comerciar y crear en la selva un sistema de economía agraria autosuficiente.

Su feroz localismo y la reducción del destino hispanoamericano a la paz de la ínsula paraguaya pueden ser severamente juzgados desde el ángulo de la gran Nación inconclusa. Recluido por Buenos Aires en su suelo, Francia abandonó a Artigas en el momento decisivo, pues su "protección" fue una reclusión; no respondió a Bolívar, y repitió el gesto de Buenos Aires, sin el poder de Buenos Aires: se replegó sobre sí mismo. Esa política sólo pudo retrasar el aniquilamiento del Paraguay medio siglo.¹ Cuando esa hora llegó, todos los aliados del Paraguay, es decir las Provincias Unidas, ya habían sido destruidas ante la indiferencia de los paraguayos y no podían, frente a la Triple Alianza, sino protestar débilmente mientras se desenvolvía la tragedia.

El Supremo Dictador había supuesto que al meter su cabeza en la tierra nativa, su neutralidad perpetua y su soberbio aislamiento bastarían para mantener los "apóstoles revolucionarios" fuera del Paraguay y las manos lejos del fuego que calcinaba al resto de la América independiente. ¡Rara inocencia en un hombre tan sagaz! Nunca llegó a entender que o el Paraguay se integraba a una Confederación latinoamericana como provincia, para insertarse en el progreso histórico general de la Nación, o

¹ El aislamiento del Paraguay encontró en su suelo y su estructura económica una base real de resistencia. Ya los jesuitas habían organizado la producción en gran escala de la yerba mate. Del mismo modo, la provincia paraguaya producía prácticamente todo el tabaco que se consumía en el Virreinato. Yerba mate y tabaco constituían uno de los primeros recursos fiscales del gobierno colonial, que había impuesto sobre esos productos un Estanco oficial. Como el Paraguay contaba con la más variadas maderas y cursos de agua navegables, nació asimismo una discreta industria naval, que construía barcos de hasta 160 toneladas. La ganadería y la agricultura eran prósperas y abastecían cómodamente las necesidades de la laboriosa provincia. Se cultivaba por añadidura el algodón, que permitía la materia prima para tejer los lienzos necesarios a la vestimenta de las 60.000 almas que habitaban el Paraguay. El régimen de los jesuitas, del Dr. Francia y de los López encontró, sin terratenientes, esa base productiva para desenvolverse y resistir el aislamiento.

debería integrarse forzosamente al mercado mundial como "Nación" agraria sometida. Francia no quiso una cosa ni la otra. Un "Paraguay independiente" (así se llamó orgullosamente el periódico de los López) era una utopía y todo su crecimiento industrial, sus grandes realizaciones y su prosperidad fueron aniquiladas por la tempestad de fuego de 1865. Detrás de la oligarquía porteña-brasileña estaban los intereses mundiales del Imperio británico en su pugna por la división internacional del trabajo y el control del mercado interno de América Latina.

La "misantropía" del Dr. Francia ha sido estudiada por charlatanes del género de Carlyle; pero el libro del escritor inglés no será lamentado en caso de un nuevo incendio en Alejandría; y puede comparársele al lamentable producto elaborado por otro inglés sobre Solano López.¹ La personalidad de Francia era la réplica psicológica al aislamiento monstruoso impuesto por el puerto de Buenos Aires. En tales condiciones, aquella Asunción sitiada no podía engendrar un cortesano como Tayllerand, sino este implacable jacobino criollo.²

12. Quiénes asistieron al Congreso.

No obstante, el Congreso de Panamá lograba reunir a los representantes de los Estados que actualmente comprenden doce repúblicas. ¿El plan grandioso de Bolívar estaba a punto de realizarse? En esa tierra de fiebres ma-

¹ V. Thomas Carlyle, *El Dr. Francia*, Ed. Siglo XX, Buenos Aires, y Roberto Cunninghame Graham, *Retrato de un dictador*, Ed. Interamericana, Buenos Aires. ¡Triste destino el de América Latina! Grandes espíritus que entendían el mundo moderno, como el viejo Cunninghame, que fue socialista, partidario de la independencia de Irlanda, y que siendo de origen noble se hizo abrir la cabeza en Trafalgar Square por defender a los obreros, en relación con la América española sólo amaba sus caballos, sus pampas y su paisaje. Sólo la amaba como naturaleza, pero no podía entenderla como sociedad. Otros ingleses menos artistas que él habían hecho lo posible para que la América mutilada fuese indescifrable.

² V. José Antonio Vázquez, *El Doctor Francia, visto y oído por sus contemporáneos*, Fondo Editorial Paraquaire, Asunción, 1962.

lignas y clima tropical los diputados hispanoamericanos discutieron los grandes problemas de una alianza ofensiva y defensiva. Las intrigas del Mitre colombiano, el Vicepresidente Santander, habían logrado lo que Bolívar había resistido: invitar a los Estados Unidos al Congreso.

Pero las contradicciones políticas internas de los norteamericanos eran tan intensas ante la convocatoria del Congreso, que cuando finalmente sus delegados se pusieron en viaje, uno de ellos, Anderson, falleció antes de llegar y el otro, John Sergeant, al decidirse a partir de Estados Unidos, el Congreso había concluido.¹ La perplejidad invadió el espíritu siempre alerta de Canning cuando la noticia del congreso bolivariano llegó al Foreign Office: "*¿Debemos nosotros mandar algún ministro allá, invitados o no invitados, o no debemos darnos por enterados? ... Sin embargo, si enviamos, ¿a qué propósito específico?*"²

En otras palabras, ¿qué ganaría Inglaterra con su concurrencia? Canning se resolvió en definitiva a enviar un agente no oficial, Mr. Edward J. Dawkins, a Panamá. Sus instrucciones eran precisas. Debía preservar a toda costa la observancia de las leyes marítimas británicas, en primer lugar. Canning advertía con arrogancia a su delegado que debía hacer saber a los integrantes del Congreso de Panamá que la determinación inglesa a defender estas leyes, "*así como no ha sido desbaratada por confederaciones europeas tampoco será alterada por ninguna resolución de los Estados del Nuevo Mundo*".³

La recomendación final se dirigía a preservar a Inglaterra del peligro de la creación de una Confederación latinoamericana encabezada por los Estados Unidos. Dawkins se movió entre los representantes agobiados por los mosquitos con la dulzura de una paloma, y derramó palabras consoladoras por doquier.

¹ Whitaker, *ob. cit.*, p. 429. Sergeant era un reputado abogado de Filadelfia, parlamentario y director de uno de los Bancos más importantes de Estados Unidos.

² Kauffmann, *ob. cit.*, p. 216.

³ *Ibid.*

13. Las resoluciones simbólicas.

El Congreso se instaló el 22 de junio y concluyó sus deliberaciones el 15 de julio de 1826. El agente británico bregó inútilmente para que los Estados americanos pagaran con dinero el reconocimiento español de su independencia. Tampoco obtuvo mucho éxito en imponer el criterio marítimo de Gran Bretaña. Pero observó con interna satisfacción que los Estados Unidos habían faltado a la cita y que los Estados americanos agotaban las jornadas bajo una lluvia de frases. La fiebre amarilla amenazaba, los asuntos domésticos de la Gran Colombia entraban en erupción y los ideales bolivarianos agonizaban en el Istmo pestífero. Gran Bretaña no tenía nada que temer. El mismo día de la clausura del Congreso se firmó un Tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre los cuatro Estados, al que podrían incorporarse los Estados restantes de América española si dentro del año de su ratificación resolvían adherirse a él. Cada dos años habría una reunión confederal, en tiempos de paz y cada año en tiempos de guerra.

También se estableció una proporción de dinero y de tropas para la defensa común. El diligente Dawkins logró ver una copia del Tratado antes de su firma, mediante los buenos oficios de Gual, representante de Colombia. Su tranquilidad fue completa, aunque ya comenzaba a sentir los efectos de las fiebres, lo mismo que casi todo el resto de los delegados.¹ Un miembro de la representación peruana declaró extasiado: *"Desde el primer soberano, hasta el último habitante del hemisferio meridional, nadie es indiferente a nuestra tarea... Nuestros nombres están en vísperas de ser inscriptos en inmortal alabanza o en eterno oprobio"*.² Era una pura ilusión. La América independiente se arrojaba ahora al furor de las disensiones civiles y de la férula inglesa. El Congreso se disolvió, prometiéndose volver a reunirse bajo un clima más benigno, en Tacu-

¹ O'Leary, *ob. cit.*, p. 628 y ss.

² Kauffmann, *ob. cit.*, p. 218

yaba, México. Pero los climas benignos para la unidad latinoamericana habían desaparecido por mucho tiempo.

14. El triunfo de Canning.

Al leer en Londres el informe de Dawkins, Canning sintió que su obra estaba terminada. Había concluido por exterminar a la Santa Alianza, había excluido a Estados Unidos de toda ingerencia en América española, habíase convertido en el insaciable amigo de los nuevos Estados. ¡Y estos Estados estaban divididos! ¿Podía desear algo más? Sí, podía envanecerse públicamente de su política. Así lo hizo en el Parlamento. Al justificar su indiferencia ante la ocupación de España por los franceses que habían devuelto a Fernando VII sus poderes absolutos en 1823, Canning explicaba a los Comunes cuál había sido la actitud británica. ¡La Francia enemiga ocupando España! Canning dio esta respuesta: "*Si Francia ocupaba España, ¿era necesario, para evitar las consecuencias de esa ocupación, que nosotros tuviéramos que bloquear a Cádiz? No. Yo miré en otra dirección. Yo busqué materiales de compensación en otro hemisferio. Contemplando a España, tal y como nuestros antepasados la habían conocido, yo resolví que si Francia tenía a España, no había de ser España "con las Indias". Yo llamé a la vida al Nuevo Mundo para equilibrar la balanza del Antiguo*".¹

Claro está, Canning estaba embriagado por su triunfo y exageraba. Inglaterra no había llamado a nadie, pues los americanos habían derramado su sangre para crear la independencia. Lo que Inglaterra había hecho, en efecto, era comercializar la sangre ajena. Canning, es preciso admitirlo, continuaba en ese sentido la tradición británica.

El Congreso de Panamá se había disuelto para no volver nunca más a reunirse. Bolívar sentía rugir bajo sus pies la tierra de la Gran Colombia. En los días trágicos que vendrán, el Libertador se compararía a sí mismo con aquel griego loco que sentado en un peñasco pretendía dirigir los navíos que navegaban a su alrededor.

¹ Kauffmann, *ob. cit.*, p. 224.

CAPITULO X

LA RUINA DEL PODER BOLIVARIANO

"Unidad, unidad, o la anarquía os devorará".

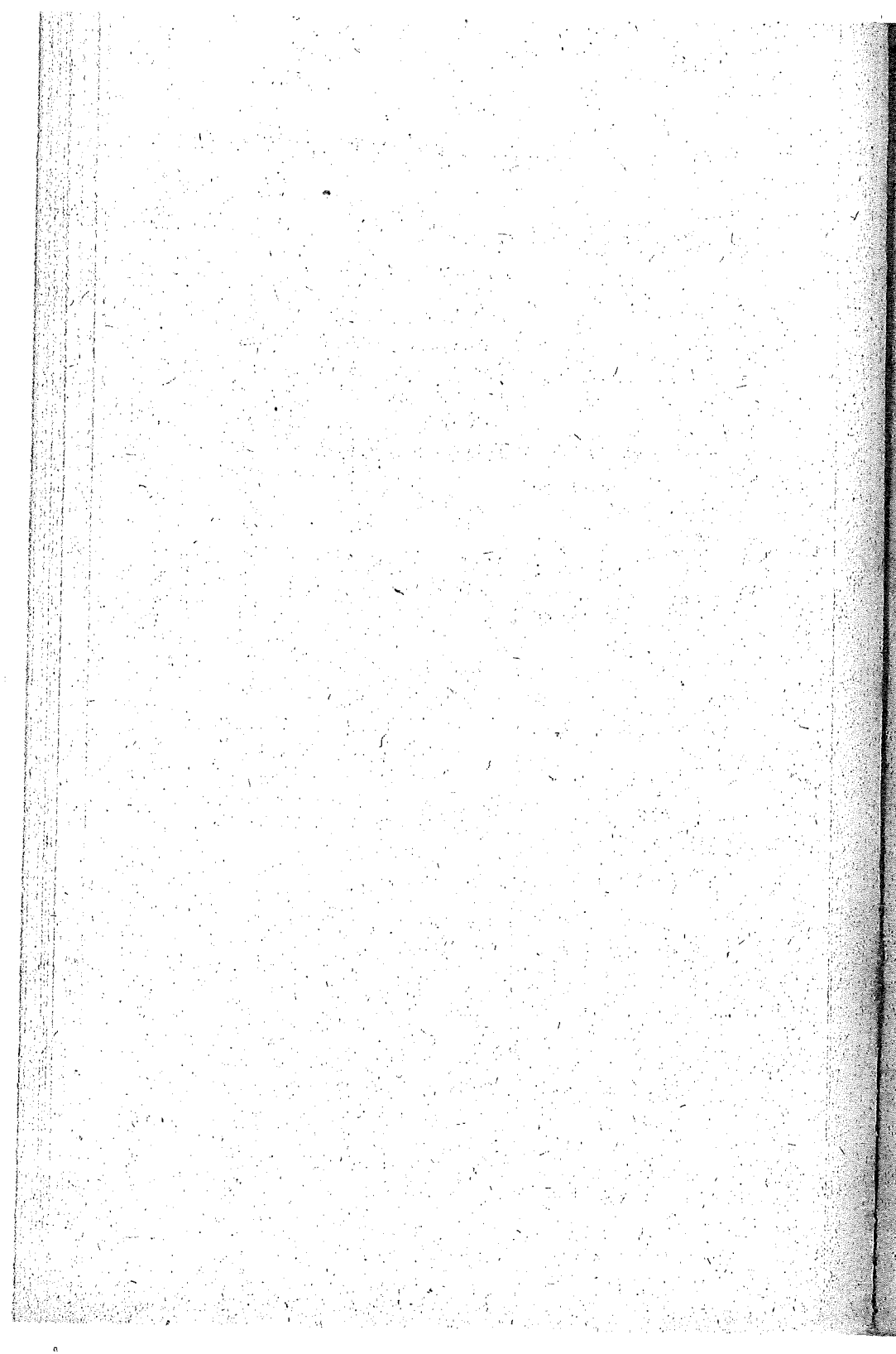
Bolívar.

"Dividase el país y salgamos de compromisos: nunca seremos dichosos, ¡nunca!".

Bolívar al General Urdaneta.

"Yo repito: todo está perdido".

Bolívar.



Al concluir el Congreso de Panamá, Bolívar se encuentra en el punto más alto de su prodigiosa carrera. Es Presidente de la Gran Colombia, Dictador del Perú y Presidente de Bolivia, o sea que ejerce el poder directo en el territorio de seis repúblicas de la actualidad. Por añadidura el General Guerrero, de México, le ofrece el cargo de generalísimo de los ejércitos americanos. La República de Centroamérica (hoy dividida en 5 Repúblicas) ordena colocar su retrato en las oficinas del Estado. Después de la batalla de Carabobo, la actual República Dominicana se incorpora a la Gran Colombia.

La Isla de Cuba le envía representantes para pedir su ayuda en la lucha por la independencia y forma un partido revolucionario con el nombre de "Soles de Bolívar". El ex Dictador de Chile, O'Higgins, refugiado en Perú, le ofrece *"acompañarle y servirle bajo el carácter de un voluntario que aspira a una vida con honor o a una muerte gloriosa y que mira el triunfo del general Bolívar como la única aurora de la independencia en la América del Sur"*.¹

La Legislatura de la Provincia de Córdoba, en el centro de las Provincias Unidas del Río de la Plata, sanciona una resolución: *"Levantar tropas para sostener las libertades de la provincia de Córdoba y proteger a los pueblos oprimidos, poniéndose de acuerdo con el Libertador Bolívar"*.

¹ Blanco Fombona, *ob. cit.*, p. XVII.

var, por medio de un enviado encargado de promover una negociación al efecto".¹ En medio del caos de las guerras civiles argentinas, la posibilidad de una Gran Confederación latinoamericana se abría paso con una fuerza magnética. El Deán Funes escribía a Bolívar: "Las provincias se separarán del Congreso y se echarán en brazos de Vuestra Excelencia."² Los grandes argentinos como Monteagudo y Dorrego, son bolivarianos. Salvo la gente decente o agodada, y el reducido partido rivadaviano, todo el pueblo de Buenos Aires aclama al Libertador.

1. Estructura jurídica y constitución real.

Su poder militar parece tan inmenso como su influencia política. Pero es una quimera completa. La revolución hispanoamericana ha tocado a su fin sin lograr consumir la independencia en la unidad nacional. La desproporción entre la superestructura ideológica y jurídica y la reducida infraestructura económico-social del continente esclavista y semi-servil no podía ser más patética. De un lado,

¹ Era Gobernador de Córdoba el General Juan Battista Bustos. Esa disposición de la Legislatura de Córdoba en 1826 era simultánea con otras dirigidas a rechazar la hegemonía de la burguesía comercial porteña sobre las restantes Provincias Unidas, agrada por un golpe de Estado de los diputados rivadavianos al Congreso Nacional reunido en Buenos Aires, que había elevado a la Presidencia de la República al Señor Rivadavia, a espaldas y contra la voluntad de todas las provincias. El estado de disolución nacional de las Provincias del Río de la Plata y el papel alcanzado por Bolívar en la independencia y unidad de América Latina movieron a la Legislatura de Córdoba a adoptar la resolución citada. ¡No consideraba Córdoba que existían para la Nación latinoamericana otras fronteras que las del idioma! Vicente Fidel López, que junto a Mitre encarnó el criterio de la historia oficial, juzga así esa disposición de la Legislatura de Córdoba: "Semejante avance era ya un acto de traición del carácter más criminal que podía concebir y llevar a cabo un gobernador de provincia. Equivalía esto a promover la intervención armada de un déspota militar y extranjero, que en esos momento se hacía proclamar Presidente Vitalicio en el Alto Perú, en Lima y en Colombia, y que abiertamente reclamaba como cosa propia la Dictadura Continental desde Panamá al Cabo de Hornos". V. López, *ob. cit.*, t. X, p. 137.

² O'Leary, *cit. por Blanco Fombona, ob. cit.*, p. XIX.

un jefe militar triunfante, discípulo de un discípulo de Rousseau; por el otro, un sistema de terratenientes, dueños de esclavos, consignatarios de cueros, exportadores de añil, tabaco o algodón, separados entre sí por una selva incommunicante de 8 millones de kilómetros cuadrados y relacionados separadamente con el mercado mundial.

El edificio comienza a crujir en sus mismos cimientos. A las antiguas acusaciones porteñas de aspirar a la dictadura del continente, se suman ahora, con renovada fuerza, voces provenientes de la propia Colombia y hasta de su círculo íntimo, que hablan de sus pretensiones a coronarse como Rey. Bolívar ha elaborado una Constitución para las provincias del Alto Perú, que ahora se llaman Bolivia. Según se recordará, la "Constitución boliviana" escrita por el Libertador establecía la Presidencia vitalicia y una suma de atribuciones presidenciales cercanas al poder absoluto. El "Evangelio constitucional", como le llamaba utópicamente Bolívar, debía reunir la sonoridad democrática de la palabra República a la estabilidad monárquica sin el nombre.

Ante el espectáculo de América hispánica, propensa a ceder a las fuerzas centrífugas de sus regiones exportadoras, perdido el lazo centralizador de la Metrópoli, y la aversión popular al régimen monárquico, Bolívar traducía en su Presidencia vitalicia las fórmulas monarquistas de San Martín y de Belgrano, nacidas del mismo temor. Así como Napoleón, su admirado modelo, había escrito su Código Civil, el Libertador redactaba ahora la Constitución de la República Boliviana, a la que llamaba su "hija". Pero escribir una carta jurídica pretendiendo corregir una constitución real, no podía conducir sino al fracaso. Del mismo modo, si Napoleón hubiera redactado su Código burgués para una Francia con relaciones precapitalistas de producción, jamás hubiera podido ser aplicado.

La constitución real de América hispánica en esa época no había sido alterada profundamente por la revolución. Muchos de los encomenderos seguían con sus indios esclavizados y eran los más fervientes patriotas. La cadena de puertos exportadores de materias primas —Valparaíso,

Arica, El Callao, Guayaquil, Cartagena, Puerto Cabello, La Guaira, Bahía, Santos, Montevideo, Buenos Aires— tendían irresistiblemente al mercado mundial y a establecer necesariamente una tarifa arancelaria propia y un régimen político acorde con esa tendencia.

La centralización política sólo podía ser el resultado de una economía convergente hacia un centro interior fundado en la producción capitalista industrial. En casos especiales, como en la Alemania bismarckiana, ese foco interior estaba constituido por una poderosa monarquía militar que, al perseguir fines dinásticos, estaba en condiciones de marcar con la espada los límites estaduales de la nación alemana. Ésta existía económicamente antes de la unidad, que por lo demás fue precedida de sucesivos *Zollvereins*. Nada semejante podía siquiera imaginarse en la América independiente. La centralización política de la Presidencia vitalicia carecía de bases efectivas sobre la cual apoyarse. América Latina ni siquiera contaba con una Cataluña.

2. El separatismo de las oligarquías exportadoras.

El localismo rivadaviano y santanderino brotaba del separatismo real de las economías de materias primas que sólo podían expandirse satisfaciendo las necesidades de un mercado mundial en ascenso. Las oligarquías agrarias exportadoras eran los sectores más poderosos de los nuevos Estados, que recogían en cierto modo el atraso de España, su política de saqueo asiático y una orgánica debilidad industrial. Ese vástago que España lanzaba a rodar por el mundo adolecía de peores insuficiencias todavía que las evidenciadas por la metrópoli en el momento de la independencia.

Al coronar su victoriosa campaña militar y alcanzar el mayor poder político de su azarosa carrera, Bolívar advertía que también había llegado a su fin su magno programa unificador. La tentativa de imponer al Perú, la Gran Colombia y Bolivia la Constitución centralista que había concebido para esta última, desencadenó rápidamente la

disgregación de todo el sistema. *"El único remedio, escribía, es una Federación general entre Bolivia, el Perú y Colombia, más estrecha que la de Estados Unidos, mandada por un presidente y vicepresidente y regida por la constitución boliviana que podrá servir para los Estados en particular y para la Federación"*.¹ Pero en el Perú, y particularmente en Colombia, se resistió abiertamente la aplicación de la Constitución boliviana. El caudillo llanero Páez intrigaba en Caracas y el Vicepresidente Santander lo hacía en Bogotá. El año 1826, en que se reúne el Congreso de Panamá, es el año de la destrucción de la Gran Colombia. En el Perú los mediocres jefes militares peruanos que habían surgido a la sombra del Libertador, conspiraban contra él para romper los lazos que unían al Perú con Colombia y Bolivia. En Bogotá se distinguen dos tendencias: el partido liberal, encabezado por Santander y partidario de la Constitución de Cúcuta y los bolivarianos, menos numerosos, que sostienen la constitución centralista del Libertador.

3. Santander conspira.

Santander era fuerte en el Senado y el comercio, los dos pilares clásicos de las oligarquías latinoamericanas. Ya desde 1824 había tejido con paciencia de leguleyo una vasta intriga contra Bolívar. Mientras fingía cálidas protestas de lealtad, hacía aprobar por el Congreso una ley que despojaba a Bolívar, cuando éste organizaba la victoria en el Perú y Alto Perú, de las facultades extraordinarias que le permitían otorgar ascensos al ejército en campaña.

Santander tenía sus devaneos puramente retóricos de soldado, como se advierte en su correspondencia al pedir ascensos a Bolívar, así como sus preocupaciones de especulador comercial, cuando pretendía asociar a Bolívar en un negocio en el Istmo de Panamá.² Es este Santander, "el hombre de las leyes", amigo de los ingleses y los norte-

¹ Busaniche, *Bolívar*, p. 226.

² Bolívar, *Documentos*, p. 249.

americanos, subyugado como Rivadavia y Mitre por las "luces europeas", quien asestará a Bolívar una puñalada por la espalda. Se consideraba discípulo de Bentham, el vulgarísimo utilitarista inglés cuyo liberalismo jurídico convenía perfectamente a la orientación económica del Imperio británico. El "laissez-faire" heredado de Adam Smith y su burda teoría de "el principio de la mayor felicidad" había deslumbrado al bachiller Santander y satisfacía la sed filosófica de los cafetaleros y propietarios de esclavos de Nueva Granada.¹

La resistencia del partido liberal Santanderino a la Constitución bolivariana se manifiesta públicamente con la fría recepción organizada a la llegada de Bolívar a Bogotá. La indignación de Bolívar por las intrigas de Santander hacían temer al Vicepresidente una violenta reacción del Libertador a su llegada al Palacio Presidencial. Los partidarios de Santander estaban preparados para lo peor: "Para estar prevenidos contra todas las eventualidades, un gran número de patriotas asistimos a la ceremonia con nuestras pistolas cargadas. Más tarde he sabido por Santander mismo que estaba resuelto a correr todos los azares, hasta el de desconocer a Bolívar", dice en sus "Memorias" Florentino González, que más tarde atentará contra la vida del Libertador.² ¡Hasta allí se había llegado! Bolívar ya era innecesario a los mantuanos.

4. Rebelión en Caracas, Lima y Quito.

Inmediatamente partió hacia Caracas para persuadir al general Páez a someterse a su jefatura. En tales cir-

¹ El "benthamismo" de Santander, como el "positivismo" de las oligarquías latinoamericanas, necesita ser explicado. Bentham era contrario al "interés general": "Ese interés público que personificais no es más que un término abstracto: sólo representa la masa de los intereses individuales. . . Si fuese bueno sacrificar la fortuna de un individuo para incrementar la de otro, sería mejor aún sacrificar la del segundo, la del tercero, sin asignar límite alguno. . . Los intereses individuales son los únicos intereses reales". Era la mejor filosofía para los dueños de esclavos y propietarios de tierras. Marx llamaba a Bentham "un genio de la estupidez burguesa".

² Rumazo González, *ob. cit.*, p. 214.

cunstances se sublevar en Lima las tropas colombianas adictas a Santander, niegan obediencia a la constitución boliviana y aprisionan al General Heres, fiel a Bolívar. Al recibirse la noticia en Bogotá el propio Santander se unió al júbilo que una manifestación demostraba por el atentado contra la autoridad de Bolívar. La Federación colombiana-peruana-boliviana amenaza estallar.

Al regresar Bolívar a Bogotá llega la noticia de que en Lima, un antiguo subordinado suyo, el General La Mar, es designado Presidente del Perú tan sólo para declarar abolida la constitución boliviana. También en el Perú gozo, después que Bolívar lo ha liberado del yugo español, la aristocracia limeña, la más parásita y la más cobarde de América, ahora quiere desembarazarse de su libertador.

En enero de 1827 el Cabildo de Quito organizaba una conspiración militar encabezada por el Comandante Avarza con propósitos separatistas. El resto de la guarnición la reprimió fusilando a los implicados. Al regresar de Caracas y enfrentarse con estas noticias dramáticas, el Libertador asumió inmediatamente el poder de Colombia: *"Ninguna manifestación, ningún aplauso precedió ni siguió a aquel acto; era la primera vez que su presencia no fuese saludada con vivas u aclamaciones en la capital"*.¹

En la ciudad colonial de 22.000 habitantes, pascata y gatzmoña, "simuladora de virtudes", con sus bachilleres y doctores, dueños de esclavos y adúlteras beatas, en la que reinaba el chisme y el hastío, Bolívar ya era un demente impopular, como lo había sido en Buenos Aires. Los soldados sobraban ya; el comercio reclamaba picapleitos e importadores. Ya no es el "Libertador". Se lo llama en privado "longaniza"² o el "zambo". Así pagaba la grev manтуana a quien por sobre todas las cosas temía a la "pardo-cracia".

Bolívar escribía al general Soublette refiriéndose a su Vicepresidente: *"Ya no pudiendo soportar más la páfida*

¹ Rumazo González, *ob. cit.*, p. 219.

² "Longaniza" era el apodo de un famoso loco de Bogotá que acostumbraba a vestir de militar.

ingratitude de Santander, le he escrito hoy que no me escriba más, porque no quiero responderle ni darle el título de amigo".¹ Por su parte, el fiel amigo del Libertador, que lo había hecho general y Vicepresidente de la Gran Colombia, Santander, escribía al mismo tiempo a Rufino Cuervo: "*Difícilmente recuperará nuestro querido Libertador su reputación republicana. El abate de Pradt no se ha atrevido a elogiar la Constitución Boliviana... En Filadelfia se está imprimiendo una obra contra la Constitución boliviana*".²

5. Descrédito de Bolívar en Europa.

Los liberales cipayos que pululaban en Europa iniciaban una campaña contra Bolívar. Eran acompañados por los liberales burgueses europeos del género de Benjamín Constant, y de los liberales españoles emigrados, que si no habían sabido realizar su propia revolución ni otorgar sus derechos a la América revolucionaria, pretendían aconsejarla sobre los fetiches constitucionales a los que eran tan afectos.

El personaje más ridículo de la campaña antibolivariana en Francia era sin duda Benjamín Constant. Enfermo del "mal del siglo", orador abundante, novelista romántico con "Adolfo", Constant es un monárquico liberal. Representa a la más sórdida burguesía europea, que ambiciona reunir el "orden" con la propiedad capitalista, esto es, legitimar con el rey, aunque sea una "cabeza de tocino" como Luis XVIII, su usufructo de la plusvalía. Constant encarna así en el Parlamento francés un régimen a la inglesa. Este satisfecho y obeso liberalismo monárquico sale al cruce en París al régimen centralista instaurado por Bolívar.

¹ Rumazo González, *ob. cit.*, p. 224.

² Manuel Aguirre Elorriaga, *El Abate de Pradt en la emancipación hispanoamericana*, p. 277, Ed. Huarpes, Buenos Aires, 2ª ed., 1946.

El Abate De Pradt, un curioso liberal amigo del Libertador y que se pronunció en sus libros por la independencia americana, polemiza con Constant, este último asistido por los partidarios de Santander y sus acólitos.¹ Se juzgaba a Bolívar en París, Londres y los Estados Unidos como un "autócrata". Bolívar, según este diputado digno de ser retratado por Balzac, "*rechaza las súplicas más conmovedoras de perdón de aquellos que le han resistido. Hace correr, en un país que no es el suyo, la sangre de los indígenas. Arroja lejos de la Patria a hombres cubiertos de gloria en la lucha por la independencia patria y la suerte de esos hombres resta aún envuelta en una sombra siniestra*".² Las oligarquías latinoamericanas siempre han tenido buena prensa en Europa y los Estados Unidos. Ataques de este género constituyen signos infalibles para juzgar el mérito histórico de un luchador en América Latina. En cuanto a la "sombra siniestra" de la suerte de los adversarios de Bolívar, según la prosa multicolora del diputado romanti-rentista, la situación era totalmente la inversa.

6. Tentativa de asesinato del Libertador.

Justamente en tales momentos los partidarios de Santander en Bogotá, ante el influjo poderoso del Libertador,

¹ Después de conspirar contra la vida de Bolívar, Santander viajó a Francia, donde frecuentó los principales salones políticos y literarios de París. Allí conoció, según cuenta, a Benjamín Constant, Sismondi, Rivadavia, Lafayette y Chateaubriand. El abogado granadino estaba deslumbrado. Había visto de cerca a Rivadavia. ¡Y Rivadavia debía decirse: "He visto y hablado con el general Santander"! Escribía Santander: "*Lo que podemos asegurar es que Bolívar mantenía correspondencia con los jefes disidentes del Río de la Plata; que pagaba con sus fondos la redacción de "El Tribuno" (de Dorrego), dirigido a atacar la administración del ilustrado Rivadavia; que escribía y hacía escribir en Lima contra el régimen político del Río de la Plata y Chile; y que mantuvo en la capital de esta última República a su edecán O'Leary, inglés muy versado en las artes de la intriga y la corrupción*". Cit. por Carlos A. Villanueva, *El Imperio de los Andes*, p. 98, Librería Paul Ollendorff, París, 1913.

² Aguirre Elorriaga, *ob. cit.*, p. 279.

se disponían a asesinarlo en el Palacio de Gobierno.¹ Florentino González, uno de los conjurados, de 22 años, dará luego en sus "Memorias" todos los detalles de la conjuración, en la que no faltaron las clásicas invocaciones de los Brutos a los Césares, ni el énfasis homicida de todos los Senados oligárquicos de la historia, desde Roma a Bogotá.²

Bolívar salvó providencialmente su vida gracias a la entereza de su admirable compañera Manuelita Sáenz, "la libertadora", que recibió al tropel de los asesinos en camión y con una espada desnuda en su mano, mientras Bolívar se ponía a salvo. Uno de los conspiradores derribó a aquella mujer, que había combatido a lanza en Ayacucho y una vez caída le golpeó la cabeza con su bota.

Al conocerse en Colombia el atentado contra Bolívar, el general José María Obando se levantó contra el Libertador en Popayán, adonde fueron a reprimirlo las fuerzas al mando del general Córdoba. Pero este siniestro general Obando actuaba en combinación con el general peruano La Mar, que hacía cañonear el puerto de Guayaquil e invadía el territorio de la Gran Colombia al frente de 10.000 hombres. Para destruir la Gran Colombia la agodada oligarquía limeña dispuso de la soldadesca que no logró reunir antes para enfrentar sola a los españoles.

Esta crisis generalizada afectaba directamente todo el sistema político del Libertador y preanunciaba el derrumbe final.

¹ "Santander... por sus manejos contra Bolívar, había tenido que abandonar el país en 1826. Volvió como jefe de los liberales, con un programa de libertad y progreso. Quería abrir escuelas, fundar un Museo y una Academia. Una vez que el tirano, como llamaba al un día deificado Bolívar, habría dejado el poder, reinaría al fin, la libertad... Más que un soldado, Santander era un abogado. Era uno de tantos juristas que durante las guerras de liberación habían tomado el oficio de las armas sin entender de él mucho en realidad. Pero aquel leguleyo era más desalmado y cruel que el soldado más rudo": Samhaber, ob. cit., p. 472.

² Florentino González, que intervino en la tentativa de asesinato de Bolívar el 25 de setiembre de 1828, fue años más tarde Profesor de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires. ¡Era perfectamente natural!

7. Disolución de la Gran Colombia.

Simultáneamente la oligarquía altopेरuana jaqueaba al general Sucre en Bolivia. El pérfido doctorcito Olañeta, aquel sobrino del Mariscal absolutista, que traicionó a su tío y luego aconsejó a Sucre traicionar a las Provincias del Río de la Plata separando el Alto Perú, ahora encabezaba una conspiración para traicionar a Sucre. También el vencedor de Ayacucho resultaba innecesario y molesto a los mineros y dueños de indios de Bolivia. Olañeta estableció una alianza secreta con el general peruano Gamarra para invadir Bolivia y obligar a la caída de Sucre. al tiempo que perpetraba un atentado contra la vida del general, en el que Sucre resultó herido.

Mientras Gamarra invadía Bolivia, Sucre renunciaba a la presidencia y se marchaba para socorrer a Bolívar que, ya gravemente enfermo, enfrentaba otra invasión peruana por el Sur. Sucre deshizo a las tropas de La Mar en Tarqui el 27 de febrero de 1829.¹

La Gran Colombia vuela en pedazos. Bolivia, agradecida, se declaraba independiente: lo mismo hacía Perú. El general Flores, ferviente bolivariano, independizaba los departamentos del Sur de la Gran Colombia y fundaba la República del Ecuador. El rudo llanero general Páez, que ya tenía fortuna, rodeado de un núcleo de "iluminados" entre los que figuraba el futuro presidente Antonio Leocadio Guzmán, que abastecía de letras al separatista de espuelas, rompía el vínculo de Venezuela con Colom-

¹ Otro lugarteniente de Bolívar, el altopेरuano Andrés Santa Cruz, escribía a su compadre el general Pedro Blanco: "*El orden es el asunto que en mi concepto merece más atención, porque si no la anarquía va a ser más cruel que el tirano que acabas de echar del país...*". El "tirano" era el Mariscal Sucre. V. Alfonso Crespo, *Santa Cruz*, p. 82, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944. Con el tiempo, Santa Cruz, que sería Presidente de Bolivia y de la Confederación Peruano-Boliviana, anularía todas las disposiciones legales impuestas por Bolívar en el Alto Perú sobre liberación de los indios y volvería al régimen jurídico que legalizaba la mita, y el "pongo". ¡Y hasta algún autor ha creído ver en Santa Cruz un vindicador del Incario, fundado en su sangre india!

bia, rehusaba toda subordinación al Libertador y aún toda tentativa de paz. Los grandes tabacaleros, ganaderos y cafetaleros, cuyos negocios habían sufrido por las guerras de la independencia, querían ahora gustar la dulzura de la paz y las delicias del comercio de exportación.

Los abogados terratenientes y los jefes de la soldadesca inactiva exigían ya la soberanía de sus propias repúblicas y poner hacienda. La frase corriente era: "*libertarse de los libertadores*".¹ La separación de Venezuela no era, en modo alguno, una decisión popular. Para poder realizarla, el General Páez y su corte de doctores había preparado cuidadosamente las elecciones del llamado "Congreso Constituyente de Venezuela", según se llamó a esa farsa.

La "voluntad popular", de acuerdo a un documento confidencial de los separatistas, debía simularse siguiendo el método de difundir "*instrucciones detalladas para obrar cortando todo nudo que encuentren; y han de llevar escritos de aquí los pronunciamientos que deben hacer las Municipalidades, las juntas de caserío y todo Dios; porque conviene que vengan todas, todas, todas las actas, sin quedar un rincón que no pida tres cosas. a saber: nada de unión con los reinosos; Jefe de Venezuela el General [Páez]; y abajo Don Simón. Todo el mundo debe pedir esto o es un enemigo, y entonces...*".² Todas las pandillas del separatismo hablaban en la época de lograr "una segunda emancipación"³ Se declaró a Bolívar fuera de la ley.⁴

8. Bolívar reniega de la unidad latinoamericana.

En la propia Colombia (en los límites de la actual República de ese nombre) el partido liberal tramaba incesan-

¹ Reyes, *ob. cit.*, p. 382.

² Mijares, *ob. cit.*, p. 81. "Los "reinosos" eran los habitantes del Reino de Nueva Granada, o sea la actual Colombia.

³ Reyes, *ob. cit.*, p. 385.

⁴ Los electores de la provincia de Carabobo, digitados por Páez en la tierra natal del Libertador, declaraban "*que siendo el general Bolívar un traidor a la patria, un ambicioso que ha tratado de destruir la libertad, el Congreso debía declararle proscrito de Venezuela*": cit. por Rumazo González, *ob. cit.*, p. 264.

tes conspiraciones e introducía el espíritu faccioso en el Ejército. En el Departamento del Cauca "los antiguos realistas se convirtieron en democráticos frenéticos y uno de sus hombres influyentes decía: "Con idea democrática nos han amolado y con ella nos hemos de vengar".¹ De este modo, los godos vencidos, se pasaban al partido separatista de Santander y contribuían con maligna alegría a la balcanización.

Después del atentado contra Bolívar y del levantamiento del general santanderino Obando, Santander fue detenido y recluido en Cartagena.² La prensa europea y norteamericana clamaba contra la dictadura de Bolívar y estimulaba el espíritu "federal" que significaba: "dividíos". Pero la burguesía comercial de los puertos y los intereses exportadores tenían poca necesidad de estímulos. "Se quiere imitar a los Estados Unidos, escribía Bolívar, sin considerar la diferencia de elementos, de hombres y de cosas. . . Nosotros no podemos vivir sino de la unión".³

Pero todo estaba perdido y el Libertador lo percibía por momentos. En una carta reveladora que envía al General Santa Cruz al Perú dice lo siguiente: "Yo pues relevo a Vd. y a mis dignos amigos los ministros del compromiso de continuar en las miras que habían formado algunos buenos espíritus. Yo aconsejo a Vds. que se abandonen al torrente de los sentimientos patrios, y que en lugar de dejarse sacrificar por la oposición, se pongan Vds. a su cabeza; y en lugar de planes americanos adopten Vds. designios puramente peruanos, digo más, designios exclusivos al bien del Perú. . . primero el suelo nativo que nada: él ha formado con sus elementos nuestro ser; nuestra vida

¹ Busaniche, *Bolívar*, p. 276.

² La mayoría de sus generales conspiraban y se disponían a repartirse en trozos la Gran Colombia. Durante algún tiempo alentaron la esperanza de que Bolívar aceptaría la corona de una monarquía; la idea secreta circuló entre los círculos íntimos del Libertador bajo el nombre clave de la "cosiata". Pero Bolívar rechazó de plano la sugestión, aunque era partidario de un poder centralizado para conjurar las tendencias centrifugas. Los superfluos marqueses, condes y barones de estirpe llanera quedaron defraudados.

³ Bolívar, *Documentos*, p. 314.

no es otra cosa que la esencia de nuestro pobre país... Si, general, sirvamos la patria nativa, y después de este deber coloquemos los demás".¹

Era la melancólica confesión de su derrota. Bolívar se sentía morir pero debía asistir también a la agonía de la Gran Colombia, todo al mismo tiempo. Estaba enfermo de tisis. A los cuarenta y siete años parecía un sexagenario. Aquel pequeño, duro e indomable hombre de hierro que había vivido a caballo durante un cuarto de siglo, se había derrumbado. Sólo vivía por su voz y su pluma. Casi no podía montar ya. Parecía un espectro y toda su política se veía espectral. Por un momento, ante la anarquía que devoraba la tierra por él libertada, piensa en la intermediación de alguna gran potencia, quizá en coronar algún príncipe europeo que reúna las partes en dispersión de la Gran Colombia bajo su cetro. Pero desecha enseguida esa idea, hija de su fiebre y su desesperación.

Sus últimas cartas trasuntan la ironía más amarga y también la confusión que se apodera de su espíritu: *"La federación puede ser uno de los sistemas favoritos del pueblo: que la adopten, pues, y no tendremos más reluchas que resistir con las tales provincias. Si quisieren la constitución de Cúcuta, o los veinte departamentos con sus asambleas departamentales, nada es más fácil, porque ni aún trabajo tendrán para su redacción. No quieren monarcas ni vitalicios, menos aún aristocracia, ¿por qué no se ahogan de una vez en el estrechoso y alegre océano de la anarquía? Esto es bien popular u, por lo mismo, debe ser lo mejor, porque, según mi máxima, el soberano debe ser infalible".²*

9. Vuelve el temor a la "guerra de razas".

Se equivocaba Bolívar sobre el pueblo; y también erraba al juzgar que sus enemigos representaban la voluntad popular. Era un derrotado quien hablaba, después de haber sido el gran vencedor; y también rebrotaba a la hora

¹ *Ibíd.*, p. 306.

² Bolívar, *Documentos*, p. 334.

de la muerte, el joven mantuano. Sus reservas sobre el pueblo y las "castas" de color se ponían de manifiesto una y otra vez. En sus últimos años vuelve a sus temores: "*La pardocracia va ganando terreno en todo lo que pierden los demás partidos*", dice a Sucre.

A Santander le ha escrito en 1826, frente a los primeros signos de disolución: "*Si la gente de color se levanta y acaba con todo, porque el gobierno no es fuerte... yo no tengo la culpa. Si a Páez y a Padilla los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa. Estos dos hombres tienen en su sangre los elementos de su poder y, por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo*". En otra carta insiste: "*Con Páez no se debe usar de este lenguaje, porque el día que se le encienda la sangre, su sangre le sirve de mucho*".

Juzga así al general Bermúdez: "*No le falta más que una cualidad para ser perfecto, la sangre: quiero decir que fuera como Padilla para que lo quisiese el pueblo*". Más aún: "*Ni federación general ni constituciones particulares son capaces de contener a estos esclavos desenfrenados: sobre todo ahora que cada cual tira para su lado*"¹; y esto se lo decía al blanquísimo Santander que ya estaba organizando secretamente el separatismo colombiano!² No eran las castas, ni el mestizo Páez o el puro europeo Santander los que pugnaban por la destrucción de la Gran Colombia. Era el conjunto de las mismas clases criollas privilegiadas que se dirigían a preservar con Estados jurídicamen-

¹ Bolívar, *Documentos*, ob. cit., págs. 258, 278, 288 y 292.

² "*Estamos muy lejos de los hermosos tiempos de Atenas y de Roma y a nada que sea europeo debemos compararnos. El origen más impuro es el de nuestro ser: todo lo que nos ha precedido está envuelto con el negro manto del crimen. Nosotros somos el compuestito abominable de esos tigres cazadores que vinieron a la América a derramarle su sangre y a encantar con las víctimas antes de sacrificarlas, para mezclar después los frutos espúreos de estos enlaces con los frutos de esos esclavos arrancados del África. Con tales mezclas físicas; con tales elementos morales, ¿cómo se pueden fundar leyes sobre los héroes y principios sobre los hombres?... yo repito: todo está perdido...*", *Documentos*, p. 239.

te aislados el núcleo de sus intereses exportadores una vez lograda la independencia. Pues tanto Páez como Santander destruirán la Gran Colombia, prescindiendo de su raza y atendiendo a su respectiva base social.

10. Asesinato de Sucre.

El unificador estaba física y moralmente destruido. Pero también estaba aniquilada la Gran Colombia. Todavía faltaban algunos golpes al corazón de Bolívar. Aquel joven general Córdoba que "*a paso de vencedores*" decidió con sus lanceros la batalla de Ayacucho, y que terminaba de aplastar la sedición de Obando en Popayán, este mismo Córdoba se levanta en la provincia de Antioquía contra su antiguo jefe. Ahí muere Córdoba y con el joven y legendario soldado también moría la juventud de Bolívar.

Sus capitanes se enfrentan entre sí; mientras unos lo niegan, otros se preparan también a morir. El Congreso de Colombia rechaza la renuncia de Bolívar, pero el Libertador ya no tiene fuerzas para hacerse cargo del gobierno y deja el poder en manos del General Caicedo.¹ Bolívar buscaba la salud alejándose de Bogotá. Se había despedido de Sucre, que iba a reunirse con su mujer en Quito. La prensa bogotana, como la caraqueña, injuriaba diariamente al Libertador y a Sucre. Estos dos nombres juntos bastaban para saciar a la canalla de la época y también para el juicio de la historia.

En un periódico que por generalizada ironía se titulaba "*Demócrata*" se escribía el 1º de junio de 1830: "*El general José Antonio de Sucre ha salido de Bogotá ejecutando fielmente las órdenes de su amo... antes de salir del Departamento de Cundinamarca empieza a manchar su huella con su humor pestífero, corrompido y ponzoñoso de la disociación... bien previmos el objeto de su marcha*

¹ Bolívar dijo al General Urdaneta desde Popayán: "*Divídase el país y salgamos de compromisos: nunca seremos dichosos, nunca!*": Rumazo González, *ob. cit.*, p. 262.

acelerada cuando dijimos en nuestro número anterior, hablando de las últimas perfidias de Bolívar, que éste había movido todos sus resortes para revolucionar el Sur de la República".¹ El pasquín bogotano añadía: "Bolívar es hoy un vesubio apagado, pronto a romper su cráter vomitando llamas de odio, de destrucción y de venganza... Puede ser que Obando haga con Sucre lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el gobierno mismo, carecemos de seguridad".

El General Obando, que debía hacer con Sucre "lo que no hicimos" con Bolívar, era el gobernador de Pasto, región célebre por sus habitantes, todos godos, escenario de varias sublevaciones contra la independencia. Obando había guerreado con los españoles y se hizo patriota con agudo sentido de la oportunidad. Naturalmente, era partidario de Santander y protector de ladrones y asesinos en las provincias del Cauca, Popayán y Pasto, individuos que en justa retribución de servicios forman parte de su guardia personal. El vaticinio de la ralea periodística de Bogotá se cumplió al pie de la letra tres días más tarde.

Al atravesar sin escolta la provincia de Pasto, el Mariscal de Ayacucho fue muerto a tiros por tres sujetos, el comandante Morillo, el comandante Juan Gregorio Sarría y José Erazo, hombres del General Ovando, quien había enviado instrucciones en un pliego cerrado.² El general

¹ Irisarri, *ob. cit.*, p. 120.

² He aquí las "vidas paralelas" de los asesinos del vencedor de Ayacucho: José Erazo era un notorio saqueador de Salto de Mayo, donde vivía. "Todo el que no quería ser robado o asesinado, tenía que hacer algún regalo a José Erazo, cuya casa, colocada en el paso más preciso del camino, era como una aduanilla... Obando le había nombrado Comandante de la línea del Mayo". En cuanto al comandante Juan Gregorio Sarría, era analfabeto y, como su jefe Obando, había servido a los españoles contra su patria. Saqueaba haciendas en Popayán y el Cauca. Se hizo "patriota" en 1822. Tenía un proceso criminal por haber castrado a un hombre. Interrogado, dijo que había tenido intención de matarle; pero que la Virgen de los Dolores, de la que era devoto, le inspiró que se limitara a castrarlo. Además, había muerto a una mujer y violado a otra. Pero estos eran pecadillos veniales del protegido de Obando, a su vez protegido de Santander, el Mitre bogotano y admirador de Bentham. V. Irisarri, p. 127.

Obando se apresuró a desmentir toda responsabilidad, pues la opinión pública lo responsabilizó inmediatamente del horrendo crimen. La oficialidad del Estado Mayor de Obando en Pasto, quedó persuadida de que éste había sido el instigador del asesinato; abandonó en masa el servicio en Nueva Granada y se trasladó al Ecuador.¹ Morillo confesó su crimen y fue ejecutado en 1842.

11. Muerte de Bolívar.

Bolívar se encontraba cerca de Cartagena cuando recibió la noticia del asesinato de Sucre, que lo anonadó y precipitó su muerte. Se disponía a viajar a Europa, aunque ya carecía de recursos, pues había regalado su quinta, empeñado su vajilla de plata y distribuido sus últimos dineros entre la multitud de oficiales, soldados y partidarios que huían del Bogotá hostil. Aquel mantuano que al iniciarse la revolución tenía mil esclavos, los había liberado a todos. Ahora, los propietarios de esclavos que él rehusó expropiar, lo echaban de la patria. Sólo esperaba un barco para alejarse de la tierra de sus hazañas. Sintiendo agravado su mal, llegó hasta Santa Marta. Allí los médicos comprobaron que sus días estaban por concluir.

Sus partidarios lo llamaban para encabezar de nuevo la República, envuelta en el caos. Páez, el "primer lancero del mundo", gobernaba en Venezuela, y no estaba dispuesto a entrar en negociaciones con Nueva Granada "hasta que Bolívar hubiera evacuado el territorio de Colombia".² En las jornadas de julio que derribaron la Monarquía borbónica en 1830, el pueblo de París al asaltar el "Hotel de Ville" cantaba esta estrofa:

*Le feu sacré des républiques
Jaillit autour de Bolívar,
Les rocher des deux Ameriques
Des peuples sont les boulevards.*

Mientras el pueblo revolucionario de París coreaba su nombre, en el Nuevo Mundo agonizaba la revolución hispa-

¹ Irisarri, *ob. cit.*, p. 155.

² Busaniche, *Bolívar*, p. 315.

noamericana junto al Libertador. Murió el 17 de diciembre de 1830 en Santa Marta, en cama ajena, médico gratuito, sin un centavo y con la Gran Colombia dividida en cinco Estados.

"*Conque ¿al fin murió don Simón? El tiempo nos dirá si su muerte ha sido o no útil a la paz y a la libertad. Para mí tengo que ha sido no sólo útil sino necesaria*": tal fue el epitafio que escribió el separatista Santander en una carta.¹ Inglaterra ya había prestado a las nuevas repúblicas 26.565.008 libras esterlinas.² San Martín envejecía en Francia, Artigas estaba sepultado en el Paraguay y Montevideo había muerto.

Ahora, Morazán lucha por la creación de la República Federal de Centroamérica antes de morir fusilado. El mariscal Santa Cruz fundará la Confederación del Perú con Bolivia y será expatriado de América. La era de los unificadores se aproxima a su fin.

¹ Francisco de Paula Santander, *Cartas y mensajes de Santander*, T. VIII, p. 116, Ed. Academia Colombiana de la Historia, Bogotá, 1955.

² Webster, *ob. cit.*, T. I, p. 772.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CHICAGO LIBRARY
1207 EAST 58TH STREET
CHICAGO, ILLINOIS 60637

TEL: 773-936-3200
FAX: 773-936-3201
WWW.CHICAGO.LIBRARY.EDU

CAPITULO XI DE MORAZAN A LA ERA INSULAR

"La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque equivaldría a su suicidio... La Confederación debe desaparecer para siempre del escenario de América... Debemos dominar para siempre en el Pacífico".

Diego Portales al Almirante Blanco Encalada.

"La Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el General Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacúe la República Peruana dejándola completamente libre para disponer su destino".

Juan Manuel de Rosas.

"Divididos y aislados no somos nada: unidos... podremos serlo y lo seremos, todo".

General Justo Rufino Barrios.

La década siguiente a la muerte de Bolívar presenciara la fundación y disolución de la Confederación Perú-Boliviana y la caída de la República Federal de Centroamérica. Andrés de Santa Cruz y Francisco de Morazán serán las figuras centrales de ambos dramas. Excepción hecha de Santa Cruz, veremos a los últimos oficiales del Libertador acuchillarse recíprocamente, incapaces ya de sostener los ideales nacionales.

1. La Confederación Perú-boliviana.

Con la caída de la Gran Colombia, el Perú independiente es desgarrado por furiosas guerras civiles. Los tenientes o capitanes de los ejércitos sanmartinianos y bolivarianos ya son coroneles o generales. La disolución del programa unificador de Bolívar parece que no puede detenerse ni siquiera dentro de las mezquinas fronteras logradas. El Perú virreinal está amenazado por incesantes asonadas militares y regionales opuestas en las que no existe ni siquiera la sombra de un poder central. Un audaz bandido que la historia peruana conoce bajo el nombre de Agustín Gamarra se encarama a la presidencia de la República.

Después de cumplir su oscuro período deja el poder al general Orbegoso, un insignificante terrateniente de Trujillo. Pero el nuevo presidente se ve inmediatamente jaqueado por Gamarra al mismo tiempo que el general Felipe Santiago Salaverry, otro aventurero inescrupuloso —soldado de San Martín a los 14 años de edad— se lanza

ciegamente a la conquista del poder. Naturalmente, los tres son "generales": aunque Orbegoso sea una perfecta nulidad política y militar y aunque Gamarra haya sido condenado a muerte por cobardía e intento de traición en los tiempos de Bolívar. Salaverry, en cambio, aunque "loco", según se lo llama, es un soldado de profesión que el fin de las guerras de independencia ha lanzado al camino.

Eran legendarios su arrojo y gusto por derramar la sangre propia y ajena. Naturalmente, los tres personajes se proclaman Presidentes del Perú. Estamos en 1825; sólo han pasado 5 años de la muerte de Bolívar.

Preside la República Bolívar o Bolivia un antiguo oficial del Rey, convertido por San Martín en militar americano, el mestizo Andrés Santa Cruz. Bolívar lo ha hecho general por su acción en la batalla de Pichincha junto a Sucre; y Santa Cruz es, pese a todo, el hombre que después de haber contribuido a la ruptura de la unidad bolivariana, se propone rehacerla entre Bolivia y Perú. Ese es su proyecto. Invitado por el Presidente Orbegoso a contribuir al orden público en el Perú, convulsionado por las revueltas militares, Santa Cruz se resuelve al fin, llamado por el Congreso peruano, a entrar con sus tropas al Perú. Lucha con Salaverry, encarnación del "nacionalismo peruano", lo vence y lo fusila, expulsa al bandido de Gamarra y constituye la Confederación Perú-Boliviana.¹

Su régimen parodia a la Constitución vitalicia bolivariana; es un puro edificio político, que no altera la estructura social básica del Perú ni de Bolivia. Se tendrá presente que en lo relativo al problema de la tierra y del indio, el mestizo Santa Cruz retrocederá en relación a la política implantada antes por Bolívar. En Bolivia había promulgado el 2 de julio de 1829 una ley que volvía a someter a los indios del Altiplano a la antigua condición servil que, al menos en la ley escrita, ya que no en la práctica, había suprimido el Libertador. "*Desde el Decreto*

¹ Alfonso Crespo, *Santa Cruz*, p. 196, Ed. Fondo de Cultura Económico, 1944. Lo apoyan el Sur de Perú y Bolivia; pero el Norte limeño y virreinal, es hostil al mestizo serrano, hijo de una cacica de Huarina.

Santa Cruz, la servidumbre personal que en realidad no se había extinguido, ni morigerado, adquiere el carácter de una institución pública".¹

El propósito de Santa Cruz era obtener el apoyo de las clases terratenientes y mineras del Alto Perú despojando de toda amenaza legal a su secular explotación de las mayorías bolivianas.

Sea como fuere, los adversarios de Santa Cruz no se preocupaban mucho más por la suerte del pueblo peruano o altoperuano. El crimen del Mariscal consistió en pretender ampliar las fronteras de campanario y constituir una Confederación. La traición brotó en sus propias filas. Su hombre de confianza era nada menos que el traidor perpetuo, ese hombre-pesadilla llamado Casimiro Olañeta y que practicaba la deslealtad como un virtuoso pulsa un instrumento de música. Asimismo, la noticia de la Confederación conmovió el "sistema político" de América del Sur, en primer lugar de Chile y de la Confederación Argentina.²

2. Portales y la oligarquía chilena.

Santa Cruz había sido Presidente del Perú y Mariscal de sus fuerzas armadas, del mismo modo que la historia común del Bajo y el Alto Perú, sus analogías raciales, históricas, lingüísticas y económicas volvían la unidad política un resultado obvio de puro necesario. Pero los factores separatistas comenzaron a minar rápidamente la construcción confederal. Peor aún, el principal enemigo de la Confederación resultó ser el dictador de Chile, Don Diego Portales.

Quando los partidos de la lucha por la independencia

¹ Reyerros, *ob. cit.*, p. 143.

² Hugo Guerra Báez, *Portales y Rosas*, p. 176, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile, 1958; Manuel Gálvez, *Vida de Don Juan Manuel de Rosas*, p. 222, Ed. Tor, Buenos Aires, 1949; Enrique M. Barba, *Formación de la tiranía*, p. 125, en *Historia de la Nación Argentina*, Vol. III, 2ª ed., Ed. El Ateneo, Buenos Aires, 1951; Antonio Zinny, *Historia de los Gobernadores de las provincias argentinas*, p. 100, Vol. V, Ed. La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1921; Alberto Edwards Vives, *La Frontera Aristocrática*, p. 45, E. del Pacífico, Santiago de Chile, 1959.

—carrerinos y o'higginistas— fueron desalojados del poder por innecesarios, se apoderó del gobierno de Chile una sólida clase social que no ha soltado sino raramente el control del país desde esa época: una rancia combinación de comerciantes y terratenientes conservadores, desplegados en diversos partidos, pero unidos todos en la continuidad de un orden estable. Católicos o liberales, ultramontanos o masones, pelucones o pipiolo, frondistas o plebeyos, los integrantes de la clase dominante chilena aborrecían todo cambio y en particular toda intervención del "demos", todo gran proyecto nacional, todo atrevimiento histórico. Apretada entre la montaña y el Océano, fue esa oligarquía chilena, de maneras cultas y alma petrificada, la tenaz defensora del patriotismo aldeano más obtuso.

Era perfectamente natural que semejante clase social encontrase su gran hombre político en un comerciante de Valparaíso, el puerto extranjero por excelencia de Chile, el Buenos Aires del Pacífico. Ese hombre fue Diego Portales. Es el pequeño burócrata práctico que aparece en todos los Estados balcanizados y aborrece las quimeras. Organiza la administración pública, pone orden en las finanzas, somete el ejército al poder civil oligárquico, gobierna con mano de hierro y aspira a una República, chiquita y centralizada, una especie de Estado comercial más próspero que sus propios negocios privados, siempre ruinosos.

Desconfiaba de O'Higgins únicamente porque Carrera había muerto; porque detrás de O'Higgins advertía la sombra de Bolívar en el Perú. Y cuando Bolívar fue vencido y murió, aparecía ahora en el Perú otro Bolívar, más pequeño sin duda, pero que reformulaba la Confederación, y tendía a hacer del puerto del Callao un puerto más importante en el comercio del Pacífico que el de Valparaíso. De este modo, Portales prepara la guerra, desecha todas las propuestas del boliviano para negociar, abruma a sus enviados con el desprecio, lo provoca de mil maneras, asalta los barcos peruanos y los convierte en barcos chilenos y, finalmente, declara la guerra a la Confederación.¹

¹ Guerra Báez, *ob. cit.*, p. 55.

Expone sus ideas con loable concisión: "*La posición de Chile frente a la Confederación Perú-Boliviana es insostenible. No puede ser tolerada ni por el pueblo ni por el Gobierno, porque equivaldría a su suicidio. No podemos mirar sin inquietud y la mayor alarma, la existencia de dos pueblos confederados, y que, a la larga, por la comunidad de origen, lengua, hábitos, religión, ideas, costumbres, formarán, como es natural, un sólo núcleo. Unidos esos dos Estados, aún cuando no más sea que momentáneamente, serán siempre más que Chile en todo orden de cuestiones y circunstancias. . . La Confederación debe desaparecer para siempre del escenario de América.*"¹

3. Rosas o "el equilibrio del Plata".

Pero además de Portales, había otro Pitt y otro Canning criollo del burlesco equilibrio sudamericano al otro lado del Atlántico. Era Juan Manuel de Rosas: También era hombre de negocios, como Portales, pero no quebrado como el chileno, sino rico y tan conservador como su colega. A pesar de su título publicitario de "Gran Americano", nada le gustaba menos a Rosas que las locuras bolivarianas o sanmartinianas. Era un hombre arraigado, propietario de grandes estancias en la mejor pradera del mundo, la de Buenos Aires.

Desde ahí observó con creciente desconfianza que el "cholo Santa Cruz", como lo mencionaba hasta en sus no-

¹ Decía Portales en una carta al Almirante Blanco Encalada: "Por su extensión geográfica; por su mayor población blanca; por las riquezas conjuntas del Perú y Bolivia, apenas explotadas ahora; por el dominio que la nueva organización trataría de ejercer en el Pacífico, arrebatándonoslo; por el mayor número también de gente ilustrada de la raza blanca, muy vinculada a las familias de influjo de España que se encuentran en Lima; por la mayor inteligencia de sus hombres públicos, si bien de menos carácter que los chilenos; por todas estas razones, la Confederación ahogaría a Chile antes de muy poco". Y agregaba: "*Debemos dominar para siempre en el Pacífico*"; Guerra Báez, *Ob. cit.*, p. 184.

Admirable patriotismo el de estos caciques de parroquia sudamericanos: ya estaban los ingleses dominando todo el comercio de Chile; muy pronto controlarían la economía salitrera; y antes de terminar el siglo los yanquis se apoderarían del cobre chileno.

tas oficiales con su peculiar desprecio de godo rubio hacia los "arribefios" (su primo y socio Anchorena llamaba "cuicos" a los altoperuanos) se proponía reiniciar el plan de Bolívar. Para peor, acogía a los emigrados argentinos en Bolivia y urdía con ellos vagos planes políticos. Nada de esto podía satisfacer a Rosas, que detentaba un título más o menos nominal sobre las provincias de la "Confederación Argentina": las Legislaturas de Provincia delegaban anualmente en Rosas, en su condición de Gobernador de una de ellas, la autorización para manejar las Relaciones hechas, las provincias se regían por sus propios gobernadores Exteriores y los asuntos de guerra en caso de haberla. De res y legislaturas como Estados relativamente autónomos.

En tales circunstancias, la perspectiva de una Confederación Perú-boliviana, cuyo ejemplo podría despertar las viejas vinculaciones del Norte argentino con las provincias del Alto Perú, acarrearía problemas serios al poder hegemónico que Rosas se proponía mantener sobre las provincias restantes. Aunque Rosas rehusaba organizar constitucionalmente a las Provincias Unidas, para no entregar los recursos aduaneros de Buenos Aires a un poder nacional, tampoco estaba dispuesto a permitir que Santa Cruz pudiese eventualmente atraer al seno de su Confederación a algunas provincias del Norte argentino hartas del centralismo porteño.

Rosas declaró la guerra a Santa Cruz fundándose en *"que la concentración en su persona de una autoridad vitalicia, despótica e ilimitada sobre el Perú y Bolivia, con la facultad de nombrar sucesor conculca los derechos de ambos estados e instituye un feudo personal que solemnemente proscriben las actas de Independencia de una y otra República. . . . Que el ensanche de tal poder por el abuso de la fuerza, invierte el equilibrio conservador de la paz en las Repúblicas limítrofes de Bolivia y el Perú. . . . y que la Confederación Argentina rehusará la paz y toda transacción con el general Santa Cruz mientras no quede bien garantizada de la ambición que ha desplegado y no evacúe*

la República Peruana dejándola completamente libre para disponer su destino".¹

¡El campeón de las "facultades extraordinarias" condenaba el "poder absoluto"! Ya era más lógico que el dueño del puerto que se negaba a crear aunque más no fuera una Nación de 14 provincias, rechazara una Nación mucho más grande, desde el Pacífico a la frontera de Salta. Sin duda, eran los Portales, los Salaverry y los Rosas los únicos sobrevivientes de San Martín y de Bolívar. La osadía de Santa Cruz debía ser castigada, como lo fue, con una ferocidad y una saña sin ejemplo.

La prensa oligárquica de Santiago de Chile derramaba sus mieles en el dictador porteño: "*El general Rosas realizó al fin las esperanzas de todos los amantes de la justicia y de la libertad americana*".² Pero Rosas, de acuerdo a su costumbre, no pasó de provocar algunas escaramuzas en la frontera por medio del general Heredia, gobernador de Tucumán, y dejó morir de languidez su declaración de guerra. La ambigüedad territorial es distintiva de la política de Rosas, así como la aversión al espacio político será típica de los unitarios y rivadavianos.³

Por esa razón nada es más erróneo que atribuir a Rosas la "*reconstrucción de los límites*" del antiguo Virreinato, lo que habría sido suficiente para revalorar su figura histórica. Por el contrario, Rosas es un típico hombre del "*statuto quo*". Ordena al general Heredia no reincorporar Tarija a las Provincias Unidas, así como impedirá siempre que el general Oribe ocupe realmente Montevideo y controle toda la Banda Oriental.⁴

¹ Crespo, *ob. cit.*, p. 251.

² Saldías, *ob. cit.*, T. II, p. 65.

³ Las diferencias funcionales entre los dos partidos de Buenos Aires —el comercio unitario y los hacendados federales— se explican en Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, T. I, p. 121.

⁴ Gálvez, *ob. cit.*, p. 224.

4. Valparaíso y Buenos Aires se unen para destruir la Confederación.

Por su parte, las tropas chilenas invaden el Perú, acompañadas por el general Agustín Gamarra, el traidorzuelo eterno y otros generales peruanos opuestos a la Confederación. ¡Todos los politiquillos lugareños en América del Sur, sean peruanos, chilenos, bolivianos o argentinos se unen para fragmentar, marchan juntos para vivir separados, se sienten hermanos en la balcanización! Las maniobras diplomáticas y militares del astuto Santa Cruz resultan inútiles ante la vastedad de las fuerzas chilenas y peruanas que se unen contra la Confederación. Santa Cruz abandona Lima, esa "Babilonia de América", que ablanda con sus mujeres a todos los ejércitos; el insumergible Gamarra se hace proclamar "Presidente del Perú". En ese momento hay siete Presidentes en el Perú: Orbegoso, Gamarra, Santa Cruz, Riva Agüero, Pío Tristán, Nieto y Vidal.¹

Poco después, Santa Cruz es deshecho en la batalla de Yungay por el general chileno Manuel Bulnes. Simultáneamente el Vicepresidente de Bolivia, general Velasco, se subleva contra su jefe en Tupiza y felicita al chileno Bulnes por su victoria sobre la Confederación. El 16 de julio de 1839 se instala en Chuquisaca el Congreso "Nacional" con la presidencia de José María Serrano, incondicional de Santa Cruz y de su política hasta ese momento. Serrano fulmina a Santa Cruz: "*Gracias a los heroicos hijos de Caupolicán y de Lautaro, ha desaparecido de entre nosotros ese abominable monstruo, que insensible a los encantos de la virtud, era como el hierro de la ambición y la codicia...*"² Dicho Congreso, compuesto de los mismos Olañetas, Serranos y encomenderos que apuñalearon a Sucre, declara "*A Don Andrés Santa Cruz, Presidente que fue de Bolivia, insigne traidor a la Patria, indigno del nom-*

¹ Crespo, *ob. cit.*, p. 284.

² *Ibid.*, p. 312.

bre boliviano, borrado de las listas civil y militar de la República y puesto fuera de la ley desde el momento en que pise su territorio...".¹

El nuevo presidente Velasco, ordena el embargo y secuestro de los bienes de Santa Cruz. Se glorifica a los chilenos en las ciudades de Bolivia y se amenaza con el fusilamiento a la mujer del ex-Presidente. Emigrado en el Ecuador, Santa Cruz carece de recursos y vive en la miseria.² En definitiva, y después de alguna frustrada tentativa de regresar a Bolivia, Santa Cruz se exilia a Europa por la común decisión de tres gobiernos, el de Chile, Perú y Bolivia. Un caudillo popular boliviano, el general Belzu, lo nombrará años más tarde agente diplomático boliviano en Europa. Tal fue el destino del último altoperuano que quiso meterse a unificador. ¡No había crimen peor!³

5. La tradición española en Centroamérica.

Un caso especial de perdurabilidad política y teórica de la idea unionista lo constituye Centroamérica. El Imperio español había creado en cierto modo en el siglo XVI la primera forma jurídica de unidad centroamericana al fundar la *Audiencia de los Confines*.

En el territorio que actualmente ocupan las Repúblicas de El Salvador, Honduras, Nicaragua, Guatemala y Costa Rica, la contigüidad territorial, la unidad lingüística, la tradición histórica similar, la comunidad religiosa y la particular conformación geográfica había integrado en un sistema propio a los pueblos que lo habitaban bajo el nombre de Capitanía General de Guatemala.

La nueva política española del siglo de la Ilustración borbónica se reflejó en la vida intelectual de Centroamé-

¹ Crespo, *ob. cit.*, p. 321.

² *Ibid.*, p. 320.

³ Desde 1825 a 1898 estallaron en Bolivia 60 revoluciones, sin contar las guerras internacionales, y murieron 7 Presidentes asesinados: Blanco, Belzu, Córdova, Morales, Melgarejo y Daza, sin contar los que murieron en el exilio. V. Alcides Arguedas, *Pueblo enfermo*, Barcelona, 1906.

rica con mayor fidelidad que en otras regiones de las Indias. La prensa patriota aparecía a fines del siglo XVIII como la expresión del siglo de las luces, bajo la alta protección de Carlos III. La Real Sociedad Económica de Amigos del País, a semejanza de entidades análogas difundidas en España por la política de Campomanes y Jovellanos, introducía a los espíritus cultivados de Centroamérica en las preocupaciones del nuevo orden mundial.

Del mismo modo, la invasión napoleónica, la formación de las Juntas y las Cortes de Cádiz generan un fenómeno marcadamente diferente al que suscitarán esos acontecimientos en el resto de la América Hispánica. Hay Junta, pero no hay guerra contra el absolutismo. Los propios funcionarios españoles en Centroamérica se allanaron a la nueva situación y juraron la Constitución de 1812. Las reuniones de las Cortes de Cádiz ejercieron mayor influjo en Centroamérica que en otras partes del continente revolucionario. Tanto en las Cortes de 1810-1812 como en las de 1820, se sentaron los diputados centroamericanos.

La reacción absolutista no se ensañó contra los centroamericanos, que recién emprendieron el camino de la independencia absoluta en 1821. Los dos o tres lustros que presencian una lucha despiadada y sin cuartel en los Virreinos del Perú, Nueva Granada y Río de la Plata transcurren en paz para los centroamericanos. La influencia liberal de Cádiz en las normas jurídicas de Centroamérica es evidente, así como resulta indiscutible el carácter abstracto de dichas medidas en cuanto a su estructura social profunda.

6. Serviles y fiebres.

La figura intelectual más notable de la independencia centroamericana fue José Cecilio del Valle, quien sometió a crítica la legislación de Indias. Del Valle subrayaba el abismo entre ese monumento jurídico y la vida real de la Capitanía. Juzgaba condenatoriamente el régimen de encomiendas que esclavizaban al indio y la propensión real al oro y la plata, así como las prohibiciones fiscales para

liberar las exportaciones de los frutos del país. Por lo demás, el estanco del tabaco, del aguardiente de caña (y de la pólvora y de los naipes) aunque favorecían la recaudación fiscal, ahogaban la producción. El régimen prohibitivo español desarticulaba el comercio mutuo entre las Provincias de la Capitanía, impidiendo la creación de un mercado interior.

Del Valle ironizaba con respecto a las Leyes de Indias que presentaban al indio como un ser humano igual a los blancos europeos, pero que le prohibían al mismo tiempo montar a caballo, participar en bailes, o emplear armas ofensivas y defensivas. Observaba al mismo tiempo que en la legislación indiana los doctos jurisconsultos de la Corona habían redactado más de cien leyes sobre asuntos del protocolo, precedencias y ceremonias, pero ninguna sobre el fomento de la agricultura.¹

El establecimiento de las Cortes en la Isla de León produjo un entusiasmo político indescriptible en Centroamérica. El clero bajo se dividió, como en el resto de América, entre los *serviles* y *fiebres*, según se llamaba en Centroamérica a los liberales. Pero en las segundas Cortes de Cádiz de 1820 la desigualdad de representación política disgusta a los diputados centroamericanos. En efecto, mientras la metrópoli se asignaba un diputado cada 60.000 habitantes, los diputados americanos en conjunto no podían pasar de 30. Cuando un diputado guatemalteco quiso protestar por esta discriminación en el recinto de las Cortes *"fue ahogada su voz por el tumulto que sus palabras provocaron, a tal punto que le fue impuesto silencio por el presidente y al querer ausentarse de la Sala de Sesiones, le fue impedido, todo lo cual conmovió profundamente a los americanos que estaban allí presentes"*.²

7. Clases y razas.

Sobre los conflictos de clase que se escondían bajo el ropaje retórico de los jefes revolucionarios, pueden dar

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 56.

² *Ibid.*, p. 45.

idea los temores que la ardorosa participación de los artesanos (todos ellos *ladinos* o mestizos) suscitaron en el espíritu de José Cecilio del Valle. Las turbulencias populares de 1811 y 1814 en Guatemala, destinadas a presionar a las autoridades españolas sugirieron a Del Valle la idea de que constase en el Acta de la Independencia, que la publicación de ésta fuese hecha por el Jefe Político, "*para prevenir las consecuencias, que serían temibles en el caso de que la proclamase de hecho el mismo pueblo*".¹

La oligarquía criolla repetía la hipocresía jurídica de las Leyes de Indias, tan acremente juzgada por el mismo Del Valle, de hablar de la libertad de las clases bajas y negarlas en la realidad de la vida social. El historiador salvadoreño Ricardo Gallardo apunta certeramente este dilema: "*Los Próceres centroamericanos de origen criollo se interponían entre los españoles, por una parte, y los ladinos o mestizos, por otra, aborígenes estos últimos, como los primeros, de América*".² Se tendrá presente que hacia la época de la Revolución los mestizos alcanzaban a la cifra de 313.324, en Centroamérica.³ Las masas de mestizos e indios participaron decisivamente en todas las luchas por la construcción de la República Federal de Centroamérica. Creían que la revolución también se hacía para ellos. Fue un trágico error: pues el régimen semi-servil de prestación personal, anulado por la revolución, aún en el papel, se restableció oficialmente bajo el nombre de "protección de indios" en 1839. En cuanto al régimen de *mandamientos* que debía teóricamente reemplazar al de repartimientos impuesto por la colonia española, sólo fue suprimido en 1893. ¡Bien podían juzgar los indios la revolución criolla por la prueba de sus primeros ochenta años!

La abolición del tributo, el repartimiento y la mita son reivindicaciones indígenas que no satisfacen los aristócrata-

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 59.

² *Ibid.*

³ En Guatemala había 50.000 blancos, 150.000 mestizos y 800.000 indios. En El Salvador, 3.000 blancos y 350.000 indios. V. Pedro Joaquín Chamorro, *Historia de la Federación de la América Central*, p. 19, Ed. Instituto de Cultura Hispánica, Madrid, 1951.

tas criollos y que desencadenará en el interior del proceso de independencia insurrecciones específicas condenadas a la derrota. Como la única manera de sobresalir y emanciparse como indio o mestizo en la sociedad hispanocriolla era la carrera eclesiástica, serán con frecuencia los curas mestizos los más resueltos jefes revolucionarios de las clases oprimidas por españoles y criollos. Estas insurrecciones tenían en Centroamérica el mismo carácter que las encabezadas por Tupac Amaru en Perú, por Pumacaua en el Alto Perú, y en el Reino de la Nueva Granada a fines del siglo XVIII.¹

8. Las Provincias Unidas de Centroamérica.

El fracaso de la revolución liberal española y su ceguera frente a la América revolucionaria debían originar necesariamente la ruptura centroamericana con la metrópoli, lo que ocurrió en 1821. Pero la revolución en México derivó hacia la coronación como Emperador del General Iturbide. La proximidad de Guatemala y los vínculos antiguos que ambos territorios mantenían sugirió a Iturbide la idea de anexarse Centroamérica.

La ruptura de este violento vínculo, no consentido por todas las provincias centroamericanas, se produjo con la caída del efímero Imperio Mexicano y el Congreso centroamericano de 1823, que declaró la independencia política de España tanto como de México. A partir de esa fecha el antiguo Reino de Guatemala comenzó a llamarse Provincias Unidas de Centroamérica. El mismo Congreso llamaba a celebrar una Asamblea para constituir una Con-

¹ Las rebeliones indígenas comienzan antes de la Independencia de España y no concluyen con ella. En 1813, en el Convento de Belén, Guatemala, concibieron una conspiración, en la celda del superior, el presbítero indio Doctor Don Tomás Ruiz, el indio Manuel Tot y otros sacerdotes indígenas. En 1820 hay otra rebelión indígena; después hay otra donde participan los indígenas de Santa Catalina; en 1838 los indios bajo el mando de Anastasio Aquino se levantan en el Departamento de San Vicente, El Salvador. Todas ellas perseguían lo que los criollos no habían concedido: abolición del tributo, liquidación del repartimiento y supresión de la mita. V. Gallardo, *ob. cit.*, p. 62 y ss.

federación que representase a la *gran familia americana*.

El inspirador de la idea fue el hondureño José Cecilio del Valle. Al general Francisco de Morazán le correspondió la tarea de poner en marcha la República Federal de Centroamérica. Gobernó esa región durante ocho años e influyó en Centroamérica casi dos décadas. Es la figura política y militar más notable del período, pero su programa debió desenvolverse en una lucha incesante de las diversas pandillas facciosas del separatismo centroamericano que sometieron a la República unificada a una guerra civil sin cuartel.

La política separatista de los pequeños políticos regionales encontró un interesado sostén en las intrigas diplomáticas británicas, interesadas en perpetuar su divisa "*Divide et impera*". Complicado el objetivo de la unión federal con el antagonismo artificial entre católicos y liberales, la fuerza motriz del separatismo fue sin duda la misma que en el resto de la América Hispánica. En efecto, así como en San Salvador, desde los últimos días coloniales los poderosos productores de añil eran el más importante factor político de esa provincia, en los restantes Estados minúsculos los intereses exportadores se agrupaban bajo las más diversas divisas políticas para imponer sus privilegios vinculados al mercado mundial.¹

El raquíptico poder militar de Morazán era impotente para reunir en un solo Estado a los sectores de una economía centrífuga. Sólo la expropiación de aquellos sectores, la liberación radical de los indios y mestizos y el establecimiento de una dictadura popular centralizada habría podido a mediados del siglo XIX crear las condiciones de la civilización y del progreso económico. De la mera descripción del cuadro debe inferirse que este plan era utópico, y que no podía caber ni en la cabeza de Morazán, ni en la de Bolívar.

¹ El Salvador producía añil, bálsamo, cacao y azúcar. Los principales productos exportables de Centroamérica eran el algodón, el añil, la madera de construcción y el palo de tinte. V. Gavidia, *ob. cit.*, y Chamorro, *ob. cit.*

9. Capitalismo mundial y fuerzas centrífugas.

El conjunto de las fuerzas productivas del capitalismo mundial se expandía vigorosamente en los cuadros del capitalismo europeo; en las regiones coloniales o semicoloniales los recursos productivos del sector agrario prosperarían como economías exportadoras, y adecuaban su sistema de poder en pequeños Estados que sólo podrían vivir de la exportación de una o dos materias primas. El capitalismo mundial se fundó en la creación de los grandes Estados nacionales y se consolidó por la fragmentación del poder de las semi-colonias, a las que transformó en Estados monocultores sometidos a la política mundial de precios regulados por la Europa capitalista.

El único centro europeo de poder vinculado a la América hispánica, capaz de elevarla en un largo proceso al nivel de las fuerzas productivas del capitalismo moderno, era España. Pero el Imperio hispano-criollo, como ya lo hemos visto, sucumbió a la debilidad orgánica de la propia burguesía española. Ésta no logró siquiera consumir su revolución interior; mucho menos estaba en condiciones de crear un Imperio más allá del Atlántico.

La disolución de la República Federal de Centroamérica en 1838 quedó formalizada cuando el Congreso Federal declaró que "*son libres los Estados para constituirse del modo que tengan por conveniente*".¹

Cuatro años después, en 1842, el General Morazán fue fusilado por el monstruoso general Rafael Carrera, campeón del separatismo centroamericano.² Sátrapa indígena y general bufo, se proclamó "hijo de Dios" y "Rey de los Indios". Había sido guardador de cerdos en Matasquintla, Guatemala, y debió su asombroso triunfo político a su furiosa política separatista.

Gobernó Guatemala durante treinta años, estimulando en los restantes cuatro Estados su división permanen-

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 268.

² Arturo Humberto Montes, *Morazán y la Federación centroamericana*, p. 319, Ed. Libro-Mex, México, 1958.

te, a cargo de otros pilletes de su mismo jaez, con la bendición de la jerarquía eclesiástica y de los terratenientes. Este protector del "*statu quo*" gustaba escuchar música de Mozart "*sentado bajo dosel en el presbiterio de la catedral de la capital*".¹

10. El separatismo de Carrera y los ingleses.

En 1849 se realizó una nueva tentativa de unión bajo el nombre de Representación Nacional de Centroamérica, ante la amenaza de una intervención imperialista extranjera: los filibusteros al servicio de los Estados Unidos sembraban la alarma en Centroamérica. Gran Bretaña, por su parte, pretendía extender su influencia en los territorios Mosquitos, pertenecientes a Nicaragua y Honduras, mediante la artificial creación de la monarquía Mosquitia. Nuevamente en 1852 se realiza en Honduras, con la oposición del siniestro General Carrera, una tentativa de reunión nacional constituyente de Centro América.

El partido conservador de Guatemala, que encarnaba la infamia en un alto poder de concentración, se oponía tenazmente a toda política unionista. Las campañas militares de los restantes Estados de la época para derrocar a Carrera e imponer la unidad del Istmo fracasaron, pues justamente el mayor poder económico exportador de Centroamérica residía en Guatemala, cuya clase terrateniente apoyaba al "indio" Carrera. Guatemala resultaba ser, de este modo, una Prusia al revés.

Al mismo tiempo, Costa Rica reñía con Nicaragua por cuestiones territoriales sobre sus respectivos derechos en la región de Guanacaste, heridas limítrofes ahondadas y envenenadas por el cónsul inglés Chatfield, que promovía en ese momento un bloqueo de los puertos salvadoreños con el argumento de ciertas deudas. Guatemala perdía, en tales circunstancias (1851), el territorio de Belice, que pasaba a manos de Inglaterra. Esta última apoyaba sin embozo al bandido Carrera.

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 270.

Belice era una fuente de pingües beneficios para Gran Bretaña, pues los leñadores ingleses cortaban palo campeche o palo Brasil, que obtenía altas cotizaciones en el mercado mundial.¹ Entre Estados Unidos e Inglaterra, Centroamérica era despedazada. Mientras Inglaterra renunciaba a sus presuntos derechos sobre el futuro Canal en el Istmo, en favor de Estados Unidos, este último permitía, en canje, que Inglaterra aumentase tres veces su territorio de Belice. El Presidente Carrera suscribió un monstruoso tratado con Inglaterra por el cual cedía a esta última el territorio de Belice, a cambio de la construcción de un camino desde la ciudad de Guatemala hasta la costa atlántica. El camino no fue construido jamás, pero Inglaterra no devolvió Belice.²

11. Los filibusteros invaden Centroamérica.

La historia posterior de Centroamérica encierra cuanto pueda pedirse a la fantasía de un ebrio, y escapa a los límites de nuestro trabajo describir esa tragedia. El personaje más típico de esta desventurada historia es sin duda William Walker, que llegó a Nicaragua con 55 forajidos: la "*falange norteamericana de los inmortales*". Su lema era: "*¡Five or None!*", esto es: ¡Cinco o ninguna! No se trataba de mujeres, dice el historiador Gallardo, sino de Repúblicas. El último de los filibusteros deseaba la pose-

¹ La codicia británica por Belice se remontaba al siglo XVIII. Los ingleses habían poblado ese territorio guatemalteco con negros y zambos originarios de Jamaica, entre ellos muchos condenados a presidio. El corte de palo de campeche era la actividad principal de los leñadores, al mando de británicos. Un siglo antes de la Independencia se llegó a exportar hasta 5.800 toneladas de palo de campeche por año. La tonelada se pagaba en esa época hasta 100 libras esterlinas.

² La política inglesa alcanzó en Centroamérica una perfidia rara vez superada. El agente diplomático británico Frederick Chatfield fue el artífice poco visible de la fragmentación de la República Federal de Centroamérica. La soberbia del Foreign Office ante estas pequeñas Repúblicas ya no reconocía límites. El enviado centroamericano Don Marcial Zebadúa llegó a Londres en 1825 para entrevistar a Canning y en 1830 aún no lo había recibido.

sión de toda Centroamérica. Se constituyó en el flagelo del Istmo. Se proponía hacer de "cada pueblo una tumba y de cada marcha una hecatombe".¹

A su retirada destruía y saqueaba cuanto encontraba a su paso. Nuevos reclutas procedentes de Estados Unidos con armas modernas aumentaron rápidamente el poder de Walker, extraoficialmente apoyado por el gobierno de Washington.² El único factor positivo suscitado por dicho bandolerismo fue que la alarma de los Estados centroamericanos los impulsó a unirse para rechazarlo. El Presidente títere de Nicaragua impuesto por Walker y sus asesinos era Patricio Aivas, que fue inmediatamente reconocido por los Estados Unidos. Sucesivamente toda Centroamérica lanzó sus fuerzas contra Walker, que se proclamó Presidente de Nicaragua. Este delincuente de género extraordinario tenía arrestos de matamoros, sabiéndose respaldado por la Casa Blanca.

Para conocer sin lugar a dudas a Walker y a los amos que lo sostenían, nada mejor que reproducir su programa, bajo la forma de cuatro decretos que expidió en Nicaragua el 12 de julio de 1856. En el 1º, decretó un empréstito, ofreciendo en pago las tierras de Nicaragua; en el 2º, de-

¹ Resultaría imposible esbozar siquiera un resumen bibliográfico de las fechorías norteamericanas en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo pasado. A título ilustrativo, V. Samuel Flagg Bemis, *La diplomacia de EE.UU. en América Latina*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México; Carlos Montenegro, *Las inversiones extranjeras en América Latina*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1962; William Kreem, *Democracia y tiranías en el Caribe*; Joseph Freeman y Scott Nearing, *La diplomacia del dólar*, 1935; Carlos Ibarguren (h.), *De Monroe a la buena vecindad*, Buenos Aires, 1951; Margaret Marsh, *Los banqueros en Bolivia*, Ed. Aguilar, Madrid; Leland H. Jenks, *Nuestra Colonia de Cuba*, Ed. Aguilar, Madrid, 1929.

² "El interés de los esclavistas sirvió de estrella polar a la política de Estados Unidos, tanto en lo exterior como en lo interior... Bajo su gobierno, el Norte de México fue dividido entre los especuladores de tierras estadounidenses, que esperaban con impaciencia la señal para caer sobre Chihuahua, Coahuila y Sonora. Las revoltosas y piráticas expediciones de los filibusteros contra los Estados de América Central estaban dirigidas nada menos que desde la Casa Blanca de Washington": Marx, *La guerra civil en los Estados Unidos*, p. 90, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1946.

cretó la confiscación de los bienes nicaragüenses, en particular de sus adversarios, los que se entregarían en propiedad a ciudadanos norteamericanos; en el 3º, implantó como idioma oficial el inglés; y en el 4º, establecía la esclavitud.¹

En definitiva, fue derrotado. Al abandonar la ciudad de Granada, la incendió por completo y dejó un cartel: "Aquí estuvo Granada". Vencido, llegó en compañía de sus acólitos a Nueva Orleans, donde fueron recibidos como héroes nacionales. En realidad, lo eran. Intentó luego por tres veces invadir Centroamérica. A la tercera, fue capturado por una fragata inglesa, entregado a las autoridades hondureñas, juzgado y fusilado en 1860. ¡Rara victoria de la justicia! Siempre aparece en el horizonte de todo conflicto, por lo demás, una oportuna fragata del Imperio.

12. El general Barrios funda la República de Centroamérica.

Muerto plácidamente en su lecho el sátrapa Carrera, asumió el poder en Guatemala en 1873 el general Justo Rufino Barrios. Era un liberal nacionalista, resuelto partidario de la unidad centroamericana. Declaró en un manifiesto que sólo mediante su unión, naciones como Alemania e Italia habían logrado su grandeza: "*divididos y aislados no somos nada: unidos... podremos serlo, y lo seremos, todo*".²

El General Barrios expidió un Decreto de Unión el 28 de febrero de 1855 declarando la creación de una sola República de Centroamérica y asumiendo el carácter de Supremo Jefe Militar de la Nación. Con este golpe bismarckiano, Barrios aspiraba a cortar de un solo tajo la serpiente secular de la discordia. Pero todos los gobiernos centroamericanos se opusieron a una unión por la fuerza y reclamaron ante los gobiernos extranjeros, en particular

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 428.

² *Ibid.*

ante México, gobernado por el déspota Porfirio Díaz. Éste respondió movilizándolo el ejército mexicano hacia la frontera de Guatemala.

En su sesión del 19 de marzo de 1885 el Senado de los Estados Unidos declaraba que *"todo intento de Unión por la fuerza con las demás Repúblicas de Centroamérica, lo consideraría como inamistosa y hostil intervención en sus derechos, por estar pendiente el tratado sobre el Canal interoceánico"*.¹ Las acciones militares concluyeron con la derrota de Barrios y con su propia vida en la batalla de Chalchuapa. El resto de las tentativas de unión centroamericana pertenece más a la historia de la literatura jurídica que a la historia misma. Estados Unidos, como antes Inglaterra, se oponía a toda unidad latinoamericana "por la fuerza"; como por las vías pacíficas no era posible lograrla y la vía militar estaba prohibida por "hostil", la única salida era la balcanización.

¡Como si la unidad nacional de Estados Unidos no hubiera sido obtenida por una guerra civil de varios años y por la muerte de Lincoln!

A lo largo de estas desesperadas tentativas por construir un gran Estado unitario en el siglo XIX, los centroamericanos debían sufrir en el siglo XX las invasiones y ocupaciones sucesivas y regulares de los infantes de marina yanqui. Adquirirían así la condición de "territorios ocupados" —Nicaragua, Santo Domingo o Cuba— y se forjaría la tradición europea de "Repúblicas de bananas", inflexión despreciativa de los cultos rentistas y confortables cabecillas de ladrones internacionales.

13. De las armas a la política.

La lucha armada por la unificación nacional de América Latina había concluido con la caída de Artigas, San Martín, Bolívar, Santa Cruz, Morazán y Barrios: había durado medio siglo. Ahora, los últimos ecos de esa lucha se manifestarían en el terreno de la política y la diplomacia

¹ Gallardo, *ob. cit.*, p. 451.

en lo que resta del siglo XIX. Pero la tendencia es declinante. La creación de la nación latinoamericana se irá transformando poco a poco en la lucha contra el imperialismo dentro del sistema insular heredado. De la lucha por la unidad a través de las armas, se pasará a débiles escaramuzas por medio de la diplomacia. Y así como a la unidad bolivariana ha sucedido la posterior fragmentación, ahora seguirá la mutilación territorial (México) y hasta la cínica creación de "soberanías" nuevas (Panamá). Narraremos ahora brevemente la melancólica historia de este derrumbe.

El Ministro de Relaciones Exteriores de México, Don Lucas Alamán, alarmado ante los continuos avances y provocaciones de los colonos norteamericanos radicados en Texas, invitaba al Congreso de México en 1832 a prohibir la inmigración extranjera de ese origen.¹ Pero ya era tarde. El proceso de saqueo territorial de México estaba por comenzar. Fue en tales circunstancias que el mismo Alamán concibió la convocatoria de un Congreso latinoamericano. Aludiendo al Congreso de Panamá planeado por Bolívar, decía Alamán que aquél "*no produjo los saludables efectos que eran de esperarse. . . [por] la presencia de agentes de Potencias que de ninguna manera estaban interesadas en que el proyecto saliera adelante*".²

14. De la fragmentación a la mutilación.

Pero esta invitación no encontró eco. En 1835, cinco años después de la muerte de Bolívar y de la disgregación de la Gran Colombia, aquel México que había querido anexarse Centroamérica con el Emperador Iturbide, perdía a su vez entre los colmillos de los bandidos yanquis cuatro Estados gigantescos: Texas, Nueva México, Arizona y California. El primero de ellos, cuya extensión geográfica era mayor que la de Francia, fue colonizado por aventureros

¹ Montenegro, *ob. cit.*, p. 30.

² José María Torres Caicedo, *Mis ideas y mis principios*, T. II, p. 31, París, 1875.

norteamericanos, la resaca social de esa nación, según sus propios apologistas: "*rudos elementos de su clase, gente habituada a vivir al margen de la ley, imposible de gobernar sino por métodos establecidos por ellos mismos*".

El Presidente de Estados Unidos, Andrew Jackson, un pillo brutal cuya fórmula favorita era "*primero se ocupa el territorio en disputa y luego se alega el derecho a ocuparlo*", eligió un héroe digno de la empresa. Envió a Texas a un antiguo compinche del ejército. Era San Houston, cuya degradación personal, así como su alcoholismo crónico, resultaron insoportables en otro tiempo a sus colegas, por lo que se incorporó entonces durante varios años a una tribu de indios cherokees, que lo admitieron como hermano, otorgándole el honroso título de "Gran Borracho". Este despojo humano fue llamado a la tribu desde la Casa Blanca por el Presidente Jackson, quien le dio instrucciones precisas para encabezar una "*revolución*" en Texas y "*liberar*" a los colonos yanquis de la "*tiranía de México*".

El "Gran Borracho", entonado por el ardiente ron en el cofre divino, no pudo contenerse al salir de la Casa Blanca. Dijo a los periodistas: "*Voy a Texas a hacerme un hombre otra vez. Seré presidente de una gran república. Y habré de traerla a los Estados Unidos*".¹ Los especuladores de tierras, como Butler y los banqueros asociados proporcionaron todos los recursos necesarios.² México perdía en-

¹ Montenegro, *ob. cit.*, p. 31.

² Don Lucas Alamán, notorio conservador y católico, advirtió largamente acerca del peligro yanqui sobre Texas. Uno de sus adversarios liberales, Don Lorenzo de Zavala, criticaba la política de Alamán acerca de Estados Unidos, pues muchos hombres del liberalismo, eran rendidos admiradores del vecino del Norte en virtud de que, decía Zavala, "[el] tiempo de las conquistas militares ha pasado ya en América y sólo se conocerán, al menos por algunos siglos, la de la libertad y la de las luces. A estas armas sólo pueden oponerse armas iguales; porque los progresos de la táctica militar se han detenido delante de los adelantos de la razón pública, de la convicción popular: fruto precioso de la imprenta y la filosofía". ¡Como para entender la historia latinoamericana mediante la simple oposición de conservatismo y liberalismo! Cit. por González Navarro, *El pensamiento político de Lucas Alamán*, p. 130.

tre 1835 y 1846 alrededor de 1.400.000 k., casi la mitad de su territorio. Inmediatamente después de ocupar la tierra mexicana, los "civilizadores" norteamericanos restablecieron la esclavitud, que había sido abolida años antes por los "bárbaros mexicanos". Usureros, asesinos, especuladores, banqueros, dipsómanos incurables y ladrones de oficio ampliaron la jurisdicción territorial de Estados Unidos.

Engels se equivocó al juzgar el zarpazo; pero un poeta norteamericano, por lo menos, escribió unos versos como humilde lápida: "*Que griten la tonada de la libertad / Hasta amarotarse las caras / Quieren solamente a California / Para sumarla a los Estados esclavistas / Y luego engañarnos y saquearnos*".¹ El territorio de la patria latinoamericana, en lugar de unificarse se reducía, de Norte a Sur.

15. Invasiones y Congresos.

Mientras sufría estas amputaciones, y las guerras civiles desgarraban todavía su suelo, México se dirigía en 1838 al gobierno de Venezuela para asociarlo al Proyecto de Congreso Hispanoamericano, reproduciendo su circular de 1831. El lugar de reunión sería Tacuyaba, Panamá o Lima. Repite esta invitación un año más tarde y nuevamente en 1840. Pero la tierra natal de Bolívar rehusaba: el antiguo foco de la unidad ahora era aislacionista y renegaba del programa bolivariano.

Por lo demás, se aproxima un período en que América latina será considerada cada vez más botín, presa o bien mostrenco de las grandes potencias.² Uno de los antiguos oficiales de Bolívar, el general ecuatoriano Juan José Flores, conspira desde España, con el apoyo de la Corte, para armar un ejército mercenario en Europa, regresar a América del Sur y apoderarse del poder como Regente, instau-

¹ Montenegro, *ob. cit.*, p. 38.

² Saldías, *ob. cit.*, T. III, p. 174. Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, T. V, p. 180, Ed. Huemul, Buenos Aires, 1961; Barba, *ob. cit.*; Jorge M. Mayer, *Alberdi y su tiempo*, p. 634, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1963.

rando una monarquía Borbón en Ecuador, Bolivia, Perú y otros Estados. Pretendía coronar a un hijo menor de la Reina María Cristina y de sumorganático marido. El insensato proyecto se disipa entre las intrigas de las alcobas reales. Más tarde, en 1859, el dictador García Moreno, también del Ecuador, pedirá un protectorado de Francia; luego, Luis Napoleón, el sobrino del Bonaparte célebre, instalará en México a Maximiliano de Austria, que concluirá fusilado en Querétaro por Benito Juárez.

En este cuadro político, donde Estados Unidos y las potencias europeas, en particular Inglaterra y Francia, despliegan todo su poder colonial, se reunió en Lima en 1847 el Congreso de Plenipotenciarios Americanos al que asistieron delegados de Bolivia, Chile, Ecuador, Nueva Granada, Perú y México. El gobierno del Perú invitaba al general Rosas, Encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación Argentina, a concurrir a dicho Congreso, ante la amenaza de nuevos ataques contra la soberanía hispanoamericana. Rosas adhirió al proyecto, pero se excusó de concurrir al Congreso dadas "*las extraordinarias circunstancias de la Confederación Argentina*".¹ En esos momentos las flotas inglesa y francesa bloqueaban el Río de la Plata y Rosas enfrentaba a las dos mayores potencias europeas de la época. La aversión contra los extranjeros era general en América.²

Sarmiento, en cambio, el famoso libelista adversario de Rosas, emigrado en Chile, escribía contra el Congreso americano, al que reputaba ineficaz, pues "*no había propiamente intereses recíprocos entre los Estados americanos sin instituciones arraigadas*".³ Ni se le ocurría a Sarmiento, tan fértil en ocurrencias, que las instituciones no arrai-

¹ Saldías, *ob. cit.*, T. III, p. 174.

² El ataque a México por Estados Unidos "*hicieron perder a los Estados Unidos la confianza y respeto de la Argentina y colocaron al gobierno de Washington al mismo nivel que los de Londres y París*", que en ese mismo momento estaban interviniendo con sus flotas en el Río de la Plata. V. John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata (1838-1850)*, p. 209, Ed. Losada, Buenos Aires, 1943.

³ Saldías, *ob. cit.*, T. III, p. 252.

gaban en América porque América estaba dividida como Polonia y que las instituciones que irían a arraigarse, con su ayuda, naturalmente, en el Río de la Plata, lo serían para rematar la balcanización y oponer a los históricos "intereses recíprocos", los "intereses antagónicos" de la era insular. En el Congreso se aprobó un tratado de Confederación, otro de comercio y navegación y varios de convenios postales y consulares. Proclamó asimismo el principio de no intervención. ¡Las palabras habían sucedido a las armas!

En 1856, Chile, Ecuador y Perú firmaron otro Tratado llamado "continental" y que debía presentarse a la firma de los restantes Estados latinoamericanos. Era abiertamente hostil a los Estados Unidos, que en esos momentos intervenía en Centroamérica detrás del filibustero Walker.

16. Dos Argentinas ante América Latina.

El "Tratado Continental" suscitó una simpatía general. Del Río de la Plata, sin embargo, provinieron dos posiciones abiertamente contradictorias sobre el tratado. La primera, que podríamos denominar la posición *argentina*, fue expresada por el gobierno de la Confederación Argentina con capital en Paraná, desempeñado por el Vicepresidente en ejercicio, general Juan Esteban Pedernera.¹ Era un viejo soldado que había guerreado medio siglo en las campañas continentales de la Independencia. El secretario de la Presidencia era José Hernández, el poeta genial, autor de "Martín Fierro".

¹ Después de la caída de Rosas, el país se dividió: la provincia de Buenos Aires, con la ciudad y puerto del mismo nombre, por un lado; y el resto de las antiguas Provincias Unidas, con su capital provisoria en Paraná, por el otro. El motivo de esta división era muy claro. Al caer Rosas se replanteó la necesidad de organizar el país, o sea de nacionalizar la ciudad y puerto más importantes, que era Buenos Aires, y establecer un gobierno nacional representativo, dotado de las rentas porteñas, antes propiedad de Buenos Aires, para contribuir al progreso argentino. Los intereses porteños se unieron de nuevo —rosistas y antirosistas, unitarios y federales de Buenos Aires— contra esa política a que aspiraba el Interior; Buenos Aires se declaró Estado independiente. Prefería romper la unidad argentina antes que entregar la Aduana.

Dicho gobierno representaba a todas las provincias argentinas, menos a la provincia de Buenos Aires, que desde la caída de Rosas se había declarado independiente, para seguir usufructuando la campaña, la ciudad y el puerto en su exclusivo beneficio. Era aquella misma provincia del separatismo antiargentino y antiamericano, la provincia de Rivadavia y de Mitre, el polo áureo de la gravitación europea. El General Pedernera respondió el 23 de noviembre de 1861 a los Estados que habían suscrito el "Tratado continental" que la República Argentina "*sería una vez más el primer soldado que se presente para sostener el honor y dignidad de la causa americana*".¹

Una semana más tarde el gobierno nacional de Pedernera se disolvía ante la traición de Urquiza, su más poderoso sostén militar, y delegaba los poderes nacionales. Con un simulacro electoral la provincia de Buenos Aires iría ahora a controlar por medio de la presidencia de Mitre todo el país, y a someterlo a un castigo sangriento.

El ministro plenipotenciario del Perú insistía once meses más tarde, ante el gobierno de Mitre sobre el Tratado. Ahora, la posición que llamaremos *porteña*, respondía por boca de Rufino de Elizalde, agente anglobrasileño y Ministro de Mitre: "*La América independiente es una entidad política que no existe ni es posible constituir por combinaciones diplomáticas. La América, conteniendo naciones independientes, con necesidades y medios de gobiernos propios, no puede nunca formar una sola entidad política... La naturaleza y los hechos la han dividido y los esfuerzos de la diplomacia son estériles para contrariar la existencia de esas nacionalidades*".²

¹ Torres Caicedo, *ob. cit.*, p. 42.

² Rechazando toda alianza con los Estados americanos frente a una amenaza europea que estimaba quimérica, el servil Elizalde agregaba: "*Por lo que hace a la República Argentina jamás ha temido por ninguna amenaza de la Europa en conjunto ni de ninguna de las naciones que la forman. Durante la guerra de la Independencia contó con la simpatía y cooperación de las más poderosas naciones. Cuando se encontró en guerra con sus vecinos, fue por la mediación de una potencia europea que ajustó la paz. En la larga época de la dictadura de los elementos bárbaros que tenía en su seno, como consecuencia de la colonia y de la guerra civil, las po-*

El firmante de esa nota, insolente hacia los pueblos hermanos y humilde hacia los Estados poderosos de Europa, era un petimetre capaz de todas las felonías para gozar de la aprobación de su amo del momento. Empujó el carruaje de Manuelita Rosas en uno de los episodios particularmente serviles del viejo régimen rosista. Pero había "vuelto su poncho" al día siguiente de la derrota de Caseros, para unirse a los vencedores y adularlos, con la misma pasión que había consagrado antes a Rosas. Era la indignidad hecha hombre.¹

Descendía directamente de la estirpe porteña de cortesanos probritánicos cuyo paradigma en la generación anterior había sido Manuel José García, el agente de Ponsonby en la segregación de la Banda Oriental, así como su jefe del día, el general Mitre, era el equivalente del Señor Rivadavia en su librecambismo ortodoxo, su odio a

tencias europeas le prestaron servicios muy señalados. La acción de la Europa en la República Argentina ha sido siempre protectora y civilizadora, y si alguna vez hemos tenido desinteligencias con algunos gobiernos europeos, no siempre ha podido decirse que los abusos de los poderes irregulares que han surgido de nuestras revoluciones no hayan sido la causa... Recibiendo de la Europa los capitales que nuestra industria requiere; existiendo un cambio mutuo de productos, puede decirse que la República está identificada con la Europa hasta lo más que es posible.

No puede por consiguiente temer nada, porque tantos antecedentes y tantos elementos le dan la más completa seguridad de que ningún peligro la amenaza. Cree que en la misma situación se encuentran todas las Repúblicas americanas. Si alguna vez las naciones europeas han pretendido algunas injusticias de los gobiernos americanos, estos han sido hechos aislados que no constituyen una política, y los gobiernos americanos si se han sometido a ellos, ha sido siempre por el estado en que se han encontrado por causa de sus luchas civiles. No hay un elemento europeo, antagonista de un elemento americano; lejos de eso, puede asegurarse que más vínculos, más interés, más armonía hay entre las repúblicas americanas con algunas naciones europeas, que entre ellas mismas". Don Buenaventura Seoane, Ministro del Perú, le respondía irónicamente el 17 de noviembre de 1862: "¿Y Santo Domingo, Sr. Ministro? ¿Y México? ¿Y las Islas Malvinas?". V. José Victoriano Lastarria, *La América*, p. 251, Imprenta del Siglo, Buenos Aires, 1865. En ese momento España invadía Santo Domingo y Francia a México; Inglaterra ocupaba las Malvinas hacia 30 años.

¹ V. Carlos D'Amico, *Buenos Aires, su política, sus hombres*, Ed. Americana, Buenos Aires, 1953.

Bolívar y a los gauchos, su respeto lacayuno por los embajadores de las cortes europeas.

17. La flota española en el Pacífico.

Un nuevo Congreso americano se celebró en Lima a principios de 1864. Por una de sus habituales faltas de cordura, Sarmiento, amigo de Mitre, asiste al Congreso en Lima, invocando una imprecisa representación argentina. El Presidente Mitre lo desautoriza: "*Usted parece haber olvidado la historia del pretendido Congreso. Bolívar lo inventó para dominar a la América y el móvil egoísta que lo aconsejó mató la idea por cuarenta años*".¹ Mitre no mataba ideas (era incapaz en esa materia); pero se consolaría matando hombres, mujeres y niños en el Paraguay. La unidad americana del mitrismo porteño era la unidad en la tumba.

En abril de ese mismo año España intervenía nuevamente en América ocupando las Islas Chinchas en el Perú, en una turbia combinación con la invisible Inglaterra y se disponía a atacar a Chile. El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, ante la insolencia de la flota española en el Pacífico, escribía al Ministro de España en mayo de 1864 "*que los peligros exteriores que vengan a amenazar a algunos de ellos [los Estados latinoamericanos] en su independencia o seguridad no deben ser indiferentes a ninguno de los otros*". El español respondió con una ironía que en relación con Buenos Aires se demostraría certera: "*Mi gobierno ignora que el de Chile ejerza algún protecto-*

¹ Mitre reprochaba a Sarmiento haber concurrido al Congreso después de haber pronunciado en su calidad de diplomático argentino belicosos discursos contra España. El Presidente se declara sorprendido: "después de tan guerrera proclama, me sale usted con la pamplina del Congreso Americano de Lima", organizado por "odio a la democracia norteamericana". V. Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, *Felipe Varela contra el imperio británico*, p. 73, Ed. Sudestada, Buenos Aires, 1963, y Manuel Gálvez, *Vida de Sarmiento*, p. 263, Ed. Tor, Buenos Aires, 1952.

² Lastarria, *ob. cit.*, p. 248.

rado sobre el Perú, ni que con éste tenga algún tratado público o privado de alianza ofensiva y defensiva".¹

Parecía que una nueva Santa Alianza europea, ayudada esta vez por el arrogante Imperio yanqui, iría a doblegar a la América Latina. Una expedición francesa, enviada por el Emperador Napoleón III, el ridículo sobrino del corso, imponía en un trono fabricado al efecto a Maximiliano de Austria en tierra azteca. Los Estados del Pacífico, en particular Chile y Perú, viejos aliados de las Provincias argentinas en la lucha contra el absolutismo español, pedían el apoyo del gobierno de Buenos Aires. Pero Mitre rehusó comprometerse con Chile y Perú; declaró su neutralidad ante el ataque español. "*El mercantilismo porteño fue elevado en esta circunstancia a la categoría de política nacional*", escribía Gabriel René-Moreno.²

18. Del Congreso de Panamá al Canal de Panamá.

La única predilección exterior de los porteños, fuera de Gran Bretaña, era el Imperio del Brasil, instrumento de Inglaterra. En el mismo momento que Mitre negaba su apoyo a los pueblos del Pacífico, España ocupaba Santo Domingo. Inglaterra apoyaba a los esclavistas del Sur norteamericano en la guerra civil. México estaba ocupado por tropas francesas. La propia Buenos Aires, aliada al Brasil británico, se disponía a invadir y exterminar el Estado del Paraguay, primer modelo de Estado soberano e industrial en la América del Sur.

Los treinta años posteriores constituyen el espectáculo tragicómico de una nación despedazada cuyos muñones y órganos imitan los gestos y movimientos de seres normalmente conformados. La balcanización se organiza en el marco de los "Estados Nacionales". El sistema intercomunicante del mercado mundial en la época de mayor prosperidad de toda la historia del capitalismo europeo, permite a estos Estados, grotescamente trocados en "Na-

¹ *Ibid.*

² Gabriel René-Moreno, *ob. cit.*, p. 67.

ciones", gozar en ese período de cierta estabilidad. Se forman clases asociadas al comercio de exportación y beneficiadas por el sistema. Se confeccionan escudos, símbolos, monedas, mapas, uniformes, estampillas, libros geográficos y textos de historias nacionales tan contrahechos como las geograffas mutiladas. La historia latinoamericana ha muerto, como los hombres olvidados que la hicieron.

El programa que Bolívar había comenzado en Panamá en 1826, debía concluir en 1903, también en Panamá, convertida de cuna en sepulcro de la bandera bolivariana. Para construir el Canal interoceánico contra la voluntad del Senado colombiano, el imperialismo norteamericano arrebató su provincia norteña a Colombia y anunciaba al mundo el nacimiento de una nueva soberanía. ¡Del Congreso de Panamá al Canal de Panamá! América Latina ya estaba en condiciones de realizar un balance de los primeros cien años de su "era independiente".

CAPITULO XII

LA AUTOCONCIENCIA DE LA NACION INCONCLUSA

“El progreso es el desarrollo del orden”.

Comte.

“De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado el país. [Bolivia] orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral”.

Alcides Arguedas.

“Si la América del Norte, después del empuje de 1775, hubiera sancionado la dispersión de sus fragmentos para formar repúblicas independientes; si Georgia, Maryland, Rhode Island, Nueva York, Nueva Jersey, Connecticut, Nueva Hampshire, Maine, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Pensilvania se hubieran erigido en naciones autónomas, ¿comprobaríamos el progreso inverosímil que es la distintiva de los yanquis? Lo que lo ha facilitado es la unión de las trece jurisdicciones coloniales que estaban lejos de presentar la homogeneidad que advertimos entre las que se separaron de España. Este es el punto de arranque de la superioridad anglosajona en el Nuevo Mundo”.

Manuel Ugarte.

La ruina del plan bolivariano y la patética lucha personal del Libertador ante el derrumbe ha movido a los historiadores a dialectizar la pugna entre el héroe y el destino, reviviendo las mohosas categorías carlylianas sobre el papel del individuo en la historia. Bolívar habría sido "un soñador" y su proyecto "una hermosa quimera". La rigurosa necesidad de unificar América Latina no sería sino un "ideal", digno de evocarse en las conferencias de la O.E.A. o en las sesiones del Banco Interamericano de Desarrollo.¹

Todas las fuerzas que Bolívar logró congregarse en su torno para consumir la independencia, se disolvieron cuando pretendió construir la unidad de los Estados recién emancipados. Las mismas oligarquías regionales que sostuvieron a los ejércitos libertadores con recursos y hombres, entre los que figuraban muchos parroquiales "padres de la patria", se volvieron contra los unificadores cuando el comercio libre estuvo garantizado. De esa disgregación nacieron las pequeñas patrias, estas miserables y arrogantes "naciones", pavoneándose con sus ejércitos sin armas, sus aduanas de bajas tarifas, sus territorios desolados, sus monedas perpetuamente devaluadas y las prolijas fronteras de los incontables Principados de Luxemburgo que colorean el mapa gigante.

¹ El BID y su Presidente, el chileno Felipe Herrera, son "bolivarianos" y hasta publican textos alusivos en su revista "Integración". El imperialismo es sabiamente omitido en los poemas bancarios de estos intrépidos luchadores.

La época de la "argentinidad"¹, de la "peruanidad", de la "bolivianidad", de la "chilenidad" debía coincidir con la sólida inserción en la estructura del comercio mundial de los Estados librados al azar histórico después de la muerte de Bolívar. Dicho fenómeno se despliega alrededor de 1880, cuando los países latinoamericanos elaboran sus formas jurídicas más o menos permanentes y construyen su "unidad nacional", a la vez que Europa o Estados Unidos establecen con ellos canales regulares de intercambio y la complementación económica se consolida en la unilateralidad de la producción.

En el marco de hierro de la balcanización, se modelan los Estados en la década del 80: Rafael Núñez en Colombia, el general Roca en la Argentina, el coronel Latorre en el Uruguay, Porfirio Díaz en México, Santa María en Chile, Alfaro en el Ecuador, Guzmán Blanco en Venezuela, Ruy Barbosa en el Brasil instauran el reinado de la prosperidad agraria o minera y la hegemonía positivista.

1. El Positivismo en Europa.

¿Y qué género de filosofía es ésta que domina la vida intelectual de América Latina en el mismo período en que parece declinar para siempre la idea histórica de la unidad latinoamericana? El positivismo comtiano satisfacía las necesidades filosóficas de la burguesía europea, si así puede decirse. Es el triunfo del racionalismo fundado en la ciencia experimental, que pretende en Europa recusar al irracionalismo romántico, dotar a la sociedad de una ciencia fundada en los hechos ciertos y extender la idea de una evolución incesante a la que no se veía límite alguno. El carácter acumulativo del progreso y la autoconciencia de un bienestar creciente debía encontrar en los héroes de Balzac sus tipos más demostrativos.

¹ Ricardo Rojas popularizó el vocablo. En América Latina la balcanización desencadenó búsquedas literarias del "ser nacional", es decir del "ser argentino", "ser peruano", etc., que pronto asumieron un carácter puramente psicológico cuando no místico,

Todo esto era completamente natural: hacía medio siglo que la burguesía francesa había hecho su gran revolución. Ahora, las marchas heroicas y los torrentes revolucionarios eran festejados pacíficamente los días 14 de Julio con bailes populares en las calles de París. Artesanos, burgueses y estudiantes alborotaban luego con sus amiguitas bebiendo cerveza en las tabernas. ¡Eso era todo! La burguesía francesa estaba en reposo y disfrutaba su felicidad, que se le antojaba eterna. Augusto Comte dictaba Cursos de Astronomía popular para obreros en una municipalidad de París.¹ El creador del positivismo y la sociología se formó espiritualmente en la época de la Restauración; aborrecía las revoluciones y condenaba la teología, aunque no pudo resistir la tentación de escribir un Catecismo y hasta elaborar los ritos para la celebración de matrimonios positivistas.²

Comte había condensado su credo en dos palabras que incluyó el escudo brasileño como divisa tutelar: "*Orden y Progreso*". Pero como Comte era un conservador esencial, definía el Progreso como "*el desarrollo del orden*". Toda reorganización debe comenzar por las ideas, pasar a las costumbres y finalmente, decía, alcanzar a las instituciones.³ A los obreros que asistían a sus cursos sobre astronomía popular, los educaba en principios conservadores análogos. "*La escuela positivista tiene necesidad del mantenimiento continuo del orden material. Ella no pide a los gobiernos más que "libertad y atención" . . . El pueblo no puede esperar, ni aún desear, ninguna participación importante en el poder político. Él se interesa no en la conquista del poder, sino en su uso real. . . también está dispuesto a*

¹ Auguste Comte, *Discours sur l'esprit positif*, p. 8, Union Générale d'editions, París, 1963. Comte dictó estos cursos durante 17 años consecutivos. Los llamados obreros eran artesanos: relojeros, carpinteros, orfebres, que en pequeño número concurrían a las clases de Comte: "*el resto es una mezcla muy variada donde abundan los ancianos*", escribía el filósofo a Stuart Mill. V. ob. cit., p. 23.

² *Ibid.*

³ Sobre algunos aspectos de la influencia positivista en el Brasil, v. Alberto Guerreiro Ramos, *Mito e verdade da revolução brasileira*, p. 18, Ed. Zahar Editores, Río de Janeiro, 1963.

desear que la vana y tormentosa discusión de los derechos sea reemplazada por una fecunda y saludable apreciación de los deberes".¹

En otras palabras, se trataba de conciliar las dos formas "fundamentales" del espíritu humano: la tendencia hacia la anarquía y la tendencia a la reacción, la revolución y la contrarrevolución. Comte se oponía a ambas. La burguesía europea no deseaba hacia fines de siglo otra cosa que conservar lo adquirido: vivía en el puro presente y no deseaba precipitarse al porvenir.² La poetización de la ciencia era para la burguesía algo tan natural como situar los tiempos tenebrosos en el pasado y dibujar un horizonte rosa rodeado de tranquilizadores microscopios. El anticlericalismo era excitado, por añadidura, por el *Syllabus* troglodita de Pío IX: estos enfrentamientos fueron de vasta resonancia y apresuraron la laicización de la enseñanza pública y de la legislación civil.

2. El Positivismo en América Latina.

Los nuevos Estados latinoamericanos acogieron el positivismo y las leyes civiles con igual ardor que los Parlamentos liberales de Europa. Los generales brasileños eran positivistas, protegidos de Inglaterra y guardianes del sistema esclavista.³ También profesaban el positivismo los intelectuales que rodeaban al paternal déspota Porfirio Díaz.

¹ "La reorganización de las opiniones y las costumbres... es la única base sólida de la regeneración gradual de las instituciones sociales", dice Comte, *Discours sur l'esprit positif*, p. 63.

² El eurocentrismo de Comte era diáfano. La tarea positivista no se limitaría a Francia: "abrazará naturalmente todos los pueblos avanzados que hoy participan, a pesar de sus diversidades nacionales, de la misma necesidad de regeneración social... esta familia de élite contendrá, alrededor del centro francés, de una parte Alemania e Inglaterra con sus anexos naturales, de otra parte Italia y España... así la Sociedad Positivista no será, en sus sentimientos y en sus pensamientos, ni nacional, ni cosmopolita, sino occidental; por lo demás, ella concibe la regeneración final como debiendo extenderse luego, siguiendo una progresión determinada, a todo el resto de la humanidad, bajo la sabia asistencia del Occidente unido", *ob. cit.*, p. 62.

³ La filosofía de Comte se dictaba en la Escuela Superior de Guerra del Brasil.

Tanto hablaban de la "Ciencia", que el pueblo mexicano se refería a ellos como los "científicos". Tuvieron tiempo para difundirla, pues Don Porfirio subió al gobierno en 1872 y recién pudieron derrocarlo en 1911. Su Secretario de Educación, Don Justo Sierra, fundador de la Universidad, aunque nunca abrazó categóricamente el positivismo, era naturalmente un liberal y un ardoroso librecambista. Sabía hablarle a los obreros, por añadidura, con el lenguaje de las bayonetas.¹

El argentino Agustín Alvarez escribía en "South America" su condenación de la política criolla, congénitamente incapaz de elevarse al modelo anglo-sajón: la fórmula norteamericana era buena, pero el contenido indígena era detestable.²

¹ Así como el conservador Alamán había sido un tenaz proteccionista y creador de industrias en México, el liberal Justo Sierra era un campeón del librecambismo. Las ideas político-filosóficas estaban en contradicción con las ideas económicas de ambos. En el caso de Sierra, su liberalismo era compatible con el régimen de Porfirio que entregó casi 2 millones de hectáreas de tierras mexicanas sobre la frontera con Estados Unidos a compañías de esa nacionalidad. En cuanto a la clase obrera, Sierra asistió a un Congreso de Trabajadores de la Industria Tabaquera en julio de 1906. En dicho Congreso afirmó: "He oído varios discursos de ustedes y aunque fuertes, no me disgustan, pero sí deben saber que si en las huelgas que ustedes tengan hay un solo hombre que quiera trabajar, así como si se altera el orden, el gobierno cuenta con 60.000 bayonetas para apoyar a ese hombre y sostener el orden"; ante estas palabras, el delegado Julio M. Platas se dirigió al Congreso con las siguientes palabras: "Perdón, señores; ustedes me ordenaron que yo invitara a este Congreso al ciudadano Secretario de Instrucción Pública, y torpe de mí, invité al ciudadano Secretario de Guerra... Dice el Señor Ministro que los pueblos que no se agitan son pueblos muertos, que merecen la esclavitud, y nos trata como esclavos, amenazándonos con sus bayonetas..." El delegado obrero no conocía a Comte tan bien como Justo Sierra: primero venía el orden y luego el progreso. V. Víctor Alba, *Las ideas sociales contemporáneas en México*, p. 93, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

Los científicos mexicanos creían que "los indios y razas mezcladas eran gente irremediable y peligrosa, condenada biológicamente a la inferioridad y a la tutela". V. Hanke, *ob cit.*, p. 149.

² Ridiculizando las costumbres políticas latinoamericanas, que atribuye a la fatalidad de la herencia hispano-indígena, Agustín Alvarez cuenta lo siguiente: un periodista corrido a latigazos por un jefe de policía de Mendoza, se refugia en la casa del Gobernador

De este modo circularon libremente por América Latina de fines de siglo Adam Smith y Comte, Spencer, Bentham, Stuart Mill y Darwin. La traducción vernácula de estas corrientes consistía en practicar un librecambismo que impedía la industria latinoamericana (Smith); de comenzar la reforma de la sociedad por la reforma de las ideas (Comte); de erigir el interés individual contra el Estado y la primacía de lo útil, como norma de verdad (Spencer, Bentham) y de considerar a las razas indígenas esclavizadas como la prueba de la supervivencia del más apto (Darwin). La incorporación en América Latina del positivismo como doctrina conservadora del "statu quo" resultaba equivalente a la perpetuación del monocultivo, la servidumbre indígena, la producción exportable como fuente exclusiva de recursos fiscales y la balcanización.

3. Positivistas y jíbaros.

¡El noble producto importado venía con la garantía de su sello europeo y eso era suficiente! Pero empleábamos esa superestructura jurídica y filosófica burguesa sin realizar en América Latina la revolución burguesa que la había generado en Europa. Se operaba un viaje transatlántico de las leyes y la filosofía sin importar al mismo tiempo las relaciones sociales, los métodos de producción ni la estructura de clases. América Latina tuvo así matrimonio civil sin máquina de vapor y Estados soberanos organizados según el patrón de John Locke, donde algunos ciudadanos pasaban sus tardes reduciendo cráneos humanos al tamaño de un puño mediante un interesante procedimiento de cocción desconocido por los juristas ingleses. Tuvimos

de la provincia, a quien pide garantías constitucionales. El Gobernador se apresura a sacarlo por una puerta trasera de la casa, que da a una callejuela estrecha y llena de monte, al tiempo que le dice al periodista: "*Dispare por aquí, amigo*". Desde entonces se llamó a esa callejuela, que carecía de nombre, "*Callejón de las Garantías*". V. Agustín Alvarez, *South America*, Ensayo de psicología política. La Cultura Popular, Buenos Aires, 1933. El título en inglés es el mejor acierto del libro de Alvarez, pues es una típica visión sajona de nuestra supuesta barbarie.

cementerios secularizados y escuela laica, pero se mantuvo el atraso clásico que garantizaba la condición semicolonial de América Latina. Gozamos (¡y no siempre!) de soberanía territorial en cada Estado a condición de olvidar nuestra soberanía balcanizada como Nación inconclusa.

Así pudieron redactarse soberbias Constituciones de cuño europeo o norteamericano estableciendo los tres poderes de Montesquieu en provincias andrajosas erigidas en "Naciones", que hasta carecían de burguesía y cuyos presupuestos apenas alcanzaban para pagar los sueldos de un solo poder, que siempre era el Poder Ejecutivo. ¡Los partidarios del positivismo burgués europeo en América Latina resultaban ser los enemigos del desarrollo capitalista en sus propias patrias!

La filosofía que el capitalismo triunfante adoptaba en su vejez en Europa era prohijada por los terratenientes parasitarios o exportadores improductivos de los grandes puertos como la fórmula intelectual del "progreso". Pero en esta filosofía el acento era puesto en el "orden" más que en el progreso: y era protegida por las clases más hostiles a la conquista de una economía independiente.

El positivismo se revelaba, en definitiva, como una filosofía conservadora a la que habían invertido de signo al cruzar el Océano; sus cándidos consumidores latinoamericanos la identificaban con las "ideas avanzadas". Resucitaba bajo nuevas formas el antagonismo entre el pensamiento y la vida, patético en los siglos coloniales y que en la era insular resultaría tragicómico.

4. Ideología sin relaciones sociales.

La vieja Europa había necesitado miles de años para atravesar las ruinas del esclavismo, el feudalismo, el Renacimiento y la Reforma, asimilar la Contrarreforma y la victoria de la ciudad burguesa, luchar por el advenimiento de los derechos del hombre, conquistar el Parlamento y la libertad de prensa. Esos vastos procesos se habían desenvuelto íntimamente trabados a los conflictos de las for-

mas de producción sobre las que reposaba la sociedad civil. Ni siquiera podía hablarse de Parlamentarismo sin examinar la victoria completa de la producción capitalista en Europa.

Pues bien, cuando la Europa capitalista incorpora a América Latina como una gigantesca provincia agro-minera a su sistema industrial metropolitano, dota a su vez a nuestro continente de un "stock" jurídico y político compuesto de todas sus piezas, que servirá para crear una ficción de aquella sociedad rica y evolucionada, pero que no puede funcionar por sí mismo, pues ese sistema ha dejado su mecanismo, su cuerda, su fuerza motriz en Europa. Nos han enviado sólo la parte de afuera, el envase pintado, como esos lomos dibujados de falsos libros que aparecen en las vidrieras de ciertas mueblerías o las manzanas de cera que decoraban las viejas casas de familia en la clase media de 1920.

La inaplicabilidad del liberalismo positivista europeo a América Latina resultaba tan evidente para ciertos intelectuales del 900, que no tuvieron más remedio que declararse racistas y acariciar la esperanza de que el tiempo concluiría por eliminar a los indios y mulatos para permitir un progreso orgánico. Ese era el punto de vista de Alcides Arguedas, el boliviano, o de los argentinos Carlos Octavio Bunge, Ramos Mejía, Ingenieros y otros.¹

5. El Racismo de Alcides Arguedas.

Arguedas, que no era precisamente un ejemplar del más puro tipo caucásico, musitaba compasivamente estas palabras sobre el triste destino de Bolivia: *"De no haber predominio de sangre indígena, desde el comienzo habría dado*

¹ El biologismo, la psicología social y la psiquiatría histórica hacen furor. Carlos Octavio Bunge, en *"Nuestra América"* (1911) somete a la política criolla a un análisis clínico. Ramos Mejía, en *"Las Neurosis en los hombres célebres"*, examina al Dr. Francia, del Paraguay, y a Juan Manuel de Rosas, desde el punto de vista psiquiátrico. Ingenieros sigue el mismo camino. Es obvio añadir que los resultados serán, para la ciencia como para la historia, devastadores, en el sentido de que no quedará nada de dichos análisis.

el país orientación conciente a su vida, adoptando toda clase de perfeccionamiento en el orden material y moral".¹

El Profeta pesimista, que vaticinaba a su raza el más lúgubre porvenir, era una especie de Ezequiel Martínez Estrada de su tiempo, pues como el argentino,² de su boca sólo brotaba un verbo apocalíptico sobre su pueblo, al que juzgaba responsable de la degradación nacional. Tenía una esperanza, sin embargo: la liquidación del criollo autóctono, más que de la mezcla con otras razas humanas superiores vendrá de "ese suelo estéril en que, a no dudarlo, concluirá pronto su raza".³

Se trataba de un pesimismo puramente literario y completamente desinteresado. Arguedas no dañaba su vista con la contemplación de la "raza de bronce", que también era un "pueblo enfermo". Se pasaba la vida en Cuilly, cerca de París; cortaba rosas de Francia por la mañana y redactaba dicterios contra los indios de su país por la tarde. Este amargo y rudo Isaías era el feliz propietario de dos buenas hectáreas laborables a 40 kilómetros de París, además de la gran casa o castillo, lo que significaba un buen capitalito, sobre todo en Francia, donde cada palmo de tierra vale oro.

El estilo tremebundo de Arguedas se comprendía: fue Simón Patiño, aquel sangriento avaro, rey del Estaño, quien costeó la edición de su "*Historia de Bolivia*". Para

¹ Benjamín Carrión, *Los creadores de la Nueva América*, p. 184, Ed. Sociedad General Española de Librería, Madrid, 1928.

² En cuanto al caso de Martínez Estrada, era propietario de campos en el Sur de la Provincia de Buenos Aires. Su antipero-nismo no sólo brotaba de toda su carrera literaria, protegida por la oligarquía y la revista "Sur", sino de su explicable hostilidad hacia la Ley de Arrendamientos dictada por Perón. Martínez Estrada tenía arrendatarios en su campo a los que no podía desalojar. Era uno de esos intelectuales típicos de la Argentina que son cipayos en su país y revolucionarios en Cuba. Sobre su análisis del "Martín Fierro" y su amor a los gauchos, ver Ramos, "*Crisis y resurrección de la literatura argentina*", Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961. Asimismo véase su juicio sucesorio y la nota crítica anexa en Arturo Jauretche, *Los profetas del odio*, p. 103, Ed. Peña Lillo, 3ª ed., Buenos Aires, 1967.

³ Carrión, *ob. cit.*, p. 185.

Patiño, una historia que descargara sobre la fatalidad étnica el infortunio de Bolivia, no podía quedar inédita. Arguedas, en un raro arranque de optimismo, dedicó su obra al Vampiro.¹ Arguedas la había meditado en París, donde parasitó largos años como Cónsul de Bolivia, consolado por los encantos de la gran ciudad civilizada donde no había un solo indio, salvo él.²

Varones tonantes de este género, amparados por la oligarquía, han sido legión en nuestra paciente tierra. Constituían el sector ornamental de la plutocracia latinoamericana al comenzar el siglo.

¹ Arguedas, que condenaba a su terruño por indígena, era como otros racistas análogos de América Latina, del tipo de Sarmiento, un verdadero meteco y a su modo, un bárbaro. Arguedas *"vive, como dirían los franceses, en «gentil-homme campagnard»*. La casa, el castillo de Arguedas... tiene libros y Venus. En el salón, reproducciones fotográficas en grande y pequeño formato. En la sala de billar, vasta pieza del segundo piso, a la altura de los ojos, un friso contornea los muros en toda su extensión, hecho con fotografías de todas las venus existentes, desde las praxitelianas, perfectas de pureza y armonía, hasta las modernas y voluptuosas de Cánova. De allí que no hayamos podido comprender qué papel podían hacer allí, en la misma sala, junto a las muestras más excelsas de lo que puede el hombre en sus creaciones de amor y de belleza, los retratos de los hombres de la carnicería de 1914-1918; Lloyd George, Clemenceau, Foch y Wilson...". Después, el gentil-hombre boliviano dice a su interlocutor: "Todo esto —y el ademán de la mano de Arguedas calcula más de una hectárea— estaba sembrado de árboles muy viejos. Encinas centenarias, castañeros, robles... Yo tuve que cortarlos. Hacían mucha sombra sobre mis ventanas. Quitaban la vista del valle. Y luego, había que hacer lugar para las rosas, para los manzaneros, para el huerto. Personalmente, yo mismo he cortado algunos. Es muy entretenido... hoy tengo leña para muchos inviernos", cit. en Carrión, *ob. cit.*, p. 170. Servil con los poderosos de Europa, renegado de su raza, degollador de árboles centenarios, historiador de Patiño, este Arguedas había resultado tener un harem fotográfico de Venus para su uso exclusivo. No es, realmente, un tipo ejemplar de hispanoamericano. V. un cáustico retrato de Arguedas en Augusto Céspedes, *El dictador suicida, 40 años de historia de Bolivia*, p. 52, Ed. Universitaria, S.A., Santiago de Chile, 1956.

² Arguedas se hacía servir en Cully por un indio del Altiplano, al que castigaba con látigo a la menor falta.

6. La agonía de la Patria Grande.

Los altos precios de las materias exportadas por América Latina en ese período, es preciso convenir en ello, resultaban ampliamente compensatorios para un pequeño núcleo en cada Estado latinoamericano, para sus ministros, diputados, profesores, y escasos intelectuales, comerciantes y parásitos de las clases distinguidas que reproducían en cierto modo el alto nivel de vida de las grandes metrópolis, a las que visitaban con frecuencia y de las que traían las últimas modas.

El vasto "hinterland" de esos núcleos en los respectivos Estados no era tenido en cuenta, salvo para los cambios de gobierno, regulados por lo común mediante elecciones canónicas o espadas providenciales. La fidelidad a una historia petrificada por la adoración de héroes imolutos y ángeles de yeso, la adopción de leyes liberales y la circulación de la literatura francesa son rasgos genéricos de esa generación insular.¹

¹ Bajo la influencia de Gustave Le Bon, el famoso inventor francés de la "psicología de las multitudes", algunos psiquiatras argentinos, como José María Ramos Mejía y José Ingenieros, pretendieron reexaminar la historia argentina. Se fundaron en Mitre, naturalmente, y le añadieron a la condenación de los caudillos y las montoneras el barniz "científico" proporcionado por la frenología de la época. En "Las Multitudes Argentinas" Ramos Mejía escribe: *"La indignación de Artigas a consecuencia de los manejos que le atribuía Pueyrredón, tomaba formas ditirámicas al pasar por la pluma, en perpetuo «delirium tremens» romántico, del padre Monterroso, fraile venal, de vulgarísimas lecturas, pero que tenía, según historiadores bien informados, «el arte de traducir los odios de su jefe, halagando su vanidad, en frases sonantes y sin sentido». Tenía que ver el entusiasmo sincero del Protector de los Pueblos Libres en presencia de las frases del secretario, en cuya lectura mezclábanse hábilmente la acción coreiforme del cómic español de cuño antiguo y las gesticulaciones demoníacas de un indio inquisidor emborrachado en una orgía de chicha. La intervención del caudillo en la peculiar literatura, solía reducirse a alguna pintoresca postdata con el infaltable "dígamele" de todos los gauchos que dictan cartas"*, ob. cit., p. 251, Ed. Kraft, Buenos Aires, 1952. ¡Quién diría que medio siglo después estos juicios de la oligarquía serían compartidos por socialistas amarillos y stalinistas coexistentes en la Argentina!

La Patria Vieja apenas se divisaba en un pasado remoto. El Uruguay y la Argentina habían recibido millones de inmigrantes y su insularidad era más profunda todavía que en los restantes Estados latinoamericanos, donde el atraso ejercía el papel de custodio de la tradición histórica, la única riqueza que desdeñaban los exportadores. En todas las capitales latinoamericanas se imitaba a Napoleón III, se construían bulevares, el ferrocarril irrumpía solemnemente. La aristocracia positivista se dejaba crecer las patillas a lo Bonaparte. El falso gótico, el seudo corintio, y un horrendo estilo pompeyano alimentaban las apetencias estéticas del refinamiento continental. Como en los ridículos principados alemanes del tiempo de Goethe, la poesía era una poesía de corte.

La literatura se importaba, como las amantes de lujo, y los bardos eran empleados públicos, comían el duro pan de los periódicos facciosos o agonizaban en París.

La unidad latinoamericana que había pasado de las armas a la diplomacia, ingresaba ahora a la literatura simbólica y resucitaba nostálgicamente en algunos pensadores como el eco de una proeza insensata.

7. La unidad latinoamericana en la literatura.

"Bolívar y San Martín... realizaron la unidad de la América Latina, antes de formular la teoría de la unión", escribía José María Torres Caicedo.¹ Nacido en Colombia en 1830, fue diplomático de Venezuela en Europa y participó con su acción y sus libros en las campañas por restablecer la perdida unión bolivariana. Torres Caicedo formuló un programa para la Confederación: reunión anual de una Dieta latinoamericana; nacionalidad latinoamericana común; Zollverein aduanero, uniformidad de códigos, pesas, medidas y monedas. También elaboró un plan de uniformidad de enseñanza, la abolición de los pasaportes en el interior de la América Latina y la organización de tropas y recursos para la defensa común.

¹ Torres Caicedo, *ob. cit.*, Tomo II p. 15.

Torres Caicedo reiteraba ahora como programa las viejas tentativas militares de Bolívar. Pero esa unidad, ¿podían admitirla los nuevos Estados instalados en la balcanización exportadora? Los productores de café, bananas, trigo, cobre, cacao, algodón, tabaco y carne, ¿estaban en condiciones de adquirir la "conciencia nacional del mercado interno", única escuela de la burguesía, cuando sus beneficios fluían del mercado mundial? Esa unilateralidad económica, fundamento de la prosperidad de las clases dominantes, era el pilar de la soberanía estadual, la fuente del patriotismo aldeano.

Toda América Latina se había convertido en veinte puertos francos, en veinte abastecedores del mercado mundial. El consumo interno estaba reducido a su mínima expresión, salvo una o dos ciudades importantes por cada Estado. Y este mercado interno era abastecido por los productos industriales de las metrópolis y lo que no era menos deformante, por sus productos culturales.

Esta extravertida América Latina no podía ser "persuadida" de su unidad, pues ella suponía no sólo la abstracta figura política de una Confederación, sino el quebrantamiento interno de la estructura de clases precapitalistas (en algunos casos), la reorientación de la producción hacia su "hinterland" paralizado, la interrelación de sus economías particulares alrededor de un plan económico "nacional" y el establecimiento de una gran industria como factor dinámico del conjunto. Hacia 1900 era una pura utopía.

8. Poetas y profetas.

También el portorriqueño Eugenio María de Hostos concibió formas de unidad a partir de la independencia de Puerto Rico, pero como parte de una Confederación Antillana, incluyendo a Cuba y Santo Domingo. Como ocurriría con muchos de los hombres de su generación y de sus ideas, Hostos concluyó dedicando sus energías a la educación y a la redacción de tratados morales. ¡Si tendremos moralistas y pedagogos en América Latina! Los talentos

más prometedores concluyeron en este pantano ético, cuando no consagraban toda su vida a recreaciones helénicas como el boliviano Franz Tamayo, un terrateniente erudito que escribió "*La Prometheida o las Océánidas*" en un altiplano con 3 millones de indios que hablaban quechua y ayмара.¹

El soplo épico de la tradición hispanocriolla alcanzó a vivir en la juventud de Rubén Darío. El nicaragüense cantó entonces a la unidad centroamericana. Dedicaba un poema al último unificador, el general Justo Rufino Barrios. Pero después absorbió a Darío la simbología versallesca y el lirismo apolítico, salvo en su Canto a Roosevelt. De los escritores de esta generación, sólo José Martí se transfiguró en héroe; rara síntesis de poeta y soldado.

A fines de siglo Angel Floro Costa, un oriental emigrado en Buenos Aires, postulaba la tesis de la creación de la República del Plata, mediante la reincorporación del Uruguay a las viejas Provincias Unidas. Costa sólo veía tres caminos para el Uruguay: un Estado independiente, como lo había concebido Canning, el "algodón entre dos cristales"; la incorporación al Brasil o la incorporación a la Argentina. Era partidario de la última solución y temía la vulnerabilidad de la soledad uruguaya. Pero la inclusión del Uruguay en el sistema mundial de Gran Bretaña (lanas, cereales y carne) resultó en el medio siglo siguiente la forma óptima de la prosperidad uruguaya y del equilibrio interior de la vieja Provincia Oriental.

En previsión de esta realidad, Angel Floro Costa titulaba su libro "*Nirvana*", es decir el Uruguay como símbolo de una dicha abstracta, despojado de las turbulencias sudamericanas, una barca poética y lacustre atada a la cola del león británico, ensimismada e indiferente a la tempestad, un Uruguay olvidado del pasado artiguista, duplicado

¹ Al publicarse este criptograma quechua-bizantino, "se comentó que "*la Prometheida*" era tan difícil de entender como si Tamayo la hubiese escrito en griego". Pero Franz Tamayo, si era un exquisito, no despreciaba a su pueblo, como Arguedas. V. Céspedes, *ob. cit.*, p. 55, y Tamayo, *Creación de la pedagogía nacional*, La Paz, 1944.

por la inmigración y erigido en una avanzada de la cultura europea en el Río de la Plata. *"El Uruguay será argentino o brasileño; y si no, será Nirvana"*, parecía decir Angel Floro Costa en 1880. Y tenía razón.¹

9. Rodó y el arielismo.

Otro uruguayo formulará ante el destino latinoamericano un mensaje de naturaleza diferente. José Enrique Rodó escribe su abrumador "Ariel" en un período en que el robusto imperialismo yanqui aterraba al mundo de las plácidas oligarquías sudamericanas, protegidas en su beatitud por sus relaciones con el Imperio inglés. Al iniciarse el siglo XX se derrama por América Latina un grito de alarma llamado "arielismo".

En una prosa obesa sin aristas, con las formas abundantes de una hermosa dama envejecida, Rodó oponía el "espíritu del aire" al voraz apetito carnal de Calibán. Estados Unidos sería este último, y una América Latina laxa nacida de la imaginación del escritor, el primero. La propagación del arielismo fue espectacular, como esas raras fiebres tropicales que derriban todo a su paso. Rodó proponía a la América Latina, sumergida en un ocio hambriento, y reducida a la parálisis pre-capitalista, el cultivo de un ocio helénico, donde al parecer germinan todas las grandes culturas.

Exponía con frases cuidadosamente redondeadas, para no herir a nadie, una antítesis: los Estados Unidos eran un gran país devorado por la creación económica. Pero el "idealismo" de América Latina, heredero de la latinidad, debía preparar para el arte y la filosofía, expresiones de la "vida superior": *"Necesario es temer, por ejemplo, que ciudades cuyo nombre fue un glorioso símbolo en América; que tuvieron a Moreno, a Rivadavia, a Sarmiento; que llevaron la iniciativa de una inmortal Revolución; ciudades que hicieron dilatarse por toda la extensión de un con-*

¹ Angel Floro Costa, *Nirvana, Estudios sociales, políticos y económicos sobre la República Oriental del Uruguay*, Ed. Dornaleche y Reyes, Montevideo, 2ª edición, 1899.

tinente, como en el armonioso desenvolvimiento de las ondas concéntricas que levanta el golpe de la piedra sobre el agua dormida, la gloria de sus héroes y la palabra de sus tribunas, puedan terminar en Sidón, en Tiro, en Carthago".¹ La obra estaba impregnada hasta la médula de estas ineptias estremecedoras. En esencia, "Ariel" constituía un programa ético de la indefensión latinoamericana ante los Estados Unidos. Oponía el poder del espíritu a la siderurgia y se convertía, por su maciza banalidad, en una doctrina conservadora.

¿Por qué causas este monumento verbal y glacial fue escrito? ¿Qué razón motivó su cómico prestigio? Consideremos en primer lugar la tierra natal de Rodó. El Uruguay del 1900 era la pieza más perfecta de la balcanización latinoamericana. Estaba por concluir el ciclo de su guerra civil, con el triunfo del partido Colorado, partido del que formó parte Rodó, lo que no resulta nada incidental. El "Nirvana" de Angel Floro Costa era un hecho. La vieja Banda Oriental había muerto; en su lugar se instalaba un país con una gran ciudad cosmopolita.

Toda la renta agraria de las praderas orientales era comercializada por Montevideo y con su producto comenzaba a erigirse una gran burocracia del Estado, un Estado protector de la clase media urbana. La situación demográfica, geográfica, económica y cultural predeterminaba la proyección del Uruguay hacia Europa. Las corrientes inmigratorias se asentaban rápidamente, se hacían propietarias, expandían Montevideo.

10. Entre Atenas y Gibraltar.

El Coronel Latorre había construido el Estado jurídico; Batlle Ordóñez ordena el Estado exportador y distribuye la renta agraria entre la pequeña burguesía de la

¹ José Enrique Rodó, *Ariel*, p. 157, Ed. del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967.

ciudad, que se hace rápidamente partidaria de un orden democrático, capitalista y parlamentario liberal de corte europeo. La publicación de "Ariel" coincide con una era de bienestar general, que se prolongará seis décadas. El Uruguay urbano comenzaba a ser ya un país de ahorristas, pequeños propietarios, empleados públicos bien remunerados y artesanos independientes.

El batllismo es su expresión política; el positivismo, su filosofía; la literatura francesa su arquetipo. Es la ciudad de los templos protestantes, de los importadores, de los maestros poetas. Reina un tibio confort hogareño, una actitud a-histórica, una propensión portuaria. Uruguay se ha "belganizado"; un alto nivel de vida en la semi-colonia próspera ha sepultado los ideales nacionales. De ahí que ignore su origen, pues nada le importa de él. El hijo o nieto de inmigrante permanece vuelto de espaldas a la Banda Oriental, a las Provincias Unidas, a la América criolla. Vive replegado sobre sí mismo en una antesala confortable de la grande Europa.

Y en esa vida de próspera aldea, con sus Taine y sus Renán y sus Comte, en esa viscosa "idealidad" de las secularizadas religiones prácticas, Uruguay se aburre; en ese hastío nacido de su insularidad, donde el pasado es un misterio (recién comienza a embalsamarse a Artigas como "héroe nacional") y el futuro no ofrece sobresaltos, el "espíritu" remonta su vuelo. Es la hora de Rodó, el predicador del "statu quo". El orador estetizante del Uruguay inmóvil se inquieta ante el genio emprendedor de los norteamericanos prácticos. No condena explícitamente las tropelías yanquis, sino su estilo pragmático. Propone un retorno a Grecia, aunque omite indicar los caminos para que los indios, mestizos, peones y pongos de América Latina mediten en sus yerbales, fundos o cañaverales sobre una cultura superior.

11. El arielismo del bien raíz.

En "Ariel" no había furor. Se incitaba a la elevación moral. Al fin y al cabo Rodó emitía frases desde una so-

ciudad complacida, a la que las caballerías de Aparicio Saravia dará un último sobresalto en 1904, una sociedad practicante de placeres virtuosos y enemiga del exceso, Francisco Piria, por lo demás, al frente de una legión de rematadores, ha creado en Montevideo una nueva clase de pequeños propietarios que constituirán la base social granítica de los arielistas. Detrás de las bruñidas frases de Rodó se descubría a un sonrosado Nirvana distribuyendo consejos de idealismo a los hambrientos de la Patria Grande.¹

Toda la autosatisfacción de las oligarquías ilustradas de América Latina, su concepción "*pro domo sua*" de un progreso quimérico, su latinidad, su humanismo lagrimeante, su desdén aristocrático hacia las bajas necesidades materiales, su adoración hacia la forma, todo ese detritus ético del estancamiento continental, Rodó lo pulió, lo envasó y se lo sirvió a la joven clase media de la América hispánica regado con esa gelatina sacarinada de cuya fabricación se había hecho maestro.

La pequeño burguesía harta del Puerto intemporal, se sublimaba en Rodó y ofrecía a su tiritante congénere latinoamericana el más exquisito narcótico de su rica farmacopea importada. Un ¡ah! de general deslumbramiento arrancó el estupendo sermón laico en esas dulces horas sin futuro.

Y pese a todo, había una amarga injusticia en glorificar la pieza más detestable y nihilista de Rodó, justamen-

¹ El pequeño y satisfecho Uruguay arielista parecía decir: "*Queridos hermanos de América Latina: uníos frente al peligro imperialista yanqui. Yo no lo necesito, pues prospero junto al imperio inglés*". Lo que era rigurosamente cierto.

Rodó se había nutrido con los moralistas de su época, Renán, Guyau, Emerson, Nietzsche y, naturalmente, en el orden histórico, en Hipólito Taine. También es justo decir que algunas de sus observaciones sobre el imperialismo o el indio revelaban que su helenismo no era impenetrable. Pero todo su espíritu estaba volcado hacia Europa y Francia. Al estallar la guerra mundial de 1914, cuenta Víctor Pérez Petit, "*mi noble amigo, como yo, como tantos esperada calamidad que se le había echado encima*". Sánchez, Luis A., "*¿Tuvíamos maestros en América?*", p. 69, Ed. Raigal, 1956.

te el escritor que inicia en el Plata la reivindicación de Bolívar y retoma la idea de la Patria Grande. Sepultar su Bolívar y exaltar su Ariel, he ahí la impostura clásica del colonialismo cultural posterior.¹

12. Manual Ugarte o el coraje civil.

Al mismo tiempo, en el otro lado del Río de la Plata parecía revivir la tradición latinoamericana. Manuel Ugarte era un bonaerense que abandonaba la vida literaria para consumir su peculio en una gran campaña por la unidad latinoamericana. Recorrió el continente de un extremo a otro en una gira de conferencias que congregó auditorios inmensos para retomar el programa bolivariano.²

El irritado silencio que ha rodeado siempre a la figura de Ugarte no sólo es necesario atribuirlo al papel de "emigrado interior" del intelectual del 900 en las semi colonias, sino al "leprosario político" en el que la oligarquía y sus amigos de la izquierda cipaya recluyen a los hombres de pensamiento nacional independiente. A principios de siglo al escritor latinoamericano no le quedaba otro recurso que enmudecer o emigrar. Las pequeñas capitales de la nación balcanizada, aún la más presuntuosa, como Buenos Aires, habían sustituido la función social del escritor con el libro importado, por lo general el libro español o francés. El sistema de la ciudad consumidora en todos los órdenes, se aplicaba también en el orden de un librecambismo cultural que arrasaba con la producción nativa.

El carácter misérrimo del "mercado interior" para los libros latinoamericanos no se fundaba tan sólo en el analfabetismo de la mayoría de la población, sino en la indi-

¹ V. Rodó, *Bolívar*, en *Hombres de América*, p. 7, Ed. Claudio García, Montevideo, 1944.

² Al comentar uno de los libros de Ugarte, "The Times", de Londres, decía: "El autor habla como ciudadano de la América del Sur, y defiende el conjunto de esos países con tanta elocuencia, que no sabemos a qué república pertenece". Cit. por Carrión, *ob. cit.*, p. 105.

ferencia de las minorías cultas hacia todo aquello que se refiriese al paisaje o la sociedad propias. La superfluidad del intelectual era completa; su evasión a Europa era una suerte de liberación de esas aldeas sórdidas de las que Miguel Cané podía decir: "*Publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un soneto de Petrarca en la Bolsa de Comercio*".

Si a esto se añade que Manuel Ugarte proponía desde Buenos Aires una revalorización moderna del programa de Bolívar, es fácil inferir el rápido aislamiento de que fue objeto por todos los "demócratas" e "izquierdistas" cosmopolitas de su época, no muy diferentes de los actuales.

En sus campañas latinoamericanas Ugarte expuso la necesidad de filiar la revolución de 1810 en la tradición revolucionaria española y de establecer una Confederación de pueblos que ponga término a la impotencia insular. Nada hay más falso que acusarlo a Ugarte de "lirismo" en relación con tales temas. Por el contrario, el pensamiento ugartiano y hasta su prosa, quizá la más sobria de todas en una época propensa a una retórica espumante, prueban su rigor y su coherencia: predicará la industrialización, en una época de completo librecambismo; una literatura de inspiración nacional, durante el auge del afrancesamiento generalizado; y la justicia social y el socialismo, cuando los intelectuales americanos acariciaban los cisnes o vagaban por "los parques abandonados".

13. La "inteligencia" capitula ante la guerra.

Pero lo que resulta más punzante aún, aquello que no se refiere ya a puntos de mera doctrina, es la actitud respectiva de Ugarte y de otros hombres de su generación frente a la primera guerra imperialista, piedra de toque para todos los "latinoamericanistas" de los tiempos pacíficos, como Alfredo Palacios, Rodó y congéneres. Al estallar la guerra de 1914, la "dulce Francia" y la "noble Inglaterra" entrarán en lucha con el "bárbaro teutón". A

las primeras se agregará luego otra "democracia", los Estados Unidos.¹

Justamente el bando de la "civilización" se componía de las potencias imperialistas que mantenían a América Latina en la barbarie, por lo que solamente un servil completo o un exaltado arielista podía identificar nuestro destino con esas democracias coloniales. Toda la "inteligencia" cayó de rodillas ante "el espíritu": Rodó, Palacios, Frugoni, García Calderón, Lugones, Rojas, Gómez Carrillo, Alcides Arguedas, Rubén Darío: la lista es interminable. Pero Ugarte asumió una posición neutralista y publicó un diario en Buenos Aires titulado "La Patria" para luchar contra la participación argentina en la guerra imperialista.²

¹ En las dos guerras imperialistas ocurrió el mismo fenómeno. No resultaba totalmente lírico para la inteligencia entregarse a la adoración del emporio usurero de Gran Bretaña. Pero la vieja "entente cordiale" entre Francia e Inglaterra permitía a los poetas y escritores defender las inversiones yanqui-británicas en nombre de la cultura francesa.

² Los críticos no perdonaron a Ugarte esta conducta. Zum Felde dice: "*Considerados como ensayística no ofrecen valores mayormente ponderables... se resienten de superficialidad filosófica, de carencia de fundamentación sociológica seria; no van a fondo en el examen de los problemas ni intentan revisión alguna de las cuestiones; en lugar de ello ofrecen abundante glosa verbalista de los tópicos ya conocidos*", en *Índice crítico de la literatura hispanoamericana*, México, 1954. Es cierto que el mismo crítico había escrito antes lo siguiente: "*Todo nacionalismo, en esta América, es esencialmente opuesto al sentido de universalidad de nuestro devenir, postulado fundamental de nuestra entidad... Lo que América no puede seguir, es la ruta de ningún nacionalismo, ni aún del suyo propio, en el caso de que se pretendiera tan menguado intento, y en cuanto ello se opusiera al espíritu de universalidad que es nuestro imperativo histórico*", Zum Felde, *El problema de la cultura americana*, p. 53, Ed. Losada, Buenos Aires, 1943. Es inútil aclarar al lector que el Sr. Zum Felde fue un abnegado demócrata durante la última guerra, partidario de las democracias imperialistas. También Luis Alberto Sánchez, dice de Ugarte: "*Ugarte, al cabo de años de apostolado, tiene un atardecer escéptico y claudicante*". Sánchez, *¿Tuvimos maestros en nuestra América?*, p. 60. Ed. Raigal. Buenos Aires, 1956. Esta frase misteriosa, ¿qué significa? El señor Sánchez es un dirigente aprista, devoto y hagiógrafo de Haya de la Torre. Ugarte les enseñó a todos ellos, como el propio Haya no ha dejado nunca de reconocerlo, qué significaba el imperialismo en América Latina. Pero el Sr. Sánchez ha introducido en la segunda

Terminado el conflicto, naturalmente, gran parte de los intelectuales latinoamericanos se reincorporaron en tropel a ese Ejército de Jerjes que integran los "Maestros de América" del tipo de Palacios, y derramaron lágrimas elocuentes y vehementes gritos de alarma ante "el peligro yanqui". Ugarte no perteneció nunca a ese género repulsivo de redentorista sudamericano que sólo ejerce su oficio en días tranquilos y siempre goza de la simpatía de la gran prensa adicta.

No sorprenderá al lector saber que en la segunda guerra imperialista, todos adoptaron la misma actitud, Ugarte y los otros. Tampoco será inútil recordar que en 1945, cuando en la Argentina el país estaba polarizado entre Braden y Perón, Ugarte regresó después de muchos años de ausencia y estuvo contra Braden, al mismo tiempo que la inmensa mayoría de la inteligencia argentina y latinoamericana se pronunciaba contra Perón. El coraje moral de estar contra los mandarines, ese coraje no le faltó jamás a Ugarte y esa es la razón del silencio profundo que envuelve su persona y su obra.¹

Hacia 1900 la conciencia nacional latinoamericana se fragmenta y el destino de Ugarte es el mejor testimonio: el más penetrante latinoamericano del 900 se convierte en

edición de su libro esa frase en virtud de que Ugarte apoyó al general Perón en 1945 y que fue embajador de su gobierno en México en 1947. Como se ve, el ex antiimperialista Sánchez imputa a Ugarte "claudicación" porque mientras Sánchez estaba junto a Estados Unidos en la guerra, Ugarte estaba contra ella. Curiosa integridad la del Sr. Sánchez y triste destino el del aprismo.

¹ Un solo ejemplo; Ugarte no llegó a ver publicado en vida ni un solo libro suyo en la Argentina. Recién en 1953 se publicó la edición argentina de *El Porvenir de América Latina*; en 1961 y 1962 se publicaron *La Patria Grande*, *La Reconstrucción de Hispanoamérica* y *El destino de un continente*, así como un trabajo titulado *Manuel Ugarte y la revolución latinoamericana*, que escribí en 1953. Los libros mencionados tampoco fueron publicados por editorial comercial alguna, sino por Ediciones Coyoacán, que yo dirigía con fines exclusivamente políticos y que resultó confiscada en parte por la SIDE (servicio secreto del gobierno argentino) en 1962 y luego, incendiada con una bomba en 1964, sin que ambos hechos encontraran en la prensa de la "izquierda cipaya" el menor eco ni protesta.

un muerto civil. Si su cabeza figura en el mural que el pintor Guayamasín crea en la Universidad de Guayaquil, junto a la de Bolívar y a la de San Martín, en la Argentina permanece desconocido. La bibliografía sobre la humosa herencia de Rodó es tan agobiadora e inactual como Rodó mismo, pero nada se escribe sobre Ugarte. Esto dice mucho sobre ambos personajes y sobre los profundos exégetas.

Una ensayística torrencial se volcará luego sobre el "americanismo" o el indigenismo abstracto. Sus autores se reclutaban entre los viandantes a mitad de camino de un liberalismo desmayado y los matices prudentes de las "vibraciones telúricas". Otro género, más zahorí, era el de los escritores que tenían perpetuamente dilatada la pupila sobre "el misterio de América". Este pantano de aguas vivas y materias orgánicas ha devorado ya miles de volúmenes nutridos de esa Gran Nada que la prensa sería llamó "el pensamiento americano". Todo el secreto consistió en evitar los temas esenciales del drama.

14. El fin de una época.

En la misma época, y naturalmente, desde París e impreso en francés, Francisco García Calderón escribe *Les Démocraties latines de l'Amérique*¹. Dedicó el libro a Emile Boutroux y lo prologa Raymond Poincaré, esa quintaesencia de la vulgaridad burguesa de Francia, combinación de sordidez y astucia en que habían venido a parar los vástagos de Robespierre. Estas "democracias latinas" inspiraban sospechas: García Calderón era un refinado diplomático peruano extasiado por París y por el "genio latino". La obra es rica en observaciones sobre la "barbarie criolla" y las relaciones estrechas entre el clima y el progreso, muy gratas al paladar europeo: *En el trópico:*

¹ Francisco García-Calderón, *Les démocraties latines de l'Amérique*, Ernest Flammarion, éditeur, París, 1912.

guerra civil y pereza; sobre las planicies frías, en las llanuras templadas y en las ciudades marítimas: riqueza y paz".¹

Estas bufonadas tenían excelente acogida en Europa y aún en una América pequeño burguesa que había aceptado como perlas únicas las injurias de Sarmiento contra los indios y las razas indígenas.

Aunque juzga "naciones" a los Estados latinoamericanos, pecadillo venial si se considera que aún en nuestros días no sólo liberales sino nacionalistas cerriles y marxistas galácticos opinan del mismo modo, el mérito de García Calderón reside en haber planteado en esa época las analogías e intereses coincidentes de los países de América Latina. ¡No se contaban por docenas quienes lo hacían!

Aquí y allí, en los prólogos y polémicas hirvientes del venezolano Rufino Blanco Fombona, en los discursos de José Vasconcelos, Varona, Santos Chocano, Vargas Vila, García Monge, resonaban los últimos ecos del programa bolivariano. En muchos de ellos, la balcanización habría de vencer al fin, pues la unidad latinoamericana se transformaría luego en una simple condenación "estadual" del imperialismo yanqui cuando no en un "panamericanismo" radicalmente antagónico a la Nación latinoamericana.

Hacia 1910, la ideología bolivariana parecía poco menos que extinguida. La generación del 900 se refugiaba en la literatura pura, la poesía civil se trocaba en pesquisas formales, los escritores políticos escribían novelas del boulevard parisiense. Gómez Carrillo informaba sobre las modas de Europa. ¡La conciencia nacional de la gran nación dividida se refugiaba en los agotados libros de historia que Blanco Fombona reeditaba en Madrid! La misma historia escrita de América Latina se había disuelto en veinte versiones localistas imposibles de entender por separado. Así, las nuevas generaciones del continente se adaptaban a una versión europea de su propia historia, escrita por los letrados de la factoría semi-colonial.

De las armas a la diplomacia, de la diplomacia a la literatura, la idea bolivariana en un siglo no había hecho

¹ *Ibid.*, p. 321.

otra cosa que retroceder. Pues la balcanización no sólo había quebrado los antiguos vínculos y forjado la imponente ficción de los nuevos Estados, sino que Europa atraía con su poder magnético a los mejores espíritus de la nación latinoamericana y los alejaba de sus patrias chicas. Europa ofrecía a la inteligencia la civilización madura que negaba a América Latina. Todo parecía perdido. "*El iberoamericanismo... yace en el sepulcro*", escribía Gabriel René-Moreno.¹ Es en ese momento que cae Porfirio Díaz como un fruto podrido y los peones de Zapata montan a caballo. La revolución en México comenzaba y la América bolivariana volvía a las armas.

¹ Gabriel René-Moreno, *Notas históricas, etc.*, T. I, p. 130.

THE CONSTITUTION

OF THE UNITED STATES OF AMERICA

As amended through 1991

Approved by the States on September 17, 1787

Approved by the People on September 17, 1787

Approved by the States on September 17, 1787

Approved by the People on September 17, 1787

Approved by the States on September 17, 1787

Approved by the People on September 17, 1787

Approved by the States on September 17, 1787

CAPITULO XIII

MOVIMIENTOS NACIONALES DEL SIGLO XX: MEXICO, PERU Y BOLIVIA

“Cuando alguien preguntaba si el General Terrazas era del Estado de Chihuahua, era una broma corriente responder: «No, el Estado de Chihuahua es del General Terrazas»”.

Jesús Silva Herzog.

“El esfuerzo de la nación dominante por mantener el «statu quo» está frecuentemente coloreado de un supranacionalismo, del mismo modo que el esfuerzo de un país vencedor por conservar lo que ha saqueado toma la forma del pacifismo. Es así que el ministro socialista Macdonald se siente internacionalista delante de Gandhi”.

León Trotsky.

“Somos país pobre y debemos vivir pobremente”.

General Blanco Galindo, Presidente boliviano.

“Yo pronostiqué que Villarroel caería pronto”.

Mauricio Hochschild, magnate minero.

Porfirio Díaz y sus "científicos" habían sumido al México legendario de las guerras civiles en un profundo sopor. Las tres décadas del porfirismo presenciaron la introducción del capital extranjero en la economía mexicana, ese sistema de "modernización" peculiar de la América Latina semi-colonial de fines del siglo XIX: ferrocarriles, telégrafos, puertos, servicios públicos y caminos. Mientras el porfirismo favorecía estos "focos de civilización", indispensables a las grandes potencias para apoyar y administrar sus inversiones, el resto de México permanecía en el estancamiento más profundo.

En un polo se veía a una minoría blanca, dueña de tierras sin límite, que despreciaba a su país y trataba de exprimir su savia para huir de él: "*Para los criollos, todas las costumbres nacionales son inconvenientes*", escribía en 1909 Andrés Molina Enríquez.¹ El hacendado no era un verdadero hombre de campo, sino un señorito que rara vez visitaba sus establecimientos, excepto para alguna fiesta: "*Lo único que le importaba consistía en que el administrador de la finca le entregara periódicamente el dinero necesario para vivir con holgura en la capital de la*

¹ Andrés Molina Enríquez, *Los grandes problemas nacionales*, 1909, cit., por José E. Iturriaga, *La Estructura social y cultural de México*, p. 106, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1951, México.

provincia, en la ciudad de México, en Madrid o en París, según sus gustos personales y medios económicos".¹

En el otro polo, los mestizos e indios que constituían la mayoría aplastante de México se reflejaban en el espejo de los peones de Yucatán, tal cual los vio en 1910 un periodista norteamericano poco inclinado a simpatizar con los mexicanos: "*Eran tratados como ganado, sin sueldo alguno y alimentados con frijol, tortillas y pescado podrido; apaleados siempre, muchas veces hasta morir, y trabajando desde el amanecer hasta la noche en aquel sol infernal. Los hombres eran encerrados por la noche... Cuando huían, eran alcanzados por la tropa y traídos de nuevo*".²

Reinaba en las alturas del poder una especie de despotismo ilustrado, bañado por la luz del positivismo comtiano, pero que imponía silencio a la gran República de las letras y orden a los peones iletrados sin tierra. Por lo demás, todas las guerras civiles, desde la muerte de Morelos, esto es, desde hacía cien años, habían sido incapaces para modificar, como no fuera para empeorarla, la suerte de los campesinos miserables que constituían la mayoría del país. Durante el período de reformas liberales de Benito Juárez, las enormes extensiones de tierra que eran propiedad de la Iglesia, fueron objeto de una Ley de Desamortización destinada a incorporar al movimiento de la circulación mercantil esos bienes de "manos muertas". Pero dicha ley no logró cumplir sus fines, que eran democratizar la propiedad de la tierra y crear una clase de campesinos burgueses. Por el contrario, fue a parar a manos de los "denunciantes", "*en su mayor parte ricos propietarios territoriales, que de esa manera agrandaron sus ranchos y haciendas*".³

¹ Jesús Silva Herzog, *Breve historia de la revolución mexicana*, p. 22, Tomo I, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

² M. S. Alperovich y B. T. Rudenko, *La Revolución Mexicana de 1910-1917 y la política de los Estados Unidos*, p. 33, Ed. Fondo de Cultura Popular, México, 1960.

³ Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 14.

¡Para algo se había hecho la guerra de la Independencia! ¡Ahora, un siglo más tarde, además de los terratenientes españoles, ya había terratenientes mexicanos! Era un escaso consuelo para los campesinos. Si la Ley de Desamortización creó nuevos terratenientes en lugar de nuevos agricultores, en el período de Porfirio Díaz se procedió a arrebatarse a los indios las tierras comunales que permanecían en su poder desde hacía siglos. Grandes terratenientes y compañías extranjeras se apoderaron de los campos ejidales; los indios mexicanos fueron transformados en peones o esclavos. Tal fue el caso de los mayas y de los yaquis, sublevados a causa de la expropiación de sus tierras comunales y que después de ser sangrientamente reprimidos, fueron vendidos como esclavos en subasta pública.¹

Pero el proceso de concentración de la propiedad territorial en México que debía culminar con la revolución, no se detuvo allí. A fines de siglo se inició la estafa formidable de las Compañías deslindadoras. Estas empresas debían deslindar las tierras baldías y radicar en ellas a colonos extranjeros para ponerlas en producción. A título de compensación por los gastos requeridos para realizar dichos fines, el gobierno de Díaz otorgaba a dichas compañías la tercera parte de las tierras deslindadas.² Sin embargo, las mencionadas Compañías también consideraban "baldías" las tierras ocupadas desde tiempos inmemoriales por pequeños propietarios y que carecían de posibilidad de justificar legalmente sus títulos. De este modo, el "deslinde" de tierras se convirtió en una gigantesca operación de despojo del pequeño campesino.

En sólo 8 años, desde 1881 hasta 1889, dichas empresas deslindaron 32.200.000 hectáreas; en consecuencia, se les adjudicó en propiedad nada menos que 12.700.000 hectáreas. Además, el gobierno les vendió a ínfimo precio otras 14.800.000 hectáreas. En total, dichas compañías acapararon el 13 % del territorio mexicano. Como estaban compuestas sólo por 29 personas, íntimamente vinculadas al

¹ Alperovich y Rudenko, *ob. cit.*, p. 32.

² Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 16.

gobierno de Porfirio, la legalidad de estas operaciones estaba al margen de toda sospecha. El general Terrazas, por ejemplo, poseía en el Estado de Chihuahua (donde muy pronto Pancho Villa sublevará a miles de peones armados) 6 millones de hectáreas. Dicha extensión equivalía aproximadamente al territorio conjunto de Dinamarca, Suiza y Holanda.¹ Sólo 7 concesionarios poseían en el mismo Estado 14.164.400 hectáreas. En el Estado de Morelos, casi toda la tierra estaba en manos de 20 latifundistas.

El programa de la revolución agraria inminente podía encontrarse en el Censo de Población de 1910. Para esa fecha existían en México 3.096.827 jornaleros rurales, 411.096 agricultores y 840 hacendados.² Si la población total ascendía a 15.160.369 habitantes, se calculaba que el número de personas que dependían del salario rural de los peones ascendía a 12 millones o sea aproximadamente el 80 % de la población.³

¿Podía dudarse un momento del carácter feroz que adquiriría la guerra civil? ¿Quién se atrevería a negar que el poder inmenso de caudillos como Villa o Zapata se derivaba del furor largamente reprimido por 12 millones de almas contra 840 latifundistas?⁴ Un escritor mexicano ofrece en su libro una descripción de una hacienda de Morelos a principios de este siglo. De un lado, el "casco" de la propiedad, suntuosa e inútil, con un número de habitaciones excesivo, incluido un saloncito estilo turco "*que era la quintasencia del mal gusto*" y en el cual todos los muebles eran importados de Francia. Del otro, fuera del casco, el lugar donde dormían los peones: "*cada casa era de un solo cuarto, en el cual dormía, naturalmente, en el suelo, toda*

¹ Era una broma corriente, cuando alguien preguntaba si Terrazas era del Estado de Chihuahua, responder: "*No, el Estado de Chihuahua es de Terrazas*".

² Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 20.

³ El jornal de un peón era al estallar la Revolución mexicana de 18 a 25 centavos por día (el peso mexicano equivalía a 1 dólar). El peón recibía un salario igual al de sus antepasados de 1792. Pero el costo de los artículos fundamentales (arroz, maíz, trigo y frijol) se había duplicado en un siglo.

⁴ V. "*México Insurgente*", de John Reed, Buenos Aires.

la familia, y dentro del cual se cocinaba la mayor parte del año. Era una parte importante del miserable salario. Los peones, sus mujeres y sus niños, estaban llenos de piojos, vestidos de sucios harapos, comidos por las fiebres".¹ En realidad el peonaje constituía una forma de servidumbre que se transmitía de padres a hijos. A semejanza del régimen de pulpería reinante en los yerbales del Paraguay o el Norte argentino, el vale por alimentos y otros artículos vendidos por la misma empresa a sus peones establecía un compromiso prendario, donde la prenda era el trabajador mismo. El régimen de anticipos más o menos usurarios empleado en las haciendas mexicanas, ataba a los peones y sus familias a una deuda inextinguible.² Hasta no ser saldada, el peón no podía abandonar la hacienda. La adquisición de los artículos necesarios para vivir en las "tiendas de raya", propiedad del mismo patrón y el generoso crédito otorgado al principio, esclavizaban al peón, que ignoraba el arte de sumar y restar y volvía ilusoria toda tentativa de escapar a la deuda. Esta se convertía así en un lazo hereditario. Un siglo después de la revolución de Morelos, se imponía la necesidad de abolir las deudas para liberar al pueblo mexicano.³

¹ Luis Enrique Erro, *Los pies descalzos*, cit. en Silva Herzog, *ob. cit.*, p. 30.

² Dice Marx en "*El Capital*": "*En algunos países, sobre todo en México... la esclavitud aparece disfrazada bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos que han de rescatarse trabajando y que se transmiten de generación en generación, el peón, y no sólo él, sino también su familia, pasa a ser, de hecho, propiedad de otras personas y de sus familias*", Tomo I, p. 122, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1964.

³ En 1810, Morelos firmaba un documento en el que se declaraba que a partir de ese momento ya no se llamaría a los hijos del país "*Yndios, Mulatos, ni castas, sino todos generalmente Americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que los tengan, sus amos serán castigados. No hay cajas de Comunidad, y los Yndios percibirán la renta de sus tierras como suyas propias en lo que son las tierras. Todo Americano que deva cualquiera cantidad a los Europeos no está obligado a pagársela; pero si al contrario deve el Europeo, pagará con todo rigor lo que deva al Americano*", en Alfonso Teja Zabre, *Morelos*, p. 144, Ed. Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946.

Los célebres "científicos" del porfirismo, que unían a su amor por la ciencia un ojo infalible para los grandes negocios, identificaban el progreso con el capital extranjero. La estructura agraria debía quedar intacta. El progreso, en cambio, debía volcarse en la minería y el petróleo. Como un efecto indirecto de esta penetración imperialista, surgieron ciertas industrias: fundiciones de plomo, plata y cobre, hilanderías y fábricas de tejidos y una correlativa clase obrera en las principales ciudades. Pero ese escaso número de obreros no debería jugar un papel decisivo en la revolución de 1910.

La apertura de las puertas de México a los intereses norteamericanos alarmó en cierto momento al general Díaz. El apetito voraz de su poderoso vecino le hizo temer nuevas intervenciones; el anciano déspota practicó entonces el único "antiimperialismo" de que se sentía capaz: consistió simplemente en favorecer la inversión de los capitales británicos, competitivos de los yanquis. Como Estados Unidos se encontraba frontera por medio y Gran Bretaña al otro lado del Atlántico, el General Díaz tenía razones muy claras para preferir la amistad de los ingleses. La propia camarilla gubernamental del porfirismo se vinculó estrechamente a empresas y negocios británicos a comienzos del siglo. Esta propensión anglófila del gobierno del General Díaz no disminuyó la presión o la influencia yanqui; sólo logró enfurecer a los arrogantes imperialistas de la Casa Blanca y de Wall Street que poseían intereses en México. La última década de Porfirio transcurrió bajo la constante amenaza yanqui de intervenir militarmente, combinada con una intensa actividad conspirativa de su diplomacia para derribar al régimen.¹

A los 85 años de edad, el General Díaz no daba signos de cansancio, después de 30 años de gobierno. Sus minis-

¹ La evolución de Porfirio Díaz, desde sus iniciales épocas de enfrentamiento con los Estados Unidos hasta su desconfiada amistad con los peligrosos vecinos, está detalladamente narrada por Daniel Cosío Villegas en *Estados Unidos contra Porfirio Díaz*, Ed. Hermes, México, 1956. Un punto de vista diferente, pero igualmente sugestivo se encuentra en "*Breve Historia de México*", de José Vasconcelos, Madrid, 1952.

tros frisaban casi todos los 80 años; admiraba su lozanía. Pero el régimen estaba tan putrefacto que bastó al parecer un libro escrito por un estanciero liberal, Don Francisco Madero, en el que se oponía a la reelección de Díaz, para que comenzase una oleada de actividad política que culminó con la caída del gobierno.

No fue, sin embargo, la publicación de libro alguno lo que arrastró al abismo al gobierno vacilante del General Díaz, sino los estallidos ininterrumpidos de la revolución agraria. Partidas de guerrilleros habían aparecido en numerosos Estados. Los campesinos se hacían soldados irregulares, quemaban las haciendas y mataban a los latifundistas y a sus administradores. Los nombres de Zapata en el Sur y de Villa en el Norte se hacen tan populares que corren en las canciones y músicas populares. Todo el sistema cruje en sus cimientos.

Con la revolución de 1910, que eleva a Madero a la presidencia¹ irrumpen a la vida mexicana jefes nuevos y militares del viejo orden que se disputan el poder. Asesinado Madero bajo la instigación del embajador de Estados Unidos, Henry Lane Wilson, las principales figuras de la revolución serán el General Venustiano Carranza, el viejo y cazarro hacendado sobreviviente del porfirismo, intérprete de la burguesía nacional; Pancho Villa, jefe de los guerrilleros del Norte; Alvaro Obregón, extraño caso de un moderado que al subir al poder se inclina hacia la izquierda: con él comienza el reparto de tierra; Emiliano Zapata, el caudillo de los campesinos pobres del Sur, la figura más pura e intrépida de la Revolución; el general Pablo González, viscoso traidor y prevaricador, ávido de poder, que organiza el asesinato de Zapata; en fin, en la década del 30, el General Lázaro Cárdenas, antiguo soldado, en cuyo gobierno revive la revolución y que logra al

¹ Francisco Madero pertenecía a una de las diez familias más acaudaladas de México. En 1910 la fortuna familiar ascendía a 30 millones de pesos. Sus tierras alcanzaban a 699.321 hectáreas, en las que se encontraban yacimientos de petróleo. Asimismo era propietario de empresas metalúrgicas, minas de cobre, fábricas textiles, destilerías, cervecerías y hasta un Banco en Monterrey. V. Alperovich y Rudenko, *op. cit.*, p. 64.

fin satisfacer el hambre de tierra del campesinado, a 130 años de la Independencia.

Pero el verdadero protagonista de la Revolución mexicana es el campesinado mestizo en armas, que ocupa toda la escena histórica y despliega por primera vez en el siglo XX sus inmensas reservas de heroísmo. Con la revolución mexicana aparece la democracia política en México, se desenvuelve una gran literatura y surge una gran pintura muralista que hunde sus raíces en el pasado indígena del país. También México muestra un nuevo camino: las victorias y derrotas de su revolución se convierten en la principal fuente de enseñanzas para la generación que en América Latina entra a la lucha alrededor de 1920.

1. La ausencia de acumulación de capital en América Latina.

La guerra imperialista de 1914 pone fin al largo siglo del apogeo europeo que se inicia en el Congreso de Viena. En un sentido más vasto, con la primera crisis bélica del imperialismo en escala mundial concluye la "progresividad histórica" global de la burguesía que había conquistado el poder político a fines del siglo XVIII. Que no formulamos una apreciación académica lo probará tres años después el triunfo de la revolución rusa, al elevar al poder por primera vez en la historia de la humanidad a la clase obrera. Pero si la burguesía europea había terminado de construir en el siglo XIX sus grandes Estados nacionales, el desarrollo histórico desigual y las necesidades del capitalismo en expansión condujeron en América Latina a la fragmentación de la Nación latinoamericana y al establecimiento de 20 Estados.

El Nuevo Mundo alimentó con sus metales preciosos, los productos de su suelo y la sangre de sus indígenas la acumulación primitiva del capital europeo, que a su vez impidió necesariamente la formación de un capital nacio-

nal en las viejas colonias hispano-portuguesas.¹ La formación histórica de oligarquías exportadoras y de pequeños núcleos de capital comercial portuario vinculados a las grandes metrópolis industriales del mundo, obstaculizó en América Latina el mismo desarrollo capitalista que se verificaba en Europa.

La penetración imperialista extranjera, al mismo tiempo, se enlazó con la perpetuación del atraso agrario. Se forjó así una sólida alianza entre las potencias ultra civilizadas y cultas del mundo moderno con las oligarquías más parasitarias de las semicolonias. Tecnología en Europa y primitivismo agrario en América Latina se revelaba la fórmula dual del papel desempeñado por el imperialismo.

La unilateralidad de las economías exportadoras se expresaba jurídica y políticamente en la existencia de 20 Estados ridículos, objeto de las burlas arrogantes de la sociedad europea y sus escribas. Si el capitalismo europeo sólo había podido vencer el particularismo feudal y conquistar su mercado interno con el establecimiento del Estado Nacional, cuyos límites territoriales estaban marcados por la influencia de la lengua, en América Latina el idioma, el territorio, la tradición popular, la unidad religiosa, la psicología común, los análogos orígenes, sólo habían servido para volver más asombrosa su balcanización, más trágica la deformación cultural, más escandaloso su miserable destino histórico.

La nación latinoamericana había sido vencida por las armas y sus partes enfrentadas entre sí; Estados Unidos o Inglaterra le habían arrebatado territorios inmensos (México y Belice); había visto crear nuevas "soberanías"

¹ Las grandes fortunas acumuladas por criollos, civiles o eclesiásticas, no pueden ser clasificadas como "capital nacional" en el sentido reproductivo y dinámico de la expresión. Su reinversión revestía un carácter suntuario, usurario y litúrgico, que se agotaba en sí mismo. Véase el ejemplo de Ouro Preto en Brasil, de Potosí en Bolivia o de Lima en Perú. Ni la plata del Potosí, ni el oro de Ouro Preto impulsaron a extraer mineral de hierro y construir una siderurgia. Pero las tres espléndidas ciudades quedaron como museos de un auge desaparecido.

en sus grandes Estados (Panamá); había experimentado guerras fratricidas y suicidas: la guerra chilena contra la Confederación Peruano-Boliviana, el genocidio de la Triple Alianza contra el Paraguay; finalmente, se había esblecido en sus sistemas educativos la idea absoluta de un destino "nacional" particular. Este proceso fue coincidente con el gigantesco despliegue de las fuerzas productivas del capitalismo mundial y con el disfrute del más alto nivel de vida que había conocido la historia de Europa. En 1914 las miradas del mundo confluían hacia la contemplación maravillada de ese pequeño apéndice territorial del Asia llamado Europa, polo magnético de la riqueza, el poder y el espíritu.

2. Unilateralidad de la producción.

Los 20 Estados de América Latina mantenían con Europa y Estados Unidos relaciones económicas estrechas mucho mayores que entre sí. Había nacido el modelo notable de una economía extravertida, separada en dos decenas de canales por los que se derramaban y absorbían los frutos de un intercambio único e incommunicable. El Atlántico y el Pacífico habían llegado a ser el "campo marítimo de la historia", pero de una historia en la que los latinoamericanos desempeñábanse como objetos pasivos de un poder dominante tan ajeno como hostil a su desenvolvimiento. Al aislamiento económico y cultural de los Estados latinoamericanos entre sí, correspondía una vinculación estrecha entre cada uno de ellos y la metrópoli respectiva, Gran Bretaña o Estados Unidos, o ambas.

Alrededor de uno o dos productos exportables giraba toda la existencia social y política de cada uno de dichos Estados. Cereales y carnes en la Australia sudamericana (Uruguay y Argentina), café en el Brasil, cobre de Chile, tabaco del Paraguay, estaño de Bolivia, algodón y petróleo del Perú, cacao del Ecuador, café de Colombia, petróleo y café de Venezuela, frutas tropicales de Centroamérica, minerales de México. Toda tentativa de promover una política de industrialización independiente estaba ex-

cluida; en la política interna de cada Estado la oligarquía comercial, agraria o minera asociada al capital extranjero dominaba la política local, el control de la tarifa aduanera y la selección de las importaciones.

En las Universidades, desde los primeros años de la emancipación de España, reinaban las doctrinas librecambistas de Adam Smith. Generaciones de abogados y juristas latinoamericanos habían agobiado las bibliotecas con sus estudios estériles sobre el federalismo norteamericano, que se remedaba hasta el agotamiento como forma jurídica del separatismo en América Latina y argumento infalible para la constitución de "Estados blandos". Estos mismos juristas, sin embargo, ignoraban las ideas económicas de Alejandro Hamilton, el amigo de Washington, que desde el comienzo de la historia moderna de Estados Unidos había expuesto el programa del proteccionismo industrial más tajante.¹ Ni Hamilton, ni Federico List fueron los maestros de economía política de estos supuestos Estados liberales, sino Adam Smith y Cobden.

Los teóricos del librecambismo inglés, aparecían en la escena justamente en el momento en que Gran Bretaña obtenía los frutos de su proteccionismo secular. Gracias a él se encontraba en condiciones de librar una competencia despiadada con aquellos países que aún no habían iniciado su revolución industrial. Pero la política económica que Inglaterra no logró imponer a sus colonias emancipadas, fue exactamente la que adoptaron las antiguas colonias de España.

3. De la imitación a la revolución.

La venta de ferreterías de Sheffield y de libros de Adam Smith eran dos rubros indisociables en la exportación inglesa hacia América Latina. El Imperio británico abastecía los mercados, las costumbres y las ideas de las aristocracias terratenientes latinoamericanas, que a su vez

¹ Cfr. Charles A. Beard, *Una interpretación económica de la Constitución de los Estados Unidos*, p. 100, Ed. Arayú, 1953, Buenos Aires.

imponían a sus pequeñas burguesías el estilo intelectual procedente de Europa. El atraso económico y cultural de las grandes masas sin historia las preservaba de esta deformación. Esta era la única ventaja dramática de su marginalización y la postrera reserva del nacionalismo latinoamericano.

En la Argentina, los hombres de la "gente decente" encargaban los trajes a sus sastres de Londres, que ya tenían las medidas. En Río y en Pernambuco, la clase dirigente usaba tejidos ingleses de abrigo, confeccionados para el duro clima de la Europa nórdica. Los caballeros usaban el cuello de "croisé" y disertaban, ahogados en el trópico, bajo el infierno de tejidos legítimos fabricados para otros climas. *"Una familia rica se distinguía por el grosor del tejido que usaba. Cuanto más gruesos, encorpados y compactos eran los tejidos, mejor era la familia. ¡Y todo el mundo sentía frío!"*¹

Esta sociedad imitativa, que había olvidado la historia común y esperaba con impaciencia las noticias europeas, sufre una conmoción con el estallido de la guerra mundial. En 1914 desaparecía un mundo pacífico y estable. Las colonias y semicolonias son incorporadas a la historia mundial. Los hindúes aprenden a manejar las armas. Las potencias aflojan sus tentáculos sobre el cuello de los continentes sometidos y América Latina despierta de un largo sueño. El librecomercio es aniquilado por el bloqueo marítimo; se insinúan las formas de una incipiente industrialización. Los antiguos peones de estancias, fundos o chacras derivan hacia las nuevas fábricas. De la Revolución Rusa en 1917 se desprende una fuerza electrizante: las masas explotadas del mundo entero vuelven su cabeza hacia la Rusia en armas. La pequeña burguesía latinoamericana se siente partícipe de la historia y las Universidades esclerosadas por las oligarquías académicas se convierten en foros de una nueva oleada revolucionaria. La ferocidad sangrienta del imperialismo mundial aparece

¹ Gilberto Amado, cit. por Paulo R. Schilling, *ob. cit.* p. 85.

ante los ojos de las masas populares latinoamericanas sin disfraz.

El repugnante contraste entre la fraseología "democrática" y "civilizadora" de los Imperios y su furia homicida queda al desnudo, salvo para las minorías de la inteligencia cipaya que aclaman al bando de la "cultura". En la Argentina irrumpe un gran movimiento nacional y popular encabezado por el caudillo Hipólito Yrigoyen, que representa a las clases medias, artesanas, obreras y rurales en lucha contra la vieja oligarquía terrateniente, y que pretende una democratización del régimen político y la renta agraria.

4. La Reforma Universitaria en 1918.

La consecuencia intelectual de ese movimiento "nacional"¹ es la Reforma Universitaria de 1918. Esta revolución estudiantil se manifiesta en Córdoba y es sostenida por el gobierno de Yrigoyen, que facilita su triunfo. Pero era mucho más que una tormenta política de los estudiantes argentinos, pues su expansión sobrepasa las fronteras de la Argentina y se propaga hacia toda América Latina. Dejando a un lado la retórica de sus textos, la Reforma Universitaria expresa directamente la incorporación de la pequeña burguesía latinoamericana a la vida política del continente; y arrastrará, como era inevitable, todas sus ilusiones. Pero su vacilación y perplejidad no eran sino el reflejo ideológico de la inarticulada sociedad latinoamericana, donde la única expresión social concentrada podía en esa época encontrarse en la Universidad.

En una sociedad globalmente subordinada, con un reducido y disperso proletariado y una burguesía nacional in-

¹ La palabra "nacional" es empleada aquí en su forzoso sentido práctico y provisional. Sólo lo latinoamericano es "nacional" y si llamamos "nacionales" a los movimientos populares y revolucionarios de Bolivia, Perú, Argentina, etc., es exclusivamente para indicar la participación de clases diferentes en su seno. Estos movimientos son realmente "estadales" y por lo demás sólo podrán alcanzar sus objetivos de liberación en el marco de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

significante, el único sector importante y políticamente activo de las semi-colonias latinoamericanas era el estudiantado universitario. A su conciencia confluyeron la revolución agraria mexicana, la catástrofe de la guerra imperialista, el triunfo de la revolución rusa, la indignación generalizada del pueblo ante la barbarie agraria y la degradación nacional. La Reforma de 1918 fue la réplica cultural de las nuevas clases sociales ante la fragmentación histórica de América Latina, que había relegado a nuestros pueblos a la más completa impotencia.

Cuando los ecos de las luchas bolivarianas parecían extinguidos y los escritores habían enmudecido, aflora con enorme fuerza la tradición sepultada: la Reforma es latinoamericana, popular, nacionalista y socializante. Por primera vez en muchas décadas América Latina se unifica en el campo del "espíritu": aparece un movimiento que se reconoce hermano en 20 Estados y proclama la emancipación de América Latina.

El movimiento yrigoyenista que lo había protegido, había nacido por lo demás, de las entrañas de la sociedad argentina. Reunía bajo sus banderas democráticas a los vástagos de la vieja guerra civil tanto como de las corrientes inmigratorias asentadas en el Litoral agrario de la Argentina. La vieja comunidad hispanoamericana vivía como una forma superestructural en Yrigoyen: sus simpatías hacia el Paraguay mártir, la Banda Oriental, Chile y en general hacia toda Latinoamérica se manifiestan en su política práctica: ferrocarril estatal hacia Chile, condonación de deudas al Paraguay, convocatoria de un Congreso de países neutrales, saludo a la bandera dominicana en la isla ocupada por Estados Unidos. Ese era su límite.¹

De esa conmoción latinoamericana brota el más importante movimiento político y teórico de la época: el Aprismo peruano. Víctor Raúl Haya de la Torre, formula un pro-

¹ V. estudio detallado del radicalismo de Yrigoyen en Ramos, *Revolución y Contrarrevolución en la Argentina, Historia de la Argentina en el siglo XIX*, Tomo II, ps. 54 y ss., Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1966.

grama de unidad latinoamericana.¹ Recoge la herencia bolivariana, examina de nuevo la sociedad de América Latina, funda un partido con secciones en varios Estados latinoamericanos y hasta pretende formular una nueva filosofía, una versión sincrética de Marx y Einstein.

No juzgaremos a Haya de la Torre por este rasgo de "provincialismo" teorizante, ni condenaremos al aprista de 1930 sólo por la capitulación del Haya de la Torre actual. La importancia histórica del aprismo en las ideas políticas latinoamericanas debe ser examinada con ecuanimidad, en otras palabras, sometida al análisis marxista.

5. La significación del aprismo.

En cierto sentido, el aprismo de la primera etapa es el primer movimiento político de este siglo al que es preciso considerar como genuinamente "nacional" en el sentido latinoamericano de la palabra. Sus dos rasgos fundamentales, según Haya de la Torre, eran, por un lado, la tentativa de romper con el "colonialismo mental" de Europa y por el otro, el de constituir un frente único de "trabajadores intelectuales y manuales" para luchar por la confederación "indoamericana", la justicia económica y la libertad.²

De estas enunciaciones se desprendía naturalmente el carácter pequeño-burgués del aprismo. El partido político que se proponía cumplir tales tareas, era un "frente de trabajadores intelectuales y manuales", lo que era equivalente a disolver el carácter de clase del partido en una alianza de clases. Esta abstracción social es característica de la pequeña burguesía, un rasgo claro de su resistencia a definir su verdadera naturaleza de clase y, al mismo tiempo, una demostración del amorfismo social de la época, manifestado en el escaso peso de la clase obrera en la sociedad peruana. El aprismo proclamaba la fundación de

¹ La influencia del pensamiento de Manuel Ugarte sobre Haya de la Torre y el aprismo ha sido expresamente reconocida por éste. V. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, p. 45, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1956.

² *Ibid.*, p. 15.

una "*doctrina íntegra deveras nueva*". Rechazaba a Marx, aunque utilizaba algunas de sus categorías, recusaba a Lenin, aunque se apropiaba de elementos de sus análisis sobre el imperialismo, condenaba al liberalismo, aunque se cuidaba de aclarar que la lucha por la justicia social era "sin menoscabo de la libertad". Semejante autodidactismo doctrinario era más ingenuo que presuntuoso. Se fundaba ante todo en el propio atraso cultural del Perú y en la arrogancia juvenil del Reformismo Universitario pequeño-burgués.

6. Oligarquía y clase media.

Haya de la Torre procedía de una familia tradicional venida a menos de Trujillo, una ciudad segundona del Perú, de vieja raigambre española. Formaba parte en tal carácter del patriciado empobrecido y desdeñado por la orgullosa Lima. De este desclasamiento derivó hacia la condición de "estudiante pobre" de traje raído e ingresó a la pequeña burguesía universitaria de la capital. Su personalidad, como la de toda su generación, se formó bajo la influencia de grandes acontecimientos: la primera guerra mundial, la revolución agraria mexicana, la Revolución Rusa, el desembarco norteamericano en Veracruz, la Reforma Universitaria de 1918.

Pero estas conmociones asumían en América Latina una manifestación muy clara: la pequeña burguesía latinoamericana se desplazaba hacia el poder en lucha contra la arcaica estructura oligárquica. Estas clases medias —urbanas y agrarias— se habían formado a partir de 1880: eran el fruto directo de la vinculación de América Latina al mercado mundial como abastecedora de materias primas. Hacia 1914 ese proceso había dado cuanto podía dar de sí al crecimiento de las fuerzas productivas ligadas al comercio exportador.

La creación o modernización de los puertos, el tendido de líneas férreas y telegráficas, el comercio de importación y exportación, los bufetes jurídicos de las grandes

empresas, el pequeño comercio nacido de ese intercambio, algunas industrias livianas de transformación de productos agrarios que el imperialismo no estaba en condiciones económicas de satisfacer en las semicolonias, los talleres de mantenimiento del sistema de transportes dirigido a los puertos, los caminos construidos hacia la costa, una burocracia del anémico Estado balcanizado que se alimentaba de los ingresos fiscales producidos por el sistema, los ejércitos minúsculos, un magisterio hambriento que dependía de ese Estado, habían generado vastos sectores de clase media dividida en diversos estratos de importancia económica y social, aunque igualados por la miseria general.¹

Esa pequeña burguesía latinoamericana engendrada por el crecimiento agrario-exportador se rebeló políticamente contra el sistema. Constituyó la base heterogénea y vital de nuevos movimientos nacionales: el yrigoyenismo en la Argentina, el populismo de Alessandri en Chile, el aprismo peruano.

7. Polémica entre Mella y Haya de la Torre.

El sistema de ideas del aprismo peruano fue formulado entre 1924 y 1930. Su período de formación transcurrió pues entre la Reforma Universitaria de 1918 y la crisis mundial de 1929. Puede afirmarse categóricamente que su programa fue la más alta expresión política y teórica de la pequeña burguesía latinoamericana y al mismo tiempo la clave de su histórica limitación.

En la esencia de la teoría del aprismo sobre la naturaleza del imperialismo se encontraba "ab ovo" su poste-

¹ Nos referimos a las grandes líneas del desenvolvimiento latinoamericano, a la tendencia general, sin perder de vista que América Latina es una especie de *Frankenstein* histórico-social, cada uno de cuyos pedazos ha pretendido un desarrollo propio y arrastra consigo una monstruosidad particular. La ley del desarrollo combinado permite en Perú la existencia del arte moderno, el uso de la televisión y la fabricación de tejidos mientras a 500 kilómetros de la costa peruana la historia desciende bruscamente un milenio o más hasta la comunidad primitiva, la tribu selvática y la edad de bronce.

rior capitulación, y hasta el germen de la argumentación contemporánea de las burguesías nacionales latinoamericanas sobre el "desarrollo" económico con la ayuda del capital extranjero. Haya de la Torre expuso con total claridad este punto de vista en su polémica con Julio Antonio Mella, el comunista cubano asesinado por el dictador Machado a fines de 1929. Enfrentados en el Congreso Antiimperialista de Bruselas de ese mismo año, Mella escribió un folleto publicado en México en 1928 titulado "¿Qué es el APRA?".¹

La respuesta de Haya de la Torre al folleto en cuestión resultó su libro más representativo: "El Antiimperialismo y el APRA".² Por sus aspectos positivos y negativos se trata de un libro fundamental. Mella acababa de regresar de Moscú y estaba deslumbrado por las conquistas revolucionarias y la personalidad de sus dirigentes. En su trabajo el militante cubano anticipa varios de los puntos de vista que serán patrimonio común en los próximos cuarenta años entre el stalinismo latinoamericano y sus derivados de la izquierda cipaya. Así, al comentar la frase aprista "Nuestro programa económico es nacionalista", Mella afirmaba: "¡También los fascistas son nacionalistas!"³; de allí podía inferirse su incompreensión de la clasificación leninista entre naciones opresoras y naciones oprimidas o, en otras palabras, entre el histórico antagonismo del imperialismo con los países coloniales que generan formas políticas antagónicas, sean estas democráticas, nacionalistas y aun "marxistas".

Mella agregaba que los revolucionarios rusos "socializaron inmediatamente la tierra".⁴ Era un error frecuente en la época. El gobierno bolchevique realizó una reforma agraria de tipo burgués, distribuyendo la tierra en pro-

¹ Julio Antonio Mella, *Ensayos revolucionarios*, Ed. Popular de Cuba y del Caribe, La Habana, 1960.

² Víctor Raúl Haya de la Torre, *El Antiimperialismo y el APRA*, Ed. Ercilla, Santiago de Chile, 1936.

³ Mella, *ob. cit.*, p. 7.

⁴ *Ibid.*, p. 13.

piedad individual a los campesinos.¹ Al mencionar con ironía la palabra *nacionalización* empleada por el APRA, Mella escribe "qué se está hablando con el lenguaje de todos los reformistas y embaucadores de la clase obrera... En Alemania, en Francia y en los Estados Unidos hay industrias nacionalizadas. Sin embargo, no se puede afirmar que Coolidge o Hindenburg sean marxistas".² Los viejos ejemplos se vuelven modernos a causa de los actuales verbalistas de la izquierda abstracta en América Latina.

8. Nacionalismo y socialismo.

Nada más erróneo que identificar las nacionalizaciones en un país imperialista con las de un país semicolonial. De este modo, la nacionalización del petróleo mexicano por Cárdenas tendría el mismo significado imperialista de la realizada en Francia en la industria automovilística en 1946. Esta última obedecía al déficit de esa industria, salvado por el Estado imperialista mediante una generosa indemnización. Pero los propietarios "nacionalizados" en Francia eran franceses, no extranjeros, y la Francia burguesa nada tenía que temer de ellos. La nacionalización en México, por el contrario, era un acto defensivo de un país revolucionario ante los capitales extranjeros.³ "Para hablar concretamente, escribía Mella, *liberación nacional ab-*

¹ León Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo II, p. 389, Ed. Tilcara, Buenos Aires, 1962.

² Mella, *ob. cit.*, p. 13.

³ "El México semi-colonial lucha por su independencia nacional, política y económica. Tal es, en el estado "actual" el contenido fundamental de la revolución mexicana. Los magnates del petróleo no son capitalistas de filas, simples burgueses. Poseen las más importantes riquezas naturales de un país extranjero, se apoyan sobre sus millares de millones y sobre el sostén militar y diplomático de sus metrópolis y se esfuerzan por establecer en el país sojuzgado un régimen de feudalismo imperialista, procurando subordinarse la legislación, la justicia y la administración. En estas condiciones, la expropiación es el único medio serio de salvaguardar la independencia nacional y las condiciones elementales de la democracia": León Trotsky, en *Por los Estados Socialistas de América Latina*, p. 21, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

soluta, sólo la obtendrá el proletariado, y será por medio de la revolución obrera".¹

Después de pasar por alto las tareas de la unidad nacional de América Latina, principal factor para la liberación latinoamericana del imperialismo, el militante cubano resumía la estrategia revolucionaria en la fórmula lapidaria de: "*revolución obrera*". De haber obrado así, ni Lenin hubiera tomado el poder en la Rusia atrasada, ni lo hubiera hecho Mao-Tse-Tung en la China colonial, ni Fidel Castro habría triunfado en la Cuba semicolonial.

Precisamente a causa del atraso histórico de nuestros Estados, del estrangulamiento de su desarrollo industrial por obra de la oligarquía agraria y del imperialismo extranjero, el peso específico de la clase obrera latinoamericana es mucho menor que el de las clases sociales no proletarias en el interior de cada Estado.² La gran mayoría de la población latinoamericana está vinculada al campo y a los sectores de servicios, burocráticos o de transportes. En este cuadro, la clase obrera no puede resolver por sí misma el triunfo de la revolución, a menos que establezca una alianza con las restantes clases oprimidas. Debe asumir en su programa no sólo sus reivindicaciones socialistas de clase, sino también las aspiraciones democráticas y nacionales de las clases restantes. En esta perspectiva, la clase obrera y su partido pueden encabezar a las grandes mayorías nacionales en la lucha contra el imperialismo.

Pero esta conducción proletaria del proceso nacional contra el imperialismo no le conferirá a esa revolución un carácter "socialista". Facilitará por una parte el triunfo revolucionario y permitirá a la clase obrera orientar esa

¹ Mella, *ob. cit.*, p. 24.

² Estas observaciones, válidas para la situación latinoamericana de 1930, no han perdido su fuerza en 1967, cuando el desarrollo industrial de América Latina ha dejado inalterado el diagnóstico anterior en virtud del vertiginoso crecimiento demográfico de la población, sobre todo en el sector agrario. Es importante puntualizar, sin embargo, que en la Argentina, Chile y Uruguay, por ejemplo, el eje de la revolución no se encuentra en el campo, sino en las ciudades. Para referirnos tan sólo al área del Plata, toda la pampa húmeda es típicamente capitalista y los "campesinos" son las columnas más sólidas del orden oligárquico-burgués.

lucha desde el poder para planificar en un sentido socialista los recursos del país y preparar las condiciones de la "acumulación socialista primitiva". No otra cosa realizó Mao-Tsé-Tung en China, para tomar un ejemplo demostrativo. Eso se traduce en la conocida fórmula "*la revolución permanente*".¹ La "socialización" lisa y llana de la economía de un país atrasado sólo podría conducir a la "socialización del atraso" o de la miseria, según la expresión de Marx.

9. Imperialismo y capitalismo.

La burguesía en los países atrasados no ha podido cumplir el mismo rol que permitió triunfar al capitalismo en los países del Occidente imperialista después de siglos de evolución de las fuerzas productivas. El triunfo revolucionario en un país atrasado recoge la herencia técnica que corresponde exactamente al grado de rezagamiento histórico del país.

El poder revolucionario debe crear las condiciones del crecimiento de las fuerzas productivas de la industria moderna, pero ya no mediante las vías del capitalismo clásico; sino por medio de la planificación estatal de todos los

¹ La relación continua e interdependiente de las tareas democráticas y socialistas de la revolución en los países atrasados constituye el meollo de la teoría de la "revolución permanente". En otras palabras, no existe ni puede existir un abismo entre la revolución democrática y la revolución socialista sino que para consolidar la primera se impondrá necesariamente impulsar la segunda y efectuar cortes profundos en el derecho de propiedad burgués. A este respecto Lenin respondía a Kautsky: "*Sí, nuestra revolución es burguesa mientras marchamos con los campesinos como un todo. Teníamos conciencia clarísima de esto, desde 1905 lo dijimos cientos y miles de veces; nunca intentamos saltarnos ni abolir con decretos esta etapa necesaria del desarrollo histórico... después, del brazo del campesinado pobre, del brazo del semi-proletariado, del brazo de todos los explotados, contra el capitalismo, incluyendo a los ricachos del campo, los kulacks, los especuladores, y en este sentido, la revolución se convierte en socialista. Querer levantar una muralla china artificial entre ambas revoluciones... es la mayor tergiversación del marxismo...*", Obras completas, Tomo XXVIII, p. 296, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960. V. asimismo Trotsky, *La revolución permanente*, T. II, Cap. V, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1963.

recursos y la creación del "capital socialista" para ese fin.

En su folleto contra el APRA añadía Mella: "*Un buen país burgués con un gobierno estable, es lo que los Estados Unidos quieren en cada nación de América, un régimen donde las burguesías nacionales sean accionistas menores de las grandes compañías.*"¹ A menos que las palabras pierdan todo su significado, es preciso convenir que el lenguaje de Mella padecía de la peligrosa imprecisión a que estamos tan habituados cuatro décadas más tarde por el "izquierdismo" latinoamericano.

Obsérvenos que Mella incurría en el error de considerar a los Estados latinoamericanos como "naciones" y que se refería a la América Latina como "América" a secas. Estas ambigüedades semánticas conducían a revolucionarios tan sinceros y heroicos como Mella a ratificar implícitamente la balcanización imperialista. Pero por añadidura, Mella atribuía al imperialismo un deseo de ver surgir en América Latina "*buenos países burgueses con gobiernos estables*".

Esto es fundamentalmente falso. "*Un país burgués*" supone, por definición, un país capitalista. Ahora bien, el imperialismo, sea inglés o yanqui, no sólo no desea este tipo de régimen social y político en América Latina, sino que ha luchado contra ellos cada vez que algún movimiento o caudillo latinoamericano ha dado pasos en esa dirección. El imperialismo se opone al desarrollo del capitalismo nacional. Toda la historia latinoamericana lo demuestra hasta nuestros días. Recordemos que el general Perón, representante de los nuevos intereses capitalistas nacionales de la Argentina y en modo alguno político "comunista", ha sido derribado en 1955, del mismo modo que el estanciero nacionalista Vargas se ha visto empujado al suicidio un año antes bajo la intolerable presión imperialista. Estos son hechos y todo lo demás, "fraseología revolucionaria", el vicio que más indignaba a Lenin en su tiempo.

Lo que el imperialismo ha sostenido en América Latina, es el tipo de gobierno oligárquico-liberal-parlamen-

¹ Mella, *ob. cit.*, p. 23.

tario, expresión clásica de la dependencia semicolonial de América Latina. Esos gobiernos de exportadores, abogados, comerciantes y terratenientes son la forma óptima hasta hoy de la política imperialista. Bajo ciertas condiciones, asimismo, tolera o apoya gobiernos de sátrapas criollos del género de Batista o Trujillo; pero llegan a volverse tan insoportables que hasta el propio imperialismo facilita su eliminación. La diferencia entre "oligarquía" y "burguesía", expresiones de dos economías y de dos políticas por lo general antagónicas se revela indispensable para comprender y actuar en la revolución latinoamericana. Del grado de "progresividad" o "negatividad" de las burguesías nacionales, hablaremos más adelante.

10. "Clasismo abstracto y pluriclasismo abstracto".

La respuesta de Haya de la Torre al folleto de Mella permitirá no solamente comprender las posiciones del aprismo, sino también descifrar la íntima vulnerabilidad teórica de este movimiento, que lo conducirá más tarde a una completa capitulación política ante el imperialismo.

Haya de la Torre replicaba a Mella con toda corrección que América Latina era una Nación balcanizada; que el proletariado latinoamericano era numéricamente insignificante; que, en consecuencia, se imponía un "Frente de trabajadores manuales e intelectuales" para librar la lucha contra el imperialismo. Pero entre el "clasismo abstracto" de Mella y el "pluriclasismo" no menos abstracto de Haya de la Torre, no había lugar para una verdadera política nacional de la clase obrera latinoamericana. Por muy débil que fuera, como lo sigue siendo en la actualidad, salvo en algunos pocos Estados, en la ideología y la acción de la clase obrera debía encontrarse al *caudillo* de la Nación latinoamericana, a su destacamento de vanguardia y a su cabeza política.

Si Mella ignoraba el carácter democrático y nacional de la revolución latinoamericana, determinada por la cuestión agraria y nacional no resueltas, en mérito de una utópica "revolución obrera", Haya de la Torre incurría en el

error inverso: el de disolver en el "Frente de clases" a la clase dirigente de la revolución y a su programa. En este último caso, era inevitable que el "Frente de clases", como se llamaba a sí mismo el APRA, adoptara la ideología burguesa o pequeño-burguesa de la lucha antiimperialista, ya que toda lucha política se imbuye de un contenido social, que evidencia el carácter de clase de su dirección. Mella renunciaba a la dirección de la revolución nacional de América Latina, al aislar al reducido proletariado latinoamericano de sus inmensos aliados: la pequeña burguesía urbana y el campesinado. Haya de la Torre sometía entonces a estas fuerzas gigantes a su dirección pequeño burguesa y dejaba la perspectiva socialista de la revolución para "la hora del ensueño". *"El APRA sostiene que antes de la revolución socialista que llevaría al poder al proletariado —clase en formación en Indoamérica—, nuestros pueblos deben pasar por períodos previos de transformación económica y política y quizás por una revolución social —no socialista— que realice la emancipación nacional contra el yugo imperialista y la unificación económica y político indoamericana. La revolución proletaria, socialista, vendrá después... pero eso ocurrirá mucho más tarde"*.¹

El militante comunista Mella exigía la revolución socialista e ignoraba las tareas democráticas de la revolución en una nación atrasada y dividida; el aprista Haya de la Torre proponía la revolución democrática y postergaba la revolución socialista para un indeterminado futuro.

Ambos incurrían en un profundo error, pues la realidad latinoamericana se componía de atraso y progreso íntimamente ligados; de industria y barbarie agraria, de indígenas no incorporados a la lengua española ni a la producción mercantil y de la última palabra de la tecnología occidental. Esto significaba, traducido al lenguaje de la revolución, que América Latina debía realizar las tareas burguesas y democráticas no verificadas (unidad nacional, reparto de tierra a los campesinos, liquidación de la Edad de Bronce, del Medioevo, etc.) al mismo tiempo

¹ Haya de la Torre, *ob cit.*, p. 122.

que controlar la producción capitalista en las ciudades (empresas imperialistas) mediante la expropiación u otras formas idóneas socialistas o próximas al socialismo.

Nacionalismo y socialismo no brotaban en América Latina de la cabeza de ningún teórico, sino de la estructura económica y social misma. Como en todos los países atrasados, América Latina debía reunir en un mismo proceso la Revolución Francesa del siglo XVIII y la Revolución Rusa del siglo XX.

Pero para poder realizar la revolución democrática y nacional en América Latina, la historia exigía que el movimiento fuese conducido por el proletariado, por la ideología del proletariado, por los métodos del proletariado. Esto nos lleva directamente al carácter de la revolución latinoamericana.

11. Balcanización y desarrollo combinado.

El imperialismo había encontrado en las oligarquías terratenientes y en las burguesías comerciales de América Latina a sus aliados internos. Había balcanizado la nación, había sometido su economía a una monstruosa deformación unilateral; había roto todos los lazos de interrelación económica dentro de América Latina y, finalmente, había establecido 20 vasos comunicantes, únicos y separados, de relación de intercambio con su sistema mundial.

Al mismo tiempo, había profundizado las diferencias de niveles históricos entre el mundo civilizado de Europa y las sociedades incivilizadas de América Latina. La tendencia decreciente de los precios de las materias primas de exportación latinoamericana se combinaban con la tendencia creciente de los precios de artículos manufacturados procedentes del exterior. Este proceso simultáneo bajaba el nivel de vida de América Latina, amputaba sus posibilidades de capitalización interna, cerraba el camino a una industria nacional. En otro orden, el imperialismo apoyaba el atraso agrario de América Latina y sólo introducía la técnica moderna en aquellos productos exportables que

la exigían: pampa húmeda de los cereales y carnes en el Plata, minería boliviana, petróleo, azúcar en Cuba, etc.

Todo el resto de la economía latinoamericana no destinada a la exportación quedaba bajo "las manos muertas" del gamonalismo, los terratenientes, los caciques de aldea, los descendientes de esclavistas y encomenderos.

12. Focos de civilización y estepas de barbarie.

De este modo, los "focos de civilización" creados por el imperialismo en ciertas zonas de América Latina se combinaban con las formas más primitivas de vida: los antropófagos y reducidos de cabezas, la comuna agraria incaica, el trabajo semi-servil o servil, el campesino sin tierra o el ilota moderno. De este doble carácter o desarrollo combinado de la sociedad latinoamericana brotaba la naturaleza de su programa revolucionario. Debía resolver las tareas incumplidas por las generaciones anteriores, y por todo el proceso moderno de la civilización: incorporación del indio a la civilización, revolución agraria y unidad nacional.

Pero estas tareas no podían ser encabezadas por el campesinado, sino por el proletariado, es decir por el sector más moderno, dinámico y concentrado de una sociedad sometida globalmente a la parálisis semi-colonial. Dicho proletariado no estaba en condiciones de levantar su programa específico, como correspondería en Francia, Inglaterra o Estados Unidos, donde constituía la mayoría decisiva de la población. En América Latina sólo podría movilizar a las grandes masas campesinas o intermedias, dispersas y sometidas al "idiotismo" de la vida rural, para usar la expresión de Lenín, enarbolando una bandera nacional, democrática y socialista, es decir, satisfaciendo las aspiraciones no sólo proletarias sino también pequeño burguesas de esa masa de campesinos y clases medias sin tierra ni derechos.

Los aspectos "democráticos" y "nacionales" de este programa enlazaban necesariamente con los aspectos "socialistas", por las exigencias mismas de esa realidad social

mixta. Pero el hecho de que el proletariado encabezara la revolución nacional latinoamericana, no imprimiría un carácter socialista al contenido de esa revolución, que no puede estar determinado sino por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. La dirección socialista consiste en la conducción proletaria del proceso, en los métodos de la planificación social, y en la preparación del régimen económico y político orientado hacia el socialismo. Pero el *contenido social* de la revolución latinoamericana no puede sino reflejar el estado de evolución de las fuerzas productivas de América Latina. Todo lo demás pertenece a Alicia en el país de las maravillas.

13. El núcleo teórico fatal del programa aprista.

La tesis central de Haya de la Torre, en la que se advierte el germen de su quiebra ulterior, es la siguiente: el imperialismo, que es la etapa más elevada del capitalismo en Europa, es la primera etapa del capitalismo en la América Latina.¹

*"El imperialismo... implica en todos nuestros países el advenimiento de la era capitalista industrial, bajo formas características de penetración, trae consigo los fenómenos económicos y sociales que produce el capitalismo en los países donde aparece originariamente: gran concentración industrial y agrícola, el monopolio de la producción y circulación de la riqueza, la progresiva destrucción o absorción del pequeño capital, de la pequeña manufactura, de la pequeña propiedad y del pequeño comercio, y la formación de una verdadera clase proletaria industrial".*²

¹ Haya de la Torre, *ob. cit.*, p. 63. "Nosotros no somos un pueblo industrial; consiguientemente la clase proletaria del naciente industrialismo es joven... Un niño vive, un niño siente dolor, un niño protesta contra el dolor; sin embargo, un niño no está capacitado para dirigirse por sí mismo", *Treinta años de aprismo*, p. 126. Tal es el concepto paternal de Haya de la Torre con respecto al proletariado peruano y latinoamericano. Ya veremos más adelante cómo la madura pequeña burguesía peruana, al mando del jefe aprista, se dirigió a sí misma y al Perú.

² Haya de la Torre, *ob. cit.*, p. 23.

De este modo, según Haya, el imperialismo cumple en América Latina el papel histórico de la modernización capitalista típica en los países de Occidente. Para el jefe aprista, se trata de toda una etapa necesaria, que "no puede pasarse por alto".¹ En esta etapa, por consiguiente, la revolución debe crear el Estado Antiimperialista, hasta que la futura evolución social pueda crear las condiciones para la revolución socialista. Esta división en "etapas" o compartimientos estancos de la revolución burguesa y la revolución socialista era típica no de Haya de la Torre, que con cierta presunción reclamaba la "originalidad" del aprismo, sino del menchevismo ruso en 1917 y del stalinismo en la China de 1927.²

La importancia de la teoría de las "etapas" que Haya tomaba en préstamo al menchevismo ruso y al stalinismo, residía en que si la revolución burguesa era una etapa históricamente necesaria por la escasa industrialización de América Latina y la consiguiente debilidad del proletariado, el contenido social y político de esa revolución consistía en desarrollar las fuerzas productivas del capitalismo bajo la hegemonía de una burguesía nacional o de la pequeño burguesía aprista subrogante de aquélla. Por lo demás, nuestro vernáculo teórico no iría a buscar en las ruinas del Macchu Picchu la inspiración para crear su "Frente de Trabajadores Manuales e Intelectuales" según definía la estructura del APRA, sino en el Lejano Oriente, justamente en el partido de la burguesía china, el Kuo-Min-Tang de Chiang-Kai-Shek.

¹ *Ibid.*, p. 24. También en "El Antiimperialismo y el Apra", el mismo autor dice: "Para nuestros pueblos el capital inmigrado o importado, plantea la etapa inicial de su edad capitalista moderna. No se repite en Indoamérica, paso a paso, la historia económica y social de Europa. En estos países la primera forma del capitalismo moderno es la del capital extranjero imperialista" (p. 51). Haya de la Torre refuerza y aclara su pensamiento con esta frase de C. K. Hobson: "Comparadas con las de otros países, las inversiones británicas han actuado como pioneros en el descubrimiento y apertura de nuevos campos de desarrollo". Es evidente el franco carácter apologético del papel jugado por el imperialismo en América Latina y el desconocimiento del jefe aprista de la verdadera naturaleza del capital financiero.

² V. Lenin y Trotsky, *ob. cit.*

*“En un discurso pronunciado durante la cena conmemorativa de la revolución china en Londres, el 11 de octubre de 1926, hice hincapié en que «el único Frente Antimperialista del tipo que tuvo el Kuo-Ming-Tang al fundarse, es el APRA». Insisto en el paralelo, a pesar de necesarias distinciones específicas, recordando que la traducción literal de las tres palabras que dominan el poderoso organismo político chino significan en nuestra lengua Partido Popular Nacional. . . El Kuo-Ming-Tang no fue fundado como partido de clase, sino como un bloque o Frente Unido de obreros, campesinos, clases medias, organizado bajo la forma y disciplina de partido”.*¹

14. La idealización del imperialismo.

La analogía no era accidental. La burguesía nacional china, como todas las clases dominantes, aborrece la idea misma de la existencia de las clases sociales y del partido de clase. Se consideraba como la conductora natural de la sociedad china, así como el APRA, expresión pequeño burguesa del Perú, pretendía asumir idéntica representación. De ese modo, el poder de la burguesía nacional china logró arrastrar bajo sus banderas “nacionales” a las clases medias y campesinas, hasta cierto período decisivo. Pero las banderas nacionales de la lucha contra el invasor japonés y por la revolución agraria pasaron de Chiang-Kai-Shek a Mao-Tse-Tung, que asumió en nombre del proletariado los intereses generales de la nación china. Chiang-Kai Shek, el *alter ego* de Haya de la Torre, se transformó en un genearme norteamericano en la isla de Formosa.

Conviene detenernos un momento en el hecho de que “el imperialismo es la primera etapa del capitalismo” en América Latina. Haya de la Torre niega categóricamente con esta idea la concepción del imperialismo expuesta por Lenin en su célebre ensayo. Lo que es peor todavía, si el imperialismo introducé el capitalismo en América Latina, esto significa claramente que el imperialismo no ejerce el

¹ Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el Apra*, p. 68.

papel estrangulador que toda la experiencia moderna confirma, sino que en su relación con los países semi-coloniales se revelaría como el principal agente transformador de su atraso. Una fuerza capaz de introducir en la sociedad semi-colonial relaciones capitalistas de producción (no meramente plataformas civilizadas ligadas al sistema exportador) se convertiría naturalmente en una fuerza objetivamente progresiva.

Esta idea central del aprismo se aproximaba extrañamente al aforismo europeo de los tiempos de Kipling en el que se exaltaba poéticamente el papel civilizador del imperialismo en la zona tórrida. Pero los efectos del imperialismo son radicalmente diferentes a los esperados por Haya de la Torre.

En América Latina, como en el resto del mundo atrasado, el imperialismo promovió un sistema moderno de comercialización, comunicaciones, transporte y urbanización exclusivamente en los límites técnicamente necesarios para exportar el algodón, el café, el petróleo, etc., que requería el mercado mundial. Como no era económico emplear la llama incaica para transportar algodón, construyó ferrocarriles; pero sus redes no estaban concebidas para el desarrollo armónico de las fuerzas productivas del Perú, sino para vincular los centros de producción con los puertos de embarque. Era más práctico comunicarse con los gerentes petroleros mediante la telegrafía o el teléfono que por medio de chasques indígenas; los empleados administrativos nativos no eran menos indispensables que ciertas carreteras. Para realizar este tipo de trabajo se requería mano de obra local: así se proletarizaron ciertos sectores nativos, que serán luego peones, ferroviarios, electricistas, arrancados del viejo mundo agrario y transformados en agentes modernos del sistema de servicios indispensables al imperialismo para extraer al resto del país sus riquezas naturales.

Pero nada de esto significaba capitalismo, en el sentido histórico-social de la palabra, esto es, la universalización del salario, la creación de un mercado interno viviente e interrelacionado, la formación de un capital nacional

reproductivo, el equilibrio geográfico de sus líneas de transportes, una circulación mercantil completa y una dependencia mucho menor del comercio exterior. Haya de la Torre confunde las plataformas litorales de comercialización (los "focos de civilización de la costa") con un capitalismo capaz de desarrollar una estructura de producción e intercambio interior en el conjunto de la geografía económica de la América Latina. Naturalmente, estos "focos de civilización" estimulan el desarrollo de una clase media urbana; y al mismo tiempo infunden a esa pequeña burguesía todo género de ilusiones sobre esa "modernización". Haya de la Torre refleja en parte esas ilusiones.¹

15. Naciones opresoras y naciones oprimidas.

Es útil señalar que a pesar de las contribuciones teóricas del Haya de la Torre de su primera época a una mejor inteligencia de los problemas latinoamericanos, hecho que es preciso consignar categóricamente frente a la ignorancia arrogante de stalinistas y neo-izquierdistas,² el dirigente aprista permaneció siempre hostil al pensamiento leninista sobre la cuestión nacional. Esto tampoco será un azar, pues las ideas de Lenin sobre el tema dejaban al desnudo otro de los aspectos más débiles de las teorizaciones apristas.

Mientras que Lenin subrayaba categóricamente la división del mundo moderno entre naciones opresoras y na-

¹ Esa corriente de inversiones imperialistas no sólo crea en la primera etapa de expansión agraria o minera una clase media, sino también un proletariado, como dice Haya. Lo que este autor olvida mencionar, es que ese proletariado forma parte de la "aristocracia del trabajo" del país dado y que los obreros y empleados de las empresas de capital extranjero son la fuente del "amarillismo político" y del conformismo más completos.

² El desarrollismo, los cepalianos y los teóricos de la inversión extranjera como fórmula mágica del "despegue" son discípulos directos de Haya de la Torre. Por lo demás, el stalinismo y los izquierdistas abstractos de América Latina que han llegado a la revolución sin pasar por Marx ni Lenin, desconocen, como es previsible, las obras de Haya de la Torre; prefieren practicar ese "perpetuum mobile" que Goethe definía así: "No hay nada más horroroso que la ignorancia activa".

ciones oprimidas, y destacaba la diferencia de contenido histórico entre el Frente Unico proletario como consigna apta para los países imperialistas, y la del Frente Unico Antiimperialista como fórmula de movilización en los países coloniales y semicoloniales, Haya de la Torre mantenía ante esta clasificación fundamental un curioso silencio. Por el contrario, frecuentemente tendía a confundir los dos campos. Establecía así una imposible analogía entre el Frente Unico Antiimperialista propio de las condiciones semicoloniales de América Latina y los frentes que realizaban los *"partidos de izquierda en Francia, Alemania, Países Bajos y Escandinavos... donde ha sido necesaria la alianza de clases proletarias, campesinas y medias"*.¹

Es elemental señalar que en América Latina ese Frente Antiimperialista nace de la necesidad de lanzar a la lucha contra el imperialismo a todas las clases sociales amenazadas u oprimidas por él, de donde deriva la positividad de esa consigna. En el caso de los países capitalistas avanzados de Europa, esa "alianza de clases" reflejaba sobre todo la putrefacción de los partidos socialistas (y luego comunistas) y su renuncia a la revolución proletaria ahí justamente donde era preciso plantearla. Asimilar el "reformismo" europeo a la lucha antiimperialista latinoamericana indicaba en el teórico aprista la adopción de recaudos doctrinarios para su propia capitulación. Pues la subordinación de la clase obrera a la conducción burguesa o pequeño burguesa de la revolución latinoamericana debía significar, en definitiva, la renuncia a la revolución misma. El APRA es el más escandaloso ejemplo en la materia. Pero su decadencia se vincula a la declinación de la gran oleada de masas que rugía bajo la Reforma Universitaria de 1918.

16. La decadencia del aprismo.

La crisis de 1930 destruye a la generación de la Reforma, disipa las esperanzas despertadas por el triunfo del radicalismo en la Argentina, presencia la caída de la

¹ Haya de la Torre, *ob. cit.*, p. 98.

República Socialista de Chile, Sánchez Cerro atrapa el poder en el Perú, la reacción nazi triunfa en Europa y el stalinismo en la Unión Soviética. El aprismo evoluciona hacia una conciliación con el imperialismo. Al estallar la guerra de 1939 Haya de la Torre expresa teórica y políticamente su capitulación. El mismo autor que había afirmado que *"el imperialismo —primera etapa del capitalismo en Indoamérica— aporta el sistema económico transformador de un régimen feudal-comercial agro-pecuario y minero en otro ya tecnificado, de dirección industrialista"*¹ diría de Roosevelt que *"la política del Buen Vecino... es el paso más extraordinario que haya dado un gobernante de los Estados Unidos en favor de las relaciones interamericanas desde la Doctrina Monroe"*.² Como se ve, las conclusiones políticas del aprismo, llegado el momento, fluían naturalmente de sus enunciaciones teóricas.

El estallido de la segunda guerra imperialista permitió a Haya de la Torre y al aprismo completar el proceso y desembarazarse de todo su bolivarismo, su indoamericanismo y su antiimperialismo. Se recordará que análogamente hicieron los socialistas y los stalinistas del mundo: apoyar a uno de los dos bandos. Enjuiciando el carácter de la guerra, decía Haya de la Torre que *"desde el punto de vista del imperialismo, no es, como la del 14, típica colisión de imperios económicos, de rivalidades puramente mercantiles... ¿Podemos ser neutrales? Como esta guerra no es sólo económica sino política y racial, la victoria del nazismo implica la derrota de todo lo que es para nosotros vida civilizada y libertad"*.³

Se refería quizá a los millones de indios peruanos, enterrados en las comunidades o esclavizados como siervos en los grandes latifundios? El Aprismo había concluido como movimiento antiimperialista: *"El interamericanismo democrático sin imperio será la meta jurídica del Nuevo*

¹ Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, p. 150.

² *La defensa continental*, p. 134, Ed. Americana, Buenos Aires, 1940.

³ *Ibid.*, p. 87.

Mundo".¹ Ahora comenzaría la etapa del aprismo como movimiento anticomunista: "El capital está enfermo, pero el remedio comunista resulta peor que la enfermedad, y está muy lejos de garantizar al mundo un ordenamiento económico-social salvador y constructivo...".²

Finalmente, terminaría como intérprete de los terratenientes amenazados por la revolución agraria en el Perú: "¿Se puede seguir llamando abigeos a personas que matan a diestra y siniestra a sus semejantes, en este caso policías? ¿Se reclama una mayor acción del gobierno!".³ Haya de la Torre, en fin, reclamaría la paternidad de la doctrina de "la intervención colectiva" de Rodríguez Larreta, ya anticipada en el Plan Aprista de 1941. La catástrofe era total.⁴

El profeta de la unidad latinoamericana de 1924 se había convertido en 1967 en el jefe de un partido peruano comprometido con la oligarquía. Sus discípulos serán Betancourt de Venezuela, Figueres de Costa Rica y políticos del mismo corte y género. Haya de la Torre renunciaba a la lucha contra el imperialismo para sustituirla por los prodigios del "desarrollo económico".

Ya no serían los hermanos rebeldes del Inca Garcilaso de la Vega los redentores de aquel soberbio Perú, sino los sonrosados y bien nutridos burócratas de la CEPAL, con sus estadísticas, sus cocktails y sus secretarías. La unidad latinoamericana propuesta por Bolívar en la época de los terratenientes criollos fracasará una vez más en la época de la pequeña burguesía universitaria cuya más notable y trágica expresión había sido Víctor Raúl Haya de la Torre.

¹ Haya de la Torre, *La defensa continental*, p. 156.

² *Ibíd.*, *Treinta años de aprismo*, p. 183.

³ Palabras del diputado aprista peruano Nicanor Mujica en 1965, a raíz de la iniciación de las guerrillas dirigidas por el ex-dirigente aprista Luis de la Puente Uceda. Cit. por Américo Pumaruna, *Perú: revolución: insurrección: guerrillas*, p. 73, en la revista *Ruedo Ibérico*, nº 6, abril-mayo de 1966, París.

⁴ Haya de la Torre, *Treinta años de aprismo*, p. 244. Se recordará que esta "Doctrina" del famoso cipayo uruguayo predicaba la intervención militar contra la Argentina, a causa de Perón.

La crisis mundial de 1930 incubará otros movimientos nacionales en América Latina, en otro nivel y con otras perspectivas.

17. Ejército y pequeño burguesía después de 1930.

En 1930 se inaugura una época de profundas transformaciones sociales en América Latina. Por segunda vez, aunque de manera más acusada, los Estados latinoamericanos, como el resto del mundo semi-colonial, veían quebrantadas sus vinculaciones tradicionales con los centros del poder imperial, desarticulados por la crisis. La bancarrota se desplaza del centro a la periferia; pero es en las colonias donde las consecuencias serán más graves.

La inelasticidad de la producción agraria y por el contrario, la mayor facilidad de reducción productiva propia de la economía industrial, atenúa en las metrópolis la fuerza de la crisis; pero la vuelve devastadora en las colonias y semicolonias. Los ciclos agrícolas no pueden retroceder a tiempo; el hundimiento de los precios afecta gravemente una relación de intercambio fundada en casi medio siglo de evolución pacífica. Las oligarquías exportadoras se revuelven furiosamente contra el destino.

Los presupuestos fiscales que dependen de los ingresos derivados del comercio exterior se desploman. Aterrados, la pequeña burguesía vinculada al aparato del Estado, los estudiantes con el porvenir amenazado, los profesionales liberales, los maestros, los pequeños comerciantes o artesanos, y sobre todo los campesinos, que están en la base de la pirámide, asisten al descenso brusco de su nivel de vida. La eterna fronda militar se agita en una serie de golpes cíclicos, en búsqueda de los culpables visibles de la crisis.

Yrigoyen cae en la Argentina, Washington Luis en Brasil, Siles en Bolivia, Ayora en Ecuador, Arosemena en Panamá, Ibáñez en Chile, Leguía en el Perú. Las múltiples particularidades de la historia doméstica en dichos Estados promovía cada episodio; su factor general desenca-

denante es la crisis mundial y la ruina de las economías monocultoras.

De esta crisis saldrán en los próximos quince años los movimientos nacionales y populares en América Latina más significativos de la nueva época, galvanizados unos por la segunda crisis mundial de la guerra que comienza en 1939; otros, por la sangrienta guerra interimperialista del Chaco, donde Bolivia y Paraguay son instrumentadas por la Standard Oil y la Royal Dutch en la lucha por el petróleo. De la generación militar y civil de la guerra del Chaco emergerá el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia.

18. Bolivia: en marcha y sin rumbo.

Hacia 1930 la pequeño burguesía altoperuana examinaba perpleja todas las promesas y mesías. Escribe Augusto Céspedes, el intelectual más representativo y agudo de la época: *"Los estudiantes de Bolivia, nación mediterránea, de nieves y selvas inaccesibles donde las nuevas ideas escalaban difícilmente, alimentaban inquietudes vagas, despertadas por ciertas brisas continentales como la reforma universitaria de Córdoba y la "Unión Latinoamericana", cuya romántica potencialidad se perdía, en el primer caso, con la incipiencia de la universidad y en el segundo, bajo los muros de la clausura en que mantenían a Bolivia sus propios hermanos del continente... Algunas librerías poseían folletos de los conductores de la revolución bolchevique: Lenin, Trotsky, Bujarin, Kamenev, Lunatcharsky, que hojeábamos en desorden. Más nos atraían la fraseología del APRA y los relámpagos de la revolución mejicana. Letamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitoria de la "Raza Cósmica", que se escuchaba entre los disparos de fusil de la reforma mejicana"*.¹

El estudiantado universitario de Bolivia ya había sufrido años antes de la guerra del Chaco, su propia experiencia con los redentoristas sudamericanos de fosforescente re-

¹ Céspedes, *ob. cit.*, p. 82.

tórica. No por simple accidente el Congreso Universitario de 1928, reunido en Cochabamba, estableció los planes para la autonomía universitaria, lanzando al mismo tiempo una gran campaña política contra el Presidente Siles, que había intentado, ¡justamente!, destruir la maquinaria política de la vieja oligarquía liberal. Como en la Argentina, la Reforma Universitaria se colocaba al servicio de la Rosca imperialista. El abanderado de la Autonomía Universitaria, Daniel Sánchez Bustamante, expresión de los intelectuales "democráticos" y de la masonería, sería designado por los estudiantes "*Maestro de la juventud boliviana*". Este Maestro también administraba su elocuencia como abogado de la Bolivian Railway. ¡Uno más!

19. Revolución en el Altiplano.

El Movimiento Nacionalista Revolucionaria heredaba la tradición trunca del gobierno del coronel Busch, un joven oficial de 35 años que al asumir la dictadura no había vacilado en dictar un decreto ordenando a la gran minería la devolución de las divisas obtenidas por la venta internacional de los minerales. Agobiado por la presión "rosquera" y en la más completa soledad, Busch se suicidó en 1939. Pero su valerosa actitud sirvió de bandera a los jóvenes oficiales y civiles que fundaron poco después el Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Bolivia era hacia 1942 una factoría exportadora de estaño, azotada por tres propietarios rapaces que lograron interesar a la literatura: Simón Patiño, Mauricio Hochschild y Carlos Víctor Aramayo, vinculados a los monopolios internacionales de minerales.¹ Cincuenta mil mineros recluidos en las montañas producían todo el valor de las exportaciones de Bolivia que alimentaban su escuálido aparato estatal. Tres millones de indios campesinos, en su mayor parte de lengua quechua y aymará, permane-

¹ V. Augusto Céspedes, *Metal del diablo* (biografía de Patiño). Hochschild murió en París en 1956. El célebre ladrón dejó una herencia de 1.000 millones de dólares.

ción al margen de la economía monetaria. Víctimas del gamonalismo terrateniente, recluidos en el autoconsumo, alimentados con coca, vivían sometidos a la institución del "pongo", prestación obligatoria de servicio gratuito.¹

Una reducida clase de apáticos terratenientes y doctores altoperuanos ligeros de lengua gobernaba la política lugareña, en sociedad con un puñado de generales ineptos, borrachos y venales. Todos ellos se inclinaban ante los dictados del poder que los bolivianos llamaron el "Superestado" minero. Minería, terratenientes y burguesía comercial importadora constituían la Rosca que ahogaba desde los tiempos de la conquista española a las masas populares del Altiplano. Tal era la debilidad intrínseca del Estado, que se licitaban los impuestos. En los documentos de identidad figuraba la raza. Los ministros se nombraban en la Gerencia de la Patiño Mines.

La hija predilecta del Libertador, aquella república fundada por Sucre, que había perdido todas las guerras, sin salida al mar, raquítica y miserable, vejada y saqueada por españoles, criollos, norteamericanos e ingleses durante cinco siglos, era una demostración viva del horrendo drama de América Latina. La pequeña burguesía empujada, con nombres ilustres en la historia del Altiplano,

¹ Los pueblos de alimentación escasa y monótona consumen habitualmente estimulantes. Alfredo Ramos Espinoza en su libro *"La alimentación en México"*, dice refiriéndose a los indios mexicanos: *"Tienen que vencer su inapetencia cauterizándose la boca y el estómago con pimienta, para producir una secreción refleja de saliva, que pueda simular la provocada por el buen apetito"*. En Perú se consumía desde los Incas el ají, como en el Alto Perú el locoto, arabi y comeruchu. Los pueblos bien alimentados no conocen este tipo de estimulantes. En América Latina y la India, por el contrario, el consumo de "chile", salsa "curry" o nuez betel es muy considerable. El consumo de coca en la sociedad incaica estaba controlado por el Estado, pero su propio uso indicaba las dificultades de alimentar a la población del Incaio en virtud del bajo nivel productivo. Considerado una especie de sustituto de la alimentación, su efecto más importante es mitigar el hambre y la sed; su consumo está ligado históricamente a la improductividad de los Incas, a la superexplotación colonial española y a la barbarie de la era independiente. El consumo de coca contribuye a explicar los índices de desnutrición en el Perú y el Altiplano. V. Carlos Malpica, *Crónica del hambre en el Perú*, p. 39, Ed. Francisco Moncloa, Lima, 1966.

esos hijos de presidentes, generales, escritores, diputados y profesores, vivía hambrienta y rabiosa. ¡Había sido burlada tantas veces! Los oficiales jóvenes sobrevivientes de esa gran náusea político-militar que fue la guerra del Chaco también estaban hartos: la venalidad de las clases dirigentes no tenía secretos para ellos.

La alianza entre militares y nacionalistas se realizó con el golpe de Estado del 20 de diciembre de 1943, en plena guerra imperialista. Fueron inmediatamente acusados de "nazis". La propia izquierda boliviana no era menos cipaya y extranjerizante que en el resto de América Latina.

20. Los pillos de la "democracia".

La pequeña burguesía civil y la pequeña burguesía militar formada en la experiencia sangrienta y vergonzosa de la guerra del Chaco se había vuelto nacionalista. Su jefe era el Mayor Gualberto Villarroel. Sus grandes crímenes fueron organizar por primera vez en la historia de Bolivia una Federación de Trabajadores Mineros y reunir, desde los tiempos de Belzu, un Congreso de campesinos indígenas. Se habían instalado en el camino correcto, pero el poder conjunto de la Rosca y de la prensa imperialista los doblegó y anonadó.

Al no atreverse a nacionalizar las minas y a entregar la tierra a los campesinos, el gobierno de Villarroel no supo dónde encontrar aliados. El imperialismo yanqui y los insignificantes partidos oligárquicos lograron arrastrar a la pequeña burguesía paceña, la más impresionable y regionalista de Bolivia, sometida siempre al terrorismo psicológico de los abogados liberales. La conspiración estalló el 21 de julio de 1946. Derribó a Villarroel, lo colgó de un farol de la Plaza Murillo y reinstaló en el Palacio Quemado a los propietarios de minas.

Dentro de Bolivia, participaron en el motín los jeeps de la embajada yanqui, y también los liberales, los universitarios a la busca de nuevos "Maestros de la Juventud", los stalinistas del PIR, algunos seudos trotskistas del

POR, la izquierda, el centro y la derecha. ¡Desdichada América Latina, siempre mezclados los tontos con los pillos! De inmediato, incorporándose en su aterciopelado refugio de la Isla Negra, Pablo Neruda abandonó un momento su biblioteca líquida y dijo por teléfono a José Antonio Arze, jefe stalinista del PIR: "*Esto ha sido gloriosamente español*". El sátrapa minero Mauricio Hochschild declaró: "*Yo pronostiqué que Villarroel caería pronto*".

El Partido Comunista de la Argentina enviaba un cable firmado por el burócrata Vittorio Codovilla felicitando roncamente a los miembros de la nueva Junta de Gobierno. Toda la prensa norteamericana y sus ecos latinoamericanos aplaudían la "revolución" del 21 de julio.¹ En la URSS, la Armada de Leningrado y los cañones de Moscú disparaban 101 cañonazos en homenaje a la revolución de La Paz. El dirigente del APRA peruano, Manuel Seoane, declaraba en Lima: "*Pocas veces, sin duda, Indoamérica ha podido contemplar una página tan brillante de heroísmo cívico*". La hinchada araña de Simón Patiño sonrió con bondad y envió una donación de 20.000 dólares para "*los mártires de la libertad*".² Todo estaba en orden.

21. El nacionalismo toma el poder.

Desde 1946 hasta 1952, el Movimiento Nacionalista Revolucionario, entre cuyas filas militaban la mayoría de los dirigentes mineros de Bolivia, extendió su influencia so-

¹ Entre las tendencias llamadas de "izquierda" en América Latina, la que pertenecía el autor de este libro fue quizá la única que calificó el golpe del 21 de Julio de 1946 como "*una revolución del dólar en Bolivia*"; tal fue el título de un artículo que escribí en la revista "Octubre", nº 4, enero-febrero de 1947, Buenos Aires, naturalmente con gran escándalo del cotorreo cipayo, tan anti-villarroelista como antiperonista.

² V. Céspedes, *El Presidente colgado*, p. 256 y ss. En los días de su caída, Villarroel había ordenado la importación de 80 tractores procedentes de Canadá para las principales comunidades indígenas de Bolivia. El nuevo gobierno oligárquico canceló la orden. V. Fausto Reinaga, *Tierra y Libertad*, p. 32, Ed. Rumbo Sindical. La Paz, 1952.

bre las grandes masas populares del país. Los más repugnantes representantes del viejo orden y del antiguo generalato, asesino de mineros, se turnaron en el poder. Monje Gutiérrez, Hertzog y Urriolagoitia cubren el período de reiteradas sublevaciones del MNR seguidas de represalias sangrientas.

El 9 de abril de 1952 el MNR inicia una nueva revolución, combate en las calles de La Paz con el Ejército oligárquico, lo vence, desarma y disuelve. Víctor Paz Estensoro llega al poder. Dos decretos fundamentales definen el nuevo régimen: nacionalización de las minas y reforma agraria. Se entrega la tierra a los campesinos al mismo tiempo que se constituyen las milicias obreras y campesinas. Siglos de heroísmo han formado en el boliviano una frecuentación impasible de la muerte; el dominio oligárquico ha consolidado esa psicología del arrojo, proporcional al conformismo y encanallamiento de las viejas clases dominantes. Nunca ha podido olvidarse el aforismo del Presidente rosquero General Blanco Galindo en 1930: "*Somos país pobre y debemos vivir pobremente*".¹

Tierra impregnada de dolor, de sangre y esperanza, Bolivia parecía haber dado algunos pasos de gigante hacia la civilización. Doce años después, el régimen nacionalista agonizaba. ¿Qué había ocurrido? El MNR gobernaba en un país donde la miseria general era tan enorme que en Bolivia no existía *burguesía nacional*. El imperialismo había proletarizado directamente a cincuenta mil indios, transformándolos en mineros, aislados en sus grises ciudades de la montaña. Excepción hecha de una agricultura en los valles de Cochabamba y un desarrollo agrícola especial en la zona subtropical de Santa Cruz de la Sierra, el país vivía de la exportación de minerales, aún después de la Revolución.

El MNR en el poder había generado enormes avances. La revolución no sólo había dado la tierra a los indios, trocándolos en campesinos productores, sino que al cultivarse predios tradicionalmente abandonados se estaba modi-

¹ Céspedes: *El dictador suicida*, p. 114.

ficando el clima de ciertas regiones (Provincia de Pillapi). La transformación del régimen alimenticio, por añadidura, alteraba la talla media del hijo del país. El boliviano tendía a crecer; su estatura era mayor, no sólo históricamente sino también físicamente. ¡Parecía concluir la "dieta alimenticia" de coca! Tales eran los títulos que podían invocar los creadores de esa Revolución.

Pero al mismo tiempo, el MNR se encontró prisionero en los marcos del "Estado Nacional". Los propios teóricos del MNR tenían predilección por disertar sobre la "Nación boliviana".

22. ¿La "Nación" Boliviana?

El Alto Perú había nacido de la desintegración del viejo Virreynato y de la política antinacional de los porteños; había perdido luego en la guerra del Pacífico sus puertos marítimos; finalmente perdió las tierras petrolíferas del Chaco. Y cuanto más territorio perdía y cuanto más absurdas resultaban las especulaciones bolivianas sobre su destino insular, más se escribía sobre la "Nación Boliviana".¹ ¡Y se trataba justamente del fragmento de la Patria Grande que más razones tenía para buscar en la Confederación con Perú y en la lucha por la Confederación Latinoamericana el marco genuino de su liberación!

La revolución boliviana se confinó voluntariamente en sus fronteras. La elaboración de la teoría de la "Revolución Nacional" suponía volver las espaldas a la inmediata correlación del Alto Perú con el Bajo Perú. Los campesinos del otro lado del lago Titicaca preguntaban en 1952 a sus vecinos "si las leyes agrarias bolivianas también servían para el Perú". La conmoción que causó en el Perú la revolución boliviana se atenuó enseguida por la estrechez de los dirigentes, que volvieron sus espaldas a lo único que

¹ René Zavaleta Mercado es el nuevo predicador de este localismo: "Es posible que, en un sentido científico estricto se pueda aceptar la idea de una *nación chiriguana*, y, como se ve, tampoco es falso hablar de una *nación latinoamericana*". V. *El desarrollo de la conciencia nacional*, p. 168, Ed. Diálogo, Montevideo, 1967.

podía otorgar un fundamento serio a la pretensión boliviana de una salida al mar: la recreación de la Confederación Andina a través de la revolución peruana.

Hubiera sido absolutamente legítimo e históricamente necesario proyectar la revolución boliviana al otro lado del Titicaca para emprender una verdadera guerra revolucionaria en aquel Perú cuya historia, estructura social, lenguas, razas indígenas y la analogía de condición social con los campesinos bolivianos lo había preparado para el gran día. Pero la "balcanización" se había instalado también en la cabeza del nacionalismo boliviano. Limitada a las fronteras artificiales, la revolución de Bolivia no podría garantizar ni siquiera su propia estabilidad. De este modo, y a pesar de sus grandes conquistas interiores, la revolución boliviana resultó finalmente derrotada y la revolución peruana postergada. No se atrevieron a librar un nuevo Ayacucho.

23. Importancia y peligros de la distribución de tierras.

Por otra parte, la entrega de tierras al campesinado boliviano creó una clase de pequeños propietarios capitalistas, naturalmente de bajo nivel productivo y técnico, de ínfima capitalización, pero capitalistas al fin. Ese hecho era, por un lado, de inmensa progresividad histórica; por el otro, la Revolución boliviana establecía un orden social conservador en el campo y una fuente de inmensos peligros. Para conjurarlo, la revolución agraria debía ser acompañada de una política de industrialización y de control político de toda la economía boliviana, con la participación democrática de todos los trabajadores en el manejo de esa planificación.

De otro modo, el campesinado podía en el día de mañana estrangular la revolución. No era nada imposible que se convirtiera en la base pasiva de una dictadura militar capaz de garantizarle la posesión de sus tierras a cambio de la recolonización del resto del país.

La revolución agraria burguesa sólo debía ser el primer paso para conquistar por ella el apoyo de los campe-

sinos, crear un mercado interno para la industria y utilizar las viejas comunidades agrarias como formas de transición hacia una socialización de la agricultura en un alto nivel técnico.¹

24. Balance del derrocamiento de Paz Estensoro.

La pobreza heredada, el aislamiento, la tentativa de permanecer lejos de "*Washington, Moscú o Buenos Aires*", según las palabras del Presidente Siles Suazo, el bloqueo mundial del imperialismo, que manejaba los precios de los minerales, se combinaron con la resistencia del gobierno nacionalista a romper audazmente dicho bloqueo y construir por sí mismos o con ayuda checa, o rusa, las fundiciones de estaño propias.² Hay que añadir la ingenua tentativa de favorecer la formación de una "burguesía nacional" que la historia había rehusado conceder a Bolivia. Así se llegó a proteger un nuevo tipo de sátrapas, que llamaremos "burgueses compradores" y que disponían de los 80 ó 90 millones de dólares de las exportaciones anuales para inundar a la Bolivia de los nuevos ricos con automóviles de último modelo, artículos suntuarios y productos que Bolivia hubiera estado en fáciles condiciones de fabricar inmediatamente.

¹ Alfredo Sanjines, *La reforma agraria en Bolivia*, Capítulo "Una entrevista con León Trotsky", p. 21, 2ª ed., La Paz, 1945.

² La idea de ciertos revolucionarios latinoamericanos de que la revolución no puede hacerse sin ayuda rusa se ha convertido en una verdadera manía de impotentes. Consideremos en primer término que la revolución rusa triunfó sin ayuda de nadie y con la oposición armada del imperialismo en 14 frentes de guerra. En segundo lugar, la revolución china logró la victoria a pesar de la ayuda que los rusos le brindaron en algún momento; si la ayuda hubiese sido mayor, Mao habría debido rendirse a las exigencias de Stalin; que deseaba un acuerdo con Chiang-Kai-Shek. Los chinos, en ese caso jamás habrían conquistado el poder. En cuanto a Bolivia, el gobierno nacionalista ni fue capaz de aceptar la ayuda rusa para construir los hornos de fundición necesarios para emanciparse de los monopolistas anglo-yanquis, por temor de la presión norteamericana, ni tampoco se demostró con energía suficiente para construirlos con su propio esfuerzo. Solamente habría sido necesario prohibir la importación de automóviles último modelo y artículos suntuarios de

Mientras la revolución presentaba una soberbia fachada de realizaciones con los grandes decretos mencionados, la estructura interior del Estado permanecía intacta. Las milicias obreras y campesinas custodiaban las viejas armas arrebatadas a las tropas en 1952, pero el gobierno nacionalista procedía a reconstruir el esquema del antiguo ejército bajo formas nuevas, aprovisionado por los Estados Unidos, que se erige en el benévolo protector de la revolución boliviana. El imperialismo advirtió las vacilaciones del MNR y parecía decir como en el refrán criollo: "*No te has de morir, te irás secando de a poco*".

En resumen, el MNR no quebró el viejo Estado ni estableció una planificación socialista de todos los recursos del país en esa perspectiva. La igualdad en el sacrificio fue ignorada; y los sectores mineros abandonados a sí mismos se orientaron hacia una política puramente salarial, lo que no hubiera podido ocurrir si la administración de las minas hubiera sido confiada a los mineros mismos, dentro de un plan de gestión socialista de la economía minera. Poseer las minas sin la fundición y controlar la fundición sin la comercialización, era inútil. Pero abordar la refinación e intermediación de los minerales en los mer-

rante un año para elevar esas refinerías. Era exactamente un criterio de *prioridad socialista* impuesto por todo el poder concentrado del Estado lo que hacía falta.

Cien años antes, los paraguayos de Carlos Antonio López construyeron solos el primer ferrocarril de América del Sur y las primeras líneas telegráficas, así como los primeros hornos de fundición de hierro del continente criollo. En plena guerra contra la infame Triple Alianza argentina-brasileña-oriental, los soldados de Solano López imprimían en la selva el periódico semanal "*El Centinela*", impreso sobre papel fabricado por artesanos paraguayos con cortezas de árbol extraídas de esa misma selva arrasada por la metralla mitrista. Ese papel era excelente y se conserva perfectamente legible la impresión de hace un siglo. Se encuentra en el Archivo Nacional de Asunción.

¡Los paraguayos no estaban esperando a checos ni rusos! Querían hacerlo y lo hicieron porque no pensaban en ningún seguro para la vejez. En Bolivia, como en América Latina, no escasean los ingenieros competentes. Lo que faltan son revolucionarios que en el poder sigan siéndolo. Ver costos de refinerías y maniobras desvalorizadoras de los refinadores extranjeros en Nuflo Chávez Ortiz, *Cinco ensayos y un anhelo*, p. 252, La Paz, 1963.

cados mundiales significaba romper con los Estados Unidos y establecer canales nuevos con el Tercer Mundo y los Estados Socialistas.

Nasser podía ofrecer un ejemplo de política posible, pero en todo caso Bolivia podía haber creado su propia política. La caída de Paz Estensoro fue el resultado directo de la descomposición del régimen nacionalista y la prueba negativa de que el *nacionalismo popular* o trasciende los marcos clásicos de sus proposiciones iniciales de clase media y se lanza a la ruta del socialismo latinoamericano, o será aislado primero y aniquilado después.

CAPITULO XIV

MOVIMIENTOS NACIONALES DEL SIGLO XX: BRASIL Y ARGENTINA

“Brasil es, y ha sido siempre, una colonia... Mi único deseo es salir de aquí, expatriarme, abandonar el país e irme con mi gente a vivir en algún rincón de Europa... ¡Europa!... ¡Europa!”

Graca Aranha, en “Canaán”, 1930.

“Después de muchos años de dominio y expoliación de grupos económicos y financieros internacionales, me puse al frente de una revolución y vencí... He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante, soportando todo en silencio, plividando todo, renunciando a ser yo mismo, para defender al pueblo que ahora se queda desamparado. Nada les puedo dar a no ser mi sangre... Luché contra la expoliación del Brasil... Yo os di mi vida. Ahora, os ofrezco mi muerte”.

Getulio Vargas, Testamento político, 1954.

“Nosotros, afortunadamente, y por suerte, podemos compensar todos nuestros errores con el clima y el suelo, aunque esté empobrecido. Pero todavía las vacas si uno les echa un toro, le dan un ternero”.

Patricio Donovan, ganadero argentino, 1959.

“Si la Revolución Francesa terminó con el gobierno de las aristocracias, la Revolución Rusa termina con el gobierno de las burguesías. Empieza el gobierno de las masas populares”.

Coronel Juan Perón, 1945.

Durante un siglo y medio la balcanización de América Latina se expresó dramáticamente en el caso del Brasil. Ya la península ibérica había sido dividida por la política inglesa. En el Nuevo Mundo la hostilidad entre Portugal y España se transfirió a los Estados nuevos creados después de las guerras de Independencia. El resultado fue semejante a lo ocurrido entre los países de habla castellana: una completa incomunicación. De este modo la fábula de un Imperio brasileño compacto y felino, guiado por un Itamaraty invariablemente genial y rigurosamente nacionalista, que desplegaba de siglo en siglo una política diabólica, llegó a ser una obsesión del Ejército y la historiografía argentinas.

Debían sonreír los ingleses ante nuestro ignorante candor, pues ellos conocían mucho mejor el Brasil que los argentinos, y a la Argentina que los brasileños. Es cierto que también conocían mucho mejor todavía la Argentina que los argentinos y el Brasil que los brasileños, para ser enteramente justos.

1. Unidad y separatismo brasileños.

Pero la crisis de 1930 concluyó con el patrón oro, el letargo de América Latina y la imposibilidad británica. Debía revelarse con la fuerza de una ley que en cada bancarrota de los grandes imperios europeos, fuera financiera, económica o militar, los países coloniales o dependientes encontrarían siempre la posibilidad de aproximarse

convulsivamente a la modernidad. En Brasil esto ya había ocurrido en 1890 y con la primera guerra imperialista de 1914. Por lo demás, la oligarquía brasileña, a semejanza de la burguesía comercial porteña, engendraba sin cesar el separatismo.

Desde los tiempos en que la "frontera móvil" de las *bandeiras* ensanchaba el territorio brasileño a costa de los dominios españoles, el parasitismo social del régimen esclavista, por otro lado, dejaba tan flojos los lazos del Imperio que toda la historia del Brasil se convertía en una aventura constante tendiente a la escisión de las partes que lo constituían. Muy diferente del carácter centralizador de las monarquías europeas absolutas, el Imperio transmitió a la República brasileña esa debilidad orgánica ante las tendencias centrífugas tan características hasta 1930 y que en nuestros días no han desaparecido del todo.

La unidad brasileña careció siempre de bases sólidas; el secreto es preciso buscarlo en su estructura social: en la ausencia de un centro capitalista unificador. El resultado ha sido la importancia adquirida por el regionalismo económico y político y el papel excesivo jugado por algunos Estados brasileños en el conjunto de la vida nacional.

Las luchas interestadales fueron muy curiosas. Algunos Estados otorgaron a los descendientes de alemanes ventajas culturales exclusivas, como el derecho de abrir escuelas donde no se enseñase el portugués, para obtener sus votos. La policía del Estado de San Pablo llegó a ser tan poderosa como el Ejército brasileño. Contaba con sus propios instructores militares de nacionalidad francesa. Este fenómeno encontraba su réplica en otros Estados, como Río Grande do Sul y Minas Geraes. Freyre dice que "*la república de 1889 en Brasil llegó a caracterizarse por una guerra de aduanas entre los Estados, entre ellos y la Unión*".¹

¹ Gilberto Freyre, *Interpretación del Brasil*, p. 83, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

2. La estructura social.

Desde la proclamación de la República y la abolición de la esclavitud, que se había vuelto antieconómica, la historia del Brasil presencia una dominación simultánea de los fazendeiros del café y del imperialismo inglés. Esta fatídica combinación se expresa en el control del país por dos partidos políticos, a su vez representativos de dos Estados: el Partido Republicano Paulista y el Partido Republicano Mineiro.¹

La hegemonía estadual de dichas regiones, sobre todo de la primera, sobre el resto del Brasil, se fundaba en el predominio total del monocultivo cafetalero en el comercio exterior del país.

Ni las clases medias, ni los campesinos pobres, ni los peones de condición semi-servil de los ingenios, ni el mundo flotante y atroz de los desclasados y harapientos de la sociedad marginal, ni los millones de indios, negros ignorados o salvajes del Amazonas, ni mucho menos el reducido proletariado de los centros urbanos tenían nada que decir ante las decisiones políticas nacionales. En ese vasto mosaico étnico que tendía irrisistiblemente a confundirse en un tipo brasileño sin barreras raciales alternaban diversas capas sociales en abierto contraste, pero sin que ninguna de ellas ejerciera la más remota ingerencia en la cosa pública. Los "coroneles" terratenientes, los grandes hacendados de los Estados, los abogados de las empresas extranjeras, los mineros, cafeteros, exportadores o profesores del sistema exportador, rodeados de un puñado de políticos profesionales bien educados, ejercían alternativamente el poder político. El ejército y la Iglesia eran, dentro de este cuadro, los elementos más coherentes de la sociedad sin equilibrio en el Brasil informe.

Mientras el Ejército brasileño mantenía una composición más democrática, social y étnicamente, hasta con ofi-

¹ El llamado "eje del café con leche", por la producción dominante en ambos Estados.

ciales de color en sus cuadros, la Marina brasileña "tenía a orgullo que sus oficiales fueran todos blancos caucásicos o indocaucásicos, e hijos de familias aristocráticas o burguesas ricas".¹ La Iglesia, más conservadora, era la aliada natural del régimen latifundista. Es por esa razón que el más importante movimiento revolucionario de la década del 20 se integrará con oficiales del Ejército en la célebre "Columna Prestes".

3. La europeización de la inteligencia.

La inteligencia brasileña sufría también la doble presión ejercida por el casi irresistible llamado europeo y el conflictivo proceso de formación del Brasil, con sus clases y razas, sus plantadores filólogos, los antiguos esclavos proletarizados y esa fascinadora aleación de refinamiento y barbarie. Algunos escritores "hacían todo lo posible por escribir como si tuvieran que someter su gramática, su composición, su estilo, su vocabulario y también sus ideas a un comité de profesores portugueses de gramáticas y a un comité de profesores franceses de literatura, derecho o sociología de París. Casi todos ellos habían formado sus ideas sobre Brasil, no por un estudio directo o un examen de las condiciones brasileñas, sino a través de lo que los sociólogos franceses lejanos y a veces ignorantes y de segunda categoría, como Le Bon, escribían sobre la mezcla de razas en la América Latina", dice Freyre.²

Otros convertían sus obras en versiones testimoniales y dramáticas de la subyugación brasileña. En su novela "Canaán", Graça Aranha hace decir a un personaje: "Brasil es, y ha sido siempre, una colonia. Nuestro régimen no es un régimen libre. Somos un protectorado... Díganme: ¿dónde está nuestra independencia financiera? ¿Cuál es el dinero que de veras nos domina? ¿Dónde está nuestro oro? ¿Para qué sirve nuestro miserable papel moneda, si no es para comprar libras inglesas? ¿Dónde están nuestra

¹ Freyre, *ob. cit.*, p. 109.

² *Ibid.*, *ob. cit.*, p. 178.

propiedades públicas? Lo poco que tenemos está hipotecado. Los ingresos de las aduanas están en manos de los ingleses. No tenemos barcos. No tenemos tampoco ferrocarriles; todos están en manos de extranjeros. ¿Acaso no es esto un régimen colonial disfrazado con el nombre de nación libre?”. Y agrega: “Mi único deseo es salir de aquí, expatriarme, abandonar el país e irme con mi gente a vivir en algún rincón de Europa... ¡Europa!... ¡Europa!”.

4. Crisis y revolución.

La primera guerra imperialista había originado, como en otros Estados latinoamericanos, un fuerte impulso hacia la industrialización. A ello contribuyó la inmigración portuguesa e italiana que se instaló en los nuevos centros productivos. Pero este impulso capitalista se detuvo hacia 1923 cuando el restablecimiento de la Europa imperialista pretendió volver al antiguo “status” y detener el desarrollo industrial. La caída de los altos precios originados por la guerra europea se sumó a la crisis industrial para generalizar un desasosiego político y social agudo.

La baja castrófica del café, principal rubro de exportación del Brasil, ejerció el papel de fulminante en una situación política caracterizada por el descontento del Ejército. Un núcleo de jóvenes oficiales, bajo la inspiración del Mariscal Hermes Da Fonseca se lanzó a la revolución el 5 de octubre de 1922. Eran “jóvenes soñadores”,¹ dirá un participante, pero que expresaban como en los pronunciamientos militares de España, el descontento de todas las clases no privilegiadas de la sociedad brasileña. Las fuerzas revolucionarias fueron derrotadas rápidamente por las tropas leales de que disponía el Presidente Epitacio Pessoa.

Un año más tarde comenzó a prepararse otro movimiento militar que estalló en 1924, y que eligió como jefe al general retirado Isidoro Dias López. Entre los oficiales figuraba el capitán Luis Carlos Prestes. Lograron ocupar

¹ Leoncio Basbaum. *Historia sincera da República de 1889 a 1930*, Tomo II, p. 259, Ed. Livraria São José, Río de Janeiro, 1958.

la ciudad de San Pablo; pero los 14.000 soldados federales aplastaron la revolución. Las fuerzas revolucionarias se dispersaron y algunas de ellas se plegaron a la columna dirigida por el capitán Prestes en el Iguassú. Ascendido al grado de general por el general Isidoro Dias, Prestes inició una larga marcha de 36.000 kilómetros por todo el Brasil, que se prolongó durante dos años. La ideología de la columna reflejaba toda la ambigüedad de las clases sociales del Brasil.¹

Más tarde, al disolverse la Columna después de librar episódicos combates, Prestes se había convertido en un soldado legendario. El programa de los oficiales revolucionarios, por lo demás, no podía ser más impreciso. Al comenzar el movimiento, el comandante de las tropas en Baurú recibía autorización del general Isidoro Dias de aceptar voluntarios "*de buena apariencia*".² El mismo general Dias rechazó con indignación en San Pablo la adhesión que venían a ofrecerle dirigentes obreros, pues eso "*desvirtuaria el motivo original del movimiento que buscaba la renovación de los procesos políticos vigentes... No les interesaba (decía el general) la presencia de izquierdistas en nuestros cuadros combatientes, aunque viniesen a reforzar la revolución hasta hacerla triunfar*".³ Entre los oficiales de la Columna no era menor la desconfianza hacia el pueblo.

Isidoro Dias resumiría sus aspiraciones políticas reclamando el voto secreto, que aparecía, en las condiciones del Brasil tanto como en la Argentina de esa época, como una consigna democrática revolucionaria. Pero todo se detenía allí. Después de la disolución de la Columna, Prestes entró en contacto con el Partido Comunista, que como las

¹ El general Izidoro justificaba el movimiento afirmando que "*el Brasil está casi en quiebra y no puede pagar las obligaciones de su deuda fabulosa... las clases pobres están acosadas por la miseria y por el hambre... los diputados, senadores, presidentes de los Estados y Presidente de la República son designados o nombrados... por verdaderos trusts de la rendidora industria política*", *Ibid.*, p. 263.

² *Ibid.*, p. 264.

³ Basbaum, *ob. cit.*, p. 264.

restantes fuerzas políticas veían en el general de la Columna un posible eje de nucleamiento a escala nacional. Las vacilaciones de Prestes y su ulterior resolución resumen toda su tragedia personal y política, y se integran naturalmente en la historia del Brasil contemporáneo. Prestismo y varguismo marchan íntimamente entrelazados y constituyen dos aspectos de un mismo proceso que resumiremos aquí.

5. De la columna Prestes a la Alianza Liberal.

La crisis del café suponía la revolución en el Brasil. Durante cuatro décadas el café había constituido la base de la exportación y del sistema de poder en el país.¹ ¿Y qué podía sustituir al café? ¿Y qué carácter tenía esa revolución que todos veían levantarse en el inmenso país sin saber cuál era su contenido? La exclusiva dominación del café Paulista y del Partido Republicano Paulista agonizaba. La constitución de la Alianza Liberal, en la que participaban los ganaderos de Río Grande del Sur, vinculados al mercado interno, los nuevos industriales sin partido y hasta el Partido Republicano Mineño, fue la fórmula de una lucha política que debía encontrar su desenlace en la revolución de 1930.

¹ El control del café brasileño no estaba, ni lo está hoy, en manos de sus productores, sino de un puñado de firmas extranjeras que dominaban el mercado mundial. Actualmente, 5 empresas norteamericanas controlan el mercado comprador del café brasileño. V. el sólido estudio de Cid Silveira, *Café, um drama na economia nacional, análise do mercado exportador*, Ed. Civilização Brasileira S.A., Río de Janeiro, 1962. De setiembre de 1929 a diciembre de 1931 el café brasileño bajó de 22,5 centavos de dólar la libra a 8 centavos.

El precio pagado por el consumidor yanqui en el mismo período, bajó de 47,9 centavos dólar a 32,8. De modo que el consumidor de Estados Unidos bebía café brasileño más barato, aunque no tanto para que el monopolio intermediario que compraba el café en Brasil y lo vendía en EE.UU. no se embolsara la diferencia. La caída de los precios fue derivada por los magnates brasileños del café hacia toda la población por la devaluación de la moneda, que alcanzó a un 40 %. V. Celso Furtado, *Formación económica del Brasil*, p. 193, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1962.

Surgía rápidamente como jefe del agrupamiento Getulio Vargas, nacido en 1883 en San Borja, junto a la frontera argentina, hijo del General Vargas, hacendado él mismo y que había llegado en su carrera política a ocupar la Presidencia del Estado de Río Grande. Era un hombre de frontera, no estaba vinculado a los intereses exportadores y percibía la existencia de Brasil en el contexto de América Latina, como se aprecia en sus primeros discursos.

En una sociedad social y racialmente tan compleja y tensa como la brasileña, la personalidad de Vargas debe ser entendida no sólo por medio de los datos de la "infraestructura" económica y del papel jugado por Río Grande del Sur en el Brasil, sino también por el hecho de que su nacimiento en San Borja imprimió ciertos rasgos particulares en su psicología. San Borja era una antigua reducción de las Misiones Jesuíticas, y la tradición regional persiste con fuerza. Freyre dice que los hombres de la región misionera son *"telúricos, instintivos, fatalistas, orgullosos, dramáticos y casi trágicos en sus reacciones ante la crisis"*.

A estos factores por así decir culturales y tradicionales de su infancia, es preciso añadir que Vargas se educó desde los 14 años en la ciudad minera de Ouro Preto, inmortalizada por las esculturas estremecedoras del genial Aleijadinho, el artista enfermo de lepra que transfiguró su protesta social en los santos coléricos o en subversivos Cristos que anunciaban la redención del mundo: esto debía saberlo el Aleijadinho, mulato y bastardo. El joven Vargas, que procedía de la frontera jesuítica, se educó en el corazón del Brasil: Ouro Preto, con su tradición de místicos y revolucionarios, de magnates y leprosos, completó la formación del heredero riograndense.

6. Vargas en 1930.

La lucha electoral contra el candidato abiertamente oligárquico Julio Prestes asumió lo que luego se llamaría un carácter "demagógico". Era en realidad, un programa nacionalista burgués y democrático, el primero que se ex-

ponía en la historia moderna del Brasil. Vargas invocó políticamente la figura del general Prestes, como un mito militar disponible en la campaña electoral. Prestes, en la emigración, no rechazó el empleo de su nombre para la campaña electoral, aunque tampoco lo autorizó. Mientras tanto, proseguía sus conversaciones con los representantes del Partido Comunista en Buenos Aires. El antiguo jefe de la Columna vacilaba.

El clima predominante en el Brasil en ese momento lo resumía el Gobernador del Estado de Minas Gerais, Antonio Carlos: "*Hagamos la revolución antes de que el pueblo la haga*".¹ El Presidente Washington Luis había acuñado un aforismo menos ambiguo: "*La cuestión social es una cuestión de policía*". Mientras Prestes se sumía en la perplejidad ante su destino político, acuciado por sus antiguos oficiales para entrar en acción y por los hombres del Partido Comunista para crear una alianza, Vargas levantaba el nombre del caudillo militar como símbolo de un nuevo Brasil.

En su discurso de la explanada Do Castelo, Vargas expone una política social para la clase obrera de las ciudades, un plan siderúrgico, la división del latifundio, la expansión de la agricultura y la ganadería, la producción del carbón brasileño para sustituir a la importación del producto extranjero, la jornada de ocho horas, la jubilación para obreros y empleados telefónicos, de transportes y energía de las empresas de capital extranjero. Anuncia la intervención del Estado en la regulación de la economía brasileña.

Por el contrario, el candidato oficial de la oligarquía Julio Prestes presentaba "*la necesidad de conseguir la estabilización monetaria. . . Era una plataforma de las clases conservadoras dirigida a las clases conservadoras para resolver problemas de las clases conservadoras*".² El general Prestes era la bandera de Vargas y el mayor estimulante de su campaña. Pero la máquina electoral del gobier-

1. Ricardo J. Montalvo, *Getulio Vargas y la unidad brasileña*, p. 103. Gleizer, Editor, Buenos Aires, 1939.

2. Basbaum, *ob. cit.*, p. 302.

no de Washington Luis volcó todo su poder en las elecciones fraudulentas y Vargas fue derrotado. Las fuerzas políticas del varguismo se lanzaron entonces a preparar la revolución.

Los jefes militares encargaban armas a Checoslovaquia y propagaban la sublevación en todas las guarniciones: el Brasil hervía como una caldera, sin ninguna ayuda del clima. La revolución triunfó en las ciudades más importantes con apoyo popular. Grandes sectores del pueblo participaron del movimiento: civiles y militares tomaron juntos ciudades y edificios públicos con las armas en la mano. Si la participación popular no fue mayor, dice un antiguo dirigente comunista, fue porque *"la propaganda del Partido Comunista denunciaba el movimiento como una simple lucha entre grupos burgueses"*.¹

7. El general Prestes se convierte al comunismo.

Aunque ésta sea una sobrevalorización de la influencia comunista en las masas, esa era sin duda la posición del Partido Comunista. La crisis entre Prestes y sus antiguos oficiales de la famosa Columna había estallado poco antes de la revolución. Huérfano, talentoso, brillante oficial del Colegio Militar, Prestes habíase formado en la tradición liberal positivista dominante en el Brasil de su adolescencia. Luego había sufrido una crisis religiosa: su conversión al catolicismo no fue menos espectacular que su posterior abjuración de toda fe religiosa y la adopción de la ideología marxista. Personalidad atraída por lo absoluto, Prestes reflejaba fielmente el desconcierto, la angustia y la urgencia de un camino que conmovían a la arruinada pequeña burguesía en ese Brasil aún invertebrado de la tercera década del siglo.

Con la candidatura de Vargas a la Presidencia, y su ignorada decisión de abrazar el comunismo, la ruptura de Prestes con los oficiales de su Columna fue patética. En una modesta pensión de la calle Gallo, en aquel desolado

¹ *Ibid.*, p. 321.

Buenos Aires de 1930, atiborrada de revolucionarios brasileños que conjuraban el hambre con interminables jornadas de mate, Prestes discutió ásperamente con sus oficiales.

Derrotado fraudulentamente Vargas en las elecciones por la maquinaria oligárquica de los señores del café, los hombres de la Columna, unidos todavía por las dolorosas experiencias de la marcha y por el culto a su jefe, colaboraban ya con el plan revolucionario de Vargas para conquistar el poder a mano armada. Sólo Prestes no se había decidido.

Convocados a una reunión en Buenos Aires, una gran sorpresa esperaba a sus oficiales. Prestes les anunció su conversión al marxismo y los invitó a acompañarlos. ¡Hasta ese momento los dirigentes comunistas habían fracasado en arrastrar a Prestes a una simple alianza! Sólo habían podido dejarle un paquete de literatura marxista.¹ En las manos del jefe de la Columna ese paquete resultaría explosivo. El general Prestes se había transformado en un comunista; sus oficiales no podían dar crédito a sus oídos. Les dijo a los oficiales estupefactos que el Gobierno Federal *“pasaría de las manos de unos políticos a las de otros; con nuestra complicidad, a cambio de media docena de posiciones subalternas y de una amnistía que tácitamente rehusáramos muchos años... No había alternativa según él, si es que no estábamos vendidos a los capitalistas... Parecía un fanático y no un líder de oficiales del Ejército responsable por los compromisos ya asumidos con numerosos compañeros”*.²

Los oficiales que escuchaban a Prestes estaban perplejos: *“El propio Dr. Artur Bernardes, contra quien ha-*

¹ Astrojildo Pereira, uno de los fundadores del P. G. de Brasil dejó en manos de Prestes “todo lo que pudimos conseguir, en la ocasión, de literatura marxista existente en Río —Marx, Engels, Lenin, etc., una buena docena de volúmenes, casi todos en francés de las ediciones de “L’Humanité”. V. Chacón, *ob. cit.*, p. 323, y Basbaum, *ob. cit.*, p. 313.

² João Alberto Lins de Barros, *Memórias de um revolucionário*, p. 222 y ss., 2ª Edição, Ed. Civilização Brasileira S.A., Río de Janeiro, 1954.

bíamos luchado durante años, se proclamaba ahora, revolucionario ardoroso en Minas Gerais. Evidentemente, aquella no era "nuestra revolución"; pero, ¿qué hacer?", se preguntaba uno de los oficiales. Y agrega en sus "Memorias": "Por otro lado, ¿cómo concebir, ahora, una conversión en masa al comunismo? Esa idea de Prestes era absolutamente loca".¹ Otro de los oficiales, Siqueira, que se había mantenido en calma durante la discusión (prolongada toda la noche, sin comer, a base de mate y cigarrillos) se exaltó cuando Prestes se pronunció contra el pago de la deuda externa. "¿Y la escuadra inglesa?", preguntó. "Nos vamos al interior", respondió Prestes. "Vamos, Prestes, así pensaban los indios cuando llegó Cabral y todavía hoy andan por el interior".²

La discusión había concluido, pero con ella terminaba la Columna Prestes. Sus antiguos tenientes serán los "tenentistas" del régimen de Vargas, que intentaron llevar la revolución más allá de lo que el Presidente quería y fueron luego rápidamente neutralizados, como había vaticinado Prestes. El jefe de la Columna lanzó pocos días más tarde, en mayo de 1930, su "Manifiesto de Mayo", en el que exponía un programa ultraizquierdista: proponía un gobierno fundado en los "Consejos de trabajadores de la ciudad y del campo, soldados y marineros".³ En otras palabras, la consigna de los Soviets.

Con esta consigna, sucumbía irremediablemente la célebre Columna, su jefe se transformaba en comunista y se aislaba de todo el proceso revolucionario de masas. ¿Era un error de Prestes? No, era un episodio de la tragedia internacional del comunismo, en particular en los países semicoloniales. La valiente decisión de Prestes de abrazar las banderas del socialismo no podría ser objetada sino por el nacionalismo burgués, o por la reacción imperialista. Su capacidad militar indiscutible corría pareja con su coraje moral y su decisión política de llevar a las últimas consecuencias para la salvación de su patria. Pero jus-

¹ *Ibid.*, p. 224.

² *Ibid.*

³ Basbaum, *ob. cit.*, p. 314.

tamente en ese momento los procesos interiores de degeneración burocrática en la Unión Soviética llegaban a su punto crítico.

8. La burocratización stalinista y Prestes.

La Oposición Comunista de Izquierda dirigida por Trotsky terminaba de ser aplastada, Trotsky expulsado de la URSS y sus compañeros reclusos en los campos de concentración. Los compañeros de Lenin, que se habían educado como marxistas en Siberia para hacer la revolución, volvían a ella después de construir el Estado soviético, víctimas de la ola de reacción thermidoriana. La Internacional Comunista siguió un camino menos honroso. Stalin aplastó o domesticó a los dirigentes de cada partido asociado y la "rusificó" por completo, transformando a la Internacional en una proyección cosmopolita del petrificado Partido Comunista soviético.

Desde ese momento, la Internacional Comunista estaría al servicio de la diplomacia rusa. En consecuencia, las consideraciones de Stalin con respecto a la táctica, serían el resultado de los intereses de la burocracia y no el fruto de las decisiones específicas de los partidos comunistas según las conveniencias nacionales de esos partidos. La burocracia inepta volvía sobre sus pasos ante sus errores, una y otra vez, retrocediendo en zig-zag e invirtiendo radicalmente su política, lo que naturalmente conducía de catástrofe en catástrofe. Hasta 1929, la teoría de Stalin había consistido en idealizar la alianza de los comunistas con las burguesías en los países coloniales, subordinando a aquéllos a la política nacionalista de la burguesía.

Si la revolución en los países atrasados era burguesa, era lógico que la revolución fuese dirigida por la burguesía. Los mencheviques habían sostenido esta política en Rusia, con los resultados conocidos. En China, Stalin impuso dicha línea al partido comunista; y el jefe de la burguesía china, Chiang-Kai-Shek, una vez que los comunistas estuvieron desarmados política y militarmente por esta política, los masacró en Cantón; en Shanghai los introdu-

jo en las calderas de las locomotoras. El Partido Comunista debió retroceder diezmado hacia las montañas del Norte durante una década. La derrota de la revolución china espantó a Stalin y lo movió a desplazarse hacia la extrema izquierda, no menos insensata que el ultraderechismo que acababa de abandonar. Es justamente en el año 1920 cuando la Internacional Comunista lanza la consigna de la "*bancarrotá del capitalismo*" y de "*todo el poder a los Soviets*", que abandonará en 1935 por la consigna oportunista del Frente Popular. Luis Carlos Prestes se convierte al marxismo en pleno período ultraizquierdista.

Las consignas stalinistas valían tanto para la Alemania de Hitler como para el Brasil de Vargas: sus resultados fueron ruinosos en ambas partes del mundo. En Alemania, el sectarismo stalinista calificó a los obreros socialistas de "socialfascistas"; la división del gigantesco movimiento alemán abrió el camino del triunfo electoral a las bandas hitlerianas. En el Brasil, Prestes, que era el verdadero líder nacional del país, se opuso, junto con el Partido Comunista, a la revolución que encabezaba Vargas y al movimiento de masas que la acompañó.¹ Lejos de apoyar críticamente al movimiento nacional que pese a todo dirigía Vargas, y colocarse en el eje de la movilización sosteniendo un programa avanzado, lo que hubiera permitido al comunismo brasileño y a Prestes establecer un íntimo contacto con las masas que creían todavía en Vargas, se aisló de ellas, formuló consignas que carecían de toda relación con la realidad social del Brasil, con el peso social del proletariado en la sociedad brasileña y con

¹ Para comprender el sentido de ese error político de Prestes, es necesario estudiar la historia de la Internacional Comunista en ese período. Hay una ingente bibliografía. Sólo daremos aquí los títulos más indispensables: Isaac Deutscher, *Trotsky, le prophete desarmé*, p.s 427 y ss., Ed. Julliard, Tomo II, París, 1964; Pierre Broue, *Le parti bolchevique*, Ed. de Minuit, París, 1963; León Trotsky, *El gran organizador de derrotas*, Ed. Hoy, Madrid, 1931; León Trotsky, *La Revolución china*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1965; Jorge Abelardo Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1962.

el nivel de su conciencia y se convirtió en un brillante y legendario instrumento de la política soviética.

Tal fue su tragedia personal y la tragedia política del comunismo brasileño, que había atraído a sus filas al más notable jefe militar del país, tan sólo para esterilizarlo.

9. El "Estado Novo".

Aunque formalmente el "Estado Novo" se crea en 1937, parece legítimo considerar el largo período de Vargas como un intento de remodelación burguesa de la vieja República oligárquica. El movimiento cívico-militar que llevó a Vargas al poder se transformará en los próximos quince años en un régimen burocrático "sui-géneris" que erigió el poder del "Estado Cartorial" como factor omnipotente y regulador entre todas las clases sociales del Brasil. En este sentido Vargas se aproximó considerablemente al establecimiento de un régimen semi-bonapartista.

En esencia, el más importante movimiento nacional del Brasil realizó un enérgico esfuerzo para asegurar mediante la intervención del Estado un desarrollo del capitalismo nacional brasileño.¹ No sólo redujo la importancia del "coronelismo" estadual, forma política de caciquismo regional que aseguraba la feudalización política en cada Estado de los latifundistas, sino que Vargas aseguró por la intervención federal, la quema pública simbólica de banderas y escudos de los Estados, y con ella la expropiación política de la vieja oligarquía; en otras palabras, la unidad del poder en Brasil.

10. Industrialización y nacionalismo.

La política de industrialización fue la más caracteri-

¹ V. datos sobre la industrialización en Caio Prado Junior, *Historia económica del Brasil*, ps. 330 y ss., E. Futuro, Buenos Aires, 1960, y Paul Schilling, *ob cit.*, ps. 129 y ss. Sobre los aspectos sociológicos y políticos de la industrialización: Octavio Ianni, *Raças e classes sociais no Brasil*, ps. 104 y ss., Ed. Civilização Brasileira, Río de Janeiro, 1966; y Octavio Ianni, *Estado e Capitalismo*, p. 158 y ss., Ed. Civilização Brasileira S.A., Río de Janeiro, 1965.

zante de su gobierno. Estableció un avanzado sistema de legislación para los trabajadores, no siempre cumplido, y sometió a los sindicatos al control del Estado, prohibiendo las huelgas. Alentó el rápido enriquecimiento de los nuevos empresarios; y los negociados en este orden recordaron al tipo genérico de todos los períodos desordenados del desarrollo burgués en Europa, con sus aventureros, nuevos ricos y embaucadores.

Este hecho, juzgado por la oligarquía latifundista como signo de "inmoralidad" del régimen, a diferencia de la asepsia administrativa de aquella clase, es uno de los rasgos secundarios típicos de la modernización burguesa. Quien deseara desarrollo capitalista, debía admitir los peculados; los "moralistas" de la estratificada sociedad oligárquica no hacían negociados, pues su latrocinio no era privado ya; consistía en la parálisis del Brasil. Sus manos tintas en sangre de esclavos, estaban limpias desde hacía medio siglo.¹

Algunos escritores han negado la corrección del calificativo de "nacionalismo burgués" aplicado al régimen de Vargas. Fundan su objeción en la condición de ganadero de Vargas y prefieren aplicar el concepto de "nacionalismo popular". Es un matiz sutil; pero aún la expresión "popular" tiene un contenido burgués y pequeño burgués. No se puede juzgar la política ni el movimiento acaudillado por Vargas de acuerdo a su personal situación social; sólo el contenido específico de su política define el hombre y al movimiento. Lenín era un abogado y pequeño terrateniente. Pero el movimiento que dirigió era proletario por su ideología y sus fines. Vargas desarrolló una política nacional tendiente a crear las condiciones del crecimiento capitalista.

¹ Acerca del "moralismo oligárquico" y su empleo por la burguesía comercial de las grandes ciudades para movilizar a la pequeña burguesía contra las dictaduras populares, V. *O moralismo e a Alienação das classes medias*, en *Cadernos de Nosso Tempo*, nº 2, 1954, Río de Janeiro; fue publicado en versión castellana en *Izquierda*, nº 2, Año I, Setiembre de 1955, Buenos Aires.

Impulsó la formación de una burguesía industrial y toda su política, aún la legislativa en favor de los obreros, tenía un carácter de modernización burguesa de la sociedad brasileña. Al favorecer legalmente a los trabajadores buscaba un apoyo interior para su política general; pero al tutelar los sindicatos y prohibir las huelgas, se proponía reducir y limitar la actividad independiente de la clase obrera. Despojó de influencia política a la oligarquía exportadora, pero no alteró la estructura de la propiedad rural y defendió los intereses de los productores agrarios tradicionales, con lo que logró su consentimiento para el ejercicio del poder.

11. El suicidio de Vargas.

La nueva burguesía industrial paulista, surgida en parte por la política de Vargas, era, como su colega argentina, en gran parte de origen extranjero y carecía de una conciencia crítica de sí misma y del Brasil. El estanciero gaúcho Vargas, con su visión de productor agrario vinculado al mercado interno, la tradición de la frontera y de los peligros del separatismo riograndense que tan bien conocía, tenía una concepción geoeconómica del Brasil como ninguno de sus contemporáneos. Sustituyó así a una burguesía nacional cuasi inexistente y formuló una política nacional burguesa con el apoyo del único factor centralizado del Brasil en su época: el Ejército.

Esta relativa "independencia" de las clases sociales originaba la "pendularidad" de Vargas, como de Perón en el caso argentino y era el resultado más evidente de la inmadurez de ambas sociedades, necesitadas de un piloto supremo. En el caso de la clase más directamente beneficiada por la política industrializadora de Vargas, era notoria su incapacidad social para percibir su propia existencia. El fenómeno es similar en Brasil y en la Argentina, y parece general en todos los países atrasados. Más aún, históricamente, la burguesía jamás ha logrado ejercer el poder directamente, excepción hecha de los Estados Unidos en la época moderna (y ya vemos con qué resultados).

Por esa razón Engels explicaba el bonapartismo en los siguientes términos, que creemos perfectamente aplicables tanto a Vargas como a Perón: *"Veo cada vez más claramente que el burgués no se siente dispuesto a tomar el control efectivo; por lo tanto, la forma normal de gobierno es el bonapartismo, a no ser que, como en Inglaterra, una oligarquía pueda tomar a su cargo la tarea de guiar el Estado y la sociedad con arreglo a los intereses burgueses, a cambio de una rica recompensa. Una semidictadura, según el modelo bonapartista, conserva los principales intereses de la burguesía, aún en oposición a la burguesía misma, pero no le deja ninguna participación en el control de los negocios. Por otra parte, la dictadura se ve obligada, en contra de su voluntad, a adoptar los intereses materiales de la burguesía"*.¹

Las limitaciones que sus intereses de clase le imponían a Vargas son de suyo evidentes y prefiguraban en cierto modo su trágica caída. En las condiciones históricas del Brasil, no obstante, el varguismo apareció como una forma de innegable progreso histórico. Fue responsabilidad del Partido Comunista, y sobre todo de la Internacional Comunista haber abandonado el movimiento de masas a otros

¹ Carta a Marx del 13 de abril de 1866. Citada por Gustav Mayer, *Engels*, p. 195, Ed. Intermundo, Buenos Aires, 1946. Esta carta también está reproducida en Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 224, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947, pero en un castellano tan horripilante, que su sintaxis y estilo evoca la Edad de Oro stalinista de la literatura. Para entender el pensamiento notable de Engels, en consecuencia, es preciso acudir al libro de Mayer.

Acerca del bonapartismo: "Los gobiernos de los países atrasados, es decir coloniales y semicoloniales, asumen en todas partes un carácter bonapartista o semibonapartista; difieren uno de otro en esto: que algunos tratan de orientarse en una dirección democrática, buscando apoyo en los trabajadores y campesinos, mientras que los otros instauran una forma de gobierno: cercana a la dictadura policiaco-militar. Esto determina asimismo el destino de los sindicatos. Ellos están bajo el patronato especial del Estado o sometidos a una cruel persecución. El tutelaje por parte del Estado está dictado por dos tareas que éste tiene que afrontar: 1) atraer a la clase obrera ganando así un apoyo para su resistencia contra las pretensiones excesivas de parte del imperialismo; 2) al mismo tiempo, regimentar a los trabajadores, poniéndolos bajo el control de su burocracia": Trotsky, *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*, p. 15, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

conductores cuando aún era tiempo.¹ También es indiscutible que la clase obrera brasileña aún estaba en formación, no inflaba en los centros vitales del enorme país desnivelado y no estaba en modo alguno en condiciones de determinar su propia política y mucho menos la política del Brasil. Estos factores desfavorables vuelven más grave la responsabilidad del stalinismo en la tragedia de la revolución brasileña.

Antes de eliminarse, el Presidente Vargas dejaba escrito su Testamento político: *"Después de muchos años de dominio y expoliación de grupos económicos y financieros internacionales, me puse al frente de una revolución y vencí. Inicié el trabajo de liberación y establecí el régimen de libertad social. Tuve que renunciar. Volví al Gobierno por la voluntad del pueblo. La campaña subterránea de los grupos internacionales se unió con grupos nacionales, rebelándose contra el régimen de garantía de trabajo. La ley de ganancias extraordinarias fue detenida en el Congreso... He luchado mes a mes, día a día, hora a hora, resistiendo a una presión constante, incesante, soportando todo en silencio, olvidando todo, renunciando a ser yo mismo, para defender al pueblo que ahora se queda desamparado. Nada les puedo dar a no ser mi sangre... Luché contra la expoliación del Brasil... Yo os di mi vida. Ahora, os ofrezco mi muerte"*.²

¹ En julio de 1954, exactamente un mes antes del suicidio del Presidente Vargas bajo el acoso del imperialismo, el Partido Comunista del Brasil publicaba su "Manifiesto Electoral" y decía: *"El gobierno de Vargas es un gobierno de traición nacional. Su política de completa sumisión a los gobernantes norteamericanos se manifiesta en todos los aspectos de la vida del país... gobierno de latifundistas y grandes capitalistas, el gobierno de Vargas se somete con un servilismo sin precedentes al gobierno de los Estados Unidos y hace de los representantes del Brasil en el exterior lacayos del Departamento de Estado norteamericano"*. Si esto decía el antiguo Capitán Prestes, ¿qué podían esperar los stalinistas argentinos del apátrida Vittorio Codovilla? V. Vamireh Chacón, *A revolução no trópico*, p. 24, Ed. Instituto Brasileiro de Estudos Afro-Asiáticos, Río de Janeiro, 1962.

² Schilling, *ob. cit.*, p. 166.

12. La crisis del movimiento nacional.

Para medir la magnitud de su fuerza histórica, es preciso considerar la herencia de Vargas al día siguiente de su muerte trágica. El Brasil ha sido sometido por el Ejército a un intento de radical recolonización. La industria tan laboriosamente erigida marcha hacia su absorción mayoritaria por el imperialismo yanqui, como en la Argentina.¹

El factor activo que facilita esa penetración es la vieja oligarquía intocada por Vargas. Domina la escena la misma burguesía comercial que lo obligó a empuñar su revólver y la misma prensa colonial de ayer. Se reitera en el Brasil un fenómeno análogo al de la Argentina o Bolivia: el movimiento nacional de conducción burguesa que no se transfigura en socialista es derribado, o corrompido por las fuerzas antagónicas que no se atrevió a destruir. La idea de volver compatibles la "dualidad de clases", es decir la coexistencia de oligarquía y burguesía, de atraso y progreso, de revolución y contrarrevolución termina inevitablemente con el triunfo de la forma arcaica mediante la ayuda extranjera.

Si las fuerzas nacionales no marchan hacia la extirpación de raíz del viejo orden, el viejo orden los vencerá. Tal es el caso de Vargas, Goulart, Paz Estensoro y Perón. Un caso diferente es el de Nasser en Egipto. Es cierto que Nasser no considera que Egipto es una Nación, sino un Estado, y en esa aguda conciencia de sus límites consiste la originalidad y fuerza de la revolución nacional árabe. La palabra socialismo en América Latina debe unirse íntimamente a la resonancia moderna de Bolívar. Si esto no es asumido plenamente por el nacionalismo burgués, pequeño burgués o popular, éste correrá una y otra vez hacia su pérdida. La historia no le deja otra opción: el ejemplo de Fidel Castro y sus camaradas, que se transforman de nacionalistas en socialistas y llevan su revolución hasta el fin, muestra el aspecto positivo del dilema.

¹ V. Schilling, *ob. cit.*, ps. 182 y ss.

13. Argentina: los viejos y bellos días.

La Argentina era la más europea de las regiones latinoamericanas. En sus actuales fronteras, el Litoral exportador y en particular la ciudad de Buenos Aires, despertaba siempre el asombro irónico de los visitantes del Viejo Mundo. Concluida la unidad del Estado en 1880 y federalizada Buenos Aires por el ejército de provincianos dirigido por Roca, la gran provincia quedó sin su orgullosa ciudad, que pasó a ser de jurisdicción federal, terminando un viejo pleito. Este hecho coincidió con la expansión de la ganadería y la agricultura en un ininterrumpido proceso hasta 1930. "*Dios es argentino*" era el vanidoso aforismo de la oligarquía ganadera bendecida por un maravilloso régimen de lluvias y por una al parecer inagotable capa de humus vegetal. Al otro lado del Río de la Plata la antigua Banda Oriental dotada de análogos recursos naturales respondía con otra frase: "*Como el Uruguay no hay*". El patriotismo chileno era menos arrogante: "*Viva Chile de m...*".

Entre las pequeñas soberanías heredadas de la balcanización, la Argentina gozaba de una renta diferencial que hacía de sus pampas las más lucrativas praderas del mundo. La tradicional indiferencia de la oligarquía porteña por América Latina se convirtió en una norma de oro de su diplomacia. El país entero se inclinó hacia Europa. Era un valor entendido que la alianza con Gran Bretaña en un pródigo intercambio de materias primas contra artículos industriales bastaba para mantener el alto nivel de la oligarquía dispendiosa, de una clase media acogida a la protección del "Estado Cartorial" y de un artesanado urbano relativamente privilegiado. Junto a una estructura de servicios creada por el imperialismo, este sistema garantizaba a sus trabajadores niveles de vida más altos que al resto de la población.

El régimen en su conjunto funcionó sin grandes sobresaltos desde 1880 hasta 1930. Se fundaba en el reparto desigual de la renta agraria y las disputas políticas dirimían

una mayor justicia en dicha distribución entre las clases participantes. El yrigoyenismo fue el primer movimiento nacional de este siglo que canalizó políticamente a las clases sociales postergadas del sistema agrario, aunque no cuestionó el sistema mismo.¹

14. Ortega y el destino imperial.

Hacia el año 1930, mientras América Latina se debate en la pobreza, la oligarquía argentina rebosa de satisfacción. Sus miembros viajaban a Europa todos los años con una comitiva asiática, se dejaban esquilmar por los hoteleros franceses con una soberbia displicencia e importaban en cambio, para su solaz, a los grandes espíritus disponibles de la época. De este modo Ortega y Gasset conoció Buenos Aires y retribuyó atenciones: *"El pueblo argentino no se contenta con ser una nación entre otras; quiere un destino peraltado. exige de sí mismo un destino soberbio, no le cabría una historia sin triunfo y está resuelto a mandar. Lo logrará o no, pero es sobremanera interesante asistir al disparo sobre el tiempo histórico de un pueblo con vocación imperial"*.²

La facundia de Ortega se desencadenó con los agasajos que la nobleza ganadera derramó sobre él. Vivió en Buenos Aires anonadado por la fanfarronería porteña de los altos círculos oligárquicos, por la calle Florida, los chalets de San Isidro y los asados criollos en las estancias más ricas de mundo. El peso argentino equivalía a un dólar y las amerengadas damas de "Amigos del Arte" lo sabían. Ortega sobresaltó a este insignificante mundillo cuando

¹ Para una descripción y análisis crítico del yrigoyenismo y del peronismo, v. Ramos, *Revolución y contrarrevolución en la Argentina*, ob. cit., Tomo II. Para el yrigoyenismo, Rodolfo Puiggrós, *El Yrigoyenismo*, Tomo 2 de la "Historia Crítica de los Partidos Políticos Argentinos", Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1965.

² José Ortega y Gasset, *Obras Completas*, Tomo II, p. 644, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1958. Ortega funda su juicio en tres fuentes: el redactor jefe de un gran diario; un profesor universitario y un miembro de la "juventud dorada" de la aristocracia porteña. ¡Estaba exultante el publicista español y no se detenía ante nada!

pretendió, en su euforia, llamarlas "criollas". "No les era grato oírse llamar "criollas", un vocablo que yo les lanzaba con todo entusiasmo, como si él solo fuese ya un madrigal. Entonces caí en la cuenta de que esa voz, como tantas otras, ha tenido mala suerte. Porque en ese cambio de sentido sobreviven luchas civiles que hubo en este país".¹ El verboso español advertía tardíamente que estas insinuantes damitas de la aristocracia pampeana representaban una parte del país, pero que todo el resto era una especie de enigma latente: por alguna misteriosa razón la palabra *criolla* incomodaba a las elegantes de Buenos Aires.

15. Las serpientes y el conde de Keyserling.

Asimismo fue invitado para esa época el conde Keyserling, con sus ojos penetrantes y su arrebatadora barbita gris. Tuvo un éxito fulminante. Carecía de todo escrúpulo histórico. Su fuerte era la invención, y su oficio formal de filósofo era otra de las argucias maquinadas por su fantasía. Lo primero que hizo al descubrir América Latina fue desenterrar a Buffon: anunció al mundo que en Sudamérica "me había percatado de mi propia mineralidad" y que al sumirse "en la contemplación de las primeras almas sudamericanas, fui asaltado por visiones de serpientes".² Los sapos enormes del Brasil lo persuadieron que la naturaleza de América del Sur es "descomposición, corrupción, putrefacción, basura, hedor, deformidad, fealdad horrorosa y perpetuo asesinato".

Las mismas damas de Buenos Aires, con sus sutiles halagos, apenas lograron moderar a este desafortunado germano. Su doctrina de que América Latina es una tierra de "sangre fría", pareció sufrir entonces persuasivos rechazos. que no es del caso historiar aquí. En la vida argentina, Keyserling observa un noble decoro "para encubrir el

¹ Ortega y Gasset, *Meditación de la criolla*, ob. cit., p. 101.

² Conde de Keyserling, *Meditaciones sudamericanas*, p. 24, Ed. Zig-Zag, Santiago de Chile, 1932.

propio pantano interior". El conde era el nuevo Colón de la psicología americana: si *"Leguía era más indio que Yrigoyen, y por ello mismo más taimado, en el sentido del mundo de la sangre fría"*,¹ Yrigoyen habría mantenido su neutralidad ante la guerra mundial *"porque no tenía gana"*, clave en la que Keyserling cree descubrir la raíz recóndita del alma argentina. En esos días venturosos de la oligarquía ganadera la Argentina estaba en condiciones de resistir sin decir *ay* todas las depredaciones de los pensadores de turno.

Medraba en las costas sudamericanas, atraído por el oro argentino, un género cosmopolita de magos de la palabra, charlatanes célebres que exhibían su falsa pedrería de gitanos del intelecto, con el reaseguro de su pasaporte europeo o norteamericano y el respeto que tales títulos y lenguas despertaban en las mujeres ricas de la factoría carnívora perdida en el Atlántico Sur. Waldo Frank era uno de estos *"commis voyageur"* de las letras, munido de esa desenvoltura para mirar y hablar que sólo se adquiere después de largos años de oficio.²

La oligarquía estaba encantada con el estupendo visitante. Waldo Frank advirtió con su mirada sagaz a la portefaña: *"Su pecho es pálido porque el sol de la Argentina decolora... con la mirada negra de sus ojos acerca la pampa porque ha heredado el fino escudriño del conquistador para los horizontes... vive al aire abierto, en una pampa de posibilidades que amedrenta su necesidad femenina de ha-*

¹ *Ibid.*, p. 193. Sin detenerse en su brío, el Conde acuña un aforismo que resume su coincidencia con la oligarquía sudamericana: *"Así, pues, los caudillos sudamericanos, seres de sangre fría, poseídos por un ciego instinto de poderío y carentes de todo fin, no se nos aparecen ya como excepciones, sino como prototipos"*, p. 197.

² Waldo Frank, *América Hispana*, p. 115, Ed. Losada, Buenos Aires, 1950. Previsiblemente, Frank juzga al Presidente popular Hipólito Yrigoyen: *"Sentado en su silla otra vez, Yrigoyen no abre la boca ni hace nada absolutamente..."*; a Victoria Ocampo, en cambio, la estanciera "dilettante" e invitadora, la define cómicamente así: *"Victoria Ocampo... en su culto a la luz y en su trabajo de estructuración dentro del caos de la pampa, se ha dado cuenta de que debe coger el cactus amargo entre sus manos y apretarle contra su corazón. Y ha sido la profetisa de su país"*, p. 124.

llar un sitio seguro y cerrado donde parir sus hijos". ¡Ya era demasiado! Este mundo artificial y sofocante se derrumbó solemnemente en 1930.

16. Una Argentina industrial.

A diferencia del proceso que la crisis engendró en el Brasil, donde un movimiento nacional encabezado por Vargas dirigió la evolución económica hacia una deliberada industrialización, la caída de Yrigoyen disolvió el movimiento nacional hacia nuevos rumbos. Tomó el poder la oligarquía ganadera, desplazada del poder en 1916 por Yrigoyen y que sólo atinó a envilecerse ante el Imperio británico: éste aprovechó el naufragio general para imponer a la Argentina una doble cadena alrededor de su cuello. Se estableció así la dictadura provisional del General Uriburu, soldado de fortuna y pintoresco fanfarrón de antiguo cuño.

Poco después, el General Justo asumía el gobierno gracias a elecciones delictuosas. Se inauguró así la llamada "Década infame". El conjunto de leyes aprobadas, la política de carnes, la creación del Banco Central, estuvo dictada por la extorsión británica de comprar las carnes argentinas sólo a cambio del control inglés de la economía nacional. Pero la crisis operó milagros inesperados. Por la ausencia de divisas y el hundimiento de los precios, el gobierno oligárquico estableció el control de cambios y aumentó los derechos aduaneros. Comenzó a desarrollarse sin apoyo oficial una industria de consideración.¹ Al mismo tiempo se prohibió la inmigración europea que desde principios de siglo había colonizado la "pampa gringa" del Litoral. Con la aparición de nuevas fábricas que debían sustituir las importaciones prohibidas, se requería mano de obra. Como ésta ya no podía provenir del exterior, los nuevos obreros llegaron de las provincias agrarias olvidadas

¹ V. Adolfo Dorfman, *Evolución industrial argentina*, Ed. Lozada, Buenos Aires, 1948.

del Interior. Modificóse profundamente por este recambio la fisonomía social y racial de la clásica ciudad europea del Plata.

Su tipo criollo pasó inadvertido durante años, pues se alojó silenciosamente en la periferia de la gran ciudad: la oligarquía, como la clase media, ignoraron su existencia. Con ellos venía la tradición nacional, un nacionalismo elemental que Buenos Aires no había conocido jamás; y en sus apellidos resonaban nombres olvidados de las guerras civiles o de la conquista. América del Sur estaba presente en la composición de ese nuevo proletariado: miles de chilenos, bolivianos y paraguayos emigran y se arraigan en las nuevas ciudades fabriles de la Argentina.

17. Burguesía, proletariado y Ejército.

El nuevo proletariado que se forma en la década del 30 está orgánicamente desvinculado de los partidos políticos de la factoría, sean éstos de derecha o de izquierda, Socialistas y comunistas sólo tenían alguna influencia en la ciudad cosmopolita del sistema agrario; se habían opuesto siempre al yrigoyenismo, marginándose con sus consignas porteñas o cosmopolitas de las peculiaridades de la vida argentina.

Pero también la burguesía industrial que recién nacía, carecía de un comportamiento nacional. Eran neoburgueses ávidos de ganancias dispuestos a pactar con el imperialismo, si era necesario; carecían de prensa propia. Tampoco habían elaborado un sistema de ideas en el orden del nacionalismo económico, ni tenían peso alguno en la vida política. Era una indiferenciada masa de fabricantes, una burguesía *en sí*.¹ El Ejército, que había apoyado a Yrigoyen con la caída del caudillo fue expurgado de los oficiales yrigoyenistas. En su seno nació lentamente una generación militar nueva, que detestaba al Imperialismo britá-

¹ V. sobre el papel de la burguesía y los movimientos nacionales en los países atrasados, Jorge Abelardo Ramos, *La lucha por un partido revolucionario*, p. 19, Ed. Pampa y Cielo, Buenos Aires,

nico, pues la crisis había puesto al desnudo la fatal dependencia argentina. La guerra proporcionó una oportunidad para romper el sistema oligárquico. El partido conservador impuso al Presidente Castillo un candidato para sucederlo, de notoria filiación rupturista. El neutralismo ante la segunda guerra era demasiado poderoso en el Ejército para permitir una ruptura con el Eje. La revolución del 4 de junio de 1943 puso término al ciclo.

El coronel Perón se abrió paso vertiginosamente como el caudillo político del Ejército. Desde el comienzo buscó el apoyo de los obreros sin organizar (los sindicatos eran poco representativos y estaban en manos de socialistas y comunistas) y promovió la formación de grandes entidades gremiales. Las enormes corrientes de obreros provincianos ingresaron a estas organizaciones en masa y obtuvieron derechos que no habían conocido nunca. La oligarquía advino los peligros de esta política. Con el apoyo abierto del embajador norteamericano Braden preparó un golpe de Estado que derribó a Perón. El 17 de Octubre de 1945 la respuesta de las masas populares y del sector del Ejército fiel a Perón se manifestó en gigantescas huelgas generales que devolvieron la situación a su estado anterior.

Las elecciones del 24 de febrero de 1946 legitimaron el ascendiente obtenido por Perón en las mayorías argentinas. Antes de las elecciones, Perón intentó llegar a un acuerdo con los comunistas, que éstos rechazaron, en virtud de que toda su política hacia Perón se regía por las categorías impuestas por el acuerdo de los Cuatro Grandes en Yalta. Aquellos países que se habían atrevido, como la Argentina, a mantener su neutralidad ante la gran matanza, debían ser castigados, según opinaban Roosevelt y Stalin.¹ Los comunistas argentinos veían en Perón a una continuación de Hitler. De ganaderos a izquierdistas, esta caracterización fue unánime.²

¹ Edward R. Stettinius, Jr., *Roosevelt y los rusos*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1961.

² Angel Perelman, *Cómo hicimos el 17 de Octubre*, ps. 45 y ss., Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961.

18. Peronismo y clases sociales.

El triunfo electoral de Perón y sus dos gobiernos congregaron sectores sociales del más diverso origen. Aparecía resueltamente como un verdadero Frente Nacional. A él confluyeron los restos del yrigoyenismo agrario, algunos débiles sectores empresarios, raros socialistas que rompían con su partido, sindicalistas tradicionales y nuevos sindicalistas, importantes sectores de la Iglesia católica; grandes grupos de la clase media de provincias vinculados al mercado interno; obviamente la clase obrera y, detrás del conjunto, el Ejército. Este último era el verdadero partido político de Perón, el factor subrogante de una burguesía demasiado débil y confusa para percibir su verdadero papel.¹

En los países semicoloniales, a diferencia de los países imperialistas, la industria no ha surgido como la expresión final de un lento y trabado desenvolvimiento económico, desde el artesanado a la gran producción capitalista. Por el contrario las posibilidades industriales de nuestros

¹ Uno de los raros pensadores argentinos, que no ostenta la patente de "sociólogo" pero que comprende como pocos la sociedad de su país, Don Arturo Jauretche, ha señalado que en la escala tradicional de valores en la Argentina el industrial no obtiene satisfacciones de "prestigio social" fabricando heladeras, sino que espera lograrlo derivando parte de su dinero a la adquisición de algún campo donde pueda criar caballos criollos. ¿Y por qué precisamente caballos? Criar estos animales no exige una gran inversión en campos, ni en reproductores. Pero permite obtener un carnet de socio de la Sociedad Rural Argentina, el *Gotha* de los grandes ganaderos e invernales de la Provincia de Buenos Aires, fuente clásica de la reputación social. A su vez, los apellidos oligárquicos en las Sociedades Anónimas industriales se explican por razones de prestigio: el burgués sin apellido que se ha hecho rico, necesita de las relaciones políticas, bancarias o sociales de algún "oligarca sin campos", de los que hay muchos, y que a cambio de un sueldo reconfortante presta su nombre para encabezar la compañía. Generalmente se trata de segundones de las grandes y prolíficas familias que a la cuarta o quinta generación han deshecho las grandes extensiones por obra de las participaciones sucesorias o de gastos excesivos; los últimos herederos se quedan sin una hectárea y se conchaban como "empleados de lujo" del burgués plebeyo.

países han sido rigurosamente limitadas por la introducción masiva de la producción extranjera. Sólo ha podido irrumpir en el mercado a través de las fisuras abiertas en el sistema del mercado mundial por los golpes de las crisis o los conflictos militares del imperialismo. El desplazamiento de otros sectores sociales a la producción industrial, la selección casual de sus dirigentes y empresarios, la deformación cultural e ideológica de un largo pasado librecambista ha creado en la burguesía industrial argentina una disociación entre sus intereses inmediatos, su ideología y su adhesión política.

Se comprenderá que con este tipo de nueva industria las necesidades bruscamente creadas a todo el país con la guerra y la aparición de un mercado interno sólo podían ser satisfechas en la esfera de la política por la única fuerza centralizada no vinculada al imperialismo extranjero y que por su profesión estaba orgánicamente marginada de los intereses agropecuarios. Esta fuerza era el Ejército.

19. La naturaleza política del Ejército.

Su función contradictoria en los países semicoloniales ya ha sido estudiada por nosotros.¹ La presencia dominante del imperialismo extranjero, de una oligarquía antinacional y de una mediocre burguesía nativa, permite al Ejército, bajo ciertas circunstancias críticas, asumir la representatividad de las fuerzas nacionales impotentes, o, por el contrario, transformarse en el brazo armado de la oligarquía. Esta dualidad se funda en la dualidad que existe en la sociedad semicolonial, donde no hay una sola clase dominante, a ejemplo de los países imperialistas, sino dos, una tradicional y una moderna, aunque mucho más débil.

La pugna entre ambos grupos, aquél vinculado al sistema agrario-exportador y éste situado junto a las clases interesadas en el crecimiento económico, se introduce en el seno del Ejército y genera en él esa misma contradic-

¹ Jorge Abelardo Ramos, *Historia política del Ejército Argentino*, Ed. Peña Lillo, Buenos Aires, 1959.

ción en otro nivel. La variabilidad de sus actitudes, está influida por la situación internacional —donde el poder intimidatorio y las victorias o derrotas del imperialismo juegan un papel impresionante— así como por las singularidades de los fenómenos políticos nacionales. En un caso o en otro, la tendencia a regímenes bonapartistas o semi-bonapartistas en la Argentina de la era industrial se funda directamente en la inestabilidad crónica de las clases poseedoras.

En el régimen de Perón, las grandes conquistas de la legislación obrera provenían de la necesidad de que el régimen obtuviera el necesario apoyo interior para resistir las extorsiones del imperialismo extranjero. La propia clase obrera apoyó con ardor el peronismo, en quien simbolizaba su propio ingreso a la vida política, un alto nivel de vida y la derrota de la oligarquía.

20. Conciencia nacional y conciencia de clase.

Esta adhesión obrera al peronismo era completamente lógica: se fundaba en las experiencias políticas vitales de las grandes masas y en la necesidad de romper, a través de un nuevo caudillo, el bloqueo social impuesto al pueblo por el sistema oligárquico. Pero en un país semi-colonial, con un incipiente desarrollo capitalista, esta incorporación de las masas a un movimiento nacionalista popular que manifiestamente se proponía impulsar el crecimiento de la industria, y la armonía de las clases sociales, exige una explicación específica para comprender la especial "actitud conformista" de la clase obrera con el capitalismo, que ha sumido en la perplejidad y hundido en el más negro escepticismo a no pocos teóricos "marxistas" cipayos.

"Mientras un régimen de producción se desarrolla en sentido ascensional, escribe Engels, cuenta incluso con la adhesión y el homenaje entusiasta de los que menos beneficiados salen por el régimen de distribución ajustado a él. Basta recordar el entusiasmo de los obreros ingleses al aparecer la gran industria. Y aun después de que este régimen de producción, consolidado ya, constituye en la so-

ciudad de que se trata un régimen normal, sigue imperando en general el contento con la forma de distribución, y si alguna voz de protesta se alza, sale de las filas de la clase dominante (Saint-Simon, Fourier, Owen) sin encontrar apenas eco, por el momento, en la masa explotada".¹

Los obreros peronistas procedían en su mayor parte de las regiones agrarias de la Argentina; e ingresaban a la industria, cambiando no sólo sus condiciones de aislamiento rural anterior, por las ventajas urbanas de todo orden, sino que valoraban los aspectos positivos del régimen capitalista, en relación con las condiciones de dependencia personal agraria anterior: salarios quincenales, relaciones objetivas con la patronal, superior nivel de vida, organización sindical, peso político y dignidad individual. Todos estos factores suponían un ascenso histórico, tan nuevo como el capitalismo que contribuían los obreros a consolidar y tan deseable como detestable había sido para ellos el sistema pastoril o agrícola que habían abandonado corridos por la parálisis agraria.

21. Política y "sociología".

Si los partidos de izquierda quedaron aislados por el triunfo del peronismo, esto no se debió a la supuesta "dictadura" sino a la aversión que despertó en el proletariado

¹ Engels se refería a un período "ascensional", esto es, al siglo XIX europeo; pero este período se reproducía en la Argentina del siglo XX. Y si aún ahora, cuando históricamente el capitalismo de los países avanzados ha perdido su progresividad, el proletariado europeo o norteamericano practica una actitud sólidamente "conformista" con el régimen del salario, es evidente que en la Argentina semi-colonial el desarrollo del capitalismo industrial no podía sino generar un "entusiasmo" y un fervor políticamente expresado en la adhesión al peronismo. Así como en los Estados Unidos imperialistas, saqueadores de pueblos y genocidas, la clase trabajadora norteamericana apoya a la plutocracia y exige la continuación de las órdenes de compra para las fábricas de armamentos que mantienen su nivel de vida, estableciendo un acuerdo de clases con su propia burguesía, en los países atrasados o semicoloniales, la nueva clase obrera pacta en los hechos con los sectores nacionalistas burgueses o pequeño burgueses en la defensa de intereses que juzga comunes: soberanía, industrialización, independencia económica.

la traición de los socialistas¹ (hoy virtualmente desaparecidos) y del Partido Comunista (que conserva una existencia financiera), puesto que dichos sectores abrazaron el bando del candidato Tamborini, con el apoyo público del Embajador Braden. Este hecho cerraba históricamente el ciclo de expansión de las izquierdas cipayas en la Argentina, coincidiendo con el fin de la sociedad agraria exportadora que las había engendrado.²

El Ejército ejerció el papel conductor de la revolución nacional en la Argentina, además, porque *“la burguesía era ya y el proletariado era aún demasiado débil para asu-*

¹ Nos referimos a los discípulos de Juan B. Justo, el tradicional “socialismo amarillo”, hoy reducido a dos sectas, los “socialistas democráticos” y los “socialistas argentinos”. El lugar histórico del verdadero socialismo revolucionario en la Argentina lo ocupa hoy el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, fundado en 1962.

² Todo el viejo sistema político e ideológico se lanzó contra el peronismo. Naturalmente, los partidos oligárquicos, los socialistas y los stalinistas, así como el radicalismo agrario pequeño burgués ligado a la estructura tradicional. Pero asimismo la “ciencia”, es decir la sociología y la “inteligencia” en general. Del mismo modo que en la esfera económica la economía argentina había dependido siempre del Imperio Británico y sus ideas políticas de izquierda o de derecha continuaban tal dependencia, en los nuevos tiempos, con la influencia creciente en las finanzas locales del imperialismo norteamericano, también la vulgar sociología neo-positivista de Estados Unidos ha hecho su ingreso triunfal en la Argentina. Toda suerte de tonterías han tenido a bien derramar los “sociólogos” norteamericanos sobre el peronismo. Desde mágicas disertaciones sobre el “carisma” de Perón, donde el fenómeno se explica por el fenómeno mismo, hasta precipitadas aseveraciones del siguiente género: *“Si se considera al peronismo como una variante del fascismo, es, en ese caso, un fascismo de izquierda, porque se apoya en los estratos sociales que de otra manera se volcarían al socialismo o al comunismo, como válvula de escape a sus frustraciones”*: Seymour Martin Lipset, *El hombre político*, p. 155, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1964. El capítulo se titula *“Peronismo”: el “fascismo” de la clase baja*. De este género de maestros han bebido Gino Germani, Imaz y otros sociólogos semejantes. La aplicación del lenguaje psicológico a problemas de la sociedad y de categorías europeas a la estructura política de un país semi-colonial demuestra el carácter “científico” de este próspero neo-positivismo.

mir la dirección".¹ El hecho más significativo en cuanto a la importancia relativa de la clase obrera con respecto a la burguesía nacional radica, desde el punto de vista del régimen de apropiación, en que la mayor parte de las grandes industrias están en manos del capital extranjero; pero toda la producción reposa sobre los obreros argentinos. De este modo, el proletariado ocupa en la industria una función incomparablemente más decisiva que la burguesía nacional. El régimen peronista fundó su política, de amplia progresividad histórica, pese a sus limitaciones de clase, en una circunstancia coyuntural; los altos precios de los productos agrarios alcanzados en la postguerra y en las reservas de divisas acumuladas por las exportaciones argentinas no pagadas durante el conflicto.

Las divisas se emplearon en la adquisición de bienes de producción y en repatriación de la deuda externa, cáncer de la balanza de pagos. Los precios agrarios permitieron al peronismo financiar la industria. Cuando esos precios cayeron en Europa, el gobierno se vio obligado a mantener precios remunerativos al campo, a pura pérdida. El esfuerzo de capitalización nacional comenzó a peligrar y a dañar todo el sistema.

22. La oligarquía ganadera.

El fundamento de la crisis orgánica de la Argentina reside en el conflicto hasta hoy irresuelto entre las exigencias de la industrialización y la base nacional de la acumulación. El aumento de la población ha sobrepasado hace muchos el límite que permitía a la Argentina sostenerse con la producción agraria. Por otra parte, ésta tiende cada vez más a reducir el número de trabajadores necesarios, por obra de la mecanización creciente. Las crisis mundiales crearon la industria; ésta fue reforzada por algunos capitales imperialistas que saltaron las barreras aduaneras y se instalaron en la Argentina para monopolizar el mercado interior y exportar las ganancias a través de un mer-

¹ Deutscher, *ob. cit.*, Tomo I, p. 212.

cado libre de cambios, aprovechando el bajo costo de la mano de obra.

Pero la revolución peronista y la ulterior escasez de divisas encerró al capital extranjero dentro del mercado interno. De este modo se reforzaron las posibilidades para desarrollar una industria liviana y semipesada relativamente considerable. Las necesidades de las obras básicas —siderurgia, comunicaciones, química pesada— se agravaron con este crecimiento de las industrias livianas. Si la base de la política de Perón consistía en industrializar por medio de las divisas obtenidas de las exportaciones, la tendencia desfavorable entre los precios de las materias primas argentinas y los precios de los bienes de capital importados revelaron que esa vía era demasiado estrecha y vulnerable. Pues el aumento de la población y el nuevo nivel de vida demostraron que los argentinos tienden a consumir en su totalidad los alimentos que fueron tradicionalmente la fuente exterior de las divisas.¹

Lo que ha ocurrido es muy sencillo. Mientras que la población se ha triplicado desde 1910, la producción agrícola-ganadera ha permanecido estacionaria.

¿Cuál es la razón? La respuesta a esta pregunta encierra la clave de la revolución argentina. La producción agraria creció desde 1880 hasta 1930 hasta los límites históricos fijados por la capacidad de absorción europea y allí se detuvo, lo mismo que la extensión de las líneas ferroviarias y el aparato administrativo de la semi-colonia. El auge de la ganadería extensiva concluyó con la explotación rutinaria de la zona pampeana, la más fértil y rica; la ganadería extra-pampeana debió resignarse a producir carne para el mercado interno.

La oligarquía ganadera se constituyó como una clase rentística y no productiva, educada durante generaciones

¹ En 1959 un informe de las Naciones Unidas afirmaba que la parálisis de la producción agropecuaria argentina y el aumento de la población traería inexorablemente la consecuencia de que la población consumirá todo el poder exportable del país, a menos que se tecnifique rápidamente. V. *El desarrollo económico de la Argentina*, parte 2, p. 4, Naciones Unidas, México, 1959.

en la idea de que la Naturaleza y no el trabajo humano invertido en la explotación de la estancia proveía su fortuna. De ahí nació la única exigencia constante de los ganaderos: mayores precios, nunca mayor producción. El aumento de la población y el mantenimiento de su cuota proteínica, encuentra en la parálisis de la producción ganadera una muralla que el país no puede franquear sin destruir las actuales relaciones de propiedad. O el pueblo argentino suprime el consumo de su alimento básico tradicional, o la economía argentina se paralizará por ausencia de saldos exportables. Desde cualquiera de los dos puntos de vista la crisis está planteada.

23. Capitalismo industrial y propiedad agraria.

Pues no está en juego solamente el progreso económico de la Argentina, sino la existencia misma de su pueblo. El parasitismo oligárquico es de tal carácter que los terratenientes constituyen una clase capitalista, pero no burguesa y se han resistido con una perfecta indiferencia patriarcal a aumentar la producción y a considerar la estancia como empresa capitalista. Su tradición les indica que se trata de un bien de renta. Lo que constituyó durante un siglo uno de los privilegios de la Argentina —la renta diferencial— es decir la composición química del suelo, el régimen de lluvias y la proximidad de las praderas al puerto de Buenos Aires, se ha vuelto el talón de Aquiles de la oligarquía. Es así que la tierra comienza a dar alarmantes señales de erosión.¹

Nada de esto importa al terrateniente, cuyo estilo tradicional exige escasa mano de obra, casi nulo capital va-

¹ *El desarrollo económico de la Argentina, ob. cit., p. 76.* Casi la mitad de los 34,7 millones de hectáreas de la pampa húmeda están afectados por diversos grados de erosión. "El peligro que esto comporta es evidente: una vez que el proceso de erosión comienza se desarrolla en forma acelerada y puede destruir en pocos años lo que la naturaleza ha tardado milenios en formar... La noción de la riqueza inagotable de su suelo ha llevado a la Argentina a no interesarse por ello". *Ibid.*

riable.¹ Los campos han sido amortizados desde hace generaciones y el "valor" de los campos es puramente especulativo. El régimen impositivo es benévolo y por lo demás es violado sistemáticamente. Todo ganadero argentino, salvo raras excepciones, deja que la "Naturaleza obre".² Aborrece los problemas técnicos y se rehusa a construir la fábrica de carne. Es de este tipo de rentista estéril que depende la capacidad de capitalización del país: en esa pampa húmeda controlada por "manos muertas" está el "Ruhr argentino".³ Bastará decir que la producción convencional en las más fértiles praderas del mundo con pasturas naturales sólo alcanza a una vaca por hectárea. En Europa con fertilizantes químicos nuevos se ha llegado a un promedio de 7 u 8 vacas por hectárea.⁴

¹ La proporción de trabajo humano en la explotación ganadera es insignificante. Pero como además el capital constante (máquinas, accesorios, materias primas, etc.) es sumamente reducido, la composición orgánica del capital en la ganadería, "el Potosí argentino", es la más baja de la economía nacional. Comparativamente, hace falta invertir más capital para fabricar churros madrileños que para explotar una estancia. Además de la tierra, los "medios de producción" son los animales mismos, que se ocupan de reproducirse sin consejos ajenos y como en la mayor parte de los casos los veterinarios y agrónomos son raramente llamados, la ganadería argentina es una manifestación del genio científico nacional; es la única economía del mundo que se rige por las leyes de la cibernética: funciona sola bajo la protección de la Divina Providencia. Con media docena de peones se pueden manejar 5.000 cabezas de ganado.

² Habla un ganadero: "Nosotros, afortunadamente, y por suerte, podemos compensar todos nuestros errores con el clima y el suelo, aunque esté empobrecido. Pero todavía las vacas si uno les echa un toro, le dan un ternero". El genial autor de estas palabras es el Sr. Patricio Donovan, *Clarín*, 25 de julio de 1959, Buenos Aires.

³ V. *Clase Obrera y Poder*, Tesis central del Partido Socialista de la Izquierda Nacional de la Argentina, Ediciones Izquierda Nacional, Buenos Aires, 1965.

⁴ En el noroeste de la Provincia de Buenos Aires, en Laplace, se experimentó la crianza de animales con pasturas artificiales sobre 47 hectáreas. Así pudieron alimentarse 8,5 cabezas de ganado vacuno por hectárea de junio a setiembre; un campo próximo, con pasturas naturales, no rindió un animal por hectárea. V. *El desarrollo económico de la Argentina*, p. 32.

Por lo demás, en Europa se emplea ya el *krillium* o abono de amoníaco líquido que aumenta prodigiosamente la fertilidad del sue-

Pero la resistencia de la oligarquía ganadera es invencible: no produce más porque no le interesa sino disfrutar su renta. La duplicación o triplicación del número de cabezas de ganado de 50 a 100 o 150 millones podría colocar a la Argentina en posesión de gigantescos recursos para su crecimiento económico en todas las áreas. Pero esto no sólo supone el quebrantamiento de los canales británicos y europeos clásicos de la comercialización de carnes, que ha dominado secularmente la producción ganadera argentina, sino ante todo la expropiación directa de la oligarquía ganadera misma y su sustitución por estancias ganaderas del Estado que abracen vastas extensiones de campo, sometidos a las pasturas artificiales, a la inseminación científica y a la atención de veterinarios y agrónomos.

Dicha expropiación pondría en manos del Estado revolucionario un instrumento de negociación mundial de incalculable alcance: el poder proteínico de la Argentina. En condiciones de alimentar a los hermanos de América Latina, y comerciar no sólo con Europa capitalista sino sobre todo con el mundo africano, asiático y árabe, terminaría así con el servilismo secular del mercado de Smithfield.

24. El exacto límite de la revolución peronista.

El segundo paso de la revolución peronista no fue dado: éste consistía en proseguir la industrialización no ya con las diferencias de precios de las exportaciones agrarias, sometidas a la depreciación internacional, sino mediante la expropiación de la oligarquía terrateniente, ganadera y comercial intacta. En ese momento la contraofensiva oligárquica derribó el régimen peronista, justamente porque el

lo. Se estima que el *krilium* es de 100 a 1.000 veces más eficaz que el humus, el abono natural o compuesto. Según el profesor finlandés Arturi I. Virtanen, Premio Nobel de Química, la aplicación de la ciencia agrícola moderna podría permitir la alimentación suficiente para 4.000 millones de seres humanos en nuestro hambriento planeta. V. Ernest Mandel, *Traité d'Economie Marxiste*, Tomo I, p. 365, Ed. Julliard, París, 1962.

peronismo no la había destruido. En ese hecho se revela su fatal limitación.

El movimiento nacional burgués se resistía a doblegar a la oligarquía exactamente allí donde podía asestarle un golpe definitivo, o sea en el secular monopolio de la tierra. La fuente del poder oligárquico residía en su control irrestricto de la renta absoluta. Como los precios de los productos agrícolas se estructuran de acuerdo al valor de los productos de las tierras menos rentables, esto supone un aumento de costo en el nivel de vida obrera y, en consecuencia, la exigencia al burgués de establecer un salario mínimo más elevado que en el caso de no existir el parasitismo de la renta absoluta; ésta significa una forma especial de tributo que toda la sociedad se ve obligada a pagar al terrateniente improductivo. De esta manera, el monopolio de la tierra significaba *"una transferencia de valor de la industria a la agricultura"*.¹

Por esa razón los teóricos de la economía industrial burguesa habían sostenido al principio la necesidad de abolir la propiedad privada del suelo en beneficio del establecimiento de una sociedad capitalista más sólida y "barata".² La existencia de la renta absoluta, resultaba ser

¹ Mandel, *ob. cit.*, p. 343.

² No obstante, la contradicción entre terratenientes e industriales, que había llevado a Ricardo a sostener la necesidad de nacionalizar la tierra y que la renta diferencial pasase al Estado, se atenuó con el tiempo y con la aparición de nuevos enemigos de la burguesía industrial. Asimismo, en Europa, el industrial se hizo terrateniente. Pero la razón esencial de no poner en discusión la propiedad territorial se resumió en el temor de la burguesía a discutir un tipo de propiedad para evitar que llegase a ponerse en tela de juicio la propiedad burguesa en general. De este modo, el proceso de unidad nacional y de triunfo de la burguesía en Italia y Alemania se realizó por medio de compromisos.

En la Argentina, el sector de terratenientes que arrienda tierras a chacareros para la producción agrícola en la llamada "pampa húmeda", expresión suprema de parasitismo, sufrió la desagradable sorpresa de que el gobierno militar de Perón de 1944 decretase la congelación de los arrendamientos. Como al mismo tiempo comenzaba un veloz proceso de inflación monetaria ligada al desarrollo industrial, muy pronto los viejos arrendamientos congelados se transformaron en cifras ridículas. En otras palabras, el gobierno militar había suprimido "de facto" la renta absoluta. Toda

*"un obstáculo al desarrollo óptimo del modo de producción capitalista en general".*¹ Pero este claro antagonismo entre burgueses y terratenientes, ¿suponía que la lucha entre ambos en la época del imperialismo debía ser más aguda de lo que había sido en la etapa del enfrentamiento entre feudalismo y capitalismo? Toda la experiencia de las revoluciones burguesas debía responder negativamente a la pregunta. Pues las contradicciones de estas dos clases no condujo necesariamente a la liquidación radical del monopolio de la tierra.

En la Gran Revolución de Francia, para tomar el ejemplo clásico, durante la célebre noche del 4 de agosto, cuando la Asamblea Constituyente hervía de entusiasmo revolucionario, las cosas que realmente ocurrieron no fueron tan netas como los discursos. Los burgueses no estaban menos inquietos en la Asamblea que los terratenientes nobles. Con toda razón dirá Jaurés que *"sostener la propiedad feudal contra los aldeanos rebeldes podría hacer abortar la Revolución, pero permitir a los aldeanos que desarraigaran violentamente el feudalismo era tal vez aflojar las raíces de la propiedad burguesa."*² Estas vacilaciones y temores que embargaban a la burguesía francesa del siglo XVIII en la noche más intrépida de su época revolucionaria debían asumir un carácter mucho más conser-

la plusvalía fue a parar al bolsillo de los chacareros, salvo parte de ella: a través del control estatal del comercio exterior, establecido por el IAPI, quedó en las manos del Estado, que vendía directamente al exterior pagando al chacarero precios calculados, lo que permitió al gobierno peronista impulsar la industrialización. En realidad, cuando el chacarero, ayudado por liberales y comunistas clamaba por la "libre comercialización de las cosechas" y exigía la entrega total de los beneficios de los altos precios obtenidos en Europa, estaba reclamando parte de la renta absoluta que a través de la ley de arrendamientos el gobierno había confiscado al terrateniente, había pasado por la casa del chacarero y había retornado al Estado por medio del IAPI. Es decir, había vuelto a su verdadero dueño, el pueblo argentino.

¹ Mandel, *ob. cit.*, p. 343.

² Jean Jaurés, *Historia socialista de la Revolución Francesa*, p. 268, Tomo I, *La Asamblea Constituyente*, Ed. Poseidón, Buenos Aires, 1946.

vador y cauto en las revoluciones nacionales burguesas de los países atrasados en el siglo XX.

Simbólicamente, un año antes se había suicidado en el Palacio de Gobierno el Presidente Vargas: el jefe del Brasil renunciaba a la vida y el jefe de la Argentina era arrojado del poder. Ambos, en cierto modo, renunciaban a la revolución. Los dos grandes movimientos nacionales del Brasil y la Argentina retrocedían bajo los golpes demoleedores del imperialismo y sus aliados internos.¹

25. La unidad latinoamericana.

Después de 1940 en diversos Estados latinoamericanos se manifiestan movimientos populares y nacionales (considerando siempre la palabra "nacional" con las debidas limitaciones) de tendencias análogas. El velazquismo en Ecuador, el arevalismo en Guatemala, el ibañismo chileno, el betancourismo en Venezuela responden al generalizado fenómeno de la quiebra mundial del imperialismo y la necesidad de las masas populares latinoamericanas de marchar hacia su revolución agraria y su unidad nacional. Algunos de esos movimientos son derrocados, otros se desintegran sin dejar rastros, como el ibañismo, otros asumen características reformistas y pactan con Estados Unidos, como Acción Democrática de Venezuela, no sin antes desprender de su seno tendencias revolucionarias.

¹ El gobierno de Perón dentro de sus medios intentó quebrar la balcanización económica y política. Sólo recordaremos aquí sus negociaciones con Chile y el general Ibáñez para una "Unión Aduanera"; sus relaciones con Vargas; sus acuerdos con Bolivia y Paraguay. En 1948 el Senador peronista e historiador Diego Luis Molinari en viaje por Centroamérica declaraba en La Habana la necesidad de establecer el mercado común latinoamericano, la ciudadanía latinoamericana, un Banco único y una moneda común. En la Escuela Superior de Guerra Perón pronunció un discurso reservado, exponiendo sus conversaciones con Vargas e Ibáñez para organizar un frente político sudamericano. Su texto fue publicado por primera vez en "Izquierda Nacional", órgano teórico del Partido Socialista de la Izquierda Nacional de la Argentina, nº 3, octubre de 1966, Buenos Aires.

El triunfo de la revolución cubana replantea los viejos problemas y establece un nuevo punto de partida para considerar la estrategia revolucionaria. La revolución mexicana se detiene, sofocada por una nueva y golosa burguesía que se erige sobre las conquistas de la guerra civil y administra ávidamente los millones de dólares del turismo yanqui. Carlos Fuentes ha retratado magistralmente en *"La muerte de Artemio Cruz"* la decadencia de los viejos generales revolucionarios, con sus símbolos verbales de la época heroica, rodeados de autos de lujo, piscinas de natación y palacios deslumbrantes. El sucesor de Vargas, Jango Goulart, cae sin lucha para ser reemplazado por la extrema derecha del Ejército.

El general Barrientos sucede a Paz Estensoro y el eterno círculo vicioso de Bolivia —"revolución-contrarrevolución"— comienza a girar nuevamente. El despreocupado Uruguay de los días prósperos se pronuncia hacia la crisis y vuelve sus ojos perplejos al espectáculo de aquella América Latina que había olvidado hacia medio siglo. La Argentina, doce años después de la caída de Perón, no ha logrado alcanzar su equilibrio. Nuevamente el Ejército tomó el poder y se apresura a entregar la conducción económica a los agentes más siniestros del imperialismo yanqui-europeo. Si la oligarquía vive horas dichosas, la clase obrera comienza poco a poco a percibir que la Edad de Oro ha quedado atrás.

Entre los truenos y relámpagos de su drama, la América Latina balcanizada adquiere la convicción de que ya está madura para la creación de su propia historia y que el vasto "hinterland" de los Estados Unidos será decisivo para el destino de la humanidad. La Nación latinoamericana dividida en 20 fragmentos tenderá a unirse para emerger del estancamiento y la impotencia. Para librarse del absolutismo español, San Martín y Bolívar lucharon en toda América Latina hasta triunfar. Tampoco en la

*en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que «a la puerta os espera el verdugo»».*¹

Engels sólo tenía 27 años cuando escribía este apresurado *Réquiem* al desarrollo burgués. Su error era inevitable, pues a la burguesía no le esperaba aún su verdugo, el proletariado, sino sus víctimas, los pueblos del mundo colonial, y todavía contaba con un largo período de ininterrumpida expansión.

10. Marx y Bolívar.

La puntualización de estos juicios de Marx y Engels sirve para poner de relieve la importancia de una conciencia crítica de su legado, y al mismo tiempo la necesidad de repensar con el método marxista a los propios maestros del marxismo. A este respecto, la famosa condena de Bolívar por Marx es bien conocida: "*Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y miserable, es algo que excedía todo límite. Bolívar es el verdadero Soulouque*",² escribía Marx a Engels. En un trabajo dictado por la necesidad de sobrevivir, escrito para la *Enciclopedia Americana*, Marx describe superficialmente las campañas militares de Bolívar. Afirma que las derrotas iniciales del caudillo americano se debían a su incapacidad militar y sus triunfos posteriores, a la Legión Británica. Bolívar, "*como la mayoría de sus coterráneos era incapaz de cualquier esfuerzo prolongado*"; en lugar de hacer la guerra "*gastaba más de dos meses en bailes y fiestas*"; indolente, en vez de avanzar sobre el general Morillo resueltamente, en cuyo caso "*la fuerza europea de su ejército habría bastado para aniquilar a los españoles... prefirió prolongar la guerra cinco años más*"; dejó al "*General Sucre todas las tareas militares, y se decidió por su parte a hacer entradas triunfales, a publicar manifiestos y promulgar constituciones*". En fin, con el Con-

¹ Engels, *ob. cit.*

² Revista *Dialéctica*, nº 5, Año I, p. 272, Julio de 1936, Buenos Aires.

CAPITULO XV

MARXISMO Y CUESTION NACIONAL

“Quien se empeñase en reducir la economía política de la Tierra del Fuego a las mismas leyes por las que rige hoy la Economía de Inglaterra, no sacaría evidentemente nada en limpio, como no fuesen unos cuantos lugares comunes de la más vulgar trivialidad.”

Federico Engels.

“Estados Unidos labraron su grandeza nacional mediante la unión de sus Estados; ahora impiden que América Latina haga lo mismo. Los civilizadores cierran el paso a los que pretenden civilizarse”.

León Trotsky.

La formación de la nación es el lógico coronamiento político y jurídico del desarrollo de la sociedad burguesa. Como el capitalismo encontró históricamente su centro generador en Europa, del mismo modo la formación de las nacionalidades nos ofrece su marco clásico en el Viejo Mundo. Dicho proceso había sido antecedido por la precoz creación de la nación inglesa en el siglo XVII. Pero es a partir de la revolución de 1789 en Francia, hasta la formalización de la unidad nacional alemana en 1870, que se desenvuelve el ciclo fundamental del movimiento de las nacionalidades europeas.

Por las vicisitudes del proceso histórico algunas naciones europeas y euroasiáticas como Turquía, concluyen su revolución nacional democrática hacia 1910 y 1912; las guerras balcánicas, la destrucción del Califato y del imperio multinacional turco, así como la primera guerra imperialista dan a luz tardíamente nuevos Estados nacionales. El viejo irredentismo polaco toca así a su fin. Pero estos Estados nacionales eran el complemento rezagado de los movimientos nacionales aludidos del siglo XIX.

1. El marco histórico de los movimientos nacionales.

Cuando Europa ya entra en su fase imperialista, hacia 1880, comienza el despertar nacional de los pueblos atrasados del Asia. Avanzado el siglo XX, se producirán nuevos movimientos nacionales en Africa y América Latina. Estos últimos ya no responderán a una exigencia interna

de las fuerzas productivas desatadas por el capitalismo nacional, sino que brotan, al contrario, de su resistencia al progresivo aniquilamiento económico que se cierne sobre las colonias con la crisis del régimen imperialista mundial.

Mientras que los movimientos nacionales del siglo XIX respondían plenamente al desarrollo de los países donde se originaban, en el marco general de un triunfal desenvolvimiento de las fuerzas productivas, los movimientos nacionales de nuestra época se originan inversamente en la ruina del imperialismo y aparecen, en consecuencia, en la época del triunfo del socialismo. Esta diferencia básica en las razones de su aparición condiciona su naturaleza y sus particularidades.

Marx y Engels se educaron y pensaron en las condiciones creadas por el crecimiento del capitalismo europeo y la formación de la nación alemana e italiana. Presenciaron las luchas de Polonia por librarse del yugo sofocante del Imperio multinacional zarista, así como de las heroicas luchas de Irlanda contra la opresión británica. En sus obras se multiplican las referencias, artículos, cartas y observaciones sobre las características que asumían en cada fase dichos movimientos nacionales.¹

Como era natural, los maestros del socialismo conceptualizaron estas luchas nacionales como propias de una Europa en transformación, donde se advertía ya la presencia del proletariado, traído al mundo por las mismas fuerzas productivas que habían creado el Estado Nacional. El resto del planeta —Asia, Africa, América Latina— desenvolvía su historia bajo otras leyes, sujetos pasivos de una marginalización tajante y con respecto a los cuales no podía hablarse siquiera de la formación de un tipo de sociedad capitalista a la manera europea. Es cierto que en América Latina había surgido una tentativa de crear una Nación o Confederación Latinoamericana, propuesta por

¹ V. Jorge Enea Spilimbergo, *La revolución nacional en Marx*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires, 1961, y Franz Mehring, *Carlos Marx*, Ed. Cent, Madrid, 1932.

Bolívar, pero ya hemos indicado las razones de su derrumbe: en la "anfictionía americana" de Bolívar había de todo, menos relaciones capitalistas de producción; estaban los ejércitos, pero había carecido siempre del Tercer Estado y no veía la luz sino un siglo más tarde algo parecido a la burguesía en su versión más mezquina.

Para Marx y Engels, en consecuencia, los movimientos nacionales europeos que tendían a la constitución del Estado Nacional estaban históricamente legitimados porque sólo dentro de los cuadros del Estado Nacional podía la circulación mercantil alcanzar su pleno desenvolvimiento.¹

2. Capitalismo y Nación.

Dicho Estado Nacional debía asentarse sobre un territorio común. Sus habitantes estaban ligados entre sí por una tradición cultural análoga y se relacionaban por una lengua común y una "psicología nacional" elaborada por un largo período de convivencia. Esa comunidad entrelazada por territorio, lengua, tradición cultural y psicología, encontraba su fundamento dinámico para constituir su Estado Nacional en un desarrollo previo de relaciones capitalistas de producción que con frecuencia se remontaba al antiguo artesanado del Renacimiento, como en Italia, y a una historia económica donde las sobrevivencias feudales básicas —propiedad territorial, aduanas interiores, tasas, gabelas, obligaciones personales, producción individual de mercancías— habían sido barridas por una larga evolución.

El Estado Nacional, preparado por el absolutismo, con frecuencia instaurado por enérgicas revoluciones, o por

¹ Naturalmente, Marx y Engels no eran partidarios ni de todos los movimientos nacionales, ni de la constitución de cualquier Estado Nacional. Al fin y al cabo, la Nación es una creación histórica, y en modo alguno una institución eterna. Los maestros del socialismo se oponían al paneslavismo por razones políticas concretas: veían detrás de los eslavos al execrable imperio ruso, el bastión del atraso, que oponía el Oriente bárbaro y el régimen servil a la civilización de Occidente. Marx consideraba que sólo los grandes Estados podían garantizar el más amplio marco para el desenvolvimiento de las fuerzas productivas.

guerras nacionales, daba paso al progreso general y facilitaba un amplio desarrollo del capitalismo. La centralización del poder económico y la aparición de la democracia política burguesa no era menos importante para Marx que la cohesión del nuevo proletariado engendrado por la flamante sociedad y el despliegue correlativo de la lucha de clases en el vasto escenario del Estado Nacional. Por esa razón ni Marx ni Engels se prodigaron más de lo que consideraban estrictamente necesario en la formulación de una teoría sobre la cuestión nacional. Daban por supuesto, ante el desarrollo capitalista que se producía ante sus ojos, que el mundo periférico no alcanzaría a pasar por esta etapa burguesa y que la revolución socialista de las naciones civilizadas lograría triunfar mucho antes que las colonias y semicolonias entrasen a la historia universal.¹

El triunfante socialismo europeo, con su poder económico centuplicado por la desaparición de las fronteras nacionales, ayudaría entonces a las colonias y territorios atrasados en "estado de naturaleza", a evolucionar de modo incruento hacia la civilización socialista. Ambos eran europeos de genio, pero europeos al fin y a pesar de su vigor profético no estaban en condiciones de adivinar la aparición del imperialismo, ni de concebir el surgimiento de nuevos movimientos nacionales en el próximo siglo XX, justamente en los Nuevos Mundos de esa lejana frontera histórica. Excepción hecha de los cónsules ingleses y de los naturalistas alemanes, toda la Europa ilustrada poseía una idea muy vaga del continente colombiano. Como en los tiempos de Hegel, los pensadores de Europa, Marx entre ellos, consideraban a la América Latina como un hecho geográfico que no se había transmutado todavía en actividad histórica.

¹ "Una vez lograda la reorganización de Europa y Norteamérica, constituirá un poder tan colosal y un ejemplo tal, que todos los países semicivilizados se despertarán por sí mismos. Las solas necesidades económicas provocarán este proceso". Federico Engels, *Correspondencia*, p. 415, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1947.

Podría agregarse que los discípulos contemporáneos de Marx (en Europa y en América) no tienen las mismas razones para ignorarla que los grandes maestros.

3. Marx y la idea de patria.

La sacralización de Marx ha contribuido a forjar la imagen de un dios infalible, en la cuestión nacional como en muchos otros importantes problemas. Recordemos que al día siguiente de escribir su soberbio "Manifiesto Comunista" (1848), en el que puede leerse la frase: "*los obreros no tienen patria*", Marx, Engels y los hombres del Club comunista de París viajaban a la Alemania revolucionaria a incorporarse junto a la burguesía en la lucha por la democratización y la unidad de la nación feudalizada. Para cumplir esa tarea Marx dirigió la "Nueva Gaceta del Rin", con los fondos que lograron extraerle a la medrosa burguesía renana, cuyo mayor temor en este mundo era hacer su propia revolución.¹

Con toda razón Trotsky escribía noventa años después del "Manifiesto Comunista", al analizar el envejecimiento y modernidad del célebre documento: "*Los problemas de la estrategia revolucionaria en los países coloniales y semi-coloniales, no son tratados ni siquiera someramente en el Manifiesto. Estos problemas exigen soluciones particulares. Así por ejemplo, es evidentísimo que si la "patria*

¹ Los autores del "Manifiesto Comunista" no eran teóricos perdidos en su propio limbo. Engels explicaba la conducta seguida por él y Marx durante la revolución alemana de 1848: "*Al regresar a Alemania en la primavera de 1848, nos afiliamos al partido democrático [partido burgués] por ser aquel el único medio de que disponíamos para llegar a los oídos de la clase obrera; éramos el ala más avanzada de ese partido, pero ala suya al fin y al cabo*". Agrega Mehring: "*Engels aconsejaba a sus amigos que no lanzasen al movimiento americano como bandera de lucha el Manifiesto Comunista, que ellos habían silenciado, como queda dicho, en la "Nueva Gaceta del Rin", pues el Manifiesto, como casi todos los trabajos cortos de Marx y suyos eran todavía difícilmente inteligibles para América; los obreros del otro lado del Océano acababan de abrazar el movimiento, no estaban todavía bastante cultivados y su regamazamiento, sobre todo en teoría, era enorme*". V. Mehring, ob. cit., p. 330.

nacional" ha llegado a ser el peor freno histórico en los países capitalistas desarrollados, constituye todavía un factor relativamente progresivo en los países atrasados que están obligados a luchar por su existencia independiente".¹

No todos los enunciados de Marx han logrado resistir las "injurias del tiempo". Pero la relativización de algunos puntos de su gran obra pone de relieve la genial arquitectura del conjunto y también permite poner en guardia contra el riesgo de incurrir en la falacia del sistema cerrado y de concluir militando en la "clerigalla marxista" que tanto despreciaba el viejo Franz Mehring.

Justamente debido a esa fertilidad contagiosa y a la esencial heterodoxia que íntimamente lo distingue es que el marxismo ha llegado a impregnar tan profundamente la vida intelectual de nuestra época.

Entre las ruinas de la ciencia económica burguesa y de la sociología que miraba desde lo alto a Marx, se erige hoy triunfalmente el marxismo viviente; de sus enemigos se ha encargado la historia. De sus "amigos" deben cuidarse los marxistas verdaderos.

Pues contra todas las previsiones de Marx, la revolución ha estallado y se ha propagado no en los focos de la civilización occidental, sino en las márgenes coloniales y semicoloniales del globo. Esto no ha invalidado el marxismo, sino que lo ha enriquecido con nuevos problemas a los que sólo el marxismo puede dar respuesta. Ya Marx había adelantado los primeros elementos del análisis que permitirían a Lenin elaborar la política nacional del proletariado.

4. La unidad nacional de Alemania.

La candente cuestión de la unidad alemana fue resuelta inesperadamente por los *junkers* prusianos bajo la dirección de Bismarck; esta solución no contó con las simpatías de Marx y Engels al principio. Les repugnaba que

¹ León Trotsky, *A noventa años del Manifiesto Comunista*, en revista *Inicial*, p. 4, nº 2, Año I, Octubre de 1938, Buenos Aires.

esa gran causa histórica estuviese en manos de la camarilla dinástica de los Hohenzollern y de los terratenientes prusianos. Formados en la tradición intelectual renana, que había mirado siempre desde arriba a los rudos militares de Prusia, Marx y Engels veían en la dinastía de Guillermo un instrumento de la diplomacia zarista. Abri-gaban excesivas ilusiones sobre el fuego revolucionario de la burguesía alemana, en la que veían, con obvio rigor teórico, a la creadora de un Estado nacional que debía interesarle ante todo a ella. Esos cálculos resultaron errados.¹

No fue la burguesía alemana, con sus fabricantes, intelectuales y funcionarios la que subió sobre el escalón del Zollverein para construir el imponente edificio de la Nación alemana, sino justamente los terratenientes armados de Prusia, reunidos alrededor de la bandera monárquica. ¡No se lanzaron a unificar Alemania para crear el mercado interno único sino a expandir el poder de la dinastía!

Naturalmente, no debemos llevar muy lejos este juicio. Tampoco los junkers desconocían la necesidad militar de contar con una interrelación económica entre las distantes partes de Alemania, con un sistema de comunicaciones y transportes, con una trabazón íntima de los Principados. A este respecto, la burocracia berlinesa, antes de Bismarck, trabajaba tenazmente en esa dirección. Estos prusianos *“trabajaban en silencio en una obra práctica de considerable alcance: eran los funcionarios de Berlín, los representantes de esa burocracia cuya inteligencia admiraba Hegel y cuyo éxito alabó Ricardo Cobden. Uno de ellos, Motz, había inaugurado en 1829 las pacíficas negociaciones que hicieron caer una a una las barreras aduaneras tan molestas para el comercio y la industria de Prusia y de los países vecinos. Fue una obra difícil e ingrata: como ha dicho un-*

¹ Para los asuntos de Alemania, Engels fundaba sus apreciaciones en la lectura casi exclusiva de la prensa británica. (V. Mayer, *ob. cit.*, p. 195). Según se sabe, la burguesía inglesa no vio nunca con buenos ojos la unidad nacional de las restantes naciones, ni el desarrollo capitalista de sus posibles competidores. Pero este “anti-bismarckismo” de Engels fue dejado de lado cuando la nobleza prusiana llevó a cabo la unificación de Alemania.

historiador, "nada se parece menos a un gran movimiento nacional que esos interminables y sospechosos regateos, esas áridas discusiones financieras, en las que los Estados secundarios trataban de vender lo más caro posible su adhesión al sistema prusiano".¹

Felices de renunciar al heroísmo, los burócratas prusianos podían decir en 1829 con el burgomaestre de Magdeburgo: "Sin valernos de la espada, ese tratado da por fin a nuestro país un lugar en Alemania y por consiguiente también en Europa".² En efecto, el Zollverein nacía en 1833; pero la circulación de las mercancías por el mercado unificado no lograría constituir por sí sola la nación alemana. ¡Habría que valerse de la espada, de todos modos!

Que este factor dinástico, persiguiendo fines puramente militares, realizase al fin y al cabo la tarea histórica de otra clase social, fue reconocido al fin por Marx y Engels: no era la primera vez y no sería la última que un progreso histórico se realizase por medios reaccionarios y por una clase íntimamente hostil a ese progreso. Como dice Mannheim, "la camarilla militar constituía el núcleo del cuerpo social alemán. Esto a su vez se relaciona con la situación geográfica, en especial la de Prusia, entre dos países enemigos, lo cual llevó de un modo natural a la formación de un Estado militar".³

La unidad nacional alemana, en definitiva, abría un ancho campo para la concentración e individualización política y sindical del proletariado alemán: "Para los obreros, todo lo que centralice a la burguesía es por supuesto favorable", comentaba Marx.⁴ Por su parte, Engels juzgaba que este proceso había caído como un regalo "en manos de la burguesía. Pero no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada. Lo único que sabe hacer es vomitar

¹ Georges Weill, *La Europa del siglo XIX y la idea de nacionalidad*, p. 72, Ed. Uteha, México, 1961.

² *Ibid.*

³ Mannheim, *ob. cit.*, p. 91.

⁴ Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 231.

juría contra los obreros en cuanto éstos se ponen en movimiento".¹

La razón de la cobardía de la burguesía alemana consistía en su temor al creciente poder de la clase obrera, lo que la obligaba a arrojarse en brazos de la nobleza prusiana, delegando en ella todas sus aspiraciones políticas. "*La desgracia de la burguesía alemana consiste en que... ha llegado demasiado tarde*".² Todas las intrigas, y las brutalidades bismarckianas, pasaban a segundo plano: "*Nosotros, como cualquier otro, debemos reconocer el hecho consumado, nos guste o no...*". Cuando se declaró en 1870 la guerra entre Bismarck y Napoleón III (al que apoyaba toda Europa, inclusive hasta los alemanes de Hannover), Engels fue más allá todavía: "*Alemania ha sido llevada por Napoleón III a una guerra por su existencia nacional... Si (Napoleón) la derrota, el bonapartismo será reforzado en los próximos años y Alemania quedará rota durante años, quizá por generaciones. En ese caso ya no puede haber cuestión de un movimiento independiente de la clase obrera alemana... Si gana Alemania, el bonapartismo francés será aplastado de alguna manera, se acabarán los interminables lamentos acerca del establecimiento de la unidad alemana... y los obreros franceses, cualquiera sea la clase de gobierno que suceda al actual, tendrán con seguridad un campo más libre que bajo el bonapartismo. Toda la masa del pueblo alemán de toda clase se ha dado cuenta de que ésta es ante todo y por sobre todo una cuestión de existencia nacional, y por ello se ha volcado de inmediato en ella*".³

¹ *Ibid.*, Obras escogidas, Tomo I, p. 674, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú.

² *Ibid.*, p. 676. Agrega Engels: "*La burguesía adquiere su paulatina emancipación social al precio de su renuncia inmediata a un poder político propio*".

³ Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 312.

5. Cuestión social y cuestión nacional.

Sin embargo, esa guerra así juzgada por Engels, había sido desencadenada por una deliberada provocación de Bismarck, al falsificar el famoso Telegrama de Ems.¹ Pero la provocación de Bismarck, ignorada por Engels en ese momento, no alteraba el significado histórico de esa guerra, del mismo modo que Engels no se engañaba con respecto al canciller prusiano que había proclamado ante la Europa estupefacta su decisión de consumir la unidad alemana "por el hierro y por la sangre". Los miembros de la I Internacional por su parte no entendían mucho la cuestión nacional alemana, sobre todo aquellos que pertenecían a naciones ya constituidas.

Marx comenta irónicamente en una carta a Engels del 20 de junio de 1866 los incidentes de una reunión a la cual había asistido en Londres sobre la guerra austro-prusiana: *"Los representantes de la "joven Francia" (no obreros, subrayado de Marx) se vinieron con el anuncio de que todas las nacionalidades y aun las naciones eran "prejuicios anticuados". Stirnerismo proudhonizado. Todo debe disolverse en pequeños "grupos" o "comunidades" que a su vez formarán una "asociación" pero no un Estado... Los ingleses se rieron mucho cuando empecé diciendo que nuestro amigo Lafargue, etc., que había terminado con las nacionalidades, nos había hablado en "francés", esto es, en un idioma que no comprendían las nueve décimas partes del auditorio. También sugerí que por negación de las na-*

¹ La guerra franco-prusiana fue preparada con el mayor cuidado por el Canciller Bismarck, que la juzgaba políticamente necesaria para constituir la nación alemana. En una situación tensa entre Napoleón III y Guillermo I, Bismarck recibió un telegrama de su emperador, destinado a la prensa, pero de carácter conciliador. Mediante una audaz síntesis de su texto lo transformó en un comunicado de corte provocante y brutal que precipitó el estallido de las hostilidades. V. Henry Valloton, *Bismarck*, p. 223, Ed. Fayard, París, 1961.

cionalidades él parecía entender, muy inconscientemente, su absorción en la nación francesa modelo".¹

El representante de la pequeña burguesía, Proudhon, oponía la "cuestión social" a la "cuestión nacional", ignorando su interrelación dialéctica y anticipándose en un siglo a muchos "cipayos de izquierda" en América Latina.

El problema de Irlanda perfeccionó las ideas de Marx y Engels en la materia. Marx se sumergió durante varios años en el estudio de la historia irlandesa; Engels llegó a escribir borradores para publicar una *Historia de Irlanda*. Pero si durante mucho tiempo Marx había considerado que la liberación irlandesa del yugo británico sólo podía ser el resultado del triunfo del socialismo en Gran Bretaña, dichos estudios lo llevaron a la conclusión inversa.²

En 1869 Engels escribía a Marx que "*la historia irlandesa le muestra a uno lo desastroso que es para una nación el haber subyugado a otra nación*".³ Las sangrientas represiones del gobierno inglés en Irlanda movieron a la Internacional, por inspiración de Marx, a pronunciarse sobre el asunto. Marx escribía a su amigo Kugelmann: "*La condición primera de la emancipación en Inglaterra — el derrocamiento de la oligarquía terrateniente inglesa — sigue siendo imposible debido a que la posición de ésta no puede ser conmovida mientras mantenga sus fuertemente atrincherados puestos de avanzada en Irlanda... En Irlan-*

¹ Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 226.

² Marx decía: "*Está en interés directo y absoluto de la clase obrera inglesa que ésta se libre de su actual vínculo con Irlanda. Y esta es mi convicción más completa, y ello por razones que en parte no puedo expresarles a los propios obreros ingleses. Durante mucho tiempo creí que sería posible derrocar el régimen irlandés por el ascendiente de la clase obrera inglesa. Siempre expresé este punto de vista en la New York Tribune. Pero un estudio más profundo me ha convencido de lo contrario. La clase obrera inglesa nunca hará nada mientras no se libre de Irlanda. La palanca debe aplicarse en Irlanda. Por esto es que la cuestión irlandesa es tan importante para el movimiento social en general*"; Marx, en *Correspondencia*, p. 297.

³ *Ibíd.*, p. 283. Se trata de una variante de la frase del Inca Yupanqui,

da no se trata de una simple cuestión económica, sino al mismo tiempo de una cuestión nacional".¹

6. Irlanda y la dominación británica.

La conclusión a la que habían llegado Marx y Engels era la siguiente: Irlanda es el baluarte de la aristocracia terrateniente inglesa. Esa es la base de su fuerza, no sólo en Irlanda, sino sobre todo en la propia Inglaterra. Pero el derrocamiento de la aristocracia inglesa en Irlanda supone la posibilidad de su derrocamiento en Inglaterra. Hacerlo primero en Irlanda es mucho más fácil porque en Irlanda la cuestión de la tierra está ligada a la cuestión nacional y por *"la naturaleza apasionada de los irlandeses y del hecho de que son más revolucionarios que los ingleses"*.²

Al mismo tiempo, la dominación inglesa sobre Irlanda, permite a la burguesía inglesa disminuir los salarios en Inglaterra con la empobrecida mano de obra irlandesa que emigra a Gran Bretaña. De aquí que la población trabajadora inglesa estuviera dividida en dos campos hostiles: los proletarios ingleses y los proletarios irlandeses. *"El obrero inglés común odia al obrero irlandés en cuanto competidor que baja su nivel de vida. En relación con el obrero irlandés (el obrero inglés) se siente miembro de la nación dominante, convirtiéndose así en instrumento de los aristócratas y capitalistas en contra de Irlanda, reforzando de este modo la dominación de aquéllos sobre sí mismo. Alberga prejuicios religiosos, sociales y nacionales contra el obrero irlandés. Su actitud para con éste es muy parecida a la de los "blancos pobres", para con los negros en los antiguos estados esclavistas de los EE.UU. Por su parte, el obrero irlandés, se lo devuelve con intereses en la misma moneda. Considera al obrero inglés como partícipe del pecado de la dominación inglesa sobre Irlanda y al mismo tiempo como su estúpido instrumento"*.³

¹ Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 306.

² *Ibid.*, p. 305.

³ *Ibid.*, p. 296.

Al redactar su circular confidencial sobre la cuestión irlandesa para la I Internacional. Marx reiteraba el aforismo del Inca Yupanqui en las Cortes de Cádiz: "*Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre*".¹ De esta manera, Marx sentaba la idea motriz de la interpretación revolucionaria de la cuestión nacional, la contradicción entre nación dominante y nación oprimida, la situación interior de la clase obrera en esa relación espúrea y la verdadera política nacional del partido revolucionario. Correspondería a Lenin desenvolver por completo la teoría marxista de la cuestión nacional en la época del imperialismo. Por lo demás, Marx señalaba que "*lo que los irlandeses necesitan es un gobierno propio e independencia respecto a Inglaterra... una revolución agraria... y tarifas aduaneras proteccionistas contra Inglaterra... una vez que los irlandeses sean independientes, la necesidad los volverá proteccionistas, como lo hicieron Canadá, Australia, etc.*".²

7. El conservatismo del proletariado inglés.

Las relaciones entre el proletariado inglés y su burguesía, en las condiciones del dominio industrial del mundo de Gran Bretaña merecían los más severos juicios de Marx y Engels. En ningún momento consideraciones de "internacionalismo abstracto" les hicieron perder de vista a la clase obrera concreta de la Inglaterra de su tiempo, que por tantos motivos recuerda al actual proletariado norteamericano y europeo. Al estallar la guerra civil entre los Estados del Norte y los Estados esclavistas del Sur en Estados Unidos, Inglaterra apoyaba a los esclavistas: no por razones "ideológicas", sino porque la industria textil inglesa se abastecía del algodón empapado en la sangre de los esclavos negros del Sur.

¹ V. Capítulo IV, párrafo *Del Inca Yupanqui a Carlos Marx*, p. 136 de esta obra.

² Marx y Engels, *Correspondencia*, p. 248. Por el contrario, el Partido Comunista de la Argentina, defiende la política librecambista de la oligarquía porteña en el siglo XIX. V. Jaime Fuchs, *Argentina: su desarrollo capitalista*, ps. 454 y ss., Ed. Cartago, Buenos Aires, 1965.

Pero mientras el grueso de los obreros ingleses simpatizaban con Lincoln, al que Marx en nombre de la Internacional envió un mensaje de apoyo, el maestro del socialismo se indignaba ante la *"actitud cobarde de los obreros de Lancashire. Cosa semejante no se ha visto en el mundo... durante este reciente período, Inglaterra se ha cubierto de vergüenza más que ningún otro país; los obreros, por su naturaleza de esclavos cristianos; la burguesía y los aristócratas, por su entusiasmo por la esclavitud en su forma más directa. Pero las dos manifestaciones se complementan mutuamente"*.¹

Engels, a su vez, en una carta a Kautsky no se andaba con rodeos: *"Usted me pregunta lo que piensan los obreros ingleses de la política colonial. Pues exactamente lo mismo que piensan acerca de la política en general: lo mismo que piensa el burgués. Aquí no hay partido obrero, sólo hay conservadores y liberales-radicales, y los obreros comparten gozosos las cadenas del monopolio inglés del mercado mundial y las colonias"*.²

8. Errores de Marx sobre la colonización de la India.

Para Marx como para Engels la cuestión nacional se planteaba solamente en la Europa civilizada, donde algunas nacionalidades no habían logrado aún erigir su Estado nacional por las sobrevivencias feudales o por el dominio retrógrado de los Imperios multinacionales (Austria-Hungría, Turquía y Rusia zarista). Si no siempre alentaban y apoyaban los movimientos nacionales (cuando juzgaban por ejemplo que algunos de éstos formaban parte de las intrigas dinásticas de la época), su actitud frente a Polonia, el movimiento irlandés y otras naciones europeas oprimidas era inequívoca. Más ambigua era la actitud de Marx y Engels en lo que concierne al mundo colonial y semicolonial extra-europeo.

¹ Marx y Engels, *La guerra civil en los Estados Unidos*, p. 305, Ed. Lautaro, Buenos Aires, 1946.

² Engels, *Correspondencia*, p. 415.

En lo tocante a la India, por ejemplo, Marx incurrió en un error notable. Rehusando ver en el pasado del Indostán "una edad de oro", describía minuciosamente el pavoroso espectáculo del despotismo asiático, cuyas finanzas eran el pillaje organizado hacia adentro, así como su administración militar era el pillaje organizado hacia afuera y cuyo único mérito histórico, derivado de las condiciones climáticas y la naturaleza del suelo, consistía en la organización de grandes obras hidráulicas, riego artificial, etc. Sin olvidar la descripción de la cruel penetración británica en la India y dejando a un lado los aspectos morales del proceso histórico, se preguntaba si "*al realizar una revolución social en el Indostán*", Inglaterra no era "*el instrumento inconciente de la historia al realizar dicha revolución*".¹

En 1853 la naturaleza del imperialismo y sus resultados no estaban a la vista y ni siquiera Marx podía adivinar ese proceso. "*Inglaterra tiene que cumplir en la India, escribía, una doble misión: destructora por un lado y regeneradora por otro. Tiene que destruir la vieja sociedad asiática y sentar las bases materiales de la sociedad occidental en Asia...*"² Marx suponía que la penetración de una potencia capitalista en el mundo atrasado debía acarrear necesariamente la introducción del capitalismo en ese mundo, lo que estimaba justamente como un gran progreso histórico.³ "*Si introducís las máquinas en el sistema de locomoción de un país que posee hierro y carbón, ya no podréis impedir que ese país fabrique dichas máquinas... El sistema ferroviario se convertirá por tanto en la India en un verdadero precursor de la industria moderna*".

Un siglo más tarde sabemos que no fue así y por qué razones el imperialismo colonizador se convirtió en el principal obstáculo no sólo para desarrollar la gran indus-

¹ Marx, *Obras Escogidas*, Tomo I, p. 358.

² *Ibid.*, p. 363.

³ Una particularidad fueron los países productores de alimentos, como Uruguay y Argentina en el Río de la Plata. Aquí, precisamente porque el imperialismo necesitaba producir alimentos en grandes proporciones, impulsó el desarrollo capitalista de las relaciones de producción en el sector agropecuario.

tria sino también para asegurar la pervivencia del atraso agrario. Al predecir tales resultados en la penetración inglesa en la India, Marx observaba la propensión natural de los hindúes para las artes mecánicas. Además *"la industria moderna, llevada a la India por los ferrocarriles, destruirá la división hereditaria del trabajo, base de las castas hindúes, ese principal obstáculo para el progreso y poderío de la India"*.¹

El ferrocarril británico en la India, como lo hizo en la América Latina, no llevó sin embargo a la creación de la industria hindú, sino a la destrucción de las viejas artesanías nacionales y a la introducción de los productos terminados de la industria inglesa. Las castas hindúes, no sólo no fueron suprimidas, sino que por lo contrario fueron fortalecidas por el conquistador y subsisten hasta hoy, como resultado del apoyo inglés a los príncipes y déspotas orientales. En ese orden de ideas las previsiones de Marx no se han verificado.

9. Engels aplaude la agresión yanqui a México.

Engels, por su parte, formuló aventurados juicios en la misma época sobre la anexión norteamericana a México, que han sido utilizados posteriormente como justificación teórica de una posición antinacional. Pero para el joven Engels, las operaciones de anexión llevadas a cabo por la rapaz burguesía yanqui a costa del territorio mexicano eran episodios del proceso mundial de expansión del capitalismo; gravitaban en su espíritu, no sólo estas consideraciones, que para su época parecían estar justificadas desde Europa, sino también los propios y clásicos prejuicios europeos sobre los pueblos atrasados.

En este sentido, ni los grandes maestros del socialismo podían emanciparse bajo ciertos aspectos de las "ideas dominantes" de su tiempo. Sólo así puede concebirse que Engels aplaudiese el pillaje de las minas de oro de California, pertenecientes a México, por *"los enérgicos yan-*

¹ Marx, *ob. cit.*, p. 365.

quis", más aptos para explotarlas que los "perezosos mexicanos".¹ La cuestión nacional era clara para Europa, no para América Latina. Lo monstruoso no son estos errores de Engels, sino que todavía existan "marxistas" en América Latina que desdeñen la cuestión nacional irresuelta con la autoridad que proporcionan los errores de los maestros. En un artículo publicado por Engels en 1848, el año del "Manifiesto Comunista", se regocijaba de la marcha irresistible del capitalismo mundial, que a sus ojos suponía el fortalecimiento de la clase obrera (europea). En él decía lo siguiente: *"Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de Méjico por los Estados Unidos. También esto representa un avance. Pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra; cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo, convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos... ¿Quién saldrá ganando con esto? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía..."*²

Esto significaba para Engels que cuanto más rápido se operaba la concentración del capital, más rápidamente el proletariado ajustaría sus cuentas con la clase explotadora. Por eso concluía su artículo con un anuncio impregnado de ingenua ironía: *"¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros... vuestra misión es borrar a vuestro paso los vestigios de la Edad Media y de la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo... Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes*

¹ V. Domingo F. de Toledo y J., *México en la obra de Marx y Engels*, p. 30, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1939.

² Engels, *Los movimientos revolucionarios de 1847*, en el apéndice del *Manifiesto Comunista*, p. 412, Ed. Cenit, Madrid, 1932.

*en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que «a la puerta os espera el verdugo»».*¹

Engels sólo tenía 27 años cuando escribía este apresurado *Réquiem* al desarrollo burgués. Su error era inevitable, pues a la burguesía no le esperaba aún su verdugo, el proletariado, sino sus víctimas, los pueblos del mundo colonial, y todavía contaba con un largo período de ininterrumpida expansión.

10. Marx y Bolívar.

La puntualización de estos juicios de Marx y Engels sirve para poner de relieve la importancia de una conciencia crítica de su legado, y al mismo tiempo la necesidad de repensar con el método marxista a los propios maestros del marxismo. A este respecto, la famosa condena de Bolívar por Marx es bien conocida: "*Pero ver que comparen a Napoleón I, con el pillo más cobarde, más vulgar y miserable, es algo que excedía todo límite. Bolívar es el verdadero Soulouque*",² escribía Marx a Engels. En un trabajo dictado por la necesidad de sobrevivir, escrito para la Enciclopedia Americana, Marx describe superficialmente las campañas militares de Bolívar. Afirma que las derrotas iniciales del caudillo americano se debían a su incapacidad militar y sus triunfos posteriores, a la Legión Británica. Bolívar, "*como la mayoría de sus coterráneos era incapaz de cualquier esfuerzo prolongado*"; en lugar de hacer la guerra "*gastaba más de dos meses en bailes y fiestas*"; indolente, en vez de avanzar sobre el general Morillo resueltamente, en cuyo caso "*la fuerza europea de su ejército habría bastado para aniquilar a los españoles... prefirió prolongar la guerra cinco años más*"; dejó al "*General Sucre todas las tareas militares, y se decidió por su parte a hacer entradas triunfales, a publicar manifiestos y promulgar constituciones*". En fin, con el Con-

¹ Engels, *ob. cit.*

² Revista *Dialéctica*, nº 5, Año I, p. 272, Julio de 1936, Buenos Aires.

greso de Panamá, Bolívar se proponía "*hacer de toda América del Sur una república federal de la que él sería dictador*".¹

Estos infortunados juicios de Marx sobre Bolívar estaban sin duda influídos por la tradición antiespañola prevalecte en Inglaterra, donde vivía Marx y por el común desprecio europeo hacia el Nuevo Mundo, cuyos orígenes se remontaban a los filósofos de la Ilustración y a las observaciones olímpicas de Hegel en su "Filosofía de la Historia Universal".

Por lo demás, América Latina estaba fuera del foco visual de las preocupaciones de Marx. Lo que resulta más trágico aún, es que esta actitud hizo escuela entre muchos de sus discípulos europeos y no pocos latinoamericanos rusificados, cuando ya América Latina había ingresado en la corriente de la historia universal y era imposible ignorarla. Como siempre ocurre con los hombres de genio, sus errores prosperan más que sus ideas capitales, y con frecuencia se acude a aquéllos para obstaculizar el triunfo de las últimas.

11. La cuestión nacional en el siglo XX.

La cuestión nacional cambia de carácter cuando la constitución del imperialismo a fines del siglo XIX abre la época del saqueo general de pueblos y continentes enteros. En el siglo XX la cuestión nacional se vincula íntimamente a la cuestión colonial y a la lucha por el derribo del imperialismo mundial. En los tiempos de Marx y Engels la cuestión nacional aparecía como la forma rezagada de la formación de los Estados nacionales en aquellos países que por diversas razones aún no habían logrado su cohesión estatal: Polonia, Irlanda, los checos, finlandeses, serbios, armenios y otras nacionalidades europeas.

Los esclavos y semi-esclavos de Asia, Africa y América Latina no entraban en las consideraciones teóricas de los socialistas de la II Internacional pertenecientes a las

¹ Marx, *Simón Bolívar*, ps. 51 y ss., Ed. de Hoy, Buenos Aires, 1959.

"naciones civilizadas". La cuestión nacional se reducía a la cuestión nacional de los aludidos europeos de segunda clase. La II Internacional se había formado como resultado del crecimiento del capitalismo europeo en su hora de supremo esplendor; los europeos, como los antiguos griegos, gozaban de las ventajas de la cultura occidental gracias a la explotación inicua de las colonias. Retenían para sí las libertades democráticas que las naciones europeas rehusaban a sus esclavos. Un proletariado privilegiado se había formado en tales circunstancias, pero el socialismo de este proletariado sólo abrazaba el campo de la civilización. Tal es el carácter del reformismo de la II Internacional, que no sólo se manifestaba por las tesis de Bernstein con respecto a la utopía de una revolución catastrófica, sino que tendía a repetir, en condiciones radicalmente diferentes, los juicios primeros de Marx y Engels sobre el futuro del mundo semi-colonial y colonial: éste sería arrastrado hacia el socialismo por el proletariado triunfante de una Europa socialista.

Sin embargo, este socialismo obeso de la II Internacional de la "belle époque", proyectaba la revolución hacia un futuro distante. Predicaba la filosofía del reposo y las maravillas de la evolución constante. Los fundamentos materiales de esa doctrina eran elocuentes, pues desde la paz de Sedán en 1870 hasta el conflicto de 1914, el capitalismo había emprendido una asombrosa carrera: la prosperidad general, el lujo, la cultura y la paz permitieron corromper a vastos círculos de obreros en Europa y sentar las bases de una ideología conformista que parecía justificar los juicios de Bernstein.¹ Era previsible que la cuestión colo-

¹ Bernstein consideraba que el mejoramiento paulatino de las condiciones de vida obrera y el aumento de poder parlamentario de la socialdemocracia postergaban "sine die" la perspectiva de una conquista revolucionaria del poder. En consecuencia, opinaba que había que adecuar el lenguaje a las tareas reales y los medios a los fines: "para mí, el movimiento era todo y aquello que habitualmente se llama el objetivo final del socialismo, no era nada". Esto lo decía, pues juzgaba que el socialismo había dejado de ser un "fin", para ser una tarea a realizar diariamente, una conquista incesante de reformas. V. Bernstein, *Les marxistes*, p. 276, Ed. J'ai lu, Paris, 1965.

nial y nacional de los países atrasados carecía de importancia alguna para la socialdemocracia envuelta en esa atmósfera de incesante bienestar.

12. Un debate en el Congreso de Stuttgart.

A este respecto bastará señalar un significativo episodio en el Congreso Internacional Socialista realizado en Stuttgart en 1907, al que Lenin consideró "*el mejor congreso internacional que se haya celebrado jamás*".¹ Se habían reunido en Stuttgart 884 delegados de 25 naciones. Estaban presentes dos épocas: los grandes dirigentes de la socialdemocracia europea, Augusto Bebel, Clara Zetkin, Kautsky, Rosa Luxemburgo y los jefes revolucionarios de ese Imperio multinacional situado entre Europa y Asia, entre la revolución socialista y la revolución nacional: Lenin, Trotsky, Martov, Plejanov. Las resoluciones sobre el militarismo, el imperialismo y las perspectivas de la guerra fueron perfectas. Sólo un "*hecho sorprendente y lamentable*" veía Lenin en el brillante Congreso de la Internacional: la discusión sobre la cuestión colonial.

En la Comisión que estudió el asunto la mayoría adoptó un proyecto de resolución en el que se leía lo siguiente: "*El Congreso no rechaza por principio en toda ocasión una política colonial, que bajo un régimen socialista, puede ejercer una influencia civilizadora*". Lenin calificó de "*monstruosa*" la frase. El dirigente socialista alemán Eduard David había sostenido esa tesis. Afirmaba que "*no se puede combatir algo con nada. Contra la política colonial capitalista, los socialistas deben proponer un programa positivo de protección de los derechos de los indígenas*".² El expositor de la posición colonialista en el Congreso Socialista fue el holandés Van Kol (en aquella época todavía la pequeña y civilizada Holanda gozaba los frutos de tres siglos de explotación de 100 millones de indonesios).

¹Bertram D. Wolfe, *Tres que hicieron una revolución*, p. 601, Ed. José Janes, Barcelona, 1956.

² *Ibid.*

El socialista Van Kol fue de una lógica rigurosa: afirmó que *"el anticolonialismo de los congresos no había servido para nada y que los socialdemócratas debían reconocer la existencia indiscutible de los imperios coloniales... y presentar propuestas concretas para mejorar el tratamiento de los indígenas, el desarrollo de los recursos naturales y el aprovechamiento de estos recursos en beneficio de toda la raza humana. Preguntó a los contrarios al colonialismo si estaban realmente preparados, teniendo en cuenta la situación real, para prescindir de los recursos de las colonias; aunque sus pueblos los necesitasen mucho. Recordó que Bebel había dicho que nada era malo en el desarrollo colonial como tal y se refirió a los éxitos de los holandeses al conseguir mejoras en las condiciones de los indígenas"*.¹

Estos confortables socialistas europeos de 1907 no se apiadaban de los indígenas hasta el extremo de poner en peligro sus chalets con techo de pizarra, su buen licor de Guinea, sus chimeneas humeantes y sus gabanes peludos. Van Kol, con esa insinuante pregunta, persuadió a numerosos delegados de que, realmente, *"no podrían prescindir de los recursos naturales necesitados por sus pueblos"*. Naturalmente Van Kol tenía sus propias ideas sobre la mejor manera de conquistar una colonia: *"Todas las fuerzas socialistas deben impedir la consumación de estos regímenes salvajes de conquista y procurar que si se hace colonización, se haga para dignificar hombres y no para atrofiar y envilecer los pueblos"*.² Excelente consejo. También el holandés se permitió agregar que en *"circunstancias determinadas, la política colonial puede ser obra de civilización"*, aunque discretamente se reservó el describir tales afortunadas circunstancias para el socialismo. Concluyó su exposición señalando el porvenir: *"Hay muy pocos socialistas que se atreverían a afirmar que en el régimen*

¹ G.D.H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, Tomo III, p. 79, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1960.

² *"La Vanguardia"*, 3 de octubre de 1907, Buenos Aires, Diario oficial del Partido Socialista de la Argentina.

*socialista no serán necesarias las colonias. ¿Qué se hará de la superpoblación de Europa?"*¹

El delegado alemán Eduard David no estuvo por debajo del holandés. Recordó al Congreso que "*en un manifiesto electoral, el grupo socialista parlamentario ha declarado que los pueblos de civilización superior tienen el derecho y el deber de dar educación a los pueblos atrasados*".² Desde el otro punto de vista este "socialista" añadió: "*La Europa tiene necesidad de colonias. No tiene, a pesar de todo, bastantes. Sin colonias seríamos asimilables, desde el punto de vista económico, a la China*".³ Resultó espectacular el resultado de la votación, pues a pesar de tales opiniones el Congreso rechazó la moción colonialista por sólo 128 votos contra 108. La victoria, aunque por un margen estrecho, fue lograda por los votos de los países más atrasados, mientras que la moción colonialista, como cabía

¹ *Ibid.*

² "*La Vanguardia*", 30 de setiembre de 1907. Este mismo "socialista" dispuesto a succionar los pueblos coloniales con el pretexto de educarlos, pocos años más tarde, al estallar la primera guerra imperialista, tendría una actitud equivalente. Cuando Carlos Liebknecht, el único diputado socialista alemán entre 110 miembros del partido en el Reichstag, rehusó votar en favor de los créditos de guerra pedidos por el Kaiser, la mayoría imperialista exigió su expulsión del Parlamento. Sus ex camaradas, que votaron por los créditos de la gran carnicería, impedidos de aceptar la expulsión de Liebknecht, se redujeron a decir que se trataba de un exaltado ofensivo. Eduardo David se permitió añadir: "*Un perro que ladra no muerde*". Liebknecht fue a la cárcel. Rosa Luxemburgo escribió un volante contra David titulado "*Una política de perro*". En 1919, el partido ultracorrumpido de los socialistas de David, unido a la soldadesca prusiana, asesinaba en Berlín a los dos grandes jefes del proletariado, mientras se aplastaba la insurrección de los espartaquistas alemanes. V. Paul Frölich, *Rosa Luxemburg, sa vie et son oeuvre*, p. 279, Ed. François Maspero, París, 1965.

³ *Ibid.* En su edición del 23 de agosto de 1907, "*La Vanguardia*", que publicó durante más de un mes abundantes informaciones, corresponsalías y actas del Congreso de Stuttgart, da a conocer un artículo publicado en Bruselas por "*Le Peuple*", órgano del Partido Socialista de Bélgica, en el cual puede leerse la opinión de estos social-imperialistas ante la posibilidad de que Bélgica se hiciese cargo del Congo: "*Si a pesar de todos los esfuerzos la burguesía nos dota de una colonia, sólo habrá llegado la hora de luchar, palmo a palmo, para obtener en favor de ese pueblo un poco de humanidad y de justicia*". Con un poquito bastaba.

esperar, contó con el apoyo de los grandes partidos socialistas de Europa. Los rusos votaron, naturalmente, en contra.

El único partido de América del Sur representado en el Congreso de Stuttgart fue el Partido Socialista de la Argentina. De ahí que su voto fuera más representativo aun, pues dio su apoyo a la moción anticolonialista. ¿El Partido del Dr. Juan B. Justo, notorio partidario de las expediciones civilizadoras al África y de la supremacía de la raza blanca? Esto sería realmente inexplicable si no fuese por el hecho de que el Dr. Justo y sus amigos no viajaron a Alemania aquel año. Dicho partido debió ser representado por su delegado permanente en la Oficina Socialista Internacional, Manuel Ugarte. Ugarte dio su voto, junto a Lenin, los polacos, los búlgaros, los serbios, los españoles y otros, contra el descarado colonialismo de los partidos europeos. ¡Como para que resulte inexplicable el entierro histórico de Ugarte! Los suizos, cuyo socialismo se impartía en las escuelas de hotelería, expresaron su infinita moderación absteniéndose.

Educado en una actitud reverencial hacia la socialdemocracia alemana, Lenin advirtió estupefacto el cínico oportunismo de los grandes jefes de ese país. Al comentar los resultados del Congreso de Stuttgart escribía poco después: *"En este caso ha hecho acto de presencia un rasgo negativo del movimiento obrero europeo, rasgo que puede ocasionar no pocos daños a la causa del proletariado... la vasta política colonial ha llevado en parte al proletariado europeo a una situación por la que no es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas casi totalmente sojuzgados de las colonias. La burguesía inglesa, por ejemplo, obtiene más ingresos de los centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses. Tales condiciones crean en ciertos países una base material, una base económica para contaminar el chovinismo colonial al proletariado de esos países"*.¹

¹ Lenin, *Obras Completas*, Tomo XIII, p. 71, Ed. Cartago, Buenos Aires, 1960.

Que los mismos colonialistas de la II Internacional que proponían justificar desde el ángulo "socialista" la política colonial de sus Imperios fueran los más resueltos partidarios de la primera guerra imperialista, ya no sería una sorpresa para Lenín en 1914.

Este tipo de debates disgustaba al fundador del socialismo cipayo en la Argentina. El Dr. Justo daría su juicio sobre el Congreso de Stuttgart años después en los siguientes términos: "*Las declaraciones socialistas internacionales sobre las colonias, salvo algunas frases sobre la suerte de los nativos, se han limitado a negaciones insinceras y estériles. No mencionan siquiera la libertad de comercio, que hubiera sido la mejor garantía para los nativos y reducido la cuestión colonial a lo que debía ser...*"¹ El librecambismo como garantía para los indígenas esclavizados: he ahí al "maestro" del socialismo argentino en toda su sabiduría.

13. La cuestión nacional según Lenín.

El pensamiento marxista sobre la cuestión nacional en el siglo XX fue elaborado por Lenín. Este hecho no era ajeno a las particularidades del país en que Lenín había nacido. A principios de siglo el Imperio Zarista era conocido en Europa como una "cárcel de pueblos". En el interior de las fronteras del Imperio inmenso se habían comprimido los problemas más explosivos de nuestra época: la cuestión nacional, la cuestión judía, la cuestión agraria, la lucha contra el absolutismo, el duelo entre la burguesía y el joven proletariado. En ese gigantesco polvorín los bolcheviques no pudieron ser corrompidos, como casi todo el resto de la socialdemocracia europea, por las ventajas de la democracia parlamentaria, una cultura refinada y el bienestar material.

De tales especificidades históricas brotó el resuelto carácter revolucionario del bolchevismo ruso. La contradicción salta a la vista si se considera que de la misma Inter-

¹ V. Juan B. Justo, *Internacionalismo y patria*, Ed. "La Vanguardia", Buenos Aires, 1938.

nacional a que pertenecía Lenin formaba parte el Dr. Juan B. Justo, jefe del Partido Socialista de la Argentina, partidario de la división internacional del trabajo, del libre-cambio, de la supresión de las aduanas, de la explotación colonial, del parlamentarismo y que prefería el positivismo de Comte a la dialéctica de Marx, que juzgaba "metafísica".

Los estudios redactados por Lenin sobre la cuestión nacional ocupan buena parte de sus "Obras Completas". En 1913 Lenin invitó al georgiano Stalin a escribir un trabajo sobre el tema. El artículo de Stalin es el mejor que ha salido de su pluma, no muy diestra, y está empapado del pensamiento leninista. Stalin expone el concepto marxista de la Nación en los siguientes términos: "*Nación es una comunidad estable, históricamente formada, de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura*".¹ Resulta sugerente que ni los stalinistas de ayer ni de hoy hayan meditado el concepto en relación con la situación de América Latina, salvo para intentar aplicar a ésta las mismas premisas de la cuestión nacional en Rusia, lo que habla muy claramente de su condición de latinoamericanos y de marxistas.

En cuanto a los movimientos nacionales, Lenin ofrece esta explicación: "*En todo el mundo, la época del triunfo definitivo del capitalismo sobre el feudalismo estuvo ligada a movimientos nacionales. La base económica de estos movimientos estriba en que, para la victoria completa de la producción mercantil, es necesario que territorios con población de un solo idioma adquieran cohesión estatal, quedando eliminados cuantos obstáculos se opongan al desarrollo de ese idioma y a su consolidación en la literatura. El idioma es el medio esencial de comunicación entre los hombres; la unidad de idioma y su libre desarrollo es una de las condiciones más importantes de una circulación mercantil realmente libre y amplia, que responda al*

¹ Stalin, *El marxismo y el problema nacional y colonial*, p. 16, Ed. Problemas, Buenos Aires, 1946.

capitalismo moderno; de una agrupación libre y amplia de la población en todas las diversas clases. Es por último, la condición de una estrecha ligazón del mercado con todo propietario, grande o pequeño, con todo vendedor y comprador"¹

14. Naciones oprimidas y naciones opresoras.

Para los clásicos la cuestión nacional se planteaba en los países rezagados de Europa —Alemania, Italia, Polonia, etc.—; pero Lenín aborda el problema cuando el capitalismo mundial está en declinación, se ha transformado en imperialismo y ha caducado su progresividad histórica. Los movimientos nacionales ya no se manifiestan en Europa, que ha cesado de crecer, sino en los países coloniales y semicoloniales, donde aparecen no en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas internas sino por la crisis mundial del imperialismo que los oprime. En tales condiciones, los movimientos nacionales de los países atrasados ya no libran su lucha contra el feudalismo interno sino contra el imperialismo exterior, al que debilita en sus propios cimientos.

Es por tal razón que los movimientos nacionales contra el imperialismo facilitan la lucha del propio proletariado adormecido de los países opresores, lo conmueve y lo incorpora, en un gran plazo histórico, a la lucha por la revolución socialista en la metrópoli. De este modo, las revoluciones nacionales establecen una conexión orgánica con las revoluciones socialistas y se convierten en el prólogo del socialismo mundial. Al comienzo, las débiles burguesías coloniales o semicoloniales tienden a asumir el control del movimiento nacional. "*Pero la política del proletariado, advierte Lenín, en el problema nacional (como en los demás problemas) sólo apoya a la burguesía en una dirección determinada, pero nunca coincide con su política*".²

Lenín contribuye a elaborar la estrategia revolucionaria

¹ Lenín, *Obras completas*, Tomo XX, p. 392.

² *Ibid.*, p. 405.

ria en los países atrasados definiendo el rotundo antagonismo entre naciones opresoras y naciones oprimidas, resistido por toda la vieja dirección de la socialdemocracia internacional. En su discurso al II Congreso de la Internacional Comunista declaraba: “¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestras tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II Internacional y a la democracia burguesa”.¹ En las discusiones preliminares de ese Congreso, se había resuelto sustituir la expresión “movimiento democrático-burgués” por “movimiento nacional-revolucionario” como denominación de los movimientos nacionales en los países atrasados. “Es indudable, decía Lenin, que todo movimiento nacional puede ser sólo democrático-burgués, pues la masa fundamental de la población en los países atrasados está compuesta de campesinos, que representan las relaciones burguesas y capitalistas... Los comunistas debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias sólo cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios, cuando sus representantes no nos impidan educar y organizar en el espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados”.²

En este juicio parece haber cierta restricción en cuanto a la participación del partido revolucionario en los movimientos nacionales. Trotsky precisaría luego el concepto en estos términos: “El imperialismo sólo puede existir porque hay naciones atrasadas en nuestro planeta, países co-

¹ Lenin, Tomo XXXI, p. 229. En un artículo titulado “El proletariado revolucionario y el derecho de las naciones a la autodeterminación” Lenin insistía en este punto de vista: “En el programa socialdemócrata el lugar central debe ocuparlo precisamente la división de las naciones en opresoras y oprimidas, división que es la esencia misma del imperialismo y que los socialchovinistas y Kautsky eluden falsamente”. V. Tomo XXI, p. 413.

² *Ibid.*, Tomo XXXI, p. 231. Stalin en su libro sobre la cuestión nacional cita el siguiente concepto de Lenin: “La Internacional Comunista debe ir a una alianza temporal con la democracia burguesa de las colonias y países atrasados, pero no fundirse con ella, y mantener absolutamente la independencia del movimiento proletario, incluso en su forma más embrionaria”, Stalin, *ob. cit.*, p. 283.

loniales y semi-coloniales. La lucha de estos pueblos oprimidos por la unidad y la independencia nacional tiene un doble carácter progresivo, pues, por un lado, prepara condiciones favorables de desarrollo para su propio uso, y por otro, asesta rudos golpes al imperialismo. De donde se deduce, en parte, que en una guerra entre la república democrática imperialista civilizada y la monarquía bárbara y atrasada de un país colonial, los socialistas deben estar enteramente del lado del país oprimido, a pesar de ser monárquico, y en contra del país opresor, por muy "democrático" que sea".¹

15. Las clases en el movimiento nacional.

Se tendrá presente que en toda la literatura política de la época de Lenin y de los cuatro primeros Congresos de la Internacional Comunista, los escritos sobre la cuestión nacional y colonial estaban pensados y dirigidos hacia el Asia. En el IV Congreso de la Internacional Comunista se llega al extremo de denominar las tesis sobre la cuestión colonial como "*Tesis de Oriente*".

Concluida la década de 1930. América Latina se puso en movimiento, lo mismo que el Medio Oriente y el Africa, enriqueciendo la realidad histórica con nuevas proporciones internas y problemas particulares, que sin embargo no alteran el sentido general del pensamiento leninista. Stalin coincide: "*La lucha de los comerciantes y de los intelectuales burgueses egipcios por la independencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha objetivamente revolucionaria, a pesar del origen burgués u la condición burguesa de los líderes del movimiento nacional egipcio u a pesar de que están en contra del socialismo; en cambio, la lucha del gobierno laborista inglés por mantener la situación de dependencia de Egipto es, por las mismas causas, una lucha reaccionaria, a pesar del origen proletario*

¹ Trotsky, *Por los Estados Unidos Socialistas de América Latina*, p. 57.

y de la condición proletaria de los miembros de ese gobierno, y a pesar de que son "partidarios" del socialismo".¹

El pensamiento leninista sobre la cuestión nacional y colonial, pese a la amnesia de muchos de sus epígonos —stalinistas o trotskistas— se fundaba en que el imperialismo retrasa el desenvolvimiento del capitalismo y la lucha de clases en el país oprimido; la debilidad equivalente del proletariado impone en tal situación la vigencia de las consignas nacionales con su enorme poder sobre todas las clases perjudicadas por el imperialismo. El desenvolvimiento del socialismo en un país atrasado sólo puede operarse, si es que las palabras poseen algún sentido, a través del retroceso y liquidación del imperialismo.

A mayor grado de progreso capitalista en un país semi-colonial dado, mayor importancia adquieren las aspiraciones puramente socialistas del proletariado. Pero su participación en las luchas políticas nacionales, sólo puede cobrar peso decisivo si el proletariado, y necesariamente el partido revolucionario, se hacen intérpretes de las reivindicaciones de aquellas clases no proletarias que constituyen la mayoría de la Nación. Como a medio siglo de la revolución rusa todavía algunos cipayos contumaces en América Latina argumentan febrilmente sobre el carácter "contrarrevolucionario de la burguesía nacional"² para excusar su hostilidad hacia los movimientos nacionales revolucionarios, será útil recordar aquí algunos párrafos de las Tesis redactadas por Lenin para el II Congreso de la Internacional Comunista: *"El imperialismo extranjero que gravita sobre los pueblos orientales, les ha obstaculizado un desarrollo social y económico, análogo al de Eu-*

¹ Stalin, *ob. cit.*, p. 236. Añade Stalin lo siguiente: *"Lenin tiene razón cuando dice que el movimiento nacional de los países oprimidos no se debe valorar desde el punto de vista de la democracia formal, sino desde el punto de vista de los resultados prácticos dentro del balance general de la lucha contra el imperialismo"*.

² *"El gran Estado centralizado representa un enorme progreso histórico desde el fraccionamiento medioeval hacia la futura unidad socialista de todo el mundo, y no hay ni puede haber más camino hacia el socialismo, que el que pasa por ese Estado (indisolublemente ligado al capitalismo), Lenin, Tomo XX, p. 37.*

ropa y América. En virtud de esta política imperialista, que impide el desarrollo industrial de las colonias, no ha podido nacer una clase obrera en el sentido propio de la expresión a pesar de que en los últimos tiempos han sido destruidas las artesanías nativas por la competencia de los artículos elaborados por las industrias de los países imperialistas. El resultado ha sido que la gran mayoría de la población ha sido lanzada al campo y compelida al trabajo agrícola y a la producción de materias primas para la exportación".¹

Mucho se ha discutido en América Latina sobre la política que corresponde al partido revolucionario ante los conflictos y altercados menores entre la burguesía o movimientos nacionales y el imperialismo extranjero. Lenín ya había señalado la progresividad histórica de la lucha contra el imperialismo al observar que *"la dominación extranjera impide el libre desarrollo de las fuerzas económicas. Es por esto que su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y es por esto que la ayuda aportada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es, en realidad, una ayuda al movimiento nacionalista de la burguesía indígena, sino la apertura del camino para el proletariado oprimido mismo".²*

En síntesis, la condensación de la estrategia general del partido revolucionario en los países coloniales y semi-coloniales se establecía claramente en las tesis del IV Congreso de la Internacional Comunista: *"En los países colo-*

¹ V. Manifestes, theses et resolutions des Quatre premiers Congrès Mondiaux de l'Internationale Communiste, Librairie du Travail, Paris, 1934.

² *Ibid.* En el trabajo mencionado de Stalin se encuentra este concepto: *"El carácter revolucionario del movimiento nacional, bajo las condiciones de la opresión imperialista, no presupone en modo alguno, forzosamente, la existencia de elementos proletarios en el movimiento, la existencia de un programa revolucionario o republicano a que obedezca el movimiento, la existencia en éste de una base democrática. La lucha que el Emir de Afganistán mantiene por la independencia de su país es una lucha objetivamente revolucionaria, a pesar de las ideas monárquicas del emir y de sus correligionarios, puesto que esta lucha debilita, socava los cimientos del imperialismo"*, ob. cit., p. 235.

niales y semicoloniales la Internacional Comunista tiene dos tareas: a) crear núcleos del partido comunista que defiendan los intereses generales del proletariado; b) apoyar con todas sus fuerzas el movimiento nacional revolucionario dirigido contra el imperialismo, llegar a ser la vanguardia de este movimiento y reforzar el movimiento social en el seno del movimiento nacional".¹

16. América Latina y su cuestión nacional.

En los 40 volúmenes de sus "Obras Completas", Lenin sólo alude tres veces a la América del Sur, seis veces a la Argentina, cuatro al Brasil, cuatro a México y en una sola oportunidad se refiere a Chile. Se trata, por lo demás, de alusiones incidentales, muchas veces incluidas en una mención estadística. A los restantes Estados de América Latina no los menciona jamás. En un artículo escrito en 1916, dice: "No vamos a «sostener» la comedia de la república en algún principado de Mónaco o bien las aventuras «republicanas» de los «generales» en los pequeños países de la América del Sur o en alguna isla del Océano Pacífico, pero de esto no se deduce que sea permitido olvidar la consigna de la república para los movimientos democráticos y socialistas".²

En las discusiones de los primeros Congresos de la Internacional Comunista, América Latina fue omitida por completo. El Presidente de la Internacional, Gregori Zinoviev, en el V Congreso de 1924 dijo en su discurso: "Poco o nada sabemos de la América Latina". El delegado por México era un escritor norteamericano, Bertram Wolfe, quien protestó por esa ignorancia. Zinoviev contestó: "Es que no se nos informó".³ Antes de radicarse en México, donde formuló juicios notables sobre la revolución latinoamericana, León Trotsky tampoco tenía conocimientos serios sobre América Latina. En su "Historia de la Revolu-

¹ "Manifestes, theses et resolutions", etc.

² Lenin, ob. cit., Tomo XXIII, p. 59.

³ Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA*, p. 58.

ción Rusa" el gran maestro del socialismo escribía: "*Las «revoluciones» crónicas de las repúblicas sudamericanas nada tienen de común con la revolución permanente; en cierto sentido, constituyen su antítesis*".¹

En América Latina había tenido lugar la revolución mejicana, Sandino combatía con las armas en la mano contra las tropas yanquis, la Columna Prestes marchaba a través de todo el Brasil, el movimiento nacional yrigoyenista llevaba al poder a la pequeña burguesía nacionalista, pero los más notables teóricos y jefes de la Revolución Rusa "carecían de información". No creemos que les sea imputable esta carencia. Más bien revelaba la profunda debilidad del movimiento marxista en América Latina, incapaz de generalizar al nivel de la teoría y de la creación original las grandes experiencias revolucionarias latinoamericanas.

Toda la prensa imperialista europea había sometido a su burla despiadada las "crónicas revoluciones sudamericanas", producto directo de la balcanización impuesta y usufructuada por esas mismas potencias. La información de los revolucionarios de Europa debía nutrirse, a falta de otras más responsables, de esas fuentes envenenadas.

Pues los problemas de la revolución latinoamericana en definitiva debían ser estudiados y resueltos por los propios latinoamericanos. Al fin y al cabo, eso mismo había ocurrido en todas las revoluciones. Lenín tuvo a bien encargarse de hombros ante los consejos de sus maestros alemanes, Kautsky entre otros, que le aconsejaban moderación en su política frente a las otras fracciones del socialismo ruso. Siguió su camino, conoció y estudió su país y cumplió su tarea. Lo mismo habría de hacer a su turno Mao-Tse-Tung en China.

No resulta ningún descubrimiento original reiterar la idea de que los marxistas deben sumergirse en la historia, la sociedad y las tradiciones de sus propios pueblos para conocer en ellos sus rasgos específicos y encontrar el camino hacia la revolución. En ese sentido si todas las

¹ Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*, Tomo II, p. 569.

revoluciones son "peculiares" y "excepcionales", en los países semicoloniales se cruzan diversos niveles técnicos y edades históricas de sorprendente antagonismo; esta combinación de atraso y progreso, de industria y barbarie produce fenómenos sociales y políticos determinantes del programa y la táctica del partido revolucionario. Aun dentro de la América Latina balcanizada estos niveles revelan diferencias muy acusadas que determinan diversos métodos políticos de acción revolucionaria.

17. Las Repúblicas quechua y aymará.

Cuando el proceso degenerativo de la Unión Soviética afectó el funcionamiento de la Internacional Comunista, se manifestaron en América Latina los cambios producidos en la dirección latinoamericana del comunismo. Se inició la edad "stalinista". De las vaguedades y abstracciones de los inexpertos comunistas latinoamericanos magnetizados por los primeros años de la Revolución rusa, se pasó a la aplicación de fórmulas reseca extraídas de Moscú y aplicadas implacablemente a la realidad de América Latina. De este modo, el stalinismo del Perú pudo proclamar en 1931 la teoría de separar a ese país en dos Repúblicas, una quechua y otra aymará.

El Partido Comunista de la Argentina, al advertir la presencia de miles de chacareros italianos en Santa Fe, que todavía hablaban piamontés y de chacareros judíos en las colonias de Entre Ríos, declaraba que dichas "minorías nacionales" estaban oprimidas por la "nacionalidad argentina dominante" y afirmaban el derecho de los colonos italianos y judíos a "la autodeterminación nacional", y a la creación de Estados autónomos.¹ En Bolivia, uno de los últimos fragmentos separados del Virreynato del Río de la Plata y que simbolizaba el fracaso del Libertador para unificar América Latina, debía aparecer todavía otra teoría de la balcanización llevada esta vez al delirio mismo.

Un teórico del stalinismo boliviano, Jorge Obando, rea-

¹ Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, p. 93.

lizó un recuento de la estructura "nacional" de Bolivia y descubrió que esta República era un "Estado Multinacional". La "nacionalidad boliviana dominante" oprimía a 34 nacionalidades, tribus y esquirilas etnográficas "*subyugadas*" por aquélla.¹ Dicho autor, aquejado de grave rusificación, ha degradado el programa nacional del marxismo a la etnografía pura. Exige que las lenguas quechua y aymará (que ni en los tiempos de mayor esplendor del Imperio incaico, ni mucho menos ahora, contaron con una escritura) sean elevadas a la categoría de lenguas nacionales de los bolivianos que las hablan todavía, a la par del castellano. Ahora bien, si como Engels dice "*la conquista española cortó en redondo la evolución*" del incario, ese hecho histórico, dejando a un lado los aspectos morales de la cuestión, sólo puede ser compensado por la elevación del indio campesino a la civilización moderna y a la cultura occidental por medio de la lengua española.

Es indiscutible que la resistencia de los indígenas a emplear la lengua castellana no es sólo psicológica (por tratarse de la lengua de los antiguos dominadores) sino ante todo social: la segregación del campesino indígena de la economía moderna, su reclusión en la economía natural, su secular separación de la ciudad monetaria y del mundo cultural del intercambio mercantil ha fijado en la lengua tradicional al campesino segregado. Pero ya Mariátegui había identificado *indio* con *campesino* y había situado el problema en su verdadero terreno al transferir la cuestión racial a la cuestión agraria. Después del imperialismo balcanizador correspondería al stalinismo rusificante rea-

¹ Dice el Sr. Obando: "*Si Bolivia es un Estado multinacional, ¿qué naciones, nacionalidades, tribus y grupos etnográficos entran en su composición? Nosotros consideramos que Bolivia está constituida por: Una nación: Bolivianos; cinco nacionalidades principales: aymaras, quechuas, chiquitos, moxos, chiriguano; ocho nacionalidades pequeñas: chapacuras, itonamas, canichanas, movimas, cayuvavás, pacaguaras, iténez, guarayos; varias tribus y grupos etnográficos: chipayas, urus, yuracarés, mocetenes, tacanas, maropas, apolistas, tobas, mataguayos, abipones, lenguas, samucos, saravecas, otuques, curuminacas, covarecas, curavés, tapias, curucaneas, paiconecas y sirionós*"; Jorge Obando, *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*, p. 27, Editorial Canelas, Cochabamba, 1961.

lizar un esfuerzo regresivo de la clase a la raza, de la Nación latinoamericana al Estado Boliviano y del Estado Boliviano al Estado Multinacional (o pluri-tribal). Esta grotesca y a la vez trágica teoría, precisamente por su pueril exageración, permite inundar de luz el debate y apreciar sus verdaderas proporciones.

18. El insularismo stalinista.

El triunfo de la revolución de 1952 y la revolución agraria originó la ampliación de la influencia lingüística española en Bolivia. La necesidad de comerciar sus productos en las ciudades impulsó a miles de nuevos campesinos propietarios a aprender el castellano; las escuelas en las zonas rurales preparan desde esa época a gran parte de la nueva generación en el aprendizaje del idioma nacional de América Latina.

Una teoría fragmentadora de índole indigenista como la propuesta por el autor citado sólo puede convenir al imperialismo extranjero y sólo tiende a debilitar el vínculo idiomático esencial para la formación del mercado y la Nación latinoamericana. Si al imperialismo le bastaba con las 20 repúblicas, al stalinismo ya no le parecen suficientes; las repúblicas indígenas operarían maravillas. Esta versión burlesca de la teoría marxista de la cuestión nacional en Perú, Bolivia y Argentina era la manifestación no sólo del servilismo político de la era de Stalin, sino de la degradación sin precedentes del pensamiento marxista en América Latina.

Como Stalin había escrito un libro sobre la cuestión nacional (en Rusia) en el que describía las diversas nacionalidades que la Unión Soviética había heredado del zarismo y se exponían las tesis de Lenin sobre el derecho a separarse de dichas nacionalidades oprimidas, los stalinistas latinoamericanos, ni cortos ni perezosos, aplicaron con indudable energía ese mismo criterio, formulado en un Imperio multinacional opresor de múltiples nacionalidades, a las condiciones de una gran nación semicolonial frag-

mentada en 20 Estados.¹ Pretendieron multiplicar la balcanización mediante la creación de nuevos Estados, por más fantásticos que fueran.²

Otros "teóricos", como Rodney Arismendi, del Partido Comunista del Uruguay, pasaban de la etnografía a la geografía y consideraban a la revolución latinoamericana no como el fruto de una necesidad histórico-social sino como un hecho geográfico: la revolución latinoamericana es "una revolución continental"; y su "unidad esencial está determinada, en primer término, por el hecho de quién es el principal enemigo: el imperialismo norteamericano."³ En otras palabras, sólo por el imperialismo yanqui existe la revolución latinoamericana, lo que es rigurosamente falso, pues su "unidad esencial" ya existía en tiempo de Bolívar, cuando la nación latinoamericana luchaba por su existencia en la época de la hegemonía inglesa. La "unidad esencial" de la revolución latinoamericana no procede de un

¹ La aplicación a Bolivia, mediante el método de la "science-fiction", del ejemplo multinacional ruso, podrá evaluarse en toda su amenidad si el lector recuerda que el Imperio zarista o la actual Unión Soviética, contenía dentro de sus fronteras a 57 grupos nacionales. Según el censo de 1926, había 77.320.000 de grandes rusos; 31 millones de ucranios, 4.700.000 de bielorrusos, 4.900.000 turcos-tártaros, 4.578.000 de kazakos y kirguises. Las nacionalidades restantes, desde los morovinianos (1.389.000) hasta los uzbekis, sartos, turcomanos, calmuco, chinos, coreanos, mongoles, ostiacos, georgianos, armenios, etc., etc., constituían antes de la revolución pueblos antiguos, en su mayoría con viejas literaturas, clases sociales y un nivel cultural que en algunos casos no era inferior a la nacionalidad dominante. Cfr. Richard Pipes, *El proceso de integración de la Unión Soviética*, p. 383, Ed. Troquel, Buenos Aires, 1967, y Centre D'Études de l'U.R.S.S., *Contribution à l'étude du problème national en U.R.S.S.*, p. 79, Ed. Librairie du Recueil Sirey, Paris, 1948.

² Otra analogía posible entre la "nacionalidad boliviana opresora" y los grandes Rusos. Se ha calculado que el crecimiento territorial del Imperio Ruso entre el final del siglo XV y el final del siglo XIX, se operó a razón de 130 kilómetros cuadrados por día. El ritmo de absorción se redujo entre 1761 y 1856 a 80 kilómetros cuadrados por día. ¿Podría el Sr. Obando explicarnos el ritmo de crecimiento territorial mediante el cual los boyardos del Gran Ducado de Cochabamba absorbieron a las restantes nacionalidades hoy oprimidas en el Altiplano? V. Pipes, *ob. cit.*, p. 15.

³ Rodney Arismendi, *Problemas de una revolución continental*, ps. 22 y ss., Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1962.

enemigo exterior, por principal que sea, sino de la íntima exigencia de 200 millones de latinoamericanos para emerger de la miseria y la humillación. Para el stalinismo extranjero, toda acción histórica debe obedecer siempre al "factor externo". En este juicio, vemos al diligente comisionista sirviendo a la diplomacia soviética.

Pero al mismo tiempo, este stalinista no ha leído a Stalin sino en los misales de la época, pues no encuentra en América Latina el menor rasgo "nacional"; por el contrario, se refiere pluralmente a "*los procesos nacionales*" de sus Estados, exactamente igual que los imperialistas. Como lógico corolario, el comfortable diputado del Uruguay se pronuncia "*contra las utopías pequeño burguesas que parlotean acerca de una unidad o confederación latinoamericana en el marco de las actuales estructuras*"; pero Arismendi no se pronuncia a favor de esa unidad ni siquiera en un futuro socialista.¹ ¡Muy curioso el insularismo stalinista! Las grandes potencias no podrían objetarlo.

Obando, el ya mencionado stalinista tribal, coincide con el orondo burócrata uruguayo de este modo: "*Existe, por ejemplo, la teoría que sustenta que no hay diferencias nacionales entre los pueblos de América Latina, que todos constituyen una sola nación... precisa ser denunciada como la variante latinoamericana con que el imperialismo yanqui tiende a extirpar el patriotismo de nuestros pueblos. Es una variante del cosmopolitismo que tiende a negar la existencia de las naciones, las nacionalidades y tribus de América Latina... Esta teoría es un emparedado*

¹ Renunciamos a escribir la historia melancólica de los detritus ideológicos en el stalinismo latinoamericano. Sólo recordaremos aquí el caso del Partido Comunista de Chile, cuyo patriotismo se ha reducido a tomar el partido de la miserable oligarquía chilena en el caso del Río Lauca, en la disputa con Bolivia. ¡En lugar de plantear la mezquindad de ese debate entre pueblos hermanos y señalar al verdadero usurpador de la soberanía latinoamericana (y del cobre chileno) estos stalinistas aldeanos visitaban la Casa de la Moneda para llevar su adhesión al gobierno! ¡Basta recordar su historia, desde el Frente Popular con Aguirre Cerda hasta su apoyo a Gabriel González Videla para comprenderlo todo!

de nacionalismo, cosmopolitismo, trotskismo y franquismo muy a gusto de Wáshington".¹

Para quien ha descubierto que Bolivia no es un Estado sino en realidad 34 naciones, la evidencia de que América Latina es una Nación debe resultarle una horrible pesadilla. La idea de que al imperialismo debe seducirle la unidad de los pueblos latinoamericanos, con el multiplicado poder económico y político que ese hecho supone, es una idea, entre cochabambina y siberiana, cuya paternidad exclusiva debe reclamar el Sr. Obando.

19. El marxismo reivindica a Bolívar.

Lo que no podía entender este género de teóricos que fundaba sus especulaciones sobre los textos de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., es que si en la Rusia zarista, "cárcel de pueblos", la esencia de la política nacional del proletariado era el "*derecho a separarse*", en América Latina la médula de la posición marxista en la cuestión nacional consiste en el "*derecho a unirse*".

Para existir como naciones normales, los pueblos atados al yugo autocrático debían separarse de ese yugo que les impedía el desarrollo económico y cultural; para obtener los mismos fines, por el contrario, los pueblos de América Latina deben federarse. El enemigo de los pueblos alógenos de la Rusia zarista era la autocracia, que ejercía su poder reuniéndolos en su puño; el enemigo fundamental de los pueblos latinoamericanos es el imperialismo, que mantiene su control económico directo y su dominio político indirecto fundado en la separación de las partes constituyentes de la nación latinoamericana. Si la creación de una industria pesada en la Argentina es muy difícil, sea por los límites del mercado, por las dificultades de la comercialización en las condiciones del mercado mundial competitivo, o por la escasez de capitales, conviene imaginar qué tipo de industria pesada podría construirse aisladamente en Cuba, en Honduras, en El Salvador o en el Ecuador, para dar sólo algunos pocos ejemplos, y de qué

¹ Obando, *ob. cit.*

manera, a menos que Ecuador sea condenado eternamente a plantar bananas, podrían los Estados latinoamericanos por sí mismos escapar al flagelo del monocultivo como no fuera por una unidad económica y una planificación *nacional de todos sus recursos*.¹

Ni desde el punto de vista del capitalismo, ni desde la perspectiva del socialismo puede concebirse un desarrollo aislado de las fuerzas productivas en cada uno de los 20 Estados.

Uno de los fenómenos habituales del "izquierdismo ci-payo" de América Latina, consiste en su manifiesta perplejidad ante la unidad latinoamericana: ¿se trataría de federar a los Estados después de hacer la revolución en cada uno de ellos o antes? ¿La lucha por la unidad de América Latina supone la postergación de la lucha por la revolución en cada uno de los Estados balcanizados? Basta plantearse estos insensatos interrogantes para comprender cómo responderlos.

El triunfo revolucionario en la Isla de Cuba (¡en una isla!) implicó inmediatamente la necesidad de romper la soledad insular del pueblo cubano. Todas las esperanzas de los cubanos se depositaron en un rápido triunfo revolucionario en Venezuela. Es completamente natural que esta espontánea actitud se fundara en la evidencia: si la revolución triunfaba en Venezuela o en Centroamérica,

¹ El terrorismo ideológico del imperialismo durante un siglo y medio de balcanización ejerce un funesto influjo sobre la "inteligencia" latinoamericana. Aún en Guatemala, donde la tradición unionista de Morazán y de Barrios debía contribuir a mantener viva la conciencia de los intereses comunes, era posible que un alto funcionario del Gobierno del Dr. Juan José Arévalo, escribiese en 1946 lo siguiente: "*El término Latinoamérica es solamente una expresión geográfica porque las veinte naciones así llamadas no tienen unidad cultural. La desunidad es un resultado de las variaciones en clima, topografía y fuentes naturales, las cuales a su vez causan variaciones en las condiciones económicas de cada una de las Repúblicas*": Dr. Marco Antonio Ramírez S., *La economía latinoamericana en relación a los grandes poderes*, en "Revista de Economía", p. 211, Guatemala, 1947. Más curioso resulta todavía si se considera que el Presidente de Guatemala en ese momento era Arévalo, autor de un libro titulado "*Istmania*", donde sostenía la tesis de unificar los países del Istmo. V. "*Istmania*", Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1954.

se impondría una planificación conjunta de sus economías con la de Cuba, quizás una moneda común, una política aduanera semejante, probablemente una federación política a corto plazo. Este acercamiento no tendría un carácter supranacional, como el Mercado Común Europeo,¹ constituido por antiguas naciones de lengua e historia diferentes, sino esencialmente nacional, integrado por partes separadas de un mismo pueblo y que solamente unidas pueden alcanzar rápidamente las diversas etapas del crecimiento económico. La lucha se entabla, como es natural, en los cauces inmediatos creados por la balcanización; pero esa lucha debe tener una meta: la unidad, federación o confederación de los pueblos de habla hispano-portuguesa. Esto no excluye el Estado de Haití, cuyo francés es menos importante que su "créole", hablado por el pueblo y que vincula a los haitianos a la patria común, para no referirnos a los derechos históricos que corresponden a Haití gracias al papel desempeñado por Alexandre Pétion en la independencia de América.

De otro modo, la lucha por la creación de 20 Estados "socialistas" de América Latina supondría la inauguración de la "misericordia marxista" o el establecimiento de algún

¹ El Mercado Común Europeo posee un sentido diferente al Mercado Común Latinoamericano o a la Federación política y económica de América Latina. En Europa la Nación se ha realizado y el capitalismo se ha expandido dentro de las fronteras nacionales. Pero el capitalismo europeo ya ha cumplido su tarea histórica, lo mismo que el Estado Nacional en el Viejo Mundo. Esa tarea consistía en elevar a un nivel óptimo las fuerzas productivas. Ya se ha llegado a ese punto y las barreras aduaneras de las naciones europeas resultan ahora un obstáculo para proseguir ese desarrollo. Como la burguesía rehúsa morir, intenta prolongar su existencia mediante acuerdos técnicos-arancelarios destinados a facilitar la creación de un mercado supranacional capaz de competir a bajo costo con el gigantesco competidor norteamericano. La solución histórica necesaria de ese conflicto se encontrará en los Estados Unidos Socialistas de Europa. Pero la creación de un mercado nacional y de una federación política entre los Estados balcanizados de América reviste un carácter histórico radicalmente diferente. Aquí se trata de elevar por la unión fuerzas productivas frenadas por la balcanización y la unilateralidad, es decir, por la ausencia de una revolución nacional. La Nación resulta pequeña para Europa y aún constituye un objetivo a lograr en América Latina.

"tutor" (Brasil o Argentina) rodeado de una nube de pequeños Estados enclenques.

Pero esta unión no será el fruto de los razonadores estériles de la diplomacia, de los técnicos híbridos que semejan "cuchillos sin hoja", ni de las conferencias incesantes de la CEPAL, que sólo ha logrado el autodesarrollo de los bien remunerados desarrollistas, sino el resultado de la revolución triunfante. La unidad de América Latina llega demasiado tarde a la historia del mundo como para que sea el coronamiento del desenvolvimiento automático de las fuerzas productivas de su anémico capitalismo. Esa unión no adquirirá carácter económico sino después de la unidad política. Pero esta unidad política pasa por el meridiano ardiente de la revolución.

El primer marxista que planteó este problema fue León Trotsky, el jefe del Ejército Rojo y héroe de la insurrección de Octubre, desde su exilio mejicano. Los golpes de la reacción thermidoriana lo trajeron hasta nuestro continente y en las tierras de Cárdenas, que le brindó generoso asilo, pudo estudiar algunos aspectos fundamentales de América Latina. Ya en 1934 había escrito: *"Los países de Sud y Centroamérica no pueden librarse del atraso y del sometimiento si no es uniendo a todos sus Estados en una poderosa federación. Esta grandiosa tarea histórica no puede acometerla la atrasada burguesía sudamericana, representación completamente prostituida del imperialismo, sino el joven proletariado latinoamericano, señalado como fuerza dirigente de las masas oprimidas. Por eso, la consigna de lucha contra las violencias e intrigas del capital financiero internacional y contra la obra nefasta de las camarillas de agentes locales, es: "los Estados Unidos Socialistas de Centro y Sud América".*¹ En esta simple fórmula se resolvía el programa bolivariano en las condiciones de las clases sociales modernas: no era una consigna extraída de un laboratorio extranjero para uso de los miserables conejillos de las Indias, sino la manifestación teó-

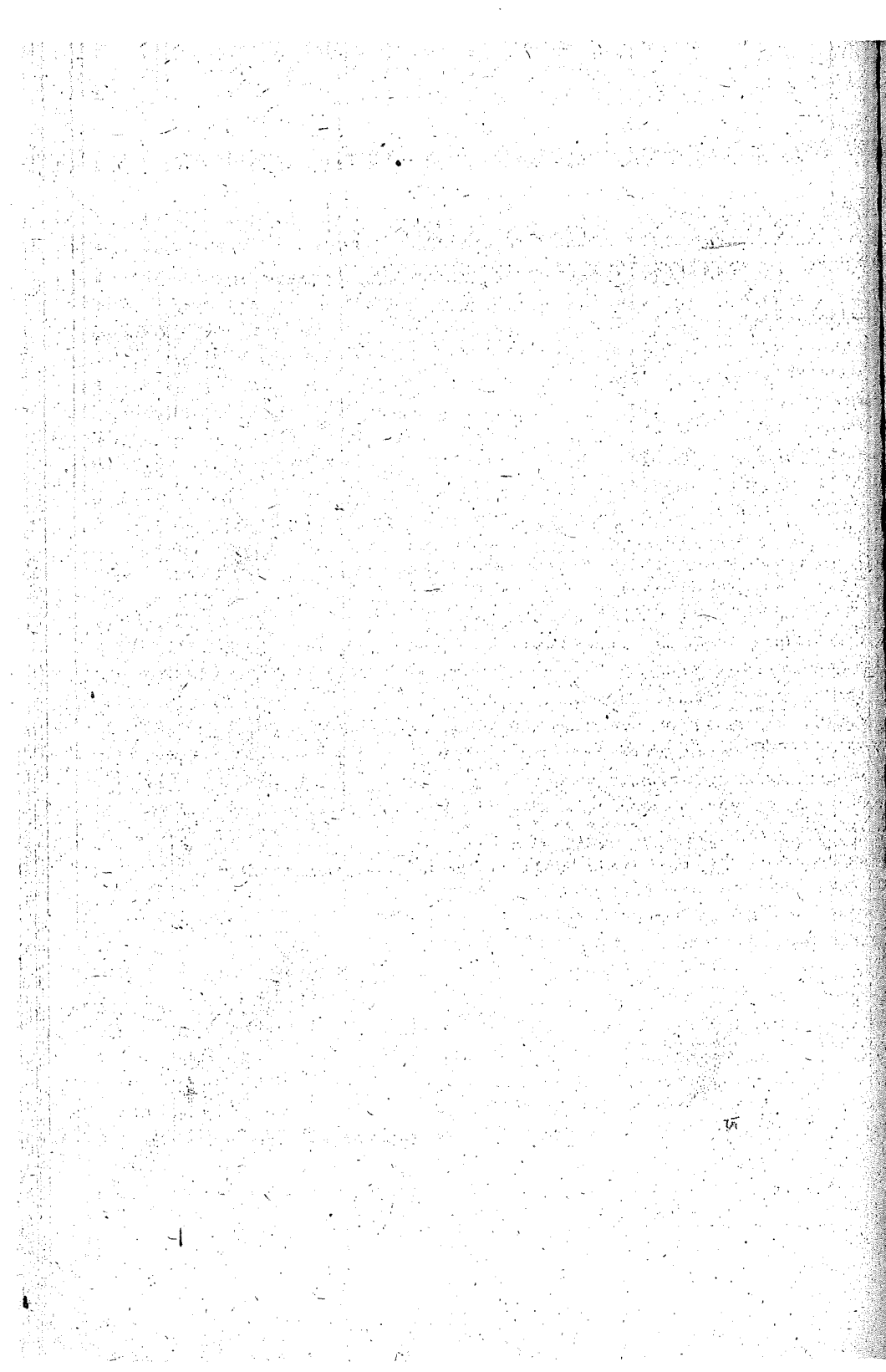
¹ Trotsky, *ob. cit.*, p. 30.

rica más alta del pensamiento marxista como revelador de la historia latinoamericana.

Fundándose en esa tradición que se remonta a Bolívar, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional de la Argentina ha incluido en su programa esa consigna estratégica.

No hay ni puede haber un destino *estadual* para el socialismo en América Latina. Han pasado ya los tiempos oscuros en que el stalinismo sustituía el carácter mundial de la revolución por la teoría del "socialismo en un solo país". ¡Oprobio para sus sucesores francos o vergonzantes! Mucho menos podría hablarse en América Latina de un "socialismo para cada país". Antes por el contrario habrá que formular una consigna más adecuada para lo que realmente se plantea: *un socialismo latinoamericano para una Nación Latinoamericana*. Quien quiera una Patria Grande, abrazará el camino de la revolución. Pero esta revolución nacional latinoamericana que un día lejano concibió Bolívar, será un paso de gigante hacia la revolución socialista mundial.

Esto nos lleva directamente a considerar la realidad actual de América Latina a la luz de Bolívar y de Marx, es decir, sin máscara, hipocresía ni temor, para saber dónde, cuándo y cómo las armas de la crítica serán cambiadas por la crítica de las armas.



CAPITULO XVI

TRADICION CRITICA Y HETERODOXIA CONSERVADORA EN EL PENSAMIENTO SOCIALISTA

“La concepción materialista de la historia también tiene ahora muchos amigos de esos para los cuales no es más que un pretexto para no estudiar la historia. Marx había dicho a fines de la década del 70, refiriéndose a los “marxistas” franceses, que “lo único que sé es que no soy marxista”. . . En general, la palabra “materialista” sirve, en Alemania, a muchos escritores jóvenes como una simple frase para clasificar sin necesidad de más estudio todo lo habido y por haber; se pega esta etiqueta y se cree poder dar el asunto por concluido. Pero nuestra concepción de la historia es, sobre todo, una guía para el estudio y no una palanca para levantar construcciones a la manera del hegelianismo. Hay que estudiar de nuevo toda la historia, investigar en detalle las condiciones de vida de las diversas formaciones sociales, antes de ponerse a derivar de ellas las ideas políticas, del Derecho privado, estéticas, filosóficas, religiosas, etc., que a ellas corresponden”.

Engels.

La destrucción de la democracia revolucionaria en el interior de la Unión Soviética por el triunfo de la burocracia stalinista tendría inmensas consecuencias en el destino del mundo contemporáneo. La congelación del pensamiento crítico del marxismo en la propia cuna de la Revolución de Octubre se propaga durante varias décadas al movimiento obrero internacional. Sus efectos son visibles hoy, a poco que se examine la barbarización del pensamiento marxista. Las razones son claras. El triunfo del proletariado en el Imperio más atrasado de Europa no pudo ser sostenido desde el exterior por la victoria del socialismo en las naciones altamente civilizadas, como lo esperaban Lenín y Trotsky. La Unión Soviética se transformó en una fortaleza sitiada; en su seno se incubó una reacción burocrática. El atraso del país cobraba su amarga revancha con el triunfo del asiático Stalin.¹ Toda la "inteligencia" bolchevique, formada en la emigración europea y que era la verdadera expresión de la cultura socialista de Europa en las condiciones de la Rusia zarista bárbara, fue aniquilada. El socialismo soviético adoptó el camino de "paso de tortuga" previsto por Bujarin. Comenzó el doloroso proceso de una acumulación socialista primitiva que empujó hacia el límite extremo de sus fuerzas vitales al campesinado y a la clase obrera. Sobre esa evolución faraónica se elevó el poder de las oficinas; el apa-

¹ V. Christián Rakovsky, *Los peligros profesionales del poder*, Ed. de Izquierda Nacional, Buenos Aires, 1964, y León Trotsky, *La revolución traicionada*, Ed. Proceso, Buenos Aires, 1965.

rato del partido se fundió al aparato del Estado, y un régimen policíaco vigiló torpe y a veces criminalmente el salto del "mir" a la industria pesada. El pensamiento marxista fue prohibido, la historia adulterada, los grandes teóricos y fundadores del Estado soviético calumniados después de su fusilamiento. El arte y la literatura soviéticas se convirtieron en una dependencia de la policía política,¹ la revolución mundial, en un incómodo problema y los partidos comunistas en mensajeros dóciles. Bajo tales circunstancias se educaron dos generaciones de marxistas en el mundo entero. Los resultados teóricos eran previsibles. Desde 1929 en la Unión Soviética no se ha publicado un solo libro marxista. Ocuparon su lugar pastorales burocráticas, piadosas recopilaciones de los clásicos, naturalmente expurgadas, y agobiadores Tratados de una extraña ciencia llamada "Marxismo-Leninismo".

La única conexión con la tradición teórica del marxismo revolucionario interrumpido en 1929 en la Unión Soviética, fueron las obras de León Trotsky hasta 1940, en que fue asesinado en México por la policía secreta de Stalin.² En esos once años de emigración, Trotsky continúa y enriquece el pensamiento de Marx y Lenin. Más aún, Trotsky formula esenciales contribuciones a la inteligencia de la burocracia soviética y de la revolución latinoamericana.

1. Deshielo y congelación.

Al concluir la segunda guerra imperialista se desenvuelve un ciclo de revoluciones nacionales en el mundo semicolonial. Mao rompe prácticamente con Stalin, lo mismo que Tito, y emprende su propio camino. Análoga decisión se disponen a adoptar los revolucionarios de Hungría, pero son aplastados por los tanques soviéticos. En Polonia la tentativa de renovación teórica y política es

¹ Trotsky, *Literatura y Revolución*, Ed. Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1964.

² General Salazar, *Cómo fue asesinado Trotsky*, Ed. del Pacífico, Santiago de Chile; y Víctor Serge, *Vida y muerte de Trotsky*, Ed. Indoamérica, Buenos Aires, 1954.

detenida. Una completa mediocridad teórica reina sobre la Europa Oriental. El Informe Krushev ejerce el efecto de un temblor de tierra sobre las anquilosadas burocracias del stalinismo internacional. Todos los juicios de Trotsky se ven confirmados desde el Kremlin. Un aire de renovación parece soplar en el comunismo italiano. Comienza el deshielo, pero la burocracia soviética lo detiene justo a tiempo para impedir que ella misma sea sentada en el banquillo de los acusados junto a su execrado jefe Stalin, ideal derivación de una responsabilidad social colectiva. Pero la crisis chino-soviética parece reanimar el intento del marxismo internacional para replantear desde la raíz la historia de 30 años de oprobio. Los chinos se disponen a avanzar política y teóricamente en el camino de un examen a escala mundial de los problemas de la revolución. Su misma formación stalinista inhibe esa tentativa: la polémica degenera en un intercambio puramente burocrático de inyectivas. El naciente "aparato" chino cierra abruptamente el debate iniciado.

2. La tradición intelectual del marxismo.

¿Cómo ha llegado a producirse esta crisis de la gran tradición intelectual del marxismo? ¿Por qué razón justamente la corriente ideológica que ha fecundado el espíritu de nuestra época está ella misma reducida a sus iniciadores? ¿Por qué causa el pensamiento marxista fecunda a sus adversarios y esteriliza a sus amigos? ¿Cuáles son los motivos que han interrumpido el poder transformador de un pensamiento que, hacia principios de este siglo, contaba con figuras como Plejanov, Lenín, Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky, Rodolfo Hilferding; Preobrayensky, Bujarin, Rakovsky, Max y Victor Adler, Jean Jaurés, Antonio Labriola, Paul Lafargue, Trotsky? Ese período de esplendor de la socialdemocracia europea debía encontrar su primera interrupción con la guerra de 1914; desde 1917 el foco irradiante de creación intelectual se trasladó de la Europa conservadora a la Rusia revolucionaria. Allí concluyó con el triunfo del stalinismo. En Europa no volvió a manifestarse

un florecimiento análogo al que había suscitado el período de expansión del capitalismo que transcurre desde la publicación del primer tomo de "*El Capital*" en 1867 hasta la primera guerra imperialista.

La correlación de ambos hechos no es accidental, como se verá, pues el pensamiento marxista aparece históricamente como el remate crítico de toda la cultura occidental, el fruto más refinado de una larga "acumulación cultural" creada en el seno de la vieja sociedad burguesa desde el Renacimiento. El último gran representante de esa tradición fue León Trotsky, cuyos años postreros transcurren en América Latina, enlazando por una curiosa coyuntura el pensamiento marxista clásico con la realidad social del Nuevo Mundo. Salvo su gran figura solitaria, el pensamiento marxista desciende a niveles sin precedentes. Dejemos a un lado las producciones de Stalin, Kuusinen, Volodarsky y otros profesores y "académicos" soviéticos de cuya importancia preferimos no hablar.

Si consideramos el caso de China, el coro oficial hablará, como en los mejores tiempos de Stalin, del "*gran pensamiento del camarada Mao*": Stalin lucía una modestia de violeta comparada con este nuevo gran dios Mao. Sin embargo, Mao no es un gran teórico, ni siquiera un teórico, sino un gran político revolucionario que ha difundido, de acuerdo a las condiciones culturales de China, las ideas de Marx y Lenin. Su mérito indiscutible es el de haber empleado tales ideas, adaptadas a la realidad de su país, para elaborar una táctica revolucionaria acertada. Fuera de la propaganda de Estado, a nadie se le ocurriría seriamente considerar a Mao como filósofo. Pero uno de los rasgos más peculiares de la tragedia del marxismo en nuestra época reside en que Mao, siguiendo en esto la escuela de falsificación iniciada por Stalin, se ha cuidado durante largos años de encubrir celosamente la propia historia del comunismo chino, sus verdaderas relaciones con Stalin, sus divergencias con el fundador del comunismo chino Chen-Du-Siu, su capitulación ante Chiang-Kai-Shek, bajo la presión de Stalin (en 1927) y su rompimiento

con este último. Pero este horror por la verdad que distingue la literatura palatina no es privativo de Mao, sino que se trata de una epidemia que ha esterilizado todo el pensamiento político de los Estados socialistas.

3. El "marxismo de Estado" y la pérdida del espíritu crítico.

Reina en todos los círculos de la llamada "izquierda" internacional y latinoamericana (sean stalinistas, stalinizantes, socialistas de izquierda, "fidelistas", prochinos o semejantes) un sagrado temor a llamar las cosas por su nombre. Esto es particularmente evidente cuando se trata de discutir los nuevos problemas planteados por las revoluciones triunfantes, es decir, que pueden afectar los viajes pagos del "turismo post-revolucionario", los Congresos internacionales y los gratificantes réditos de prestigio que tales actividades suponen. ¡Temor! ¡Temor! Marx no habría sospechado jamás que bajo su nombre germinase algún día tanta cobardía moral para considerar sin preámbulos los problemas capitales de la revolución. Pululan en nuestra época algunos miles de personas en todo el mundo que han hecho un agradable oficio el viajar a La Habana, a Pekín o a Moscú y que cuidan pulcramente la profilaxis ideológica de tales canales turísticos. Pero la revolución latinoamericana no avanzará un solo paso con estos perpetuos vendedores de frases.

Algunos escritores posteriores, como Henri Lefebvre, después de un largo período de "stalinización", rompen con Moscú y se proponen explicarse el papel de la burocracia stalinista a través de las "ideas filosóficas" de la juventud de Stalin.¹ De este modo, tales teorizadores marxistas apelan a un método idealista para analizar procesos histórico-sociales específicos, revelados por la magia de la filosofía. Otro precursor en la materia, Merleau-Ponty,

¹ Henri Lefebvre, *Problèmes actuels du marxisme*, Ed. Presses Universitaires de France, París, 1959. Hay versión castellana de Ed. Nagelkop, Córdoba, 1965.

justificaba filosóficamente los Procesos de Moscú, inclinándose ante el carácter impersonal del proceso histórico y las evidentes conquistas tecnológicas de la Unión Soviética. Ni hablemos de Sartre, paradigma del perfecto filisteo, que escondió su cabeza durante la guerra haciendo excursiones en bicicleta a Suiza durante el "maquis", para industrializar luego de la guerra los problemas de la pequeña burguesía presa de angustia. Conformista radical, enmascarado de "rebelde", Sartre ha lagrimeado ante la tragedia interna del comunismo, usufructuado su aparato de propaganda en perfecto condominio con la prensa burguesa, silenciado el papel de Trotsky en la Unión Soviética, popularizado las deyecciones del famoso homosexual y ladrón Genet y del Marqués de Sade, para terminar apoyando a Israel, contra los Estados Arabes. No es con estos proveedores del "snob" profesional de la izquierda pequeño burguesa que podríamos corregir nuestro juicio sobre la decadencia del pensamiento marxista. Este fenómeno requiere una explicación.

El rasgo común de estas deformaciones "contra natura" del marxismo, sea bajo su forma pueril o bajo su forma senil y provenga de los jefes de los Estados socialistas o de intelectuales a su servicio, consiste en la inmovilización del pensamiento revolucionario, en una notoria resistencia a historicizar las revoluciones triunfantes y a juzgarlas críticamente. Los empobrecedores resultados de este sistema están a la vista y requieren una dilucidación profunda.

4. Las ilusiones de los clásicos.

Marx, Engels, Lenin y Trotsky conservaron hasta el fin de sus días una profunda confianza en el proletariado de los países avanzados. Engels llegaba a hablar de la "tradicción filosófica" del proletariado alemán.¹ Para Lenin, la revolución rusa no se podría sostener sin el triunfo

¹ Engels, *Los marxistas*, ob. cit., p. 234.

de la revolución alemana. Estaba dispuesto a sacrificar aquélla, si fuera necesario para el triunfo del socialismo en Alemania, centro vivo de la cultura occidental. Un Estado socialista erigido sobre una herencia tecnológica indigente era inconcebible para Lenín. ¿No había dicho Marx que sólo *"la dominación de la burguesía industrial extirpa las raíces materiales de la sociedad feudal y prepara el terreno sobre el cual es posible una revolución proletaria"*?¹ ¿No había afirmado el maestro del socialismo, por lo demás, que el triunfo del socialismo en un país primitivo conduciría a la *"socialización de la miseria"* y a la reintroducción en el *"antiguo caos"*? Toda la socialdemocracia clásica se había formado en tales ideas del desarrollo revolucionario. El brusco hundimiento del zarismo a consecuencia de la guerra revolucionó asimismo esas ideas y perspectivas. Pero la conquista del poder en el imperio euroasiático no hizo sino aumentar la alarma de Lenín hacia la perspectiva de un socialismo bloqueado en esas fronteras de la barbarie. Trotsky se había formado en esa tradición. Toda su obra anterior y posterior a su expulsión de la Unión Soviética se funda en dichas premisas. Hasta poco antes de su muerte, en la hora nocturna de la guerra imperialista, cuando Hitler dominaba Europa, sus pensamientos estaban fijos en el estallido futuro de la revolución en los países claves del mundo capitalista. *"Si esta guerra provoca, escribía en 1940, como lo creemos firmemente, la revolución proletaria, conducirá inevitablemente al derrumbe de la burocracia en la U.R.S.S. y a la regeneración de la democracia soviética, sobre una base económica y cultural mucho más alta que en 1918... Si se admite, sin embargo, que la actual guerra no provocará la revolución, sino la declinación del proletariado, entonces queda el otro aspecto de la alternativa: la putrefacción ulterior del capitalismo monopolista, su compenetración con el Estado y la sustitución de la burguesía, en donde hu-*

¹ Marx, ob. cit., p. 229.

biere subsistido, por un régimen totalitario".¹ Trotsky no contemplaba, como puede observarse, sino dos alternativas: el triunfo de la revolución proletaria en Europa o un régimen totalitario.

5. La revolución en los países atrasados.

Sin embargo, a pesar de que la revolución proletaria no triunfó en ningún país capitalista avanzado, avanzó irresistiblemente en el corazón de la atrasada Yugoslavia y en el centro vital del Asia. Sea bajo la conducción marxista o bajo la conducción nacionalista, la revolución se extendió por el mundo semicolonial. Si no había vencido en Europa después de la guerra se debía a que los comunistas franceses bajo el dictado de Moscú, cedieron el paso graciosamente al General De Gaulle en nombre de la patria, y los comunistas italianos ayudaron con todas sus fuerzas al restablecimiento de la República burguesa. La espantosa mutilación nacional de Alemania, que retrotraía esa nación a los tiempos anteriores a Bismarck, realizaba el sueño stalinista de una coexistencia entre el comunismo y el capitalismo, y bloqueaba por todo un período histórico la ruta de la revolución social europea.

Al no realizarse la predicción de Marx y de sus más geniales discípulos, acerca de que la revolución brotaría allí donde las fuerzas productivas habían llegado a su nivel más alto, sino que por el contrario, había surgido justamente allí donde las fuerzas productivas no han podido desarrollarse plenamente, toda la problemática del marxismo se desplazaba hacia la consideración, no de la crisis del capitalismo, sino de la crisis del imperialismo, no de la revolución socialista sino de la revolución nacional, no sobre el antagonismo entre la burguesía y el proletariado, sino de la lucha entre las naciones opresoras y las naciones oprimidas.

La única revolución que estalla en Europa antes de la

¹ Trotsky, *La URSS en guerra*, en revista "Claridad", número de homenaje, Buenos Aires, 1940.

segunda guerra mundial es la revolución española. Pero no significa ningún azar que esta revolución estalle en la nación más atrasada de Europa: una metrópoli raquílica con un puñado de colonias africanas; una nación imperial con una cuestión agraria sin resolver; una nación trabajada por los particularismos nacionales de catalanes, gallegos y vascos, resultado directo de la insuficiencia de su desarrollo burgués y de la centralización consiguiente. Era evidente que el capitalismo tendía "a romperse por sus eslabones más débiles", según el aforismo de Lenin. Pero la historia demostró que los eslabones débiles de la cadena capitalista no eran capitalistas o no lo eran del todo, y que no se encontraban en Europa sino en el mundo semicolonial.

6. Las dificultades de una óptica europea.

Paradojalmente, mientras la realidad se expresaba en las revoluciones nacionales, el pensamiento marxista quedaba detenido en las antiguas categorías metropolitanas. Esto explica por qué la literatura marxista no ha desenvuelto su poder creador justamente allí donde la historia ha demostrado su vigencia. Si esto no ha sido totalmente evidente hasta hoy, se debe en primer término al carácter europeo-conservador que había llegado a adquirir el pensamiento marxista y, en segundo término, a la putrefacción del pensamiento político del stalinismo, que ha paralizado en el exterior lo que ya había esterilizado en el interior de la Unión Soviética. Si la cuestión nacional y colonial no ha sido situada en el eje mismo de la discusión teórica de nuestro tiempo, se debe también a que el movimiento revolucionario de las metrópolis, bajo la influencia deformante del imperialismo, ha transferido su óptica metropolitana y "socialista pura" al examen de los problemas nacionales de las colonias. Un ejemplo notable a este respecto lo constituye la ausencia significativa de estudios marxistas sobre la cuestión de Medio Oriente y la constitución de la Nación Árabe, no como propósito "imperialista panárabe" de Nasser, sino como la exigencia del desarrollo histórico de los Estados balcanizados de lengua

árabe. Otro ejemplo es el desconocimiento e indiferencia de los teorizadores marxistas sobre la cuestión del Estado nacional en América Latina y el mundo de lengua malaya: Indonesia y península malaca, balcanizado por ingleses y holandeses. De este modo, si en el siglo XIX los maestros del socialismo consideraban tan sólo la cuestión nacional en los estados rezagados de Europa, relegando la cuestión colonial, y si Lenin unifica la cuestión nacional y colonial en una sola, en nuestros días la *cuestión colonial pura* ha sepultado en el olvido la cuestión nacional, que en muchos casos reviste una importancia decisiva. Esto no posee un simple interés académico, pues si el imperialismo ejerce aún su influencia en Medio Oriente y en América Latina, no se debe únicamente a la subordinación económica de dichas regiones, sino al formidable debilitamiento en su capacidad defensiva que se deriva de su *balcanización*, es decir, de su cuestión nacional irresuelta.

Comprender la razón por la cual la revolución no ha triunfado en los países capitalistas avanzados, sino en los países coloniales más atrasados, nos permitirá penetrar del mismo modo en la clave de la decadencia del pensamiento marxista contemporáneo. *“El error de Marx y Engels, escribía Trotsky en 1938, con respecto a los plazos históricos, procedía de una parte, de la subestimación de las posibilidades históricas inherentes al capitalismo, y de otra, de la sobreestimación de la madurez revolucionaria del proletariado. La Revolución de 1848 no se transformó, como lo descontaba el Manifiesto, en revolución socialista, pero abrió como consecuencia, para Alemania, la posibilidad de una expansión formidable. La Comuna de París demostró que el proletariado no podía arrancarle el poder a la burguesía sin tener a su cabeza un partido revolucionario templado en la lucha... Más tarde, el largo período de desarrollo capitalista que siguió, trajo como consecuencia no la educación de una vanguardia revolucionaria sino por el contrario la degeneración burguesa de la democracia obrera que devino, a su turno, el freno principal de la revolución prole-*

taria. Esta "dialéctica" no podían preverla ni siquiera los autores del "Manifiesto".¹

7. El stalinismo sustituye a la socialdemocracia.

El desarrollo del capitalismo demostró una vitalidad mucho mayor que la que suponían Marx y Engels. Y mayor todavía que la que le atribuía Trotsky en la época en que escribía las palabras anteriores (1938) cuando el antiguo jefe del Ejército Rojo afirmaba: "*La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo al punto más alto que le sea dado alcanzar bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material*"² La expansión económica de la postguerra en Europa Occidental y Estados Unidos, aunque actualmente tienda a decaer, amplía enormemente el capital fijo del capitalismo mundial y echa raíces hasta en las zonas marginales clásicas: Italia y hasta España, el sur y el Oeste de Estados Unidos. Francia consolida su aristocracia obrera: Alemania Occidental erige un aparato productivo ultramoderno. La clase obrera alemana alcanza niveles de vida nunca vistos. El único enfermo crónico (pero bien atendido) parece ser Gran Bretaña. Considerado en su conjunto, el proletariado europeo adquiere un bienestar que no podría haber soñado antes de la guerra, a pesar de que en esa época las diferencias de "standard" entre Europa y los países coloniales eran espectaculares.³ Los resultados políticos son obvios. Los partidos comunistas europeos sustituyen a la vieja socialdemocracia en el favor de la clase obrera; pero desempeñan funciones análogas a la socialdemocracia y sufren una corrupción burguesa semejante.

¹ Trotsky, *A noventa años del Manifiesto Comunista*, artíc. cit.

² Trotsky, *Tesis Central de la IV Internacional*, Ed. Chispa, Córdoba, 1948.

³ La última huelga general que se produjo en Holanda se remonta a 1903.

No sólo la clase obrera europea permanece en reposo, sino que hasta admite que uno de los mayores Partidos Comunistas del continente, el Partido francés, apoye cínicamente la guerra contra Argelia. Esto basta para revelar no sólo la naturaleza del stalinismo en Francia, sino también el grado de madurez revolucionaria del proletariado francés en nuestra época. Es preciso admitir que el proletariado europeo y norteamericano, como en los tiempos de Marx, no ha logrado emanciparse de las condiciones materiales de su existencia, muy superiores a las condiciones de vida de las masas trabajadoras de los países coloniales. Es rigurosamente cierto que dicho proletariado ha establecido implícitamente una alianza con su propia burguesía imperialista, como en Inglaterra o Estados Unidos, o permanece indiferente a toda perspectiva revolucionaria en el resto de Europa. Esa pasividad es el principal factor de equilibrio de la sociedad europea y esto explica que el jefe de la burguesía francesa pueda dirigir una carta a Sartre, el terrible "marxista", llamándole "mi querido maestro".

8. El stalinismo en Argelia y Cuba.

De este modo, los partidos comunistas de Europa, lejos de constituir un peligro al orden social vigente, son los pilares de dicho orden. Las ásperas observaciones de Marx y Engels sobre el proletariado inglés del siglo XIX y su proceso de aburguesamiento, fundado en el monopolio industrial británico, no llegaban, ni podían llegar en su época, hasta sus últimas consecuencias. Lenín declaraba terminantemente que sin la revolución europea la revolución rusa estaba condenada; en cierto sentido fue así. Por lo menos estuvo condenada durante medio siglo de trágica acumulación primitiva. Pero Lenín no pudo apreciar en su verdadero valor el peso que ejercería en la conciencia de los obreros alemanes, no la tradición filosófica que les atribuía Engels, sino las décadas de conformismo con la famosa "táctica parlamentaria" de las horas de apogeo capitalista. En el momento decisivo, ese proletariado dejó

sola a Rosa Luxemburgo, a pesar del heroísmo de su vanguardia proletaria de Berlín. Por el contrario, la revolución rusa demostró que no era "excepcional". Las restantes revoluciones triunfaron en otros tantos países atrasados. Los obreros europeos, aún los más arrojados, como los vieneses de 1934, los españoles de 1936, los "maquisard" o "partisans" franceses e italianos fueron todos derrotados, tanto por las condiciones generales de sus países, como por la política criminal del stalinismo. El resultado fue que en Europa no triunfó revolución alguna, como no fueran las transformaciones burocráticas impuestas por las bayonetas del Ejército Rojo en la atrasada Europa Oriental.

La discontinuidad de los ritmos revolucionarios en el mundo no puede ocultar un hecho: la veloz descomposición del régimen de opresión nacional y colonial del imperialismo. Tomemos dos ejemplos demostrativos: Argelia y Cuba. Estas dos revoluciones no habían contado con la dirección de un "partido obrero". Semejante falta se debía exclusivamente al hecho de que el Partido Comunista de Cuba estaba ocupado no en hacer la revolución, sino en apoyar a la contrarrevolución. Ya en 1942 el stalinismo cubano ocupaba cargos ministeriales en el gabinete del coronel Batista, siguiendo las sabias directivas de Stalin que aconsejaba *"unir todas las fuerzas contra el fascismo"*. En Argelia, el partido comunista argelino estaba en abierta oposición a la guerra de liberación nacional; en lo que aparecía en perfecto acuerdo con el Partido Comunista de la potencia colonizadora, Francia, que también se manifestaba contra la guerra nacional argelina. De este modo, la política de Lenin, que juzgaba una traición completa al socialismo que el partido revolucionario de la nación oprimida no apoyara la lucha de la nación oprimida, se veía enriquecida con un aporte que jamás habría imaginado su autor: el "partido revolucionario" de la nación oprimida estaba en desacuerdo con la lucha de su patria por liberarse y en perfecta armonía con el "partido revolucionario" de la potencia imperialista que se oponía a esa liberación. De este modo, tanto en Argelia como en Cuba, la

lepra stalinista marginó radicalmente a los militantes comunistas de la lucha por la revolución. En ambos países, la lucha fue dirigida no por el proletariado, ni por su partido, sino por la pequeña burguesía cubana y argelina, ese mundo informe de estudiantes, profesores, comerciantes quebrados, periodistas, empleados e intelectuales nacionalistas.

9. El socialismo y la pequeña burguesía.

Al encabezar la pequeña burguesía el proceso revolucionario, se revela que la descomposición general del imperalismo promueve a la lucha a clases sociales que no podrían jamás asumirla en países avanzados y que el hundimiento del sistema empuja a esas clases a trascender los límites liberales o nacionalistas para avanzar hacia formas más o menos maduras del socialismo. Pero esta condición social y el atraso del país predetermina en cierto modo su destino: la ausencia de una tradición marxista y de una perspectiva proletaria ejerce un papel debilitante en el gobierno revolucionario. Le impone improvisar un sistema partidario con los elementos del antiguo orden o del stalinismo, codicioso del poder no conquistado, que concluye generalmente con la ruptura de la democracia revolucionaria, su enfeudamiento a un sistema militar, la capitulación ante las exigencias económicas o políticas de la burocracia soviética, o una combinación de todos estos factores. Las banalidades del filisteo Sartre al visitar Cuba, en el sentido de que el triunfo de la revolución cubana probaba la inutilidad de una ideología para hacer una revolución, se demostró cuando la revolución no sólo necesitó de una ideología, sino de varias. A medida que la revolución se profundizaba, los aliados de ayer eran reemplazados por otros aliados y las medidas puramente antiimperialistas eran sucedidas por cortes abiertamente socialistas en el cuerpo social de la Isla. Fidel Castro y sus camaradas abandonaron su ideología liberal y se hicieron nacionalistas antes de abrazar finalmente el marxismo. A cada fase del proceso revolucionario correspondió un sistema de ideas particular.

En cuanto a la superfluidad de tener un partido para hacer la revolución, el propio Castro ha debido comprender su utilidad al crear uno desde el poder; probará en este momento las amargas experiencias que eso significa, la multitud de arribistas, agentes soviéticos y pequeños burgueses soberbios que acuden a la mesa de la victoria. Y comprenderá también que no es lo mismo construir ese partido *antes* que *después*.

Así, mientras el proletariado de Europa no lograba hacer revolución alguna ni en vísperas ni luego de la última guerra, no sólo el proletariado sino aún la pequeña burguesía de las colonias y semicolonias dirigía revoluciones triunfantes. La conclusión no puede ser más clara: el mundo civilizado, que extiende sin cesar su poder desde el siglo XVIII sobre el mundo, ha elevado a Europa y Estados Unidos al nivel de la civilización, gracias a que ha sumergido la periferia colonial a las condiciones de la degradación biológica y social. Pero a través de las crisis del imperialismo, las colonias y semicolonias han engendrado movimientos nacionales y hasta una clase obrera que no puede aceptar el "*statu quo*" de la sujeción yanqui-europea. La revolución mundial se ha desplazado hacia los continentes marginales.

10. Verdad y razón de Estado.

Las revoluciones nacionales y coloniales de nuestra época, según sea su situación geográfica y política, tienden a ser aprisionadas en la tenaza de hierro de la coexistencia pacífica entre el imperialismo y la burocracia soviética. Para escapar a la extorsión imperialista, se ven obligadas a estrechar sus relaciones económicas y políticas con la Unión Soviética. Pero ésta tiende a congelar la revolución en las fronteras adquiridas y a sofocar todo intento de pensamiento marxista crítico. De este modo, aún cuando la revolución mundial extiende su amplitud, la elaboración teórica y la generalización de las formidables experiencias revolucionarias adquiridas se comprimen en una versión oficial polarizante, donde la agudeza de los conflictos inte-

riores y las luchas que impulsaron la revolución son adaptadas a una versión oficial universalmente admitida. La complejidad de este proceso, donde la influencia burocrática soviética se hace sentir pesadamente, crea la paradoja de que las revoluciones que triunfan cierran la enseñanza de sus luchas a las revoluciones que aún no han triunfado. Una especie de hipócrita convencionalismo sobre lo que es bueno decir y lo que es prudente callar se instaura en el dominio del pensamiento más revolucionario de nuestro tiempo. El silencio es más usual en los Estados socialistas que la palabra; cuando ésta se pronuncia, siempre es "oficial".

La vida interior de los Estados socialistas, sus conflictos internos y disputas ideológicas, la discusión sobre las rutas del plan económico, las pugnas de las antiguas clases no disueltas, la creación artística, en fin, cuanto constituye el sistema de signos de una vida dinámica, se convierte en material inflamable bajo censura. En tales condiciones, el pensamiento marxista cesa de existir para ser sustituido por una oficina de prensa. Las enseñanzas de la revolución después de la conquista del poder son recluidas en los archivos gubernamentales. La verdad es reemplazada por la razón de Estado. Así, con la obtención del poder, parece haberse llegado a una meta definitiva. Surge de este modo un "marxismo estatal" fundado en una fraseología convencional vacía de todo contenido. Si las potencias imperialistas usan ese hermetismo para favorecer la formación académica de "marxólogos" o "soviétólogos", como una profesión equivalente a la de egiptólogo, las necesidades de tales especialistas se unen a los aforismos burocráticos de los Académicos soviéticos para volver más irrecognocible el resultado político del método intelectual más audaz y crítico del siglo XX.

Basta remontarse a los primeros años de la revolución rusa para advertir el profundo descenso intelectual del pensamiento marxista justamente allí donde han triunfado sus enseñanzas. La razón de esa decadencia reside en las mismas causas que han posibilitado la victoria revolucionaria. Se justifica en este caso la observación de Marx:

“No sólo somos torturados por el desarrollo de la producción capitalista, sino también por su falta de desarrollo. Junto con la miseria moderna, estamos oprimidos por toda una serie de miserias heredadas, provenientes del hecho de que siguen vegetando entre nosotros los métodos antiguos y anticuados de producción, que tienen por efecto condiciones sociales y políticas inadecuadas a la época. Sufrimos no solamente a causa de los vivos, sino también de los muertos. Le mort saisit le vif” (El muerto atrapa al vivo).¹

11. El capital cultural acumulado.

La ausencia de tradición cultural opera bajo dos formas en los países atrasados que se lanzan a la revolución: de un lado, los trabajadores coloniales carecen de las inhibiciones culturales e ideológicas impuestas en viejas naciones durante grandes períodos de hegemonía espiritual burguesa que propenden a su conservatismo político; del otro, al producirse la victoria, con el abandono del país por las clases cultas (Rusia, Cuba) el nuevo régimen se encuentra no sólo con una exigua herencia técnica derivada del atraso histórico, sino también despojado del escaso capital cultural acumulado durante el período prerrevolucionario. Se origina por esta razón un empobrecimiento cultural inmediato, que mediante los enérgicos esfuerzos del Estado tiende a equilibrarse por la incorporación a la alfabetización de vastas masas, cursos apresurados de la nueva generación en diversas disciplinas, en fin, por una tentativa planificada de elevar el nivel de escolaridad. Por su propia naturaleza, este método opera como forma provisional de artículos de “industria liviana”; la ancha y lenta base de una cultura sólo puede darla un largo proceso. Esta crisis cultural se manifiesta sobre todo en la dirección de los nuevos Estados. Si en Rusia toda la “intelligentsia” se había educado en Europa, en particular bajo la influencia de la cultura y el socialismo alemán —el más avanzado y maduro de Europa—, en Cuba, por ejemplo, la joven direc-

¹ Marx, *Correspondencia*, p. 531.

ción del Estado provenía de corrientes políticas liberales o nacionalizantes. El carácter ininterrumpido del proceso revolucionario colocó a esta dirección en la necesidad de adoptar el pensamiento marxista "desde arriba". Pero como en Rusia y en China, el atraso cultural de la isla semicolonial debía influir decisivamente sobre el pensamiento político marxista del gobierno y del partido gubernamental. Además del carácter no marxista de los dirigentes antes de la victoria, se manifestaba en Cuba el mismo fenómeno histórico presente en los países coloniales que ingresaban a la revolución: el rezagamiento histórico del país empujaba hacia atrás el pensamiento político, en cierto sentido tendía férreamente a "adaptarlo" al nivel del país mismo. Con caracteres hasta ahora mucho menos trágicos que el proceso ruso o chino, en Cuba se han operado fenómenos análogos, con mayores razones que en los países antes citados.

Del mismo modo que se había pasado a la guerrilla y a la lucha armada sin pasar por el parlamentarismo, los cubanos llegaban a la planificación socialista sin haberse educado en la tradición teórica de Marx, Lenin, Luxemburgo, Trotsky. Al inclinarse hacia el marxismo desde el gobierno, el equipo dirigente debía improvisar en plena marcha su equipamiento ideológico.

Sin embargo, la revolución cubana hasta hoy ha mostrado rasgos únicos de rejuvenecimiento de las prácticas revolucionarias que hace mucho tiempo han dejado de existir en China, la Unión Soviética y Europa Oriental. La magnífica vitalidad de Cuba y el atrevimiento de sus jefes han operado maravillas en este respecto. De este modo, la discusión sobre la planificación, en la que intervino Ernesto Guevara en debate con Bettelheim y Mandel, hubiera sido inconcebible en la URSS o Europa oriental.

La introducción en el debate de "capital cultural extranjero", como el francés Bettelheim y el belga Mandel y la amplitud y libertad crítica que adquirió, demuestran que el atraso de Cuba puede ser corregido por *métodos políticos* y que las debilidades culturales de los nuevos Estados no constituyen una fatalidad inevitable. En la misma

perspectiva, la acertada política de Fidel Castro sobre la libertad de la literatura y las artes, en contraposición manifiesta con el terrorismo oficial soviético, demostró la independencia de juicio y los factores dinámicos que la más genuina revolución latinoamericana ha engendrado. En tercer lugar, los reiterados rasgos de independencia política evidenciados por Cuba ante la política de coexistencia soviética por un lado y la dogmática estrechez china por el otro, ratifican la originalidad de la revolución cubana y su decisión de ser ella misma. Justamente por estas características singulares de la revolución cubana, por expresar la presencia en tierra latinoamericana de la revolución mundial y por la legítima reputación alcanzada por sus grandes jefes, es que los errores provenientes de esa dirección deben ser cuidadosamente analizados.

Nada está más lejos del espíritu del marxismo que la actitud idolátrica ante el poder que distingue a los arribistas de todas las revoluciones triunfantes, desde la Rusia de 1917 hasta la Cuba de 1967. A estos interesados "amigos" que forman en la legión de incesantes viajeros a la Isla no les interesa el destino de la revolución, sino las ventajas que ella puede reportarles. Una visita a Cuba permite obtener a muchos de estos "amigos" la pátina de progresismo suficiente para continuar a su regreso una vida burguesa sin sobresaltos o, como ya ha ocurrido, participar en la Conferencia de la OLAS en La Habana y apoyar al Estado de Israel contra los árabes desde Buenos Aires.¹ Estos repugnantes fenómenos, en el que los "intelectuales" de izquierda juegan el rol protagónico, son tan

¹ Trotsky describía a los "amigos" de la U.R.S.S. en 1938 en términos que pueden adaptarse perfectamente a los actuales "amigos" de Cuba: *"Lo que une a estas tres categorías tan diferentes es su adoración de los hechos consumados y su inclinación hacia las generalizaciones tranquilizadoras. Todos estos autores no tienen la fuerza de rebelarse en contra de su propio capitalismo, lo que los inclina a apoyarse sobre una Revolución extranjera, por lo demás apaciguada... Esto les confiere un aspecto de hombres de progreso que están con su época, y también cierta firmeza moral, sin comprometerlos a nada. Su literatura contemplativa y optimista, nada destructiva, que coloca todos los errores en el pasado, ejerce sobre los nervios del lector una influencia tranquilizadora que les asegura un buen*

viejos como el poder. Pero no es de la gratitud natural de estos viajeros que puede esperarse enseñanza alguna sobre los problemas de la revolución latinoamericana.

12. Cuba o el retorno a Bolívar.

El advenimiento de la revolución cubana al cuadro social de América Latina supone un peculiar retorno de la historia en un nivel más alto. La unidad del imperio hispano-criollo, intentada por Bolívar por medio de las armas, había pasado luego a buscarse por vías diplomáticas. Cuando éstas fracasaron y se impuso la balcanización jurídica, la idea de la unidad se transformó en idea pura y encontró su último refugio en la literatura de principios de siglo. Los intelectuales latinoamericanos se reunían en París o Madrid y allí vegetaba la bandera de la Patria Grande. A mediados del siglo XX la revolución cubana establece una base socialista en América Latina para replantar con nuevas ideas la antigua tarea inconclusa. Otra vez comienzan los latinoamericanos a luchar por convertir América Latina en su patria. Simbólicamente, la presencia del argentino Ernesto Guevara en la dirección de la revolución cubana evoca los tiempos heroicos en que los venezolanos, colombianos, chilenos o brasileños luchaban por una revolución sin fronteras. La crisis del imperalismo y el desbloqueo del carácter insular de los Estados por obra de esa crisis, eleva al movimiento revolucionario de América Latina a un plano común donde librará su batalla por un nuevo Ayacucho. Este hecho tendrá incalculables consecuencias. La primera de ellas es que las discusiones antiguas han perdido sustancia. Nadie se propone debatir si la revolución latinoamericana realizará su destino por la vía "evolutiva" o por la "vía revolucionaria"; estos eran ecos finiseculares en América Latina de una polémica europea. El clásico reformismo rioplatense,

recibimiento. Así se forma insensiblemente una escuela internacional que podemos llamar la del bolchevismo para uso de la burguesía ilustrada o, en un sentido más estrecho, la del socialismo para turistas radicales", La Revolución traicionada, p. 10.

para dar un solo ejemplo, ha sucumbido y sus restos políticos han saltado en mil pedazos.

El eje de la discusión se sitúa hoy sobre la táctica de la revolución latinoamericana, pues no está en debate la revolución misma. Este es el radical salto cualitativo. Pero el hecho también reviste sus peligros. No se trata tan sólo del "cómo" sino también del "qué", pues los medios sirven a los fines, y cuando los fines no están claros, los medios pierden su sentido. Que la interrelación de la lucha en cada Estado debe conducir a la unidad latinoamericana ha sido la tesis que se propuso demostrar este libro. La unidad latinoamericana está íntimamente vinculada a la revolución socialista mundial. Planteado en estos términos el problema estratégico —la lucha por los Estados Unidos Socialistas de América Latina— debemos considerar enseguida las cuestiones de la táctica.

CAPITULO XVII

DE LA ISLA A TIERRA FIRME

“Quien cuenta leyendas revolucionarias al pueblo... es tan criminal como el geógrafo que dibuja mapas falsos para los navegantes”.

Lissagaray.

“No es suficiente que el pensamiento busque su propia realización; además, la realidad debe buscar al pensamiento”.

Marx.

“El valor de un hombre debe medirse por la cantidad de verdad que es capaz de soportar”.

Nietzsche.

En un estudio publicado en 1964, el autor de este libro examinó las ideas de Ernesto Guevara sobre la aplicabilidad de la guerrilla como fórmula única de la lucha en América Latina.¹ La autoridad revolucionaria legítimamente adquirida por Guevara por su actuación en la revolución cubana volvía indispensable esa puntualización, por más severa que fuese. Respetábamos su notable figura como guerrillero, pero expresábamos nuestras reservas como teórico de la revolución latinoamericana, justamente porque su prestigio aumentaba los peligros de la difusión de una concepción voluntarista profundamente errónea. No repetiremos aquí los argumentos empleados en aquella ocasión y que mantienen hoy, a nuestro juicio, su pleno valor. Pero la ratificación por Fidel Castro de aquellas tesis de Guevara y su tentativa de aplicación en varios Estados latinoamericanos obligan a considerar nuevamente la cuestión. Nuestras divergencias esenciales con los Partidos Comunistas vinculados a la Unión Soviética y devotos de la "coexistencia pacífica", nos eximen de aclarar que nuestras críticas no admiten ninguna concomitancia con las que formulan en voz baja los restos petrificados del stalinismo latinoamericano.² Pero tampoco nuestra identificación inequívoca con la revolución cubana podría vedarnos examinarla con los ojos abiertos y mucho menos admi-

¹ V. Ramos, *Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana*, en la revista "Izquierda Nacional", n.º 5, febrero de 1964, Buenos Aires.

² V. Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, ob. cit.

tir confusión alguna sobre la política latinoamericana de esa revolución. La tentativa de Fidel Castro de escapar a la insularidad cubana y extender la revolución a Tierra Firme no sólo indica su intrepidez revolucionaria y una urgente necesidad de emanciparse de la áspera y extorsiva amistad con la burocracia soviética, sino también el curso indispensable para que la revolución cubana adquiriera su verdadero carácter como parte constitutiva de la revolución latinoamericana. Pero los métodos para lograr ese vasto objetivo deben ser sometidos a discusión.

Las ideas de Fidel Castro sobre esta materia han sido reformuladas, al parecer, por un joven intelectual francés, Regis Debray. Sus tres trabajos publicados¹ permitirían ofrecernos una idea de conjunto de lo que se supone es la escala de valores de los revolucionarios cubanos sobre los múltiples problemas de América Latina y en particular acerca de los métodos aplicables a su revolución. Pero como los errores de Debray alcanzan proporciones espectaculares, juzgaremos al joven francés como responsable exclusivo de sus libros. El concepto dominante en estos trabajos, que han alcanzado gran difusión en América Latina,² consiste en elevar la guerrilla al nivel de un método único para la lucha revolucionaria y en reducir todas las etapas de la lucha política a un conjunto de fórmulas técnico-militares. La fórmula introductoria es muy singular: "li-

¹ Debray ha escrito: *América Latina: algunos problemas de estrategia revolucionaria*, Ed. Banda Oriental, Montevideo, 1967; *El castrismo: la larga marcha de América Latina*, en revista *Pasado y Presente*, Córdoba, 1964, y *¿Revolución en la revolución?*, Ed. Sandino, Montevideo, 1967.

² En momentos de escribirse este capítulo, Debray es proscrito en Bolivia por su relación, teórica o práctica, con las guerrillas de ese país. Esto prueba que su pasión revolucionaria no es solamente verbal y tal actitud despierta nuestra simpatía; pero infortunadamente no prueba la justeza de sus opiniones. En cuanto al gobierno del General Barrientos, protegido de la Embajada de Estados Unidos, ha encontrado en la presencia de "cubanos extranjeros" la última posibilidad que le quedaba para demostrar su "nacionalismo". También Barrientos ignora que los godos del Alto Perú fueron vencidos por el venezolano Sucre. ¡Sólo los "ranger" yanquis son compatriotas para Barrientos!

berar el presente del pasado”,¹ esto es, no hacer mucho caso a la experiencia histórica de las revoluciones. La originalidad que va a brindarnos Debray así lo exige, y convenimos en ello. Pues nos dice a continuación que pocos años de experiencia armada en América Latina han “hecho mucho más para dar a conocer la singularidad de sus condiciones objetivas que las décadas precedentes de teoría política copiada. Históricamente, Cuba ha dado la arrancada a la revolución armada en América Latina”.²

1. De Zapata a Sandino.

Nos permitimos observar que en “*las décadas precedentes*” no sólo se habían formulado en América Latina “*teorías políticas copiadas*”,³ sino además movimientos de masas no copiados, entre ellos algunos armados. Si bien Debray no debe ignorarlo, insistiremos en recordar a Zapata, a Sandino, a Prestes, a los mineros bolivianos de 1942, a la clase media y obreros de Bolivia en 1952. Pero dos líneas más adelante Debray alude a la revolución boliviana de ese año, aunque para juzgarla sumariamente en cuatro frases lapidarias. Nos enseña que “*en 1952 los mineros destruyen al ejército de la oligarquía, establecen un gobierno liberal, reciben armas y una apariencia de poder. La revolución se aburguesa. Los mineros se escinden poco a poco... Replegados sobre sí mismos, semi impotentes, semi indolentes, dejan a la burguesía nacional reconstituir un ejército y jalonan su reinado de huelgas, escaramuzas y combates...*”.⁴

¹ *¿Revolución en la revolución?*, p. 7.

² *¿Revolución en la revolución?*, p. 13.

³ Aquí, como en el resto de sus trabajos, Debray formula superficiales referencias al stalinismo, aunque mencionándolo elusivamente. Tiene razón, sin duda, cuando habla de las “teorías políticas copiadas”; su posición sería incommovible si explicara que esas teorías copiadas provenían de Moscú y se aplicaban no sólo en América Latina, sino también en Europa o en Asia: eran el resultado de la degeneración burocrática del Estado Soviético y la Internacional Comunista.

⁴ *¿Revolución en la revolución?*, p. 23.

Observemos, en primer lugar, que en la revolución de 1952 participaron no sólo los veteranos mineros, sino que salió a la calle a su frente Siles Suazo, luego Presidente de Bolivia e hijo del Presidente Siles, al que se conoce habitualmente como el jefe del "ala derecha" del MNR, lo mismo que Lechín, el dirigente minero, al que usualmente se considera como jefe del "ala izquierda" del mismo movimiento. Junto a ellos, empleados, maestros, profesionales, obreros fabriles, hombres y mujeres del pueblo de La Paz y otras ciudades bolivianas. Efectivamente, destruyeron el ejército, pero no establecieron un "gobierno liberal", sino un gobierno pequeño burgués revolucionario que entregó la tierra a los indios por primera vez desde el siglo XVI y nacionalizó las minas de propiedad imperialista. No es cierto que los mineros "recibieron armas", sino que las arrebataron a sus poseedores, los militares. En efecto, la revolución "se aburguesó". En cuanto a los mineros "semi-indolentes", el adjetivo empleado por el autor que comentamos se parece demasiado al que utilizan los gerentes imperialistas para referirse a la "pereza criolla". Nos asombra ver que un teórico de la revolución latinoamericana esconda tales prejuicios sociales y raciales. Los mineros bolivianos no eran "indolentes", ni siquiera "semi-indolentes": de su esfuerzo dependía y depende la extracción del mineral a más de 300 metros bajo tierra, de cuya exportación provienen todas las divisas de Bolivia.

2. "Indios analfabetos" en las milicias bolivianas.

Pero el joven intelectual de "*Les Temps Modernes*" no nos ha dicho todo acerca de Bolivia. El colaborador de la revista del refinado Sartre aún nos reserva otras albricias. Helas aquí en toda su belleza: "[El] «pueblo en armas», es decir, de mercenarios reclutados entre los obreros sin trabajo y el lumpen... En Bolivia las «milicias» del MNR, compuestas por indios analfabetos y por «ferroviarios», único sindicato proletario en el que el terror gubernamental pudo dar resultados, esta burguesía tiene que defender su poder político contra quienes se lo han dado,

los obreros y los estudiantes que, con los jóvenes nacionalistas y comunistas a la cabeza, condujeron la lucha... y que en Bolivia, sufrieron el largo calvario de las masacres mineras y de todas las insurrecciones aplastadas por la «Rosca».¹ Este tipo de régimen, continúa impasible Debray, da a luz un monstruo que bien pudiera llamarse fascismo demoburgués.²

En cuanto al "monstruo" del "fascismo demoburgués", nacido del nacionalismo boliviano, es otro de los hallazgos teóricos que pertenecen exclusivamente a Debray y que nadie pretenderá disputarle, así como su curiosa información acerca de que los jóvenes nacionalistas y los comunistas "sufrieron el largo calvario de las masacres mineras y de todas las insurrecciones aplastadas por la Rosca". ¡ Tales son los resultados de las giras rápidas por una Nación tan compleja como Latinoamérica! ¡ Es bien sabido que los "jóvenes nacionalistas y comunistas" no pudieron luchar o padecer juntos porque:

1º Los stalinistas del P.I.R. (antes de la fundación del P.C.) formaron parte de la contrarrevolución que derribó y colgó a Villarroel en 1946.

2º Los mismos stalinistas ocuparon cargos públicos en esa oportunidad y en tal carácter masacraron a los mineros del M.N.R. en Potosí en 1947. Desde hace un cuarto de siglo, los stalinistas bolivianos militan en cada golpe de Estado contra el M.N.R.

Todo latinoamericano conoce la trágica historia de Bolivia contemporánea y no la haremos aquí. Bastará que aludamos a los "lumpen" y "mercenarios" de las milicias obreras y campesinas de Bolivia para que todo el material informativo que nos brinda Debray se vuelva sospechoso. Es preciso no haber conocido la Bolivia anterior a 1952 para ignorar el alcance histórico de las dos principales medidas adoptadas por el gobierno nacionalista, cualesquiera sean los errores, desfallecimientos y hasta traiciones que la historia pueda imputarle. Ya lo hicimos en

¹ *América Latina: algunos problemas, etc.*, p. 71.

² *Ibid.*

este libro. ¿Qué opinar, por añadidura, de "milicias" del M.N.R. compuestas por "*indios analfabetos*"? ¡Raro vocabulario para un marxista que aconseja nada menos que a América Latina cómo hacer una revolución sin pérdida de tiempo! Pese a nuestra buena voluntad no logramos imaginarnos milicias diferentes en un país compuesto en su 80 % de población indígena, la mayor parte de la cual no ha podido ir aún a la escuela, seguramente por "indolencia" o "semi-indolencia". El indio boliviano es un campesino, no es un indio a secas, salvo para un etnólogo, o un racista blanco o un imperialista, jamás para un marxista, aunque sea un "semi-marxista". La presencia de "indios analfabetos" en las milicias del MNR, agudamente observada por el ojo de águila de Debray, demostraría todo lo contrario de lo que se propone probar el joven licenciado francés: que esas milicias eran populares y que los campesinos arrancados a la vieja ignominia formaban milicias para defender la tierra que el detestable gobierno de Paz Estensoro les había entregado.

3. La supresión del programa, del partido y de la lucha política.

El único problema que presenta el análisis de las ideas de Debray —que no atribuimos a Fidel Castro sino en su sentido más general— reside en la sobreabundancia de juicios sumarios sobre todas las cuestiones políticas, teóricas, históricas y hasta geográficas en que se desplaza volublemente con juvenil desenvoltura. La versatilidad de Debray obtiene así felices resultados: su poder de síntesis desarma al crítico, pues la suma de errores y curiosidades ideológicas excede al número de palabras que contienen sus tres trabajos. El examen de cada uno de ellos llevaría, en consecuencia, a una contrarréplica aforística tan estéril como las tesis que la originan o a un grueso volumen, del que dispensamos al lector. Hemos preferido elegir algunas perlas del relampagueante caudal.

De la idea central de Debray se desprenden necesariamente todos sus extravíos laterales. En efecto, afirma que

la revolución cubana ha sustituido el partido por la guerrilla; mejor aún, sólo la guerrilla puede generar al partido. El jefe de ésta debe reunir a la vez la condición de jefe político y militar. En China y Vietnam, el partido creaba su fuerza militar subordinada a la dirección política de aquél. En América Latina, Cuba ha enseñado un nuevo camino: es la guerra la que genera el partido: *"esta es la desconcertante novedad inaugurada por la revolución cubana"*, dice Debray con toda razón.¹ No objetamos el vocablo "desconcertante". Esta "novedad" habría puesto fin a *"un divorcio de varias décadas entre teoría marxista y práctica revolucionaria"*.² Ahora, el marxismo se ha encarnado al fin. ¿Y los partidos que se consideran revolucionarios? Debray ha elaborado una respuesta: *"Ahí donde el instrumento no sirve ya, ¿debe detenerse la lucha de clases o deben forjarse nuevos instrumentos?..."* Es preciso entonces formar una guerrilla: *"la guerrilla se constituye en Dirección Política"*.³ Naturalmente, *"una perfecta educación marxista no es, para comenzar, condición imperativa"*. Lo sospechábamos. Lo fundamental es ser joven y de sólida complexión física: *"Aparte de los factores morales... el físico es el fundamental... que un hombre viejo posea una militancia a toda prueba, una formación revolucionaria, no basta ¡ay! para afrontar la vida guerrillera, sobre todo al comienzo. La aptitud física es condición de ejercicio de todas las otras aptitudes posibles: trivialidad de aspecto poco teórico, pero la lucha armada parece tener razones que la teoría no conoce"*.⁴ ¡Pobre Mariátegui, no hubiera servido para la revolución; ni los bolcheviques (casi todos cardíacos), ni siquiera Guevara, con su asma! Debray es un seleccionador implacable. ¡Nada de ideología, buenos bíceps y buen equipo! Naturalmente esto no lo comprenden los marxistas latinoamericanos, hombres de ciudades: *"El hombre de ciudad vive como un consumidor... aunque sea un camarada si se pasa la vida en*

¹ *¿Revolución en la revolución?*, p. 113.

² *Ibid.*, p. 113.

³ *Ibid.*, p. 111.

⁴ *Ibid.*, p. 107.

la ciudad, es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero... se dice bien que nos bañamos en lo social: los baños prolongados ablandan".¹ Los únicos que no se ablandan son los que se bañan en el propio ombligo, es decir que se bañan en lo individual. Son los duros individualistas que pretenden sustituirse al partido y al pueblo y se autoeligen para el martirio. De estos revolucionarios pequeño burgueses estaba inundada la Rusia zarista. (Muchos de ellos, como lo enseña la literatura rusa, no se bañaban, ni en lo social ni en lo individual. Vivían cubiertos de piojos). Lenín escribió varios volúmenes para condenarlos, al mismo tiempo que se inclinaba ante su heroísmo personal. Nosotros también nos inclinamos ante el héroe terrorista o guerrillero que se inmola por la revolución. Pero lo condenamos políticamente, a menos que la guerrilla brote orgánicamente de una determinada sociedad en descomposición: tal es el caso de Douglas Bravo, en Venezuela, cuyo programa examinamos más adelante o de Luis de la Puente Uceda en el Perú.

4. Una antigualla modelo 1920.

La guerrilla mágica de Debray no sólo sustituye al partido; también sustituye la lucha política como tal. Esto *"impone también romper con la plétora de comisiones, secretariados, congresos, conferencias, ampliados, plenos, reuniones, y asambleas en todos los escalones: nacional, provincial, regional y local, para citar los más importantes... es el vicio deliberativo de que hablaba Fidel"*.² Ignoramos si este es el punto de vista de Castro. Nos basta saber que es la opinión de Debray. Llegamos en consecuencia ante

¹ *¿Revolución en la revolución?*, p. 70. "Todo hombre, aunque sea un camarada, que se pasa la vida en la ciudad, es un burgués sin saberlo en comparación con el guerrillero... Como hemos visto, la montaña proletariza a burgueses y campesinos y la ciudad puede aburguesar hasta a los proletarios". De la mano de Rousseau, Debray predica el retorno a la Naturaleza: sólo ella purifica. La ciudad corrompe, la montaña exorcisa y proletariza. Debray nos propone un ideal pequeño burgués del siglo XVIII. Pero Lenín no aparece nor ninguna parte.

² *Ibid.*, p. 108.

la tesis implícita de Debray, que este joven intelectual considera obvia: con el triunfo de la revolución cubana, la lucha política ha caducado. Sólo puede sustituirla la lucha armada. Su expresión es la guerrilla. Traducido del francés, esto significa que la lucha sindical, la agitación parlamentaria, la propaganda política, el esclarecimiento teórico, la educación de los cuadros, la participación en las acciones de masas, el combate en las movilizaciones estudiantiles, la lucha por el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase trabajadora, han caducado. La lucha contra el imperialismo y la lucha de clases quedan suspendidas hasta la organización de la guerrilla. A partir de ese momento serán comprimidas en un núcleo de atletas al mando de un jefe político-militar, que aprenderá a vivir en la selva o la montaña hasta la victoria final. Pero esta supresión de la lucha política no es una novedad, como anunciaba orgullosamente Debray recién desembarcado de París. Es sólo una antigualla modelo 1920. El 2 de agosto de ese año, Lenin polemizaba con el comunista italiano Amadeo Bordiga, en el II Congreso de la Internacional Comunista: *"Ya que usted, camarada Bordiga, afirma ser marxista, podemos exigirle más lógica. Es necesario saber de qué modo se puede derrotar al Parlamento. Si usted puede hacerlo mediante la insurrección armada en todos los países, eso está muy bien. Sabe que nosotros en Rusia hemos demostrado no sólo en teoría, sino también en la práctica, nuestra voluntad de abolir el Parlamento burgués. Pero no tomó en cuenta el hecho de que eso es imposible sin una preparación bastante larga, y que en la mayoría de los países todavía no es posible abolir el Parlamento de un solo golpe. Por lo tanto debemos continuar la lucha dentro del Parlamento, para destruir el Parlamento. Usted sustituye las condiciones que determinan la línea política de todas las clases de la sociedad contemporánea, por su propia voluntad revolucionaria"*.¹ Se tendrá presente que en esos momentos, Italia hervía con una ola de ocupación de fábricas y la revolución parecía estar "ad portas". Pero esa situación no cam-

¹ Lenin, *Obras Completas*, Tomo XXXI, p. 243

biaba el criterio de Lenin: “¿Cómo pondrá en evidencia el verdadero carácter del Parlamento, ante las masas realmente atrasadas y engañadas por la burgüesía? Si no ingresa en el Parlamento, ¿cómo desenmascarará tal o cual maniobra, la posición de uno u otro partido? Si es usted marxista, debe reconocer que en la sociedad capitalista, las relaciones entre las clases y las relaciones entre los partidos están estrechamente ligadas. ¿Cómo, repito, va a demostrar todo eso, si no es miembro del Parlamento, si renuncia a la acción parlamentaria?”¹

Es imposible seguirlo a Debray en su romantización del “núcleo elegido” sin recordar la observación de Engels, que no sólo era un maestro del socialismo, sino también un robusto joven que luchó con las armas en la mano y algo sabía de milicia: “¿Qué pueril ingenuidad la de presentar la propia impaciencia como argumento teórico!”² Sólo

¹ *Ibid.*

² Esta frase de Engels pertenece al siguiente texto: “...Somos comunistas [decían en su manifiesto los comuneros blanquistas] porque queremos alcanzar nuestro fin sin detenernos en etapas intermedias y sin compromisos, que no hacen más que alejar el día de la victoria y prolongar el período de esclavitud” [A esto replicaba Engels] “Los comunistas alemanes son comunistas porque, a través de todas las etapas intermedias y de todos los compromisos creados, no por ellos, sino por la marcha del desarrollo histórico, ven con claridad y persiguen constantemente su objetivo final: la supresión de las clases y la creación de un régimen social en el que no habrá ya lugar para la propiedad privada de la tierra y de todos los medios de producción. Los 33 blanquistas son comunistas por cuanto se figuran que basta su deseo de saltar las etapas intermedias y los compromisos para que la cosa esté hecha, y que si —ellos lo creen firmemente— «estalla» uno de éstos días y el poder cae en sus manos, el «comunismo será implantado al día siguiente». Por lo tanto, si no pueden hacer esto inmediatamente, no son comunistas: ¡Qué pueril ingenuidad la de presentar la propia impaciencia como un argumento teórico!”, cit. por Lenin en *Obras Completas*, Tomo XXXI, p. 62.

“Blanquismo” proviene de Augusto Blanqui (1805-1881), eminente revolucionario francés. Pasó la mitad de su vida en la cárcel. A pesar de la admiración que le profesaban los maestros del socialismo por su intrepidez revolucionaria, fue criticado por Marx, Engels, Lenin y Trotsky por su criterio puramente conspirativo y minoritario. Lenin decía lo siguiente en 1906: “El blanquismo es una teoría que niega la lucha de clases. El blanquismo espera obtener la liberación de la humanidad de la esclavitud asalariada, no por medio de la lucha de clases del proletariado, sino mediante la organización de complots por una pequeña minoría de intelectuales”.

cabe ofrecer un modesto consejo a los lectores de Debray y congéneres: es preciso leer un libro titulado "*El extremismo, enfermedad infantil del comunismo*". Su autor es Lenin. Los tiempos son duros y rápidos; conviene estudiar ese libro antes de la edad senil. Allí se ha resumido toda la experiencia del movimiento marxista internacional por alguien que sabía su oficio. Es preciso apartar al "dilettantismo" político y al aventurerismo teórico o práctico como al peor flagelo de la revolución latinoamericana. Tampoco la desesperación por la situación insular de Cuba es buena consejera. En política, la desesperación no debe ser oída. La revolución de América Latina seguirá su propio ritmo, adoptará sus métodos de lucha según las situaciones particulares y apartará sin piedad de su camino a todos los redentoristas pequeños burgueses que pretenden separar a los revolucionarios de las masas, al partido de la revolución, a los métodos legales de los ilegales, a la teoría de la práctica, a la unidad de América Latina del pensamiento marxista.

5. Burguesía nacional y movimientos nacionales.

Debray formula juicios tan superficiales como tajantes. Algunos asombran por su poder inventivo: del peronismo afirma que ha nacido del "vivero" del APRA peruano; también le atribuye "influencia fascista"¹ en lo que coincide no sólo con la mayoría de la izquierda verbalista de América Latina y con el stalinismo internacional, sino también con el imperialismo yanqui y los sociólogos del mundo académico.² Tanto el peronismo como el populismo de Vargas, "*están en decadencia y han dejado en el lugar que ocuparon un vacío que el castroismo va llenando poco a poco, subiendo también de las organizaciones juveniles hacia los organismos de dirección*".³ Todo aquel que conozca la Argentina y el Brasil, sabrá que esto no responde a la realidad sino a las ilusiones de Debray, que son ética-

¹ *Algunos problemas de estrategia revolucionaria*, p. 40.

² V. Lipset, *ob. cit.*

³ V. *La larga marcha*, etc.

En un estudio publicado en 1964, el autor de este libro examinó las ideas de Ernesto Guevara sobre la aplicabilidad de la guerrilla como fórmula única de la lucha en América Latina.¹ La autoridad revolucionaria legítimamente adquirida por Guevara por su actuación en la revolución cubana volvía indispensable esa puntualización, por más severa que fuese. Respetábamos su notable figura como guerrillero, pero expresábamos nuestras reservas como teórico de la revolución latinoamericana, justamente porque su prestigio aumentaba los peligros de la difusión de una concepción voluntarista profundamente errónea. No repetiremos aquí los argumentos empleados en aquella ocasión y que mantienen hoy, a nuestro juicio, su pleno valor. Pero la ratificación por Fidel Castro de aquellas tesis de Guevara y su tentativa de aplicación en varios Estados latinoamericanos obligan a considerar nuevamente la cuestión. Nuestras divergencias esenciales con los Partidos Comunistas vinculados a la Unión Soviética y devotos de la "coexistencia pacífica", nos eximen de aclarar que nuestras críticas no admiten ninguna concomitancia con las que formulan en voz baja los restos petrificados del stalinismo latinoamericano.² Pero tampoco nuestra identificación inequívoca con la revolución cubana podría vedarnos examinarla con los ojos abiertos y mucho menos admi-

¹ V. Ramos, *Los peligros del empirismo en la revolución latinoamericana*, en la revista "Izquierda Nacional", nº 5, febrero de 1964, Buenos Aires.

² V. Ramos, *El Partido Comunista en la política argentina*, ob. cit.

conjunto de sus ideas y su programa no sean típicamente aquellos del nacionalismo burgués o popular que Debray condena sumariamente en el propio Brasil y en el resto de América Latina. Brizola es, políticamente hablando, heredero de Vargas. Su idealización por Debray no es menos irracional que la condenación de Vargas.

Si nos demoramos en estas opiniones de Debray sobre los movimientos nacionales de América Latina es justamente porque se trata de movimientos de masas, insertados en la estructura real de las clases sociales, con una gran tradición y con una verdadera influencia en sus países respectivos. Las vacilaciones de Debray entre Vargas y Brizola no son sino un eco tardío en su conciencia de la sospecha de que, al fin y al cabo, no es posible suprimir en el papel a las masas, aunque las masas no se guíen por ahora con las ideas que deseamos ofrecerles.

De ahí que esta simpatía de Debray con respecto a Brizola, sea más que una inconsecuencia crítica, un mérito inconciente o, si se prefiere, una inconsecuencia meritoria. Puesto que nadie, marxista o astrólogo, puede "a priori" determinar inclinado sobre la bola de vidrio la conducta política de Brizola en la historia futura del Brasil, así como nadie habría podido predecir la conducta política de Fidel Castro cuando la prensa norteamericana le brindaba su simpatía en 1957. La historia la hacen los hombres (aunque la hacen bajo condiciones heredadas, dice Marx) y las circunstancias históricas de nuestra época aconsejan prudencia; ¿o es que Fidel Castro sería el único pequeño burgués de la historia moderna que ha logrado alzarse a la ideología socialista?

6. Las clases en un país atrasado.

En los países coloniales y semicoloniales, por lo demás, justamente por su atraso, permanecen sin resolver las tareas democráticas y nacionales que la burguesía cumplió en Occidente. Esa es la razón por la cual toda la fraseología "antiburguesa" típica de los ultraizquierdistas sobre la caducidad del papel revolucionario de la burguesía na-

cional suena a hueco. Digamos en primer lugar que ni siquiera en los siglos XVII, XVIII y XIX la burguesía como clase desempeñó realmente un papel políticamente revolucionario, aunque su función transformadora de las técnicas de producción en la esfera económica sea indiscutible. Fueron los abogados y agitadores de la pequeña burguesía plebeya, como Robespierre, los hidalgos rurales de provincia como Cromwell, los nobles prusianos como Bismarck, la nobleza aburguesada como Cavour, los hijos de la nobleza feudal polaca, los que lucharon, paradójicamente, por la unidad política y el Estado Nacional burgués.

En los países atrasados del siglo XX, la burguesía nacional no ha resultado ser mucho más revolucionaria que sus congéneres de Occidente. Sin embargo, en América Latina, las aspiraciones insatisfechas de la revolución "burguesa" son recogidas por diversas clases: los campesinos, los intelectuales, los obreros, los maestros y pequeña burguesía urbana en general, algunos sectores del bajo clero, a veces algún sector del Ejército, y también núcleos amenazados por la quiebra de la burguesía industrial mediana o pequeña, que no han logrado asociarse al capital extranjero. Estas clases, profesiones y estratos sociales se precipitan a la lucha política como componentes del *movimiento nacional*. El contenido específico de los "movimientos nacionales" tiene un carácter capitalista —nacional-burgués—, que se desprende del peso social de los sectores no proletarios que en él intervienen y del propio atraso tecnológico del país dado. Es importante recordar a este respecto que justamente a causa de la debilidad de la burguesía nacional dentro de la sociedad semicolonial y al relativo equilibrio que las restantes clases establecen dentro del "movimiento nacional", aparece con frecuencia una dirección bonapartista que los sociólogos yanquis llaman "carismática" y que los criollos llamamos "caudillos", como en la tradición española. Salvo los marxistas cipayos "científicos" y sus equivalentes de la ciencia sociológica de Estados Unidos, hasta los niños entienden en América Latina qué quiere decir un "caudillo".

Quando los cubanos o miembros de la O.L.A.S. se re-

fieren a la "traición" o carácter "contrarrevolucionario de la burguesía nacional", no adelantan un solo paso en la comprensión política o teórica del problema. De la actitud que el partido revolucionario en América Latina adopte hacia los movimientos nacionales depende todo su presente y su futuro político. Nos remitimos a esos efectos a lo que hemos dicho ya sobre el tema en el capítulo sobre el varguismo y el peronismo.

7. El stalinismo y la burguesía comercial.

Otra de las fuentes habituales de confusión sobre el papel de la "burguesía nacional" es proporcionada desde hace décadas por el stalinismo latinoamericano. En efecto, todos los Partidos Comunistas incurrían en la falacia de repetir de modo monocorde que la "burguesía nacional es progresista", como lo había enseñado Stalin en China poco antes que Chiang-Kai-Shek fusilase a los comunistas de ese país. Desde entonces el stalinismo reitera rutinariamente el célebre aforismo.

La verdad es diferente. El stalinismo nunca ha apoyado en América Latina a los movimientos realmente nacionales, sino a las coaliciones antinacionales, donde el papel fundamental no lo desempeñaban los sectores nacionalistas de la burguesía o pequeña burguesía sino los sectores políticos ligados al *capital comercial*. Tal es el papel desempeñado por el stalinismo en el Perú, en Bolivia, en Brasil, en la Argentina, en el Uruguay, en Cuba. El stalinismo brindó su apoyo desde antes de la segunda guerra mundial a los grupos "democráticos" ligados al capital comercial, exportador o inmobiliario, como resultado de las evoluciones diplomáticas de la burocracia soviética. A estos grupos "liberal-democráticos" vinculados al comercio exterior, el stalinismo identificó siempre como "burguesía progresista"; los ultraizquierdistas, por su parte, condenaron abstractamente el "*papel progresivo de la burguesía*" cuando realmente aparecía en escena un movimiento nacional genuino. Ese fue el caso del peronismo, por ejemplo, que resultó lapidado análogamente por el stalinismo

como "fascista" y por ciertos "trotskystas" como "burgués". Bajo cualquier pretexto "ideológico", la izquierda cipaya latinoamericana se marginaba sistemáticamente de los movimientos reales de masas y ayudaba implícitamente al bando imperialista "democrático".

8. Stalinismo y marxismo.

Una de las mayores contribuciones cubanas a un replanteo profundo de los problemas del socialismo internacional, es la de haber enfrentado al tabú soviético en América Latina: la intangibilidad de los burocratizados Partidos Comunistas de esta parte del mundo. A pesar de los estrechos lazos económicos que unen a Cuba con la Unión Soviética, el espíritu revolucionario de Castro y de sus compañeros no ha retrocedido ante ninguna amenaza de chantaje político. Así, se ha declarado públicamente en La Habana que no es imprescindible contar con los Partidos Comunistas establecidos para hacer la revolución. Al mismo tiempo, Castro ha dirigido agresivos juicios contra ciertos Partidos Comunistas, como el de Venezuela, por su actitud ante Douglas Bravo. Del mismo modo, ha acusado directamente a la burocracia soviética de ignorar la lucha revolucionaria en América Latina y de brindar su apoyo económico a los mismos gobiernos latinoamericanos que reprimen a los militantes revolucionarios. Estos hechos arrojan una bocanada de aire fresco sobre un movimiento obrero internacional enmohecido y envilecido por cuarenta años de putrefacción stalinista.

Debray se hace eco de esta orientación de Fidel; pero sus limitaciones en esta materia son peligrosas, pues rehusa llevar el análisis hasta sus últimas consecuencias. El olvido del pasado o una explicación de compromiso sobre él, es el mayor de los errores que puede cometer un político revolucionario. Sólo la crítica veraz y profunda del pasado transmuta la experiencia revolucionaria en lecciones para las tareas del presente. El stalinismo, como fenómeno mundial de origen soviético, nacido del reflujo revolucionario después de la muerte de Lenin, es reducido a

proporciones puramente venezolanas o localizadas en tal o cual partido o dirigente. Se tratarían de "errores" aislados. El ejemplo más asombroso de esta ligereza teórica e histórica de Debray lo constituye su lamentable referencia a Earl Browder. *"El «browderismo» —escribe— ejerció gran influencia sobre los P.C. de América Latina inmediatamente después de la guerra mundial"*.¹ Debray explica enseguida al lector qué era el browderismo: *"Desviación de derecha, ocurrida en el momento de la disolución del Buró de Información de la Internacional por Stalin (1943) que proponía la transformación de los P.C. del continente en clubes de discusión abiertos a todos. Esta desviación fue victoriosamente combatida por una carta de Jacques Duclós, a raíz de la guerra, carta todavía famosa entre todos los militantes latinoamericanos"*.² Salvo la fecha mencionada por Debray (1943), todo el resto de la frase es un delirio del principio al fin. Y esto sí que lo saben bien "todos los militantes latinoamericanos". Se trata de una interpretación puramente stalinista de una de las mayores infamias cometidas por Stalin. En 1943, cuatro años después de enviar a los pelotones de fusilamiento a los fundadores del Estado Soviético, Stalin era aliado de Roosevelt y Churchill. A fin de probar a sus aliados imperialistas su cordura, Stalin no disolvió, como dice Debray, el *"Buró de Información de la Internacional"*, sino la propia Internacional Comunista. Primero la había transformado en una compañía de cómicos de la legua, de viejos actores cansados y vencidos. Ahora, la arrojaba a la basura. ¿Qué mejor prueba podía ofrecer Stalin a los bandidos imperialistas que la disolución de esa entidad fundada por Lenin? Disolver la Internacional Comunista después de ordenar el asesinato de Trotsky en México era un ejemplo insuperable de respetabilidad diplomática.

El secretario del stalinismo en Estados Unidos, Browder, justamente como funcionario comunista que actuaba en el corazón de la metrópoli del capital, reflejaba mejor que ningún otro burócrata la degradación política y teó-

¹ Algunos problemas de estrategia revolucionaria, p. 35.

² *Ibid.*

rica a que había sido conducida la Internacional. "Todos los militantes latinoamericanos" recuerdan, o deberían recordar, la famosa carta de Browder, en la que éste se mostraba dispuesto a estrechar la mano de Mr. Morgan, en aras de la unidad nacional. ¿Esto lo ignora Debray? Sin embargo, el mismo Browder realiza esa política al tiempo que Jacques Duclós, en Francia, Vittorio Codovilla en la Argentina o Juan Marinello en Cuba hacían lo propio con sus respectivas clases dominantes. El Partido Comunista Francés fue, en este sentido, uno de los ejemplos más repulsivos.¹ Tampoco es cierto que el browderismo "ejerció gran influencia después de la guerra mundial". Es justamente al revés. El browderismo vivió tanto tiempo como la alianza de los Tres Grandes y murió con ella. Precisamente al terminar la guerra mundial Churchill pronunció en Fulton el discurso donde lanzaba su expresión la "cortina de hierro", anunciando así, muerto Hitler, el comienzo de la guerra fría y, en consecuencia, la readop-

¹ Jacques Duclós, igual que el secretario por largos años del stalinismo francés, Maurice Thorez, han asumido tantas posiciones políticas sobre los mismos temas fundamentales, como virajes ha efectuado la burocracia del Kremlin en los últimos cuarenta años. En 1936 decía Duclós apoyando los gastos militares del gobierno de Francia: "No seremos los comunistas, que hemos denunciado y denunciaremos el peligro que hace correr a nuestro país la política de expansión del hitlerismo, los que negaremos la legitimidad de ciertos gastos". Cuando Stalin firma con Hitler su famoso tratado, que desencadena la segunda guerra imperialista en setiembre de 1939, gestada por la rivalidad germano-británica, Duclós afirma: "Nosotros defendemos el pacto germano-soviético porque era un factor de paz... este pueblo ha sabido bajo las formas más diversas, mostrar su reprobación al ver una Francia encadenada al carro del Imperialismo británico...". En ese momento, en realidad, Francia estaba ocupada por las tropas nazis, pero Duclós estaba educado durante años para servir a Stalin en cada una de sus exigencias. En 1945, Thorez, el colega de Duclós en la dirección del Partido Comunista Francés, ocupa la Vicepresidencia del Consejo de Ministros de la República burguesa. Thorez es el segundo del general De Gaulle. Es en tal carácter, que se dirige a los mineros en huelga de Wasiersil y les dice: "Digo francamente que es imposible aprobar una huelga de mineros en este período... Producir, es hoy la forma más elevada del deber de clase" ("L'Humanité", 22 de julio de 1945). A este partido pertenecía Debray poco antes de viajar a América Latina. Con semejantes partidos se explica por qué no hubo revolución en Europa al caer Hitler.

ción por el stalinismo mundial del perdido lenguaje "anti-imperialista". Fue en ese momento que desde Moscú se ordenó al superburócrata Duclós que escribiera su carta a Browder. Había que buscar una cabeza de turco y en este caso no había una cabeza de turco mejor que una cabeza norteamericana. Estados Unidos había sido el eje de la alianza con Stalin y Estados Unidos era ahora el foco de la guerra fría. Porque "browderista" habían sido todos, empezando por el inventor del browderismo, Stalin.

Con tales métodos históricos, Debray no presta ningún servicio a la revolución cubana. Peor aún, el resultado de estas travesuras de la memoria es reforzar la posición de los stalinistas más contumaces y contrarrevolucionarios, abiertos o velados enemigos de la revolución cubana, como el célebre Codovilla, amo del stalinismo argentino, de Rodney Arismendi y congéneres.¹

Pero a pesar del tono teorizante de sus trabajos, Debray no ha logrado reunir todavía una información seria, adecuada a los temas que trata. Así, parece no entender bien el problema de la revolución democrática burguesa y la revolución socialista. Dice lo siguiente: "*A la tesis sectaria de influencia trotskysta de la revolución socialista inmediata, sin etapa previa, se opone la tesis, tradicional en ciertos partidos comunistas, de la revolución agraria antifeudal, llevada a cabo con la ayuda pero en realidad bajo dirección de la burguesía nacional. Por encima de las dos tesis, muchos piensan que la revolución es un proceso indefinido, "sin etapas" separables, que aunque no parte de una reivindicación socialista, conduce inevitablemente a ella cuando la vanguardia del proceso revolucionario representa sinceramente a las clases explotadas. Tal parece ser la enseñanza de la Revolución Cubana*".² Esta última concepción, es la "revolución permanente", cuyo

¹ En mi historia del stalinismo argentino ("*El Partido Comunista en la política argentina*") describo en detalle la historia de la Internacional Comunista en tiempos de Stalin y la política del stalinismo en el Plata.

² *La larga marcha*, etc.

autor fue León Trotsky.¹ Debray desfigura las ideas de Trotsky para poder atacarlas y adopta luego las verdaderas tesis del revolucionario ruso sin decirlo.

9. La teoría del foco y el stalinismo.

Pero en realidad, ¿a qué causas obedece el nacimiento de la "teoría del foco", con su confesado voluntarismo, su indiferencia por la lucha de masas, su desconfianza hacia la "ciudad", su idealización del mundo campesino, su liquidación radical del "partido"?

Nadie ignora, y los hombres del 26 de Julio menos que nadie, que la revolución cubana triunfó como resultado de una correlación de fuerzas heteróclitas, entre las que se contaban sectores del imperialismo yanqui, la burguesía comercial, la pequeña burguesía universitaria, las clases altas y cipayas de Cuba, la Iglesia. Tampoco ignora nadie que los comunistas no participaron de modo decisivo en la revolución; que la reducida clase obrera, sino indiferente, no fue al menos uno de sus factores dinámicos: que el campesinado, salvo sectores pequeños, proporcionados a la enorme debilidad numérica de los guerrilleros, tampoco actuó en un "levantamiento campesino". En consecuencia, en ningún caso Fidel Castro podría mitificar su propio pasado y fundarse en él para elaborar un "método", como el método guerrillero, que al demostrarse infalible en Cuba, podría ser también infalible en América Latina.

El rasgo más notable de Castro no está constituido por sus condiciones militares, sino por sus aptitudes políticas, su capacidad de negociar, de hacer frentes con adversarios, de transigir y al mismo tiempo, de no perder nunca de vista los objetivos que se propone. ¿Qué relación existe entonces entre las cualidades del jefe cubano, la propia naturaleza equívoca de las fuerzas que contribuyeron al triunfo en Cuba, con la fórmula desnuda, diamantina y

¹ Nada mejor que acudir a las fuentes: V. "La Revolución Permanente", 2 volúmenes, Ed. Govoacán, Bs. As., 1963.

² Algunos problemas de estrategia revolucionaria, ob. cit., p. 21.

abstracta de la "teoría del foco"? Esa relación es el stalinismo.

Los revolucionarios cubanos, después de un breve idilio con los elementos stalinistas de Cuba, resolvieron neutralizarlos y absorberlos en un nuevo partido controlado por Fidel antes que ocurriera lo contrario; en cuanto a los restantes partidos stalinistas de América Latina, era preciso apartarlos del camino mediante su sustitución por algo que los volviera inútiles, sin necesidad de enfrentarlos ideológicamente hasta el fondo: ese algo mágico y providencial, era la teoría del foco. Si el partido "tradicional" se había corrompido por su servidumbre a la burocracia soviética, era preciso reemplazarlo por el foco; pues reemplazarlo mediante la construcción de otro partido, realmente revolucionario, suponía una reelaboración teórica, histórica y política para la cual los cubanos se sentían aún muy débiles, si se dejaba a un lado la potencial extorsión soviética. De este modo, la teoría del foco sustituyó al "partido marxista tradicional", evitando un ajuste de cuentas teórico demasiado complicado. Como el partido era malo, había que suprimir el partido. El grupo armado en la montaña debía proporcionar una nueva vanguardia. Esta simplificación, exigida por las vehementes sospechas de los cubanos sobre el funesto papel desempeñado por el stalinismo en América Latina y el mundo entero, lejos de debilitar al stalinismo, lo fortaleció: pues la vulnerabilidad de la "teoría del foco" era tan profunda, que fue rápidamente disuelta por un simple análisis, emprendido con el corazón ligero por los más empecinados burócratas. Estos advirtieron enseguida la debilidad *formal* de la posición y los peligros que podían generarse de su verdad *esencial*. Un ejemplo de los ataques stalinistas suscitados por la "teoría del foco" es el ofrecido por el stalinista brasileño G. Luiz Araújo en su artículo "A Revolução Cubana e a Teoria dos Focos Insurreccionais".¹

La rigidez de la teoría del foco le permite nada menos que a un stalinista criticar la "dogmatización de las expe-

¹ "Revista Civilização Brasileira, nº 14, Año III, Julio de 1967, p. 85, Río de Janeiro.

riencias revolucionarias victoriosas". ¡Oh, sombra de Stalin! Naturalmente, el stalinista conservador aparece de inmediato: "La tendencia a la exportación de las fórmulas desaparece a medida que se consolida y avanza el proceso revolucionario que inicialmente concibió esas fórmulas".¹ Que la mayoría de los partidos comunistas del mundo han llegado a un grado de corrupción política sin límites, lo muestra la frase anterior: aquellos sueños de Lenin y Trotsky sobre la revolución mundial se disiparon felizmente cuando el nivel de vida del pueblo soviético mejoró y los burócratas gordos se dedicaron a cuidar amorosamente su propia casa. Resulta de una trágica ironía leer en boca de stalinistas críticas a la teoría del foco en las que se rechaza la idea de "que en cierto documento o en cierto libro están condensadas todas las verdades, universales y absolutas, y las fórmulas y recetas que se necesitan para enfrentar con éxito la extremadamente difícil lucha entre las clases sociales. . . esto no pasa de monótona repetición de la actitud mística, religiosa ante los «textos sagrados»"² ¡Había que esperar a la Revolución Cubana para que estos papagayos multicolores, repetidores durante décadas de clisés horripilantes, abominaran ahora de los "textos sagrados"!

El señor Luiz Araújo asume la defensa del stalinismo en América Latina: rechaza los ataques cubanos a los "revolucionarios del continente".³ Agrega que "un anticomunismo de nuevo tipo constituye otro elemento necesario de esta teoría". El stalinismo petrificado se alarma ante Cuba y la califica de "obscurantista". De este modo "el obscurantista considera conocida la Verdad y exige el cumplimiento disciplinado por la masa de aquello que le fue Revelado. . . teme a la duda, estado de espíritu originario de la tentativa de conocer (o del conocimiento simultáneo de opiniones divergentes) que le parece la fuente de toda tendencia a la inactividad".⁴ En estas asombrosas palabras

¹ *Ibid.*, p. 89.

² *Ibid.*, p. 90.

³ *Ibid.*, p. 92.

⁴ *Ibid.*, p. 93.

parecen retratarse, no los revolucionarios cubanos, sino los cuarenta años de parálisis intelectual stalinista. ¡Cuba ha operado el milagro de la resurrección de los muertos!

Luiz Araújo concluye su artículo contraponiendo al foco guerrillero la táctica del "frente amplio" propiciado por Lacerda, representante típico de la burguesía comercial e intermediaria de Río de Janeiro.² ¡Qué bajo ha caído el stalinismo brasileño y qué tragedia ha venido a resultar la presencia de Luis Carlos Prestes en ese partido!

10. América Latina no es una Nación.

Veamos las ideas de Debray sobre la unidad latinoamericana:

*"América del Sur extrae... su unidad de su historia... Si para liberarse del yugo español tuvo que, militarmente, «existir en conjunto», hoy también debe ponerse a «existir en conjunto» para liberarse de los yanquis... Si con derecho se puede hablar de «la» Revolución Latinoamericana, no es a causa de la América Latina, sino, dialécticamente, a causa de los Estados Unidos, su enemigo común. Y es por esto que las ideas de Bolívar toman fuerza de nuevo, etc."*³ América Latina "existía en conjunto" antes de emplear las armas contra la España absolutista. Más todavía, intentó vanamente seguir existiendo en conjunto con España, si ésta realizaba su revolución nacional y democrática y otorgaba iguales derechos a las colonias americanas; más aún, a pesar de un rey absolutista y felón como Fernando VII, Bolívar intentó crear un Imperio hispano-americano para salvar la unidad. En otras palabras, la unidad nacional de América Latina nace de las exigencias internas de su historia pasada y presente; de la imposibilidad de sobrevivir por separado.

La única concesión que se permite Debray hacia la uni-

¹ El dirigente del Partido Comunista Argentino, Rodolfo Ghioldi, instrumento a su vez del amo supremo, el italo-criollo Vittorio Codovilla, ha lanzado un libelo contra Debray, de carácter injurioso, que preferimos no comentar. El stalinismo argentino ocupa un lugar especial en el Museo de Cera de la ex Internacional Comunista.

² Revista cit., p. 108.

³ Algunos problemas de estrategia, p. 31.

dad latinoamericana se funda en las necesidades militares. Para Debray, la historia universal, a partir de Cuba, se ha reducido a un sistema de recetas técnicas y el arte de la política al arte de la guerra; olvida que siempre la guerra, en todas sus manifestaciones, ha sido una rama subordinada de la política.

En cuanto a las ideas de Bolívar, de los escritos de Debray no se desprende que las conozca muy a fondo. De otro modo, no habría incurrido en tales extravíos. Pues llega hasta decir: *"Ahora bien, la América del Sur no es todavía un continente"*.¹ Sabíamos que los franceses ignoraban la geografía. Pero no podíamos imaginar que se atreverían a enseñarla. El aire del trópico ha embriagado a Debray y ha venido a sentar plaza de teórico. El diploma de soberbia con que la Sorbona expide a sus alumnos tiene doble valor en esta pobre América Latina. La generación anterior había sido educada en la admiración por toda novedad proveniente de París. La nuestra no. Lanzado a educarnos sobre la fatalidad de nuestra balcanización, Debray dice tranquilamente que la fragmentación de América Latina sería la *"herencia objetiva de las guerras intracontinentales del siglo XIX y principios del XX"*.² Redondea su agudo pensamiento del siguiente modo: *"Entendámonos: la existencia de naciones americanas separadas, y hasta hostiles las unas a las otras, es un hecho irreversible, y la lucha revolucionaria no puede ser sino un combate por la liberación nacional. Dar a los procesos revolucionarios nacionales la condición previa de unidad continental, equivale a remitirlos a las calendas griegas. En ocasión de las últimas revueltas de Panamá, provocadas por los zónistas yanquis, en enero de 1964, algunos trotskistas quisieron lanzar la consigna de «devolución de Panamá a Colombia». Los mismos elementos esgrimen con frecuencia la consigna del viejo Trotsky, «Estados Unidos Socialistas de América». Pero ni el retorno purista a la letra de la historia pasada ni la evocación de un porvenir mítico (como lo es hoy en día los Estados Unidos de Amé-*

¹ *Ibid.*

² *Ibid.*

rica), pueden disolver el hecho presente de la balcanización a menos que se quiera traicionar las luchas actuales de cada nación remitiéndolas sin cesar a la unidad ausente de todas las naciones americanas".¹

11. ¿Un cubano puede ser "extranjero" en Bolivia?

1º) "*Guerras intracontinentales*", en castellano o francés, quiere decir guerras interiores, asunto propio. La balcanización no habría sido, en consecuencia, resultado de las intrigas diplomáticas y hasta de la fuerza militar, desplegadas por el imperialismo anglo-yanqui, con la ayuda de las oligarquías locales, sino una decisión o fatalidad nacida de las disputas domésticas de los propios latinoamericanos. No podía encontrarse una justificación más clara del imperialismo.

2º) La balcanización es un hecho irreversible. La lucha revolucionaria no puede ser sino un combate por la "liberación nacional". Esto significa, no solamente que la lucha, como es lógico, deberá librarse en el teatro de la geografía política de hoy, sino que aún después del triunfo revolucionario, el socialismo resplandecerá en cada isla y en cada republiqueta, ahogado por la miseria y dependiente, quizás, de algún buen hermano mayor, ruso o asiático, con industria pesada, de alguna Neo Alianza para el Progreso Socialista. Esta insensibilidad típicamente europea para los problemas nacionales de los otros, ya la había observado Marx en su propio yerno, el francés Lafargue, cuando le decía que por "internacionalismo" Lafargue entendía someter a los restantes pueblos a la lengua y a la conducta de la nación francesa modelo. La aceptación de la balcanización condenaría a América Latina a la imotencia más completa, económica y políticamente, antes y después del triunfo revolucionario en todos sus actuales Estados. "Antes", en cuanto la conciencia bolivariana de una lucha común y de una nacionalidad común de los latinoamericanos, brinda la más alta justificación histórica a la lucha por la revolución; ningún latinoamericano es

¹ *Ibid.*

"extranjero" en parte alguna de América Latina. Ernesto Guevara no fue un intruso en Cuba, ni lo fue en Bolivia, sean cuales sean las reservas de orden táctico que podamos formular sobre su heroica decisión. Guevara tenía tanto "derecho" a elegir el lugar de su acción como Bolívar, San Martín, Sucre, Artigas o Morazán para cruzar de un extremo a otro la Nación que liberaban; las "fronteras" nacieron con la derrota ulterior. Nosotros no reconocemos tales fronteras. Debray, al aceptarlas, anula sin advertirlo todas sus tesis. De acuerdo a su opinión, todo guerrillero en América Latina será un "extranjero", salvo que luche en el lugar de su nacimiento. Tal es el punto de vista del imperialismo balcanizador.

Si la revolución es *continental* y no *nacional*, esto significaría que Cuba al apoyar al Che y sus camaradas cubanos en Bolivia, se proponía intervenir en "naciones extranjeras" y exportar la revolución por la fuerza. Se trataría de un caso de intrusión, que por el método de la guerrilla pretendería imponer la felicidad socialista a pueblos extraños. Pero si esto fuera cierto, y Debray trabaja teóricamente para que así sea, esa acción revolucionaria de Cuba o de otros sectores guerrilleros, no "*haría sino comprometer su propia revolución*", según las palabras de Engels, al reprobar la idea de una imposición por la fuerza del socialismo a otra "nación". Lenín, contra la opinión de Trotsky, jefe del Ejército Rojo, logró la aprobación del gobierno soviético para lanzar una ofensiva fulminante sobre Varsovia, en la famosa campaña de Polonia de 1920. Lenín sostenía que el avance del Ejército Rojo sería aclamado por los obreros y campesinos polacos, que se levantarían contra el gobierno burgués nacionalista de Pilsudsky. El propósito de Lenín era desencadenar la revolución socialista en Polonia y establecer así la frontera de un país revolucionario con Alemania, en la que Lenín veía la clave de la revolución europea. Dice Deutscher que Lenín quería "*sondear a Europa con la bayoneta del Ejército Rojo*".¹ Pero la pasión revolucionaria empañó en Lenín su genial

¹ Deutscher, *Le prophete désarmé*, T. I, p. 612, Ed. Julliard, París, 1962.

lucidez. Los obreros y campesinos polacos no vieron en las tropas que avanzaban hacia Varsovia al Ejército Rojo, sino al Ejército Ruso, el tradicional opresor del pueblo polaco. Con la presencia de los soldados soviéticos en suelo polaco rebrotaron todos los sentimientos de un patriotismo secular. La ayuda del ejército francés resultó decisiva: el Ejército Rojo sufrió un descalabro. Lenin, el maestro de la cuestión nacional, había subestimado nada menos que al nacionalismo polaco.

Por el contrario, ni las fuerzas guerrilleras nacidas en cualquier punto de América Latina como resultado natural de un proceso revolucionario (y en modo alguno por una decisión voluntarista de un puñado de elegidos) y aún tropas cubanas, en la más exagerada de las hipótesis, pueden ser extranjeras en América Latina a donde las lleve el azar del combate. Si esto es así, es justamente porque toda la historia latinoamericana demuestra una interrelación nacional y su presente, la imposibilidad práctica de alcanzar aisladamente el progreso y la soberanía. Pero sólo aquello que Debray desprecia y explícitamente excluye —la propaganda política y la conquista ideológica de las masas— puede revitalizar la conciencia nacional latinoamericana para replantear en términos modernos la lucha por la unidad. Sólo así, la revolución tenderá a *internacionalizarse* en el sentido específico de la palabra, es decir, a *unirse desde adentro* de la Nación. La lucha ideológica por la unidad latinoamericana, unida a la lucha política (armada o pacífica, legal o ilegal; o de modo combinado, según los casos particulares) en el marco de cada Estado balcanizado, revelan ser manifestaciones complementarias y necesarias en la lucha por la revolución y el único método para que los pueblos latinoamericanos no puedan sentirse "extraños" los unos a los otros. Todo el desarrollo del capitalismo y con mayor razón el desarrollo de una economía socialista exige la formación de grandes Estados, no de ridículas miniaturas políticas incapaces de crecer.

12. ¿Panamá es una nación?

Sólo una perfecta amnesia, ya que no podemos atribuirle a Debray mala fe polémica, puede llevarle a afirmar que nosotros sostenemos la "unidad" como condición "previa" a la lucha revolucionaria en cada Estado. La reducción al absurdo de una posición tan clara como la que exponemos, nos exime de respuesta. Pero no podemos pasar por alto la referencia directa que Debray nos dirige al aludir a aquellos que en 1964 "quisieron lanzar la consigna de «devolución de Panamá a Colombia» y que son los mismos «que esgrimen con frecuencia la consigna del viejo Trotsky»: *Estados Unidos Socialistas de América Latina*".¹

En efecto, yo personalmente expliqué con toda paciencia a Debray, en Buenos Aires, en febrero de 1964 y en el local de nuestro Partido, hoy clausurado por la policía del general Onganía, en qué consistía la posición marxista ante la cuestión nacional latinoamericana. Es rigurosamente cierto que mencioné el ejemplo de Panamá y Colombia, pero no "lancé la consigna", sino que expuse ese ejemplo a Debray, por su fuerza demostrativa, del mismo modo que le expliqué al joven universitario procedente de París las particularidades de cada región latinoamericana.

En esos días nuestro Partido publicó un manifiesto, que como era de esperar, Debray no entendió, en el que se leía lo siguiente: "*Ante la agresión sangrienta contra el pueblo de Panamá, el Partido Socialista de la Izquierda Nacional manifiesta su repudio a este nuevo acto de la barbarie imperialista, que afecta a toda Latinoamérica en su conjunto... La zona del Canal, al igual que Puerto Rico, deben considerarse partes irredentas del Estado Nacional Latinoamericano, cuya formación es un legado de las generaciones de la Independencia, a las masas trabajadoras y a la juventud del continente.*

"El conflicto, por lo tanto, no enfrenta al pequeño país

¹ Debray, *Algunos problemas de estrategia revolucionaria*, ob. cit., p. 31.

panameño con el gigante norteamericano, sino a América Latina con el imperialismo y se resuelve por la lucha conjunta con miras a latinoamericanizar la Zona del Canal, sus instalaciones y funcionamiento. Este carácter latinoamericano del conflicto se hace más evidente si recordamos que el Estado panameño se apresuró a secundar la agresión imperialista contra Cuba, haciéndose cómplice de quien hoy lo trata como víctima y extrae de nuestras divisiones —y de la complicidad de las clases gobernantes nativas— su principal factor de poder.

La agresión a Panamá, es una agresión contra todos y cada uno de los pueblos latinoamericanos. La complicidad y el silencio constituyen actos de verdadera traición a la patria, vistos a la luz de la mejor tradición bolivariana y sanmartiniana".¹

Debray llegó a Buenos Aires como enviado de la revista pro-china "Revolution", que aparecía en Francia e Inglaterra en ambas lenguas y que se proponía editar una edición castellana. Se trataba de una publicación impresa en varios colores, de un lujo excepcional en publicaciones marxistas. Debray debía auscultar la posibilidad de una versión para América Latina de dicha publicación pro-Pekín; si me esforcé tanto en explicarle con lujo de detalles los problemas de América Latina, fue a consecuencia del asombro que me produjo su afirmación de que calculaba vender unos 4.000 ejemplares de esa suntuosa revista entre los mineros de Bolivia. La misma opinión expuso ante calificados periodistas de Buenos Aires muy conocidos en Cuba. Debray añadió que el precio del ejemplar resultaría

¹ Manifiesto del P.S.I.N., 10 de enero de 1964. Concluía así: "En consecuencia, exigimos de este gobierno, a pesar de su origen espúreo:

1. Empleo vigoroso de todas las instancias internacionales.
2. Sanciones económicas unilaterales contra el agresor, si no depona inmediatamente su actitud.
3. Ofrecimiento de armas a Panamá para defender su soberanía.
4. Reivindicación de la soberanía latinoamericana sobre el Canal, cuyo funcionamiento deberá quedar a cargo de una comisión integrada por las 20 repúblicas latinoamericanas.
5. Consultas inmediatas para promover una acción latinoamericana colectiva".

alrededor de los 200 pesos argentinos (al cambio de 1964, un poco más de 2 dólares). Es fácil de comprender que los conocimientos que Debray tenía de la América Latina eran sobremanera exiguos. Por esa razón le recordé que el promedio de vida de los mineros bolivianos era de unos 35 años, que muchos no sabían leer y que si sabían leer no estaban en condiciones de adquirir una revista tan costosa, etc., etc. El lector advertirá por los resultados que mis conversaciones con Debray no acreditarán mi poder persuasivo...

En definitiva, la no aceptación explícita y categórica de la unidad de América Latina para los partidos y movimientos revolucionarios latinoamericanos significa lisa y llanamente su conformidad con la balcanización, o sea con la clave de la dominación imperialista en la patria bolivariana.

13. La Revolución Cubana como ejemplo.

Dejemos a un lado las excentricidades verbales o teóricas de Debray para reducirnos a un aspecto esencial de sus escritos. Es aquel en que glosa con todo detalle las proposiciones básicas del "Che" Guevara acerca de la guerra de guerrillas como rasgo diferencial de la revolución, clave de su triunfo en Cuba y ejemplo a seguir en América Latina. La tesis de Guevara, en las que comprimía lacónicamente las ideas que desarrollará Debray más tarde, decían:

"Consideramos que tres aportaciones fundamentales hizo la revolución cubana a la mecánica de los movimientos revolucionarios en América; son ellas:

1ro. *Las fuerzas populares pueden ganar una guerra contra el ejército.*

2do. *No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas.*

3ro. *En la América sub-desarrollada, el terreno de la lucha armada debe ser fundamentalmente el campo".¹*

¹ Ernesto Che Guevara, *La guerra de guerrillas*, p. 11.

En este y otros trabajos, Guevara expondrá con más detalle su concepción del foco guerrillero; Debray habrá de desenvolver los aspectos políticos de estas tesis, es decir, la muerte de los viejos partidos políticos y su recreación a partir de la guerrilla misma, que unifica la jefatura política y militar y se convierte en un partido armado.

Ahora bien, ¿fueron éstos los métodos que emplearon los compañeros de Fidel para triunfar en Cuba? En ese caso se comprendería fácilmente que dicho ejemplo los haya impulsado a aconsejar la aplicación de tácticas semejantes para la victoria revolucionaria en América Latina. Creemos, por el contrario, que la experiencia de Cuba es tan singular e irrepetible como la experiencia de la futura revolución en Venezuela, Argentina o Perú, fases singulares de la revolución nacional latinoamericana. La revolución cubana no sólo triunfó por la decisión revolucionaria y la heroica lucha de Sierra Maestra, sino por la descomposición general de la sociedad semicolonial cubana, la naturaleza policial de la fuerza armada de Batista y el apoyo masivo de la prensa norteamericana. Sin el conjunto de circunstancias sociales, económicas, políticas, geográficas e históricas de la Cuba de 1956-58, la guerrilla no habría triunfado jamás. Es justamente ese complejo de circunstancias, y no la guerrilla misma, abstractamente considerada, lo que constituye la "originalidad" y la "singularidad" de la revolución cubana. Pero si de ese complejo de condiciones históricas se extraen solamente las recetas técnicas de la guerrilla, es fácil inferir que sólo la derrota puede esperar a quienes pretendan aplicar la teoría del foco a circunstancias políticas y sociales radicalmente diferentes a las que predominaban en la Cuba de 1958. La amable doctrina de la "coexistencia" y del pacifismo stalinista, se opone también a evaluar las condiciones objetivas reales de lucha, pretendiendo reducirla a la paz de los cementerios. Pero así como no se puede suprimir la lucha de clases ni la lucha nacional hasta el Nirvana de la tecnología soviética, tampoco es posible manejar a voluntad los factores impersonales del proceso histórico de los que brotan en cierto punto crítico las chispas

de la insurrección armada. Precisamente para resolver el problema del "momento", toda la experiencia histórica del movimiento obrero se ha concentrado en la política marxista, en la ciencia marxista, en la tradición revolucionaria del marxismo.

14. De España a la Enmienda Platt.

Para comprender las razones de esta victoria espectacular, resulta insoslayable recordar brevemente las características fundamentales de la sociedad cubana que la produjo. La historia cubana es tan simple como trágica y puede ser relatada en pocas palabras.

En 1898, a casi un siglo de las guerras de emancipación del resto de América Latina, la Isla de Cuba era todavía una colonia del Imperio español en quiebra. Las luchas de liberación nacional emprendidas por los patriotas cubanos en la llamada guerra de Diez Años (1868-1878) concluyó con la ruina de numerosos terratenientes cubanos y el aplastamiento sangriento del movimiento. Como saldo puede añadirse que los capitales norteamericanos comienzan a invertirse en la industria azucarera de la isla, codiciada abiertamente por los Estados Unidos.

El segundo movimiento de liberación se produce en 1898 y es alentado por la prensa de Estados Unidos, así como abastecido con armas y municiones desde ese país. La campaña antiespañola alcanza una frenética intensidad en la prensa yanqui. En tanto, las autoridades coloniales del decadente Imperio hacen todo lo posible para despertar en Cuba el odio más ardiente contra la "madre Patria". Toda la economía cubana es empleada para mantener a las tropas españolas destinadas a sofocar la rebelión de la Isla. Los 14.000 españoles ricos de Cuba contaban con 16 diputados en las Cortes de la Metrópoli mientras que más de un millón de cubanos sólo podían elegir 8 diputados. El colonialismo peninsular nunca fue más despótico y consagrado al pillaje que en vísperas de su desaparición. Al iniciarse la rebelión armada contra España, José Martí es su inspirador y muere en la lucha. Pero las

fuerzas cubanas ganan rápidamente las principales batallas contra los españoles y controlan en breve tiempo gran parte del territorio. Ese es el momento que aprovechan los Estados Unidos para provocar una guerra con España, arrebatándole sus últimas posesiones coloniales en América y Asia y estrangular en su cuna la independencia cubana. Arrojando su máscara de simpatía hacia la "libertad de Cuba", los caballeros de Washington provocaron al gobierno español, libraron algunas batallas navales decisivas y después de liquidar el raquítico poder naval de España, despojaron a la orgullosa Metrópoli de las Islas Filipinas, las Islas Guam, Puerto Rico y demás islas de las Indias Occidentales, reservándose Estados Unidos el derecho a elegir una de las islas de los Ladrones, preferencia esta última harto comprensible, España renunciaba a todo derecho de propiedad y soberanía sobre Cuba, que a partir de ese momento quedaba bajo la ocupación militar de Estados Unidos. Lenin calificaría la guerra hispano-yanqui de 1898 como una de las crisis más importantes en la aparición contemporánea del imperialismo y un episodio decisivo en la preparación de la primera guerra imperialista mundial.¹ Con la Enmienda Platt incluida en la Constitución de Cuba en 1901, la Isla quedaba sometida a un virtual protectorado norteamericano. La propia Constitución cubana admitía el derecho de Estados Unidos a intervenir y ocupar su territorio para "*defender su independencia*". Diversos procónsules yanquis se sucedieron en el gobierno de la infortunada Isla, entre ellos el célebre General Leonard Wood, que luego agitaría su látigo sobre las Islas Filipinas.

Las disputas políticas internas de Cuba originaron la aplicación de las estipulaciones de la Enmienda Platt en varias oportunidades o sea la intervención militar y política de Estados Unidos. De este modo, el Ministro de Guerra norteamericano, Taft, se proclamó a sí mismo gobernador general de la República de Cuba en 1906, siendo

¹ V. L. Vladimirov, "*La diplomacia de los EE.UU. durante la guerra hispano-americana de 1898*", Ed. en lenguas extranjeras, Moscú, 1958.

sucedido en tal cargo por Charles E. Magoon, que prosiguió una gestión caracterizada por la corrupción más desenfadada y la entrega de descaradas concesiones a las grandes empresas mercantiles yanquis. Magoon, sin embargo, marcó su gestión por un hecho: fundó el ejército cubano, y puso a su frente al general Pino Guerra. No existía ejército en Cuba hasta ese momento, pues las fuerzas militares o habían sido españolas o norteamericanas. Las únicas fuerzas armadas realmente cubanas eran irregulares y habían combatido por la libertad de la isla hasta 1898. Su jefe, el general Máximo Gómez, recibió una compensación pecuniaria y se repartieron entre los soldados revolucionarios unos 3 millones de dólares, con lo cual entregaron las armas a las fuerzas de ocupación norteamericana. Así fue pacificada Cuba después de la derrota de España.¹

Magoon creó, pues, un "Ejército cubano" hecho a su medida y a la medida del Ejército de ocupación yanqui, en otras palabras, un ejército de arribistas, concusionarios y policías típico de un protectorado. De ese cuerpo nació directamente Batista y el Ejército de Batista de 1958. Bajo la administración de Magoon *"Cuba se convirtió en un paraíso para contratistas"*.² Una vez retiradas las fuerzas yanquis, los gobiernos cubanos sucesivos estuvieron sometidos al poder de veto del embajador yanqui.

El Congreso de Estados Unidos declaró la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917; al día siguiente lo hacía Cuba. La prensa de La Habana llamaba al agregado militar yanqui el "asesor militar de Cuba". Un oficial yanqui dirigía un taller de confecciones para uniformes de soldados cubanos. Varios batallones de soldados yanquis acamparon durante toda la guerra (en realidad hasta 1922) en Camagüey. La censura postal y telegráfica durante la guerra estuvo a cargo de oficiales yanquis. Esto fue compensado, porque una delegación cubana se sentó entre las potencias vencedoras en Versalles. La cotización

¹ Leland H. Jenks, *"Nuestra colonia de Cuba"*, Ed. Aguilar, Madrid, 1929.

² *Ibid.*

del azúcar cubano subió durante el conflicto hasta 4,60 centavos de dólar la libra.¹

Naturalmente este paraíso del dólar debía encontrar su estadista típico. El destino señaló a un oscuro empleado cubano de la *General Electric Company*, Gerardo Machado, que había demostrado rasgos de fidelidad y destreza satisfactorios para sus amos. Para lanzarlo a la política con títulos suficientes, la General Electric lo hizo general del Ejército. Desde su nueva posición continuó prestando servicios con tal eficacia que hacia 1925 los intereses norteamericanos "*dominaban virtualmente todos los servicios públicos en Cuba, fuera de la ciudad de La Habana*".²

Como era de estricta justicia, esta proeza le abrió a Machado el camino del poder supremo.

15. La sociedad cubana.

La dictadura del "general" Machado entre 1924 y 1933 refirmó los dos rasgos típicos de los gobiernos cubanos desde principios de siglo: absoluto servilismo hacia Estados Unidos y un desenfrenado pillaje hacia adentro. A partir de 1930 la crisis mundial castigó cruelmente la economía monocultora de Cuba, como al resto de América Latina. La pequeña burguesía urbana y los intelectuales empobrecidos se hicieron nacionalistas. Comenzó a gestarse una protesta generalizada contra la abyección impuesta por Estados Unidos. La influencia del aprismo peruano se hizo sentir ideológicamente en la Universidad.³ El movimiento político encabezado por el Dr. Ramón Grau San Martín se extendió y alcanzó popularidad.

En 1933 cae Machado. Aparece en escena el sargento Fulgencio Batista, que organiza una conspiración de suboficiales, declara abolidos todos los grados superiores a coronel, se designa coronel él mismo y a sus camaradas sargentos y arroja del Ejército a la masa de oficiales ultracorrompidos y parásitos. "*La mayor parte de esos ofi-*

¹ Jenks, *ob. cit.*, p. 267.

² *Ibid*

³ *Ibid.*

ciales jamás se habían levantado temprano. Solían dejar a Batista y sus sargentos el trabajo de reemplazarlos".¹ Desde esa época hasta el triunfo de la revolución cubana Batista domina directa o indirectamente la política de la Isla. Esos nuevos coroneles y generales designados por el ex sargento se instalan gozosamente en el presupuesto militar y en las granjerías del Estado. Siguen el camino ya abierto por los antecesores y jefes del procónsul Magoon. El Ejército de Batista refleja diáfanoamente la putrefacción de la sociedad cubana creada por la Enmienda Platt. Una importante clase media urbana de altos ingresos, dependiente de la burguesía comercial portuaria, ofrecía el espectáculo brillante de La Habana, como en casi todas las capitales de las semicolonias. Esa burguesía comercial y esa aristocracia rural vivían en La Habana, ligadas a la pequeña burguesía profesional, técnica e intelectual; gozaban de un nivel de vida radicalmente superior a la gran mayoría del pueblo cubano, sometido a la unilateral economía agraria.

Un adversario de la revolución cubana ha admitido que el alto ingreso *per capita* de Cuba no es una base suficiente para juzgar del nivel de su población. Confiesa que la economía azucarera de Cuba permanecía estancada y que "*la zafra duraba generalmente sólo unos tres meses y durante el resto, «el tiempo muerto», la mayoría de los trabajadores agrícolas o de los ingenios debían arreglárselas por su cuenta como mejor pudieran*".¹ El mismo autor estima que en los peores momentos había en Cuba unos 500.000 trabajadores que no podían ser asimilados por el orden económico imperante. Esto significa, promedialmente, alrededor de 2.500.000 de almas sobre 6 millones de habitante que carecían de lo indispensable. Ni el profesor Draper podrá negar que Cuba careciera, aun sin ideología alguna, de un buen programa revolucionario. Pero, naturalmente, como en todos los países semicoloniales, había otro polo moderno. En las ciudades, la burguesía comercial, la clase media, y sus capas inferiores estaban vinculadas al

¹ John Gunther, *El drama de América Latina*, Ed. Claridad.

² Theodor Draper, *El castrismo*, Ed. Marymar, Buenos Aires,

vasallaje lucrativo del turismo, al mundo de "los servicios": casas de juego, taxistas, proxenetas, burdeles, cabarets, hoteles, lustrabotas, fotógrafos, bailarinas, comisionistas, agencias de propaganda, gran prensa, dibujantes, talleres de reparación de automóviles, agentes de viajes, dentistas para turistas, parteras para turistas, médicos para turistas, granjas y productos especiales para consumo de altos ingresos, oficinas de importación de rubros suntuarios, cadenas de televisión y radio, la industria múltiple, pública y secreta de la diversión. Al mismo tiempo, surgía cierta forma de desarrollo industrial con su consiguiente clase obrera. Las industrias más importantes transformaban derivados del níquel, del azúcar o del tabaco en establecimientos industriales con altos salarios. Se trataba de productos industriales destinados a la exportación. Para el mercado interno se fabricaban fibras sintéticas, los detergentes, el vidrio, coca-cola, ginger ale: "*Estas industrias tenían un servicio de mantenimiento norteamericano y los elementos y repuestos necesarios se importaban por vía aérea en doce a veinticuatro horas*".¹ Pero al mismo tiempo que el centro urbano asumía las características de lo moderno, el polo agrario reflejaba la rigidez de la producción azucarera y la dependencia de la estructura de precios dictada por Estados Unidos: un mundo de trabajadores marginales, o desocupados perpetuos, trabajadores ocasionales cuya cólera era contenida por el régimen de Batista, su gran policía militar y su Ejército policial de sátrapas.

No haremos aquí la historia política de las décadas anteriores a la revolución. Nuestro propósito se reduce a mostrar el cuadro social de esa revolución, sus tensiones internas y los factores desencadenantes de la crisis revolucionaria. El régimen de Batista que se había apoderado de Cuba durante largos años encontraba su verdadero fundamento en la absoluta incondicionalidad con Estados Unidos en el triple plano de la política militar, de la política exterior y de la política económica. Esto le asegura-

¹ Draper, *ob. cit.*

ba un "bill" de indemnidad e impunidad perenne. Pero lo que era soportable para Estados Unidos llegó a ser intolerable a la propia burguesía comercial pro-yanqui, a las clases medias, a los estudiantes y a un sector de los intereses norteamericanos radicados en Cuba.

La pequeña burguesía acomodada de Cuba no sólo quería disfrutar de la leche norteamericana en lata y de los autos último modelo, sino que exigía también un pequeño Capitolio blanco y la vigencia del "habeas corpus". ¡Era demasiado! Justamente era lo único que Estados Unidos no podía exportar a sus colonias.

16. El "ejército" de Batista.

El respaldo fundamental de Batista era el Ejército que había desmantelado en 1933 y que había rehecho con sus camaradas de confianza. Era muy fácil ascender en el Ejército de Batista. Se podía ingresar como simple soldado y treinta meses después ser subteniente. El Coronel Pedro A. Barrera Pérez ingresó como soldado en 1942 y en 1954 era teniente coronel.¹ Y no se trataba de una carrera excepcional. De acuerdo con el Reglamento del Ejército de Cuba había tres formas de lograr ascenso: por selección, por antigüedad y por oposición. Naturalmente, todos los ascensos eran por selección: Batista ascendía de a tres grados de un golpe a los hombres de confianza. Convirtió al Ejército en una leonera de ambiciones e intrigas sin límite. Cuando Batista dio un golpe de Estado en 1952, para recuperar el poder, recompensó al teniente Rafael Salas Cañizafes con el grado de Brigadier General y la Jefatura de Policía. Al capitán Luis Robaina Piedra lo ascendió a general de brigada; al capitán Jorge García Tuñón, a general de brigada, lo mismo que al capitán Juan Rojas González. ¿Quién se resistía a esta maravilla? El presupuesto militar se recargaba, naturalmente, porque ese Ejército estaba agobiado de generales y

¹ Revista "Bohemia", nº 40, p. 15. Un detallado relato de las intimidades del Ejército putrefacto de Batista puede encontrarse en los nº. 40, 41, 42, 43 y 44 de dicha revista.

coroneles, pero Batista era un dispensador infatigable de ascensos napoleónicos. Cada sector del ejército o de las fuerzas de represión, se convertía en un feudo cerrado, en abierto antagonismo con los restantes. Entre el jefe de policía y el jefe del Ejército se luchaba por la hegemonía. Así, el segundo llamó a filas a oficiales retirados desde 1933 y los reincorporó para reforzar su posición en el Ejército, haciéndoles pagar la totalidad de los sueldos que habían dejado de percibir durante los veinte o veinticinco años de retiro. Con estas erogaciones monstruosas no resulta nada extraño que el Ejército de Batista al comenzar la lucha guerrillera careciera de las armas modernas y del equipo más indispensable, que hubo de importarse apresuradamente desde los Estados Unidos ante el comienzo de la lucha armada. Los negocios de los jefes militares eran notorios y desmoralizaban al Ejército.

El estado de ebriedad, la ineptitud técnica, los actos criminales, las venganzas personales, se distribuían las luces y las sombras de las fuerzas armadas. Uno de los principales jefes militares que combatieron las guerrillas era el coronel Río Chaviano. Según su colega en el exilio, el coronel Barrera Pérez, Río Chaviano había sido justamente acusado por otro militar, el comandante Morales, *"de explotar el juego, dando detalles sobre los lugares donde estaban instalados los garitos; que lucraba con el contrabando en gran escala; que participaba en orgías y bacanales casi diarias y llegaba hasta asegurar hechos de tal monstruosidad que lindan con lo amoral"*.

En 1954 con motivo de realizarse elecciones, el Ejército intervino de tal manera en la manipulación de los votos, que indicaba públicamente las cantidades de dinero recibidas por los diversos mandos militares para realizar esa tarea.

En cuanto al material, casi todas las unidades del Ejército estaban usando fusiles Springfield de 1903, ametralladoras livianas y pesadas de 1917, desechadas por el Ejército de Estados Unidos después de la primera guerra mundial. Las municiones *"eran lotes que desde muchos años antes habían sido almacenados, sin utilizarlos en prácticas de*

tiro, y los equipos de comunicaciones y transportes completamente ineficientes". La explicación era sencilla: el jefe del Cuartel Maestre General del Ejército era el General de Brigada Luis Robaina Piedra, consuegro de Batista, que manejaba los presupuestos militares como propios. Eran tales los negocios que se hacían en el Cuartel Maestre "que cuando muchos oficiales iban a referirse al General Robaina lo denominaban el "comerciante Don Luis". En 1956, Batista aprovechó el Plan de Ayuda Mutua, Punto Cuarto, para organizar algunas unidades con nuevos equipos; los oficiales fueron enviados a seguir en Estados Unidos cursos especiales.

El régimen policial de Batista llegó a ser un flagelo para la clase media urbana, para sus hijos en la Universidad, para el propio núcleo del comercio importador habanero y, en general, para las clases cultas que vivían en perpetuo sobresalto por las tropelías del sistema. En este cuadro emergió Fidel Castro, líder estudiantil, hijo de terratenientes, resuelto luchador político y antiguo candidato a diputado por el Partido Ortodoxo de Eduardo Chibás.¹ El apoyo político que se brindó a Castro fue en aumento a medida que la acción guerrillera se demostraba capaz de crear un foco armado contra un régimen que sólo podía entender el lenguaje de las armas. Fueron justamente las clases más acomodadas de Cuba las que brindaron su simpatía y ayuda a Castro.

17. Además de los guerrilleros.

El movimiento de Fidel recaudaba fondos para la guerrilla en Nueva York y recibía ayuda del Presidente de

¹ Eduardo Chibás, se suicidó frente a los micrófonos de la Radio CMQ el 5 de agosto de 1952, como protesta por la corrupción política de Cuba. En vísperas del ataque al Cuartel de Moncada, un año más tarde, un adherente al partido de Chibás, Fidel Castro, se proponía leer por las radios cubanas el último discurso de Chibás, que concluía diciendo: "¡Compañeros de la ortodoxia, adelante! ¡Por la independencia económica, por la libertad política y la justicia social!". Fórmulas muy semejantes a las de Sun-Yat-Sen en China, a las de Soekarno en Indonesia y a las de Perón en la Argentina, lo que define bien a las claras el carácter de clase del partido de Chibás, y las ideas de Castro en 1953. V. Fidel Castro. *La Revolución Cubana*, p. 35, Ed. Palestra, Buenos Aires, 1960.

Costa Rica, José Figueres. Por su parte, el Almirante Larrazábal, Presidente de la Junta Democrática de Gobierno de Venezuela al caer Pérez Giménez, enviaba a los guerrilleros un avión con armas, lo mismo que la Marina Argentina, en tiempos de la dictadura oligárquica de Aramburu-Rojas. Aún durante la presidencia de Frondizi, esa ayuda continuó, según medios allegados al ex Vicepresidente Alejandro Gómez, luego visitante de Cuba. Al comentar este formidable apoyo Debray añade la "*notoriedad mundial, muy protectora, de las cadenas capitalistas de difusión, "Life" y "Paris Match"*".¹

El conocido corresponsal del imperialista "New York Times", Hebert Matthews, visitaba a Fidel en Sierra Maestra y escribía grandes y cordiales reportajes. El ex Presidente Prío Socarrás financiaba otra expedición militar contra Batista, que operó desde la Sierra de Escambray. El corresponsal del "*Chicago Tribune*" y Presidente de la S.I.P., Jules Dubois, participa activamente en las reuniones conspirativas contra Batista que se realizaban en La Habana. Dichas reuniones se hacían con frecuencia en las lujosas residencias de la aristocracia habanera, de los directores de Bancos norteamericanos de la Capital, en los exclusivos Clubs de Tennis o en el Country Club.

En este último se organizó un banquete en honor de Dubois. Concurrieron el Presidente de la Cámara de Comercio, el Rector de la Universidad de Oriente, el cura Presidente de la Juventud Católica, un importante exportador de café, los Presidentes de los Clubs de Leones, del Rotary, de la Asociación Médica, del Colegio de Abogados, etc. Había una silla vacía en el banquete. Le explicaron a Dubois que era el sitio simbólico reservado a Fidel Castro, que luchaba por la libertad de Cuba en la Sierra.²

A Castro se sumaron luego tres jóvenes norteamericanos, hijos de funcionarios de la base naval de Guantánamo, que subieron a la Sierra Maestra para luchar. El Arzobispo de Santiago de Cuba enviaba capellanes para

¹ Debray, *Algunos problemas de estrategia*, p. 58.

² Jules Dubois, *Fidel Castro*, p. 137, Ed. Grijalbo Argentina, Buenos Aires, 1959.

los guerrilleros mientras se los negaba al Ejército mercenario de Batista. "*Así Castro tendría que convertirse en el Robin Hood de la Sierra Maestra*",¹ escribe Dubois en el momento de mayor éxtasis de la prensa yanqui, inmediatamente después del triunfo revolucionario. La presión del imperialismo yanqui contra Batista, a través de su prensa, era sintetizada por el mismo Dubois en su informe a la S.I.P.: "*Batista jamás podría volver a gobernar a Cuba con libertad de prensa, pues virtualmente todo el país se oponía a él y consideraba inconstitucional su gobierno*".²

Basta releer la lista de adheridos al llamado Conjunto de Instituciones Cubanas (en general, las corporaciones profesionales, religiosas y técnicas de la alta clase media cubana) y el texto de su manifiesto al pueblo de Cuba, para comprender que el aislamiento político de Batista era total. La gangrena del régimen se extendió al Ejército, que se convirtió en un nido de conspiraciones. Resulta verdaderamente notable que en medio de este vasto "frente", que no era precisamente un "*frente nacional*", sino un "*frente democrático-liberal-cipayo*", Fidel Castro con sus camaradas haya podido lanzarse hacia adelante, transformarse en nacionalista primero y en marxista después. Esta, y no la teoría de la guerrilla, que no resiste el menor análisis, es la mayor originalidad de la revolución cubana.

Esta "Alianza de clases" permitió a Fidel alcanzar el poder cuando Batista huyó y el ejército prácticamente se disolvió sin lucha. Se comprenderá que sólo 300 o 400 guerrilleros no habrían estado en condiciones de librar una lucha frontal contra un ejército de 30.000 hombre *si este ejército hubiera existido como tal*. La restitución de los hechos que condujeron al triunfo de la revolución cubana es esencial para impedir ilusiones peligrosas en el resto de América Latina y en nada disminuye los grandes títulos revolucionarios de Fidel Castro. Por el contrario, los sitúa en una dimensión mayor y más imprevista, pues Fidel invierte el hábito tan común en América Latina, de subir al caballo por la izquierda para terminar bajándose del

¹ Dubois, *ob. cit.*, p. 120,

² *Ibid.*, p. 150.

caballo por la derecha. En su coraje moral para romper el círculo liberal cipayo que lo acompañó hasta el poder, tanto como en su coraje militar, se cifra la gloria de este latinoamericano de nuestra época que no vaciló en abrazar la bandera del socialismo.

Pero la propia historia de la revolución cubana invalida la teoría del foco guerrillero que abstrae las especificidades de la situación político-social en que dicho foco aparece. La supresión de la lucha nacional de los países atrasados contra el imperialismo, con sus naturales formulaciones de agitación, propaganda, huelgas, campañas parlamentarias, combate ideológico, y su sustitución por un recetario empírico de fórmulas técnicas vaciadas de su contenido político conduce a la misma vía muerta que predicán los amigos de la coexistencia pacífica. La guerrilla es uno de los recursos técnicos en el amplio espectro del arsenal revolucionario; renunciar por principio a ella, resultaría tan ilógico como renunciar por principio al sabotaje, al análisis de una estadística, a la lucha parlamentaria o sindical. Del mismo modo, un marxista rechazará con mayor energía todavía a los "propagadores de marasmo", como el stalinismo y "socialismo" de Chile, que defienden la teoría del "camino pacífico" hacia el socialismo. Es obvio que ninguna clase social reaccionaria de América Latina y del mundo cederá su lugar por la persuasión a la nueva clase social que lucha por reemplazarla. Este debate con los reformistas concluyó en 1917.

18. La tradición revolucionaria.

Debray comenzaba uno de sus trabajos afirmando que había que "liberarse del pasado". Los revolucionarios cubanos, afortunadamente, no participan de semejante opinión. Los latinoamericanos tenemos un gran pasado histórico. Grandes luchas revolucionarias han precedido a las actuales. No hemos de renunciar a ese pasado por ignorancia ni por soberbia.

La última conferencia celebrada por la O.L.A.S. se desarrolló bajo un gran retrato de Bolívar. El título de las

tesis de la delegación cubana a dicha conferencia fue: "*La Patria es América*".¹ Dichas tesis se proponían exponer las grandes líneas del pasado revolucionario y cultural de América Latina, señalando sus figuras ejemplares. El propósito evidentísimo de los cubanos era subrayar el carácter común de la revolución en América Latina; la analogía de sus grandes creadores culturales; la comunidad de las luchas militares por la Independencia; en otras palabras, la unidad nacional que rigió el pasado latinoamericano. Ese es el espíritu que respiran las "Tesis" aludidas.

Dichas "Tesis" demuestran al mismo tiempo lo que este libro ha intentado probar: la influencia disociadora de la balcanización en el plano cultural ha reforzado el desconocimiento recíproco que padecen aún los revolucionarios latinoamericanos. Así, en la "Tesis" se elogia a figuras que como Andrés Bello, habría rendido a "*Chile servicios inestimables*",² lo mismo que José Bonifacio Andrada e Silva al Brasil. Ambos personajes eran dos perfectos conservadores; Bello escribió nada menos que el Código Civil chileno, una de las más cerriles defensas del interés privado que tengamos en América; y José Bonifacio colaboró con la independencia del Brasil para salvar la corona al Emperador. No está mal recordar al llanero Páez, pero no hay que olvidar que él rompió la Gran Colombia en nombre de los exportadores y traicionó a Bolívar.³ Las "Tesis" insisten sobre el carácter "*continental*" de América Latina, una y otra vez. Pero lo que en el señor Rodney Arismendi es la expresión de la hostilidad soviética hacia la unidad nacional de América Latina, en las "tesis cubanas" refleja, por el contrario, una voluntad de unidad latinoamericana que aún no ha encontrado su manifestación rigurosa. Tal es el sentido, esencialmente progresivo, de di-

¹ Publicadas en *Partisans*, Juillet-Septembre, 1967, p. 26, París, n.º 38.

² *Ibid.*, p. 28.

³ Asimismo se elogia la acción del famoso Lord Cochrane y de Giuseppe Garibaldi. El primero robó los fondos del Ejército de San Martín. El segundo ejerció la piratería en el Plata con los "frères de la Côte" y saqueó salvajemente Gualeguaychú: años después en Italia, luchó por la unidad nacional de su patria, de donde proviene su justa gloria.

chas "Tesis" y de la existencia de la O.L.A.S. Todos los errores apuntados son al fin y al cabo el fruto de un aislamiento secular, de una balcanización que también ha entrado en nuestras conciencias y en nuestros hábitos culturales. Pero puede advertirse que detrás de la obstinación cubana están enlazados estrechamente, profundamente, Bolívar y Marx.

19. Douglas Bravo en los pagos de Bolívar.

La proyección latinoamericana del socialismo cubano se ha expresado, y no creemos que se deba a un azar, en las montañas de Venezuela, en los pagos de Bolívar. Con mayores motivos que en Cuba, debía ser en Venezuela precisamente donde las ideas bolivarianas encontrasen una expresión más clara. Como lo ha observado certeramente el escritor católico Alberto Methol Ferré, esto quizás ha ocurrido porque Cuba fue marginal "*al gran proceso de la primera emancipación latinoamericana de comienzos del siglo XIX y sólo logró su independencia cuando la balcanización latinoamericana estaba ya consolidada en varias décadas*".¹ Por el contrario, Venezuela fue uno de los centros fundamentales de la hazaña bolivariana. Pero el temblor sísmico de la revolución cubana ha estimulado la resurrección de la vieja bandera. Douglas Bravo, jefe de los guerrilleros de Venezuela, antiguo miembro del Comité Central del Partido Comunista, ha dado una expresión diáfana de todo el proceso social y político que condujo a la lucha armada. No estamos en condiciones de emitir un juicio categórico sobre la validez de las guerrillas en Venezuela. Pero del análisis de Douglas Bravo surgen importantes hechos que parecen justificarlas. Las guerrillas venezolanas, por lo demás son el resultado de una serie de previos levantamientos militares de oficiales jóvenes del ejército y la marina, de carácter nacionalista revolucionario, que después de la derrota fueron plegándose a la

¹ Alberto Methol Ferré, *Debray, la revolución verde-oliva y la O.L.A.S.*, en la revista *Vispera*, nº 3, Noviembre de 1967, Montevideo, Uruguay.

guerrilla. Lo que nos interesa destacar ahora es la visión global de Douglas Bravo. *"La necesidad de estructurar una organización de frentes de liberación de América Latina tiene su origen en lo que acabamos de explicar: en la necesidad de tener planes de conjunto para esa liberación. Podemos remontarnos a tiempos algo lejanos, al siglo pasado. Allí tenemos un antecedente histórico de extraordinaria magnitud, concebido precisamente por quien trazó la primera estrategia de conjunto de liberación contra los imperialismos. Se trata de la reunión de Panamá, organizada por el libertador Simón Bolívar, reunión que fue sabotada por los norteamericanos. Ya desde entonces Bolívar veía la necesidad de unificar a todos los países de América Latina, veía la necesidad de construir una sola república. ... La América Latina tiene —la nación de América Latina, la gran República de América Latina— tiene 220 millones de habitantes, bastante más que los norteamericanos. Los habitantes de esta gran república tienen de común su propio pasado histórico, tienen casi el mismo lenguaje, con dos excepciones; tienen iguales costumbres, hábitos similares. La composición etnológica, es decir, la composición de los habitantes desde el punto de vista de su raza, es casi igual para toda América Latina: indios, blancos y negros. En síntesis, podemos decir que hay una idiosincracia casi igual para los habitantes, desde México hasta la Patagonia. Desde el punto de vista económico sufren los mismos problemas, las mismas vicisitudes; tienen un enemigo común: las oligarquías y el imperialismo; sufren el mismo atraso cultural, el mismo atraso económico. De manera que estas ideas no son originales nuestras; tienen un antecedente histórico en el pensamiento del gran estratega de la liberación de América, Simón Bolívar".*¹

Tales juicios de Bravo comportan una decisiva complementación de los documentos de la O.L.A.S. que ya hemos comentado; y les proyectan una claridad desnuda en cuanto a los objetivos estratégicos que Debray ha rechazado en

¹ Reproducido en "Revolución", órgano del M.R.O., nº 21, abril de 1967, Montevideo, Uruguay.

sus trabajos. Parecería que describiendo un amplio círculo, el pensamiento de los revolucionarios cubanos tiende a encontrarse nuevamente, en un nivel superior, con aquellas ideas expuestas por Fidel Castro en los comienzos de su gobierno, durante su gira por la Argentina. Interrogado por los periodistas, Fidel se refirió en 1959 a la posible integración de una Federación de Repúblicas del Caribe, "*el sueño de un gran patriota: Bolívar*" y manifestó que "*las Repúblicas de América Latina se encaminan por caminos muy propicios a la unión económica y política*".¹ A principios de 1959, ya en el poder, Fidel era un nacionalista bolivariano; en pocos meses había dejado de ser un liberal de izquierda y ya estaba en vísperas de comenzar su evolución hacia el socialismo. ¿No es un signo rotundo de este período de la historia latinoamericana presenciar bruscas transformaciones individuales y sociales, tal cual ocurre en los instantes críticos de la historia universal, donde un aristócrata mantuano como Bolívar se trueca en revolucionario, y un joven demócrata como Fidel se convierte en marxista? Pero la insularidad de Cuba debe soportar todavía grandes pruebas. Sólo la decisión de sus jefes puede romper esa insularidad. Esa decisión debe encarnarse en criterios políticos, únicos que determinan la táctica. Ante todo, asumir plenamente, y hasta el fin, *la cuestión nacional de América Latina*. Cuando los revolucionarios cubanos adopten una inequívoca actitud ante esta cuestión, la lucha contra el stalinismo tumefacto, oxidado en la interioridad de sus aparatos, habrá concluido triunfalmente, pues los amigos de "dos caras", los Rodney Arismendi y sus iguales, abandonarán el barco precipitadamente al grito de "¡Cruz Diablo!".

Pues digamos sin ambages que la exagerada insistencia de los revolucionarios cubanos de erigir la táctica de la guerrilla o de la lucha armada como principio para delimitarse de los partidos stalinistas, no es, al fin y al cabo, sino una manera de evitar una confrontación a fondo sobre la naturaleza original del stalinismo, de la histo-

¹ "La Prensa", 3 de Mayo de 1959, Buenos Aires.

ria de la Internacional Comunista que ha producido este monstruo y del pasado de la propia Unión Soviética. Esto significaría para Cuba un delicado enfrentamiento con su poderoso aliado. Pero lo que Cuba misma no puede hacer, la O.L.A.S. debe hacerlo, al menos desde el punto de vista de una diferenciación con el stalinismo que provenga no de la deificación de la lucha armada a todo trance (donde la tesis cubana es más vulnerable) sino de allí donde toda la realidad latinoamericana clama por ser comprendida: de la exigencia de su unidad nacional, de la tradición proveniente de Bolívar, de la concepción marxista de la Nación, en suma, sobre todos aquellos aspectos históricos y programáticos que constituyen la originalidad profunda de la revolución de América Latina. Un debate de este género obligaría al stalinismo a asumir su verdadero carácter: antilatinoamericano y antimarxista, y también facilitaría el rescate dentro del stalinismo de los mejores elementos revolucionarios, hoy subyugados por los respectivos burócratas. Del mismo modo, los elementos pequeño burgueses "independientes", hoy genéricamente llamados "fidelistas" o "cubanistas", así como los sectores trotskystas que no han perdido por completo su sentido de la realidad, deberían promover por sí mismos su reeducación teórica para constituirse en la generación revolucionaria de América Latina, en los cuadros nuevos del gran Partido Latinoamericano.

Pues sólo la unidad redimirá a los pueblos latinoamericanos y sólo el socialismo hará indestructible esa unidad. El socialismo no es una quimera en nuestra Patria Grande: ya ha comenzado en Cuba Socialista, esa adolescente robusta y gallarda que indica bajo el fuego del Caribe el camino a seguir.

CONCLUSION

BOLIVARISMO Y MARXISMO

"Basta leer con atención el desarrollo de nuestra historia en el siglo XIX y saber leer y comprender lo que han escrito nuestros grandes hombres, para rendirse a la evidencia que América tiene una historia y que esta historia debe ser descubierta. Escribir la historia de América es un deber absoluto para la Organización Latinoamericana de Solidaridad, heredera de las tradiciones legadas por un Bolívar y por un Martí".

*Tesis de la delegación de Cuba a
la Conferencia de la OLA, 1967.*

La aparición del proletariado en la América Latina del siglo XX ha planteado desde nuevas bases la tarea de su revolución inconclusa. La Nación Latinoamericana, que hacia 1910 sólo vivía como un eco intelectual de las viejas batallas, comienza a ser una realidad en la Cuba Socialista de medio siglo más tarde. En esta penosa y heroica marcha, el plan bolivariano sólo podrá desenvolverse bajo las banderas del socialismo. Ese socialismo posee ya una inflexión propia, una especificidad latinoamericana.

Pero si el pensamiento crítico de Marx puede arrojar una luz penetrante sobre la realidad de América Latina, será a condición de que la conciba como un todo, en otras palabras, se impone reunir a Marx con Bolívar. Después de la pérdida del poder bolivariano América Latina fue considerada como "un pueblo sin historia". Las instituciones, regímenes económicos y sistemas políticos que le impuso el imperialismo traían el sello simiesco de los productos que Europa destinaba al mundo excéntrico.

Las ideas marxistas no escaparon a esta "degradación" sufrida por todos los valores de la exquisita Europa al llegar a nuestras tierras. Al principio, los propios grandes jefes de la Rusia revolucionaria evidenciaban un desconocimiento completo del Nuevo Mundo. Luego, con el triunfo del stalinismo, fue exportado un artículo híbrido llamado "marxismo-leninismo", parido por los obtusos burócratas. El descrédito intelectual de semejante "ersatz" ya no requiere demostración. En cuanto a sus consecuencias prácticas, este libro ha hecho un recuento de esa edad rocambolesca.

La aparición del proletariado en la América Latina del siglo XX ha planteado desde nuevas bases la tarea de su revolución inconclusa. La Nación Latinoamericana, que hacia 1910 sólo vivía como un eco intelectual de las viejas batallas, comienza a ser una realidad en la Cuba Socialista de medio siglo más tarde. En esta penosa y heroica marcha, el plan bolivariano sólo podrá desenvolverse bajo las banderas del socialismo. Ese socialismo posee ya una inflexión propia, una especificidad latinoamericana.

Pero si el pensamiento crítico de Marx puede arrojar una luz penetrante sobre la realidad de América Latina, será a condición de que la conciba como un todo, en otras palabras, se impone reunir a Marx con Bolívar. Después de la pérdida del poder bolivariano América Latina fue considerada como "un pueblo sin historia". Las instituciones, regímenes económicos y sistemas políticos que le impuso el imperialismo traían el sello simiesco de los productos que Europa destinaba al mundo excéntrico.

Las ideas marxistas no escaparon a esta "degradación" sufrida por todos los valores de la exquisita Europa al llegar a nuestras tierras. Al principio, los propios grandes jefes de la Rusia revolucionaria evidenciaban un desconocimiento completo del Nuevo Mundo. Luego, con el triunfo del stalinismo, fue exportado un artículo híbrido llamado "marxismo-leninismo", parido por los obtusos burócratas. El descrédito intelectual de semejante "ersatz" ya no requiere demostración. En cuanto a sus consecuencias prácticas, este libro ha hecho un recuento de esa edad rocambolesca.

Bastará recordar que en cada oportunidad en que el stalinismo divisaba una revolución nacional en el horizonte, se incorporaba rápidamente al bloque de las fuerzas oligárquicas que la enfrentaban. Esto ocurrió en Brasil, en Argentina, en Cuba, en toda América Latina. Sólo advertían que una revolución vivía cuando ésta había triunfado; si no habían logrado impedir su victoria, se plegaban a ella para estrangularla desde el poder. Tal es la crónica del stalinismo en Cuba, con su oscura legión de Escalantes y escaladores. Cuando la revolución estaba bajo la dirección nacionalista, como en el caso de Perón, el stalinismo se unía estrechamente, antes, durante y después de su gobierno, con las fuerzas más negras de la reacción.

La propia expresión de "marxismo-leninismo" reflejaba en la esfera semántica el sello de una política ajena. Pues toda la grandeza de Lenin como político había residido justamente en su admirable aptitud para interpretar a su país tal como era; por el contrario, la "rusificación" de la Internacional Comunista después de su muerte invirtió el método leninista. Una caricatura trágica de ese método transformó fórmulas que habían resultado óptimas para la lucha política en el Imperio zarista en la clave de todas las derrotas del último medio siglo.

Por esa razón, y no por puras consideraciones terminológicas, la adopción de un "marxismo bolivariano" comprenderá mejor la naturaleza peculiar del proceso revolucionario en América Latina. Este proceso deberá combinar todas las formas de la lucha. La actividad política no podrá sustituirse a la lucha armada, ni ésta a aquélla, ni la lucha legal a la ilegal, ni viceversa, pues todas ellas forman parte de un proceso único integrado por tácticas modificables y reemplazables. La importancia de cada una de ellas está condicionada por la relación de las fuerzas en presencia y por las particularidades de cada región latinoamericana. Ninguna de esas tácticas puede ser elevada a principio conductor; pero un hecho está confirmada por toda la experiencia histórica: no hay camino pacífico para la revolución. Ni siquiera para obtener el voto universal y secreto, reivindicación de la democracia burguesa en la

Argentina, el viejo caudillo radical Hipólito Yrigoyen encontró otro recurso que las revoluciones armadas. Sólo así obtuvo para el pueblo argentino el derecho a votar, derecho que la oligarquía, con el apoyo del Ejército, le arrebató desde 1955.

En consecuencia, la acción sindical, tanto como la guerrilla, la lucha parlamentaria, la insurrección armada o la propaganda ideológica, son fases de una misma estrategia cuyo corolario no puede ser otro que la formación de los Estados Unidos Socialistas de América Latina. En aquellos Estados donde las relaciones capitalistas de producción han alcanzado mayor desenvolvimiento, como la Argentina, Chile, México o Brasil, las posibilidades de la lucha política parecen dominar este período y la consigna de "lucha armada" resultará inadecuada. Pero la relación entre esa consigna, la conciencia de las masas populares y el partido revolucionario deben ser muy estrechas. La disolución de esos tres factores por la decisión de un puñado de combatientes aislados conduce directamente al blanquismo, y muy probablemente a la derrota.

América Latina no carece de mártires, sino de políticos revolucionarios y de revoluciones triunfantes. Es cierto que la lucha revolucionaria exige su tributo de martirio, pero el martirio por sí mismo no prueba la verdad del camino elegido. Este debe ser demostrado por otros hechos. El más importante de ellos es el conocimiento escrupuloso de la realidad económica y social de América Latina.

En una de sus habituales y vigorosas expresiones, Fidel Castro aludía recientemente a las "recetas" que el stalinismo latinoamericano extrae de su archivo desde hace cuarenta años para aplicar administrativamente a los múltiples aspectos de una realidad tan rica y compleja como la de América Latina. Indios caribes, proletarios de la siderurgia, peones de estancia, campesinos sin tierra, chacareros ricos, quechuas de milenarias comunidades estáticas, estudiantes politizados, oligarquías extranjerizantes, burguesías nacionales frágiles y cobardes, militares de encontradas tendencias y desniveles históricos profundos — he aquí un cuadro que se resiste a una fórmula simple.

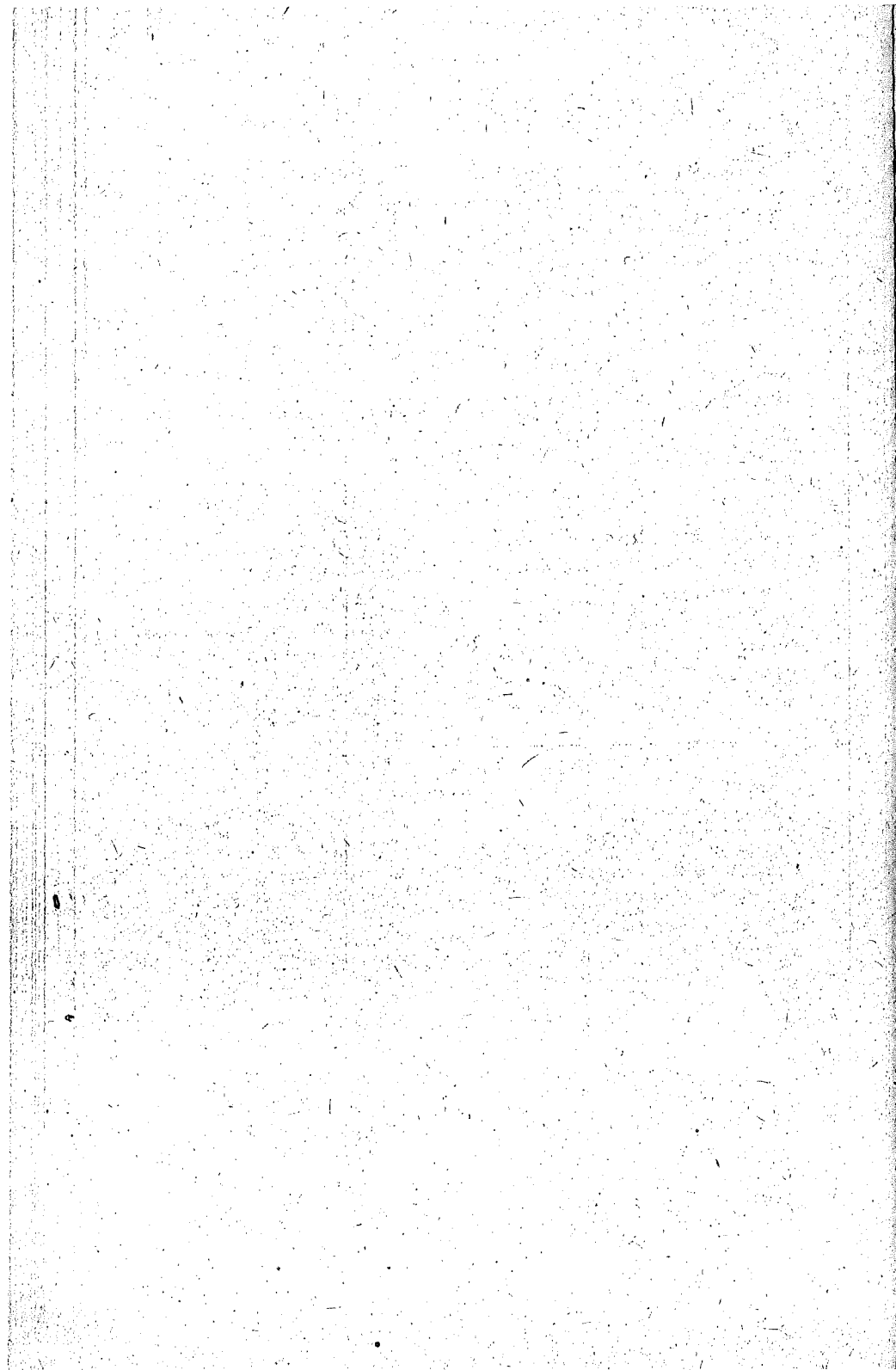
Ahí debe encontrarse la razón para latinoamericanizar el marxismo y marxistizar a América Latina.

Es preciso asumir plenamente nuestro glorioso pasado de lucha. Es necesario redescubrir a nuestros héroes propios y elaborar desde aquí una perspectiva revolucionaria para los 250 millones de latinoamericanos. La tarea dista de ser sencilla. El carácter combinado de nuestra realidad social determina las formas mixtas, nacionales y socialistas de nuestro programa. Del mismo modo, los elementos "asiáticos" del pensamiento de Lenin se contraponían a los elementos "europeos" de ese pensamiento. Pero ambos reflejaban la realidad de una contradicción dinámica: pues Rusia era, a la vez, bárbara y civilizada, semicolonias e Imperio opresor, Asia y Europa. Por eso la dialéctica siempre viva de la política leninista mostraba cierta ambigüedad que repelía a los socialdemócratas de una Europa estable y lineal. En Lenin convivían los elementos "democráticos" y "socialistas" que a su vez coexistían en la sociedad rusa multinacional: el mujik primitivo, el obrero industrial y el ciudadano de las naciones alogenas oprimidas por los grandes rusos.

También las ilusiones de Lenin sobre la capacidad revolucionaria de la clase obrera europea se combinaban con su perspicacia para comprender el sentido profundo de la tempestad que se gestaba en Oriente. Pero si para hacer de la Rusia bizantina una "nación normal" era preciso destruir su imperio y dar a las nacionalidades que lo integraban el derecho a separarse, para hacer de América Latina una "nación normal", la fórmula es inversa: es preciso unir sus Estados. Tanto como para Rusia, en América Latina la resolución de las tareas democráticas y nacionales sólo pueden lograrse por medio del socialismo. La burguesía nacional es incapaz de lograr el dominio político en el interior de cada Estado balcanizado; con mayor razón, ni sueña con la unidad de todos ellos. Precisamente por esa causa la tarea de Bolívar pasa a los discípulos de Marx. Estos no podrán realizarla, sin embargo, sin la tradición de Bolívar ni volviendo las espaldas a los movimientos nacionales.

Y bien, para comprenderlo era preciso remontar el confuso río de la historia latinoamericana, a fin de revelar la unidad profunda de su corriente y tocar con la inteligencia su sólido lecho. Esa historia había comenzado en España y continuado en América. Quisimos narrar los momentos capitales de ese pasado donde los criollos emplearon las armas para ingresar a la historia universal como una Nación independiente y unida. En ese período las grandes naciones europeas creaban su Estado Nacional y nosotros lo perdíamos. Marx no comprendía a Bolívar, pero el Inca Yupanqui le inspiraba su juicio sobre la cuestión nacional.

Un siglo después de la publicación de *"El Capital"*, para los latinoamericanos Bolívar y Marx ya no podrán ser separados por fuerza alguna. Exponer las razones de tan curiosa fusión fue el propósito de esta historia de la Nación Latinoamericana. Aunque el libro termina aquí, esa historia continúa. De donde este fin es sólo un comienzo.



INDICE DE NOMBRES

A

- Aberdeen, Lord: 275.
 Abreu e Lima, José Inácio de: 293.
 Acevedo, Eduardo: 249.
 Acosta, Joseph de: 88.
 Adams, J. Q.: 200, 219, 220, 283.
 Adler, V.: 525.
 Adler, M.: 525.
 Agüero, Julián Segundo de: 276, 277.
 Aguirre Cerda: 514.
 Aguirre Elorriaga, Manuel: 310, 311.
 Aguirre, Lope de: 50.
 Aivas, Patricio: 342.
 Alamán, Lucas: 200, 288, 289, 291, 345, 346, 361.
 Alba, Víctor: 361.
 Alberdi, J. B.: 213, 347.
 Alburquerque, duque de: 33.
 Alegrete, Marqués de: 243.
 Aleijadinho: 440.
 Alejandro I de Rusia: 161.
 Alfaro: 358.
 Almagro, Diego de: 50.
 Alperovich, M. S.: 386, 387, 391.
 Alvarado, Rudecindo: 205.
 Alvarez, Agustín: 361, 362.
 Alvarez Thomas, General: 230.
 Altamira, Rafael: 13, 26, 30, 119.
 Alvear, Carlos de: 133, 222, 230, 245, 266, 267, 268.
 Amado, Gilberto: 396.
 Amat, Marqués de: 145.
 Amunátegui, Miguel Luis: 46, 70, 123, 132, 187, 188.
 Anchorena, Tomás de: 147, 330.
 Anderson: 298.
 Andrade e Silva, J. B.: 590.
 Angleria, Pedro Mártir de: 45.
 Angulema, Dúque de: 171, 175, 201.
 Antequera: 101.
 Aquino, Anastasio: 337.
 Aramayo, C.: 421.
 Aranda, Conde de: 101, 102.
 Aranha, Graça: 436.
 Araújo, L. G.: 567.
 Arenales, General: 221, 227.
 Arévalo, J.J.: 516.
 Arismendi, R.: 513.
 Aristóteles: 79, 80, 81.
 Arguedas, Alcides: 105, 226, 234, 333, 364, 365, 366, 377.
 Arosemena, Presidente: 419.
 Artigas, José: 99, 106, 146, 147, 148, 166, 186, 191, 198, 204, 205, 248, 249, 250, 251, 253, 254, 255, 260, 269, 276, 278, 293, 295, 296, 321, 344, 367, 373.
 Artigas, Andresito: 252.
 Arze, José Antonio: 424.
 Atahualpa: 70.
 Austria, Casa de los: 18, 24, 27, 29, 114.
 Ayarza, Comandante: 309.
 Ayora: 419.
 Azara, Félix de: 250, 251.

B

Bacon, F.: 83.
 Balaio: 258.
 Balzac, Honorato de: 311.
 Barba, Enrique M.: 327, 347.
 Barbacena, Marqués de: 267.
 Baring, Banca: 175, 286.
 Barrás: 216.
 Barrientos, René: 473, 548.
 Barrios, Justo Rufino: 343, 344, 370, 516.
 Basbaum, Leoncio: 437, 438, 441, 443, 444.
 Batista, Fulgencio: 407, 535.
 Batlle Ordóñez, José: 372.
 Baudin, Louis: 51, 53, 54.
 Bauzá, Francisco: 96, 248.
 Beard, Charles A.: 395.
 Bebel, Augusto: 497, 498.
 Belda, José: 130.
 Belgrano, Manuel: 147, 193, 305.
 Belzu, Manuel: 333, 423.
 Bello, A.: 590.
 Benítez, E.: 252.
 Bentham: 308, 362.
 Beresford, General: 116.
 Berindoaga, General: 207.
 Bermúdez, General: 317.
 Bernardes, Arthur: 443.
 Bernstein, Eduardo: 496.
 Betancourt, Rómulo: 418.
 Bettelheim: 540.
 Bismarck, Otto de: 482, 483, 485, 486, 530, 560.
 Blanco Encalada, Almirante: 329.
 Blanco Fombona, Rufino: 170, 177, 213, 292, 303, 304, 380.
 Blanco, Pedro: 313, 333.
 Blanco Galindo, General: 425.
 Blanqui, A.: 556.
 Bliss, Horacio W.: 224.
 Blosset, General: 177.
 Rodin: 83.
 Bolívar, Simón: 112, 113, 144, 146 y ss.; 194, 198, y ss.; 213, 214, 218, 219, 221, 222, 227, 229, 230, 232, 233, 234, 235, 237, 238, 242, 244, 273, 281 y ss. hasta 338; 347, 352, 354, 357, 358, 363, 374, 375, 378, 418, 452, 473, 479, 494, 495, 513, 519, 542, 597, 601.

Bolívar, Juan Vicente de: 148.
 Bonaparte, José: 117, 119, 120, 155, 195, 217.
 Bonaparte, Napoleón: 109, 114, 117, 118, 119, 124, 125, 131, 143, 149, 156, 161, 180, 185, 186, 305, 494.
 Bonaparte, Paulina: 156.
 Borbones, Casa de los: 25, 49, 84, 85, 86, 102, 161, 164, 178, 186, 348.
 Bordiga, A.: 555.
 Bosch, Juan: 112, 153, 157, 163.
 Boyes: 152, 153, 154, 155, 161, 162, 163.
 Boutroux, E.: 379.
 Braden, Spruille: 378, 459, 464.
 Braganza, Casa de: 255, 256, 259, 260, 261.
 Brandzen: 267.
 Bravo, D.: 562.
 Brennan, Gerald: 29.
 Brizola, L.: 558 y ss.
 Broué, Pierre: 446.
 Browder, E.: 563.
 Brown, Guillermo: 273.
 Bruschera: 215, 250, 254.
 Brutus, T. C.: 157.
 Buffon: 81, 82, 455.
 Bujarin, Nicolás: 420, 524.
 Bulnes, Gonzalo: 228.
 Bulnes, Manuel: 332.
 Bunge, Carlos Octavio: 364.
 Busaniche, José Luis: 197, 198, 216, 238, 283, 284, 307, 315, 320.
 Buseh, Germán: 421.
 Burke: 175.
 Bustos, Juan Bautista: 231, 284, 304.
 Byron, Lord: 174.

C

Cabarrús, Conde de: 216.
 Cabral: 444.
 Cady, John F.: 348.
 Caicedo, General: 318.
 Calles, P. E.: 420.
 Campomanes: 101, 334.
 Campal, E. F.: 249.
 Canals Frau, S.: 54, 58.
 Cané, Miguel: 376.

- Caneca, Frei J. de Amor Divino: 257.
 Canek, Jacinto: 101.
 Canning, G.: 117, 171, 174, 175, 176, 214, 221, 259, 260, 263, 264, 266, 268, 272, 273, 275, 285, 298, 300, 329.
 Cánova: 366.
 Canterac, General: 205, 209.
 Carbia, R. S.: 35.
 Cardozo, E.: 165.
 Carlomagno: 19.
 Carlos III: 25, 29, 87, 92, 93, 98, 101, 102, 109, 110, 111, 121, 122, 216.
 Carlos IV: 109, 110, 117, 118, 216.
 Carlos V.: 18, 23, 24, 33, 35, 37, 47, 137.
 Carlos, Antonio: 441.
 Cárdenas, Lázaro: 391, 403.
 Carlyle, Thomas: 297.
 Carranza, Venustiano: 391.
 Carrera, José Miguel: 146, 188, 189, 190, 290, 328.
 Carrera, Rafael: 339, 340, 341, 343.
 Carrión, B.: 365, 366, 375.
 Carvajal, Francisco de: 50.
 Casa-Dávila, Marqués de: 192.
 Casanova: 110.
 Casa-Rosa, Marqués de: 192.
 Castellanos, Dr.: 283.
 Castelli: 164.
 Castillo, Ramón S.: 459.
 Castlereagh, Lord: 174, 241, 245, 261.
 Castro, Diputado: 221.
 Castro, Licenciado: 63.
 Castro, Fidel: 404, 452, 531, 536, 537, 541, 547, 548 y ss.: 586 y ss.
 Catalina de Rusia: 112.
 Cavour, Conde de: 560.
 Cervantes, Miguel de: 30, 150.
 Céspedes, Augusto: 366, 370, 420, 421, 424, 425.
 Cevallos, Ministro: 217, 218.
 Clemenceau, G.: 366.
 Cobden, R.: 395, 483.
 Cochrane, Lord: 116, 273.
 Codovilla, V.: 424, 451.
 Colbert: 27, 85.
 Cole, G. D. H.: 498.
 Colmeiro, Manuel: 22, 23, 26, 37, 38, 39, 47, 48, 70, 73.
 Colón, C.: 44, 45, 169, 456.
 Comte, A.: 359, 360, 361, 362, 373.
 Concolorcorvo: 223.
 Conselheiro, Antonio: 258.
 Constant, Benjamín: 310, 311.
 Conyngham, Lady: 264.
 Coolidge: 403.
 Córdoba, José María: 209, 318.
 Córdoba, Presidente: 333.
 Cortés, Hernán: 55, 56, 57, 58, 63.
 Cosío Villegas, D.: 390.
 Costa, Angel Floro: 370, 371, 372.
 Cova, J. A.: 149, 237.
 Crespo, A.: 313, 326, 331, 332, 333.
 Cromwell, O.: 114, 560.
 Cuauhtemoc: 57.
 Cuervo, R.: 310.
 Cuitlahuac: 57.
 Cunha, Euclides da: 258.
 Cunningham Graham, R.: 297.
 Curado, Francisco Javier: 260.
 Chacon, V.: 257, 293, 443, 451.
 Chamorro, J.: 336, 338.
 Chastenet, J.: 110.
 Chateaubriand: 311.
 Chatfield, F.: 340, 341.
 Chaves, J. C.: 164.
 Chávez Ortiz, N.: 429.
 Chen-du-Siu: 527.
 Chiang-Kai-Shek: 412, 413, 428, 445, 527.
 Chibás, E.: 586.
 Chirino: 112.
 Christopher: 157, 158.
 Churchill, W.: 563.

D

- Da Fonseca, Hermes: 437.
 Dañencour, F.: 158.
 D'Amico, C.: 351.
 Dario, Rubén: 370, 377.
 Darwin, C.: 362.
 David, E.: 497, 499.
 Davis, T. B.: 267, 286.
 Dawkins, E. J.: 298, 299, 300.
 Daza: 333.
 Debray, R.: 542 y ss.; 562 y ss.; 569 y ss.

Defourneaux, M.: 38.
 De Gaulle, Ch.: 530.
 De la Gasca, P.: 23.
 De la Puente Uceda, L.: 418.
 De la Sonora, Marqués de: 105.
 Delgado, Juan de: 67.
 Del Valle, J. C.: 292, 334, 335,
 336, 338.
 De Maistre, J.: 83.
 De Paw, Abate: 82.
 D'Epinay, Madame de: 84.
 Dessalines: 157, 158, 159.
 Deutscher, I.: 446, 465.
 Díaz, Carlos: 251.
 Díaz del Castillo, Bernal: 56, 58.
 Días López, Isidoro: 437, 438.
 Díaz, Porfirio: 344, 358, 360, 361,
 381, 385, 386, 390, 391.
 Díaz Sánchez, R.: 160.
 Díaz Vélez, J. M.: 286.
 Dorfman, A.: 457.
 Donovan, Patricio: 468.
 Dorrego, Manuel: 264, 266, 273,
 274, 276, 277, 278, 304, 311.
 Dubois, J.: 587.
 Duclós, J.: 564.
 Dudley, Lord: 274.
 Duhalde, E. L.: 352.
 Dusset: 96, 97.

E

Echeverría, Tiburcio: 194.
 Edwards Vives, A.: 105, 327.
 Egaña, Juan: 147, 164, 282.
 Einstein, A.: 399.
 Eldon, Lord: 176.
 Elizalde, Rufino de: 350.
 Emerson: 374.
 Engels: 44, 51, 53, 136, 137, 138,
 139, 140, 347, 443, 450, 461,
 463, 478, 479, 480 y ss.: 511,
 528, 532, 533.
 English, General: 177.
 Enrique III, de Francia: 28.
 Enrique IV, el Impotente: 15.
 Enrique VIII, de Inglaterra: 28.
 Erazo, José: 319.
 Erro, L. E.: 389.
 España, J. M.: 112.

F

Federico el Grande: 209.

Felipe el Hermoso: 18.
 Felipe II: 23, 24, 27, 28, 29, 30,
 34, 72.
 Felipe III: 34.
 Felipe V: 48.
 Fernando el Católico: 13, 15, 16,
 18, 19.
 Fernando VII: 29, 106, 109, 118,
 119, 120, 121, 123, 125, 129,
 143, 151, 155, 161, 162, 171,
 175, 185, 186, 193, 194, 199,
 200, 206, 207, 216, 217, 300.
 Ferns, H. S.: 264, 270.
 Figueres, J.: 418.
 Flagg Bemis, S.: 342.
 Flores, J. M.: 313, 347.
 Florez Estrada, A.: 34, 134.
 Floridablanca, Conde de: 101,
 111, 120, 262.
 Foch, Mariscal: 366.
 Fourier, C.: 463.
 Forbes, J. M.: 219, 220, 247, 275,
 283, 284, 285, 286.
 Francia, José G. de: 146, 191,
 254, 294, 295, 296, 297, 364.
 Francisco Javier, San: 89.
 Francisco de Paula, Infante: 216,
 217, 222.
 Frank, A. G.: 73, 74, 77.
 Frank, W.: 456.
 Freeman, J.: 342.
 Freire, General: 292.
 Freyre, Gilberto: 96, 434, 436,
 440.
 Frías, B.: 192, 206.
 Frías, Duque de: 199.
 Frölich, P.: 499.
 Frugoni, E.: 377.
 Fuchs, J.: 489.
 Fuentes, Carlos: 473.
 Fugger: 18, 24, 34.
 Fugler, A.: 118.
 Funes, G.: 111, 147, 214, 219,
 222, 223, 270, 283, 284, 304.
 Furtado, C.: 439.

G

Galiani, Abate: 84.
 Gálvez, Ministro: 101.
 Gálvez, M.: 112, 327, 331, 352.
 Gallardo, R.: 127, 128, 292, 335.

336, 337, 339, 340, 341, 343,
344.
Gamarra, A.: 313, 325, 326, 332.
García, Juan Agustín: 146.
García, Héctor M.: 194.
García, Manuel José: 198, 216,
218, 245, 266, 268, 269, 270,
271, 277, 284, 351.
García Moreno: 348.
García Calderón, F.: 377, 379,
380.
García Monge: 380.
Garcilaso, Inca: 82.
Garibaldi, G.: 590.
Gavidia, F.: 154, 338.
Gay: 252.
Genet: 528.
Gerbi, A.: 80, 82.
Germani, G.: 464.
Ghioldi, R.: 287.
Gil Fortoul: 238.
Godelier, M.: 53.
Godoy, M.: 13, 109, 110, 111, 216.
Goethe: 368, 415.
Gómez Carrillo: 377, 380.
Gómez, M.: 580.
González, Benito: 258.
González Navarro, M.: 200, 290,
292, 346.
González, J. Vicente: 154.
González, Florentino: 308, 312.
González, Pablo: 391.
González Videla: 514.
Gordon: 269, 276.
Goulart, J.: 452, 473.
Grimberg, C.: 89.
Grimoldi: 24.
Gual, M.: 112, 299.
Guarumba: 160.
Güemes, M.: 106, 191, 192, 283.
Guerra Báez, H.: 327, 328, 329.
Guerreiro Ramos, A.: 359.
Guerrero, V.: 292, 303.
Guevara, E.: 540, 542, 547 y ss.
Guodo, T.: 198, 207.
Guillermo I^o: 486.
Guillermou, A.: 89.
Gutiérrez de la Fuente, A.: 196,
283.
Guzmán Blanco: 358.
Guzmán, Antonio Leocadio: 313.
Guyau, J. M.: 374.

H

Habsburgo: 18, 23, 29, 32, 34, 35,
65, 71, 78, 93.
Hamilton, Alejandro: 395.
Hamilton, Coronel: 172, 174.
Hanke, L.: 65, 67, 81, 361.
Haring, C. H.: 22, 24, 66, 67, 69,
72, 75, 77, 85.
Haya de la Torre: 53, 377, 398,
399, 400, 401, 402, 403, 407,
408, 409, 411, 412, 413, 414,
415, 416, 417, 418, 508.
Hegel: 43, 81, 480, 483, 495.
Henríquez Ureña, P.: 45.
Heredia, J. F.: 153.
Heredia, Alejandro: 331.
Heres, T.: 228, 309.
Hernández, José: 349.
Herrera, Felipe: 357.
Herrera, L. A. de: 272, 273, 274,
275, 276, 277, 278.
Hertford, Lady: 264.
Hertzog, E.: 425.
Hidalgo, M.: 106, 192.
Hilferding, R.: 525.
Hindenburg: 403.
Hitler: 19, 446, 456, 529.
Hobsbawm, E. J.: 53, 244.
Hobson: 412.
Hochschild, M.: 421, 424.
Hohenzollern, Casa de: 483.
Hooklam Frere, J.: 124.
Hope, T.: 27.
Hostos: 369.
Houston, S.: 346.
Hullet Brothers: 197, 286.
Humboldt: 22, 66, 84, 105, 150.
Hume, D.: 83.

I

Ianni, O.: 447.
Ibáñez, General: 419, 472.
Ibarguren, Carlos (h.): 342.
Ibarguren, F.: 218.
Imaz, J. L. de: 464.
Ingenieros, J.: 218, 364, 367.
Irazusta, J.: 347.
Iriarte, Tomás de: 126, 133, 267,
268, 271, 274.
Irisarri, A. J. de: 201, 319, 320.
Iturbide, General: 337, 345.

Iturriaga, J. E.: 385.
Isabel la Católica: 13, 15, 16.
Isabel de Inglaterra: 28.

J

Jackson, A.: 346.
Jauretche, A.: 197, 365, 460.
Jaurés, J.: 471, 525.
Jean-Baptiste, St. Víctor: 159.
Jenks, L. H.: 342.
Jorge III: 264.
Jorge IV: 176, 264, 266, 271.
José I de Portugal: 92.
Jovellanos, G. de: 86, 87, 101,
111, 121, 334.
Juana la Loca: 18.
Juárez, B.: 348, 386.
Juderías, J.: 79.
Justo, Agustín P.: 457.
Justo, Juan B.: 464, 500, 501, 502.

K

Kamenev, L.: 420.
Kauffmann, W. W.: 114, 115,
116, 124, 125, 174, 175, 221,
261, 264, 273, 298, 299, 300.
Kautsky, K.: 405, 490, 497, 504,
509, 525.
Keyserling, H. de: 455, 456.
Kipling, R.: 414.
Kosminsky, V. E.: 76.
Kreem, W.: 342.
Krickeberg, W.: 55, 56, 57.
Krushev: 525.
Kugelman: 487.
Kuusinen: 526.

L

Labra, Rafael de: 130.
Labriola, A.: 525.
Lafargue, P.: 486, 525.
Lafayette: 311.
La Mar, General: 309, 312, 313.
Landa, D. de: 56.
Lara, General: 210.
Larraz, J.: 22, 29, 84.
Larrazabal, A.: 127.
Las Casas, Bartolomé de: 68, 78,
79, 80, 81, 166, 169, 225.
La Serna, Virrey: 194, 196, 206,
209, 210.

Las Heras, G.: 213, 215, 262,
284.

Lastarria, J. V.: 351, 352.
Latorre, Coronel: 358, 372.
Lavalle, J.: 267, 276, 277.
Lavalleja, J. A.: 262.
La Vallette, Padre: 92.
Le Bon, G.: 367, 486.
Leclerc, General: 156.
Lefevre, H.: 527.
Leguía, Presidente: 419, 456.
Lenín: 136, 139, 140, 400, 404,
405, 412, 413, 415, 420, 443,
445, 448, 482, 489, 497, 500,
501, 502, 503, 504, 505, 506,
507, 508, 509, 512, 523, 524,
525, 526, 528, 529, 531, 532,
533, 535, 540.

León, J. F. de: 101.
Leopoldo S., Vizconde de: 269.
Lepper, Dr.: 278.
Levene, R.: 225.
Lewin, B.: 101.
Liebknecht, C.: 499.
Lievano Aguirre, I.: 93, 94, 96,
98, 145, 152, 154, 155, 167.
Lieven, Condesa de: 264.
Lincoln, A.: 344, 490.
Lins de Barros, J. L.: 443.
Lipset, Seymour Martin: 464.
Lipschutz, A.: 64.
List, F.: 28, 178, 242, 395.
Liverpool, Lord: 176, 265.
Lobo, Guerrero, Arzobispo: 93.
Locke, J.: 362.
López, Carlos Antonio: 429, 442.
López, F. S.: 297, 429.
López, familia: 191, 296, 297.
López, V. F.: 93, 95, 176, 216,
217, 218, 255, 286, 304.
Loyola, I. de: 88, 90, 91.
Lozano y Lozano, F.: 150.
Luccock: 259.
Lugon, Clovis: 96.
Lugones, L.: 96, 377.
Luis XV: 92.
Luis XVI: 109.
Luis, W.: 419, 441.
Lunatcharsky, A.: 420.
Luxemburgo, R.: 497, 499, 525,
535, 540.
Lynch, J.: 102, 225.

Llano, M.: 126, 128.
Lloyd George: 366.

M

Mabragaña, H.: 197.
Maccio, Marqués de: 269.
Machado, G.: 402.
Madariaga, S. de: 177.
Madero, F.: 391.
Magalhaes, S.: 243.
Magoon, C.: 530.
Maladriga, Padre: 92, 257.
Malpica, C.: 53, 422.
Mancini, J.: 152.
Mandel, E.: 469, 470, 471, 540.
Mannheim, K.: 484.
Mao-Tse-Tung: 404, 405, 413, 428, 509, 525, 526, 527.
Marat: 102.
Mariana, Juan de: 91.
María Antonia de Nápoles: 109.
María Luisa de España: 109, 110.
María Cristina de España: 348.
Mariátegui, J. C.: 53, 95.
Marinello, J.: 464.
Mariño: 170, 186;
Marquegui, P.: 206.
Marsh, M.: 342.
Martí, J.: 370.
Martins, J.: 257.
Martinez Estrada E.: 365.
Martov: 497.
Marx: 14, 15, 20, 52, 53, 119, 121, 122, 126, 136, 137, 138, 139, 140, 242, 308, 342, 389, 399, 400, 415, 443, 450, 478, 479, 480, 481, 482, 483, 484, 485, 486, 487, 488, 489, 490, 491, 492, 494, 495, 496, 502, 519, 524, 526, 528, 529, 530, 532, 533, 534, 538, 539, 540, 601.
Maximiliano de Austria: 20.
Maximiliano de México: 348, 353.
Mayer, G.: 450, 483.
Maver, J. M.: 347.
Medina Sidonia, Duque de: 33.
Mehring, F.: 478, 481, 482.
Melgarejo: 333.
Melogno: 215, 225, 250, 254.
Mella, J. A.: 401, 402, 403, 404, 406, 407, 408.
Mendonça, Renato de: 261.
Menéndez y Pelayo, M.: 138.
Merleau-Ponty: 528.
Methol Ferré, A.: 251, 591.
Methuen, J.: 243, 261.
Mijares, A.: 153, 154, 314.
Mill, S.: 359, 362.
Miller, General: 209.
Miraflores, Marqués de: 144.
Miranda, F. de: 88, 112, 113, 115, 116, 117, 148, 150, 151, 155, 167.
Mitre, B.: 171, 247, 255, 287, 288, 297, 304, 308, 319, 350, 351, 352.
Moctezuma: 57, 70, 84.
Molina Enríquez, A.: 385.
Molinari, D. L.: 472.
Monje Gutiérrez: 425.
Monteagudo, B.: 147, 164, 179, 201, 204, 205, 207, 233, 286, 304, 321.
Montenegro, C.: 342, 345, 346, 347.
Montalvo, R.: 441.
Monterroso: 367.
Montes, A. H.: 339.
Montesquieu: 83, 150.
Morales: 161, 162.
Morales, Presidente: 333.
Morazán, F. de: 146, 147, 321, 338, 339, 344, 516.
Morelos: 106, 192, 386, 389.
Moreno, G. R.: 214, 215, 216, 217, 219, 220, 222, 225, 227, 232, 286, 353.
Moreno, M.: 201.
Morgan, L. H.: 44, 51.
Morillo, General: 161, 93, 494.
Morillo, Comandante: 319, 320.
Mosquera, J.: 168, 219, 222, 281, 283, 284.
Mousnier, R.: 24, 27.
Moyano, Sargento: 207.
Mozart: 340.
Muñica, N.: 418.
Muñecas: 106, 192, 233.
Murat, J.: 118, 119.
Murillo: 233.

N

Napoleón III: 348, 353, 368, 485.

Nariño, A. de: 111.
Nasser: 430, 452, 531.
Nearing, S.: 342.
Neruda, P.: 424.
Nieto, Presidente: 332.
Nietzsche, F.: 374.
Núñez, R.: 358.

O

Obando, J. M.: 312, 315, 318, 319, 320.
Obando, J.: 510, 511, 514, 515.
Obregón, A.: 391, 420.
Ocampo, V.: 456.
O'Donnell, General: 137.
O'Gorman, E.: 59.
O'Higgins: 187, 188, 189, 190, 281, 292, 303, 328.
Olañeta, Casimiro: 227, 228, 233, 313, 327.
Olañeta, Mariscal: 196, 198, 206, 210, 221, 222.
O'Leary, D.: 163, 169, 170, 173, 207, 208, 209, 222, 229, 230, 299, 304, 311.
Oliveira Martins, J. P.: 95, 98.
Orbegoso, General: 325, 326, 332.
Oribe, M.: 331.
Orihuela, Fray Antonio: 189.
Ortega y Gasset, J.: 454, 455.
Ortega y Medina: 161.
Ortega Peña, R.: 352.
Osuna, Duque de: 85.
Ots Capdequí, J. M.: 46, 48, 66.
Oviedo, Padre: 80.
Owen: 463.

P

Padilla, Juan de: 20.
Padilla, General: 163, 185, 317.
Páez, J. A.: 105, 153, 163, 168, 170, 185, 293, 307, 308, 313, 314, 317, 318, 320.
Pagador, S.: 192.
Palacios, A. L.: 376, 377, 378.
Palacios, Diputado: 132.
Palma, R.: 145, 210, 235.
Palmerston, Lord: 189.
Pantaleão, O.: 259.
Parish, W.: 266, 285.
Patiño, S.: 365, 366, 421, 424.

Pattee, R.: 158.
Paz Estensoro, V.: 425, 428, 430, 452, 473.
Paz, J. M.: 267.
Paz Soldán, M.: 197, 205, 207.
Pedernera, J. E.: 349, 350.
Pedro I de Brasil: 268, 269.
Pemán, J. M.: 35.
Peña, Roberto I.: 105, 270, 284.
Peñaloza, A. V.: 160.
Peñaloza, L.: 192, 193.
Pereira, A.: 443.
Pereira, C.: 19, 151, 154, 164.
Perelman, A.: 459.
Pérez, J. G.: 207.
Pérez Petit, V.: 374.
Pérez Vimora: 255.
Pernoud, R.: 22.
Perón, J. D.: 365, 378, 406, 418, 450, 452, 459, 460, 464, 466, 470, 472, 473.
Perricholi: 145.
Pessora, E.: 437.
Petión, A.: 156, 158, 161, 185, 517.
Pezuela, General: 194.
Piar, General: 185, 186.
Piccirilli, R.: 286.
Picón Salas, M.: 50, 57, 65, 70, 77, 88, 112.
Pinelo: 192.
Pinilla, S.: 228, 229, 231.
Pío IX: 360.
Pipes, R.: 513.
Piria, F.: 374.
Pitt: 115, 329.
Pizarro, F.: 43, 49, 50, 56.
Planta, J.: 173.
Platas, J. M.: 361.
Plejanov, J.: 497, 525.
Plutarco: 150.
Poincaré: 379.
Poinsett, J.: 188, 290, 291.
Polo, M.: 45.
Pombal, Marqués de: 98.
Ponsonby, Lord: 263, 264, 265, 268, 270, 272, 273, 274, 275, 276, 277, 278.
Popham, H.: 116.
Portales, D.: 327, 328, 329, 331.
Posada Gutiérrez, J.: 155.
Pozo y Sucre: 88.

Prado, C.: 257, 447.
Pradt, Abate de: 120, 310, 311.
Preobrayensky: 525.
Prestes, L. C.: 437, 438, 439,
441, 442, 443, 444, 445, 446,
451, 509.
Prestes, J.: 440, 441.
Proudhon: 87.
Pueyrredón, J. M. de: 204, 216.
Puiggrós, R.: 15, 25, 48, 73, 454.
Pumacaua: 208, 337.
Pumaruna, A.: 418.

Q

Queluz, Marqués de: 269.
Quesada, V. G.: 268, 269.
Quevedo, F. de: 22, 30, 33.
Quintana: 123.
Quiroga, A.: 194.

R

Rakovsky, C.: 523, 525.
Ramel, Comandante: 157.
Ramírez, M. A.: 516.
Ramírez, Coronel: 214.
Ramírez, F.: 254.
Ramírez Necochea, H.: 188.
Ramos, J. A.: 146, 160, 212, 257,
277, 331, 365, 398, 446, 454,
458, 461, 510, 547.
Ramos Espinosa, A.: 422.
Ramos Mejía, J. M.: 364, 367.
Raynal, Abate: 83.
Reed, J.: 388.
Reinaga, F.: 424.
Renán: 374, 375.
Renard, G.: 21, 37, 47.
Revenga, J. R.: 194.
Reyes Abadie, W.: 215, 250, 254.
Reyes, E. O.: 144, 203, 314.
Reyeros, R.: 235, 327.
Ricardo, D.: 470.
Ricci, L.: 93.
Riego, R. de: 123, 193, 194, 195.
Ribeiro de Abreu e Lima, J. I.:
293,
Riva-Agüero: 205, 332.
Rivadavia, B.: 197, 198, 216, 217,
218, 219, 221, 222, 247, 262,
263, 266, 268, 269, 270, 271,
274, 276, 277, 282, 283, 284,

285, 286, 287, 288, 304, 308,
311, 350, 351.
Robertson, W. S.: 112.
Robespierre: 102, 257, 379.
Roca, J. A.: 358, 377.
Rochembeau: 157.
Roda: 101.
Rodó, J. E.: 371, 373, 374, 375,
376, 377, 378.
Rojas, R.: 195, 358, 377.
Rodríguez, J. H.: 258.
Rodríguez, General: 266, 282.
Rodríguez, Manuel: 146, 190.
Rodríguez, Simón: 149, 150, 236.
Rodríguez Larreta, E.: 418.
Roosevelt, F.: 417, 459.
Roosevelt, T.: 370.
Rosa, J. M.: 197, 285, 286.
Rosas, J. M. de: 266, 276, 278,
327, 328, 330, 331, 347, 348,
349, 350, 351, 364.
Rousseau: 111, 150, 229, 305.
Roxas y Patrón, J.: 271.
Rudenko, B. T.: 386, 387, 391.
Ruiz, T.: 337.
Rumazo González, A.: 172, 210,
308, 309, 310, 314, 313.
Ruy Barbosa: 358.

S

Saavedra, Conde de: 192.
Sabine, G. H.: 91.
Sabino: 258.
Sade, Marqués de: 528.
Sáenz, M.: 172, 210, 312.
Saint-Simón: 463.
Salaverry, F. S.: 325, 326, 331.
Salazar, General: 524.
Saldías, A.: 260, 276, 277, 278,
331, 347, 348.
Samhaber, E.: 162, 177, 191, 194,
196, 312.
San Alberto, Obispo: 105.
Sánchez Albornoz, C.: 255.
Sánchez Bustamante, D.: 421.
Sánchez Carrión: 205.
Sánchez, L. A.: 374, 377.
Sánchez Cerro: 417.
Sandino, C. A.: 509, 549.
San Isidro, Conde de: 192.
Sanjines, A.: 53, 428.
San Martín, J. de: 105, 113, 120,

- 123, 133, 146, 147, 148, 166,
 186, 187, 188, 190, 191, 193 y
 ss. hasta 219; 233, 236, 242,
 244, 270, 273, 282, 293, 305,
 321, 325, 331, 344, 368, 378,
 473.
 Santa Cruz, A.: 133, 202, 313,
 315, 321, 325, 326, 327, 329,
 330, 331, 332, 333, 344.
 Santander, F. de Paula: 168,
 170, 171, 173, 180, 288, 293,
 298, 307, 308, 309, 310, 311,
 312, 315, 317, 318, 319, 321.
 Santa María: 358.
 Santos Chocano: 380.
 Santos, Marquesa de: 269.
 Saravia, A.: 374.
 Sarmiento, D. F.: 129, 160, 348,
 352, 366, 380.
 Sarrailh, J.: 87.
 Sarría, J. G.: 319.
 Sartre, J. P.: 528, 534, 536.
 Scalabrini Ortiz, R.: 189, 266,
 271, 274.
 Schilling, P.: 293, 447, 451, 452.
 Segal, M.: 187, 188, 190.
 Selva Alegre, Marqués de: 144.
 Séneca: 60.
 Seoane, B.: 359.
 Seoane, M.: 424.
 Sepúlveda, J. Ginés de: 78, 80,
 81, 225.
 Serge, V.: 524.
 Sergeant, J.: 298.
 Serrano, J. M.: 233, 332.
 Servet: 79.
 Sierra, V.: 35, 78.
 Sierra, J.: 361.
 Siles, H.: 419, 421.
 Siles Suazo, H.: 428.
 Silva Herzog, J.: 386, 388, 389.
 Silva, General: 209.
 Silveira, C.: 439.
 Siqueira: 444.
 Sismondi: 311.
 Smith, Adam: 29, 178, 308, 362,
 395.
 Soares de Souza, J. A.: 269.
 Solanda, Marqués de: 144.
 Soldevila: 13, 32, 39, 102.
 Soler, General: 267.
 Soublette, General: 309.
 Soulouque: 494.
 Spencer: 362.
 Spilimbergo, J. E.: 19, 478.
 Stalin: 54, 428, 445, 446, 459, 502,
 504, 505, 506, 507, 512, 514,
 523, 525, 526, 527, 535.
 Stettinius, E.: 459.
 Strangford, Lord: 217, 245, 260,
 261.
 Suárez, F.: 91.
 Suárez, I: 209.
 Sucre, J. A. de: 202, 206, 208,
 209, 210, 213, 214, 221, 227,
 228, 229, 231, 232, 234, 270,
 286, 293, 313, 317, 318, 319,
 320, 422, 494.
 Surriganza, Conde de: 207.
 Svanstrom, R.: 89.
- T
- Taine: 373, 374.
 Tamayo, F.: 370.
 Tamborini, J. P.: 464.
 Tayllerand: 216, 297.
 Teja Zabre, A.: 389.
 Terrazas, General: 388.
 Thorez, M.: 504.
 Tito: 525.
 Toledo, D. F. de: 493.
 Toreno, Conde de: 127, 130.
 Torquemada: 27.
 Torre-Tagle: 145, 191, 204, 206,
 207.
 Torrente, M.: 196, 206.
 Torres, Embajador: 200.
 Torres Caicedo, J. M.: 345, 350,
 368, 369.
 Tot, M.: 337.
 Toussaint-Louverture: 156, 157.
 Trías, V.: 251, 252.
 Tristán, P.: 332.
 Trotsky: 53, 136, 139, 403, 405,
 412, 420, 428, 445, 446, 450,
 481, 504, 505, 508, 518, 523,
 524, 525, 526, 528, 529, 530,
 532, 533, 540, 541.
 Trujillo: 407.
 Tupac Amaru: 70, 101, 337.

U

Ugarte, M.: 375, 376, 377, 378,
399, 500.
Ulloa, J. y A. de: 68, 70, 93.
Unamuno, M. de: 95, 110.
Urdaneta, General: 318.
Uriburu, J. F.: 457.
Urquiza, J. J. de: 350.
Urriolagoitia, M.: 425.
Uslar, General: 177.

V

Valdés, General: 209.
Valdivia, P. de: 65.
Valery, P.: 51.
Valiente, Diputado: 132.
Valloton, H.: 486.
Van Geel, Abate: 277.
Van Kol: 497, 498.
Vargas, G.: 406, 440, 441, 442,
443, 444, 446, 447, 448, 449,
450, 451, 452, 457, 472, 473.
Vargas Vila: 380.
Varoma: 380.
Vasconcelos, J.: 380, 390.
Vázquez, J. A.: 297.
Vedia y Mitre, M.: 233, 288.
Velasco, General: 332, 333.
Velázquez, M. C.: 290.
Verrill, A. H.: 50, 56.
Vicens Vives, J.: 22, 25, 33, 34,
69.
Victoria, General: 290.
Vidal, Presidente: 332.
Vilar, P.: 15, 26, 46, 75.
Villa, P.: 388, 391.
Villalba, V. de: 225.
Villafuerte, Marqués de: 192.
Villa Orellana, Marqués de: 144.
Villanueva, C. A.: 221, 311.
Vistaflores, Conde de: 192.
Virtanen, A. I.: 469.
Vizcardo y Guzmán, J. P.: 88,
164.
Volodarsky: 526.
Voltaire: 83, 150.

W

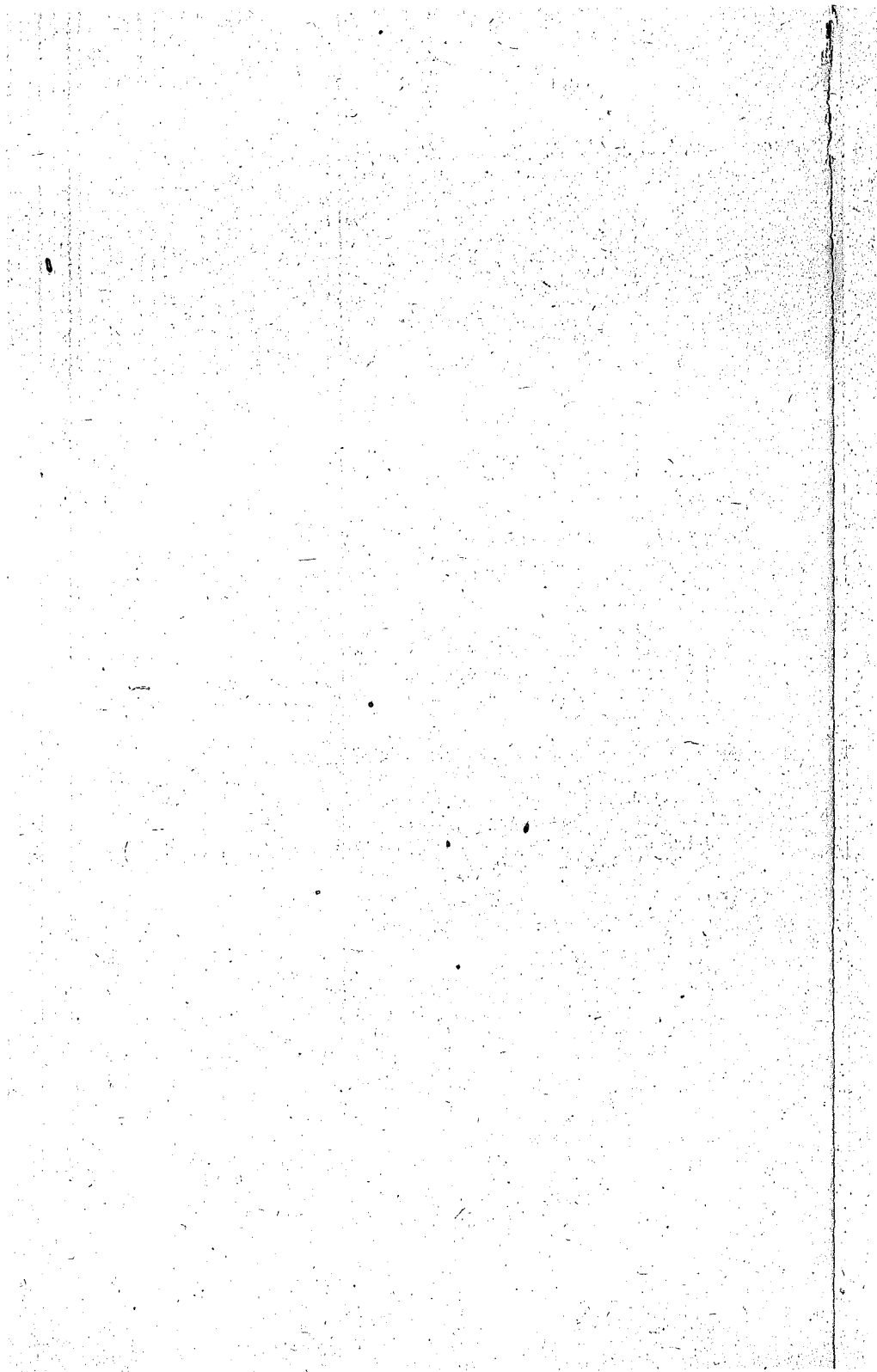
Walker, W.: 341, 342.
Ward: 72.
Warden, Lord: 272.
Washington, G.: 395.
Weber, M.: 209.
Webster, C. K.: 172, 173, 174,
189, 245, 261, 266, 272, 275,
285, 291, 321.
Weill, G.: 484.
Welsler: 18.
Wellesley, Lord: 125.
Wellington, Duque de: 175, 176,
177.
Werneck Sodrè, N.: 244.
Westminster: 259.
Weulersse, G.: 21.
Whitaker, A. P.: 200, 289, 291,
298.
White, G.: 194.
Wilde, J. A.: 214.
Wilson, H. L.: 391.
Wilson, W.: 366.
Wittfogel, K. A.: 52, 59.
Wolfe, B.: 497, 508.
Worthington, W. G.: 188.

Z

Zabala, L. de: 346.
Zapata, E.: 388, 391, 549.
Zasulich, V.: 53.
Zabaleta Mercado, R.: 426.
Zea, F. de: 169, 199.
Zetkin, C.: 497.
Zinoviev, G.: 508.
Zinny, A.: 327.
Zumárraga, J. de: 56.
Zum Felde, A.: 377.

Y

Yegros, F.: 164.
Yrigoyen, H.: 397, 398, 419, 456,
457, 458.
Yupanqui, Inca: 126, 130, 132,
136, 139, 140, 487, 489.



INDICE GENERAL

Advertencia	9
CAPÍTULO I. — LA ESPAÑA CABALLERESCA	11
1. Orígenes del particularismo español, 13; 2. La oposición de la nobleza a la centralización, 15; 3. La Casa de Austria en el trono español, 18; 4. La influencia de las Indias en España, 20; 5. El régimen servil, 25; 6. Extranjerización del Reino y la ruina de la industria, 26; 7. Auge de los arbitristas, 29; 8. Las clases improductivas, 32; 9. El privilegio de la Mesta, 36; 10. La España que no viajó a las Indias, 37.	
CAPÍTULO II. — EL BUEN SALVAJE	41
1. ¿Geografía o historia?, 43. 2. La hegemonía castellana en la Conquista, 45; 3. Los segregados de España y América, 47; 4. El Imperio de los Incas, 49; 5. La propiedad colectiva de la tierra, 51; 6. Toltecas, aztecas y mayas, 55; 7. Fin y comienzo, 59.	
CAPÍTULO III. — COLONIZACION Y NACIONALIZACION DE LAS INDIAS	61
1. La fusión racial, 63; 2. La política colonizadora, 64; 3. La destrucción de las Indias, 66; 4. La ruina de la industria española, 70; 5. ¿Capitalismo o feudalismo?, 73; 6. Las clases rentistas, 76; 7. La leyenda negra y la leyenda rosa, 78; 8. Aristóteles justifica a los encomenderos, 79; 9. La época de la calumnia científica, 81; 10. El continente de los leones calvos, 82; 11. El pálido despertar borbónico, 84; 12. El clero americano, 85; 13. Un renacimiento español, 86; 14. El humanismo colonial, 88; 15. Los jesuitas en Europa y las Indias, 88; 16. Los jesuitas y el Estado Nacional, 90; 17. El absolutismo y la Compañía de Jesús, 92; 18. Las misiones jesuíticas en América, 93; 19. Encomenderos contra jesuitas, 94; 20. El régimen social de las misiones, 96; 21. La destrucción de las misiones, 98; 22. El	

retorno del latifundio, 99; 23. Sublevación en las Indias, 100; 24. Las limitaciones del despotismo ilustrado, 101; 25. La organización política en América Hispánica, 102; 26. Las tendencias centrífugas en América Hispánica, 104; 27. Clases y razas en la revolución, 105; 28. El resorte balcanizador, 106.

CAPÍTULO IV. — LA CRISIS DEL IMPERIO HISPANO-CRIOLLO 107

1. La España del valido Godoy, 109; 2. Los adelantados de la Independencia, 111; 3. El plan de Miranda, 112. 4. La política británica en las colonias españolas, 114; 5. El error de la invasión militar, 115; 6. Los comienzos de Canning, 117; 7. De Carlos IV a "Pepe Botellas", 118; 8. La revolución nacional española, 120; 9. La parálisis de la Junta Central, 21; 10. Ni guerra, ni revolución, 123; 11. Las Cortes de Cádiz, 123; 12. Los diputados americanos en las Cortes, 125; 13. "Serviles" y liberales, 127; 14. Las Juntas en América, 128; 15. El discurso del Inca Yupanqui, 130; 16. La respuesta española, 132; 17. La revolución en América Hispánica, 133; 18. La última defensa del liberalismo español, 34; 19. Del Inca Yupanqui a Carlos Marx, 136; 20. Marx estudia a España, 137.

CAPÍTULO V. — LA LUCHA DE CLASES EN LA INDEPENDENCIA 141

1. La guerra civil en América, 143; 2. La revolución de los Marqueses, 144; 3. Lima y Buenos Aires, 145; 4. Factores de la balcanización, 146; 5. La idea nacional hispanoamericana, 147; 6. San Martín como político, 148; 7. La juventud de Bolívar, 148; 8. Don Simón Rodríguez, 150; 9. Las clases sociales en la revolución, 151; 10. Esclavos, libertos y mantuanos, 153; 11. El conflicto íntimo del patriado, 154; 12. La revolución nace en Haití, 156; 13. Bolívar liberta a los esclavos, 160; 14. El regreso de Fernando VII, 161; 15. De la Patria Boba a la Gran Colombia, 168; 19. El lugarteniente de la patria chica, 170; 20. Los ingleses y la emancipación, 171; 21. Un coronel británico en Bogotá, 172; 22. Terratenientes y burgueses en el gabinete de Londres, 174; 23. La política bolivariana ante Inglaterra, 177; 24. Europa y América, 179.

CAPÍTULO VI. — AYACUCHO, A PASO DE VENCEDORES 183

1. El teatro geográfico de la guerra, 185; 2. La sociedad chilena, 187; 3. Buenos Aires y el Paraguay, 190; 4. San Martín en el Perú, 191; 5. 1820: la revolución de Riego en España, 193; 6. San Martín negocia con los militares españoles liberales, 194; 7. La burguesía porteña traiciona a América Latina, 196; 8. ¿Un Imperio hispano-criollo?, 198; 9. El fracaso de las Cortes liberales de 1820, 200; 10. Guayaquil y el separatismo, 201; 11. Eclipse de San

Martín y Monteagudo, 204; 12. Crisis de la oligarquía peruana, 205; 13. Hacia la batalla de Ayacucho, 207.

CAPÍTULO VII. — DE BOLIVAR A BOLIVIA 211

1. El pueblo de Buenos Aires festeja a Bolívar, 213; 2. El partido rivadaviano, 215; 3. Rivadavia se pone a los pies de Fernando VII, 216; 4. Cortesanos y toreros, 217; 5. Rivadavia frente a San Martín y Bolívar, 219; 6. La tutela marítima inglesa, 220; 7. Los intereses porteños y el Alto Perú, 221; 8. Europa y la Independencia, 222; 9. El Alto Perú en el antiguo Virreinato, 223; 10. Los indios mitayos, 224; 11. Antagonismos económicos en el Alto Perú, 226; 12. El separatismo altopereano, 227; 13. El nacionalismo latinoamericano de Bolívar, 228; 14. La oligarquía de Buenos Aires renuncia al Alto Perú, 230; 15. Las provincias altopereanas constituyen la República Bolívar, 232; 16. Medallas y estatuas al vencedor, 234; 17. La actitud de Bolívar, 235; 18. Don Simón Rodríguez en el Alto Perú, 236; 19. La Constitución bolivariana, 237.

CAPÍTULO VIII. — BALCANIZACION EN EL PLATA 239

1. La rivalidad anglo-yanqui en América Hispánica, 242; 2. El fundamento de la política británica, 244; 3. La estructura política del Virreynato, 245; 4. Burguesía comercial y oligarquía ganadera, 246; 5. Las Misiones orientales y el artiguismo, 248; 6. La familia de Artigas, 249; 7. Artigas, "caudillo de las Misiones", 251; 8. La revolución agraria, 242; 9. La década artiguista, 253; 10. De la fragmentación ibérica al misterioso Brasil, 255; 11. El Brasil insurreccional, 256; 12. El Brasil británico, 258; 13. La Provincia Cisplatina y los Braganza, 260; 14. El Congreso de la Florida, 262; 15. Canning y Ponsonby, 263; 16. Los lacayos de Su Majestad, 265; 17. Intimidaciones no épicas de la batalla de Ituzaingó; 18. Un diplomático colonial, 268; 19. La caída de Rivadavia, 269; 20. Buenos Aires y Manuel José García, 270; 21. El proyecto inglés de una ciudad hanseática en el Plata, 271; 22. El coronel Dorrego y el cortesano Ponsonby, 273; 23. La sospecha de los servicios gratuitos, 275; 24. Al día siguiente de la segregación de la Banda Oriental, 277.

CAPÍTULO IX. — EL CONGRESO DE PANAMA 279

1. La política de Chile y Perú, 281; 2. Cómo reciben los porteños la invitación al Congreso de Panamá, 282; 3. Rivadavia niega apoyo al Congreso, 284; 4. Un juicio de Sucre sobre Buenos Aires, 286; 5. El separatista Mitre juzga al unificador Bolívar, 287; 6. La reacción de México, 288; 7. Ingleses y yanquis en la política mexicana, 290; 8. Centro América y Chile ante el Congreso, 292; 9. Un revolucionario brasileño en los ejércitos bolivarianos, 293; 10. Bolívar y el Dr. Francia, 294; 11. El aislamiento del Pa-

raguay, 295; 12. Quiénes asistieron al Congreso, 297; 13. Las resoluciones simbólicas, 299; 14. El triunfo de Canning, 300.

CAPÍTULO X. — LA RUINA DEL PODER BOLIVARIANO 302

1. Estructura jurídica y poder real, 304; 2. El separatismo de las oligarquías exportadoras, 306; 3. Santander conspira, 307; 4. Rebelión en Caracas, Lima y Quito, 308; 5. Descrédito de Bolívar en Europa, 310; 6. Tentativa de asesinato del Libertador, 311; 7. Disolución de la Gran Colombia, 313; 8. Bolívar reniega de la unidad latinoamericana, 314; 9. Vuelve el temor a la "guerra de razas", 316; 10. Asesinato de Sucre, 318; 11. Muerte de Bolívar, 320.

CAPÍTULO XI. — DE MORAZAN A LA ERA INSULAR 323

1. La Confederación Perú-Boliviana, 325; 2. Portales y la oligarquía chilena, 327; 3. Rosas o "el equilibrio del Plata", 329; 4. Valparaíso y Buenos Aires se unen para destruir la Confederación, 332; 5. La tradición española en Centroamérica, 333; 6. Serviles y fiebres, 334; 7. Clases y razas, 335; 8. Las Provincias Unidas de Centroamérica, 337; 9. Capitalismo mundial y fuerzas centrifugas, 339; 10. El separatismo de Carrera y los ingleses, 340; 11. Los filibusteros invaden Centroamérica, 341; 12. El General Barrios funda la República de Centroamérica, 343; 13. De las armas a la política; 14. De la fragmentación a la mutilación, 345; 15. Invasiones y Congresos, 347; 16. Dos Argentinas ante América Latina, 349; 17. La flota española en el Pacífico, 352; 18. Del Congreso de Panamá al Canal de Panamá, 353.

CAPÍTULO XII. — LA AUTOCONCIENCIA DE LA NACION INCONCLUSA 355

1. El positivismo en Europa, 358; 2. El positivismo en América Latina, 360; 3. Positivistas y jíbaros, 362; 4. Ideología sin relaciones sociales, 363; 5. El racismo de Alcides Arguedas, 364; 6. La agonía de la Patria Grande, 367; 7. La unidad latinoamericana en la literatura, 368; 8. Poetas y profetas, 369; 9. Rodó y el arielismo, 371; 10. Entre Atenas y Gibraltar, 372; 11. El arielismo del bien raíz, 373; 12. Manuel Ugarte o el coraje civil, 375; 13. La "inteligencia" capitula ante la guerra, 376; 14. El fin de una época, 379.

CAPÍTULO XIII. — MOVIMIENTOS NACIONALES DEL SIGLO XX: MEXICO, PERU Y BOLIVIA 385

1. La ausencia de acumulación de capital en América Latina, 392; 2. Unilateralidad de la producción, 394; 3. De la imitación a la revolución, 395; 4. La Reforma Universitaria en 1918, 397; 5. La significación del aprismo, 399; 6. Oligarquía y clase media, 400; 7. Polémica entre Mella y

Haya de la Torre, 401; 8. Nacionalismo y socialismo, 403; 9. Imperialismo y capitalismo, 405; 10. "Clasismo abstracto y pluriclasismo abstracto", 407; 11. Balcanización y desarrollo combinado, 409; 12. Focos de civilización y estepas de barbarie, 410; 13. El núcleo teórico fatal del programa aprista, 411; 14. La idealización del imperialismo, 413; 15. Naciones opresoras y naciones oprimidas, 415; 16. La decadencia del aprismo, 416; 17. Ejército y pequeño burguesía después de 1930, 419; 18. En marcha y sin rumbo, 420; 19. Revolución en el Altiplano, 421; 20. Los pillos de la "democracia", 423; 21. El nacionalismo toma el poder, 424; 22. ¿La "Nación" boliviana?, 426; 23. Importancia y peligros de la distribución de tierras, 427. 24. Balance del derrocamiento de Paz Estensoro, 428.

CAPÍTULO XIV. — MOVIMIENTOS NACIONALES DEL SIGLO XX: BRASIL Y ARGENTINA 431

1. Unidad y separatismo brasileños, 433. 2. La estructura social, 435; 3. La europeización de la inteligencia, 436; 4. Crisis y revolución, 437; 5. De la Columna Prestes a la Alianza Liberal, 439; 6. Vargas en 1930, 440; 7. El General Prestes se convierte al comunismo, 442; 8. La burocratización stalinista y Prestes, 445; 9. El "Estado Novo", 477; 10. Industrialización y nacionalismo, 447; 11. El suicidio de Vargas, 449; 12. La crisis del movimiento nacional, 452; 13. Argentina: los viejos y bellos días, 453; 14. Ortega y el destino imperial, 454; 15. Las serpientes y el conde de Keyserling, 455; 16. Una Argentina industrial, 457; 17. Burguesía, proletariado y Ejército, 458; 18. Peronismo y clases sociales, 460; 19. La naturaleza política del Ejército, 461; 20. Conciencia nacional y conciencia de clase, 462; 21. Política y "sociología", 463; 22. La oligarquía ganadera, 465; 23. Capitalismo industrial y propiedad agraria, 467; 24. El exacto límite de la revolución peronista, 469; 25. La unidad latinoamericana, 472.

CAPÍTULO XV. — MARXISMO Y CUESTION NACIONAL . 475

1. El marco histórico de los movimientos nacionales, 477; 2. Capitalismo y Nación, 479; 3. Marx y la idea de patria, 481; 4. La unidad nacional de Alemania, 482; 5. Cuestión social y cuestión nacional, 486; 6. Irlanda y la dominación británica, 488; 7. El conservatismo del proletariado inglés, 489; 8. Errores de Marx sobre la colonización de la India, 490; 9. Engels aplaude la agresión yanqui a México, 492; 10. Marx y Bolívar, 494; 11. La cuestión nacional en el siglo XX, 495; 12. Un debate en el Congreso de Stuttgart, 497; 13. La cuestión nacional según Lenin, 501; 14. Naciones oprimidas y naciones opresoras, 503; 15. Las clases en el movimiento nacional, 505; 16. América Latina y su cuestión nacional, 508; 17. Las Repúblicas quechuas y aymarás, 510; 18. El insularismo stalinista, 512; 19. El marxismo reivindica a Bolívar, 515.

CAPÍTULO XVI. — TRADICION CRITICA Y HETERODOXIA CONSERVADORA EN EL PENSAMIENTO SOCIALISTA	521
1. Deshielo y congelación, 524; 2. La tradición intelectual del marxismo, 525; 3. El marxismo de Estado y la pérdida del espíritu crítico, 527; 4. Las ilusiones de los clásicos, 528; 5. La revolución de los países atrasados, 530; 6. Las dificultades de una óptica europea, 531; 7. El stalinismo sustituye a la socialdemocracia, 533; 8. El stalinismo en Argelia y Cuba, 534; 9. El socialismo y la pequeña burguesía, 536; 10. Verdad y razón de Estado, 537; 11. El capital cultural acumulado, 539; 12. Cuba o el retorno a Bolívar, 542.	
CAPÍTULO XVII. — DE LA ISLA A TIERRA FIRME	545
1. De Zapata a Sandino, 549; 2. Indios analfabetos en las milicias bolivianas, 550; 3. La supresión del programa, del partido y de la lucha política, 552; 4. Una antigualla modelo 1920, 554; 5. Burguesía nacional y movimientos nacionales, 557; 6. Las clases en un país atrasado, 559; 7. El stalinismo y la burguesía comercial, 561; 8. Stalinismo y marxismo, 562; 9. La teoría del foco y el stalinismo, 566; 10. América Latina no es una nación, 569; 11. ¿Un cubano puede ser extranjero en Bolivia?, 571; 12. ¿Puede ser Panamá una Nación?, 574; 13. La Revolución Cubana como ejemplo, 576; 14. De España a la Enmienda Platt, 578; 15. La sociedad cubana, 581; 16. El ejército de Batista, 584; 17. Además de los guerrilleros, 586; 18. La tradición revolucionaria, 589; 19. Douglas Bravo en los pagos de Bolívar, 591.	
CONCLUSIÓN. — BOLIVARISMO Y MARXISMO	595
INDICE DE NOMBRES	603
INDICE GENERAL	615

Jorge Abelardo Ramos

Historiador, Político Argentino. Es uno de los historiadores de mayor influencia en este país. Su estilo es directo y nervioso, sagaz en el juicio, por la prosa tajante. Campea a veces un leve sarcasmo como revulsivo saludable para repensar los clásicos esquemas ideológicos.

Obras del mismo autor. "América Latina: Un país" 1949. "Crisis y resurrección de la literatura argentina" 1954. "De Octubre a Septiembre" 1959. "Historia Política del Ejército Argentino" 1959. "Manuel Urgate y la Revolución Latinoamericana" 1961. "La lucha por un partido revolucionario" 1965. "Revolución y Contrarevolución en Argentina" tres tomos 1966.